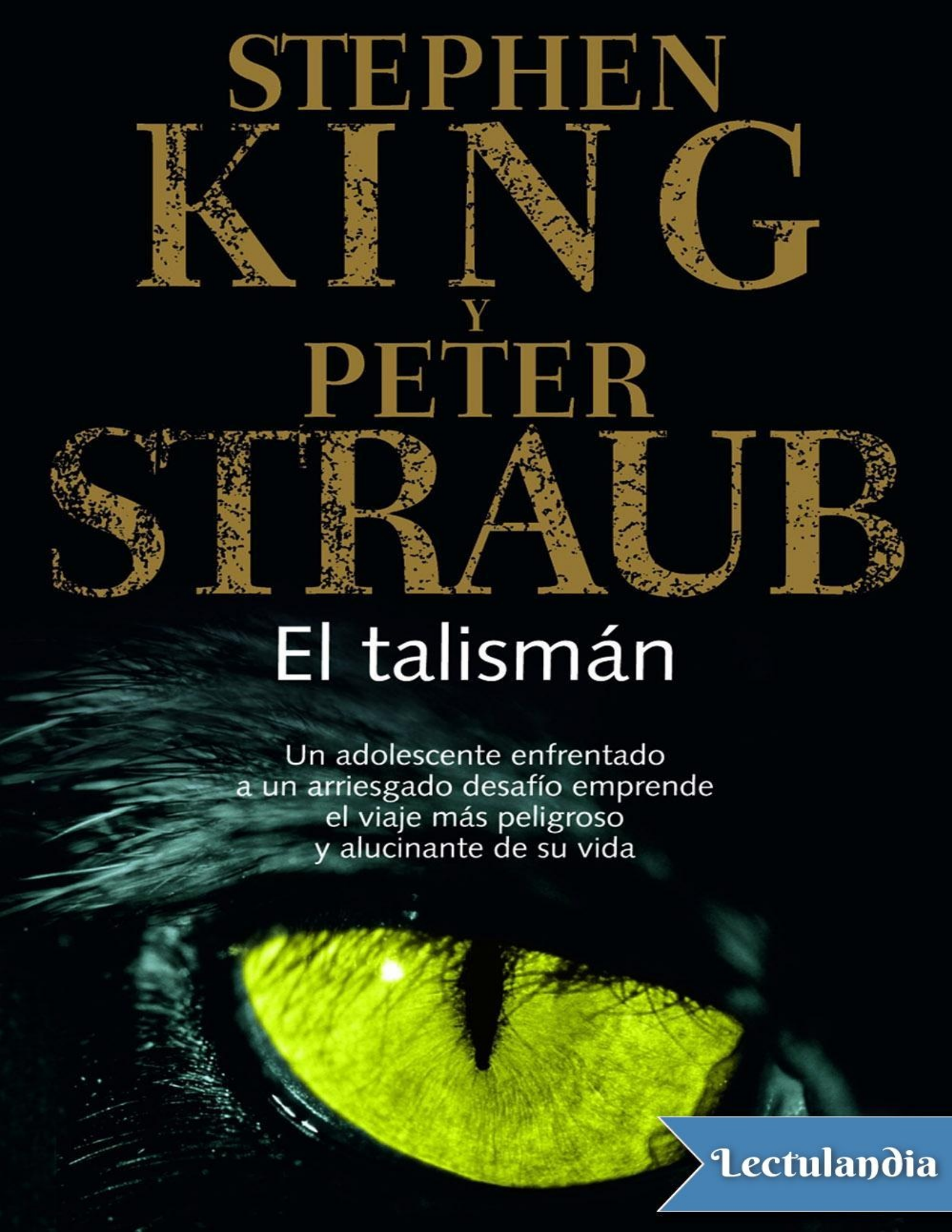
STEPHEN KING

Y

PETER STRAUB

El talismán

Un adolescente enfrentado
a un arriesgado desafío emprende
el viaje más peligroso
y alucinante de su vida



Lectulandia

Un ventoso día otoñal, un chico de doce años está en una playa del gris océano Atlántico, al lado del silenciado parque de atracciones y el apagado pueblo de Alhambra. Jack ha llegado aquí empujado por las circunstancias: su padre ha fallecido, su madre está agonizando y nada tiene ya sentido. Pero para Jack todo está a punto de cambiar: ha sido elegido para emprender un viaje a través de los misteriosos Territorios… Talismán, una de las obras de género fantástico más elogiadas e importantes, es una extraordinaria novela de iniciación sobre la lealtad, el terror y lo desconocido. Jack Sawyer, en su desesperado intento de salvarle la vida a su madre, ha de buscar el talismán en aquel paisaje épico, hogar de monstruos e inocentes. El talismán es imprescindible, pero el viaje de Jack significa mucho más que esto.

Lectulandia

Stephen King & Peter Straub

El talismán

ePUB v1.0
Creepy 06.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Talisman*
Stephen King & Peter Straub, 1984.
Traducción: Pilar Giralt Gorina

Editor original: Creepy (v1.0)
ePub base v2.0

Este libro es para
Ruth King y Elvena Straub

Bien, cuando Tom y yo llegamos a la cumbre de la colina y nos asomamos para ver el pueblo, vimos centellear tres o cuatro luces, donde había enfermos, tal vez; y sobre nosotros brillaban hermosas estrellas; y junto al pueblo había al río, de casi dos kilómetros de anchura, impresionante en su silencio y majestuosidad

MARK TWAIN, *Huckleberry Finn*

Mi ropa nueva estaba toda llena de grasa y arcilla y yo me sentía exhausto.

MARK TWAIN, *Huckleberry Finn*

-I-

Jack emprende un viaje

Capítulo 1

EL HOTEL Y LOS JARDINES DE LA ALHAMBRA

1

El 15 de septiembre de 1981 un muchacho llamado Jack Sawyer se hallaba donde convergen el agua y la tierra, con las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros, contemplando el sereno Atlántico. Tenia doce años y era alto para su edad. La brisa marina apartaba sus cabellos castaños, probablemente demasiado largos, de la frente noble y despejada. Permanecía allí, pletórico de las emociones vagas y dolorosas que había experimentado durante los tres últimos meses, desde que su madre cerrara su casa de Rodeo Drive, en Los Angeles, y —en medio de un remolino de muebles, cheques y agentes inmobiliarios— alquilara un apartamento en Central Park West. De aquel apartamento habían huido a este tranquilo lugar turístico de la minúscula costa de New Hampshire. El orden y la regularidad habían desaparecido del mundo de Jack. Su vida parecía tan cambiante e incontrolada como las grandes olas que tenía ante él. Su madre le hacía viajar por el mundo, llevándole de un sitio a otro; pero ¿por qué viajaba ella?

Su madre huía, huía.

Jack se volvió y contempló la playa desierta, primero a la izquierda y luego a la derecha. A la izquierda estaba el Divertimundo Arcadia, un parque de

atracciones que funcionaba con gran estruendo desde el Día del Soldado hasta el Día del Trabajo. Ahora estaba vacío y silencioso, como un corazón entre dos latidos. La montaña rusa era un andamiaje contra aquel cielo nublado y uniforme y los soportes verticales y de ángulo como pinceladas hechas con carboncillos. Allí abajo estaba su nuevo amigo, Speedy Parker, pero el muchacho no podía pensar ahora en Speedy Parker. A la derecha estaba el hotel Jardines de la Alhambra, y hacia allí se dirigieron inevitablemente sus pensamientos. El día de su llegada Jack había creído ver por un momento un arco iris sobre el tejado a la holandesa, con buhardilla. Una especie de signo, una promesa de cosas mejores. Pero no había ningún arco iris. Una veleta giraba de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, atrapada por un viento de costado. Se apeó del coche de alquiler, haciendo caso omiso del deseo implícito de su madre de que se ocupara del equipaje, y miró hacia arriba. Sobre el gallo giratorio de latón de la veleta sólo había un cielo plomizo.

—Abre el maletero y saca el equipaje, hijito —le llamó su madre—. Esta actriz vieja y destartalada quiere registrarse e ir a la caza de una copa.

—Un martini elemental —contestó Jack.

—«No eres tan vieja», tenias que decir. —Se apeaba del asiento con grandes dificultades.

—No eres tan vieja.

Le dedicó una sonrisa radiante —un vestigio de la antigua desenfadada Lily Cavanaugh (Sawyer), reina durante dos décadas de las películas de la Clase B— y se enderezó.

—Todo irá bien, Jacky —dijo—. Todo irá bien aquí. Es un buen lugar.

Una gaviota voló sobre el tejado del hotel y durante un segundo Jack tuvo la inquietante sensación de que la veleta había levantado el vuelo.

—Nos abstendremos de contestar al teléfono por un rato, ¿en?

—Claro —contestó Jack.

Ella quería esconderse de tío Morgan, no deseaba más disputas con el socio de su difunto marido, quería arrastrarse hasta la cama con un martini elemental y taparse la cabeza con la manta…

«Mamá, ¿qué te pasa?»

Había demasiada muerte, el mundo estaba medio hecho de muerte. La gaviota gritó desde arriba.

—Adelante, chico, adelante —dijo su madre—. Entremos en el bello y querido lugar.

Entonces Jack pensó: *Por lo menos, siempre está tío Tommy para ayudar en caso de que las cosas se pongan realmente peliagudas.*

Pero tío Tommy ya había muerto; sólo que la noticia aún estaba en el otro extremo de un montón de hilos telefónicos.

2

El Alhambra se adentraba en el agua, un gran caserón Victoriano sobre gigantescos bloques de granito que parecían confundirse casi sin fisuras con el bajo promontorio; un cuello de granito que se proyectaba aquí, en los escasos kilómetros de litoral de New Hampshire. Los jardines formales del lado posterior eran apenas visibles desde el ángulo de visión de Jack en la playa: un trozo de seto verde oscuro, esto era todo. El gallo de latón se recortaba contra el cielo, dividiéndolo en oeste y noroeste. Una placa anunciaba en el vestíbulo que aquí, en 1838, se había celebrado la Conferencia Metodista del Norte, la primera de las grandes reuniones abolicionistas de Nueva Inglaterra. Daniel Webster había hablado largo y tendido, con ardor e inspiración. Según la placa, dijo: «A partir de este día, sabed que la esclavitud, como institución americana, ha empezado a debilitarse y pronto morirá en todos nuestros estados y territorios.»

3

Así llegaron a aquel día de la semana anterior que había puesto término a la agitación de sus meses en Nueva York. En la Playa de Arcadia no había abogados empleados por Morgan Sloat que saltaran de coches blandiendo papeles que debían firmarse, que *debían* archivarse, señora Sawyer. En Playa de Arcadia los teléfonos no llamaban desde las doce del mediodía hasta las tres de la madrugada (tío Morgan parecía olvidar que los residentes de Central Park

West no vivían a la hora de California). De hecho, los teléfonos de Playa de Arcadia no llamaban nunca.

Mientras cruzaban la pequeña localidad turística —su madre conducía con la concentración del miope, con los ojos entornados—, Jack sólo vio a una persona en las calles, un viejo loco que empujaba por la acera un carrito de compra vacío. Sobre sus cabezas pendía aquel cielo plomizo y gris, un cielo incómodo. En total contraste con Nueva York, aquí sólo había el constante sonido del viento, que silbaba por las calles desiertas, demasiado anchas por la falta de tráfico. Aquí se veían tiendas vacías con letreros en los escaparates que decían: ABIERTO SÓLO LOS FINES DE SEMANA o, aún peor, ¡NOS VEREMOS EN JUNIO! Había cien plazas de aparcamiento vacías en la calle del Alhambra y mesas vacías en el Salón de Té y Mermelada Arcadia, contiguo al hotel.

Y viejos locos y desaliñados empujando carritos de compras por las calles desiertas.

—Pasé las tres semanas más felices de mi vida en este pintoresco lugar —le dijo Lily al pasar de largo junto al viejo (que se volvió a mirarlos con temor y suspicacia, murmurando algo que Jack no pudo entender) y tomando la curva de la avenida que cruzaba los jardines delanteros del hotel.

Porque tal era la razón de que hubieran llenado maletas, maletines y bolsas de plástico con todas las cosas sin las que no podían vivir, cerrado con llave la puerta del apartamento (sin hacer caso del estridente grito del teléfono, que parecía penetrar por la cerradura y perseguirlos hasta el vestíbulo); tal era la razón de que hubieran llenado el maletero y el asiento posterior del coche alquilado con su montón de cajas y bolsas y pasado horas en la cola de la autopista Henry Hudson, en dirección norte, y muchas más horas ascendiendo por la 1-95: porque Lily Cavanaugh Sawyer había sido una vez feliz aquí. En 1968, el año anterior al nacimiento de Jack, Lily fue nominada para un premio de la Academia por su papel en una película titulada *La hoguera. La hoguera* fue mejor que la mayoría de películas de Lily, en la cual pudo demostrar un talento mucho mayor del que habían revelado sus habituales papeles de chica mala. Nadie esperaba que Lily ganase y menos que nadie la propia Lily, pero para ella la frase hecha de que el verdadero honor está en la nominación era la pura verdad; se sentía honrada, profunda y genuinamente honrada y, para celebrar aquel momento único de auténtico reconocimiento profesional, Phil Sawyer tuvo

el acierto de llevarla a pasar tres semanas al hotel Jardines de la Alhambra, al otro lado del continente, donde contemplaron la ceremonia de entrega de los Oscars bebiendo champaña en la cama. (Si Jack hubiera tenido más años y ocasión para preocuparse de ello, habría hecho la necesaria resta y descubierto que el Alhambra había sido el lugar de su principio esencial.)

Cuando se leyeron las nominaciones de las actrices secundarias, Lily, según rezaba una leyenda familiar, había gruñido a Phil:

—Si gano ese cacharro y no estoy allí, haré el gorila sobre tu pecho con mis tacones puntiagudos.

Pero cuando ganó Ruth Gordon, declaró:

—Se lo merece, claro que sí, es una chica estupenda. —Y, propinando un puñetazo a su marido en pleno pecho, añadió—: Será mejor que me busques un papel como ése si de verdad eres un agente de altos vuelos.

Sin embargo, no hubo más papeles como aquél. El último de Lily, dos años después de la muerte de Phil, fue el de una cínica ex prostituta en una película titulada *Los maníacos de la motocicleta*.

Mientras sacaba el equipaje del maletero y del asiento de atrás, Jack sabía que era aquel período el que Lily conmemoraba ahora. La maleta más pesada había rasgado la de lona, desparramando por doquier un montón de calcetines enrollados, fotografías sueltas, piezas de ajedrez, con el tablero, y revistas de tiras cómicas. Jack consiguió meterlo casi todo en los otros bultos. Lily subía despacio los escalones del hotel, apoyándose en la barandilla como una anciana.

—Avisaré al botones —dijo, sin volverse.

Jack se enderezó frente a las abultadas maletas y volvió a mirar hacia el cielo, donde estaba seguro de haber visto un arco iris. Sin embargo, no lo había, sólo aquel cielo extraño e inquietante.

Entonces:

—*Acércate* —dijo alguien a sus espaldas con una voz tenue y perfectamente audible.

—¿Qué? —preguntó, volviéndose. Ante él se extendía la avenida y los jardines vacíos.

—¿Qué dices? —inquirió su madre, que se agarraba, encorvada, al picaporte

de la gran puerta de madera.

—Nada —contestó Jack. No había oído ninguna voz ni visto ningún arco iris. Los olvidó y miró a su madre, que pugnaba por abrir la enorme puerta—. Espera, vengo a ayudarte —gritó y subió corriendo las escaleras, acarreando torpemente una gran maleta y una bolsa de papel llena de suéters.

4

Hasta que conoció a Speedy Parker, Jack vivió en el hotel tan inconsciente del paso del tiempo como un perro dormido. Toda su vida le pareció como un sueño durante aquellos días, lleno de sombras y transiciones inexplicables. Ni quiera la terrible noticia sobre tío Tommy, llegada por el hilo telefónico la noche anterior, le despertó del todo, pese a su magnitud. Si Jack hubiera sido un místico, podría haber pensado que las otras fuerzas se habían apoderado de él y estaban manipulando la vida de su madre y la suya propia. Jack Sawyer era, a los doce años, una persona que necesitaba actividad y la pasividad silenciosa de aquellos días, después de la algarabía de Manhattan, le confundieron y desequilibraron de una forma básica.

Jack se encontró solo en la playa sin recordar cómo había ido hasta allí, sin tener idea de qué hacía en aquel lugar. Supuso que estaba triste por la pérdida de tío Tommy, pero tenía la sensación de que su mente se había echado a dormir dejando al cuerpo sin ayuda. No podía concentrarse lo bastante para comprender el argumento de las comedias que él y Lily veían por la noche y menos aún retener los matices de la ficción en la cabeza.

—Estás cansado de tanto ir de un lado para otro —dijo su madre, chupando con fuerza el cigarrillo y mirándole a través del humo con los ojos entornados—. Debes relajarte un poco, Jack-O. Éste es un buen lugar. Disfrutemos de él mientras podamos.

Bob Newhart, que aparecía ante ellos en la pantalla de color algo demasiado rojizo, miraba con expresión pensativa un zapato que sostenía en la mano derecha.

—Esto es lo que hago, Jacky —sonrió—, relajarme y disfrutar.

Jack miró el reloj. Habían pasado dos horas frente al televisor y no podía recordar nada de lo que había precedido a este programa.

Ya se iba a la cama cuando sonó el teléfono. El bueno del tío Morgan Sloat ya los había encontrado. Las noticias de tío Morgan no eran nunca muy emocionantes, pero por lo visto la de hoy era sensacional, incluso para su nivel acostumbrado. Jack se hallaba en el centro de la habitación, observando cómo su madre palidecía cada vez más y se llevaba la mano a la garganta, donde habían aparecido nuevas arrugas en los últimos meses. No dijo casi nada hasta el final, cuando murmuró: «Gracias, Morgan», y colgó. Entonces se volvió hacia Jack, con aspecto más viejo y enfermo que nunca.

—Ahora tendrás que ser fuerte, Jacky, ¿de acuerdo?

Jack no se sentía fuerte.

Ella le cogió una mano y se lo dijo.

—Jack, tío Tommy ha muerto esta tarde, atropellado por un coche.

Profirió una exclamación ahogada, como si le faltara el aliento.

—Cruzaba el bulevar La Ciénaga cuando un camión se le echó encima. Hay un testigo que ha dicho que era negro y llevaba escritas en un lado las palabras NIÑO SALVAJE, pero esto… esto es todo.

Lily empezó a llorar. Un momento después, casi sorprendido, Jack la imitó. Todo aquello había ocurrido hacía tres días, que a Jack se le antojaban una eternidad.

5

El 15 de septiembre de 1981, un muchacho llamado Jack Sawyer se encontraba mirando las aguas tranquilas en una playa situada frente a un hotel que parecía el castillo de una novela de sir Walter Scott. Quería llorar pero era incapaz de dar rienda suelta a las lágrimas. Estaba rodeado de muerte, la muerte componía la mitad del mundo, no había ningún arco iris. El camión NIÑO SALVAJE habla eliminado del mundo a tío Tommy. Tío Tommy había muerto en Los Angeles, demasiado lejos de la costa este, donde incluso un chico como Jack sabía que era su verdadero hogar. Un hombre que se ponía corbata antes de ir a

buscar un bocadillo de rosbif a Arby's no tenía nada que hacer en la costa oeste.

Su padre había muerto, tío Tommy había muerto y su madre podía estar al borde de la muerte. También aquí, en Playa de Arcadia, llegaba la muerte a través del hilo telefónico en la voz de tío Morgan. No era la sensación de melancolía tan barata y evidente de un lugar turístico fuera de temporada, donde uno no dejaba de tropezar con fantasmas de veranos anteriores, sino porque parecía estar en la textura de las cosas y olerse en la brisa del océano. Sintió miedo… lo sentía desde hacía mucho tiempo. Estar allí, en un lugar tan silencioso, no hizo más que ayudarle a comprender este hecho: que tal vez la muerte había viajado con ellos por la 1-95 desde Nueva York, guiñando los ojos por el humo del cigarrillo y pidiéndole que buscara una canción de moda en la radio del coche.

Podía recordar —vagamente— a su padre diciéndole que había nacido con una cabeza de viejo, pero su cabeza no se sentía vieja ahora, sino muy joven. *Asustado* —pensó—, *estoy muy asustado. Aquí es donde termina el mundo, ¿no?*

Las gaviotas surcaban el aire plomizo. El silencio era gris como el aire… y tan mortal como las ojeras cada vez más profundas de su madre.

6

Cuando entró paseando en el Divertimundo y conoció a Lester Speedy Parker después de no sabía cuántos días de dejarse llevar por el tiempo, aquella sensación pasiva de estar *sujeto* le abandonó. Lester Parker era un negro de cabellos grises muy rizados y profundas arrugas en las mejillas. Su aspecto era muy corriente ahora, pese a todo lo que hiciera en su vida pasada como músico itinerante de *blues.* Tampoco dijo nada que fuera notable y, sin embargo, en cuanto Jack entró sin rumbo fijo en el parque de atracciones y vio los ojos claros de Speedy, toda la confusión le abandonó y volvió a sentirse él mismo. Fue como si una corriente mágica hubiera pasado directamente del viejo a Jack. Speedy le sonrió y dijo:

—Vaya, párese que he encontrado compañía. Acaba de entra un pequeño viajero.

Era cierto, ya no estaba sujeto; sólo un segundo antes se sentía como envuelto en algodón húmedo y azúcar hilado y ahora estaba libre. Por un instante, un nimbo plateado pareció temblar en torno al viejo, una pequeña aureola de luz que desapareció en cuanto Jack pestañeó y vio por primera vez que el hombre sostenía el mango de una grande y pesada escoba.

—¿Está bien, chico? —El empleado se puso una mano en la espalda y se enderezó—. ¿El mundo ha empeorao o ha mejorao?

—Uf, ha mejorado —contestó Jack.

—Entonces yo diría que ha asertado el lugar. ¿Cómo te yama?

«Pequeño viajero», le llamó aquel primer día Speedy, «viejo viajero Jack». Apoyó su cuerpo alto y anguloso contra una máquina automática y agarró la escoba con ambas manos como a una chica en un baile. *El hombre que ves aquí es Lester Speedy Parker, también viajero en otro tiempo, muchacho, je, je. Oh sí, Speedy conocía el camino, conocía todos los caminos en aquellos viejos tiempos. Tenía una banda, viajero Jack, y tocaba blues con la guitarra. Grabé algunos discos también, pero no te pondré en el aprieto de preguntarte si los has oído.* Cada sílaba tenia su propia cadencia rítmica, cada frase, su deje y su aire; Speedy Parker llevaba una escoba en vez de una guitarra, pero todavía era un músico. A los cinco segundos de hablar con Speedy, Jack supo que su padre, un amante del jazz, habría gozado con la compañía de este hombre.

Siguió a Speedy por doquier durante tres o cuatro días, viéndole trabajar y ayudándole cuando podía hacerlo. Speedy le dejaba clavar clavos, lijar una o dos estacas que necesitaban una mano de pintura; estas sencillas tareas, realizadas según las instrucciones de Speedy, eran la única educación que recibía, pero le hacían sentir mejor. Ahora Jack veía sus primeros días en Arcadia como un período de malestar continuado del que había sido rescatado por su nuevo amigo. Porque Speedy Parker era un amigo, no cabía duda, y en esta seguridad se escondía cierto misterio. Desde que el estado de confusión abandonara a Jack hacía pocos días (o desde que Speedy lo disipara con una mirada de sus ojos claros), el viejo se había convertido en un amigo más íntimo que cualquier otro, con la posible excepción de Richard Sloat, a quien Jack conocía como quien dice desde la cuna. Y ahora, contrarrestando su terror por la muerte de tío Tommy y el miedo de que su madre estuviera moribunda, sentía el tirón de la sabia y cálida presencia de Speedy en cuanto salía a la calle.

De nuevo tuvo Jack la incómoda y vieja sensación de ser *dirigido,* manipulado, como si un alambre largo e invisible le hubiera arrastrado a él y a su madre a este lugar abandonado a orillas del mar.

Quienesquiera que fuesen, querían que estuviera aquí.

¿O era una locura? En su visión interna distinguió a un hombre viejo y encorvado, que no estaba en sus cabales, empujando un carrito de compras por la acera.

Una gaviota chilló en el aire y Jack se prometió que hablaría de sus sentimientos con Speedy Parker. Aunque éste creyera que había perdido el juicio, aunque se riera de él. Pero Jack sabía que no se burlaría de él; eran amigos porque una de las cosas que Jack comprendía sobre el viejo guarda era que podía decirle casi cualquier secreto.

No obstante, aún no estaba preparado para todo aquello. Era demasiado absurdo y ni él mismo lo comprendía. Casi de mala gana, volvió la espalda al parque de atracciones y caminó por la arena en dirección al hotel.

Capítulo 2

EL EMBUDO SE ABRE

1

Al día siguiente, Jack Sawyer seguía sin comprender nada, aunque aquella noche había tenido una de las peores pesadillas de su vida. En ella, una criatura horrible se había acercado a su madre, un monstruo enano de ojos desplazados y piel podrida y escamosa. *Tu madre está casi muerta, Jack, ¿sabes decir aleluya?,* graznó este monstruo y Jack supo —como se saben estas cosas en sueños— que era radiactivo y que si lo tocaba, también él moriría. Se despertó con el cuerpo bañado en sudor, a punto de lanzar un estridente grito. El continuo estruendo de la marea le recordó dónde estaba, pero tardó horas en volver a dormirse.

Su intención había sido contar la pesadilla a su madre esta mañana, pero Lily estaba desabrida y reticente, oculta tras una nube de humo de cigarrillo. Sólo le sonrió un poco cuando Jack se disponía a salir de la cafetería del hotel con una excusa.

—Piensa en lo que quieres cenar esta noche.

—¿Por qué?

—Porque sí. Pero que sea algo sólido; no he venido de Los Angeles a New Hampshire para envenenarme con perros calientes.

—Probemos uno de esos lugares de mariscos de Hampton Beach —sugirió

Jack.

—Estupendo. Anda, vete a jugar.

Vete a jugar —pensó Jack con una amargura inusitada en él—. *Oh, sí, mamá, ya me voy. Anda, vete a jugar. Demasiado normal. ¿Con quién? Mamá, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué estamos aquí? ¿Hasta qué punto estás enferma? ¿Por qué no quieres hablarme de tío Tommy? ¿qué está tramando tío Morgón? ¿Qué…?*

Preguntas, preguntas. Y ninguna servía de nada porque no había nadie para contestarlas.

«A menos que Speedy…»

Pero esto era ridículo; ¿cómo podía un viejo negro que acababa de conocer solucionar cualquiera de sus problemas?

Aun así, pensó en Speedy Parker mientras bajaba por el sendero entablado que conducía a la deprimente playa desierta.

2

«Aquí es donde termina el mundo, ¿verdad?», pensó de nuevo Jack.

Las gaviotas surcaban el cielo plomizo. El calendario decía que aún era verano, pero el verano había terminado aquí, en Playa de Arcadia, el Día del Trabajo. El silencio era tan gris como el aire.

Se miró las zapatillas y vio que tenían manchas de alquitrán. *Grasa de playa* —pensó—, *una especie de contaminación.* No tenía idea de dónde se las había manchado y se apartó del borde del agua, inquieto.

Las gaviotas continuaban chillando y bajando en picado. Una de ellas gritó sobre la cabeza de Jack, que oyó un chasquido casi metálico. Se volvió a tiempo de verla bajar para posarse sobre una roca con un largo y torpe aleteo. Entonces movió la cabeza con gestos rápidos, casi robóticos, como para verificar que estaba sola y fue saltando hasta donde la almeja que había dejado caer yacía sobre la arena lisa y compacta. La almeja se había abierto como un huevo y Jack vio carne cruda moverse en su interior… o quizá sólo se lo imaginó.

No quiero ver esto.

Sin embargo, antes de que pudiera volverse de espaldas, el pico amarillo y

curvado de la gaviota empezó a hundirse en la carne, estirándola como una cinta de goma, y al muchacho se le contrajo el estómago. En su mente podía oír gritar a aquel trozo de carne… nada coherente, sólo un poco de carne viva gritando de dolor.

Intentó de nuevo apartar la mirada de la gaviota y no pudo. El pico se abrió, mostrando una garganta rosada. La almeja volvió a encerrarse en sus resquebrajadas valvas y por un momento la gaviota miró a Jack con ojos negros y mortíferos, confirmando la horrible verdad: los padres mueren, las madres mueren, los tíos mueren, incluso aunque hayan ido a Yale y parezcan sólidos como paredes de banco con sus trajes de tres piezas comprados en Savile Row. Los chicos también mueren, quizá… y al final todo lo que queda es el grito estúpido, inconsciente de unos tejidos vivos.

—Eh —exclamó Jack en voz alta, pensando que la voz sólo sonaba en su mente—, eh, dame una oportunidad.

La gaviota, sentada sobre su presa, le observó con sus redondos ojos negros y en seguida volvió a picotear la carne. *¿Quieres un poco, Jack? ¡Todavía palpita! ¡Dios mío, es tan fresca que aún no sabe que está muerta!*

El pico amarillo y fuerte volvió a hundirse en la carne y a estirar. *Estiraaaaaaar…*

Se desprendió de golpe y la cabeza de la gaviota se elevó hacia el cielo gris de septiembre, tragando. Y una vez más pareció mirar a Jack, del mismo modo que algunos cuadros siempre dan la impresión de mirarle a uno, vaya adonde vaya en la habitación. Y los ojos… conocía aquellos ojos.

De repente deseó estar con su madre, ver sus ojos de color azul oscuro. No recordaba haberla necesitado con tanta desesperación desde que era muy, muy pequeño. *La-la* —la oyó cantar dentro de su cabeza y su voz era la voz del viento, tan pronto cercana como distante—. *La-la, duerme ahora, Jacky, niño bonito, papá se ha ido de caza. Y todo ese jazz.* Recordó ser mecido y a su madre fumando un Herbert Tareyton tras otro, quizá mirando un guión; páginas azules, los llamaba ella, y Jack lo recordaba: páginas azules. *La-la, Jacky, todo es frescura. Te quiero, Jacky. Shhhh… duerme. La-la.*

La gaviota le estaba mirando.

Con un horror súbito que le invadió la garganta como agua salada y caliente, vio que *realmente le estaba mirando.* Aquellos ojos negros *(¿de quién?) le*

veían. Y conocía aquella mirada.

Una tira de carne cruda colgaba todavía del pico de la gaviota. Mientras la observaba, el ave se la tragó y el pico se abrió en una sonrisa monstruosa pero inconfundible.

Entonces se volvió y echó a correr, con la cabeza baja y los ojos cerrados, llenos de lágrimas saladas y calientes, hundiendo las zapatillas en la arena, y de haber existido un modo de subir muy arriba, muy arriba, hasta donde estaba la gaviota, se le habría visto sólo a él, sólo sus huellas en todo el día plomizo; Jack Sawyer, de doce años, corriendo solo hacia el hotel, habiéndose olvidado de Speedy Parker, con la voz casi perdida entre las lágrimas y el viento, gritando una y otra vez: no, no y no.

3

Se detuvo sin aliento al final de la playa. Una cálida punzada le recorría el costado izquierdo, desdela mitad de las costillas a la parte más profunda de la axila. Se sentó en uno de los bancos que la ciudad ofrecía a las personas viejas y se apartó el cabello de los ojos.

Contrólate. Si el sargento Furia se marcha con la sección ocho, ¿quién mandará los Comandos Aulladores?

Sonrió y se sintió un poco mejor. Desde aquí arriba, a quince metros del agua, las cosas tenían mejor aspecto. Quizá era la presión barométrica o algo parecido. Lo ocurrido a tío Tommy era horrible, pero suponía que llegaría a asimilarlo, a aceptarlo. En cualquier caso, esto era lo que decía su madre. Tío Morgan había estado muy pesado últimamente, pero el hecho era que tío Morgan *siempre* había sido bastante latoso.

En cuanto a su madre… bueno, éste era el gran problema, ¿no?

En realidad, pensó mientras —sentado en un banco— hurgaba con el pie la arena que bordeaba el sendero entablado, en realidad su madre aún podio estar bien. Era ciertamente *posible* que estuviera bien. Después de todo, nadie había *dicho* que se tratara de la gran C, ¿verdad? No. Si padeciera cáncer, no le habría traído aquí, ¿verdad? Estarían probablemente en Suiza, donde ella tomaría baños

minerales fríos y se atiborraría de glándulas de cabra o algo parecido. Sería muy capaz de hacerlo.

Así que…

Un murmullo bajo y seco se insinuó en su mente. Miró hacia abajo y los ojos se le dilataron. La arena había empezado a moverse junto al empeine de su zapatilla izquierda. Los finos y blancos granos se deslizaban formando un círculo que tenía la longitud aproximada de un dedo. La arena del centro de este círculo se hundió súbitamente, de modo que quedó un hueco de unos cinco centímetros de profundidad. Los lados de este hueco se movían en veloz rotación y en sentido contrario al de las manecillas del reloj.

No es real —se dijo inmediatamente, pero el corazón se le volvió a acelerar, así como la respiración—. No *es real, sino una de las fantasías, o tal vez un cangrejo o algo parecido…*

Pero no era un cangrejo ni una de las fantasías y este lugar no era el otro, el lugar con el que soñaba cuando se aburría o estaba un poco asustado, y desde luego no era un cangrejo.

La arena empezó a girar más aprisa, con un sonido árido y seco que le hizo pensar en la electricidad estática, en un experimento que habían hecho en ciencias el año pasado con una botella de Leyden. Pero aún más que a estas cosas, el leve sonido se parecía a un jadeo largo y demente, al último aliento de un moribundo.

Más arena cayó dentro del hueco y empezó a girar. Ahora ya no era un hueco, sino un embudo en la arena, una especie de remolino de polvo. La envoltura amarilla de una goma de mascar quedaba al descubierto, se tapaba, volvía a aparecer y desaparecer… y cada vez que aparecía, Jack podía leer más, a medida que el embudo crecía de tamaño: JU, luego JUG, luego JUGOSA F. El embudo creció y la arena volvió a dejar la envoltura al descubierto, con movimientos tan bruscos y rápidos como una mano hostil que aparta la colcha de una cama hecha. JUGOSA FRUTA, leyó cuando la envoltura fue proyectada hacia fuera.

La arena giraba cada vez más de prisa, con furia sibilante. *Hhhhhhaaaaaahhhhh,* hacía la arena. Jack la miraba con fijeza, fascinado al principio y después horrorizado. La arena se abría como un gran ojo oscuro; era el ojo de la gaviota que había soltado la almeja sobre la roca y luego arrancado la

carne viva como una tira de goma.

Hhhhhhhhaaaaaabbbbb, se burlaba el torbellino de arena con su voz seca y muerta. Por mucho que Jack deseara que sólo ocurriese en su mente, esa voz era real. *Su dentadura postiza salió volando, Jack, cuando el viejo* NIÑO SALVAJE *le arrolló; ¡se fue rodando por la carretera! A pesar de Yole, cuando el viejo camión* NIÑO SALVAJE *llega y te hace saltar la dentadura postiza, Jacky, tienes que irte. Y tu madre…*

Entonces echó a correr otra vez a ciegas, sin mirar atrás, con los cabellos apartados de la frente por el viento y los ojos muy abiertos y aterrorizados.

4

Jack cruzó lo más de prisa que pudo el oscuro vestíbulo del hotel. Todo el ambiente del lugar prohibía correr: reinaba un silencio de biblioteca y la luz gris que se filtraba por los ventanales de mainel suavizaba y desdibujaba las alfombras ya de por sí descoloridas. Jack se puso a trotar al llegar al mostrador de recepción y el empleado eligió aquel momento para salir por un arco de madera. No dijo nada, pero su expresión de permanente malhumor bajó otro centímetro las comisuras de sus labios. Era como ser sorprendido corriendo en una iglesia. Jack se pasó la manga por la frente y se obligó a ir al paso el resto del camino hacia los ascensores. Pulsó el botón, consciente del ceño del conserje fijo en su espalda. La única vez en toda la semana que había visto sonreír al conserje fue cuando el hombre reconoció a su madre y su sonrisa llegó apenas al límite mínimo de la cortesía. —Supongo que se ha de ser así de viejo para recordar a Lily Cavanaugh —observó Lily a Jack en cuanto estuvieron solos en sus habitaciones. Hubo un tiempo, no muy lejano, en que ser identificada, reconocida como intérprete de las cincuenta películas que había hecho durante los años cincuenta y sesenta («Reina de las B», la llamaban, y su propio comentario; «Novia de los cines al aire libre») por quienquiera que fuese, taxista, camarero o la vendedora de blusas del Saks del Wilshire Boulevard, la animaba durante horas. Ahora incluso se le regateaba esta sencilla satisfacción.

Jack daba saltitos frente a las puertas inmóviles de los ascensores, oyendo

una voz imposible y familiar que procedía del fondo de un remolino de arena. Durante un segundo vio a Thomas Woodbine, el sólido y tranquilizador tío Tommy Woodbine, supuestamente uno de sus tutores —un muro contra el mal y la confusión—, retorcido y muerto en el bulevar La Ciénaga, con la dentadura postiza como palomitas de maíz en medio del arroyo. Volvió a pulsar el botón.

¡Apresúrate!

Entonces vio algo peor: a su madre siendo introducida en un coche por dos hombres impasibles. De repente Jack tuvo necesidad de orinar. Aplicó la palma contra el botón y el viejo encorvado de detrás del mostrador profirió un gruñido reprobatorio. Luego apretó el borde de la otra mano sobre aquel lugar mágico bajo el vientre que disminuía la presión de la vejiga y entonces oyó el lento chirrido del ascensor en descenso. Cerró los ojos y juntó las piernas. Su madre parecía confusa, insegura y perdida y los hombres la obligaban a entrar en el coche con tanta facilidad como a un cansado perro pastor. Pero sabía que esto no ocurría en la realidad, sino que era un recuerdo —seguramente parte de las fantasías— y que no le había sucedido a su madre sino a él.

Cuando las puertas de caoba del ascensor se abrieron, revelando las tinieblas de un interior donde vio su propia cara reflejada en un espejo manchado y mate, aquella escena de su séptimo año le envolvió una vez más y vio los ojos de un hombre tornarse amarillos y sintió la mano del otro convertirse en algo parecido a una garra, dura e inhumana… Saltó dentro del ascensor como si le hubieran pinchado.

Imposible, las fantasías no eran posibles, no había visto nunca unos ojos azules volverse amarillos y su madre estaba llena de salud, no había motivos de alarma, nadie se moría y el peligro sólo era el representado por una gaviota para una almeja. Cerró los ojos y el ascensor subió con lentitud.

Aquella cosa de la arena se había reído de él.

Se introdujo a través de la rendija cuando las puertas empezaron a separarse. Pasó saltando ante las puertas cerradas de los otros ascensores, dobló hacia la derecha del pasillo revestido de madera y corrió entre apliques y pinturas hacia sus habitaciones. Aquí, correr no parecía tanto un sacrilegio. Tenían la 407 y la 408, consistentes en dos dormitorios, una pequeña cocina y un salón que daba a la larga y suave playa y a la vastedad del océano. Su madre se había apropiado de muchas flores, no sabía de dónde, y las había distribuido en jarrones

alrededor de su pequeña colección de fotografías enmarcadas. Jack a los cinco años, Jack a los once años, Jack de bebé en brazos de su padre. Este, Philip Sawyer, al volante del viejo DeSoto en que él y Morgan Sloat habían viajado a California en los días inimaginables cuando eran tan pobres que a menudo dormían en el coche.

Cuando Jack abrió la 408, la puerta del salón, llamó:

—¿Mamá? ¿Mamá?

Las flores le recibieron, las fotos le sonrieron, pero no hubo respuesta. ¡Mamá! La puerta se cerró tras él. Sintió frío en el estómago y cruzó corriendo el salón hacia el dormitorio grande de la derecha. *¡Mamá!* Otro jarrón lleno de flores altas y multicolores. La cama vacía estaba almidonada y planchada; la colcha rígida debía escupir el edredón. Sobre la mesilla había un surtido de frascos marrones que contenían vitaminas y otros comprimidos. Jack retrocedió. Por la ventana se veían unas olas negras avanzando hacia él.

Dos hombres se apeaban de un coche indescriptible —también ellos indescriptibles— y alargaban las manos hacia ella…

—¡Mamá! —gritó.

—Ya te oigo, Jack —dijo la voz de su madre desde el cuarto de baño—. ¿Qué ocurre?

—Oh —respondió Jack, sintiendo relajarse todos sus músculos—. Oh, lo siento. Es que no sabía dónde estabas.

—Tomando un baño —dijo ella—. Preparándome para la cena. Está permitido, ¿verdad?

Jack se dio cuenta de que ya no tenía necesidad de ir al cuarto de baño. Se desplomó en una de las mullidas butacas y cerró los ojos, aliviado. Aún estaba bien…

Está bien por ahora, susurró una voz ronca y su mente volvió a ver cómo se abría y giraba el embudo de arena.

5

Once o doce kilómetros más allá, por la carretera de la costa, justo al salir del

municipio de Hampton, encontraron un restaurante llamado The Lobster Chateau. Jack había facilitado un resumen muy somero de sus actividades; ya se estaba alejando del terror experimentado en la playa, dejando que se esfumara en su memoria. Un camarero, vestido con una chaqueta roja que ostentaba en la espalda la imagen amarilla de una langosta, les acompañó hasta una mesa situada junto a una ventana apaisada.

—¿Desea beber algo la señora? —El camarero tenía una cara glacial, de Nueva Inglaterra en temporada baja, y al mirarla y leer en los ojos azules y húmedos que desaprobaba su chaqueta deportiva de Ralph Lauren y el vestido Halston de cóctel lucido desgarbadamente por su madre, Jack se sintió asaltado por un terror más familiar: la simple nostalgia de su casa. *Mamá, si no estás enferma de verdad, ¿qué diablos hacemos aquí? ¡Este lugar está desierto! ¡Es lúgubre! ¡Dios mío!*

—Tráigame un martini elemental —contestó ella. El camarero arqueó las cejas.

—¿Perdón, señora?

—Hielo en una copa. Una aceituna sobre el hielo. Ginebra Tanqueray sobre la aceituna. Y después… ¿Me sigue?

Mamá, por Dios, ¿es que no le ves los ojos? Tú crees que eres amable con él ¡y él cree que le estás tomando el pelo! ¿Es que no ves sus ojos?

No, no los veía. Y aquella falta de intuición, cuando siempre había sido tan lista para captar los sentimientos ajenos, fue otra losa sobre el corazón de Jack. Estaba empeorando… en todos los sentidos.

—Sí, señora.

—Después —continuó ella— coja una botella de vermut, de cualquier marca, y acérquela a la copa. Luego devuelve la botella de vermut al estante y me trae la copa. ¿Entendido?

—Sí, señora. —Los ojos fríos y húmedos de Nueva Inglaterra miraban a su madre sin ningún cariño. *Estamos solos aquí,* pensó Jack, comprendiéndolo bien por primera vez. *Dios mío, y qué solos*—. ¿Y el joven?

—Querría una coca-cola —contestó Jack, abatido. El camarero se alejó. Lily rebuscó en su bolso, sacó un paquete de Herbert Tarrytoons (así los habían llamado desde que él era un bebé. «Tráeme los Tarrytoons de la repisa, Jacky», así que aún los llamaba así en sus pensamientos) y encendió uno. Tosió tres

veces, expeliendo humo en tres súbitas explosiones.

Fue otra losa sobre su corazón. Dos años atrás, su madre había dejado de fumar totalmente. Jack había esperado verla reincidir con aquel extraño fatalismo que constituye el anverso de la credulidad y la inocencia infantiles. Su madre había fumado siempre, de modo que volvería a fumar. Pero no había reincidido hasta hacía tres meses en Nueva York. Carltons, que chupaba con fuerza mientras caminaba arriba y abajo del salón de Central Park West, o estaba en cuclillas ante el armario de los discos, buscando sus viejas melodías de rock o las de jazz de su difunto marido.

—¿Vuelves a fumar, mamá? —le había preguntado.

—Sí, fumo hojas de col —replicó ella.

—Me gustaría que no lo hicieras.

—¿Por qué no enciendes el televisor? —volvió a replicar su madre con brusquedad poco característica, mirándole con los labios apretados—. Tal vez encuentres a Jimmy Swaggart o al reverendo Ike. Vete al rincón del aleluya con las hermanas del amén.

—Lo siento —murmuró Jack.

Bueno, eran sólo Caritons. Hojas de col. Pero aquí estaban los Herbert Tarrytoons, el anticuado paquete azul y blanco y las boquillas que parecían filtros pero no lo eran. Recordaba vagamente que su padre había comentado a alguien que él fumaba Winstons, y su mujer. Pulmones Negros.

—¿Has visto un fantasma, Jack? —le interrogó ahora con los ojos demasiado brillantes fijos en él, sosteniendo el cigarrillo en aquella antigua posición algo excéntrica, entre los dedos segundo y tercero de la mano derecha. Desafiándole a decir algo, desafiándole a decir: «Mamá, veo que vuelves a fumar Herbert Tarrytoons. ¿Significa esto que a tu juicio ya no tienes nada que perder?»

—No —respondió. La nostalgia del hogar, triste y confusa, le asaltó de nuevo y sintió deseos de llorar—. Aunque este lugar resulta un poco fantasmagórico.

Ella miró a su alrededor y sonrió. Otros dos camareros, uno gordo y uno delgado, ambos con chaquetas rojas y langostas amarillas en la espalda, estaban a ambos lados de las puertas giratorias de la cocina, hablando en voz baja. Un cordón de terciopelo interceptaba el paso a un enorme comedor contiguo a la alcoba donde se hallaban Jack y su madre, una oscura caverna donde había sillas

puestas del revés sobre las mesas. En el fondo, un inmenso ventanal daba a una marina gótica que recordó a Jack una película en que intervenía su madre, *La novia de la muerte*, interpretando a una joven muy rica que se casaba contra la voluntad de sus padres con un desconocido moreno y apuesto. Este desconocido la llevaba a un caserón junto al océano e intentaba volverla loca. *La novia de la muerte* había sido más o menos típica de la carrera de Lily Cavanaugh, ya que había protagonizado muchas películas en blanco y negro en las que actores guapos pero mediocres conducían Fords descapotables con el sombrero puesto.

Del cordón de terciopelo que prohibía la entrada a esta oscura caverna pendía un letrero ridículamente innecesario: COMEDOR CERRADO.

—Es un poco tétrico, tienes razón —observó su madre.

—Como la Zona Abandonada —dijo Jack, y ella desgranó su risa estridente, contagiosa y, en cierto modo, bella.

—Sí, oh, Jacky, Jacky, Jacky —rió, inclinándose para despeinar los cabellos demasiado largos de su hijo.

Él le apartó la mano, sonriendo a su vez (pero, oh, sus dedos parecían huesos… *Está casi muerta, Jack…).*

—«No toquéis la mercancía».

—Esto no reza para mí.

—Bastante sofisticada para una dama madura.

—Oh, muchacho, intenta sacarme dinero para el cine esta semana.

—De acuerdo.

Se sonrieron y Jack no pudo recordar una mayor necesidad de llorar o una ocasión en que la amara tanto. Había ahora en ella una especie de dureza desesperada… y parte de esta dureza había sido volver a los Pulmones Negros.

Llegó el aperitivo. Ella hizo entrechocar su copa con el vaso de Jack.

—Por nosotros.

—Sí.

Bebieron. Se acercó el camarero con los menús.

—¿Le tomé demasiado el pelo antes, Jacky?

—Tal vez si.

Lo pensó un poco y luego se encogió de hombros.

—¿Qué quieres comer?

—Creo que lenguado.

—Que sean dos.

Así que él encargó la comida para ambos, sintiéndose torpe y confuso pero sabiendo que era lo que ella deseaba, y pudo leer en sus ojos, cuando el camarero se hubo ido, que no lo había hecho del todo mal. Ello se debía en gran parte a tío Tommy, que había comentado, después de una visita a Hardee's:

—Creo que hay esperanza para ti, Jack, si podemos curar esta repugnante obsesión por el queso amarillo procesado.

Trajeron la comida. Jack devoró el lenguado, que era caliente, bueno y sabía a limón. Lily sólo jugó con el suyo, comió unas judías verdes y después se dedicó a hurgar en el plato.

—Hace quince días que empezó el curso escolar aquí —anunció Jack en mitad de la cena. Ver los grandes autobuses amarillos con la inscripción lateral ARCADIA DISTRICTE SCHOOLS le había hecho sentir culpable, lo cual era absurdo, dadas las circunstancias, pero era cierto que estaba haciendo novillos.

Ella le dirigió una mirada inquisitiva. Había pedido y terminado una segunda copa y ahora el camarero le traía la tercera.

Jack se encogió de hombros.

—He pensado que debía mencionarlo.

—¿Quieres ir?

—¿Qué? ¡No! ¡Aquí no!

—Está bien —contestó ella—, porque no tengo tus malditos certificados de vacunación. No te dejarán entrar en la escuela sin *pedigree*, compañero.

—No me llames compañero —dijo Jacky, pero Lily no se rió del viejo chiste.

Pero, ¿por qué no vas a la escuela?

Pestañeó, como si la voz hubiera hablado en voz alta, en lugar de en su cabeza.

—¿Has dicho algo? —preguntó Lily.

—No… Bueno… hay un tipo en el parque de atracciones Divertimundo. Un conserje o un guarda, algo así. Un viejo negro que me preguntó por qué no iba a la escuela.

Ella se inclinó hacia adelante, sin rastro de humor, con una seriedad casi amenazadora.

—¿Qué le dijiste?

Jack se encogió de hombros.

—Le dije que me estaba recuperando de una pulmonía. ¿Recuerdas aquella vez que Richard la tuvo? El médico recomendó a tío Morgan que no enviara a Richard a la escuela antes de tres semanas, pero podía salir y pasear. —Jack esbozó una sonrisa—. Yo pensé que era muy afortunado.

Lily se relajó un poco.

—No me gusta que hables con desconocidos, Jack.

—Mamá, sólo es un…

—No me Importa quién sea. No quiero que hables con desconocidos. Jack pensó en el negro, en sus cabellos grises y lanudos, en su cara arrugada y en sus extraños ojos claros. Barría la gran arcada del desembarcadero, el único lugar del Divertimundo Arcadia que permanecía abierto durante todo el año, aunque ahora sólo estaban allí Jack, el negro y dos viejos al fondo, que jugaban con una máquina automática en un silencio lleno de apatía.

Pero ahora, en este restaurante un poco lúgubre donde Jack cenaba con su madre, no era el negro quien hacía las preguntas sino él mismo.

¡Por qué no estoy en la escuela? Debe ser por lo que ella ha dicho, muchacho. No hay vacuna, no hay pedigree. ¿Acaso crees que ha venido hasta aquí con tu certificado de nacimiento. ¿Eso crees?. Está huyendo, muchacho, y tú huyes con ella. Tú…

—¿Has tenido noticias de Richard? —interrumpió su madre y en cuanto lo dijo, a Jack se le ocurrió… no, esto era demasiado suave. Le cayó como una bomba; sus manos temblaron y el vaso resbaló de la mesa y se hizo añicos en el suelo.

Está casi muerta, Jack.

La voz del embudo de arena. La que había oído en su mente.

Había sido la voz de tío Morgan. No tal vez, no casi, no algo parecido. Había sido una voz real. La voz del padre de Richard.

6

Cuando volvían al hotel en el coche, ella le preguntó:

—¿Qué te ha sucedido allí dentro, Jack?

—Nada. El corazón me ha dado ese extraño vuelco. —Lo dibujó con un dedo sobre el salpicadero, para demostrarlo—. Un PCV, como en *Hospital general.*

—No te hagas el listo conmigo, Jacky. —Al resplandor de los instrumentos del salpicadero, se la veía pálida y demacrada. Un cigarrillo se consumía entre los dedos índice y medio de su mano derecha. Conducía muy despacio —*sin* sobrepasar nunca los sesenta y cinco—, como siempre que bebía demasiado. Había adelantado el asiento al máximo, llevaba la falda por encima de las rodillas y éstas flotaban, como patas de cigüeña, a ambos lados de la columna de dirección, y su barbilla daba la impresión de tocar el volante. Por un momento pareció una bruja y Jack apartó rápidamente la mirada.

—No es eso —murmuró.

—¿Qué?

—No me hago el listo —dijo—. Fue como una punzada, esto es todo.

—De acuerdo. Pensaba que era algo referente a Richard Sloat.

—No.

Su padre me habló desde un agujero en la arena de la playa, esto es todo. Me habló en mi mente, como la voz en off de una película. Me dijo que estabas casi muerta.

—¿Le echas de menos, Jack?

—¿A quién? ¿A Richard?

—No… a Spiro Agnew. Claro que a Richard.

—A veces. —Richard Sloat iba ahora a una escuela de Illinois, una de esas escuelas privadas donde la capilla era obligatoria y nadie tenía acné.

—Ya le verás. —Le pasó una mano por el cabello.

—Mamá, ¿te encuentras bien? —Las palabras se le escaparon. Sintió en los muslos la presión de todos sus dedos.

—Sí —contestó ella, encendiendo otro cigarrillo (redujo la velocidad a treinta para hacerlo; una vieja camioneta les adelantó, tocando la bocina)—. Nunca me he encontrado mejor.

—¿Cuántos kilos has perdido?

—Jacky, nunca se puede estar demasiado delgado ni ser demasiado rico. —Calló y le sonrió. Una sonrisa cansada y triste que le transmitió toda la verdad que necesitaba saber.

—Mamá…

—Busca música, Jacky, y cierra el pico,

Encontró música de jazz en una emisora de Boston; un saxo tocando. *Todas las cosas que tú eres.* Pero por debajo de la música, como un contrapunto regular e insensato, se oía el océano. Y más tarde vio el gran esqueleto de las montañas rusas contra el cielo. Y las destartaladas alas del hotel Alhambra. Si esto era su casa, ya estaban en casa.

Capítulo 3

SPEEDY PARKER

1

Al día siguiente volvió a salir el sol… un sol fuerte y brillante que se extendió a capas sobre la playa llana y el trozo de tejado inclinado y rojo que Jack podía ver desde la ventana de su dormitorio. Una ola larga y baja en alta mar parecía endurecerse bajo la luz y enviaba una lanza de claridad directamente hacia sus ojos. Para Jack, esta luz era distinta de la de California; se le antojaba más tenue, más fría, quizá menos vigorizante. La ola se fundía con el océano tenebroso y cuando volvía a elevarse una cegadora franja de oro la cruzaba. Jack se apartó de la ventana. Ya se había duchado y vestido y el reloj de su cuerpo le indicó que ya era hora de dirigirse hacia la parada del autobús escolar. Las siete y cuarto. Sólo que hoy no iría a la escuela, ya nada era normal y él y su madre vagarían como fantasmas a lo largo de otras doce horas. Ni horario ni responsabilidades ni deberes… Ningún orden excepto el impuesto por las comidas.

¿Era hoy un día laborable? Jack se detuvo junto a la cama, un poco alarmado porque el mundo se había vuelto tan informe… no *creía* que fuera sábado. Evocó en su memoria el primer día absolutamente identificable que podía recordar y que era el domingo anterior. Contando desde entonces, hoy era jueves. Los jueves tenía clase de informática con el señor Balgo y la primera

actividad deportiva. Por lo menos, esto hacía cuando su vida era normal, una época que ahora, sólo unos meses después, le parecía irremisiblemente perdida.

Se dirigió al salón y cuando tiró del cordón de las cortinas, la luz fuerte y brillante inundó la habitación, blanqueando los muebles. Entonces apretó la tecla del televisor y se dejó caer sobre el rígido sofá. Su madre tardaría por lo menos quince minutos más en levantarse, o tal vez más, teniendo en cuenta que había tomado tres copas con la cena la noche anterior.

Miró hacia la puerta del dormitorio de su madre. Veinte minutos después llamó con suavidad a la puerta. «¿Mamá?» Le contestó un pastoso murmullo. Jack abrió sólo una rendija y miró hacia dentro. Su madre levantó la cabeza de la almohada y escudriñó con los ojos entornados.

—Jacky. Buenos días. ¿Qué hora es?

—Alrededor de las ocho.

—Dios mío. ¿Tienes hambre? —Se incorporó, tapándose los ojos con las palmas de las manos.

—Más bien sí y estoy harto de esperar sentado. Quería saber si tardarás en levantarte.

—Creo que sí. ¿Te importa? Baja al comedor y desayuna. Juega un poco en la playa, ¿quieres? Hoy tendrás una madre mucho mejor si la dejas quedar otra hora en la cama.

—Claro —contestó Jack—. Está bien. Hasta luego.

La cabeza de ella ya descansaba otra vez sobre la almohada. Jack desconectó el televisor y salió de la habitación después de asegurarse que tenía la llave en el bolsillo de los vaqueros.

El ascensor olía a alcanfor y amoníaco; una camarera había dejado caer una botella. Las puertas se abrieron y el canoso conserje le miró con el ceño fruncido y desvió la mirada con ostentación. Ser hijo de una estrella de cine no te confiere una distinción especial, muchacho… y, ¿por qué no estás en la escuela? Jack cruzó el arco de madera del comedor —La Silla de Cordero— y vio hileras de mesas vacías en un espacio vasto y oscuro. Sólo estaban puestas unas seis. Una camarera vestida con blusa blanca y falda arrugada de color rojo le miró y desvió la vista. Una pareja de ancianos decrépitos estaban sentados a una mesa en el otro extremo de la sala; no había más comensales. Mientras Jack los miraba, el anciano se inclinó y cortó con naturalidad él huevo frito de su esposa en cuatro

pedazos.

—¿Mesa para uno? —La mujer que tenía a su cargo La Silla de Cordero durante el día apareció a su lado y cogió un menú de un montón que había junto al libro de reservas.

—Lo siento, he cambiado de opinión. —Jack se escapó.

La cafetería del Alhambra, The Beachcomber Lounge, se hallaba al otro lado del vestíbulo, al fondo de un desolado pasillo flanqueado por vitrinas vacías. El apetito se le pasó al imaginarse solo ante la barra, contemplando al aburrido cocinero asar a la parrilla tiras de tocino ahumado. Esperaría a que su madre se levantara o, mejor aún, saldría a ver si podía comprarse un donut y un poco de leche en envase de cartón en una de las tiendas que encontraría por el camino.

Empujó la alta y pesada puerta del hotel y salió al sol. Por un momento, la luz repentina hirió sus ojos; el mundo era una superficie plana y cegadora. Jack guiñó los ojos, deseando haberse puesto las gafas de sol. Cruzó la terraza de ladrillo rojo y bajó los cuatro escalones curvados que conducían a la avenida principal de los jardines del hotel.

¿Y si ella moría?

¿Qué sería de él entonces, adonde iría, quién cuidaría de él si ocurría lo peor que podía pasarle y ella se moría, se *moría* definitivamente en aquella habitación de hotel?

Meneó la cabeza, intentando desechar aquel pensamiento antes de que el pánico al acecho surgiera de los formales jardines del Alhambra y le destrozara. No quería llorar ni permitir que aquello le sucediera… y tampoco quería pensar en los Tarrytoons y los kilos que ella había perdido ni recordar la sensación que a veces tenía de que su madre estaba indefensa y caminaba sin rumbo. Se puso a andar más de prisa y metió las manos en los bolsillos mientras saltaba a la avenida del hotel. *Está huyendo, muchacho, y tú huyes con ella.* Huyendo, pero, ¿de quién? ¿Y a dónde? ¿Aquí, sólo aquí, a este lugar abandonado?

Llegó a la calle ancha que bordeaba el litoral en dirección al pueblo y tuvo la impresión de que el paisaje vacío que se extendía ante él era un remolino dispuesto a succionarle y escupirle a un lugar negro donde la paz y la seguridad no habían existido nunca. Una gaviota sobrevoló la carretera vacía, describió una amplia curva y bajó en dirección a la playa. Jack la miró alejarse, convertirse en una mancha blanca sobre la silueta atormentada de la montaña rusa.

Lester Speedy Parker, un hombre de pelo gris lanudo y profundos surcos en las mejillas, estaba en alguna parte del Divertimundo y era a él a quien tenía que ver. Jack lo sabía con tanta claridad como que había oído la voz del padre de Richard.

Gritó una gaviota, una ola proyectó hacia él una intensa luz dorada y Jack vio a tío Morgan y a su nuevo amigo Speedy como figuras casi alegóricamente opuestas, como si fueran estatuas del *día* y de la *noche* erguidas sobre sendas peanas: la oscuridad y la luz. Lo que Jack había comprendido en cuanto supo que a su padre le hubiera gustado Speedy Parker era que el ex guitarrista de blues carecía de maldad. En cambio, tío Morgan… era una persona completamente distinta. Tío Morgan vivía para los negocios, para hacer tratos y estafar; y era tan ambicioso que en el tenis discutía cualquier pelota, aunque fuera apenas discutible; tan ambicioso, en realidad, que hacía trampas en los juegos de cartas en los que su hijo le animaba de vez en cuando a participar, a un penique la apuesta. Por lo menos, Jack *creía* que tío Morgan había hecho trampa en una o dos partidas… No era hombre para opinar que la derrota exigía amabilidad.

Noche y día, sol y luna, luz y oscuridad, y el negro era la luz en estas polaridades. Y cuando la mente de Jack llegó a este punto, todo el pánico contra el que había luchado en los jardines formales del hotel le amenazó de nuevo. Levantó los pies y echó a correr.

2

Cuando el chico vio a Speedy arrodillado frente al gris edificio de las arcadas —envolviendo una gruesa cuerda con cinta aislante, inclinando la cabeza lanuda hasta casi tocar el malecón con el flaco trasero marcado por los gastados pantalones verdes de su indumentaria de trabajo y las suelas polvorientas de sus botas apoyadas sobre los dedos, como un par de tablas de surf en posición vertical— se dio cuenta de que no recordaba qué quería decir al guardián o si quería decirle algo. Speedy dio otra vuelta a la cuerda con la cinta aislante de color negro, asintió con la cabeza, se sacó una usada navaja del bolsillo de la

camisa y cortó la cinta con precisión quirúrgica. De haber podido, Jack también habría huido de allí; estaba interrumpiendo el trabajo de aquel hombre y, en cualquier caso, era tonto pensar que Speedy pudiera ayudarle de algún modo. ¿Qué clase de ayuda podía prestar el viejo guarda de un parque de atracciones vacío?

Entonces Speedy volvió la cabeza y saludó la presencia del muchacho con una expresión de bienvenida cálida y total —más que una sonrisa, fue una intensificación de todos los surcos de su cara— y Jack supo que por lo menos no era un intruso.

—Viajero Jack —dijo Speedy—, ya empesaba a temer que hubiera desidido no asercarte má a mí. Justo cuando nos hasíamo amigo. Me alegro de verte, hijo.

—Sí —respondió Jack—, yo también me alegro. Speedy se guardó la navaja de metal en el bolsillo de la camisa e irguió su cuerpo largo y huesudo tan fácil y atléticamente que dio la impresión de ser ingrávido.

—Ete lugar se etá derrumbando a mi alrededor —observó—. Hago una pequeña reparasión cada ves, lo sufisiente para que todo funsione má o meno como debiera. —Se paró a media frase, después de examinar bien la cara de Jack —. Al pareser, el viejo mundo no é tan agradable como ante. Viajante Jack tiene un montón de preocupasiones, ¿no é eso?

—Sí, algo así —asintió Jack, pero aún no sabía cómo empezar a expresar las cosas que le preocupaban. No podían expresarse con frases corrientes, porque las frases corrientes hacían que todo pareciese racional. Uno… dos… tres; el mundo de Jack no se movía a lo largo de estas líneas rectas. Todo lo que no podía decir era un peso en su interior.

Miró con tristeza al hombre alto y delgado que estaba ante él. Speedy tenia las manos metidas en los bolsillos; sus grandes cejas grises apuntaban hacia el profundo surco vertical que las separaba. Sus ojos, tan claros que casi eran incoloros, se desviaron de la estropeada pintura del malecón para cruzar su mirada con la de Jack, y de improviso éste se sintió mejor. No comprendía por qué, pero Speedy parecía capaz de comunicarle directamente cualquier emoción, como si no se hubieran conocido hacía sólo una semana, sino hacía años, y hubieran compartido mucho más que unas pocas palabras en una arcada desierta.

—Bueno, ya he trabajao batante por hoy —dijo Speedy, lanzando una ojeada al Alhambra—. Si continúo, lo haré mal. Supongo que no ha vito mi ofisina,

¿verdad?

Jack negó con la cabeza.

—É el momento de un pequeño refresco, muchacho. El *momento justo.*

Empezó a andar por el malecón a grandes zancadas y Jack corrió tras él. Cuando saltaron los escalones del malecón y empezaron a caminar por la hierba rala y la compacta tierra marrón hacia los edificios del otro lado del parque, Speedy sorprendió a Jack poniéndose a cantar.

Viajero Jack, viejo Viajero Jack,
Tiene que recorrer un largo camino,
Y otro aún má largo para regresa.

No era exactamente una canción, pensó Jack, sino algo intermedio entre cantar y hablar. De no ser por las palabras, le habría gustado escuchar la voz tosca y confiada de Speedy.

El shico ha de recorrer un largo camino,
Y otro aún má largo para regresa.

Speedy le guiñó un ojo por encima del hombro.

—¿Por qué me das este nombre? —le preguntó Jack—. ¿Por qué soy Viajero Jack? ¿Porque vengo de California?

Habían llegado a la taquilla azul pálido de la entrada al recinto de la montaña rusa y Speedy volvió a meter las manos en los bolsillos de sus anchos pantalones verdes, giró sobre sus talones y empujó con los hombros la pequeña valla de color azul. La eficiencia y rapidez de sus movimientos eran casi teatrales, como si supiera —pensó Jack— que él iba a formularle precisamente aquella pregunta.

Dise que viene de California,
Y no sabe que tendrá que volvé…

Cantó Speedy, con una emoción en el rostro esculpido y severo que se antojó casi triste a Jack.

Dise que viene de tan lejos,
Pobre Viajero Jack que tendrá que volvé…

—¿Cómo? —inquirió el muchacho—. ¿Volver? Creo que mi madre incluso vendió la casa… o la alquiló o algo parecido. No sé qué diablos intentas, Speedy.

Sintió alivio cuando Speedy no le contestó con su rítmica cantinela, sino con voz normal:

—Apuesto algo a que no recuerda haberme conosido ante, Jack. ¿Verdad que no?

—¿Haberte conocido antes? ¿Dónde?

—En California… al meno, *creo* que fue ayí. Pero no epero que lo recuerde. Viajero Jack; fueron do minuto muy ocupado. Debió sé en… veamos… debió sé hase cuatro o sinco años, en mil novesientos setenta y sei.

Jack le miró con gran perplejidad. ¿Mil novecientos setenta y seis? Entonces tenía siete años.

—Vayamo a mi pequeña ofisina —dijo Speedy, empujando el torniquete de la taquilla con la misma gracia ingrávida.

Jack le siguió en torno a los enormes soportes de la montaña rusa; sombras negras como diagramas de tres en raya se entrecruzaban en la tierra estéril y polvorienta salpicada de latas de cerveza y envolturas de golosinas. Los rafles de la montaña rusa pendían sobre sus cabezas como un rascacielos inacabado. Jack vio que Speedy se movía con la soltura de un jugador de baloncesto, la cabeza alta y los brazos colgando. El ángulo de su cuerpo, su postura en las tinieblas enrejadas bajo los soportes, parecía muy joven, como si Speedy sólo tuviera veintitantos años.

Entonces el guarda salió de nuevo a la brillante luz del sol y cincuenta años más encanecieron su cabello y surcaron su nuca. Jack hizo una pausa al llegar a la hilera final de soportes, como intuyendo que el ilusorio rejuvenecimiento de Speedy Parker era la clave de que las fantasías estaban muy cerca de ellos, acechándoles.

¿Mil novecientos setenta y seis? ¿En California? Jack siguió a Speedy, que se dirigía hacia un minúsculo cobertizo de madera pintada de rojo, adosado a la alambrada del otro extremo del parque de atracciones. Estaba seguro de no haber conocido a Speedy en California… pero la presencia casi visible de sus fantasías

le había traído otro recuerdo específico de aquellos días, las visiones y sensaciones de un atardecer de sus seis años, Jacky, jugando con un taxi negro de juguete detrás del sofá de la oficina paterna… y de modo inesperado, su padre y tío Morgan hablando mágicamente de las fantasías. *Tienen magia como nosotros tenemos la física, ¿entiendes? Una monarquía agrícola, que usa la magia en lugar de la ciencia. Sin embargo, ¿puedes imaginarte la tremenda influencia que esgrimiríamos si les diéramos electricidad? ¿Si lleváramos las armas modernas a los tipos claves? ¿Tienes una idea?*

Espera un momento, Morgan. Tengo un montón de ideas que a tí por lo visto no se te han ocurrido.

Jack casi podía oír la voz de su padre y el peculiar e inquietante reino de la fantasía pareció surgir en el erial umbroso que había debajo de la montaña rusa. Empezó a correr detrás de Speedy, que había abierto la puerta del pequeño cobertizo rojo y se apoyaba en ella, sonriendo sin sonreír.

—Algo te rueda por la cabesa, Viajero Jack. Algo te sumba en ella como una abeja. Entra en mi suite de ejecutivo y cuéntamelo todo.

Si la sonrisa hubiera sido más amplia, más evidente, Jack habría dado media vuelta y echado a correr: el espectro de la mofa se hallaba aún humillantemente cerca. Pero toda la persona de Speedy parecía expresar un interés genuino —el mensaje de los surcos profundizados de su rostro— y Jack pasó por delante de él y cruzó el umbral.

La «oficina» de Speedy era un pequeño rectángulo de tablones —del mismo rojo que el exterior— sin mesa ni teléfono. Dos cajas de naranjas apoyadas boca abajo contra una de las paredes laterales flanqueaban un radiador eléctrico desenchufado que se parecía a la parrilla de un Pontiac de los años cincuenta. En el centro, una silla de respaldo redondo hacía compañía a un sillón demasiado relleno, tapizado con una descolorida tela gris.

Los brazos del sillón daban la impresión de haber sido arañados por las garras de varias generaciones de gatos: sucios jirones de relleno caían sobre el asiento como pelo; en el respaldo de la silla se veía un complicado dibujo de iniciales grabadas. Muebles de trapero. En uno de los rincones había dos ordenadas pilas de libros de bolsillo y en otro la tapa cuadrada de cocodrilo falso de un tocadiscos barato. Speedy indició el radiador y dijo:

—Ven en enero o febrero, mushasho, y sabrá por qué tengo eso. Hase un

frío… Brrrr. —Pero Jack miraba las fotografías pegadas a la pared sobre el radiador y las cajas de naranjas.

Todas menos una eran desnudos recortados de revistas para hombres. Mujeres con pechos grandes como sus cabezas se apoyaban en incómodos troncos de árbol con las fuertes piernas abiertas. Sus caras se antojaron a Jack a la vez fascinantes y rapaces, como si aquellas mujeres fueran capaces de arrancarle trozos de piel después de besarle. Algunas no eran más jóvenes que su madre, mientras otras aparentaban una edad no muy superior a la suya propia. Los ojos de Jack se pasearon por esta necesaria carne; toda, la joven y la menos joven, sonrosada, color de chocolate o amarilla como la miel, parecían ansiar su contacto, y Jack fue muy consciente de que Speedy Parker estaba detrás de él, observándole. Entonces vio el paisaje en medio de las fotografías de desnudos y durante un segundo probablemente se olvidó de respirar.

Era asimismo una fotografía, que también parecía proyectarse hacia él, como si fuera tridimensional. Una larga llanura de hierba de un verde especial, melancólico, se extendía hacia una cordillera baja casi a ras del suelo. Sobre la llanura y las montañas, el cielo tenía una profunda transparencia. Jack casi podía oler la frescura de este paisaje. Conocía aquel lugar. Nunca había estado allí en la realidad, pero lo había visto. Era uno de los lugares de las fantasías.

—Llama la atensión, ¿verdad? —dijo Speedy, y Jack recordó dónde estaba. Una mujer eurasiana, de espaldas a la cámara, sacaba un trasero en forma de corazón y le sonreía por encima del hombro. Sí, pensó Jack—. Un lugar muy bonito —continuó Speedy—. Lo he pueto yo. Toda esta shica ya estaba cuando vine y no tuve való para arrancarla de la pared. En sierto modo, me recuerdan lo viejo tiempo, cuando iba por esa carretera.

Jack miró a Speedy, sobresaltado, y el viejo le guiñó un ojo.

—¿Conoces ese lugar, Speedy? —le preguntó—. Quiero decir, ¿sabes dónde está?

—Quisa sí, quisa no. Podría sé África… alguna parte de Kenya. O podría existí sólo en mi memoria. Siéntate, Viajero Jack. Ocupa el sillón, que é má cómodo.

Jack movió el sillón para poder seguir viendo la foto del lugar de las fantasías.

—¿Es *eso* África?

—Podría está mucho má serca, má asequible para nosotro, de modo que cualquiera pudiese í cuando se le antojara; es desir, cuando nesesitara musho verlo.

Jack se dio cuenta de repente de que estaba temblando desde hacía rato. Cerró los puños y sintió que el temblor se le trasladaba al estómago.

No estaba seguro de querer ir alguna vez al lugar de las fantasías, pero dirigió a Speedy una mirada inquisitiva. Este se había acomodado en la silla redonda.

—No está en ninguna parte de África, ¿verdad?

—Bueno, no lo sé. E posible que no. Yo le he encontrao un nombre, muchacho. Lo yamo lo Territorio.

Jack volvió a mirar la fotografía, la larga y surcada llanura, las montañas bajas y marrones. Los Territorios. Estaba bien; aquel era su nombre.

Tienen magia como nosotros tenemos la física, ¿entiendes? Una monarquía agrícola… armas modernas a los tipos clave… Tío Morgan tramando algo y su padre interrumpiéndole, frenándole:

Hemos de tener cuidado con el modo de entrar allí, socio… Recuerda que estamos en deuda con ellos, realmente en deuda…—Los Territorios— repitió ahora, saboreando el nombre en la boca además de formulando una pregunta.

—Un aire como el mejó vino de la bodega de un hombre rico. Una yuvia fina. Ése é el luga, hijo.

—¿Has estado allí, Speedy? —preguntó Jack, esperando con fervor una respuesta afirmativa.

Pero Speedy le decepcionó, tal como Jack se había temido. El guarda le sonrió y esta vez fue una sonrisa verdadera, no una oleada de calor del subconsciente. Al cabo de un momento añadió:

—Ni habla, no he etado nunca fuera de Etado Unido, Viajero Jack. Ni siquiera durante la guerra. Nunca pasé de Texa y Alabama.

—¿Cómo conoces los… Territorios? —El nombre empezaba ya a salirle con fluidez.

Los hombres como yo oyen toda clase de hitoria. Hitoria sobre loro bicéfalo, hombre que vuelan con ala propia, hombre que se convierten en lobo, hitoria sobre reina. Reina enferma.

… magia en vez de física, ¿entiendes?

Ángeles y hombres lobos.

—He oído historias sobre hombres lobos —dijo Jack—. Están incluso en las tiras cómicas. Esto no significa nada, Speedy.

—Probablemente no, pero he oído decí que si un hombre arranca un rábano del suelo, otro hombre situao a un kilómetro de distansia puede persibí el oló de ese rábano… de tan dulse y limpio que é el aire.

—Pero ángeles…

—Hombre alado.

—Y reinas enfermas —continuó Jack, como si fuera un chiste *(vamos, hombre, fe has inventado un lugar muy tonto, barrendero).* Pero en el instante en que lo dijo, se sintió él mismo enfermo. Recordó el ojo negro de una gaviota mirándole fijamente con su propia mortalidad mientras estiraba la carne de la almeja: y pudo oír al tramposo y ambicioso tío Morgan preguntar si Jack quería llamar al teléfono a la reina Lily.

Reina de las B. La reina Lily Cavanaugh.

—Sí —contestó Speedy con voz suave—. Problema por toda parte, hijo. Una reina enferma… quisa moribunda. *Moribunda,* hijo. Y un mundo o do eperando ahí fuera, operando a vé si alguien puede salvarla.

Jack le miró boquiabierto, como si el guarda acabara de propinarle un puntapié en el estómago. ¿Salvarla? ¿Salvar a su madre? El pánico volvió a invadirle… ¿cómo podía salvarla? ¿Y significaba toda esta charla insensata que de verdad su madre estaba moribunda en aquella habitación?

—Tiene una tarea, Viajero Jack —le dijo Speedy—, una tarea que no te soltará, palabra del Señó. Ojalá no fuera así.

—No sé de qué hablas —exclamó Jack. Parecía tener el aliento atrapado en una pequeña bolsa situada en el cogote. Miró hacia otro rincón de la pequeña habitación roja y en las sombras vio una vieja guitarra apoyada contra la pared. Al lado había un delgado colchón enrollado como un tubo; Speedy dormía junto a su guitarra.

—É extraño —añadió Speedy—. Hay momento, ya sabe a qué me refiero, en que uno sabe má de lo que cree sabe. Infinitamente má.

—Pero no sé… —empezó Jack y enmudeció de repente. Acababa de recordar algo. Ahora estaba aún más asustado: otro retazo del pasado acababa de asaltarle, exigiendo su atención. Al instante se quedó bañado en sudor, con la

piel muy frío, como si le hubieran mojado con un aspersor. Este recuerdo era el que había pugnado por desechar ayer por la mañana, cuando estaba frente a los ascensores, fingiendo que no tenía la vejiga a punto de explotar.

—¿No había disho que ya era hora de toma un pequeño refreco? —preguntó Speedy, agachándose para levantar un listón suelto del suelo.

Jack vio de nuevo a dos hombres de aspecto corriente que intentaban subir a su madre a un automóvil. Un árbol gigantesco rozaba con el encaje de sus frondas el techo del vehículo.

Speedy extrajo despacio una botella de medio litro del hueco entre los listones. El vidrio era verde oscuro y el líquido que contenía parecía negro.

—Eto te ayudará, hijo. Un pequeño trago é todo lo que nesesitas… Te enviará a nuevo lugare y te ayudará a inisiar la tarea de que te he hablao.

—No puedo quedarme, Speedy —exclamó Jack, con una prisa desesperada por volver al Alhambra. El viejo reprimió visiblemente su expresión de sorpresa y volvió a guardar la botella bajo el listón del suelo. Jack ya se había puesto en pie—. Estoy preocupado.

—¿Por tu madre?

Jack asintió, retrocediendo hacia la puerta abierta.

—Entonses será mejó que te tranquilises, yendo a comprobá si etá bien. Puede volvé aquí siempre que quiera. Viajero Jack.

—De acuerdo —dijo el muchacho y vaciló antes de marcharse corriendo—. Creo… creo que recuerdo donde nos conocimos antes.

—No, no, mi serebro se confundió —dijo Speedy, moviendo la cabeza y agitando los brazos hacia delante y hacia atrás—. Tenía rasón tú; no no habíamo conosido ante de la semana pasada. Vuelve al lado de tu madre y tranquilísate.

Jack salió de un salto y corrió bajo la luz carente de dimensión hacia la gran arcada que conducía a la calle. En la parte superior vio las letras EUQRAP ED SENOICCARTA, AIDACRA dibujadas contra el cielo; por las noches, unas bombillas coloreadas proyectaban el nombre del parque en ambas direcciones. El polvo se arremolinaba entre sus zapatillas. Jack se daba impulso contra sus propios músculos, obligándolos a moverse más y con más fuerza, de modo que cuando cruzó el arco, casi le parecía estar volando.

Mil novecientos setenta y seis. Jack paseaba por Rodeo Drive una tarde de… ¿junio, julio?… una tarde cualquiera de la estación seca, pero antes de aquella

época del año en que todos empezaban a preocuparse de los incendios forestales. Ahora ya no recordaba siquiera adonde se dirigía. ¿A casa de un amigo? No se trataba de ningún recado urgente. Jack recordaba que había llegado a un punto en que ya no pensaba en su padre en todos los momentos de ocio; durante muchos meses después de la muerte de Philip Sawyer en un accidente de caza, su sombra, su pérdida persiguió a Jack a una velocidad palpitante cuando el muchacho estaba menos preparado para resistirla. Jack sólo tenía siete años, pero sabía que le habían robado una parte de su infancia —ahora se veía a sí mismo a seis años como un niño increíblemente ingenuo y atolondrado— y aprendió a confiar en la fuerza de su madre. Amenazas salvajes e informes ya no parecían acechar en los rincones oscuros, armarios semicerrados, calles en penumbra y habitaciones vacías.

Los sucesos de aquella ociosa tarde de verano de 1976 habían destrozado aquella paz temporal. Después, Jack durmió con la luz encendida durante seis meses; las pesadillas perturbaban su sueño.

El coche cruzó la calle justo unas casas, más arriba de la de los Sawyer, blanca, de tres pisos y estilo colonial. Era un coche verde, lo único que Jack podía recordar de él, excepto que no era un Mercedes (el Mercedes era la única marca de automóvil que conocía de vista). El hombre que iba al volante bajó la ventanilla y sonrió a Jack. El primer pensamiento del muchacho fue que le conocía; era amigo de Phil Sawyer y quería saludar a su hijo. Esto se lo comunicó en cierto modo la sonrisa del hombre, que era natural, espontánea y familiar. Otro hombre se inclinó en el asiento de al lado y miró hacia Jack a través de unas gafas de ciego, redondas y tan oscuras que se antojaban negras. Este segundo hombre llevaba un traje enteramente blanco. El conductor dejó que la sonrisa hablara por él un momento más y entonces interpeló a Jack:

—Chico, ¿sabes cómo se va al hotel Beverly Hills? Así que era un forastero, después de todo. Jack sintió una extraña punzada de desengaño.

Señaló calle arriba. El hotel estaba al final, lo bastante cerca para que su padre pudiese ir a pie a los desayunos de trabajo en la Loggia.

—¿En esta misma calle? —preguntó el conductor, sin dejar de sonreír.

Jack asintió.

—Eres un chico muy listo —le dijo el hombre y el otro rió entre dientes—. ¿Tienes idea de lo lejos que está? —Jack negó con la cabeza—. ¿Un par de

manzanas, tal vez?

—Sí. —Empezó a sentirse incómodo. El conductor aún sonreía. pero ahora la sonrisa parecía forzada, vacía y hueca. Y la risita del pasajero era húmeda, como si chupara algo mojado.

—¿Cinco, quizá? ¿O seis? ¿Qué dirías tú?

—Unas cinco o seis, supongo —contestó Jack, caminando hacia atrás.

—Bueno, te lo agradezco mucho, pequeño —dijo el conductor—, Te gustan las golosinas, ¿verdad? —Sacó un puño por la ventana, le dio la vuelta y abrió los dedos: era un rollo de chocolate—. Es para ti. Cógelo.

Jack se acercó, vacilante, oyendo en su interior las palabras de mil advertencias sobre desconocidos y golosinas. Pero este hombre aún estaba dentro del coche; si intentaba algo, Jack estaría a media manzana de distancia antes de que pudiera abrir la puerta. Y no aceptar parecía una muestra de mala educación. Se acercó otro paso y miró los ojos del hombre, que eran azules, brillantes y duros como su sonrisa. El instinto de Jack le instaba a bajar la mano y alejarse, pero aproximó la mano uno o dos centímetros más al rollo de chocolate y de repente alargó los dedos para cogerlo.

La mano del conductor agarró con fuerza la de Jack y el pasajero de gafas oscuras soltó una carcajada. Sorprendido, Jack fijó la mirada en los ojos del hombre que le retenía la mano y los vio cambiar —*pensó* que los veía cambiar— del azul al amarillo.

Pero después fueron amarillos.

El hombre del otro asiento abrió la puerta y dio corriendo la vuelta al coche por atrás. Llevaba una pequeña cruz de oro en la solapa del traje de seda. Jack hizo frenéticos esfuerzos para desasirse, pero el conductor, con su sonrisa hueca, no le soltaba.

—¡No! —chilló Jack—. ¡Socorro!

El hombre de las gafas oscuras abrió la puerta trasera del lado de Jack.

—¡Ayúdenme! —gritó Jack.

El hombre que lo tenía agarrado por detrás empezó a bajarle para hacerle entrar por la puerta abierta. Jack intentó retroceder, sin dejar de chillar, pero el hombre, sin ningún esfuerzo, apretó más las manos. Jack se las golpeó y trató de abrirle un puño y entonces se percató, horrorizado, de que lo que tocaba con los dedos no era piel. Torció la cabeza y vio una zarpa o una garra. Volvió a gritar.

Desde más arriba de la calle sonó una voz estentórea:

—¡Eh, dejen de molesta al shico! ¡Eh, utede! ¡Dejen en pas al shico!

Jack suspiró de alivio y se retorció todo lo que pudo entre los brazos del hombre. Desde el extremo de la manzana corría hacia ellos un negro alto y delgado, gritando. El hombre que agarraba a Jack por detrás le soltó y rodeó corriendo el coche. La puerta de una de las casas se abrió a espaldas de Jack… otro testigo.

—Aprisa, aprisa —apremió el hombre que iba al volante, pisando ya el acelerador. El del traje blanco saltó al asiento y el coche cruzó Rodeo Drive en diagonal, con fuertes chirridos de neumáticos, casi chocando contra un Clenet largo y blanco conducido por un hombre bronceado que iba vestido para jugar a tenis. El claxon del Clenet resonó, furioso.

Jack se levantó de la acera, un poco mareado. Un hombre calvo que llevaba una sahariana de color crudo apareció a su lado y preguntó:

—¿Quiénes eran? ¿Sabes sus nombres? Jack negó con la cabeza.

—¿Cómo te encuentras? Deberíamos avisar a la policía.

—Necesito sentarme —dijo Jack, y el hombre retrocedió un paso.

—¿Quieres que llame a la policía? —preguntó, y Jack meneó la cabeza.

—No puedo creerlo —dijo el hombre—. ¿Vives cerca de aquí? Te he visto antes, ¿verdad?

—Soy Jack Sawyer. Mi casa está ahí, un poco más abajo.

—La casa blanca —asintió el hombre—. Eres el chico de Lily Cavanaugh. Te acompañaré, si quieres.

—¿Dónde está el otro hombre? —le preguntó Jack—. El negro, el que gritaba.

Se separó un poco, con pasos vacilantes, del hombre de la sahariana. Aparte de ellos dos, la calle estaba vacía.

Lester Speedy Parker había sido el hombre que corría hacia él. Speedy le había salvado la vida en aquella ocasión, comprendió ahora Jack, y corrió todavía más de prisa hacia el hotel.

3

—¿Has desayunado? —le preguntó su madre, expeliendo una nube de humo por la boca. Llevaba un pañuelo en la cabeza como un turbante y, sin la aureola de cabellos, su rostro se antojó a Jack huesudo y vulnerable. Una colilla muy corta se consumía entre el segundo y tercer dedo y cuando ella le sorprendió mirándola, la apagó en el cenicero del tocador.

—Ah, no, en realidad, no —contestó él, todavía en el umbral del dormitorio.

—Contesta sí o no —dijo ella, volviéndose hacia el espejo—. La ambigüedad me está matando. —La muñeca y la mano que sostenían el espejo para que Lily pudiera aplicarse el maquillaje eran delgadas como palillos.

—No —respondió Jack.

—Bueno, espera un segundo a que tu madre se haya embellecido y te llevará abajo para que comas lo que más te apetezca.

—Está bien —dijo Jack—. Era deprimente estar allí solo.

—Vaya, como si tuvieras motivos para estar deprimido… —se inclinó hacia delante e inspeccionó su cara en el espejo—. Supongo que no te importaría esperar en el salón, ¿verdad, Jacky? Prefiero hacer esto sola. Secretos tribales.

Jack se volvió sin decir nada y entró en el salón. Cuando sonó el teléfono, dio un gran salto.

—¿Contesto yo? —gritó.

—Por favor —dijo la tranquila voz de su madre. Jack descolgó el auricular.

—Hola, chico, por fin os encuentro —dijo tío Morgan Sloat—. ¿Qué diablos le ha pasado por la cabeza a tu madre? Dios mío, podría ocurrir algo gordo aquí si alguien no empieza a cuidarse de los detalles. ¿Está contigo? Dile que tenemos que hablar… no me importa lo que diga, tengo que hablar con ella. Confía en mi, muchacho.

Jack permaneció con el auricular en la mano. Quería colgar, subir al coche con su madre y marcharse a otro hotel en otro estado. Pero no colgó, sino que dijo a gritos:

—Mamá, tío Morgan está al teléfono. Dice que tiene que hablar contigo.

Lily guardó un momento de silencio y Jack deseó poder verle la cara. Contestó por fin:

—Hablaré desde aquí, Jacky.

Jacky ya sabía lo que tenía que hacer. Su madre cerró con suavidad la puerta del dormitorio y en seguida la oyó volver al tocador y descolgar el teléfono. «Ya

está, Jacky», le gritó y él gritó a su vez: «Vale». Entonces se acercó el auricular al oído y cubrió la bocina con la mano para que nadie le oyera respirar.

—Magnífica actuación, Lily —dijo tío Morgan—, sensacional. Si todavía hicieras películas, podríamos ganar mucho dinero con esto. Algo como «¿Por qué ha desaparecido esta actriz?» Pero, ¿no crees que ya sería hora de que volvieras a portarte como una persona normal?

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó ella.

—¿Crees que es difícil encontrarte? Dame una oportunidad, Lily, quiero que vuelvas cuanto antes a Nueva York. Ya es hora de que dejes de huir.

—¿Es esto lo que hago, Morgan?

—No te sobra exactamente el tiempo, Lily, y yo no tengo el suficiente para perderlo persiguiéndote por toda Nueva Inglaterra. ¡Eh!, espera un momento. Tu chico no ha colgado el teléfono.

—Claro que lo ha hecho.

A Jack se le había parado el corazón unos segundos antes.

—Deja de escuchar, muchacho —le dijo la voz de Morgan Sloat.

—No seas ridículo, Sloat —increpó su madre.

—Te diré qué es ridículo, señora mía. Esconderte en un rincón miserable cuando deberías estar en el hospital, esto sí que es ridículo. Dios mío, ¿es que no sabes que tenemos pendiente un millón de decisiones comerciales? También me preocupa la educación de tu hijo, maldita sea. Tú pareces haberla olvidado.

—No quiero seguir hablando contigo —dijo Lily.

—No quieres, pero has de hacerlo. Vendré y te meteré en un hospital, por la fuerza, si es necesario. Tenemos que llegar a varios *acuerdos*, Lily. Posees la mitad de la compañía que estoy intentando dirigir… y esta mitad será de Jack cuando tú faltes. Quiero asegurar el futuro de Jack. Y si crees que estás cuidando de él en ese condenado rincón de New Hampshire, es que estás más enferma de lo que te imaginas.

—¿Qué quieres, Sloat? —preguntó Lily con voz cansada.

—Ya lo sabes, quiero que todo el mundo reciba lo suyo. Quiero lo justo. Yo me cuidaré de Jack, Lily. Le daré cincuenta mil dólares al año; piénsalo, Lily. Le enviaré a un buen colegio. Tú ni siquiera te cuidas de que vaya a la escuela.

—El noble Sloat —dijo su madre.

—¿Consideras que esto es una respuesta? Lily, necesitas ayuda y soy el

único que puede ofrecértela.

—¿Y cuál es tu tajada, Sloat? —preguntó su madre.

—Lo sabes muy bien, maldita sea. Yo recibo lo justo, lo que me pertenece. Tus intereses en Sawyer y Sloat… me he matado trabajando para esta compama y tiene que pasar a mis manos.

Podríamos tener listos los documentos en una mañana, Lily, y entonces nos concentraríamos en cuidar de ti.

—Como cuidasteis de Tommy Woobdine —replicó ella—. A veces pienso que tú y Phil tuvisteis *demasiado* éxito, Morgan. Sawyer y Sloat era más manejable antes de que hicierais inversiones inmobiliarias y negocios de producción. ¿Recuerdas cuando sólo teníais un par de cómicos muertos de hambre y media docena de actores y guionistas en ciernes como clientes? Me gustaba más la vida antes de que llovieran los billetes.

—Manejable… ¿estás de broma? —gritó tío Morgan—. ¡Si ni siquiera sabes manejarte a ti misma! —Entonces hizo un esfuerzo por calmarse—. Y olvidaré que has mencionado a Tommy Woodbine. Ha sido un golpe bajo incluso para ti, Lily.

—Voy a colgar, Sloat. No te acerques por aquí. Y no te acerques a Jack.

—Tú irás a un hospital, Lily, y esta huida de un lado a otro tiene que…

Su madre colgó a media frase de tío Morgan; Jack hizo lo propio con su auricular y dio unos pasos hacia la ventana, como para no ser visto cerca del teléfono del salón. En el dormitorio cerrado reinaba el silencio.

—¿Mamá? —llamó.

—¿Qué, Jacky? —Oyó un ligero temblor en su voz.

—¿Estás bien? ¿Va todo bien?

—¿Yo? Claro. —Sus pasos se aproximaron suavemente a la puerta, que se abrió una rendija. Los ojos de ambos se miraron, los azules de él y los azules de ella. Lily abrió la puerta de par en par y sus miradas volvieron a cruzarse durante un segundo de incómoda intensidad—. Claro que todo va bien. ¿Por qué habría de ir mal?

Dejaron de mirarse. Cierta clase de revelación había pasado entre ellos, pero ¿cuál? Jack se preguntó si ella sabría que había escuchado su conversación y en seguida pensó que la revelación que acababan de compartir era —por primera vez— el hecho de su enfermedad.

—Bueno —dijo, turbado de pronto. La enfermedad de su madre, aquel grande e inmencionable tema, adquirió un tamaño obsceno entre ambos—, no lo sé exactamente. Tío Morgan parecía… —Se encogió de hombros.

Lily se estremeció y Jack tuvo otra revelación. Su madre estaba asustada… por lo menos tanto como él.

Se puso un cigarrillo en la boca y abrió el encendedor mientras sus ojos profundos le dirigían otra mirada penetrante.

—No hagas ningún caso de ese rufián, Jack. Sólo estoy irritada porque tengo la impresión de que nunca podré deshacerme de él. A tu tío Morgan le gusta intimidarme. —Expelió una columna de humo gris—. Me temo que ya no tengo apetito para desayunar. ¿Por qué no bajas y tomas un buen desayuno esta vez?

—Ven conmigo.

—Me gustaría estar un rato sola, Jack. Intenta comprenderlo. *Intenta comprenderlo. Confía en mi.*

Estas cosas las decían los adultos cuando querían decir algo completamente distinto.

—Seré mejor compañera cuando vuelvas —añadió ella—. Te lo prometo.

Y lo que realmente decía era: *Quiero gritar, no soporto más esta situación, ¡vete, vete!*

—¿Quieres que te traiga algo?

Ella negó con la cabeza, sonriendo estoicamente, y Jack tuvo que abandonar la habitación, aunque tampoco tenía el estómago bien para desayunar. Enfiló el pasillo hacia los ascensores. Una vez más, sólo había un lugar adonde ir, pero en esta ocasión lo sabía antes de llegar al lúgubre vestíbulo presidido por el ceniciento y ceñudo conserje.

4

Speedy Parker no estaba en el pequeño cobertizo pintado de rojo que le servía de oficina; tampoco estaba en el largo malecón ni en la arcada donde los dos ancianos jugaban con la máquina como si fuese una guerra que ambos daban por perdida, ni en el polvoriento espacio bajo la montaña rusa. Jack Sawyer

caminó sin rumbo bajo el sol ardiente, buscando en las avenidas vacías y en los desiertos lugares públicos del parque. El miedo era como un nudo en la garganta. ¿Y si le había ocurrido algo a Speedy? Era imposible, pero, ¿y si tío Morgan había averiguado algo de Speedy (averiguado ¿qué?) y había…? Jack vio mentalmente la camioneta NIÑO SALVAJE tomando una curva a toda velocidad, haciendo chirriar las marchas y lanzándose como una exhalación.

Se puso en movimiento, sin saber apenas qué dirección tomar. En su alarmado estado de ánimo, vio a tío Morgan correr ante una hilera de espejos distorsionantes que le prestaron una serie de siluetas deformes y monstruosas. Le salieron cuernos de la calva, apareció una joroba entre sus carnosos hombros y sus dedos anchos se convirtieron en palas. Jack torció de improviso hacia la derecha y se encontró caminando hacia un extraño edificio casi redondo, hecho con tablas blancas y estrechas como listones.

Oyó súbitamente un rítmico martilleo que procedía del interior. El muchacho corrió hacia el sonido: una llave golpeando una tubería, un martillo aporreando un yunque, el ruido de una herramienta de trabajo. Entre los listones encontró un pomo y abrió la frágil puerta.

Jack entró en una oscuridad rayada y el sonido aumentó de volumen. Las tinieblas cambiaron de forma a su alrededor y alteraron sus dimensiones. Extendió las manos y tocó una lona, que se deslizó hacia un lado, y al instante una luz amarillenta iluminó el lugar.

—Viajero Jack —dijo la voz de Speedy.

Jack se volvió hacia la voz y vio al guarda sentado en el suelo junto a un tiovivo parcialmente desmontado. Tenía en la mano una llave inglesa y delante de él, un caballo blanco de esponjosas crines, atravesado por un largo palo de plata en medio de la barriga. Speedy dejó la llave en el suelo.

—¿Está dipueto a habla ahora, hijo? —preguntó.

Capítulo 4

JACK PASA AL OTRO LADO

1

—Sí, ahora estoy dispuesto —contestó Jack con voz completamente tranquila y entonces se echó a llorar.

—*Vamo,* Viajero Jack —dijo Speedy, soltando la llave y acercándose a él—. Vamo, hijo, tómatelo con calma, tómatelo con calma…

Pero Jack no podía tomárselo con calma. De pronto no podía soportarte, todo aquello era demasiado y tenía que llorar o hundirse bajo una gran oleada negra, una oleada que ningún rayo de oro podía iluminar. Las lágrimas dolían, pero intuía que el terror acabaría con él si no se desahogaba.

—Yora, pué. Viajero Jack —dijo Speedy, rodeándole con sus brazos. Jack apoyó el rostro caliente e hinchado contra la delgada camisa de Speedy, olfateando el olor del hombre, algo parecido a Old Spice, a canela, a libros que nadie ha movido del estante durante mucho tiempo. Olores buenos, olores consoladores. Abrazó a ciegas a Speedy y sus palmas tocaron, los huesos de la espalda del negro, muy próximos a la superficie, cubiertos por muy poca carne.

—Yora si te hase sentí mejó —añadió Speedy, meciéndole—. A vese ocurre, lo sé. Speedy sabe lo lejo que ha ido, Viajero Jack, lo lejo que ha de í y lo cansado que etá. Así que yora si ello te tranquilisa.

Jack apenas comprendía las palabras, sólo captaba el sonido, calmante y consolador.

—Mi madre está realmente enferma —dijo por fin contra el pecho de Speedy —. Creo que ha venido aquí para escapar del antiguo socio de mi padre, señor Morgan Sloat. —Aspiró con fuerza, soltó a Speedy, retrocedió y se frotó los ojos hinchados con la parte interior de las muñecas. Le sorprendía su falta de inhibición; antes, las lágrimas siempre le molestaban y avergonzaban… era casi como mojarse los pantalones. ¿Sería porque su madre había sido siempre tan dura? Sí, suponía que en parte se debía a esto; Lily Cavanaugh detestaba llorar.

—Pero no é la única rasón, ¿verdad?

—No —respondió Jack en voz baja—. Creo… que ha venido aquí para morir. —Levantó mucho la voz en la última palabra, que sonó como un gozne mal engrasado.

—Tal ves —dijo Speedy, mirando a Jack con fijeza—. Y tal ves tú estás aquí para salvarla. A ella… y a un mujer igual que ella.

—¿Quién? —preguntó Jack con los labios entumecidos. Lo sabía. Desconocía su nombre pero sabia quién era.

—La Reina —dijo Speedy—. Su nombre é Laura DeLoessian y é la Reina de los Territorios.

2

—Ayúdame —gruñó Speedy—. Agarra a la vieja Dama de Plata pó debajo de la cola. E tomarse sierta libertado con la Dama, pero me imagino que no le importará si me ayuda a colocarla en su sitio.

—¿Así la llamas? ¿Dama de Plata?

—En efecto —dijo Speedy, sonriendo y enseñando quizá una docena de dientes, de arriba y de abajo—. Todo lo caballo del tiovivo tienen nombre, ¿no lo sabía? ¡Vamo, cógela. Viajero Jack!

Jack puso las manos debajo de la cola de madera del caballo y entrecruzó los dedos. Con un gruñido, Speedy enlazó sus grandes manos marrones entorno a las piernas de la Dama. Juntos llevaron el caballo de madera a la plataforma del

tiovivo, con el palo hacia abajo; el otro extremo, untado con varias capas de aceite, tenía un aspecto siniestro.

—Un poco má a la isquierda… —jadeó Speedy—. Bien… ¡ahora métela. Viajero Jack! ¡Clávala hata el fondo!

Ajustaron el palo en su agujero y se apartaron, Jack, jadeando, y Speedy sonriendo y respirando entrecortadamente. El negro se secó el sudor de la frente con el brazo y miró sonriente a Jack.

—¡Vaya, somo etupendo!

—Si tú lo dices… —contestó Jack, sonriendo.

—¡Lo digo, claro que sí! —Speedy metió la mano en el bolsillo trasero y extrajo la botella verde de medio litro. Desenroscó el tapón, bebió… y por un momento Jack abrigó una certeza fantástica: podía ver a través de Speedy. Speedy se había vuelto transparente, tan fantasmal como uno de los espíritus del espectáculo *Topper,* que transmitían por uno de los programas indios de Los Ángeles. Speedy estaba desapareciendo. *Desapareciendo,* pensó Jack, ¿o *yendo a otro lugar?* Pero esta idea era absurda; no tenía ningún sentido.

En seguida, Speedy volvió a ser sólido como siempre. Había sido una ilusión visual, una alucinación momentánea…

No, no era esto. ¡Durante un segundo casi no había estado allí!

Speedy le miraba con atención. Pareció querer alargarle la botella, pero luego, meneando la cabeza, la tapó y se la guardó en el bolsillo. Se volvió para estudiar a Dama de Plata, que ya ocupaba su sitio en el tiovivo y sólo necesitaba que le apretaran bien los tornillos. Sonrió.

—Somo etupendo de verdad, Viajero Jack.

—Speedy…

—Todo tienen nombre —prosiguió Speedy, caminando despacio en torno a la plataforma redonda del carrusel y produciendo con sus pasos un eco en el alto edificio. En el techo, entre las sombras de las vigas entramadas, se arrullaban suavemente unas golondrinas. Jack le seguía—. Dama de Plata… Medianoshe… éte roano é Explorado… y eta yegua se yama Velos.

El negro echó la cabeza hacia atrás y cantó, asustando a las golondrinas, que alzaron el vuelo:

—*Velos se divertía, felis… te diré lo que hiso el viejo Bill Martín…* ¡Ja! ¡Mira cómo vuelan! —Se echó a reír… pero cuando se volvió hacia Jack, estaba

serio otra vez—. ¿Quiere tratar de salva la vida de tu madre, Jack? ¿La suya y la de la otra mu jé de quien te he hablao?

—Yo… —…no *sé cómo,* iba a decir, pero una voz interior, una voz que procedía del mismo compartimiento antes cerrado del que había salido aquella mañana el recuerdo de los dos hombres y del intento de secuestro, se impuso con autoridad: /Sí *que sabes cómo! Quita necesites a Speedy al principio, pero sabes hacerlo,*

Jack, claro que si.

Conocía muy bien aquella voz. Era la voz de su padre.

—Lo haré si me dices cómo —rectificó, alzando y bajando el tono de la propia voz.

Speedy fue hacia la pared del fondo, una gran forma circular hecha con listones estrechos pintados con un mural primitivo, pero enormemente vigoroso, de caballos al galope. La pared recordó a Jack la persiana enrollable del escritorio de su padre (y aquel escritorio estaba en la oficina de Morgan Sloat la última vez que él y su madre estuvieron allí… esto le vino de repente a la memoria, provocando en él una ira débil y difusa).

Speedy sacó un gigantesco aro de llaves, rebuscó atentamente entre el manojo, encontró la que quería y la metió en un candado. Quitó la cerradura de la aldaba, la cerró con un clic y se la guardó en un bolsillo de la camisa. Entonces empujó toda la pared, que se deslizó por un carril. Entró a raudales una luz deslumbrante, obligando a Jack a entornar los ojos. Rizos de agua cruzaban suavemente el techo. Estaban viendo la magnífica vista marina que contemplaban los jinetes del tiovivo del Divertimundo Arcadia cada vez que Dama de Plata, Medianoche y Explorador pasaban por el lado este del edificio redondo del carrusel. Una ligera brisa marina apartaba los cabellos de la frente de Jack.

—É mejó vé la lus del sol si vamo a habla de to —dijo Speedy—. Ven aquí, Viajero Jack, y te diré lo que pueda… que no é todo lo que sé. Dio quiera que no tenga que oírlo nunca.

3

Speedy hablaba con voz suave, tan dulce y sedante para Jack como el cuero muy usado. Jack escuchaba, a veces con el ceño fruncido, otras, con la boca abierta.

—¿Conose eso que tú yama la fantasía?

Jack asintió.

—No son sueño, Viajero Jack. No son sueño diurno ni nocturno. Ese luga es un luga real. Lo bátante real, en todo caso. E muy diferente de aquí, pero é real.

—Speedy, mi madre dice…

—Olvida eso ahora. Eya no sabe nada de lo Territorio… aunque sí sabe algo, en cierto modo, porque tu padre los conosía. Y ese otro hombre…

—¿Morgan Sloat?

—Sí, ése. También los conose. —Y Speedy añadió, misteriosamente—: Y sé quién es ayí. adema. ¡Ya lo creo que lo sé! ¡Diantre!

—La fotografía de tu oficina… ¿no es África?

—No e África.

—¿Ni un truco?

—Ni un truco.

—¿Y mi padre fue a este lugar? —inquirió, pero en su corazón ya conocía la respuesta, una respuesta que esclarecía demasiadas cosas para no ser cierta. Sin embargo, cierta o no, Jack no estaba seguro de querer prestarle un crédito sin reservas. ¿Tierras mágicas? ¿Reinas enfermas? El asunto le preocupaba, sobre todo en lo que hacía referencia a su propia mente. ¿No le había dicho su madre una y otra vez cuando era pequeño que no debía confundir sus fantasías con la realidad? Le hablaba con mucha severidad sobre este asunto y había asustado un poco a Jack. Quizá era ella la que estaba asustada, pensó ahora. ¿Podía haber vivido tanto tiempo con el padre de Jack sin saber *nada?* Jack no lo creía. *Quizá no sabía mucho,* pensó, *sólo lo suficiente para asustarse.*

Perder la chaveta, esto es lo que decía. La gente que no sabía distinguir entre las cosas reales y las fantasías perdía la chaveta.

Sin embargo, su padre había conocido una verdad diferente, ¿no? Sí. Él y Morgan Sloat.

Tienen magia como nosotros tenemos la física, ¿entiendes?

—Tu padre iba ayí a menudo, sí. Y ese otro hombre, Groat…

—Sloat.

—Eso. Pué él también iba. Sólo que tu padre, Jacky, iba para vé y aprende, mientra que ese tipo tenía la única ambisión de robarle una fortuna.

—¿Mató Morgan Sloat a mi tío Tommy? —preguntó Jack.

—No sé nada de eso. Ecúchame bien. Viajero Jack, porque el tiempo apremia. Si cree de verdad que ese sujeto Sloat va a apárese por aquí…

—Por la voz, parecía indignado —dijo Jack. La sola idea de que tío Morgan compareciera en Playa de Arcadia le ponía nervioso.

—… entonse aún tiene meno tiempo, porque a él quisa no le importe demasiao que tu madre muera. Y su Gemelo etá esperando que muera la Reina Laura.

—¿Gemelo?

—Hay persona en ete mundo que tienen Gemelo en lo Territorio —explicó Speedy—. No musho, porque ayí hay musha meno gente… quisa sólo uno por cada sien mil de aquí. Pero lo Gemelo son lo que tienen má fasilidad para í y vení.

—¿La Reina… es la Gemela… de mi madre?

—Sí, por lo vito, así é.

—¿Pero mi madre nunca…?

—No, nunca. Desconosco la rasón.

—¿Tenía mi padre… un Gemelo?

—Sí, en efecto. Un hombre exselente. Jack Se humedeció los labios. ¡Vaya conversación más absurdal ¡Gemelos y territorios!

—Cuando mi padre murió en este lado, ¿murió también su Gemelo del otro?

—Sí. No exactamente a la mima hora, pero casi.

—Oye, Speedy.

—¿Qué?

—¿Tengo yo un Gemelo en los Territorios? Speedy le miró con tanta seriedad que Jack sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Tú, no, hijo. Tú ere único. Muy espesial. Y ese tipo Smoot…

—Sloat —corrigió Jack, sonriendo un poco.

—…bueno, como se yame, lo sabe. É una de la rasone por ,1a que no tardará en vení aquí. Y una de la rasone por la que tú debe irte.

—*¿Por qué?* —exclamó Jack—. ¿Qué puedo hacer, si tiene cáncer? Si tiene cáncer y está aquí y no en una clínica es porque no hay *cura*. ¿Comprendes? Si

está aquí, significa… —Las lágrimas volvieron a escocerle y se las tragó con un gran esfuerzo—. Significa que ya no tiene remedio.

No *tiene remedio.* Sí, aquélla era otra verdad que sabía en su corazón; la verdad de su creciente delgadez, la verdad de sus oscuras ojeras. *No tiene remedio,* pero, por favor, Dios mío, por favor, es mi *madre.*…

—Quiero decir —terminó con voz ronca—, ¿qué puede hacer ese

lugar de las fantasías?

—Creo que ya hemo charlado bátante por ahora —dijo Speedy—. Pero cree eto, Viajero Jack; jama te diría que te marchara si no pudiera haserle algún bien.

—Pero…

—Caya, Viajero Jack. No puedo habla má hata que te haya enseñao algo. No serviría de nada. Ven,

Speedy rodeó con su brazo los hombros de Jack y le condujo al otro lado del carrusel. Salieron juntos por la puerta y bajaron por uno de los caminos desiertos del parque de atracciones. A su izquierda estaba el edificio de los coches de choque, ahora cerrado y con los postigos atrancados. A su derecha había una serie de casetas: *Lanza hasta ganar, Famosas pizzas y pastas del malecón, Galería de tiro,* todas igualmente cerradas (descoloridos animales salvajes saltaban en la superficie de los tablones: leones, tigres, osos y muchos más).

Llegaron a la ancha calle principal, que se llamaba Boardwaik Avenue e imitaba a Atlantic City; el Divertimundo Arcadia tenía un malecón, pero no un verdadero paseo entablado. El edificio de las arcadas se hallaba ahora a unos doscientos metros a su derecha. Jack podía oír el trueno regular y profundo del rompeolas, los gritos solitarios de las gaviotas.

Miró a Speedy con intención de preguntarle adonde iban, qué harían, si todo esto era en serio o se trataba de una especie de broma cruel… pero no dijo nada. Speedy estaba sacando la botella de vidrio verde.

—Eso… —empezó Jack.

—Te transporta ayí —terminó Speedy—. Musha gente que va de visita no nesesita nada pareció, pero tú no ha etado hase musho tiempo, ¿verdad, Jacky?

—No. —¿Cuándo había sido la última vez que cerró los ojos en este mundo y los abrió en el mundo mágico de las fantasías, aquel mundo de olores fuertes y vitales y de un cielo profundo y transparente? ¿El año pasado? No. Hacía más tiempo… en California… después de morir su padre. Entonces debía tener…

Jack abrió mucho los ojos. ¿Nueve años? ¿Tanto hacía? ¿Tres *años?*

Era alarmante pensar en lo inadvertidos que habían pasado aquellos sueños, a veces dulces, a veces misteriosos e inquietantes… como si gran parte de su imaginación hubiera muerto sin dolor y sin previo aviso.

Cogió de prisa la botella de manos de Speedy y estuvo a punto de dejarla caer. Sentía cierto pánico. Algunas de las fantasías habían sido inquietantes, sí, y las advertencias cuidadosamente formuladas de su madre sobre que no debía mezclar la realidad con la ficción *(en otras palabras, no pierdas la chaveta, Jacky, cariño, ¿de acuerdo?)* le habían asustado un poco, pero ahora descubría que no quería perder aquel mundo, después de todo.

Miró los ojos de Speedy y pensó: *Él también lo sabe. Sabe todo lo que acabo de pensar. ¿Quién eres, Speedy?*

—Cuando no se ha etao ayí durante un tiempo, uno se olvida de í por su propio pie —explicó Speedy e indicó la botella—. Por eso me he procurao un sumo mágico. Ese líquido é *espesial.* —Su voz pronunció la palabra en un tono casi reverente.

—¿Es de allí? ¿De los Territorios?

—No. También aquí hay *un poco* de magia, Viajero Jack. No musha, pero sí un poco. Ete sumo mágico viene de California. Jack le miró con cierta incredulidad.

—Vamo, toma un sorbito y verá cómo viaja —sonrió Speedy—. Si bebe lo sufisiente, puede í adonde te plasca. Tiene ante tí a un esperto.

—Jo, Speedy, pero… —Empezó a sentir miedo. Se le secó la boca, el sol se le antojó demasiado fuerte y el latido de sus sienes se aceleró. Tenía un regusto a cobre bajo la lengua y pensó: *Así sabrá este «zumo mágico»… horrible.*

—Si te asuta y quie volvé, toma otro sorbo —apuntó Speedy.

—¿Permanecerá conmigo la botella? ¿Me lo prometes? —La idea de quedar atrapado allí, en aquel lugar místico, mientras su madre estaba enferma aquí y asediada por Sloat era espantosa.

—Te lo prometo.

—Está bien. —Jack se llevó la botella a los labios… y la bajó de nuevo. El olor era horrible: penetrante y rancio—. No quiero, Speedy —murmuró.

Lester Parker le miró con una sonrisa en los labios, pero sus ojos no sonreían, eran severos. Indiferentes. Temibles. Jack pensó en otros ojos negros;

los de la gaviota, el del remolino, y el terror se apoderó de él. Alargó la botella a Speedy.

—¿No puedes quedártela? —preguntó en un débil murmullo—. ¿Por favor?

Speedy no contestó. No recordó a Jack que su madre se moría ni que Morgan Sloat le haría una visita. No llamó cobarde a Jack, aunque éste nunca se había sentido tan cobarde, ni siquiera la vez que se había detenido ante la barra de saltos de altura en Camp Accomac y algunos de los otros chicos le habían abucheado. Speedy se limitó a dar media vuelta y silbar a una nube.

Ahora la soledad se unió al terror, invadiéndole por entero. Speedy le había dado la espalda; Speedy le abandonaba.

—Muy bien —dijo Jack de repente—, muy bien, si esto es lo que quieres que haga.

Levantó de nuevo la botella y, antes de que pudiera volver a pensarlo, bebió.

El sabor era peor de lo que había imaginado. Había bebido vino antes, incluso le gustaba un poco (sobre todo los vinos blancos secos que su madre servía con lenguado, cubera o pez espada), y esto era algo parecido al vino… pero al mismo tiempo una horrible imitación de todos los vinos que había probado antes. El gusto era fuerte, dulce y nauseabundo, no el de uvas sanas, sino el de uvas muertas que no han madurado bien.

Mientras su boca se llenaba de aquel sabor horrible y dulzón, pudo *ver* aquellas uvas: opacas, polvorientas, obesas y desagradables, trepando por una sucia pared estucada bajo una luz espesa como el jarabe y en un silencio sólo interrumpido por el estúpido zumbido de muchas moscas.

Tragó y una lengua de fuego dejó una huella de babosa por su garganta.

Cerró los ojos, haciendo muecas y sintiendo náuseas. No vomitó, aunque pensó que si hubiera desayunado, lo habría devuelto.

—Speedy…

Abrió los ojos y las palabras se atascaron en su garganta. Olvidó la necesidad de vomitar aquella horrible parodia del vino. Olvidó a su madre, a tío Morgan, a su padre y casi todo lo demás.

Speedy había desaparecido. Los graciosos arcos de la montaña rusa, dibujados contra el cielo, habían desaparecido. También había desaparecido Boardwalk Avenue.

Ahora estaba en otro lugar. Estaba…

—En los Territorios —murmuró, sintiendo en todo el cuerpo una frenética mezcla de terror y exaltación. Tenía erizados los pelos de la nuca y una sonrisa le estiraba hacia arriba las comisuras de los labios—. ¡Speedy, estoy aquí. Dios mío, estoy aquí, en los Territorios! Me…

Pero la estupefacción le sobrecogió. Se tapó la boca con la mano y dio una vuelta completa sobre sí mismo, contemplando el lugar adonde le había transportado el «zumo mágico» de Speedy.

4

El océano seguía allí, pero ahora era de un azul más oscuro e intenso, el añil más auténtico que Jack había visto en su vida. Por un momento, mientras la brisa marina le despeinaba el cabello, se quedó petrificado, mirando la línea del horizonte donde el océano de color añil se juntaba con un cielo de color crudo.

La línea del horizonte mostraba una curva suave pero inconfundible.

Meneó la cabeza, frunciendo el ceño, y se volvió hacia el otro lado. Las algas, altas, salvajes y enmarañadas, crecían a lo largo del promontorio donde se levantaba hacía sólo un minuto el edificio redondo del carrusel. Las arcadas del malecón también habían desaparecido; en su lugar, unos desordenados bloques de granito bajaban hasta el océano. Las olas embestían los bloques de la orilla y se introducían en antiguos canales y hendiduras con un estruendo sordo. La espuma saltaba como nata en el aire diáfano y era barrida por el viento.

Jack se pellizcó de repente la mejilla izquierda con el pulgar y el índice izquierdos y apretó con fuerza. Sus ojos se humedecieron, pero nada cambió.

—Es real —susurró y otra ola rompió contra el promontorio, levantando enormes coágulos de espuma.

De pronto se dio cuenta de que Boardwalk Avenue seguía allí… en cierto modo. Un camino de carros lleno de surcos discurría desde la punta del promontorio —donde terminaba Boardwalk Avenue a la entrada de los arcos, en lo que él persistía en llamar <el mundo real»— hasta donde él se encontraba ahora y más hacia el norte, igual que Boardwaik Avenue se prolongaba hacia el norte, convirtiéndose en Arcadia Avenue después de pasar el arco de entrada al

Divertimundo. Las algas crecían en el centro de este camino, pero tenían un aspecto desmayado y mustio que hizo suponer a Jack que el camino aún se utilizaba, al menos de vez en cuando.

Empezó a andar hacia el norte, sosteniendo todavía la botella verde en la mano derecha. Se le ocurrió que en alguna parte, en otro mundo, Speedy tenía el tapón de esta botella.

¿Desaparecí justo delante de él? Supongo que sí. ¡Jo!

Cuarenta pasos más allá encontró un matorral de moras; entre las espinas se veían racimos de las moras más grandes, oscuras y apetitosas que había visto jamás. El estómago de Jack, probablemente resentido por el «zumo mágico», produjo un ruido muy audible.

¿Moras? ¿En septiembre?

No importaba. Después de todo lo ocurrido hoy (y aún no eran las diez), despreciar moras en septiembre era un poco negarse a tomar una aspirina después de tragarse un picaporte.

Alargó la mano, arrancó un puñado de moras y se las metió en la boca. Eran buenísimas, de una dulzura sorprendente. Sonriendo (ya tenía los labios teñidos de azul), considerando muy posible que hubiera perdido el juicio, cogió otro puñado de moras… y luego un tercero. Nunca había saboreado nada tan bueno, aunque después pensó que no eran sólo las moras en sí; parte de ello se debía a la increíble diafanidad del aire.

Se hizo un par de arañazos mientras se procuraba una cuarta ración, como si el matorral le indicara que no cogiera más, que ya era suficiente. Se succionó el arañazo más profundo, en la parte carnosa del pulgar, y continuó caminando hacia el norte entre los surcos paralelos del camino, a paso lento, tratando de mirar a la vez en todas direcciones.

Se detuvo un poco más allá de los matorrales para mirar el sol, que parecía más pequeño pero también más ardiente. ¿Tenía un leve matiz anaranjado, como en los viejos grabados medievales? Jack así lo creía. Y…

Un grito, tan estridente y desagradable como el producido por un clavo que se arranca despacio de una tabla, sonó de repente a su derecha, distrayendo sus pensamientos. Jack se volvió en aquella dirección, con los hombros levantados y los ojos muy abiertos.

Era una gaviota, de un tamaño gigantesco, casi increíble (sin embargo, allí

estaba, sólida como una piedra, real como las casas). De hecho, tenía el tamaño de un águila. Mantenía ladeada la cabeza, que era suave, blanca, con forma de bala. El pico, parecido a un anzuelo, se abría y cerraba. Aleteó, rozando las algas con sus alas enormes.

Y entonces, al parecer sin miedo, empezó a saltar en dirección a Jack.

Éste oyó débilmente la nota clara y audaz de muchos cuernos juntos y, por ningún motivo en particular, pensó en su madre.

Miró un momento hacia el norte, adonde se dirigía, atraído por aquel sonido, que le daba una sensación de urgencia indeterminada. Era, pensó (cuando tuvo *tiempo* de pensar) como sentir hambre de algo específico que no se ha comido durante largo tiempo: helado, patatas fritas, tal vez un taco. Uno no lo sabe hasta que lo ve y entonces es sólo una necesidad sin nombre que produce inquietud y nerviosismo.

Vio banderas y la punta de algo que podía ser una gran tienda —un pabellón —, proyectado contra el cielo.

Allí es donde está el Alhambra, pensó, y en aquel momento la gaviota le gritó. Se volvió hacia ella y se alarmó al ver que sólo estaba a dos metros escasos de distancia. Abrió otra vez el pico, enseñando el sucio paladar rosa y recordándole la víspera, la gaviota que había dejado caer la almeja sobre la roca y clavado después en él aquella espantosa mirada, exactamente igual que la de ésta. Además le sonreía… estaba seguro. Cuando se acercó dando saltos, Jack percibió un hedor penetrante; pescado muerto y algas podridas.

La gaviota le silbó y aleteó de nuevo.

—Vete de aquí —dijo Jack en voz alta, con el corazón palpitante y la boca seca, aunque no quería sentir miedo de una gaviota, cualquiera que fuese su tamaño—. ¡Vete!

La gaviota volvió a abrir el pico… y entonces, en una serie de horrísonos impulsos vocales, habló, o pareció hablar.

—Adres mueeeeeeee-reee, yack… adres mueeeeeeeeee-re…

Madre se muere, Jack…

La gaviota dio otro torpe salto hacia él, clavando las garras escamosas en la maraña de algas, abriendo y cerrando el pico y con los ojos negros fijos en los de Jack. Consciente apenas de sus actos, Jack levantó la botella verde y bebió.

De nuevo aquel horrible gusto le obligó a cerrar los ojos y dar un respingo…

y cuando los abrió, se quedó mirando estúpidamente un letrero amarillo que mostraba las siluetas negras de dos niños corriendo, un niño y una niña. NIÑOS DESPACIO, rezaba. Una gaviota —de tamaño perfectamente normal— lo abandonó, remontando el vuelo con un chillido, asustada sin duda por la repentina aparición de Jack.

Miró a su alrededor, desorientado. El estómago, lleno de moras y del repugnante «zumo mágico» de Speedy, se le revolvió con un murmullo. Los músculos de las piernas se le aflojaron de modo muy desagradable y tuvo que sentarse en seguida debajo del letrero con un golpe que repercutió en su espina dorsal y le hizo castañetear los dientes.

De repente se inclinó sobre las rodillas separadas y abrió mucho la boca, seguro de que iba a devolver todo lo que había ingerido. En vez de esto, hipó dos veces, reprimió una arcada y sintió que el estómago se le relajaba poco a poco.

Han sido las moras, pensó. *De no haber sido por las moras, seguro que habría vomitado.*

Levantó la vista y la irrealidad volvió a sobrecogerle. No había dado más de sesenta pasos por el camino de carro del mundo de los Territorios. Estaba seguro de ello. Cada paso suyo debía medir sesenta centímetros… o setenta y cinco, para ser más exacto. Esto significaba que había recorrido sólo unos cuarenta metros. Pero…

Miró hacia atrás y vio el arco con sus grandes letras rojas:

PARQUE DE ATRACCIONES ARCADIA. Aunque tenía muy buena vista, el letrero estaba tan lejos que apenas podía leerlo. A su derecha se alzaba el destartalado hotel Alhambra, con sus numerosas alas, los jardines formales ante la fachada principal y el océano.

En el mundo de los Territorios había caminado cuarenta metros.

Aquí, no sabía cómo, había recorrido ochocientos.

—Dios mío —susurró Jack Sawyer, y se cubrió los ojos con las manos.

5

—¡Jack! ¡Jack, mushasho! ¡Viajero Jack!

La voz de Speedy dominó el estruendo de un viejo motor, que sonaba como una lavadora. Jack levantó la vista —la cabeza le pesaba de un modo increíble y sus miembros parecían de plomo— y vio un camión muy antiguo acercándose a él con lentitud. Dos varales de elaboración casera habían sido añadidos a la parte posterior del camión y oscilaban hacia delante y hacia atrás como dientes postizos al ritmo de las sacudidas del vehículo. La carrocería estaba pintada de un horrible turquesa. Speedy iba al volante.

Frenó junto al bordillo, aceleró el motor *(¡Jiup! ¡Jiup! ¡Jiup-jiup-jiup!)* y lo paró *(Jaaaaaaaa…)* Entonces se apeó a toda prisa.

—¿Está bien, Jack? Jack le alargó la botella.

—Tu zumo mágico apesta de verdad, Speedy —dijo con voz débil.

Speedy pareció ofendido… pero en seguida sonrió.

—¿Quién te ha disho que la medicina han de sabe bien, Viajero Jack?

—Nadie, supongo —contestó Jack. Se iba sintiendo más fuerte poco a poco, a medida que disminuía la desorientación.

—¿Lo cree ahora, Jack? El muchacho asintió.

—No —dijo Speedy—, eto no sirve. Dilo en vos alta.

—Los Territorios —declaró Jack— existen. Son reales. He visto un pájaro… —Se interrumpió y tuvo un escalofrío.

—¿Qué clase de pájaro? —preguntó al instante Speedy.

—Una gaviota. La gaviota más grande… —Jack meneó la cabeza—· No te lo creerías. —Pensó y luego añadió—: Sí, supongo que sí. Nadie lo creería, pero tú sí.

—¿Te ha hablado? Musho pájaros hablan ayí. Tontería, en su mayó parte, aunque alguno disen cosa sensata… pero con mala idea y casi siempre mentira.

Jack asintió. Sólo oír a Speedy hablar de estas cosas, como si hacerlo fuera completamente racional y lúcido, le levantaba el ánimo.

—Creo que ha hablado, pero era como… —Reflexionó—. Había un chico en la escuela Branden Lewis de Los Angeles adonde íbamos Richard y yo. Tenía un defecto de dicción y cuando hablaba, costaba mucho entenderle. El pájaro era algo así. Pero sé qué me dijo. Que mi madre se muere.

Speedy rodeó los hombros de Jack con un brazo y permanecieron un rato sentados en el bordillo. El conserje del Alhambra, pálido, flaco y suspicaz frente a todos los seres vivos del universo, salió con un voluminoso correo. Speedy y

Jack le miraron bajar hasta la esquina del Arcadia and Beach Drive y echar la correspondencia del hotel en el buzón. Dio media vuelta, envolvió a Jack y a Speedy en una vaga mirada y enfiló la avenida del Alhambra. Su coronilla era apenas visible entre los tupidos setos.

El sonido de la puerta al abrirse y cerrarse se oyó con gran claridad y a Jack le sobrecogió la terrible desolación otoñal del lugar. Calles anchas y desiertas. La larga playa con sus dunas vacías de arena fina. El vacío parque de atracciones, con los coches de la montaña rusa esperando bajo fundas de lona y todas las casetas cerradas con candado. Se le ocurrió pensar que su madre le había llevado a un lugar muy parecido al fin del mundo.

Speedy echó la cabeza hacia atrás y cantó con su voz suave y afinada: *Bueno, he descansas por ahí… y jugao por ahí… en ete viejo pueblo durante demasiao tiempo… el verano casi se acabó, sí, y yega el invierno… yega el invierno y yo siento el deseo… de proseguí mi vagabundeo…*

Se interrumpió y miró a Jack.

—¿Siente deseo de viaja, querido Viajero Jack? Un terror inmenso le caló hasta los huesos.

—Supongo que sí —respondió—, si sirve de algo. Si puedo ayudarla. ¿Puedo ayudarla, Speedy?

—Puede —contestó éste con gravedad.

—Pero…

—Oh, hay una larga serie de pero —interrumpió Speedy—, *frene* yeno de pero. Viajero Jack. No te prometo un baile. No te prometo el éxito. No te prometo que vuelva vivo o, si lo hase, que vuelva con el serebro de una piesa. Tendrá que deambula casi siempre por lo Territorio, porque lo Territorio son musho má pequeño. ¿Lo ha notao?

—Sí.

—Me lo imaginaba. Porque seguramente vite musha cosa por el camino, ¿verdad?

Ahora recordó una pregunta anterior y, aunque no venía a cuento, tenía que formularla.

—¿Desaparecí, Speedy? ¿Me viste desaparecer?

—Te esfúmate —dijo Speedy, dando una palmada—, así de rápido.

Jack sintió que sus labios esbozaban una lenta e involuntaria sonrisa… y

Speedy correspondió con otra.

—Me gustaría hacerlo una vez en la clase del señor Balgo —dijo Jack y Speedy rió como un niño. Jack se unió a él y la risa fue buena, casi tan buena como aquellas moras que había comido.

Al cabo de unos instantes, Speedy se serenó y dijo:

—Hay una rasón por la que debe í a lo Territorio, Jack. Tiene que encontrá algo, algo enormemente poderoso.

—¿Y está al otro lado?

—Sí.

—¿Puede ayudar a mi madre?

—A eya… y a la otra.

—¿La Reina? Speedy asintió.

—¿Qué es? ¿Dónde está? ¿Cuándo lo…?

—¡Basta! ¡Gáyate! —Speedy levantó la mano. Sus labios sonreían, pero sus ojos eran graves, casi tristes—. Cada cosa a su tiempo. Y, Jack, no puedo desirte lo que no sé… o lo que no me etá permitido desí.

—¿Permitido? —inquirió Jack, perplejo—. ¿Quién…?

—Ya empiesa otra ves —reprochó Speedy—. Ahora ecucha. Viajero Jack. Debe irte lo ante posible, ante de que ese tipo Bloat se presente y te ate de pie y mano…

—*Sloat.*—Eso, él. Debe irte ante de que yegue.

—Pero fastidiará a mi madre —dijo Jack, preguntándose por qué lo decía, porque era verdad o porque le proporcionaba una excusa para evitar el viaje que Speedy le proponía como una comida que podía estar envenenada—. ¡No le conoces! Es…

—Le conosco —dijo Speedy en voz baja—. Le conosco hase tiempo, Viajero Jack. Y él me conose a mí. Yeva mi marca sobre su piel. Etán oculta… pero la yeva. Tu madre puede cuida de sí misma. Por lo meno, tendrá que haserlo durante un tiempo, porque tú debes marsharte.

—¿Adonde?

—Al oete —contestó Speedy—. De ete oséano al otro.

—*¿Qué?* —gritó Jack, horrorizado al pensar en semejante distancia. Y entonces recordó un anuncio que había visto por televisión aún no hacía tres noches: un hombre eligiendo bocados exquisitos del *buffet* de una tienda de

comestibles a unos once mil metros de altura, en el aire, tan fresco como una rosa. Jack había volado de una costa a otra con su madre unas dos docenas de veces y siempre le encantaba en secreto el hecho de que al volar de Nueva York a Los Angeles se disfrutaba de dieciséis horas de luz solar. Era como engañar al tiempo. Y no costaba ningún esfuerzo.

—¿Puedo ir volando? —preguntó a Speedy.

—*¡No!* —exclamó éste, casi gritando, con los ojos llenos de consternación. Puso una mano fuerte sobre el hombro de Jack—. ¡No se te ocurra elevarte hasta el sielo! ¡No puedes! Si pasaras a lo Territorio etando ayí arriba…

No dijo nada más; no fue necesario. Jack tuvo una repentina y espantosa visión de sí mismo cayendo de aquel cielo claro y sin nubes, un muchacho proyectil en vaqueros y camiseta de rugby a rayas rojas y blancas, gritando… un paracaidista sin paracaídas.

—Irá *caminando* —dijo Speedy— y has autoestop siempre que lo jusgue oportuno… pero debe tener cuidado, porque hay foratero en el otro lao. Alguno sólo están chalao o son marica que querrían tocarte o ladrone que te devali jarían. Pero otro son auténtico Foratero, Viajero Jack, persona con un pie en cada mundo, que miran a un lao y a otro como una maldita cabesa de Jano. Me temo que no tardarán en enterarse de que va para aya. Y etarán al asecho.

—¿Son… Gemelos? —preguntó Jack.

—Alguno sí, otro no. No puedo desir nada má ahora. Pero tú crusa el paí, si puede. Crúsalo hata el otro oséano. Viaja por lo Territorio siempre que pueda, porque así irá má de prisa. Toma el sumo…

—¡Lo detesto!

—É igual que lo deteste —replicó Speedy con severidad—. Crusa el pai y encontrará un luga… otro Alhambra. Debe í a ese luga. É malo y da musho miedo, pero tiene que entra en él.

—¿Cómo lo encontraré?

—Te yamará. Lo oirá fuerte y claro, hijo mío.

—¿Por qué? —preguntó Jack, mojándose los labios—. ¿Por qué tengo que ir, si es tan malo?

—Porque ayí é donde etá el Talismán —contestó Speedy—. En algún luga del otro Alhambra.

—¡No sé de qué me hablas!

—Ya lo sabrá —aseguró Speedy, levantándose y cogiendo la mano de Jack. Éste se levantó a su vez y ambos se miraron de frente, el viejo negro y el muchacho blanco—. Ecucha —dijo Speedy, con un tono lento y rítmico—. El Talismán te será pueto en la mano, Viajero Jack. No é demasiado grande ni demasiao pequeño; párese una bola de cristal. Viajero Jack, querío Viajero Jack tú irá a bucarlo a California, pero éta será tu carga y tu ·crus: si la deja caer, Jack, todo etará perdió.

—No sé de qué me hablas —repitió Jack con obstinación, asustado—. Debes…

—No —le interrumpió Speedy, sin acritud—. Tengo que acaba de repara ese tiovivo etá mima mañana, Jack; eto é lo que debo hasé. No tengo tiempo para má palique. Debo volvé y tú debe ponerte en marsha. Ahora no puedo desirte nada má. Supongo que volveremos a verno. Aquí… o ayí.

—¡Pero no sé qué debo *hacer*! —exclamó Jack mientras Speedy subía a la cabina del viejo camión.

—Sabe lo sufisiente para empesá anda —dijo Speedy—. Irá a busca el Talismán, Jack. Él te atraerá hasia sí.

—¡Ni siquiera sé qué es un Talismán! Speedy rió y dio la vuelta a la llave del encendido. El camión arrancó con un gran estallido de gas azul.

—¡Búcalo en el dicsionario! —gritó, poniendo la marcha atrás.

Retrocedió, giró y enderezó el camión hacia el Divertimundo Arcadia. Jack se quedó en el bordillo, siguiéndole con la mirada. No se había sentido tan solo en toda su vida.

Capítulo 5

JACK Y LILY

1

Cuando el camión de Speedy salió de la carretera y desapareció bajo el arco del Divertimundo, Jack empezó a andar en dirección al hotel. Un Talismán. Otro Alhambra. A orillas de otro océano. Su corazón estaba como vacío. Sin Speedy a su lado, la tarea era descomunal, gigantesca y, además, vaga… Mientras Speedy hablaba, Jack *casi* había tenido la impresión de comprender aquel batiburrillo de insinuaciones, instrucciones y amenazas; ahora, en cambio, se le antojaba sólo un batiburrillo. No obstante, los Territorios eran reales. Se aferró con toda su fuerza a esta certidumbre, que le animaba y asustaba al mismo tiempo. Era un lugar real y él regresaría a aquel lugar. Aunque en realidad no lo comprendiera todo, aunque fuese un peregrino ignorante, realizaría aquel viaje. Ahora lo único que le quedaba por hacer era tratar de persuadir a su madre. El «Talismán», dijo para sus adentros, usando la palabra como una contraseña y cruzó Boardwalk Avenue para subir saltando los escalones y enfilar «el sendero entre los setos». La oscuridad del interior del Alhambra, una vez se hubo cerrado la puerta a sus espaldas, le sobrecogió. El vestíbulo era una larga caverna… Se necesitaría una hoguera sólo para separar las sombras. El pálido empleado acechaba detrás del mostrador, clavando sus ojos blancos en Jack. Leyó un mensaje en ellos: sí. Jack

tragó saliva y desvió la mirada. El mensaje le fortalecía, le confería importancia, aunque su intención era despreciativa.

Fue hacia los ascensores con la espalda recta y el paso tranquilo. *Con que te relacionas con negros, ¿eh? Les dejas rodearte con su brazo, ¿eh?* El ascensor bajó chirriando como un ave grande y pesada, las puertas se separaron y Jack entró dentro. Se volvió para pulsar el botón luminoso del cuarto piso. El conserje seguía como un fantasma detrás del mostrador, enviando su malévolo mensaje. *Amigo de los negros, amigo de los negros (te gusta asi, ¿eh, mocoso? Caliente y negro, eso es para ti, ¿eh?).* Por suerte, las puertas se cerraron. El estómago de Jack pareció bajar hasta sus zapatos, el ascensor inició el ascenso con una sacudida.

El odio se quedó en el vestíbulo; el mismo aire del ascensor mejoró en cuanto llegaron al primer piso. Ahora lo único que Jack debía hacer era decir a su madre que tenía que ir solo a California.

No permitas que tío Morgón firme ningún documento en tu nombre…

Cuando Jack salió del ascensor, se preguntó por primera vez en su vida si Richard Sloat sabía cómo era realmente su padre.

2

Después de pasar de largo los apliques vacíos y los cuadros de pequeños barcos navegando por mares espumosos y ondulados, vio que la puerta marcada con el número 408 estaba entreabierta, dejando ver un palmo de la moqueta descolorida de la *suite*. La luz que se filtraba a través de las ventanas del salón formaba un largo rectángulo en la pared interior.

—No has cerrado la puerta. ¿Qué sig… —estaba solo en la habitación— … nifica esto? —preguntó a los muebles—. ¿Mamá? —El desorden más completo reinaba a su alrededor: un cenicero rebosante de colillas, un vaso de agua medio lleno sobre la mesa del café.

Jack se prometió que esta vez no se dejaría vencer por el pánico.

Giró lentamente sobre sí mismo. La puerta del dormitorio estaba abierta y su interior oscuro como el vestíbulo porque su madre no había descorrido las

cortinas.

—Eh, sé que estás aquí —dijo, entrando en el dormitorio vacío para llamar a la puerta del cuarto de baño. Ninguna respuesta. Jack abrió esta puerta y vio un cepillo de dientes rosa sobre el lavabo y un cepillo solitario sobre el tocador. Entre las cerdas estaban enredados unos cabellos claros. *Laura DeLoessian*, anunció una voz en la mente de Jack y salió del lavabo andando hacia atrás; aquel nombre le inquietaba.

—Oh, otra vez no —se dijo—. ¿Adonde habrá *ido?*

Era como si lo viese.

Lo vio cuando se dirigió a su propio dormitorio, lo vio cuando abrió su propia puerta y contempló su cama deshecha, su mochila aplanada, su pequeño montón de libros de bolsillo y sus calcetines enrollados encima de la cómoda. Lo vio cuando miró en su propio cuarto de baño, donde las toallas yacían por el suelo y pendían de los lados de la bañera y de los estantes de fórmica en oriental desorden.

Morgan Sloat irrumpiendo por la puerta, agarrando los brazos de su madre y arrastrándola escaleras abajo…

Jack volvió corriendo al salón y esta vez miró detrás del sofá.

… sacándola por una puerta lateral y metiéndola en un coche, mientras sus ojos empezaban a tornarse amarillos…

Cogió el teléfono y marcó el 0.

—Soy, ejem, Jack Sawyer y estoy, ejem, en la habitación cuatro cero ocho. ¿Ha dejado mi madre algún mensaje para mí? Debería estar aquí y… y por alguna razón… ejem…

—Voy a ver —dijo la chica, y Jack apretó el teléfono durante un momento candente hasta que ella volvió—. No hay mensaje para la cuatro cero ocho, lo siento.

—¿Y para la cuatro cero siete?

—Tiene la misma casilla —respondió la chica.

—Ah. ¿Ha recibido alguna visita en la última media hora? ¿Ha venido alguien esta mañana? A verla, quiero decir.

—Esto lo sabrían en recepción —contestó la chica—. Yo no lo sé. ¿Quiere que lo pregunte?

—Sí, por favor —dijo Jack.

—Oh, me alegro de tener algo que hacer en este depósito de cadáveres. No cuelgue.

Otro momento candente. La chica volvió para decir:

—No ha habido visitas. Quizá ha dejado una nota en sus habitaciones.

—Sí, lo miraré —contestó Jack, desanimado, y colgó. ¿Decía la verdad la empleada? ¿Y si Morgan Sloat le había alargado la mano con un billete de veinte dólares doblado como un sello en su carnosa palma? Jack también vio esto.

Se desplomó en el sofá, conteniendo un deseo irracional de mirar bajo los almohadones. Claro que tío Morgan no podía haber entrado en sus habitaciones y secuestrado a su madre… aún estaba en California. Pero podía haber enviado a otras personas para que lo hicieran. Personas como las que Speedy había mencionado, los Forasteros que tenían un pie en cada mundo.

De pronto Jack no pudo continuar en la habitación. Se levantó del sofá de un salto y salió al pasillo después de cerrar la puerta tras de sí. Caminó unos pasos y entonces dio media vuelta, fue de nuevo hacia la habitación y abrió la puerta con su llave. La empujó para que quedara abierta unos centímetros y corrió hacia los ascensores. Siempre cabía la posibilidad de que Lily hubiera salido sin llevarse la llave… para ir a la tienda del vestíbulo o al quiosco a comprar un periódico o una revista.

Seguro. No la había visto coger un periódico desde el principio del verano. Todas las noticias que le interesaban las oía por la radio del hotel.

Pues habría ido a dar un paseo.

Sí, claro, estaría haciendo ejercicio y respirando hondo. O corriendo, tal vez; a Lily Cavanaugh le había dado de repente por correr los cien metros lisos. O había colocado vallas en la playa y se entrenaba para los próximos juegos olímpicos…

Cuando el ascensor le depositó en el vestíbulo, echó una ojeada a la tienda, donde una mujer rubia entrada en años le miró por encima de las gafas desde detrás del mostrador. Animales disecados, una pila ordenada de periódicos locales, un estante con barritas de manteca de cacao perfumada. De un revistero colocado junto a la pared sobresalía *People, Us* y *New Hampshire Magazine.*

—Lo siento —dijo Jack, dando media vuelta. Se encontró mirando fijamente la placa de bronce que había junto a un helécho enorme y mustio… *ha empezado a deteriorarse y pronto morirá.*

La mujer de la tienda carraspeó. Jack pensó que debía haber permanecido mirando estas palabras de Daniel Webster durante minutos enteros.

—¿Sí? —preguntó la mujer a sus espaldas.

—Lo siento —repitió Jack y se obligó a caminar hasta el centro del vestíbulo. El odioso empleado arqueó una ceja y se colocó de lado para mirar fijamente la escalinata vacía. Jack se aproximó a él con un gran esfuerzo.

—Señor —interpeló cuando estuvo delante del mostrador. El empleado fingía querer recordar la capital de Carolina del Norte o el primer producto de exportación de Perú—. Señor. —El hombre frunció el entrecejo; ya casi lo tenía, no podía ser molestado.

Jack sabía que todo esto era comedia y dijo:

—Quizá podría usted ayudarme. Al final el hombre decidió mirarle.

—Depende de la clase de ayuda, muchacho. Jack optó por no hacer caso de la velada ironía.

—¿Ha visto salir a mi madre hace un rato?

—¿Cuánto tiempo es un rato? —Ahora la ironía era casi visible.

—¿La ha visto salir? No pregunto nada más.

—¿Tienes miedo de que te viera hacer manitas con tu novio ahí fuera?

—Dios mío, es usted un asqueroso —se sorprendió diciendo Jack—. No, no tengo miedo de esto. Sólo quiero saber si mi madre ha salido y, si usted no fuera tan asqueroso, me lo diría. —Estaba acalorado y se dio cuenta de que había cerrado los puños.

—Está bien, sí, ha salido —contestó el conserje, retrocediendo hacia los casilleros que tenía detrás de él—. Pero será mejor que tengas cuidado con lo que dices, chico. Será mejor que te disculpes, atildado señorito Sawyer. Yo también tengo ojos y sé cosas.

—Atienda a su boca y yo atenderé a mi negocio —dijo Jack, recordando la frase de uno de los discos viejos de su padre; quizá no encajaba en la situación, pero le gustó pronunciarla y el conserje parpadeo satisfactoriamente.

—Quizá está en los jardines, no lo sé —dijo el hombre con voz sombría, pero Jack ya se dirigía hacia la puerta.

La Novia de los Cines al Aire Libre y Reina de las B no estaba en los jardines de delante del hotel. Jack lo vio en seguida y además ya lo sabía, porque la habría visto al llegar al hotel y porque Lily Cavanaugh no paseaba por los

jardines; era algo tan impropio de ella como colocar vallas en la playa.

Por Boardwalk Avenue circulaban algunos coches. Una gaviota chilló muy arriba y el corazón de Jack se encogió.

Pasándose los dedos por los cabellos, miró la soleada calle en ambos sentidos. Quizá había sentido curiosidad a propósito de Speedy, quizá había querido echar un vistazo a este insólito nuevo compañero de su hijo y se había dirigido al parque de atracciones. Sin embargo, tampoco la encontró en el Divertimundo Arcadia, como no la había encontrado vagando pintorescamente por los jardines. Tomó una dirección menos conocida, la del pueblo.

Separado de los terrenos del Alhambra por un seto alto y tupido, el Salón de Té y Mermelada Arcadia era el primero de una hilera de polícromos establecimientos. El salón y la farmacia de Nueva Inglaterra eran las únicas tiendas de la terraza que permanecían abiertas después del Día del Trabajo. Jack titubeó un momento en la resquebrajada acera. Un salón de té era un lugar improbable para la Novia de los Cines al Aire Libre, pero como no había un lugar más probable, cruzó la acera y miró por la ventana.

Una mujer con el pelo recogido en la coronilla fumaba delante de una caja registradora. Una camarera con vestido de rayón rosa se apoyaba en la pared del fondo. Jack no vio ningún cliente. Entonces, ante una de las mesas más próximas al Alhambra, vio a una anciana alzando una taza. Aparte de las empleadas, estaba sola. Jack la observó dejar la taza en el platillo con movimientos delicados, y luego extraer un cigarrillo del bolso, y comprendió con un desagradable sobresalto que era su madre. Un instante después había desaparecido la impresión de la edad.

Podía recordarla, sin embargo… y fue como si la viera a través de unas gafas bifocales y contemplara en el mismo cuerpo a Lily Cavanaugh Sawyer y a aquella frágil anciana.

Abrió la puerta con cuidado, pero aun así hizo sonar la campanilla que *sabía* estaba encima del marco. La mujer rubia de la caja registradora sonrió y saludó con la cabeza. La camarera se enderezó y alisó la falda de su vestido. Su madre le miró con expresión de auténtica sorpresa y en seguida le dedicó una radiante sonrisa.

—Vaya, Errante Jack, eres tan alto, que te he tomado por tu padre cuando has cruzado el umbral —dijo—. A veces me olvido de que sólo tienes doce años.

3

—Me has llamado Errante Jack —observó, cogiendo una silla y desplomándose en ella.

La cara de su madre estaba muy pálida y sus ojeras parecían casi moradas.

—¿No te llamaba así tu padre? Se me acaba de ocurrir… te has pasado la mañana de un lado a otro.

—¿Me llamaba Errante Jack?

—Algo parecido… estoy segura. Cuando eras pequeño. *Viajero* Jack —dijo con firmeza—. Eso es. Solía llamarte Viajero Jack… ya sabes, cuando te veíamos correr por el jardín. Era gracioso, supongo. A propósito, he dejado la puerta abierta. No sabía si te habías acordado de coger tu llave.

—Ya lo he visto —respondió, aún impresionado por la nueva información que acababan de suministrarle de modo tan fortuito.

—¿Quieres desayunar? No me he visto capaz de comer otra vez en ese hotel.

La camarera apareció ante ellos.

—¿Y usted, joven? —preguntó, levantando el bloc de pedidos.

—¿Cómo sabías que te encontraría aquí?

—¿Es que se puede ir a otro sitio? —preguntó con sensatez su madre y dijo a la camarera—: Dele el desayuno de tres estrellas.

Crece unos dos centímetros y medio al día.

Jack se apoyó en el respaldo de la silla. ¿Cómo podía empezar? Su madre le miró con curiosidad y él empezó; tenía que hacerlo ahora mismo.

—Mamá, si tuviera que ausentarme una temporada, ¿podrías quedarte sola?

—¿Qué significa quedarme sola? ¿Y qué significa ausentarte una temporada?

—¿Podrías?… bueno, ¿tendrías problemas con tío Morgan?

—Sé manejar al viejo Sloat —dijo ella, con una sonrisa tensa—. Al menos por un tiempo. ¿Qué quieres decir con todo esto, Jacky? Tú no te vas a ninguna parte.

—Tengo que marcharme. De verdad —contestó Jack. Entonces se dio cuenta de que parecía un niño pidiendo un juguete. Por suerte, llegó la camarera con tostadas y un gran vaso de zumo de tomate. Jack desvió un momento la mirada y cuando miró de nuevo a su madre, ésta le untaba un triángulo de tostada con

mermelada de uno de los tarros que había sobre la mesa.

—Tengo que marcharme —repitió. Su madre le alargó la tostada; pareció que iba a preguntar algo, pero no llegó a hacerlo.

—Tal vez estarías un tiempo sin verme, mamá —añadió Jack—. Voy a tratar de ayudarte. Por eso tengo que irme.

—¿Ayudarme? —inquirió ella y Jack calculó que su fría incredulidad era auténtica en un setenta y cinco por ciento.

—Quiero tratar de salvarte la vida —dijo.

—¿Nada más?

—Puedo hacerlo.

—Puedes salvar mi vida. Esto es muy divertido, querido Jacky;

un tema para un programa en las horas de mayor audiencia. ¿Has pensado alguna vez en trabajar para la televisión? —Había dejado en el plato el cuchillo manchado de rojo y abrió mucho los ojos burlones, pero bajo la incomprensión deliberada, Jack vio dos cosas: un destello de terror y la débil e incrédula esperanza de que quizá pudiera hacer algo, después de todo.

—Aunque me digas que no puedo ni intentarlo, lo haré de todos modos, así que será mejor que me des tu autorización.

—Oh, es un trato maravilloso. En especial porque no tengo la menor idea de qué me hablas.

—Pues yo creo que sí… que tienes una idea, mamá, porque papá habría sabido exactamente de qué estoy hablando. Sus mejillas se ruborizaron y apretó los labios.

—Esto es tan injusto que yo lo llamaría despreciable, Jacky. No puedes utilizar lo que Philip podría saber como un arma contra mí.

—Lo que sabía, no lo que podría saber.

—Todo esto es un maldito disparate, querido muchacho. La camarera dejó sobre la mesa, delante de Jack, un plato de huevos fritos, patatas fritas y salchichas e inspiró audiblemente. Cuando se hubo ido, muy derecha, Lily se encogió de hombros.

—Por lo visto, no sé encontrar el *tono* justo con los empleados de la localidad. Pero un maldito disparate es un maldito disparate, como dijo Gertrude Stein.

—Voy a salvarte la vida, mamá —repitió él—, y para ello tengo que irme

muy lejos y volver con algo. Y estoy decidido a hacerlo.

—Me gustaría saber de qué hablas.

Una conversación normal y corriente, pensó Jack, tan normal como pedir permiso para pasar un par de noches en casa de un amigo. Cortó una salchicha por la mitad y se metió en la boca uno de los trozos. Ella le observaba con atención. Cuando Jack hubo masticado y tragado la salchicha, comió un poco de huevo. La botella de Speedy abultaba como una roca en su bolsillo posterior.

—También me gustaría que dieras muestras de oír las pequeñas observaciones que te hago, por obtusas que puedan parecerte.

Sin inmutarse, Jack se tragó los huevos y se metió en la boca un buen montón de patatas saladas y crujientes.

Lily puso las manos sobre su falda. Cuanto más largo fuera el silencio de Jack, con tanta más atención le escucharía cuando hablara, así que el muchacho fingió concentrarse en su desayuno, en sus huevos, salchichas, patatas, salchichas, patatas, huevos, patatas, huevos, salchichas, hasta que intuyó que ella estaba a punto de gritarle.

Mi padre me llamaba Viajero Jack, dijo para sus adentros, y *me cuadra, me cuadra más que cualquier otra cosa.—Jack…*—Mamá —interrumpió—, ¿te llamó algunas veces papá desde muy lejos cuando tú sabías que debía encontrarse en la ciudad? Ella enarcó las cejas.

—Y a veces, ¿no entraste en una habitación pensando que él estaba dentro, *sabiéndolo* quizá, y no estaba? La dejó pensar un poco.

—No —contestó ella.

Ambos callaron después de esta negativa.

—Casi nunca.

—Mamá, me pasó incluso a *mí* —dijo Jack.

—Siempre había una explicación, lo sabes muy bien.

—Mi padre —lo sabes muy bien— se explicaba de maravilla, sobre todo cuando el tema era difícil de explicar. Era muy hábil en esto. Quizá sea una de las razones de que fuera tan buen agente.

Ahora fue ella quien guardó silencio.

—Pues yo sé adonde iba —prosiguió Jack—; he estado allí esta mañana. Y si voy otra vez, puedo intentar salvarte la vida.

—No necesito que me salves la vida, no necesito que me la salve nadie —

silbó Lily. Jack bajó la mirada hacia su plato vacío y murmuró algo—. ¿Qué has dicho? —gritó ella.

—He dicho que sí lo necesitas. —Y la miró a los ojos.

—Supón que te pregunto de qué modo piensas tratar de sálvarme la vida, como tú dices.

—No puedo contestar porque yo mismo aún no lo comprendo del todo. Mamá, en cualquier caso, no voy a la escuela… dame una oportunidad. Quizá sólo esté fuera una semana.

Ella levantó las cejas.

—Podría ser un poco más —admitió él.

—Creo que estás chalado —dijo Lily, pero Jack vio que una parte de ella quería creerle y sus siguientes palabras lo demostraron—. Si… si estuviera lo bastante loca para dejarte ir a esta misteriosa misión, tendría que estar segura de que no correrías ningún peligro.

—Papá siempre regresó —apuntó Jack.

—Preferiría arriesgar mi vida que la tuya —dijo ella y esta verdad también exigió un gran silencio entre ambos.

—Te llamaré cuando pueda, pero no te preocupes demasiado si paso un par de semanas sin llamar. Volveré, como volvió siempre papá.

—Todo esto es una locura —exclamó ella— y yo también estoy loca. ¿Cómo irás a ese lugar al que tienes que ir? ¿Y dónde está? ¿Tienes suficiente dinero?

—Tengo todo lo que necesito —respondió Jack, esperando que su madre no insistiera en las dos primeras preguntas. El silencio se prolongó mucho y al final Jack lo interrumpió—: Supongo que iré andando. No puedo hablar mucho de ello, mamá.

—Viajero Jack —dijo ella—, casi puedo creer…

—Sí —contestó él—, sí. —Asintió con la cabeza. *Y tal vez*, pensó, *sabes algo de lo que sabe ella, la Reina verdadera, y por eso me dejas ir tan fácilmente*—. Eso es. Yo también lo creo. Por eso debo hacerlo.

—Bueno… si dices que irás, diga lo que diga…

—Y es verdad.

—… supongo que mi respuesta no importa. —Le miró con valentía—. Pero importa, ya lo sé. Quiero que regreses lo antes posible, cariño mío. No te vas ahora mismo, ¿verdad?

—Es preciso. —Respiró hondo—. Sí, me voy en seguida. En cuanto te deje.

—Casi podría creer en este galimatías. Se ve que eres hijo de Phil Sawyer. No habrás encontrado una chica en este lugar, ¿verdad…? —Le miró atentamente—. No. No es ninguna chica. Está bien. Sálvame la vida. Anda, vete. —Meneó la cabeza y Jack creyó ver un fulgor nuevo en sus ojos—. Si has de irte, vete ahora, Jacky. Llámame mañana.

—Si puedo. —Jack se levantó.

—Si puedes, claro. Perdóname. —Bajó la mirada y él vio que no la dirigía a nada en particular. Dos manchas rojas ardían en sus mejillas.

Jack se inclinó y la besó, pero ella sólo le dijo adiós con un ademán. La camarera les miraba con fijeza, como si actuasen en el teatro. Pese a las últimas palabras de su madre, Jack creía que había bajado el nivel de su incredulidad al cincuenta por ciento, aproximadamente, lo cual significaba que ya no sabía qué creer.

Lily volvió a mirarle un momento y Jack vio de nuevo el fulgor en sus ojos. ¿Cólera, lágrimas?

—Ten cuidado —murmuró su madre e hizo una seña a la camarera.

—Te quiero —dijo Jack.

—No abandones nunca el plato después de una frase como ésta. —Ahora casi sonreía—. Vete de viaje, Jack. Vete antes de que comprenda que es una locura.

—Ya me voy —respondió él, dio media vuelta y salió del restaurante. Sentía la cabeza tensa, como si los huesos del cráneo hubieran crecido de repente y estirasen la carne que los cubría. La luz del sol, amarilla y opaca, le hirió los ojos. Oyó cerrarse de golpe la puerta del Salón de Té y Mermelada Arcadia un instante después de sonar la campanilla. Parpadeó y cruzó Boardwalk Avenue sin mirar si venían coches. Cuando llegó a la acera del otro lado, pensó que debía volver a la *suite* para coger algo de ropa. Su madre aún no había salido del salón de té cuando Jack abrió la gran puerta principal del hotel.

El conserje dio un paso atrás y le miró fija y sombríamente. Jack sintió emanar de él una especie de emoción, pero durante un segundo no pudo recordar por qué el empleado reaccionaba con tanta prontitud al verle. La conversación con su madre —mucho más corta, en realidad de lo que él había imaginado— parecía haberse prolongado durante días enteros. Al otro lado del vasto abismo

de tiempo que había pasado en el Salón de Té y Mermelada, había llamado asqueroso al conserje. ¿Debería excusarse? Ya no se acordaba de la razón que le había impulsado a insultarle.

Su madre había aceptado que se fuera, le había dado permiso para emprender el viaje y Jack, mientras caminaba bajo el fuego cruzado de la mirada del conserje, comprendió al fin por qué. Él no había mencionado el Talismán de una manera explícita, pero aunque lo hubiera hecho —aunque hubiera hablado del aspecto más descabellado de la misión—, ella también lo habría aceptado. Y si hubiera dicho que volvería con una mariposa de treinta centímetros de longitud y la asaría en el horno, habría accedido a comer mariposa asada. La aceptación habría sido irónica, pero real. El hecho de que se agarrase a semejantes extremos demostraba en parte la intensidad de su miedo.

Sin embargo, se agarraba a ellos porque en cierto modo sabía que no eran extremos inverosímiles. Su madre le había dado permiso para marcharse porque en su interior también sabía algo de los Territorios.

¿Se despertaba alguna vez durante la noche con aquel nombre resonando en la cabeza, *Laura DeLoessian?*

Una vez en la 407 y la 408, tiró prendas de ropa dentro de su mochila casi al azar: si sus dedos la encontraban en un cajón y no era demasiado grande, la metía en la mochila. Camisas, calcetines, un suéter, pantalones cortos. Después enrolló un par de vaqueros claros y los apretó contra todo lo demás, pero entonces se dio cuenta de que sería un equipaje demasiado pesado y sacó la mayor parte de camisas y calcetines. También desechó el suéter. En el último momento se acordó del cepillo de dientes. Entonces se puso las correas sobre los hombros y sopesó la mochila; no pesaba en exceso. Podría andar todo el día con aquella carga de pocos kilos. Permaneció quieto en medio del salón unos momentos, sintiendo —con mucha más fuerza de lo esperado— la ausencia de una persona o un objeto al que pudiera decir adiós. Su madre no volvería a la *suite* hasta que estuviera segura de que se había ido; si le veía ahora, le ordenaría que se quedara. No podía decir adiós a estas tres habitaciones como lo habría dicho a una casa querida; las habitaciones de hotel aceptaban las despedidas sin emoción. Al final fue hacia el bloc del teléfono, cuyas hojas de papel muy fino llevaban impreso un dibujo del hotel y escribió con el lápiz pequeño y despuntado del Alhambra las tres líneas que expresaban casi todo lo que tenía

que decir:



4

Jack bajó por Boardwaik Avenue al tenue sol septentrional, preguntándose dónde debía… saltar. Ésta era la palabra. ¿Y no tenía que ver una vez más a Speedy antes de «saltar» a los Territorios? Casi estaba *obligado* a verle otra vez, porque sabía tan poco acerca de su destino, de quién podía encontrar, de qué buscaba… *Parecía una. bola. de cristal.* ¿Eran éstas todas las instrucciones que Speedy pensaba darle sobre el Talismán? ¿Éstas y la advertencia de que no lo dejara caer? Jack casi se desesperó por falta de preparación, como si tuviera que presentarse al examen final de una asignatura que no había estudiado nunca.

También pensó que podía saltar justo donde estaba, tal era su impaciencia por empezar, iniciar el viaje, moverse. *Tenía que regresar a los Territorios,* comprendió de repente; la idea era un hilo brillante en el torbellino de sus nostalgias y emociones. Quería respirar aquel aire; lo ansiaba. Los Territorios, las largas llanuras y cordilleras de montañas bajas, los campos de hierba alta y los ríos que los cruzaban, centelleantes, le atraían. Todo el cuerpo de Jack ansiaba aquel paisaje. Y podría haber sacado la botella del bolsillo y bebido un trago del horrible líquido en aquel mismo instante, de no haber visto al antiguo propietario de la botella apoyado en un árbol, en cuclillas y con las manos abrazando las piernas. Junto a él había una bolsa de colmado y sobre la bolsa un enorme bocadillo que parecía hecho con cebolla y salchicha de hígado.

—Ya te marsha —dijo Speedy, sonriéndole—, veo que te ha puesto en camino. ¿Ha disho adiós? ¿Sabe tu mamá que etarás ausente una temporada?

Jack asintió y Speedy le alargó el bocadillo.

—¿Tiene hambre? Eto é demasiao grande para mí.

—Ya he comido algo —respondió el muchacho—. Me alegro de poder despedirme de ti.

—El viejo Jack etá ansioso, impasiente por irse —entonó Speedy, con la larga cabeza ladeada—. El shico se la pira.

—Escucha, Speedy.

—Pero no te vaya sin una cosa que te he traío. La tengo en eta bolsa, ¿quiere verla?

—¡Speedy!

El hombre guiñó los ojos a Jack desde el pie del árbol.

—¿Sabías que mi padre solía llamarme Viajero Jack?

—Oh, é probable que yo lo oyera en alguna parte —contestó Speedy, sonriendo—. Asércate a vé qué te he traío. Además, tengo que desirte adonde debe ir primero, ¿no?

Aliviado, Jack cruzó la acera y se acercó al árbol de Speedy, quien dejó el bocadillo sobre sus piernas y cogió la bolsa.

—Felice Navidade —dijo, extrayendo un viejo libro de bolsillo, largo y manoseado. Jack vio que era un atlas de carreteras de Rand McNally.

—Gracias —contestó, tomando el libro de manos de Speedy.

—Ayí no hay mapa, así que síñete todo lo que pueda a lo camino del viejo Rand McNally. Así podrá yegar a tu detino.

—Está bien —dijo Jack, descargándose de la mochila para deslizar el libro en ella.

—Lo siguiente no é presiso que lo meta en ese caprishoso aparejo que yeva a la epalda —dijo Speedy. Puso el bocadillo sobre la aplanada bolsa de papel y se levantó con un movimiento suave y elástico—. No, puede yevarlo en el bolsillo. —Hundió los dedos en el bolsillo izquierdo de la camisa de trabajo y sacó, entre el segundo y tercero, como si fuera un Tarrytoon de Lily, un objeto triangular que el muchacho tardó un momento en identificar como una púa de guitarra—. Tómalo y guárdalo. Tendrá que enseñarlo a un hombre. Él te ayudará.

Jack le dio la vuelta entre sus dedos. Nunca había visto una igual, de marfil, con filigranas talladas que ascendían en diagonal como una especie de escritura extraterrestre. Bella en lo abstracto, era casi demasiado pesada para ser útil como

dedal.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Jack, guardando la púa en uno de los bolsillos del pantalón.

—Tiene una gran sicatris en la cara… le verá poco depué de aterrisá en los Territorios. £ un guardia. De hesho, é capitán de lo Guardia Exteriore y te yevará a un luga donde verá a una dama a quien tiene que vé sin falta. Así que ya conoses la otra rasón de que deba arriesga el pellejo. Mi amigo de ayí comprenderá lo que hase y te fasilitará lo medio para yegar nata la dama.

—Esta dama… —empezó Jack.

—Sí —dijo Speedy—, lo ha adivinao.

—Es la Reina.

—Mírala bien, Jack. Fíjate bien en eya cuando la vea. Verá lo que é, ¿comprende? Entonse te dirige hasia el oete. —Speedy le examinó con gravedad, casi como si dudara de volver a ver a Jack Sawyer, y entonces las arrugas de su cara se crisparon y añadió—: Apártate del viejo Bloat, vigila sus hueya… la suya y la de su Gemelo. El viejo Bloat puede averigua adonde ha ido, si no tiene cuidao, y si lo averigua te perseguirá como un sorro a un ganso. —Speedy se metió las manos en los bolsillos y miró de nuevo a Jack como ansioso de decirle más cosas—. Consigue el Talismán, hijo —terminó— y tráelo sano y salvo. Será una carga, pero ha de sé má grande que tu carga.

Jack se concentraba con tanta atención en lo que decía Speedy, que miraba el rostro surcado guiñando los ojos. Un hombre con una cicatriz, capitán de los Guardas Exteriores. La Reina. Morgan Sloat, persiguiéndole como un depredador. En un lugar malévolo en la otra punta del país. Una carga.

—Está bien —dijo, deseando de repente encontrarse de nuevo con su madre en el Salón de Té y Mermelada. Speedy le dedicó una sonrisa torcida y cálida.

—Etupendo, Jack el Viajero, é un shico exselente. —La sonrisa se intensificó —. Ya sería hora de que bebieras un sorbo de ese zumo especial, ¿no te párese?

—Creo que sí —asintió Jack. Sacó la botella del bolsillo posterior y desenroscó el tapón. Miró otra vez a Speedy, cuyos ojos pálidos se clavaron en los suyos.

—Speedy te ayudará cuando pueda.

Jack asintió, pestañeó y se acercó a los labios el cuello de la botella. El olor podrido y dulzón que salió de ella casi le hizo cerrar la garganta en un espasmo

involuntario. Levantó e inclinó la botella y el sabor invadió su boca. El estómago se le encogió. Tragó y un líquido ardiente y áspero le bajó por la garganta.

Varios segundos antes de que Jack abriera los ojos, supo por la fuerza y claridad de los aromas que le rodeaban que había saltado a los Territorios. Caballos, hierba, un penetrante olor a carne cruda; polvo; el aire diáfano en sí.

Interludio

SLOAT EN ESTE MUNDO (1)

—Sé que trabajo demasiado —dijo Morgan Sloat a su hijo Richard aquella noche. Hablaban por teléfono; Richard, en el pasillo de la planta baja de su dormitorio escolar y su padre, sentado a su mesa en el último piso de una de las operaciones inmobiliarias más provechosas de Sawyer & Sloat en Beverly Hills —, pero te diré algo, muchacho: con frecuencia uno tiene que hacer las cosas por sí mismo si quiere que se hagan bien. En especial cuando afectan a la familia de mi difunto socio. Espero que sea un viaje corto. Probablemente lo dejaré todo bien atado en ese maldito New Hampshire en menos de una semana. Te llamaré de nuevo cuando todo haya concluido. Quizá nos iremos de viaje en tren por California, como en los viejos tiempos. Aún haremos justicia; confía en tu padre.

Aquella operación inmobiliaria había sido especialmente provechosa a causa de la voluntad de Sloat de hacer las cosas por sí mismo. Después de que él y Sawyer negociaran la compra del inmueble pagando el arrendamiento a corto plazo y luego (tras una serie de pleitos) a largo plazo, terminaron fijando el alquiler a tanto por metro cuadrado, tras lo cual realizaron las obras necesarias y se anunciaron para atraer a nuevos inquilinos. El único inquilino antiguo era el restaurante Chino de la planta baja, que pagaba un mísero alquiler cuyo valor no llegaba ni a un tercio del valor real del espacio que ocupaba. Sloat había intentado discutir de modo razonable con los chinos, pero cuando éstos vieron que su intención era convencerles para que pagaran un alquiler más elevado,

perdieron de repente la capacidad de hablar o comprender el inglés. Los intentos negociadores de Sloat se Prolongaron unos días, hasta que sorprendió a un pinche de la cocina saliendo por la puerta trasera con un cubo de grasa. Sintiéndose mejor, Sloat siguió al hombre hasta un oscuro callejón sin salida, donde le vio volcar la grasa en un cubo de basura. No necesitaba nada más. Al día siguiente, una cadena de hierro separaba el callejón del restaurante; y al otro día, un inspector del ministerio de Sanidad entregó a los chinos una denuncia y una citación. Ahora el pinche tenía que sacar toda la basura, incluida la grasa, por el comedor y por un pasillo cercado por una alambrada que Sloat había levantado frente al restaurante. El negocio se vino abajo; los clientes percibían olores extraños y desagradables de los cercanos cubos de basura. Los propietarios volvieron a descubrir la lengua inglesa y se ofrecieron a doblar el alquiler mensual. Sloat contestó con un agradecido discurso que no le comprometía a nada y aquella noche, después de premiarse con tres grandes martinis, fue en coche de su casa al restaurante, sacó un bate de béisbol del maletero y destrozó la larga ventana que antes disfrutaba de una vista agradable de la calle y desde la cual se veía ahora una tupida alambrada que terminaba en un montón de cubos de metal.

Había hecho cosas así… pero no era exactamente Sloat cuando las hizo.

Al día siguiente los chinos solicitaron otra reunión y esta vez ofrecieron cuadriplicar el alquiler.

—Ahora hablan ustedes como hombres —dijo Sloat a los impasibles chinos —, ¡y les diré una cosa! Sólo para probar que estamos de acuerdo, nosotros sufragaremos la mitad del gasto que supone cambiar la ventana.

Al cabo de nueve meses de tomar Sawyer & Sloat posesión del edificio, todos los alquileres habían subido de forma notoria y el coste y las perspectivas de ganancias iniciales empezaron a antojarse francamente pesimistas. Por el momento, este edificio era uno de los negocios más modestos de Sawyer & Sloat, pero Morgan Sloat estaba tan orgulloso de él como de las imponentes estructuras nuevas que habían erigido en el centro comercial de la ciudad. Sólo pasar por delante del lugar donde había levantado la valla cuando iba a trabajar por la mañana le recordaba —a diario— cuan grande era su contribución a Sawyer & Sloat y cuan razonables eran sus pretensiones.

Este sentido de la justicia de sus últimas metas le enardeció mientras hablaba

con Richard; después de todo, si quería quedarse con la participación de Phil Sawyer en la compañía, era por el bien de Richard. En cierto sentido, su hijo representaba su inmortalidad. Podría acudir a las mejores escuelas de comercio y graduarse en leyes antes de empezar a trabajar en la compañía; y armado con estos conocimientos, Richard Sloat dirigiría toda la compleja y delicada maquinaria de Sawyer & Sloat hasta bien entrado el siglo venidero. La ridícula ambición del muchacho de estudiar química no sobreviviría mucho tiempo a la determinación paterna de sofocarla; Richard era lo bastante listo para ver que la ocupación de su padre era mucho más interesante, amén de mucho más remuneradora, que trabajar con una probeta sobre un mechero de Bunsen. Esa tontería de ser «químico investigador» se desvanecería muy pronto en cuanto el muchacho echara un vistazo al mundo real. Y si a Richard le preocupaba hacer justicia a Jack Sawyer, sería fácil hacerle comprender que cincuenta mil al año y una educación universitaria garantizada no era solamente justo, sino magnánimo. Principesco. ¿Quién podía decir, al fin y al cabo, que Jack quisiera una parte de la empresa o que poseyera algún talento para dirigirla?

Además, ocurrían accidentes. ¿Quién podía asegurar siquiera que Jack Sawyer llegara a los veinte años?

—Bueno, en realidad sólo es cuestión de arreglar todos los documentos de propiedad de una vez por todas —dijo Sloat a su hijo—. Lily se ha escondido de mí durante demasiado tiempo. Ahora ya chochea, puedes creerme. Es probable que no le quede más de un año de vida, así que si no me apresuro a ir a verla ahora que la he localizado, podría tener el tiempo suficiente para legalizar oficialmente el testamento o ponerlo todo en un fondo fiduciario y no creo que la mamá de tu amigo me confiase la administración. Bueno, no quiero preocuparte con mis problemas, sólo deseaba decirte que faltaré de casa unos días, por si telefoneas. Escríbeme y recuerda lo del tren, ¿vale? Hemos de volver a hacer aquel viaje.

El muchacho prometió escribir, trabajar mucho y no preocuparse por su padre ni Lily Cavanaugh ni Jack.

Y un día, cuando este hijo obediente estuviera, por ejemplo, en el último curso de Standford o Yale, Sloat le daría a conocer los Territorios. Richard sería seis o siete años más joven de lo que fuera él cuando Phil Sawyer, con el cerebro alegre y aturdido por un porro en su primera pequeña oficina del norte de

Hollywood, había confundido primero, después enfurecido (porque Sloat estaba seguro de que Phil se reía de él) y por fin intrigado a su socio (porque sin duda Phil estaba demasiado borracho para inventar toda aquella historia de ciencia ficción acerca de otro mundo). Y cuando Richard viera los Territorios, todo arreglado; si él mismo no lo había hecho antes, los Territorios le harían cambiar de opinión, porque incluso un pequeño atisbo de aquel mundo inducía a perder la confianza en la omnisciencia de los científicos.

Sloat se pasó la palma de la mano por la reluciente calva y después se atusó el bigote con complacencia. El sonido de la voz de su hijo le había causado un alivio vago e inesperado: mientras tuviera a Richard caminando, deferente, a su lado, todo iría bien y todas las cosas imaginables irían bien. Ya era de noche en Springfield, Illinois, y en Nelson House, Colegio Thayer, Richard Sloat volvía sin hacer ruido a su escritorio por el pasillo verde, pensando quizá en cuanto se habían divertido, y volverían a divertirse, a bordo del tren de juguete de Morgan, que bordeaba la costa californiana. Ya se habría dormido cuando el jet de su padre venciera la resistencia del aire a muchos metros de altitud y a varios centenares de kilómetros más al norte; pero Morgan Sloat deslizaría hacia un lado el panel de su ventanilla de primera clase y miraría hacia abajo, esperando ver el resplandor de la luna y un claro entre las nubes.

Quería ir a su casa inmediatamente —se hallaba sólo a treinta minutos de la oficina— para cambiarse de ropa y comer algo, tal vez aspirar un poco de coca antes de salir hacia el aeropuerto, Pero en lugar de esto tuvo que coger la autopista hasta el Marina, donde se habla citado con un cliente que por culpa de los efectos alucinantes de la droga estaba a punto de ser despedido de una película, y luego ir a una reunión de aguafiestas que se quejaban de que un proyecto de Sawyer & Sloat muy próximo a Marina del Rey contaminaba la playa… cosas que no podían aplazarse. Aunque Sloat se prometía que en cuanto se hubiera cuidado de Lily Cavanaugh y su hijo empezaría a tachar clientes de su lista, ahora tenía negocios mucho más importantes en perspectiva, mundos enteros donde hacer de intermediario y no por un mero diez por ciento. Al pensar en el pasado, Sloat se preguntaba cómo había podido soportar a Phil Sawyer durante tanto tiempo. Su socio nunca jugaba para ganar, no de una manera seria; se lo impedían ideas sentimentales de lealtad y honor, estaba corrompido por las tonterías que se decían a los niños para civilizarlos un poco

antes de quitarles la venda de los ojos. Aunque se tratara de una cantidad irrisoria, a la luz de los grandes negocios a que ahora se dedicaba, no podía olvidar que los Sawyer estaban en deuda con él y pensar en esta deuda le causó un dolor de estómago parecido al que precede a un ataque cardíaco y antes de llegar al coche, aparcado en la zona aún soleada contigua al edificio, se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un arrugado paquete de Di-Gel.

Phil Sawyer le había subestimado y esto seguía doliéndole. Y como Phil le consideraba una especie de serpiente de cascabel amaestrada a la que sólo podía sacarse de la jaula bajo circunstancias restringidas, los demás pensaban lo mismo. El empleado del aparcamiento, un patán tocado con un sombrero roto de vaquero, le miró de reojo mientras rodeaba su pequeño coche en busca de abolladuras y arañazos. El Di-Gel mitigó la mayor parte del ardor que sentía en el estómago. Se tocó el cuello, empapado de sudor. El empleado no se le acercó siquiera; Sloat le había despellejado verbalmente hacia unas semanas, después de descubrir una pequeña raya en la puerta del BMW. En mitad de su filípica, Sloat había visto brillar un inicio de violencia en los ojos verdes del patán y una repentina oleada de alegría le había impulsado a aproximarse al hombre, sin dejar de increparle, casi esperando que le propinara un golpe. De improviso, el patán perdió agresividad y en tono débil, casi humilde, le sugirió que quizá aquella raya «pequeñita» era de otro sitio, del servicio de aparcamiento del restaurante, tal vez… Ya sabe, esos tipos tratan los coches de cualquier manera y la luz tampoco es muy buena por la noche…

—Cierra tu asquerosa boca —le había dicho Sloat—. Esa raya pequeñita, como tú la llamas, me costará el doble de lo que tú ganas en una semana. Debería despedirte ahora mismo, mequetrefe, y si no lo hago es porque existe una posibilidad del dos por ciento de que tengas razón; cuando salí de Chasen anoche quizá no miré bajo la manija de la puerta, quizá Sí, pero quizá NO; en todo caso, si vuelves a hablarme, si vuelves a decirme sólo «hola, señor Sloat», o «adiós, señor Sloat», te despediré tan de prisa que tendrás la impresión de haber sido decapitado. —Así que el patán le miró inspeccionar el coche, sabiendo que si Sloat encontraba la menor imperfección en la carrocería del coche, volvería a enfurecerse y temiendo acercarse lo suficiente para pronunciar el rutinario adiós. A veces Sloat había visto al empleado desde la ventana del aparcamiento frotando con energía alguna mancha, excrementos de ave o una salpicadura de

fango del capó del BMW. Y a esto se llama dirección, compañero.

Al salir de la zona, ajustó el espejo retrovisor y vio en el rostro del patán una expresión muy parecida a la de Phil Sawyer en los últimos segundos de su vida, en alguna parte del desierto de Utah. Subió sonriendo toda la rampa de salida.

Philip Sawyer había subestimado a Morgan Sloat desde la época de su primer encuentro, cuando eran estudiantes de primer curso en Yale. Tal vez, pensó Sloat, él era entonces fácil de subestimar: un muchacho de Akron, regordete, de dieciocho años, desgarbado, sobrecargado de ansiedades y ambiciones, fuera de Ohio por primera vez en su vida. Al oír a sus condiscípulos hablar con naturalidad sobre Nueva York, sobre el 21 y el Stork Club, sobre ver a Brubeck en la calle Basin y a Errol Gamer en el Vanguard; sudaba para ocultar su ignorancia. «A mí me gusta mucho la parte comercial», terció en el tono más natural posible, con las palmas húmedas y los dedos agarrotados. (Por las mañanas, Sloat solía encontrarse las palmas tatuadas por las uñas, que le dejaban huellas moradas.) «¿Qué parte comercial, Morgan?», le preguntó Tom Woodbine, mientras los demás se reían. «Pues, Broadway y el Village, ya sabes. Más o menos.» Más risas, esta vez estridentes. Era poco agraciado e iba mal vestido; su vestuario consistía en dos trajes, ambos de color gris oscuro, que parecían hechos para un espantapájaros. Empezó a caerle el pelo en la escuela de segunda enseñanza y a través de los escasos cabellos cortos se le veía el cráneo rosado.

No, Sloat no había sido ninguna belleza y esto formaba parte de todo los demás. Los otros le hacían sentir como un puño cerrado; aquellos cardenales matutinos eran difusas fotografías de su alma. Sus condiscípulos, todos interesados en el teatro como él mismo y Sawyer, poseían buenos perfiles, estómagos planos y modales alegres y despreocupados. Se repantigaban en los sillones de su *suite* en Davenport —mientras Sloat, sudando profusamente, se quedaba de pie para no arrugarse los pantalones y poder llevarlos unos días más —, dando a veces la impresión de participar en una reunión de jóvenes dioses; los suéters de cachemira echados sobre sus hombros parecían vellocinos de oro. Pronto serían actores, dramaturgos, compositores de canciones. Sloat se veía a sí mismo como director, envolviéndoles a todos en una red de complicaciones y designios que sólo él podía desenredar.

Sawyer y Tom Woodbine, que se le antojaban fabulosamente ricos a Sloat,

eran compañeros de cuarto. Woodbine se interesaba muy poco por el teatro y sólo asistía al taller dramático de estudiantes porque Phil pertenecía a él. También un muchacho dorado de escuela privada, Thomas Woodbine difería de los demás en su absoluta seriedad y franqueza. Se proponía ser abogado y ya parecía poseer la integridad e imparcialidad de un juez. (De hecho, la mayoría de los conocidos de Woodbine imaginaban que iría a parar a la Corte Suprema, para gran turbación del propio muchacho.) Woodbine carecía de ambición, según Sloat, pues le interesaba mucho más vivir con rectitud que vivir bien. Claro que lo tenía todo y si por casualidad le faltaba algo, otras personas se apresuraban a dárselo; tan mimado por la naturaleza y los amigos, ¿cómo podía ser ambicioso? Sloat le detestaba, casi inconscientemente, y no podía decidirse a llamarle «Tommy».

Sloat dirigió dos piezas teatrales durante sus cuatro años en Yale: Sin *salida*, que el periódico estudiantil calificó de «confusión furiosa», y *Volpone*, descrita como «retorcida, siniestra, cínica y casi increíblemente chapucera», y culparon a Sloat de casi todas estas cualidades. Quizá no era un director, después de todo; su visión resultaba demasiado intensa y compacta. Pero sus ambiciones no disminuyeron, sólo cambiaron. Si no estaba destinado a colocarse detrás de la cámara, podía estar detrás del público y delante de ella. Phil Sawyer también había empezado a pensar así; nunca había estado seguro de adonde le llevaría su amor por el teatro y creía que tal vez tenía talento para representar a actores y escritores.

—Vamos a Los Angeles y abramos una agencia —le dijo Phil durante el último curso—. Es una locura y nuestros padres lo odiarán, pero quizá resulte. Pasaremos hambre un par de años. Sloat se había enterado en el segundo curso que Phil Sawyer no era rico, después de todo. Sólo lo *parecía.*

—Y cuando podamos pagarle, pediremos a Tommy que sea nuestro abogado. Para entonces ya habrá terminado la carrera.

—Sí, muy bien —contestó Sloat, pensando que ya podría evitar aquello cuando llegara el momento—. ¿Cómo nos llamaremos?

—Como quieras. ¿Sloat y Sawyer? ¿O deberíamos ser fieles al alfabeto?

—Saywer y Sloat, esto mismo, magnífico, por orden alfabético —aprobó Sloat, furioso al imaginar que su socio le condenaba a la perpetua sugerencia de que él era en cierto modo secundario de Sawyer.

Los padres de ambos odiaron efectivamente la idea, tal como había predicho Phil, pero los socios de la incipiente agencia de talentos viajaron a Los Angeles en el viejo DeSoto (de Morgan, otra demostración de lo mucho que Sawyer le debía), se instalaron en una oficina de un edificio situado al norte de Hollywood, con una feliz población de ratas y pulgas, y empezaron a merodear por los clubs, repartiendo sus flamantes tarjetas comerciales. Para nada… casi cuatro meses de fracaso total. Tuvieron a un cómico que se emborrachaba demasiado para ser gracioso, un escritor que no sabía escribir y una bailarina de *strip-tease* que insistía en cobrar al contado para poder pagar a sus agentes. Y un día, al atardecer, borracho de marihuana y whisky, Phil Sawyer había mencionado los Territorios a Sloat, riendo como un tonto.

—¿Sabes qué sé hacer, ambicioso mequetrefe? Pues sé viajar, socio. Viajar a fondo.

Poco después, cuando ya viajaban ambos, Phil Sawyer conoció a una prometedora y joven actriz en una fiesta del estudio y al cabo de una hora ya tenían a su primer cliente importante. Y ella tenía además tres amigas igualmente descontentas de sus agentes respectivos y una de las amigas tenía un novio que había escrito un guión decente y necesitaba un agente y el novio tenía un amigo… Antes de que concluyera el tercer año, estrenaron una oficina nueva y apartamentos nuevos, un pedazo del pastel de Hollywood.

Los Territorios, de una manera que Sloat aceptó pero que nunca comprendió, les habían bendecido.

Sawyer trataba con los clientes y Sloat se cuidaba del dinero, de las inversiones, del aspecto comercial de la agencia. Sawyer gastaba dinero —almuerzos, billetes de avión— y Sloat lo ahorraba, lo cual era toda la justificación que necesitaba para quedarse con el cambio de vez en cuando. Y era Sloat quien no dejaba de empujar a ambos hacia nuevas áreas: urbanizaciones, inmobiliarias, contratos de producción. Cuando Tommy Woodbine llegó a Los Angeles, Sawyer & Sloat era una empresa de cinco millones de dólares.

Sloat descubrió que seguía detestando a su antiguo condiscípulo; Tommy Woodbine había engordado doce kilos y, con sus trajes azules de tres piezas, parecía y actuaba cada vez más como un juez. Tenía las mejillas casi siempre ruborizadas (¿sería alcohólico?, se preguntaba Sloat) y sus modales eran afables y mesurados. El mundo había dejado sus huellas en él: pequeñas arrugas en

torno a los ojos y éstos infinitamente más cautos que los del muchacho dorado de Yaie. Sloat comprendió casi en seguida —y supo que Phil Sawyer nunca lo vería si alguien no se lo hacía ver— que Tommy Woodbine vivía con un tremendo secreto: quienquiera que hubiese sido el muchacho dorado, ahora era homosexual. Probablemente se autodenominaba gay. Y esto lo facilitaba todo… al final, facilitaría incluso la tarea de deshacerse de él.

Porque los maricones suelen ser asesinados, ¿no es verdad? ¿Y quería alguien realmente hacer responsable de la educación de un adolescente a un maricón de noventa y cinco kilos? Podría decirse que Sloat estaba salvando a Phil Sawyer de las consecuencias póstumas de un grave error de apreciación. Si Sawyer hubiera nombrado a Sloat albacea testamentario y tutor de su hijo, no habría surgido ningún problema. El hecho era que los asesinos de los Territorios —los mismos que habían fracasado en el secuestro del muchacho— se habían saltado un semáforo en rojo y estuvieron a punto de ser arrestados antes de regresar a su casa.

Todo habría sido mucho más sencillo, pensó Sloat quizá por milésima vez, si Phil Sawyer no se hubiera casado. Sin Lily, no habría nacido Jack. Era posible que Phil no hubiese mirado siquiera los informes sobre la vida de adolescente de Lily Cavanaugh recogidos por Sloat; incluían una lista de dónde, con cuánta frecuencia y con quién y habrían puesto fin a aquel enamoramiento con tanta rapidez con que la furgoneta negra atropello a Tommy Woodbine en la calle. Si Sawyer leyó aquellos meticulosos informes, le inspiraron una indiferencia asombrosa. Quería casarse con Lily Cavanaugh y así lo hizo. Del mismo modo que su maldito Gemelo se había casado con la Reina Laura. Subestimado una vez más. Y pagado de la misma manera, lo cual no dejaba de ser conveniente.

Esto significaba, pensó Sloat con cierta satisfacción, que una vez atendidos algunos detalles, todo quedaría finalmente arreglado. Después de tantos años, cuando volviera de Playa de Arcadia tendría a Sawyer & Sloat en el bolsillo. Y en los Territorios, todo estaba *dispuesto,* en equilibrio sobre el borde, listo para caer en las manos de Morgan. En cuanto muriera la Reina, el antiguo representante de su consorte gobernaría el país, introduciendo todos los pequeños e interesantes cambios que tanto él como Sloat deseaban. Y entonces, a contemplar cómo afluye el dinero, pensó Sloat, dejando la autopista para desviarse hacia Marina del Rey. ¡A contemplar cómo afluía todo!

Su cliente, Asher Dondorf, vivía al final de una nueva urbanización, en una de las estrechas calles de Marina, parecidas a callejones, muy próximas a la playa. Dondorf era un viejo actor secundario que había alcanzado un sorprendente nivel de celebridad en los últimos años de la década de los setenta gracias a un papel en una serie de televisión; encamaba al casero de la joven pareja —detectives privados y ambos encantadores como dos crías de oso panda —, que eran los protagonistas de la serie. Dondorf recibía tal cantidad de correo después de sus primeras apariciones, que los guionistas ampliaron su papel, convirtiéndole en padre secreto de uno de los jóvenes detectives, permitiéndole resolver un par de asesinatos, poniéndole en peligro, etcétera, etcétera. Su salario se dobló, triplicó, cuadriplicó y cuando la serie llegó a su fin al cabo de seis años, volvió a trabajar en el cine. Y esto fue el problema. Dondorf se consideraba una estrella, pero los estudios y productores seguían considerándole un actor de carácter, popular, pero no importante para ningún proyecto. Dondorf quería flores en su camerino, quería peluquero propio y profesor de dicción propio, quería más dinero, más respeto, más amor, más de todo. Dondorf, en realidad, era un estorbo.

Después de aparcar el coche y apearse de él, cuidando de no arañar el borde de la puerta contra los ladrillos, Sloat llegó a una conclusión: si en los próximos días se enteraba, o tan sólo sospechaba, que Jack Sawyer había descubierto la existencia de los Territorios, le mataría. Existía algo llamado un riesgo inaceptable.

Sonrió para. sus adentros, metiéndose otro Di-Gel en la boca, y llamó a la puerta de la casa. Ya lo sabía: Asher Dondorf tenía intención de suicidarse y lo haría en la sala de estar, a fin de crear el máximo desorden posible, Un tipo temperamental como su casi *ex* cliente consideraría un suicidio realmente asqueroso la venganza más apropiada contra el banco que tenía su hipoteca. Cuando un Dondorf pálido y tembloroso le abrió la puerta, la efusividad del saludo de Sloat fue completamente auténtica.

-JJ-

El camino de las tribulaciones

Capítulo 6

EL PABELLÓN DE LA REINA

1

Las briznas de hierba dentada que estaban directamente ante los ojos de Jack parecían altas y rígidas como sables. Cortarían el viento, en vez de doblarse bajo sus ráfagas. Jack gimió al levantar la cabeza; él no poseía tanta dignidad. Tenía una sensación alarmante en el estómago, como si fuera líquido, y los ojos y la frente le ardían. Se arrodilló y luego se puso en pie con un esfuerzo. Un carro largo, tirado por dos caballos, traqueteaba hacia él por el camino polvoriento y su conductor, un hombre rubicundo y barbudo de casi la misma forma y tamaño que los barriles de madera que transportaba, le miraba fijamente. Jack asintió con la cabeza e intentó observar todo lo que pudo al hombre, dando al mismo tiempo la impresión de ser un chico holgazán que tal vez se había escapado para dormir un rato sin permiso. De pie, ya no sentía náuseas; en realidad, se encontraba mejor que durante todos los días pasados desde que abandonaran Los Angeles, no simplemente sano, sino en cierto modo armonioso, misteriosamente a tono con su cuerpo. El aire suave y templado de los Territorios acariciaba su rostro con un contacto leve y fragante y su perfume delicado y floral se percibía con claridad bajo el olor más fuerte de carne cruda que difundía. Jack se pasó las manos por la cara y echó una ojeada al carretero, su primer encuentro con un

Hombre de los Territorios.

Si el carretero le hablaba, ¿cómo debía contestar? Ni siquiera sabía si hablaban inglés aquí, el mismo inglés que él. Por un momento se imaginó a sí mismo intentando pasar inadvertido en un mundo donde la gente dijera «Os lo ruego» y «¿No llevas tirantes cruzados, rapaz?», y decidió que si hablaban así, fingiría ser mudo.

Por fin el carretero dejó de mirar a Jack y gritó algo a sus caballos que no se parecía en nada al inglés americano de 1980. Quizá era sólo una manera de dirigirse a los caballos. *¡Slusha, Slusha!* Retrocedió en el mar de hierba, deseando haber podido levantarse dos segundos antes. El hombre volvió a fijar la vista sn él y sorprendió a Jack moviendo la cabeza en un gesto ni amistoso ni hostil, sólo una comunicación entre iguales. *Me alegrará terminar esta jornada de trabajo, hermano.* Jack devolvió el saludo, intentó meter las manos en los bolsillos y durante un momento debió parecer medio aturdido por el asombro. El carretero rió de un modo más bien agradable.

La ropa de Jack había cambiado: ahora llevaba pantalones de lana tosca, muy voluminosos, en lugar de los vaqueros de pana, y una chaqueta muy estrecha de suave tela azul —¿un coleto?, especuló— que tenía corchetes y ojales en vez de botones y que, como los pantalones, se veía que estaba hecha a mano. Sus zapatillas también habían desaparecido, siendo reemplazadas por sandalias de cuero. La mochila se había transformado como por encanto en una bolsa de cuero que llevaba colgada del hombro por una correa delgada. El carretero iba vestido de modo similar; su coleto era de cuero tan cubierto de manchas que se veían anillos sobre anillos, como en el corte transversal de un tronco.

El carro pasó de largo a Jack, traqueteando y envuelto en polvo. De los barriles emanaba un fuerte olor de levadura de cerveza. Detrás de ellos había una pila triple de algo que Jack tomó sin pensar por neumáticos de camión. Olió los «neumáticos» y advirtió en el mismo momento que eran perfecta e impecablemente lisos; despedían un olor cremoso, lleno de matices secretos y placeres sutiles que al instante le hicieron sentir hambre. Era queso, pero de una clase que nunca había probado. Detrás de las ruedas de queso, cerca de la parte trasera del carro, un montículo irregular de carne cruda —largos lomos de buey, de aspecto pelado, grandes tajadas de bistecs, un montón de correosos órganos internos que no pudo identificar— temblaba bajo una reluciente alfombra de

moscas. El penetrante olor de la carne cruda ofendió a Jack, matando el hambre suscitada por el queso. Fue hasta el centro del camino, después de que el carro hubiera pasado, y lo miró tambalearse hacia la cumbre de una pequeña cuesta. Al cabo de un segundo empezó a seguirlo, caminando hacia el norte.

Se encontraba a media cuesta cuando volvió a ver la punta de la gran tienda, rígida en medio de una fila de estrechas y ondeantes banderas. Supuso que aquél era su destino. Unos pasos más por delante de los matorrales de moras ante los cuales se había detenido la última vez (al recordar lo buenas que eran, Jack se metió en la boca dos de las enormes bayas) y pudo ver toda la tienda. En realidad se trataba de un pabellón grande y destartalado, con largas alas a ambos lados, verjas y un patio. Como el Alhambra, esta excéntrica estructura —un palacio de verano, adivinó por instinto Jack— se levantaba justo encima del océano. Pequeños grupos de gente se movían dentro y alrededor del gran pabellón, impulsados por fuerzas tan poderosas e invisibles como el efecto de un imán sobre limaduras de hierro. Los pequeños grupos se juntaban, se separaban y convergían una y otra vez.

Algunos de los hombres llevaban ropas de colores vivos y apariencia lujosa, aunque muchos parecían ir vestidos más o menos como Jack. Algunas mujeres, luciendo largos trajes o túnicas blancas y brillantes, atravesaban el patio, resueltas como generales. Fuera de las verjas se levantaba una colección de tiendas más pequeñas y barracas de madera al parecer provisionales y aquí también paseaba gente, comiendo, comprando o hablando, aunque con más espontaneidad y de forma más irregular. Allí, entre aquella inquieta muchedumbre, tendría que encontrar al hombre de la cicatriz.

Pero antes miró hacia atrás, hasta el final del camino lleno de baches, para ver qué había ocurrido con el Divertimundo.

Cuando vio dos caballos pequeños y oscuros trazando surcos, quizá a cincuenta metros de distancia, pensó que el parque de atracciones se había convertido en una granja, pero entonces se fijó en la multitud que observaba el arado desde la cumbre de la pendiente y comprendió que se trataba de un concurso. En seguida llamó su atención el espectáculo de un pelirrojo gigantesco que, desnudo hasta la cintura, daba vueltas como una peonza, sosteniendo en sus manos extendidas un objeto largo y pesado. De repente dejó de dar vueltas y soltó el objeto, que voló a una gran distancia antes de caer y rebotar sobre la

hierba, donde se vio que era un martillo. Divertimundo era una feria, no una granja; ahora Jack vio mesas repletas de comida y niños sobre los hombros de sus padres.

En medio de la feria, asegurándose de que cada correa y arnés se hallaba en buen estado y cada horno provisto de leña, ¿habría un Speedy Parker? Jack así lo esperaba.

¿Y estaría aún su madre sola en el Salón de Té y Mermelada, preguntándose por qué le había dejado marchar?

Jack dio media vuelta y vio el carro largo cruzar tambaleándose la verja del palacio de verano y torcer hacia la izquierda, separando a la gente que paseaba por allí como un coche que abandona la Quinta Avenida para coger una calle transversal, separa a los peatones de ésta. Al cabo de un momento echó a andar en pos de él.

2

Había temido que todo el gentío que paseaba por los terrenos del pabellón se volvería a mirarle, intuyendo al instante la diferencia que había entre ellos. Jack cuidaba de mantener los ojos bajos siempre que podía e imitaba a un muchacho que cumple un encargo complicado, como atender a una lista de cosas; su rostro expresaba concentración para recordarlas. *Una pala, dos picos, un rollo de cordel, una botella de manteca de ganso.*… Pero poco a poco se dio cuenta de que ninguno de los adultos que estaban ante el palacio de verano hacía el menor caso de él. Iban de prisa o se rezagaban, inspeccionaban la mercancía —alfombras, cacharros de hierro, pulseras— expuesta en las pequeñas tiendas, bebían con jarritas de madera, se tiraban de la manga para hacer un comentario o iniciar una conversación, discutían con los centinelas de la puerta, cada uno absorto en su propia ocupación. La imitación de Jack era tan innecesaria, que resultaba ridicula. Se enderezó y empezó a abrirse camino, moviéndose generalmente en un semicírculo irregular, en dirección a la puerta.

Había visto casi inmediatamente que no podría cruzarla así como así; los dos centinelas apostados a ambos lados detenían e interrogaban a casi todos los que

intentaban llegar al interior del palacio de verano. Los hombres tenían que enseñar sus documentos o exhibir insignias o sellos que les facilitaban el acceso. Jack sólo tenía la púa de Speedy Parker y no creía que aquello bastase para que le franquearan la entrada. Un hombre que ahora llegaba a la puerta sacó una insignia redonda, de plata, y fue admitido con un ademán; el que le seguía fue detenido. Primero discutió y luego cambió de actitud y Jack vio que estaba suplicando. El centinela meneó la cabeza y ordenó al hombre que se alejara.

—*Sus* hombres no tienen ningún problema para entrar —dijo alguien a la derecha de Jack, resolviendo al instante el problema del lenguaje de los Territorios, y Jack volvió la cabeza para ver si el hombre se había dirigido a él.

Pero el hombre de mediana edad que caminaba a su lado hablaba con otro, vestido también con las ropas sencillas de casi todos los hombres y mujeres del exterior del palacio.

—Sería igual que no lo hicieran —contestó el segundo hombre—. No está aquí, aunque supongo que vendrá hoy a una hora u otra.

Jack se colocó detrás de los dos y les siguió hacia la puerta.

Los centinelas fueron a su encuentro y, como ambos hombres se dirigieron al mismo centinela, el otro hizo una seña al que \. tenía más cerca. Jack permaneció un poco apartado. Aún no había visto a nadie con una cicatriz ni tampoco a ningún oficial. Los únicos soldados a la vista eran los dos centinelas, ambos jóvenes y rústicos, de caras anchas y rubicundas, que parecían disfrazados con sus uniformes de gorguera y pliegues. Los dos hombres a quienes Jack había seguido debieron haber pasado la inspección, pues tras unos momentos de conversación los hombres uniformados retrocedieron para dejarles libre la entrada. Uno de ellos miró de repente a Jack y éste volvió la cabeza y retrocedió.

A menos que encontrara al capitán de la cicatriz, jamás podría entrar en el recinto del palacio,

Un grupo de hombres se acercó al centinela que había mirado a Jack e inmediatamente empezaron a discutir. Tenían una cita, era crucial para ellos ser admitidos, mucho dinero dependía de ello, pero lamentaban no tener documentos. El centinela meneó la cabeza, rascándose el mentón sobre la blanca gorguera del uniforme. Mientras Jack los contemplaba, todavía preguntándose cómo podría encontrar al capitán, el jefe del pequeño grupo agitó las manos en el aire y se golpeó la palma con el puño. Tenía la cara tan roja como el guarda. Al

final empezó a golpear a éste con el índice y el otro centinela se acercó a su compañero; ahora ambos parecían cansados y hostiles.

Un hombre alto y erguido que vestía un uniforme sutilmente distinto del de los centinelas —tal vez era el modo de llevarlo, pero parecía servir para la guerra, además de para una opereta— apareció a su lado sin el menor ruido. Jack se fijó un segundo después en que no llevaba gorguera y su gorra era puntiaguda y no un tricornio. Habló a los guardas y luego se volvió hacia el jefe del grupo. Ya no hubo más gritos ni más golpes con el dedo. El hombre hablaba en voz baja y Jack notó que el peligro se desvanecía. Los componentes del grupo se apoyaron ya sobre un pie, ya sobre el otro, y sus hombros se encogieron, al tiempo que empezaban a distanciarse. El oficial les siguió con la mirada y entonces hizo una observación final a los centinelas.

Por un momento, mientras el oficial miraba en dirección a Jack, pero en realidad para ahuyentar de su presencia a los hombres, Jack vio una larga y delgada cicatriz que serpenteaba desde debajo del ojo derecho hasta justo encima de la mandíbula.

El oficial saludó a los centinelas con un movimiento de cabeza y echó a andar a paso rápido. Sin mirar a derecha ni izquierda, caminó por entre la multitud, dirigiéndose al parecer a un lado del palacio de verano. Jack corrió tras él.

—¡Señor) —gritó, pero el oficial siguió su camino entre la lenta procesión de gente.

Jack rodeó corriendo un grupo de hombres y mujeres que llevaban un cerdo a una de las pequeñas tiendas, se metió como una exhalación entre dos hileras de personas que se aproximaban a la puerta y por fin se encontró lo bastante cerca del oficial para alargar la mano y tocarle el hombro.

—¡Capitán!

El oficial se volvió en redondo y Jack se quedó inmóvil. De cerca, la cicatriz parecía grande y abierta, como un ser vivo adosado a la cara del hombre. Incluso sin cicatriz, pensó Jack, aquel rostro sería capaz de expresar una tremenda impaciencia.

—¿Qué quieres, chico? —preguntó.

—Capitán, me han encargado que hable con usted… Tengo que ver a la Señora, pero no creo que pueda entrar en palacio. Oh, y debo enseñarle esto. —

Metió la mano en el amplio bolsillo de los extraños pantalones y cerró los dedos en torno a un objeto triangular.

Cuando abrió la palma, el pasmo le sobrecogió: lo que tenía en la mano no era una púa sino un diente largo, un diente de tiburón, tal vez, con incrustaciones de oro formando un dibujo intrincado y sinuoso.

Cuando Jack miró la cara del capitán, esperando a medias que le golpeara, vio reflejado su mismo sobresalto. De la impaciencia, que había parecido tan característica en él, no quedaba ni rastro. La incertidumbre e incluso el miedo, contrajeron un instante las facciones enérgicas del capitán, que alargó la mano hacia la de Jack, haciendo pensar al muchacho que quería arrebatarle el ornamentado diente, y él se lo hubiera dado, pero el hombre se limitó a cerrar los dedos de Jack sobre el objeto.

—Sígueme —dijo.

Caminaron hasta el costado del gran pabellón y allí el capitán condujo a Jack al interior por una abertura en forma de gran vela practicada en la lona pálida y rígida. En la penumbra que reinaba detrás de la lona, el rostro del soldado parecía marcado Por una gruesa tiza de color rosa.

—Ese signo —dijo con bastante calma— …¿de dónde lo has sacado?

—De Speedy Parker. Él me dijo que debía encontrarle a usted Y enseñárselo.

El hombre meneó la cabeza.

—No conozco este nombre. Quiero que me des el signo ahora. Ahora mismo. —Agarró con firmeza la muñeca de Jack—. Dámelo y después dime dónde los has robado.

—Le he dicho la verdad —dijo Jack—. Me lo dio Lester Speedy Parker. Trabaja en Divertimundo. Sólo que no me dio un diente, sino una púa de guitarra.

—Me parece que no entiendes lo que va a sucederte, muchacho.

—Usted le conoce —protestó Jack—. Y él le describió… me dijo que era un capitán de los. Guardias Exteriores. Speedy me *encargó* que le buscara.

El capitán meneó la cabeza y apretó con más fuerza la muñeca de Jack.

—Descríbeme a este hombre. Voy a averiguar ahora mismo si estás mintiendo, muchacho, así que te conviene describirle bien.

—Speedy es viejo —contestó Jack—; antes era músico. —Le pareció ver un destello evocador en los ojos del hombre—. Es negro… un hombre negro. Con

los cabellos blancos. Muchas arrugas en la cara. Y está bastante flaco, aunque es mucho más fuerte de lo que parece.

—Un hombre negro. ¿Quieres decir, moreno?

—Bueno, los negros no son realmente negros, del mismo modo que los blancos no son realmente blancos.

—Un hombre moreno llamado Parker. —El capitán soltó con suavidad la muñeca de Jack—. Aquí se llama Parkus. De manera que tú eres de… —e indicó con la cabeza un punto distante e invisible del horizonte.

—Eso es —asintió Jack.

—Y Parkus… Parker… te ha enviado a ver a nuestra Reina.

—Dijo que deseaba que viera a la Señora y que usted me llevaría ante ella.

—Y tiene que ser de prisa —dijo el capitán—. Creo que sé cómo hacerlo, pero no podemos perder mucho tiempo. —Había cambiado de actitud mental con una eficiencia castrense—. Ahora, escúchame. Por aquí tenemos bastantes malvados, así que vamos a fingir que eres mi hijo ilegítimo. Me has desobedecido en relación con un pequeño encargo y estoy enfadado contigo. *Creo* que nadie nos detendrá si fingimos de una manera convincente. Por lo menos, podré introducirte en el interior… pero las cosas podrían complicarse una vez estés dentro. ¿Crees que sabrás hacerlo? ¿Convencer a la gente de que eres mi hijo?

—Mi madre es actriz —respondió Jack, volviendo a sentirse orgulloso de ella.

—Muy bien, pues veamos lo que has aprendido —dijo el capitán y sorprendió a Jack con un guiño—. Trataré de no hacerte daño. —Sobresaltó otra vez a Jack, agarrándole con mucha fuerza por el brazo—. Vamos —añadió, saliendo de la tienda y casi arrastrando al muchacho detrás de él.

—Cuando te digo que laves las baldosas de detrás de la cocina, esto es exactamente lo que debes hacer —gritó el capitán, sin mirarle—. ¿Entendido? Debes hacer *tu trabajo.* Y si no lo haces, serás castigado.

—Pero yo he lavado algunas baldosas… —gimió Jack.

—¡Yo no te he dicho que lavaras *algunas*! —vociferó el capitán, tirando de él. La gente se apartaba para dejarles pasar y algunos sonreían a Jack con simpatía.

—Iba a lavarlas todas, de verdad, tenia intención de volver en seguida…

El militar le arrastró hasta la puerta y, sin mirar siquiera a los centinelas, cruzó el umbral.

—¡No, papá! —chilló Jack—. ¡Me haces daño!

—No tanto como el que te voy a hacer —replicó el capitán, conduciéndole a través del gran patio que Jack había visto desde el camino de carros.

En el otro extremo del patio le hizo subir unos escalones de madera y entraron en el palacio.

—Ahora tendrás que esmerarte en la interpretación —le susurró el hombre, enfilando un largo pasillo y apretando tanto el brazo de Jack, que seguramente se lo dejaría lleno de cardenales.

—¡Prometo hacerlo bien! —gritó.

El hombre le arrastró hasta otro pasillo más estrecho. El interior del palacio no se parecía en absoluto a una tienda, sino que era un laberinto de pasillos y habitaciones pequeñas y olía a humo y grasa.

—¡Promételo! —gritó el capitán.

—¡Lo prometo! ¡De verdad!

Cuando salieron de otro pasillo vieron enfrente de ellos a un grupo de hombres vestidos con indumentarias muy ornamentadas que se apoyaban en la pared o estaban recostados en divanes. Todos volvieron la cabeza para mirar a aquella pareja tan ruidosa; uno de ellos, que se divertía dando órdenes a un par de mujeres cargadas con montones de sábanas dobladas, echó una ojeada suspicaz a Jack y al capitán.

—Y yo prometo golpearte hasta que hayas expiado tu pecado —dijo el capitán en voz alta.

Dos hombres rieron. Llevaban sombreros flexibles de ala ancha, adornados con piel, y botas de terciopelo. Sus rostros eran ambiciosos y malévolos. El hombre que hablaba a las sirvientas, el que parecía ostentar el mando, era alto y delgado como un esqueleto. Su cara tensa y ambiciosa se mantuvo vuelta hacia el militar y el muchacho una vez hubieron pasado.

—¡Por favor, no! —gimió Jack—. ¡Por favor!

—Cada «por favor» vale por otro bastonazo —gritó el capitán y los hombres rieron de nuevo. El delgado se permitió esbozar una sonrisa fría como la hoja de un cuchillo antes de volverse otra vez hacia las sirvientas.

El capitán hizo entrar al muchacho de un tirón en un aposento lleno de

polvorientos muebles de madera. Allí soltó por fin el dolorido brazo de Jack.

—Ésos eran *sus* hombres —murmuró—. Cómo será la vida cuando… —Meneó la cabeza y por un momento pareció olvidar su prisa—. En el *Libro del buen agricultor* se dice que los humildes heredarán la tierra, pero esos individuos no tienen ni un gramo de humildad. Sólo .sirven para robar. Quieren riquezas, quieren… —Miró hacia arriba, reacio o incapaz de decir qué más Querían aquellos hombres. Entonces miró de nuevo al muchacho—. Tendremos que actuar con rapidez, aunque todavía hay algunos secretos en el palacio que sus hombres ignoran.

Hizo una seña hacia un lado, indicando una gastada pared de madera.

Jack le siguió y le comprendió al ver que el capitán presionaba dos clavos planos y marrones que sobresalían del extremo de un tablón polvoriento. Un panel de la pared se deslizó hacia dentro, descubriendo un pasaje negro y oscuro no más alto que un ataúd colocado en posición vertical.

—Sólo podrás verla un instante, pero supongo que no necesitas más. En cualquier caso, es todo lo que puedes conseguir.

El muchacho obedeció la instrucción tácita de introducirse en el pasaje.

—Sigue recto hasta que te avise —murmuró el capitán.

Cuando hubo cerrado el panel detrás de sí, Jack empezó a avanzar lentamente en *una* oscuridad total.

El pasaje serpenteaba de un lado a otro, iluminado a veces por la luz débil de una rendija de puerta o de una ventana situada sobre la cabeza de Jack. Pronto perdió todo sentido de orientación y seguía a ciegas las instrucciones que su compañero le susurraba. En un momento dado percibió el delicioso olor de la carne asada y en otro el hedor inconfundible de una cloaca.

—Detente —dijo por fin el capitán—. Ahora tendré que alzarte.

Levanta los brazos.

—¿Podré ver algo?

—Lo sabrás dentro de un segundo —respondió el capitán, poniendo una mano debajo de cada brazo de Jack y levantándole del suelo—. Ahora tienes un panel delante de ti —susurró—; empújalo hacia la izquierda.

Jack buscó a tientas y tocó madera lisa, que se deslizó fácilmente hacia el lado, iluminando el pasaje lo suficiente para permitirle ver una araña del tamaño de un gatito que subía hacia el techo. Abajo, vio una habitación grande como un

vestíbulo de hotel, llena de mujeres vestidas de blanco y muebles tan ornamentados que recordaron al muchacho todos los museos que había visitado con sus padres. En el centro de la estancia, una mujer yacía dormida o inconsciente en una cama inmensa; sólo su cabeza y hombros eran visibles encima de la sábana.

Y entonces Jack gritó de susto y terror porque la mujer que yacía en la cama era su madre. Era su madre y se estaba muriendo.

—Ya la has visto —murmuró el capitán, sosteniendo a Jack con más firmeza.

Jack miraba fijamente a su madre, con la boca abierta. Se estaba muriendo, ya no le cabía la menor duda; incluso su piel parecía descolorida y sin vida y los cabellos se habían emblanquecido. Las enfermeras que la rodeaban se afanaban de un lado a otro, estirando las sábanas o arreglando los libros de la mesa, pero adoptaban esta actitud ocupada y resuelta porque no tenían idea de cómo ayudar a su paciente. Sabían que para aquella clase de paciente no existía ningún remedio verdadero. Lo máximo que podían hacer era retrasar la muerte un mes más o tan sólo una semana.

Volvió a mirar el rostro inmóvil como una máscara de cera y vio por fin que la mujer de la cama no era su madre. Tenía el mentón más redondo y la forma de la nariz más clásica. La mujer moribunda era la Gemela de su madre: Laura DeLoessian. Si. Speedy quería que viese algo más, no era capaz de ello; aquel rostro blanco e inmóvil no le decía nada de la mujer a la cual pertenecía.

—Ya es suficiente —murmuró, empujando el panel para cerrarlo, y el capitán le bajó hasta el suelo. Jack preguntó en la oscuridad:

—¿Qué le ocurre?

—Nadie es capaz de averiguarlo —contestó el capitán—. La Reina no puede ver, no puede hablar, no puede moverse… —Se hizo un silencio v luego el capitán tocó la mano de Jack y añadió—: Debemos regresar.

Salieron sin hacer ruido de la oscuridad al aposento vacío y polvoriento. El capitán se quitó unas gruesas telarañas de la pechera del uniforme. Observó a Jack durante un largo momento, con la cabeza ladeada y la preocupación patente en su rostro.

—Ahora tienes que contestar a una pregunta mía —dijo.

—Muy bien.

—¿Te han enviado para salvarla? ¿Para salvar a la Reina? Jack asintió.

—Creo que sí… en parte. Dígame sólo una cosa —Titubeó—. ¿Por qué no se apoderan del gobierno esos canallas? Ella no podría impedírselo.

El capitán sonrió, pero sin el menor rastro de humor.

—Estoy yo —dijo— y mis hombres. *Nosotros se* lo impediríamos. No sé qué traman en los puestos fronterizos, donde el orden es precario… pero aquí somos fieles a la Reina. —Un músculo de debajo del ojo, en la mejilla que no tenía cicatriz, saltó como un pez. Sus manos estaban juntas, palma contra palma—. Y tus instrucciones, tus órdenes, lo que sean… son que te dirijas al oeste, ¿verdad?

Jack casi podía sentir la vibración del hombre, que sólo conseguía reprimir su creciente excitación gracias a toda una vida acostumbrada a la autodisciplina.

—Exacto —contestó—. Tengo instrucciones de ir al oeste. ¿No está bien? ¿No debería ir al oeste, al otro Alhambra?

—No puedo decirlo, no puedo decirlo —masculló el capitán, retrocediendo un paso—. Ahora tenemos que salir de aquí. Yo no puedo decirte qué debes hacer. —El muchacho vio que casi no se atrevía ni a mirarle—. Pero no puedes quedarte aquí ni un minuto más. Intentemos, ah, intentemos que te halles fuera y lejos de aquí antes de que llegue Morgan.

—¿Morgan? —repitió Jack, casi pensando que no había oído bien el nombre —. ¿Morgan Sloat? ¿Se dirige hacia aquí?

Capítulo 7

FARREN

1

El capitán dio la impresión de no oír la pregunta de Jack. Miraba hacia un rincón del aposento vacío y deshabitado como si hubiera algo que ver. Sin embargo, pensaba mucho y de prisa, según advirtió Jack, y tío Tommy le había enseñado que interrumpir a un adulto mientras reflexionaba era tan descortés como interrumpirle mientras hablaba. Sin embargo…*Mantente alejado del viejo Bloat. Vigila sus huellas… las suyas y las de su Gemelo… te perseguirá como un zorro persigue a un ganso.*

Habían sido palabras de Speedy y Jack se había concentrado tanto en el Talismán que casi las había olvidado. Ahora las recordó y asimiló con una desgradable sensación que fue como un mazazo en la nuca.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó con urgencia al capitán.

—¿Morgan? —inquirió a su vez este último, como despertándose de un sueño.

—¿Es grueso? ¿Grueso y un poco calvo? ¿Hace esto cuando se enfurece? —Y empleando su don innato para la imitación, un don que hacía desternillar de risa a su padre incluso cuando estaba cansado y deprimido, Jack remedó a Morgan Sloat. Su rostro envejeció cuando frunció el entrecejo como lo hacía tío

Morgan al enojarse con alguien. Al mismo tiempo, hundió las mejillas y bajó la cabeza para simular una papada. Sacó los labios hacia afuera como un pez y movió rápidamente las cejas hacia arriba y hacia abajo—. ¿Pone esta cara?

—No —dijo el capitán, pero en sus ojos apareció un destello, el mismo que cuando Jack le había dicho que Speedy era viejo—. Morgan es alto y lleva el pelo largo —el capitán se llevó la mano al hombro derecho para enseñarle la longitud— y cojea porque tiene un pie deforme. Usa una bota especial, pero… —Se encogió de hombros.

—¡Me ha parecido que le conocía cuando me ha visto imitarle! Usted…

—¡Shhh! ¡No en voz tan alta, muchacho! Jack bajó la voz.

—Creo que conozco a ese tipo —dijo… y por primera vez sintió el miedo como una emoción asimilada… algo que podía comprender mejor de lo que aún comprendía a este mundo. *¿Tío Morgan aquí? ¡Dios mío!*

—Morgan es sólo Morgan. No se puede bromear con él, muchacho. Vamos, salgamos de aquí.

Volvió a cerrar la mano en tomo al brazo de Jack, quien hizo una mueca de dolor pero resistió.

Parker se convierte en Parkus. Y Morgan… es una coincidencia demasiado grande. 82

—Aún no —dijo. Se le había ocurrido otra pregunta—. ¿Tuvo ella un hijo?

—¿La Reina?

—Sí.

—En efecto, tuvo un hijo —contestó de mala gana el capitán—. Muchacho, no podemos quedamos aquí, tenemos que…

—¡Háblеme de él!

—No hay nada que contar —respondió el capitán—. El niño murió casi recién nacido, a las seis semanas escasas. Se rumoreó que uno de los hombres de Morgan —Osmond, tal vez— lo estranguló. Pero los rumores de esta clase son siempre ociosos. No estimo a Morgan de Orris pero todo el mundo sabe que un niño de cada doce muere en la cuna. Nadie conoce el motivo; mueren misteriosamente, sin causa alguna. Hay un dicho: *Dios áisyone de los suyos.* Ni siquiera un bebé de sangre real es una excepción a los ojos del Carpintero. Eh, muchacho… ¿Estás bien?

Jack sintió que el mundo se oscurecía a su alrededor. Se tambaleó y, cuando

el capitán le sostuvo, sus manos fuertes se le antojaron suaves como almohadas de pluma.

Él casi había muerto poco después de nacer.

Su madre le había contado la historia; que le encontró quieto y al parecer sin vida en su cuna, con los labios azulados y las mejillas del color de las velas funerarias después de haber sido apagadas. Le contó que había corrido a la sala de estar con él en los brazos. Su padre y Sloat estaban sentados en el suelo, drogados por los porros y el vino, mirando un combate de boxeo por televisión. Su padre le arrancó de los brazos de su madre y le apretó la nariz con la mano izquierda, usando toda su fuerza, para cerrársela *(Tuviste la nariz morada durante casi un mes, Jacky,* le había contado su madre con una risa histérica), mientras cubría con sus labios la boquita de Jack, y Morgan gritaba:

«¡No creo que esto sirva de nada, Phil, no creo que esto sirva de nada!» (Tío Morgan estuvo extraño, ¿verdad, mamá?, había comentado Jack. *Sí, muy extraño, Jack-O,* le contestó su madre, sonriendo sin ganas y encendiendo otro Herbert Tarrytoon con la colilla que aún ardía en el cenicero.)

—¡Muchacho! —murmuró el capitán, sacudiéndole con tanta fuerza, que la cabeza inerte de Jack hijo crujir el cuello—. ¡Muchacho! ¡Maldita sea! Si te desmayas…

—Estoy bien —dijo Jack, con una voz que parecía venir de muy lejos, como la del locutor de los Dodgers cuando uno pasaba en coche descapotado al atardecer por el borde del Barranco Chavez, distante y despertando ecos, como si las incidencias del Partido de béisbol fueran un dulce sueño—. Estoy bien, no me sacuda, ¿quiere? Déjeme respirar.

El capitán dejó de sacudirle pero le miró con ansiedad.

—Estoy bien —repitió Jack y de repente se pegó una bofetada en la mejilla con toda su fuerza—. !Ay! —Pero el mundo volvió a quedar enfocado.

Casi había muerto en la cuna, en aquel apartamento que teman entonces, que casi no recordaba, y que su madre siempre llamó el Palacio de Sueños en Tecnicolor por la vista espectacular de las colinas de Hollywood que se dominaba desde la sala de estar. Casi había muerto en la cuna y su padre y Morgan Sloat habían bebido vino, y cuando se bebe mucho vino se orina mucho, y recordaba el Palacio de Sueños en Tecnicolor lo suficiente para saber que para ir al cuarto de baño más cercano a la sala de estar era preciso cruzar la habitación

que él ocupaba cuando era un bebé.

Se lo imaginó: Morgan Sloat levantándose, sonriendo tranquilo, diciendo algo parecido a: *Un segundo mientras hago un poco de sitio, Phil;* su padre mirando apenas a su alrededor porque Haystack Calhoun estaba a punto de lanzar a la Peonza o al Durmiente contra algún desgraciado adversario; Morgan pasando de la brillante luz del televisor de la sala de estar a la dirusa penumbra del cuarto infantil, donde el pequeño Jacky Sawyer dormía con su pijama provisto de pies, caliente y cómodo con su pañal limpio. Vio a tío Morgan mirando de soslayo, furtivamente, el gran rectángulo iluminado de la puerta que daba a la sala de estar, con el entrecejo fruncido y los labios sacados hacia afuera como los labios helados de una perca de lago; vio a tío Morgan coger un almohadón de una silla cercana y cubrir con ella, suave pero firmemente, toda la cabeza del bebé dormido y aguantándola con una mano mientras presionaba con la palma de la otra la espalda del bebé. Y cuando hubo cesado todo movimiento, vio a tío Morgan dejar el almohadón sobre la silla donde Lily se sentaba para amamantar al niño y dirigirse al cuarto de baño para orinar.

Si su madre no hubiera entrado a verle casi inmediatamente…

Su cuerpo quedó bañado en un sudor frío.

¿No había ocurrido de aquel modo? Era muy posible que sí. Su corazón le decía que sí. La coincidencia era demasiado perfecta, demasiado completa, sin la menor fisura.

A la edad de seis semanas, el hijo de Laura DeLoessian, Reina de los Territorios, había muerto en la cuna.

A la edad de seis semanas, el hijo de Phil y Lily Sawyer *casi* había muerto en la cuna… y *Morgón Sloat estaba allí.*

Su madre siempre terminaba el relato con una broma: Phil Sawyer casi había destrozado su Chrysler cuando salió de estampida hacia el hospital después de que Jacky hubiera empezado a respirar otra vez.

Muy gracioso, sí, muy gracioso.

2

—Anda, *vamonos* —urgió el capitán.

—De acuerdo —dijo Jack. Aún se sentía débil, aturdido—. Está bien, va…

—*¡Shhhh!* —El capitán se volvió bruscamente al oír unas voces que se aproximaban. La pared de la derecha no era de madera, sino de lona gruesa y sólo llegaba hasta unos diez centímetros del suelo, dejando un hueco por el que Jack pudo ver pasar unas botas. Cinco pares de botas de soldado.

Una voz dominó la algarabía:

—…no sabía que tenía un hijo.

—Bueno —contestó otro—, los bastardos engendran bastardos… un hecho que tú deberías conocer muy bien. Simón.

Esta salida suscitó una serie de carcajadas huecas y brutales, las que Jack oía entre los chicos mayores de la escuela, los que se iban de juerga a los antros de detrás de la carpintería y llamaban a los chicos más jóvenes nombres misteriosos y en cierto modo aterradores: *mariquita, sodomita* y *morfadicto,* nombres repugnantes, cada uno de los cuales era seguido por risotadas vulgares exactamente iguales que éstas.

—¡Cerrad el pico! ¡Cerrad el pico! —una tercera voz—. ¡Si os oye *él,* haréis guardia en una avanzada antes de que se pongan treinta soles!

Murmullos.

Una risa ahogada.

Otra broma, esta vez ininteligible. Más risas cuando ya se alejaban.

Jack miró al capitán, que tenía la vista fija en la corta pared de lona y los labios apretados contra las encías, enseñando todos los dientes. No cabía duda sobre el hombre a quien se referían. Y si hablaban de él, alguien podía escucharles… alguien hostil que podía estar preguntándose quién sería en realidad este hijo ilegítimo aparecido de improviso. Incluso un chico como él sabía esto.

—¿Has oído lo suficiente? —dijo el capitán—. Hemos de *movemos.* —Parecía deseoso de sacudir a Jack… pero no se atrevía.

Tus instrucciones, tus órdenes, lo que sean… son dirigirte al oeste, ¿verdad? Ha cambiado, pensó Jack. *Ha cambiado dos veces.* Una vez, cuando Jack le había enseñado el diente de tiburón, que era un dedal de guitarra cincelado en el mundo por cuyas carreteras pasaban camiones de reparto en vez de carros tirados por caballos. Y otra vez, cuando Jack le había confirmado que iba al oeste. Había

pasado de la amenaza a la decisión de ayudarle, y a… ¿a qué?*No puedo decírtelo. No te puedo decir qué debes hacer.A.* algo parecido al temor… o al terror religioso.*Quiere salir de aquí porque tiene miedo de que nos cojan*, pensó Jack. *Pero hay algo más, creo yo… Tiene miedo de mí, miedo de…*

—Vamos —insistió el capitán—, de prisa, por el amor de Jason.

—¿Por el amor de *qué*? —inquirió estúpidamente Jack, pero el capitán ya estaba tirando de él, arrastrándole hacia la izquierda y después por un pasillo que era de madera por un lado y de una lona rígida y mohosa por el otro.

—No hemos venido por aquí —susurró Jack.

—No quiero pasar por delante de los tipos que nos han visto entrar —murmuró el capitán—. Los hombres de Morgan. ¿Has visto al más alto? ¿Aquel tan delgado que parece transparente?

—Sí. —Jack recordaba la débil sonrisa y los ojos que no sonreían. Los otros parecían blandos, pero el delgado se veía duro. Y también demente. Y otra cosa: se le habla antojado ligeramente familiar.

—Es Osmond —dijo el capitán, arrastrando ahora a Jack hacia la derecha.

El olor de carne asada había ido creciendo en intensidad y ahora todo el aire estaba impregnado de él. Jack no había olido en toda su vida una carne que deseara tanto saborear. Estaba asustado, se hallaba mental y emocionalmente exhausto, quizá bordeando la locura… pero la boca se le hacía agua.

—Osmond es la mano derecha de Morgan —gruñó el capitán—. Ve demasiado y yo preferiría que no te viera dos veces, muchacho.

—¿Qué quiere decir?

—¡Sssssst! —Apretó todavía más al brazo dolorido de Jack. Se estaban acercando a una ancha cortina que pendía de una puerta. A Jack le pareció una cortina de ducha, sólo que la tela era una arpillera tan tosca y ancha que casi parecía una red y las anillas de las que colgaba eran de hueso y no de cromo—. Ahora, *llora* —susurró el capitán en tono cariñoso al oído de Jack.

Apartó la cortina e hizo entrar a Jack en una enorme cocina llena de aromas penetrantes (en los que la carne seguía predominando) y oleadas de caliente vapor. Jack atisbo confusamente unos braseros, una gran chimenea de piedra y rostros de mujer enmarcados por ondeantes pañuelos blancos que le recordaron a las tocas de las monjas. Algunas estaban en hilera ante una larga artesa de hierro sostenida por caballetes y tenían los rostros enrojecidos y perlados de sudor

mientras lavaban potes y utensilios de cocina. Otras estaban detrás de un mostrador largo como toda la anchura de la habitación, rebanando, troceando, mondando y quitando el corazón de frutas y hortalizas. Una iba cargada con unas parrillas repletas de pasteles crudos. Todas miraron fijamente a Jack y al capitán cuando éstos entraron en la cocina.

—¡Nunca más! —gritó el capitán a Jack, sacudiéndole como un terrier a una rata… pero sin dejar de avanzar rápidamente por la estancia, en dirección a las puertas de doble batiente del fondo—. Nunca más, ¿me oyes? ¡La próxima vez que descuides tus obligaciones te haré un corte en la piel de la espalda y te pelaré como a una patata asada! —Y en un murmullo, añadió—: Todas lo recordarán y todas hablarán, así que *llora*, ¡maldita sea!

Entonces, mientras el capitán de la cicatriz le arrastraba por la humeante cocina, sujetándole por el cogote y el brazo dolorido, Jack procuró evocar la terrible imagen de su madre yacente en una sala funeraria. La vio rodeada de volantes de organdí blanco… yacía en su ataúd y llevaba el traje de novia que había lucido en *Pelea callejera* (RKO, 1953). Su rostro fue adquiriendo cada vez más claridad en la mente de Jack, una perfecta efigie de cera, y vio en sus orejas los diminutos pendientes, una cruz de oro, que Jack le había regalado por Navidad dos años atrás. Entonces la cara cambió; el mentón se tomó más redondo y la nariz más recta y patricia. Los cabellos se aclararon un poco y se hicieron más gruesos. Ahora era Laura DeLoessian a quien veía en el ataúd y éste ya no era un ataúd anónimo y especial de una funeraria, sino que parecía haber sido tosca y furiosamente hecho con un viejo tronco y *un par* de hachazos. Un ataúd de vikingo, si algún día había existido algo así; era más fácil imaginar este ataúd siendo quemado sobre un montón de troncos empapados de petróleo que siendo bajado a una indiferente sepultura de tierra. Era Laura DeLoessian, Reina de los Territorios, pero en esta imagen que parecía más clara que una visión, la Reina llevaba el vestido de novia de su madre en *Pelea callejera* y los pendientes con una cruz de oro que tío Tommy le había ayudado a elegir en Sharp de Beverly Hills. De pronto las lágrimas brotaron como un chorro ardiente —no lágrimas simuladas, sino reales— no sólo por su madre sino por ambas mujeres solitarias, que morían separadas por universos enteros, unidas por un cordón invisible que podía pudrirse, pero nunca romperse, por lo menos hasta que ambas estuvieran muertas.

A través de las lágrimas vio a un gigante envuelto en un ropaje ancho y blanco que cruzaba la habitación a toda prisa en dirección a ellos. En vez de ir tocado con una gorra de cocinero, llevaba en la cabeza un pañuelo rojo, pero Jack pensó que su finalidad era la misma: identificar al hombre como jefe de la cocina. También empuñaba un tenedor de tres dientes, de madera y aspecto maligno.

—¡AFUERRA! —les chilló el *chef*, con una voz aflautada que resultaba absurda al provenir de aquel enorme pecho abombado; era la voz de un remilgado gay regañando a un aprendiz de zapatero.

Pero no había nada absurdo en el tenedor, que parecía mortífero.

Ante este ataque, las mujeres se dispersaron como una bandada de pájaros. Un pastel de la parrilla inferior cayó al suelo y la mujer profirió un grito estridente y desesperado al verlo deshecho sobre el pavimento de madera. El zumo de fresas salpicó y fluyó, rojo, fresco y brillante como sangre arterial.

—¡SALIT DE MI COSINA; RRUFIANES! ¡NO ES UN ATAJJO NI UNA PISSTA DE CARRRRERRAS! ¡ES MI COSINA Y SI NO LO RRECORDÁIS, PORR DIOS QUE DIRRÉ AL TRRINCHADOR QUE OS TRRINCHE EL TRRASERRO!

Les persiguió con el tenedor, volviendo a medias la cabeza mientras gritaba y entrecerrando los ojos, como si a pesar de sus amenazas encontrara demasiado *gauche* la idea de la sangre caliente. El capitán bajó la mano que sujetaba el cogote de Jack y la alargó… casi distraídamente, o así se le antojó a Jack. Un momento después, el *chef* estaba en el suelo, tendido cuan largo era (más de dos metros). El tenedor de trinchar yacía en un charco de salsa de fresas, entre pedazos de hojaldre blanco sin cocer. El *chef* rodaba por el suelo, agarrándose la muñeca derecha fracturada y chillando con su voz estridente de tiple. La novedad que gritaba a la habitación en general era bastante triste: estaba muerto, el capitán le había asesinado (palabra que pronunció assassenadó con su extraño acento casi teutónico); como mínimo estaba lisiado, pues el cruel y feroz capitán de los Guardias Exteriores le había aplastado la mano derecha, privándole así de su medio de subsistencia y condenándole a vivir como un mendigo todos los años que aún le quedaban; el capitán le había infligido un dolor terrible, un dolor inaudito imposible de soportar…

—*¡Cállate!* —vociferó el capitán, y el *chef* se calló. Inmediatamente. Yacía

en el suelo como un bebé inmenso, con la mano derecha cerrada sobre el pecho, con el pañuelo rojo ladeado sobre una oreja, dándole aspecto de borrachín y dejando al descubierto la otra, en el centro de cuyo lóbulo llevaba una pequeña perla negra, y con las gruesas mejillas temblequeando. Las mujeres lanzaron exclamaciones y rieron cuando el capitán se inclinó sobre el temido ogro de la humeante caverna donde las pobres pasaban sus días y sus noches. Jack, todavía llorando, atisbo a un muchacho negro (*moreno*, se corrigió) en un extremo del brasero más grande. El muchacho tenía la boca abierta y el rostro sorprendido tan cómicamente como el de una representación teatral de negros, pero no dejó de dar vueltas a la manivela que hacía girar el asado sobre las brasas ardientes.

—Ahora escucha porque voy a darte un consejo que no encontrarás en el *Libro del buen agricultor* —dijo el capitán. Se inclinó más sobre el *chef* hasta casi tocarle la nariz (sin aflojar la paralizante presión sobre el brazo de Jack, que ahora ya estaba compasivamente insensible, sin aflojarla ni una pizca)—. No ataques nunca más… nunca más… a un hombre con un cuchillo… o un tenedor… o una lanza… ni siquiera con una maldita *astilla en* la mano, a menos que tengas intención de matarle. Uno espera mal genio en los *chefs*, pero el mal genio no incluye ataques a la persona del capitán de la Guardia Exterior. ¿Me has comprendido?

El *chef* profirió un gemido y dijo algo lacrimoso y desafiante. Jack no pudo entenderlo bien —el acento del hombre parecía cada vez más fuerte— pero tenía algo que ver con la madre del capitán y los perros del muladar que había detrás del pabellón.

—Puede ser —replicó el capitán—; nunca conocí a la dama. Pero esto no contesta a mi pregunta. —Propinó un puntapié al *chef* con una de sus botas polvorientas. Fue un puntapié leve, pero el *chef* chilló como si el capitán le hubiera pateado con todas sus fuerzas. Las mujeres volvieron a reír con disimulo.

—¿Hemos llegado o no a un acuerdo sobre el tema de los *chefs*, las armas y los capitanes? Porque, de lo contrario, quizá convendría darte otra lección.

—¡Estamos de acuerdo! —jadeó el *chef*—,. ¡Lo estamos! ¡Lo estamos! Estamos…

—Muy bien, porque ya he tenido que dar demasiadas lecciones en el día de hoy. —Sacudió a Jack por el cogote—. ¿Verdad, muchacho? —Volvió a

sacudirle y Jack profirió un grito que no era fingido en absoluto—. Bueno, supongo que es todo cuanto sabe decir. Es un retrasado, como su madre.

El capitán lanzó una ojeada a su alrededor.

—Buenos días, señoras. Que las bendiciones de la Reina os acompañen.

—Y a usted, buen caballero —osó farfullar la más vieja, haciendo una reverencia torpe y desgarbada, y las otras la imitaron.

El capitán arrastró a Jack fuera de la cocina y el muchacho fue a dar con la cadera contra la artesa con tal fuerza, que gritó una vez más. Un chorro de agua caliente salpicó el pavimento y se derramó, silbando, entre ellos. *Estas mujeres tenían las manos metidas en el agua* —pensó Jack—. *¿Cómo pueden soportarlo?* Entonces el capitán, que ahora casi le llevaba en brazos, empujó a Jack por entre otra cortina de arpillera y salieron al vestíbulo.

—¡Uf! —exclamó el capitán en voz baja—. No me gusta nada todo esto, huele muy mal.

A la izquierda, a la derecha y luego otra vez a la izquierda. Jack empezó a intuir que se acercaban a las paredes exteriores del pabellón y tuvo tiempo para preguntarse por qué el lugar parecía mucho mayor desde dentro que desde fuera. Luego el capitán le empujó por una abertura en la lona y se encontraron de nuevo a la luz del día, una luz de media tarde, tan brillante después de la penumbra del pabellón, que Jack tuvo que cerrar los ojos para no sentir dolorosas punzadas.

El capitán no titubeó ni un segundo. Sus pisadas levantaban barro y producían un ruido de chapoteo. Se olía a heno, a caballo y a excrementos. Jack volvió a abrir los ojos y vio que cruzaban algo parecido a una dehesa o un corral o simplemente una era. Vislumbró una abertura en una lona y oyó cloquear unos polluelos al otro lado. Un hombre flaco, que sólo llevaba un sayo sucio y sandalias de correas, lanzaba heno a un establo abierto con una horca de madera. Dentro del establo, un caballo no mucho mayor que un pony de Shetland les miraba con ojos inquietos. Ya habían pasado el establo cuando la mente de Jack pudo aceptar por fin lo que sus ojos habían visto: el caballo tenía dos cabezas.

—¡En! —exclamó—. ¿Puedo mirar otra vez dentro de ese establo? Aquel…

—No tenemos tiempo.

—Pero aquel caballo tenía…

—No hay tiempo, te he dicho. —Y añadió, levantando la voz—:

¡Y si vuelvo a sorprenderte holgazaneando por ahí cuando hay trabajo por hacer, te daré el *doble* de lo que te he dado!

—¡No, no! —gritó Jack (de hecho, pensaba que esta escena ya empezaba a resultar pesada)—. ¡Lo juro! ¡Juro que seré bueno!

Justo delante de ellos había una verja de madera y una valla hecha con estacas que aún conservaban la corteza; parecía una empalizada de una película del Oeste (su madre también había hecho unas cuantas de este género). En la puerta se veían unas gruesas aldabas, pero la barra que debían sostener no estaba en su lugar, sino apoyada contra un montón de leños, gruesos como traviesas de ferrocarril. La puerta estaba abierta casi doce centímetros. Cierto sentido de la orientación, pese a ser confuso, sugirió a Jack que habían dado una vuelta completa al pabellón.

—Gracias a Dios —dijo el capitán con voz más normal—. Ahora…

—Capitán —llamó una voz a sus espaldas. La voz era baja, pero penetrante y engañosamente casual. El capitán se detuvo en seco cuando estaba a punto de abrir el lado izquierdo de la puerta; fue como si el dueño de la voz les hubiera observado y esperado aquel preciso momento.

—Quizá tendría usted la amabilidad de presentarme a su… ejem… hijo.

El capitán se volvió, volviendo al mismo tiempo a Jack. En mitad de la dehesa, dando la inquietante sensación de estar fuera de lugar en semejante sitio, se encontraba el cortesano esquelético a quien tanto temía el capitán: Osmond, mirándoles con sus ojos melancólicos, de un gris oscuro. Jack vio moverse algo en aquellos ojos, algo muy profundo. Su miedo se intensificó de repente, y empezó a pincharle, como si fuese algo afilado. *Está loco.* —Tal fue la intuición que saltó de modo espontáneo en su cerebro—.

Más loco que una maldita cabra.

Osmond dio dos pasos hacia ellos. En la mano izquierda sostenía el mango de cuero sin curtir de un látigo; a partir del mango, algo parecido a un tendón oscuro se enroscaba, bifurcado en tres, alrededor de su hombro; la parte central del látigo tenía el grosor de una serpiente de cascabel. Cerca de la punta de esta parte central salían quizá una docena de latiguillos de cuero trenzado sin curtir, cada uno de ellos terminado por una espuela de metal, toscamente hecha, pero centelleante.

Osmond tiró de) mango y los tendones resbalaron de su hombro con un

silbido seco. Lo agitó y los latiguillos con punta de metal serpentearon lentamente sobre el barro sembrado de paja.

—¿Es su hijo? —repitió Osmond, dando otro paso hacia ellos.

Jack comprendió de repente por qué este hombre le había parecido familiar. El día que estuvieron a punto de secuestrarle… ¿no era este hombre el del traje blanco?

Jack pensó que podía haber sido él.

3

El capitán cerró el puño, se lo llevó a la frente y se inclinó. Tras un breve momento de vacilación, Jack hizo lo mismo.

—Mi hijo Lewis —presentó el capitán en actitud rígida. Jack le vio mirar hacia la izquierda, todavía inclinado, así que él tampoco se enderezó, mientras el corazón le latía con fuerza.

—Gracias, capitán. Gracias, Lewis. Que las bendiciones de la Reina os acompañen. —Cuando le tocó con el mango del látigo, Jack estuvo a punto de proferir un grito. Lo ahogó y se puso derecho.

Osmond se encontraba a sólo dos pasos de ellos y observaba a Jack con mirada demente y melancólica. Llevaba una chaqueta de cuero y algo parecido a gemelos de brillantes. La camisa ostentaba extravagantes pliegues. Una pulsera de eslabones en su muñeca derecha producía un ruido ostentoso (por la manera como manejaba el látigo, Jack adivinó que la izquierda era su mano útil). Iba peinado con el pelo hacia atrás, atado con una cinta ancha que podía ser satén blanco. Emanaba dos clases de olor. El dominante era lo que su madre llamaba «todos esos perfumes masculinos», refiriéndose a la loción de después del afeitado, el agua de colonia, etcétera. El aroma que rodeaba a Osmond era denso y empolvado y recordaba a Jack aquellas viejas películas británicas en blanco y negro sobre un juicio en Old Bailey. Los jueces y abogados de aquellas películas siempre llevaban pelucas y Jack pensó que las cajas donde las guardaban debían oler como

Osmond, a algo seco y dulzón, como el donut azucarado más viejo del

mundo. Por debajo de este aroma, sin embargo, se percibía un olor más vital e incluso más desagradable, que parecía brotar de él con cada pulsación. Era el olor de sudor a capas y suciedad a capas, el olor de un hombre que se bañaba muy poco, o nunca.

Sí. Era uno de los individuos que habían intentado raptarle aquel día.

Se le hizo un nudo en el estómago.

—Ignoraba que tuviera un hijo, capitán Farren —dijo Osmond. Aunque habló al capitán, no apartó la vista de Jack. *Lewis* —pensó éste—, soy *Lewis, no lo olvides.*…

—Ojalá no lo tuviese —replicó el capitán, mirando a Jack con desprecio y enojo—. Le honro trayéndole al gran pabellón y se escabulle como un perro. Le he sorprendido jugando a…

—Sí, sí —interrumpió Osmond, sonriendo vagamente. *(No cree una sola palabra,* pensó Jack, desesperado, sintiéndose más cerca del pánico. *¡Ni una sola palabra!)*—. Los chicos son malos, todos los chicos son malos. Es un axioma.

Dio un ligero golpecito a Jack en la muñeca con el mango del látigo. Jack, con los nervios bajo una tensión insoportable, gritó… e inmediatamente enrojeció de vergüenza.

Osmond rió con ironía.

—Malos, oh, sí, es un axioma, todos los chicos son malos. *Yo* también lo era y apostaría cualquier cosa a que usted también, capitán Farren. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que era malo?

—Sí, Osmond —contestó el capitán.

—¿Muy malo? —inquirió Osmond. Era increíble, pero había empezado a bailar en medio del barro. No había nada afeminado en ello, sin embargo: Osmond era esbelto y casi delicado, pero no comunicaba a Jack ninguna sensación de verdadera homosexualidad; si sus palabras tenían un matiz que la sugería, Jack intuyó que se trataba de un matiz falso. No, lo que se advertía claramente en él era una impresión de malignidad… y locura—. ¿Muy malo? ¿*Terriblemente* malo?

—Sí, Osmond —repitió estoicamente el capitán Farren, cuya cicatriz brillaba a la luz vespertina, cambiando del rosado al rojo.

Osmond interrumpió su baile improvisado tan de repente como lo había

comenzado y miró al capitán con frialdad.

—*Nadie* sabía que tenía usted un hijo, capitán.

—Es un bastardo —respondió el capitán— y un retrasado mental, además de gandul, como se ha visto ahora. —Giró de repente sobre los talones y pegó a Jack en una mejilla. La bofetada no llevaba mucha fuerza, pero la mano del capitán Farren era dura como un ladrillo. Jack lanzó un alarido y cayó sobre el lodo, agarrándose la oreja.

—*Muy* malo, *terriblemente* malo —repitió Osmond, pero ahora su rostro tenía una expresión hueca, ausente y misteriosa—. Levántate, chico malo. Los chicos malos que desobedecen a sus padres deben ser castigados y también interrogados. —Blandió el látigo hacia un lado, produciendo un golpe seco. La mente tambaleante de Jack estableció otra conexión extraña, en un intento de evocar el hogar, como supuso más tarde, por todos los medios posibles. El sonido del látigo de Osmond le recordó el del rifle de aire comprimido que poseía cuando contaba ocho años. Tanto él como Richard Sloat tenían aquellos rifles.

Osmond se adelantó y agarró el brazo enlodado de Jack con una mano blanca, parecida a una araña. Atrajo al muchacho hacia sí, hacia aquellos olores: a polvo dulzón y a suciedad antigua y rancia. Sus ojos grises y espectrales se clavaron solemnemente en los azules de Jack. Éste se sentía la vejiga cada vez más llena y pugnaba por no mojarse los pantalones.

—¿Quién eres? —preguntó Osmond.

4

Las palabras flotaron en el aire, sobre las cabezas de los tres.

Jack era consciente de que el capitán le miraba con una expresión severa que no podía ocultar del todo su desesperación. Oyó cloquear a unas gallinas y ladrar a un perro; una carreta traqueteaba en alguna parte.

Dime la verdad; lo conoceré si mientes —decían aquellos ojos—. *Te pareces a cierto chico malo que vi por primera vez en California. ¿Eres aquel chico?*

Y, por un momento, todo tembló en sus labios:

Jack, soy Jack Sawyer, si, soy el chico de California, la Reina de este mundo era mi madre, sólo que yo me morí, y conozco a tu jefe, conozco a Morgón —tío Morgón— y te diré todo lo que quieras saber para que dejes de mirarme con estos ojos saltones, claro que lo haré, porque sólo soy un niño y los niños hacen esto, hablan, lo cuentan todo…

Entonces oyó la voz de su madre, dura, casi burlona:

¿Vas a cantar de plano delante de este tipo, Jack-O? ¿De este tipo? Huele a rebajas de agua de colonia para hombres y parece una versión medieval de Charles Manson… pero haz lo que quieras. Eres capaz de engañarle, si lo deseas —lo digo en serio—, pero haz lo que quieras.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo Osmond, acercándose todavía más, y ahora Jack vio una confianza total en su rostro; estaba acostumbrado a obtener de la gente las respuestas que necesitaba… y no sólo de chicos de doce años.

Respiró hondo *(Cuando deseas el máximo volumen —cuando quieres llegar hasta la última fila del gallinero—, tienes que extraerlo del diafragma, Jacky. Es como si al subir pasara por el viejo Voz de su Amo) y* gritó:

—¡IBA A VOLVER EN SEGUIDA! ¡LO DIGO DE VERDAD!

Osmond, que estaba inclinado hacia delante, esperando un susurro débil y entrecortado, retrocedió como si Jack hubiera alargado la mano de repente para abofetearle. Pisó con una bota las colas de cuero de su látigo y estuvo a punto de tropezar.

—Maldito chillón asqueroso…

—¡IBA A VOLVER! POR FAVOR, NO ME AZOTE CON EL LÁTIGO, OSMOND, IBA A VOLVER… NO QUERÍA VENIR AQUÍ… NO LO QUERÍA… NO LO QUERÍA…

El capitán Parren se abalanzó sobre él y le golpeó en la espalda. Jack quedó tendido cuan largo era sobre el lodo y continuó gritando.

—Es retrasado mental, ya se lo he dicho —oyó decir al capitán—. Lo lamento, Osmond. Puede estar seguro de que le moleré a palos. No…

—*¿Qué hace aquí, si puede saberse?* —chilló Osmond, cuya voz era ahora alta y quisquillosa como la de una verdulera—. ¿Que hace aquí este bastardo mocoso y llorón? ¡No se ofrezca a enseñarme su pase! ¡Sé que no lo tiene! Lo ha traído a hurtadillas para alimentarle a la mesa de la Reina… quizá para robar la plata de la Reina… es *malo*… ¡una sola mirada basta para convencer a

cualquiera de que es indudable e intolerablemente *malo*!

El látigo cayó de nuevo, esta vez no con el sonido de un rifle de aire comprimido, sino con el contundente estruendo de un arma del calibre 22, y Jack tuvo tiempo de pensar *sé dónde caerá* justo antes de sentir una mano grande y ardiente clavada en la espalda. El dolor pareció penetrar en su carne y aumentar en lugar de disminuir. Era caliente y espantoso. Gritó y se retorció en el fango.

—*¡Malo!* ¡Horriblemente *malo*\ ¡Indudablemente *malo!* Cada «malo» era subrayado por otro restallido del látigo de Osmond, otro manotazo ardiente, otro grito de Jack. La espalda le quemaba. No sabía cuánto tiempo hubiera continuado aquello

—Osmond parecía ponerse más frenético con cada golpe—, si una voz nueva no hubiese gritado:

—¡Osmond! ¡Osmond! ¡Allí está! ¡Gracias a Dios! Una conmoción de pasos apresurados.

La voz de Osmond, furiosa y algo entrecortada:

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué pasa?

Una mano cogió a Jack por el codo y le ayudó a levantarse. Cuando se tambaleó, un brazo le rodeó la cintura para sostenerle. Era difícil creer que el capitán, tan duro y resuelto durante el accidentado recorrido del pabellón, pudiera ser ahora tan delicado.

Jack volvió a tambalearse. El mundo continuaba desenfocado. Gotas de sangre caliente le bajaban por la espalda. Miró a Osmond con odio repentino y le alivió sentir aquel odio; era un buen antídoto del miedo y la confusión.

Me has hecho daño… me has herido hasta, hacerme sangrar. Escúchame, marica, si tengo ocasión de desquitarme…—¿Estás bien? —susurró el capitán.

—Si.

—¿Qué? —gritó Osmond a los dos hombres que habían interrumpido los latigazos.

El primero era uno de los cortesanos que Jack y el capitán habían visto cuando se dirigían a la habitación secreta. El otro se parecía un poco al carretero que Jack había encontrado casi inmediatamente después de su regreso a los Territorios. Este último estaba muy asustado y también herido; la sangre le brotaba a borbotones por un corte en el lado izquierdo de la cabeza, cubriendo la mayor parte de la mejilla izquierda. Tenía el brazo izquierdo arañado y el coleto

roto.

—*¿Qué dices, imbécil?*

—Mi carro ha volcado al doblar el recodo del otro extremo del pueblo de All-Hands —contestó el carretero, hablando con la paciencia lenta y aturdida de quien ha sufrido un profundo shock—. La falda escocesa de mi hijo, señor. Ha muerto aplastado bajo los barriles. Había cumplido dieciséis años el último día de mayo.

Su madre…

—¿Qué? —volvió a gritar Osmond—. ¿Barriles? ¿Cerveza? ¿La de Kingsland? *No querrás decirme que has volcado un carro lleno de cerveza Kingsland, ¿verdad, estúpido pene de cabra? No querrás decir esto, ¿verdaaaaaad?*

La voz de Osmond se elevó al pronunciar la última palabra como si quisiera hacer una burla salvaje de una diva de ópera. La voz se elevó con oscilaciones y gorjeos y Osmond se puso a bailar otra vez… pero de rabia. La combinación era tan espantosa que Jack tuvo que levantar los dos brazos para reprimir una risa involuntaria. El movimiento hizo que la camisa le rozara las heridas de la espalda y esto le serenó aun antes de que el capitán murmurase una palabra de advertencia.

Con paciencia, como si Osmond hubiese pasado por alto lo único importante (y así debía parecérselo a él), el carretero repitió:

—Cumplió dieciséis años el último día de mayo. Su madre no quería que viniese conmigo. No comprendo cómo…

Osmond alzó el látigo y lo descargó con rapidez súbita y cegadora. Un momento antes el mango pendía suelto de su mano izquierda y las colas del látigo se arrastraban por el barro, y un instante después se oyó un latigazo que no sonó como el disparo de un arma del calibre 22, sino más bien como el de un rifle de juguete. El carretero se tambaleó hacia atrás, chillando y con las manos en la cara. Sangre fresca fluía por entre sus sucios dedos. Cayó al suelo, gritando:

—¡Señor! ¡Mi señor! ¡Mi señor! —con una voz ahogada, como si hiciera gárgaras.

—¡Vayámonos de aquí, de prisa! —gimió Jack.

—Espera —dijo el capitán. La severidad de su rostro parecía un poco menos

sombría. Habría podido decirse que en sus ojos brillaba la esperanza.

Osmond se volvió en redondo hacia el cortesano, que retrocedió, moviendo los labios gruesos y rojos.

—¿Era la Kingsland? —jadeó Osmond.

—Osmond, no deberías excitarte así…

Osmond levantó la muñeca izquierda y las colas de cuero terminadas en puntas de metal serpentearon sobre las botas del cortesano, que dio otro paso hacia atrás.

—No me digas lo que debo o no debo hacer —replicó—. Limítate a contestar mis preguntas. Estoy irritado, Stephen, intolerable e indudablemente irritado. ¿Era la Kingsland?

—Sí —respondió Stephen—. Lamento decirlo, pero…

—¿En el Camino de las Avanzadas?

—Osmond…

—*¿En el Camino de las Avanzadas, pringoso pene?*

—Si —dijo Stephen, tragando saliva.

—Claro —contestó Osmond, con el rostro afeado por una horrible sonrisa blanca—. ¿Dónde está el pueblo de All-Hands sino en el Camino de las Avanzadas? ¿Acaso puede volar una aldea?

¿Eh? ¿Puede una aldea volar de un camino a otro, Stephen? ¿Puede? ¿Puede?

—No, Osmond, claro que no.

—Claro. De modo que hay barriles por todo el Camino de las Avanzadas, ¿verdad? ¿Es correcto por mi parte suponer que hay barriles y un carro de cerveza volcado bloqueando el Camino de las Avanzadas mientras la mejor cerveza de los Territorios empapa la tierra para que los gusanos se emborrachen con ella? ¿Es esto correcto?

—Sí… sí. Pero…

—*¡Morgan llega por el Camino de tas Avanzadas!* —chilló Osmond—. *¡Morgan viene y ya sabes cómo hostiga a los caballos!* Si la diligencia dobla un recodo y se encuentra con ese revoltijo, ¡es posible que el conductor no tenga tiempo de detenerse! *¡Podría volcar! ¡Él podría resultar muerto!*

—Dios-mío —dijo Stephen, como si fuera una sola palabra. Su cara pálida adquirió un tono blanquecino. Osmond asintió lentamente con la cabeza.

—Creo que si la diligencia de Morgan llegara a volcar, sería mejor que todos rezáramos por su muerte y no por su restablecimiento.

—Pero… pero…

Osmond le dio la espalda y casi corrió hacia donde estaba el capitán de los Guardias Exteriores con su «hijo». Detrás de Osmond, el infortunado carretero seguía retorciéndose en el lodo, farfullando: *Mis señores.*

Osmond echó una breve mirada a Jack y la desvió en seguida, como si no le hubiera visto.

—Capitán Farren —dijo—, ¿ha seguido los acontecimientos de los cinco últimos minutos?

—Sí, Osmond.

—¿Los ha seguido con atención? ¿Los ha *asimilado? ¿Los* ha sopesado con detenimiento?

—Sí, creo que sí.

—¿Lo cree? ¡Qué excelente capitán es usted, capitán! Me parece que hablaremos otro rato de cómo es posible que un capitán tan excelente haya podido engendrar un testículo de rana como su hijo.

Posó breve y fríamente los ojos en Jack.

—Pero ahora no hay tiempo para eso, ¿verdad? No. Sugiero que reúna a una docena de sus hombres más fornidos y los conduzca a doble… no, a *triple* velocidad de lo habitual al Camino de las Avanzadas. Será capaz de encontrar por el olfato el lugar del accidente, ¿verdad?

—Sí, Osmond.

Osmond elevó rápidamente la vista al cielo.

—Esperamos a Morgan a las seis… quizá un poco antes. Ahora son las dos, o al menos eso creo. ¿Diría usted que son las dos, capitán?

—Sí, Osmond.

—¿Y tú qué dirías, pequeña basura? ¿Las trece? ¿Las veintitrés?

¿Las ochenta y una?

Jack abrió la boca. Osmond hizo una mueca de desdén y Jack volvió a sentir una clara oleada de odio. *Me has hecho daño y si tengo ocasión.*… Osmond miró de nuevo al capitán.

—Le sugiero que hasta las cinco procure salvar todos los barriles que estén enteros. Después de las cinco, despeje el camino tan de prisa como pueda. ¿Ha

comprendido?

—Sí, Osmond.

—Pues en marcha.

El capitán Farren se llevó el puño a la frente y se inclinó. Boquiabierto como un tonto, odiando todavía a Osmond con tanta violencia que el cerebro parecía latirle, Jack le imitó. Osmond les había dado la espalda aun antes de que iniciaran este saludo. Se dirigía hacia el carretero, haciendo restallar su látigo y produciendo aquel ruido semejante al disparo de un rifle de aire comprimido.

El carretero oyó acercarse a Osmond y empezó a gritar.

—Vamonos —dijo el capitán, tirando por última vez del brazo de Jack—. No querrás ver esto, ¿verdad?

—No —murmuró Jack—. Dios mío, no.

Sin embargo, cuando el capitán Parren empujó el lado derecho de la verja y ambos abandonaron por fin el pabellón, Jack lo oyó, y volvió a oírlo en sueños aquella noche: un disparo tras otro de carabina, seguidos por un grito del infeliz carretero. Y Osmond también emitía un sonido; jadeaba, así que era difícil decir con exactitud en qué consistía el sonido sin volverse a mirarle la cara… algo que Jack no quería hacer.

Además, estaba bastante seguro de saberlo.

Pensaba que Osmond se reía.

5

Ahora se hallaban en la zona pública de los terrenos del pabellón. Los paseantes miraban de soslayo al capitán Parren… y se mantenían apartados de él. El capitán caminaba a grandes zancadas, con la cara pensativa y tensa. Jack tenía que correr para seguirle.

—Hemos tenido suerte —dijo de improviso el capitán—. Muchísima suerte. Creo que quería matarte.

Jack le miró con la boca abierta, que tenía caliente y seca.

—Está loco, ¿sabes? Loco como un cencerro. Jack no sabía qué significaba esta expresión, pero convenía en que Osmond estaba loco.

—¿Qué…?

—Espera —interrumpió el capitán. Habían dado la vuelta a la pequeña tienda, a donde el capitán había conducido a Jack después de ver el diente de tiburón—. No te muevas de aquí y espérame. No hables con nadie.

El capitán entró en la tienda y Jack se quedó a la espera, mirando a su alrededor. Pasó un malabarista, que echó una ojeada a Jack pero no perdió el ritmo mientras lanzaba al aire una docena de pelotas que describían un intrincado dibujo. Le seguía una hilera de niños sucios como los que seguían al flautista de Hamelin. Una mujer joven con un bebé sucio al voluminoso pecho le dijo que le enseñaría a hacer algo con su colita además de pipí, si le daba una moneda o dos. Jack, turbado, desvió la vista, sintiendo que el calor le subía a la cara. La muchacha rió como si graznase.

—*¡Oooooh, el guapito es TÍMIDO! ¡Acércate, hermosura! Ven…*

—Fuera de aquí, buscona, o terminarás el día en el cuarto de las calderas.

Era el capitán, que había salido de la tienda con otro hombre, un sujeto viejo y gordo pero que compartía una característica con Farren: parecía un soldado auténtico y no uno de revista. Con una mano intentaba abrocharse la guerrera de su uniforme sobre la protuberante barriga mientras sostenía en la otra un instrumento curvado, parecido a un cuerno francés.

La mujer del bebé sucio se escabulló sin volver a mirar a Jack. El capitán cogió el cuerno para que el hombre gordo pudiera terminar de abrocharse y le dijo unas palabras. El hombre asintió, recuperó el cuerno cuando tuvo las manos libres y se alejó tocándolo. No era el sonido que Jack había oído en su primer salto a los Territorios; aquella vez oyó muchos cuernos y el sonido fue muy chillón, como un anuncio de heraldos. Éste semejaba un silbido de fábrica que anunciara el regreso al trabajo.

El capitán volvió junto a Jack.

—Ven conmigo —dijo.

—¿A dónde?

—Al Camino de las Avanzadas —contestó el capitán Parren, mirando a Jack Sawyer con una expresión inquisitiva y medio temerosa—. Lo que el padre de mi padre llamaba el Camino del Oeste. Se dirige hacia el oeste a través de aldeas cada vez más pequeñas hasta que llega a las Avanzadas o puestos fronterizos. Más allá ya no hay nada… o el infierno. Si vas al oeste, necesitarás a Dios a tu

lado, muchacho, aunque he oído decir que ni él mismo se aventura más allá de las Avanzadas. Vamos.

En la mente de Jack se agolpaban las preguntas —millones de preguntas—, pero el capitán echó a andar como un poseído y a Jack no le quedaba aliento para formularlas. Subieron laboriosamente la cuesta al sur del gran pabellón y pasaron por el lugar donde se había marchado la primera vez de los Territorios. La rústica feria estaba ahora muy cerca… Jack pudo oír a un pregonero urgir a presuntos clientes a que probaran suerte con el Asno Mágico: mantenerse dos minutos en la silla hacía acreedor a un premio, gritaba el pregonero. La brisa marina transmitía su voz con toda claridad, así como el tentador aroma de un manjar caliente: maíz asado con carne esta vez. El estómago de Jack rumoreaba. Una vez a salvo de Osmond el Grande y Terrible, sentía un hambre de lobo.

Antes de llegar a la feria, torcieron a la derecha para tomar un camino mucho más ancho que el que conducía al gran pabellón. *El Camino de las Avanzadas,* pensó Jack y en seguida, con un escalofrío de miedo y expectación, rectificó: *No… el Camino del Oeste. El camino hacia el Talismán.*

Tuvo que correr para alcanzar al capitán Farren.

6

Osmond había dicho la verdad: podían haberse guiado por el olfato, si hubiera sido necesario. Todavía les faltaba una milla para aquel pueblo de nombre tan extraño cuando percibieron el olor amargo de la cerveza derramada, traído por la brisa.

El tráfico que se dirigía hacia el este era denso. La mayor parte eran carros tirados por troncos de caballos (ninguno con dos cabezas, sin embargo). Jack supuso que los carros eran en este mundo el equivalente de los camiones. Algunos iban cargados de bolsas, balas y sacos, otros de carne cruda y otros de jaulas de polluelos. En las afueras del pueblo de All-Hands pasó junto a ellos a una velocidad alarmante un carro repleto de mujeres, que gritaban y reían. Una se puso en pie, se subió la falda por encima del peludo pubis e hizo una pirueta seguida de un giro vertiginoso. Tal vez se habría caído a la zanja —rompiéndose

el cuello— si una de sus compañeras no la hubiese agarrado por detrás, dándole un violento tirón.

Jack volvió a ruborizarse: evocó el gran pecho blanco de la muchacha y el pezón en la boca ávida del bebé sucio. *¡Oooooh! ¡El guapito es TÍMIDO!*

—¡Dios mío! —exclamó Farren, caminando más de prisa que nunca—. ¡Todos estaban borrachos! ¡Borrachos de Kingsland! ¡Tanto las rameras como el conductor! Es capaz de lanzarlas contra el camino o despeñarlas por los acantilados… aunque no sería una gran pérdida. ¡Rameras enfermas!

—Por lo menos —jadeó Jack—, el camino debe estar bastante despejado, si puede pasar todo este tráfico, ¿no le parece?

Llegaron al pueblo de All-Hands. Aquí el ancho camino del Oeste había sido regado con grasa para tapar el polvo. Los carros iban y venían, grupos de personas cruzaban la calle y todos parecían hablar demasiado alto. Jack vio a dos hombres discutiendo delante de algo parecido a un restaurante. De repente, uno de los dos propinó un puñetazo al otro y ambos rodaron por el suelo. *Esas rameras no son las únicas que se han emborrachado de Kingsland* —pensó Jack —*. Creo que todo el mundo ha bebido lo suyo en este pueblo.*

—Todos los carromatos grandes que hemos visto procedían de aquí —explicó el capitán Farren—. Los más pequeños quizá puedan pasar, pero la diligencia de Morgan no es pequeña, muchacho.

—Morgan…

—No pienses en Morgan ahora.

El olor de la cerveza se intensificó cuando pasaron por el centro del pueblo y llegaron al otro extremo. A Jack le dolían las piernas de tanto esforzarse por ir al paso del capitán. Adivinó que debían haber recorrido unas tres millas. *¿Qué distancia significa esto en mi mundo?*, pensó y este pensamiento le recordó el jugo mágico de Speedy. Buscó con frenesí en su coleto, convencido de que no lo encontraría… pero sí, allí estaba, seguro dentro de la ropa interior que en los Territorios había reemplazado a sus calzoncillos.

Una vez hubieron alcanzado el extremo occidental del pueblo, el tráfico de carros disminuyó, pero el de peatones que se dirigían al este aumentó de manera espectacular. La mayoría agitaban las manos, tropezaban, reían y todos despedían un fuerte olor a cerveza. La ropa de algunos chorreaba, como si se hubieran revolcado en ella y bebido como perros. Jack supuso que así habrían

procedido. Vio a un hombre que reía y llevaba de la mano a un niño de unos ocho años, que también reía. El hombre guardaba un odioso parecido con el desagradable conserje del Alhambra y Jack comprendió con perfecta claridad que aquel hombre era su Gemelo. Tanto él como el chico que llevaba de la mano estaban borrachos y cuando Jack se volvió a mirarlos, el chico estaba vomitando. Su padre —Jack lo tomó por tal— tiró con furia de su brazo cuando el chico intentó ocultarse en la zanja cubierta de matorrales para vomitar en relativa soledad, haciéndole tambalear hacia atrás como un perro sujeto a una correa demasiado corta y salpicar de vómito a un anciano caído en el borde del camino, que roncaba a pierna suelta.

El rostro del capitán Farren era cada vez más sombrío.

—Dios los maldiga —murmuró.

Incluso los más borrachos se apartaban con prudencia del capitán. Éste, mientras hacía guardia frente al pabellón, se había colocado una corta y sencilla funda de cuero en torno a la cintura y Jack suponía (no sin razón) que contenía una espada corta y sencilla. Cuando alguno de los borrachínes se acercaba demasiado, el capitán Farren tocaba la espada y el sujeto se alejaba a toda prisa.

Diez minutos más tarde —cuando Jack casi estaba convencido de que no podría mantener aquel paso— llegaron al lugar del accidente. El conductor salía de la curva por la parte interior cuando el carro se había inclinado y volcado. El golpe había dispersado los barriles por el camino y muchos se habían roto, convirtiendo el camino en una ciénaga de seis metros. Bajo el carro yacía muerto un caballo del que sólo sobresalían los cuartos traseros. Otro había ido a parar a la zanja y estaba tendido con una astilla de duela clavada en la oreja. Jack no creía que aquello hubiese podido ocurrir por casualidad; supuso que el caballo estaba malherido y alguien le había evitado más sufrimientos con el único medio que tenía a su alcance. Los otros caballos no se veían por ninguna parte.

Entre el caballo aplaste do por el carro y el de la zanja yacía el hijo del carretero, con los brazos y piernas extendidos en medio del camino. La mitad de su rostro estaba vuelta hacia el cielo azul de los Territorios con una expresión de estúpido asombro, mientras la otra mitad era sólo una pulpa roja con astillas de hueso blanco como manchas de argamasa.

Jack vio que le habían vuelto los bolsillos del revés.

Quizá una docena de personas deambulaban alrededor del lugar del

accidente. Caminaban despacio y a menudo se agachaban para recoger con las dos manos cerveza de una huella de casco o para mojar un pañuelo o una tira de justillo en otro charco. La mayoría se tambaleaba. Sonaban risas y voces agudas en son de pelea. Después de insistir mucho, la madre de Jack le había permitido ir con Richard a ver *un* programa doble de medianoche en el que se proyectaba *La noche de los muertos vivientes* y *El amanecer de los muertos* en uno de los doce cines de Westwood. Los borrachos de aquí, que caminaban arrastrando los pies, le recordaban a los zombis de aquellas dos películas.

El capitán Farren desenvainó su espada. Era corta y sencilla como Jack había imaginado, la antítesis de una espada legendaria. Medía poco más que un cuchillo largo de carnicero y estaba llena de marcas, mellas y rayaduras y el cuero del puño, oscurecido por el sudor. La misma hoja era oscura… con excepción del afilado borde, brillante, acerado y muy cortante.

—¡Apartaos de una vez! —gritó Farren—. ¡Alejaos de la cerveza de la Reina, malditos! ¡Largo de aquí, basura!

Se oyeron gruñidos de rabia, pero se apartaron del capitán Farren… Todos menos un hombre muy corpulento en cuyo cráneo crecían en diversos puntos mechones de cabello. Jack calculó su peso en unos ciento treinta kilos y su altura en más de dos metros.

—¿Te gusta la idea de asustarnos a todos, eh, rufián? —preguntó el gigante, indicando con una mano muy sucia al grupo de aldeanos que se habían apartado del gran charco de cerveza y de los barriles astillados al oír la orden de Farren.

—Claro —contestó el capitán, enseñando los dientes al hombre—. Me gusta mucho, siempre que tú seas el primero, asqueroso borracho. —Farren acentuó la sonrisa y el gigante retrocedió ante su peligroso poder—. Acércate, si quieres. Hacerte pedazos será lo único bueno que me ha ocurrido en todo el día.

Murmurando, el gigante borracho se alejó.

—¡Y ahora todos vosotros! —gritó Farren—. ¡Abrid paso! ¡Una docena de mis hombres ha salido ya del pabellón de la Reina! ¡No disfrutarán con esta misión y yo no los culpo ni me hago responsable de ellos! ¡Creo que tenéis el tiempo justo de volver al pueblo y esconderos en vuestros sótanos antes de que lleguen! ¡Sería prudente hacerlo! ¡Alejaos!

Ya se dirigían en tropel hacia el pueblo de All-Hands, con el gigante que había desafiado al capitán a la vanguardia. Farren gruñó y volvió a la escena del

accidente. Se quitó la guerrera y cubrió con ella la cara del hijo del carretero.

—Me pregunto cuál de ellos vació los bolsillos del muchacho mientras yacía muerto o moribundo en el camino —musitó con expresión pensativa—. Si lo supiera, antes de la noche lo habría hecho colgar de una cruz.

Jack no respondió.

El capitán se quedó mirando mucho rato al muchacho muerto, frotándose con una mano la carne suave y acanalada de la cicatriz. Cuando miró de nuevo a Jack, fue como si acabara de recobrar el conocimiento.

—Ahora tienes que marcharte, chico. En seguida, antes de que Osmond decida seguir investigando sobre el idiota de mi hijo.

—¿Qué puede ocurrirle a usted? —preguntó Jack. El capitán esbozó una sonrisa.

—En tu ausencia, no tendré ningún problema. Puedo decir que te he enviado junto a tu madre o que la rabia me dominó y te he matado con un pedazo de tronco. Osmond creería ambas cosas. Está preocupado, como todos, esperando la muerte de la Reina, que no tardará en producirse, a menos que…

No terminó.

—Vete —continuó Farren—, no te entretengas. Y cuando oigas venir la diligencia de Morgan, deja el camino y adéntrate en el bosque. *Muy* adentro, o te olerá como un gato husmea a una rata. Sabe al instante si hay algo fuera de su control. Es un demonio.

—¿Le oiré venir? ¿Oiré la diligencia? —preguntó tímidamente Jack, mirando hacia el montón de barriles, que se levantaba hacia el cielo, hasta el borde de un bosque de pinos. Estaría oscuro allí dentro, pensó… y Morgan llegaría desde el otro lado. El miedo y la soledad se unieron en la oleada de desánimo más fuerte y abrumadora que había conocido en su vida. *¡Speedy, no puedo hacerlo! ¿Acaso no lo sabes? ¡Sólo soy un niño!*

—La diligencia de Morgan es tirada por seis troncos de caballos y otro animal, el decimotercero, que los dirige a todos —respondió Farren—. Cuando van a galope tendido, esa maldita carroza fúnebre suena como si un trueno arrasara la tierra. La oirás, no te preocupes, y tendrás mucho tiempo para esconderte. Pero no dejes de hacerlo.

Jack murmuró algo.

—¿Qué? —preguntó bruscamente Farren.

—He dicho que no quiero ir —repitió Jack en voz un poco más alta. Las lágrimas estaban cerca y sabía que en cuanto empezasen a caer, perdería completamente la serenidad y pediría al capitán Farren que le sacara del apuro, que le protegiera, que hiciera *algo.*…

—Me parece que es demasiado tarde para que tus preferencias entren en juego —dijo el capitán Farren—. No conozco tu historia, muchacho, ni quiero conocerla. Ni siquiera tu nombre.

Jack se quedó mirándole, con los hombros encogidos, los ojos ardientes y los labios temblorosos.

—¡Levanta los hombros! —le gritó Farren con furia repentina—. ¿A quién has de salvar? ¿A dónde vas? ¡Ni a la esquina, con este aspecto! Eres demasiado joven para ser un hombre, pero al menos puedes *fingir* que lo eres, ¿no? ¡Pareces un perro apaleado!

Herido en su orgullo, Jack echó atrás los hombros y parpadeó para ahuyentar las lágrimas. Posó la mirada en los restos del hijo del carretero y pensó: *Por lo menos no estoy como él, todavía no. Tiene razón. Sentir lástima de mí mismo es un lujo que no puedo permitirme.* Era cierto. De todos modos, no pudo reprimir cierto sentimiento de odio hacia el capitán por hurgar en su interior y tocar con tanta facilidad una cuerda sensible.

—Eso está mejor —observó secamente el capitán—. No mucho, pero un poco.

—Gracias —replicó con sarcasmo Jack.

—No puedes liberarte llorando, muchacho. Osmond te persigue y Morgan no tardará en hacerlo. Y quizá… quizá haya también problemas en el lugar de donde procedes. Pero, toma esto. Si Parkus te ha enviado a mí, debía querer que te lo diera, así que tómalo y vete.

Le alargaba una moneda. Jack titubeó antes de cogerla. Tenía el tamaño de un medio dólar de Kennedy, pero era mucho más pesado… pesado como el oro, adivinó, aunque tenía el color de la plata empañada. Ante él estaba el perfil de Laura DeLoessian y el parecido con su madre volvió a llamar su atención, breve pero intensamente. No, no se trataba sólo de un parecido… A pesar de las diferencias físicas como la nariz más afilada y el mentón más redondo, *era* su madre. Jack lo sabía. Dio la vuelta a la moneda y vio un animal con la cabeza y las alas de *un* águila y el cuerpo de león. Parecía mirar a Jack. Le puso un poco

nervioso, así que guardó la moneda en la parte interior de su coleto, junto a la botella del zumo mágico de Speedy.

—¿Para qué sirve? —preguntó a Farren.

—Lo sabrás cuando llegue el momento —contestó el capitán—, o quizá no. De todos modos, he cumplido con mi deber respecto a ti. Dilo a Parkus cuando le veas.

Jack volvió a sentirse en el centro de una salvaje irrealidad.

—Vete, hijo —murmuró Farren en tono más bajo, pero no necesariamente más suave—. Lleva a cabo tu tarea… o la parte que te sea posible.

Al final, fue aquella sensación de irrealidad —la impresión general de que no era más que un segmento de la alucinación de alguien— lo que le puso en movimiento. Pie izquierdo, pie derecho, pie par, pie impar. Dio un puntapié a una astilla empapada de cerveza. Sorteó los restos esparcidos de una rueda. Rodeó la parte posterior del carro, sin impresionarse por la sangre seca o los enjambres de moscas. ¿Qué era la sangre o las moscas zumbadoras en un sueño?

Llegó al final del tramo de camino fangoso y sembrado de astillas y barriles y miró hacia atrás… pero el capitán Farren ya había dado media vuelta, quizá para buscar a sus hombres o para no tener que mirar a Jack. En ambos casos, pensó Jack, el resultado era el mismo. Una espalda era una espalda. No había nada que ver en ella.

Rebuscó en el interior de su coleto, tocó la moneda que Farren le había dado y la agarró con firmeza. Tuvo la impresión de que le hacía sentir un poco mejor. Con ella en el puño cerrado, como llevaría un niño un cuarto de dólar que le hubiesen dado para comprar una golosina en la confitería, Jack continuó su camino.

7

Quizá habían transcurrido dos horas cuando Jack oyó el sonido descrito por el capitán Farren como «un trueno que arrasara la tierra», aunque quizá habían transcurrido cuatro. Cuando el sol se hubo ocultado bajo el borde occidental del bosque (lo cual hizo poco después de que Jack entrara en él), fue difícil calcular

el tiempo.

En muchas ocasiones pasaron vehículos procedentes del oeste, que tal vez se dirigían al pabellón de la Reina. Cada vez que oía acercarse a uno (y aquí se oían venir desde muy lejos; la claridad con que era transmitido el sonido recordó a Jack las palabras de Speedy sobre un hombre que arrancaba un rábano de la tierra y otro lo olía a un kilómetro de distancia), se acordaba de Morgan y corría a esconderse en la zanja y luego en el bosque. No le gustaba permanecer en aquel bosque oscuro, ni siquiera en el lindero, donde aún podía mirar desde detrás de un árbol y ver el camino; no era una cura de descanso para los nervios, pero aún le gustaba menos la idea de que tío Morgan (porque seguía tomando como tal al superior de Osmond, pese a lo que había dicho el capitán Farren) le sorprendiera en el camino.

Así pues, cada vez que oía venir un carro o un carruaje, se escondía y no volvía al camino hasta que el vehículo había pasado. Una vez, mientras cruzaba la zanja húmeda de la derecha, llena de malas hierbas, algo corrió —o se deslizó — por su pie y profirió un grito.

El tráfico era un fastidio y no le ayudaba precisamente a viajar más de prisa, pero al mismo tiempo había algo consolador en el tránsito irregular de carros porque al menos servían para demostrarle que no estaba solo.

Tenía verdaderos deseos de abandonar los Territorios cuanto antes.

El zumo de Speedy era la peor medicina que había tomado en su vida, pero habría bebido con gusto un buen trago si alguien —el propio Speedy, por ejemplo— hubiese aparecido ante él por casualidad y asegurado que, cuando volviera a abrir los ojos, lo primero que vería sería una serie de los dorados arcos de McDonald, lo que su madre llamaba Las Grandes Tetas de América. Empezaba a dominarle una sensación de oprimente peligro, la de que las cosas eran conscientes de su paso, de que tal vez el *propio* bosque era consciente de su paso. Los árboles crecían ahora más cerca del camino, ¿verdad? Sí. Antes se detenían en las zanjas y ahora las invadían. Antes, el bosque parecía compuesto únicamente de pinos y abetos y ahora se habían mezclado otras clases de árboles, algunos con ramas negras que se retorcían como nudos de sogas podridas, algunos parecidos a fantasmales híbridos de abetos y heléchos, con repugnantes raíces grises que se agarraban a la tierra como dedos pastosos. *¿Nuestro muchacho?,* parecían susurrar estas cosas desagradables dentro de la cabeza de

Jack. *¿NUESTRO muchacho?*

Todo está en tu cerebro, Jack-O. Juegas a imaginar cosas raras.

El hecho era que no podía dar crédito a estas palabras.

Era, cierto que los árboles cambiaban. Aquella sensación opresiva del aire —la sensación de ser *observado*— era demasiado real. Y empezó a pensar que la insistencia obsesiva de su mente, en volver a los pensamientos monstruosos era casi algo inspirado por el bosque… como si los propios árboles le enviaran comunicaciones por alguna horrible onda corta.

Pero la botella de zumo mágico de Speedy estaba sólo medio llena y tendría que durarle hasta que hubiera cruzado Estados Unidos; y no le duraría ni para cruzar Nueva Inglaterra si bebía un sorbo cada vez que se ponía nervioso.

Volvió a pensar en la asombrosa distancia que había viajado en su mundo cuando regresó a él desde los Territorios. Cuarenta y cinco metros de aquí habían equivalido a ochocientos metros de allí. Según esta proporción —a menos que la relación de distancia recorrida variase de algún modo y Jack reconocía que era posible—, podía andar dieciséis kilómetros aquí y encontrarse casi fuera de New Hampshire allí. Era como llevar botas de siete leguas.

No obstante, los árboles… aquellas raíces grises y pastosas…

Cuando empiece a oscurecer —cuando el cielo cambie del azul al púrpura —, daré el salto de regreso. Ya está; es todo lo que ella escribió. No atravesaré este bosque en la oscuridad. Y si el zumo mágico se me termina en Indiana o por allí cerca, el viejo Speedy puede enviarme otra botella de UPS o como se llame.

Aún pensaba en ello —y en lo mejor que se sentía teniendo un plan (aunque el plan sólo abarcara las dos horas siguientes)—, cuando se dio cuenta de repente que oía otro vehículo y muchos caballos.

Se detuvo en medio del camino, con la cabeza ladeada. Sus ojos se abrieron más y ante ellos aparecieron dos imágenes con velocidad fotográfica: el gran coche donde iban los dos hombres —el coche que no era un Mercedes— y en seguida la furgoneta NIÑO SALVAJE, a toda velocidad por la calle, alejándose del cadáver de tío Tommy con el destrozado parachoques de plástico manchado de sangre. Vio las manos en el volante de la furgoneta… pero no eran manos, sino espeluznantes pezuñas articuladas.

A galope tendido, esa maldita carroza suena como un trueno que arrasara la tierra.

Ahora, al oírlo —el sonido aún era distante, pero perfectamente claro en el aire puro—, Jack se extrañó de haber imaginado siquiera que los otros carros podían ser la diligencia de Morgan. Desde luego, ya no volvería a cometer el mismo error. El ruido que oía ahora era amenazador, lleno de peligro potencial, el ruido de una carroza fúnebre, sí, una carroza fúnebre conducida por un demonio.

Se inmovilizó en el camino, como hipnotizado, del mismo modo que un conejo es hipnotizado por los faros de un coche. El ruido fue creciendo: el trueno de las ruedas y los cascos, el crujido de los bastidores de cuero. Ahora podía oír la voz del conductor:

¡Aaaaarri! ¡Arrrrriii! ¡AAAARRRUIII!

Permaneció en el camino, quieto, con el horror zumbándole en la cabeza. *¡No me puedo mover, oh, Dios mío, oh. Dios mío, no me puedo mover, mamá, mamá, mamáaaaaa…!*

Permaneció inmóvil y el ojo de su imaginación vio un objeto enorme y negro, parecido a un diligencia, avanzar a toda velocidad por el camino, tirado por animales negros que más parecían pumas que caballos; vio cortinas negras ondeando en las ventanillas de la carroza y vio al conductor derecho en el pescante, con los cabellos negros ondeantes y los ojos salvajes y enloquecidos de un demente que empuña una navaja.

Lo vio avanzar hacia él, sin disminuir la velocidad.

Lo vio atropellarle.

Esto venció la parálisis. Corrió hacia el lado derecho, resbaló en la cuneta, puso el pie bajo una de aquellas raíces retorcidas, cayó y rodó por el suelo. La espalda, relativamente tranquila las dos últimas horas, se despertó con un dolor renovado y Jack apretó los labios con una mueca.

Se levantó y escabulló, encorvado, por el bosque.

Primero se ocultó detrás de un árbol negro, pero el tacto del rugoso tronco —un poco parecido al de las higueras de Bengala que había visto hacía dos años estando de vacaciones en Hawai— era pegajoso y desagradable. Corrió hacia la izquierda y se escondió tras el tronco de un pino.

El estruendo del carruaje y su escolta era cada vez más fuerte. Jack esperaba verlo pasar como una exhalación en cualquier momento hacia el pueblo de All-Hands; sus dedos apretaban y soltaban la resinosa corteza del pino. Se mordía

los labios.

Delante mismo de él se veía la línea estrecha pero perfectamente clara del camino, un túnel enmarcado por follaje, heléchos y agujas de pino. Y justo cuando Jack había empezado a pensar que Morgan y su séquito no llegarían nunca, una docena de soldados a caballo pasó en dirección este a galope tendido. El que iba a la vanguardia llevaba un estandarte, pero Jack no pudo distinguir su divisa… ni estaba seguro de querer hacerlo. Entonces la diligencia pasó como un relámpago por el punto de mira de Jack.

El momento de su paso fue breve —no más de un segundo, quizá aún menos —, pero pudo recordarlo en su totalidad. La diligencia era un vehículo gigantesco, de una altura que seguramente sobrepasaba los tres metros y medio. Los baúles y bultos sujetos al techo por una gruesa cuerda añadían casi un metro más. Cada caballo de los troncos que tiraban de él llevaba una pluma negra sobre la cabeza y el viento generado por la velocidad inclinaba estas plumas hasta ponerlas casi horizontales. Jack pensó después que Morgan debía necesitar nuevos troncos para cada etapa, ya que éstos parecían estar en el límite de su resistencia. De sus bocas abiertas salían coágulos de espuma y sangre y en sus ojos enloquecidos podía verse un arco blanco.

Como en su imaginación —o su visión—, unas cortinas de crespón negro ondeaban en las ventanillas sin cristales. De pronto, en uno de aquellos rectángulos negros apareció una cara blanca rodeada de un extraño y sinuoso marco de madera tallada. La súbita aparición de aquella cara fue tan sobrecogedora como la de un fantasma en la ventana ruinosa de una casa encantada. No era la cara de Morgan Sloat… pero lo *era*.

Y el dueño de aquella cara sabía que Jack —o cualquier otro peligro igualmente odiado y *personal*— se encontraba allí. Jack lo vio en el agrandamiento de los ojos y en la repentina y malévola mueca de los labios.

El capitán Farren había dicho: *Te husmeará como a una rata*, y ahora Jack pensó con desaliento: *Me ha husmeado, ya lo creo. Sabe que estoy aquí y ahora, ¿qué pasará? Supongo que los hará parar a todos en seco para que me persigan por el bosque.*

Otro grupo de soldados —que protegían la retaguardia de la diligencia de Morgan— pasó con la misma rapidez. Jack esperó, con las manos adosadas a la corteza del pino, seguro de que Morgan haría detener a los caballos. Pero no fue

así y pronto empezó a alejarse el estruendo del carruaje y de su escolta.

Sus ojos. *Éstos sí que son iguales. Esos ojos oscuros en la cara blanca. Y…*

¿Nuestro muchacho? ¡SIIII!

Algo se deslizó por encima de su pie… y le subió por la pantorrilla. Jack gritó y cayó de espaldas, pensando que era una serpiente, pero pronto vio que se trataba de una de esas raíces grises, que se le había enredado en el pie y enroscado en la pierna.

Esto es imposible —pensó, tontamente—. *Las raíces no se mueven.…*

Retiró el pie con brusquedad para liberar la pierna del tosco grillete gris formado por la raíz. La pantorrilla le dolía un poco, como por la rozadura de una cuerda. Levantó la vista y el terror le heló el corazón. Pensó que ahora ya sabía por qué Morgan había intuido su presencia y pese a ello continuado su camino;

Morgan sabía que adentrarse en este bosque equivalía a entrar en un torrente de jungla infestado de pirañas. ¿Por qué no se lo había advertido el capitán Farren? Lo único que se le ocurría era que el capitán de la cicatriz lo ignoraba; jamás debía haber viajado tan al oeste.

Todas las raíces grisáceas de aquellos híbridos de abeto y helécho se estaban moviendo: levantándose, cayendo, arrastrándose hacia él por el musgoso lecho del bosque, *íncubos y súcubos,* pensó disparatadamente Jack. *Malos íncubos y súcubos.* Una raíz más gruesa que las demás, cuyos últimos quince centímetros estaban cubiertos de tierra y humedad, se levantó y osciló ante él como una cobra salida de una cesta de faquir. *¡Nuestro muchacho! ¡SÍII!*

Se lanzó sobre él y Jack retrocedió, consciente de que las raices formaban ahora una pantalla viviente entre él y la seguridad del camino. Al retroceder, chocó contra un árbol… y se apartó de él al instante, gritando, cuando la corteza empezó a ondear y estremecerse contra su espalda… era como tocar un músculo que de pronto sufre espasmos violentos. Jack miró a su alrededor y vio uno de aquellos árboles negros de troncos retorcidos. El tronco se movía y oscilaba. Los rugosos nudos de la corteza formaban algo parecido a un rostro espantosamente arrugado, con un ojo negro muy abierto y el otro entornado en un guiño malévolo. El árbol se resquebrajó más abajo con un crujido y un rasgueo y la raja empezó a babear una savia entre amarilla y blancuzca. *¡NUESTRO! ¡Oh, ssssí!*

Raíces como dedos se deslizaron bajo el brazo de Jack y por su caja torácica,

como para hacerle cosquillas.

Echó a correr, recurriendo al último vestigio de racionalidad para el enorme esfuerzo de sacarse del coleto la botella de Speedy. Era consciente —apenas— de una serie de ruidos ensordecedores, como si los árboles se estuvieran arrancando de la tierra. Tolkien no se parecía en nada a esto.

Cogió la botella por el cuello y la extrajo del coleto. Mientras la abría, una de aquellas raíces grises le rodeó la garganta y al cabo de un momento la apretó como si fuera la soga del verdugo.

Jack dejó de respirar y la botella le resbaló de entre los dedos mientras pugnaba por desasirse de aquella cosa que amenazaba con estrangularle. Consiguió introducir los dedos bajo la raíz; no estaba fría ni rígida, sino caliente y flexible, como si fuera carne. Luchó con ella, consciente de su propio estertor y del reguero de saliva que le mojaba la barbilla.

Con un último esfuerzo convulsivo, se libró de la raíz, que entonces intentó rodearle la muñeca; Jack retiró el brazo con un grito. Miró hacia el suelo y vio la botella rodando y dando tumbos, con una raíz gris enroscada en torno al cuello.

Saltó para cogerla y las raíces le agarraron y rodearon las piernas. Cayó al suelo pesadamente y alargó los brazos para rascar la tierra oscura del bosque con las yemas de los dedos a fin de ganar un centímetro más…

Tocó el lado verde y liso de la botella… y la cogió. Se apoderó de ella con todas sus fuerzas, apenas consciente de que las raíces entrelazadas ya le cubrían las piernas, sujetándolas con firmeza. Desenroscó el tapón de la botella. Otra raíz bajó por el aire, ligera como una telaraña, e intentó arrebatársela. Jack la empujó hacia un lado y se llevó la botella a los labios. El olor de fruta dulzona pareció difundirse de repente por doquier, como una membrana viva.

¡Speedy, haz que produzca efecto, por favor!

Mientras más raíces se deslizaban por su espalda y en torno a su cintura, volviéndole como un muñeco en todas direcciones, Jack bebió, salpicándose de vino barato las dos mejillas. Tragó, gimiendo, rezando, y no sirvió de nada, *no funcionó;* aún tenía los ojos cerrados, pero podía sentir las raíces enroscadas en sus brazos y piernas, podía sentir…

…el agua empapando sus vaqueros y su camisa, podía oler…

¿Agua?

…lodo y humedad, podía oír…

¿Vaqueros? ¿Camisa?

…el constante croar de las ranas y…

Jack abrió los ojos y vio la luz anaranjada del sol poniente reflejada en un ancho río. Un dilatado bosque se extendía ininterrumpidamente por la ribera este del río; en el lado oeste, donde él estaba, un campo largo, ahora oscurecido parcialmente por una baja niebla vespertina, se prolongaba hasta la orilla del agua. El terreno era húmedo y encharcado y Jack yacía junto al agua, en el lugar más pantanoso de todos. Aquí aún crecían gruesas algas —aún faltaba un mes o más para las heladas que las matarían— y Jack estaba enredado en ellas, como un hombre que despierta de una pesadilla puede encontrarse envuelto entre las sábanas.

Gateó y se levantó, tambaleándose, mojado y rebozado aún de fragante barro, incómodo por los tirones que le daban las correas de la mochila, pasadas por debajo de los brazos. Se quitó, asqueado, los fragmentos de algas de los brazos y la cara y ya empezaba a alejarse del agua, cuando al mirar hacia atrás vio la botella de Speedy en el barro y cerca de ella, el tapón. Algo del «zumo mágico» se había derramado durante su lucha con los malignos árboles de los Territorios, pues ahora la botella sólo contenía un tercio de líquido.

Se quedó inmóvil un momento, con las zapatillas sucias hundidas en el lodo, mirando el río. Este era su mundo, su conocido y viejo Estados Unidos de América. No vio los arcos dorados que esperaba ver, ni un rascacielos, ni un satélite de la tierra parpadeando arriba, en el firmamento cada vez más oscuro, pero sabía dónde estaba del mismo modo que sabía su propio nombre. La cuestión era: ¿había estado realmente en aquel otro mundo?

Miró a su alrededor, hacia el río desconocido y la campiña igualmente desconocida y escuchó el distante y suave mugir de las vacas. Pensó: *Estás en un sitio diferente. Esto no es Playa de Arcadia, Jack-O.*

No, no era Playa de Arcadia, pero no conocía el área circundante lo suficiente para asegurar que estaba a más de seis o siete kilómetros de distancia, lo bastante tierra adentro para no poder oler el Atlántico, por ejemplo. Había regresado como despertándose de una pesadilla… ¿y no era posible que todo lo

hubiera sido, desde el carretero con su cargamento de carne cubierta de moscas hasta los árboles vivientes? ¿Una especie de pesadilla en la que el sonambulismo había jugado un papel? Tenía sentido. Su madre se moría y él pensaba ahora que lo sabía desde hacía tiempo… Los síntomas estaban a la vista y su subconsciente había sacado la conclusión correcta aunque su mente consciente la rechazara. Esto habría contribuido a crear el ambiente adecuado para un acto de autohipnosis, y aquel loco borrachín de Speedy Parker le había puesto en marcha. Claro. Todo encajaba.

A Tío Morgan le hubiera encantado.

Jack se estremeció y tragó con fuerza. La garganta le dolió, no como duele una garganta irritada, sino como duele un músculo castigado.

Levantó la mano izquierda, la que no sostenía la botella, y se la pasó suavemente por la garganta. Durante un momento ofreció la absurda imagen de una mujer buscándose arrugas o una papada. Encontró una roncha de piel levantada justo encima de la nuez. No había sangrado mucho, pero le dolía bastante al tocarla. Se lo había hecho la raíz que se había enroscado en tomo a su garganta.

—Real —murmuró Jack, mirando el agua anaranjada y escuchando el croar de las ranas y el distante mugido de las vacas—. Todo real.

9

Jack empezó a subir la cuesta del campo, dejando el río —y el este— a sus espaldas. Después de andar un poco menos de un kilómetro, el roce constante de la mochila contra su espalda dolorida (los latigazos de Osmond también habían dejado su huella, como le recordó la mochila al moverse) despertó otro detalle en su memoria. Había rechazado el enorme bocadillo de Speedy, pero ¿no había metido éste el pedazo sobrante en la mochila, mientras Jack examinaba la púa de guitarra?

Su estómago se aferró a esta idea.

Jack abrió al instante la mochila, deteniéndose en una zona de niebla espesa, bajo la estrella vespertina. Buscó en uno de los bolsillos y encontró el bocadillo,

no un pedazo ni la mitad, sino todo entero, envuelto en una hoja de periódico. Sus ojos se llenaron de lágrimas de agradecimiento y deseó que Speedy estuviera a su lado para poder abrazarle.

Hace diez minutos le has llamado loco borrachín.

Enrojeció al pensarlo, pero la vergüenza no le impidió devorar el bocadillo en media docena de grandes mordiscos. Volvió a cerrar la mochila y la cargó sobre sus hombros. Prosiguió su camino, sintiéndose mejor; después de llenar el rumoroso estómago, Jack volvía a ser él mismo.

Poco después vio centellear unas luces en la penumbra cada vez más densa. Una granja. Un perro se puso a ladrar —el bronco ladrido de un can realmente grande— y Jack se detuvo un momento.

Estará encerrado —pensó— *o atado. Así lo espero.*

Se encaminó hacia la derecha y al cabo de un rato el perro dejó de ladrar. Guiándose por las luces de la granja, Jack no tardó en salir a una estrecha carretera alquitranada. Se quedó mirando a derecha e izquierda, sin saber a dónde dirigirse.

Bien, amigos, aquí está Jack Sawyer, a medio camino entre un grito y un silbido, calado hasta los huesos y con las zapatillas cubiertas de barro. ¡A ver hacia dónde tiras, Jack!

La soledad y la añoranza volvieron a invadirle y luchó contra ambas. Se mojó el índice izquierdo con una gota de saliva y le dio un golpe brusco. La mayor de las dos mitades voló hacia la derecha —o así le pareció a Jack—, de modo que se volvió en dicha dirección y empezó a andar. Cuarenta minutos después, agotado de cansancio (y otra vez hambriento, lo cual era peor), vio un cascajar y una especie de cobertizo junto a un camino de acceso interceptado por una cadena.

Se agachó, pasó por debajo de la cadena y fue hacia el cobertizo. La puerta estaba cerrada con un candado, pero vio que la tierra se había desprendido en la parte baja de una de las paredes. Fue cuestión de un minuto quitarse la mochila, pasar a rastras por el agujero y tirar de la mochila. El candado de la puerta le hacía sentir más seguro.

Miró a su entorno y vio que estaba rodeado de herramientas muy viejas; al parecer, el lugar no había sido usado durante mucho tiempo y esto convenía a Jack. Se desnudó, porque no le gustaba el contacto con la ropa sucia y pegajosa.

Buscó la moneda que le había dado el capitán Farren en uno de los bolsillos del pantalón, donde la encontró como un gigante junto a las otras monedas corrientes. La sacó del bolsillo y vio que la moneda de Farren, con la cabeza de la Reina en una cara y el león alado en la otra, se había convertido en un dólar de plata de 1921. Miró larga y fijamente el perfil de la Dama Libertad en su rueda de carreta y volvió a deslizaría en el bolsillo de sus vaqueros.

Sacó ropa limpia, pensando que guardaría la sucia en la mochila por la mañana —cuando estuviera seca— y quizá la lavaría por el camino en una lavandería o en un arroyo que le saliera al paso.

Mientras buscaba calcetines, su mano topó con algo delgado y duro. Jack tiró del objeto y vio que era su cepillo de dientes. Al instante, imágenes del hogar, de la seguridad y la racionalidad —todas las cosas que puede representar un cepillo de dientes—surgieron en su interior y se enseñorearon de él. No había modo de ahogar o reprimir estas emociones ahora. Un cepillo de dientes era un objeto que debía verse en un cuarto de baño bien iluminado y usarse llevando pijama de algodón sobre el cuerpo y cálidas zapatillas en los pies. No era algo para encontrar en el fondo de una mochila en un cobertizo oscuro y frío al borde de un cascajar en un pueblo desierto cuyo nombre ni siquiera conocía.

La soledad le atravesó y comprendió en toda su magnitud su condición de paria. Empezó a llorar, no histéricamente o a gritos, como llora la gente cuando disimula la rabia con lágrimas, sino con los sollozos continuos de quien acaba de descubrir que está solo y lo estará durante mucho tiempo. Lloró porque la seguridad y la razón parecían haber abandonado el mundo. La soledad era esto, una realidad, pero en esta situación la locura era asimismo una posibilidad nada remota.

Jack se quedó dormido antes de agotar los sollozos. Se durmió acurrucado en tomo a la mochila, sólo vestido con calzoncillos y calcetines limpios. Las lágrimas habían limpiado unas líneas en sus mejillas sucias. En la mano sostenía sin fuerza el cepillo de dientes.

Capítulo 8

EL TONEL DE OATLEY

1

Seis días después, Jack había vencido casi toda su desesperación. Al final de sus primeros días de camino, tuvo la impresión de haber pasado de la niñez y la adolescencia a la edad adulta… y a la eficiencia. Era cierto que no había vuelto a los Territorios desde que se despertara en la ribera occidental del río, pero podía explicar esto, y el retraso que suponía en su viaje, diciéndose que ahorraba el zumo de Speedy para cuando lo necesitara de verdad.

Y, en cualquier caso, ¿no le había dicho Speedy que viajara primordialmente por los caminos de este mundo? Sólo obedezco órdenes, compañero.

Cuando el sol salía y los coches le llevaban cincuenta o sesenta kilómetros más hacia el oeste y tenía el estómago lleno, los Territorios parecían increíblemente lejanos e irreales: eran como una película que ya empezaba a olvidar, una fantasía pasajera. A veces, cuando se arrellanaba en el asiento delantero del coche de un maestro de escuela, por ejemplo, y contestaba a las preguntas usuales sobre historia, llegaba a olvidarlos. Los Territorios le abandonaban y él volvía a ser —o casi— el muchacho que había sido al principio del verano.

Especialmente en las grandes autopistas estatales, cuando un coche le dejaba

cerca de la rampa de salida, solía ver el próximo coche ceñirse al arcén diez o quince minutos después de que él levantara el pulgar para hacer autostop. Ahora se encontraba cerca de Batavia, en la parte occidental del estado de Nueva York, caminando hacia atrás por el carril derecho de la I-90, otra vez con el pulgar levantado, dirigiéndose hacia Buffalo; después de Buffalo, comenzaría a bajar hacia el sur. Jack pensaba que era una cuestión de idear la mejor manera de hacer algo y después limitarse a hacerlo. Rand MacNally y la historia le habían llevado hasta aquí; lo único que le hacía falta era suerte para encontrar a un conductor que se dirigiera a Chicago o a Denver (o a Los Angeles, si quieres soñar despierto sobre la suerte, Jacky-*baby*), a fin de poder emprender el viaje de regreso a casa antes de mediados de octubre.

Estaba bronceado por el sol, tenía quince dólares de su último trabajo en el bolsillo —lavar platos en el Golden Spoon Diner de Auburn— y sus músculos se habían estirado y endurecido. Aunque a veces sentía deseos de llorar, no había cedido a las lágrimas desde aquella primera e infeliz noche. Ahora controlaba la situación y en esto estribaba la diferencia; ahora que sabía cómo debía actuar, después de pensarlo con tanto detenimiento, estaba por encima de todo cuanto pudiera sucederle y hasta creía poder vislumbrar ya el final de su viaje, aunque estuviera tan lejano. Todo saldría bien y tendría muchos menos problemas de lo que había temido.

Esto era, por lo menos, lo que imaginaba Jack Sawyer cuando un polvoriento Ford Fairlane de color azul se acercó al arcén y esperó a que corriera hacia él, guiñando los ojos bajo el sol poniente. *Cincuenta o sesenta kilómetros,* pensó. Recordó la página de Rand McNally que había estudiado aquella mañana y decidió: *Catley.* Sonaba a aburrido, pequeño y seguro… ya estaba en marcha y nada podría hacerle ningún daño ahora.

2

Jack se agachó y miró por la ventanilla antes de abrir la puerta del Fairlane. E; asiento trasero estaba sembrado de muestrarios y volantes de propaganda y el asiento delantero ocupado por dos carteras de gran tamaño. El hombre de

cabellos negros y algo barrigudo que ahora casi parecía imitar la postura de Jack, inclinado sobre el volante y mirando al muchacho por la ventanilla, era un vendedor. La chaqueta de su traje azul colgaba del gancho que había detrás de él; llevaba el nudo de la corbata flojo y la camisa arremangada. Un vendedor de unos treinta y cinco años, viajando tranquilamente por su territorio. Le debía gustar mucho hablar, como a todos los vendedores. Le sonrió y levantó primero una de las carpetas, que dejó caer sobre el montón de papeles de] asiento trasero, y luego la otra.

—Te haremos un poco de sitio —dijo. Jack sabía que la primera pregunta que le formularía el hombre era por qué no estaba en el colegio. Abrió la puerta y saludó:

—Hola, gracias —y subió al coche.

—¿Vas muy lejos? —preguntó el vendedor, ajustando el espejo retrovisor mientras ponía la marcha automática y volvía al carril de la autopista.

—A Oatley —contestó Jack—. Creo que está a unos cuarenta y ocho kilómetros.

—Acabas de suspender en geografía —replicó el vendedor—. Oatley está a más de setenta. —Volvió la cabeza para mirar a Jack y sorprendió al muchacho guiñándole un ojo—. No te lo tomes a mal, pero detesto ver a niños haciendo autostop. Por esto siempre los recojo cuando los veo; así por lo menos sé que están seguros conmigo y no con un sobón, ¿sabes a lo que me refiero? Hay demasiados chalados por ahí, muchacho. ¿Lees los periódicos? Me refiero a los carnívoros. Podrías convertirte en una especie en peligro.

—Supongo que es verdad —respondió Jack—, pero procuro tener mucho cuidado.

—Vives cerca de aquí, ¿no?

El hombre seguía con la cara vuelta hacia él y sólo dirigía de vez en cuando hacia la carretera sus ojos de pájaro; Jack rebuscó frenéticamente en su memoria para dar con el nombre de una ciudad próxima a la autopista.

—Palmyra. Soy de Palmyra. El vendedor asintió, dijo:

—Un lugar viejo y bastante bonito —y volvió la cara para mirar hacia delante. Jack se apoyó en el cómodo respaldo del asiento y el hombre observó por fin—: Espero que no estés haciendo novillos, ¿verdad? —y Jack tuvo que volver a contar la historia.

La había contado tan a menudo, variando los nombres de las ciudades a medida que progresaba hacia el oeste, que tenía como un sabor de fluido monólogo en la boca.

—No, señor. Es que debo ir a Oatley a vivir una temporada con mi tía Helen. Helen Vaughan. Es la hermana de mi madre. Es maestra. Verá, mi padre murió el invierno pasado y las cosas se han puesto un poco difíciles; hace quince días, la tos de mamá empeoró tanto que casi no podía subir las escaleras y el médico dijo que debía guardar cama todo lo que pudiera, así que ella pidió a su hermana que cuidara de mí por un tiempo. Como es maestra, supongo que asistiré a la escuela de Oatley. Tía Helen no permitiría hacer novillos a ningún chico.

—¿Quieres decir que tu madre te ha dicho que vayas de Palmyra a *Oatley* haciendo autostop? —preguntó el hombre.

—Oh, no, claro que no, jamás me diría una cosa así. No, me dio dinero para el autobús, pero yo he decidido ahorrarlo. Me imagino que no podrá enviarme dinero durante una buena temporada y a tía Helen no le sobra. Mamá se asustaría si supiera que hago autostop, pero a mí me ha parecido un derroche. Quiero decir que cinco dólares son cinco dólares y ¿por qué darlos al conductor de un autobús?

El hombre le miró de soslayo.

—¿Cuánto tiempo calculas que pasarás en Oatley?

—Es difícil de decir. Espero que mamá se ponga bien muy pronto.

—Bueno, pero no regreses haciendo autostop, ¿de acuerdo?

—Ya no tenemos coche —dijo Jack, añadiendo este nuevo detalle a la historia. Empezaba a divertirse—. ¿Puede creerlo? Vinieron en plena noche para llevárselo, los cobardes asquerosos. Sabían que todos estarían dormidos. Vinieron en plena noche y sacaron el coche del garaje. Señor, yo habría luchado por aquel coche, y no sólo para poder ir en él a casa de mi tía. Cuando mamá va a ver al médico, tiene que bajar a pie toda la colina y andar cinco manzanas hasta la parada del autobús. No tendrían que poder hacer una cosa así, ¿verdad? ¿Presentarse por las buenas y robar tu propio coche? Pensábamos reanudar muy pronto el pago de los plazos. ¿Usted no llamaría a esto robar?

—Si me ocurriera a mí, supongo que sí —asintió el hombre— Bueno, espero que tu madre se restablezca cuanto antes.

—Ya somos dos —dijo Jack, fiel a la verdad. Y guardaron silencio hasta que

empezaron a aparecer los letreros de Oatley. El vendedor detuvo el coche justo después de entrar en la rampa de salida, sonrió de nuevo a Jack y se despidió:

—Buena suerte, chico.

Jack asintió y abrió la puerta.

—Espero que no tengas que pasar demasiado tiempo en Oatley.

Jack le dirigió una mirada inquisitiva.

—Bueno, conoces el lugar, ¿no?

—Un poco. En realidad, no.

—Pues es un verdadero infierno. Un lugar donde se comen lo que atropellan en la carretera. Gorillaville. Se comen la cerveza y luego se comen el vaso. Algo así.

—Gracias por la advertencia —dijo Jack, apeándose del coche. El vendedor agitó la mano y puso en marcha el Fairlane. Al cabo de pocos momentos era sólo una forma negra alejándose a toda velocidad hacia el sol bajo y anaranjado.

3

Durante unos dos kilómetros la carretera le llevó a través de un paisaje llano y monótono; a lo lejos se veían dos casas pequeñas de dos pisos encaramadas al borde de los campos, que eran marrones y estériles. Las casas no eran granjas; muy separadas entre sí, dominaban los campos yermos y se levantaban en medio de un silencio gris sólo interrumpido por el gemido del tráfico que circulaba por la I-90. No mugían vacas ni relinchaban caballos; no había animales ni maquinaria agrícola. Frente a una de las pequeñas casas se veía media docena de coches viejos y oxidados. En aquellas casas vivían seres que odiaban tanto a su propia especie que incluso Oatley estaba demasiado habitado para ellos. Los campos vacíos les proporcionaban los fosos que necesitaban en torno a sus ruinosos castillos.

Por fin llegó a una encrucijada, que parecía una caricatura: dos caminos estrechos cruzándose en un desierto y prosiguiendo hacia otra especie de desierto. Jack empezó a perder el sentido de la orientación y se ajustó la mochila mientras se acercaba a los altos y herrumbrosos tubos de hierro que sostenían los

negros rótulos, también herrumbrosos, con los nombres de las calles. ¿Debería haberse dirigido hacia la izquierda en lugar de hacia la derecha cuando había salido de la rampa del desvío? El letrero que señalaba la carretera paralela a la autopista decía CARRETERA DE DOGTOWN. ¿Dogtown? Jack miró en aquella dirección y sólo vio una llanura infinita, campos llenos de malas hierbas y el tramo negro de asfalto. El trecho donde él se encontraba se llamaba MILL ROAD, según el letrero, y a algo más de un kilómetro de distancia se metía en un túnel casi completamente cubierto por árboles y por una alfombra de hiedra extrañamente púbica. Un letrero blanco pendía entre la exuberancia de la hiedra, al parecer apoyado en ella. Las palabras eran demasiado pequeñas para que pudieran leerse. Jack metió la mano derecha en el bolsillo y apretó la moneda que le había dado el capitán Farren.

El estómago se le quejaba; pronto necesitaría cenar, así que debía alejarse de allí y encontrar una ciudad donde poder ganar su sustento. Seguiría por Mill Road; al menos podía andar hasta el otro extremo del túnel y ver qué había al otro lado. Se obligó a caminar hacia él, mientras la boca oscura entre los árboles se agrandaba a cada paso.

Fresco, húmedo y con color a polvo de ladrillo y tierra removida, el túnel pareció admitir al muchacho y comprimirse a su alrededor. Por un momento Jack temió que le condujese bajo tierra —no se veía ningún círculo de luz en el otro extremo del túnel—, pero entonces se dio cuenta de que el suelo de asfalto era plano. ENCIENDAN LOS FAROS, rezaba el letrero de la entrada. Jack chocó contra la pared de ladrillo y un polvo granuloso se desmenuzó entre sus dedos. «Faros», se dijo, deseando tener uno para encenderlo. Comprendió que el túnel debía curvarse en algún lugar. Aunque caminaba con cautela, lentitud y cuidado, había ido a parar contra la pared como un ciego con las manos extendidas. Continuó adelante, a tientas, tocando la pared. Cuando el coyote de las tiras cómicas de Correcaminos hacía algo parecido a esto, solía acabar contra el parachoques de un camión.

Algo correteó de prisa por el suelo del túnel y Jack se inmovilizó.

Una rata, pensó, o quizá un conejo que cruzaba los campos. Sin embargo, el ruido sugería algo más grande.

Volvió a oírlo, más lejano en la oscuridad, y avanzó otro paso a ciegas. Delante de él oyó, una sola vez, una aspiración y se detuvo, preguntándose: *¿Ha*

sido eso un animal? Dejó las yemas de los dedos apoyadas contra la pared y esperó la espiración. No había sonado como un animal; desde luego, ningún conejo o rata inspiraban tan profundamente. Avanzó unos centímetros, casi reacio a admitir que, fuera lo que fuese, le había asustado.

Se detuvo otra vez al oír en la oscuridad un ligero sonido semejante a una risa ahogada. Un segundo después llegó hasta su nariz desde el fondo del túnel un olor familiar pero no identificable, tosco, fuerte, como de almizcle.

Jack miró hacia atrás por encima del hombro. Ahora la entrada era visible sólo a medias, oscurecida por la curva de la pared, muy lejana y del tamaño de una madriguera de conejo.

—¿Qué hay ahí? —llamó—. ¡Eh! ¿Hay algo aquí conmigo? ¿O alguien?

Creyó oír un murmullo hacia el interior del túnel.

Se recordó a sí mismo que no estaba en los Territorios; a lo mejor había asustado a un perro soñoliento que se había cobijado para dormir en la fresca penumbra. Si así era, le salvaría la vida despertándole antes de que entrara algún coche.

—¡Eh, perro! —gritó—. ¡Perro!

Y fue recompensado al instante por el sonido de patas corriendo por el túnel. Pero… ¿salían o entraban? No podía decidir por el suave murmullo si el animal se alejaba o aproximaba. Entonces se le ocurrió que tal vez el ruido se acercaba a él por la espalda y cuando torció el cuello para mirar, vio que había avanzado lo suficiente para no ver tampoco la entrada.

—¿Dónde estás, perro? —preguntó.

Algo rascó el suelo a pocos centímetros detrás de él y Jack dio un salto y chocó violentamente con el hombro contra la curva de la pared.

Adivinó una forma —parecida a la de un perro, tal vez— en la oscuridad. Dio un paso adelante y se paró en seco, víctima de una desorientación tan grande que se imaginó de nuevo en los Territorios. El túnel estaba lleno de aquel olor a almizcle acre, propio de un zoológico, y lo que se acercaba a él no era un perro.

Una ráfaga de aire frío que olía a grasa y alcohol le sopló en la cara. Sintió que la forma se aproximaba.

Durante sólo un instante vislumbró un rostro colgado en las tinieblas, iluminado por una luz interior leve y enfermiza, una cara larga y amarga que debía ser casi juvenil pero no lo era. Su aliento olía a sudor, grasa y alcohol. Jack

se apretó contra la pared, con los puños levantados, y el rostro se desvaneció en la oscuridad.

Sobrecogido por el terror, pensó que oía pasos rápidos y suaves que se dirigían hacia la entrada del túnel y desvió el rostro de los centímetros cuadrados de oscuridad que habían reclamado su atención. Tinieblas, silencio. El túnel estaba vacío ahora. Jack se frotó las manos contra las axilas y apoyó la mochila contra los ladrillos; al cabo de un momento volvió a andar.

En cuanto hubo salido del túnel, dio media vuelta para mirarlo. No salía ningún ruido, ningún ser fantasmal le perseguía. Dio tres pasos y miró hacia dentro. Y entonces casi se le paró el corazón, porque se acercaban a él dos enormes ojos anaranjados, que salvaron la mitad de la distancia que mediaba entre ellos y Jack en cuestión de segundos. El muchacho no podía moverse… Estaba hundido en el asfalto hasta más arriba de los tobillos. Por fin consiguió extender las manos, con las palmas hacia arriba, en un gesto de defensa instintiva. Los ojos continuaron avanzando en su dirección y una bocina sonó con estruendo. Segundos antes de que el coche saliera del túnel a toda velocidad, con un hombre rubicundo al volante, que le agitó un puño, Jack se lanzó hacia un lado.

—MIEEEEERDAAAAAA… —profirió la boca contraída. Todavía aturdido, Jack se volvió y vio el. coche alejarse colina abajo hacia un pueblo que debía ser Oatley.

4

Situado en una larga depresión del terreno, Oatley se desparramaba a partir de dos calles principales. Una, la continuación de Mili Road, pasaba por delante de un edificio destartalado que se levantaba en medio de una vasta zona de aparcamiento —una fábrica, pensó Jack— y se convertía en solares para coches de segunda mano (banderines colgantes), tenderetes de bocadillos (Las Grandes Tetas de América), una bolera con un enorme letrero de neón (¡BOLERAMA!), tiendas de comestibles y gasolineras. Más allá, Mili Road seguía durante cinco o seis manzanas de casas, viejos edificios de ladrillos de dos pisos ante los cuales

había coches aparcados en batería. En la otra calle se encontraban por lo visto las casas más importantes de Oatley: grandes edificios de madera con porches y largos prados inclinados. En la intersección de estas dos calles había un semáforo cuyo ojo rojo parpadeaba a la luz del atardecer. Otro semáforo a quizá ocho manzanas de distancia cambiaba al verde ante un edificio alto, sucio, de numerosas ventanas, que parecía un sanatorio mental y era probablemente la escuela de segunda enseñanza. De las dos calles partía un laberinto de casitas intercaladas entre edificios anónimos cercados por alambradas altas.

Muchas ventanas de la fábrica estaban rotas y algunas de la parte vieja habían sido cegadas con tablones. Montones de basura y papeles sembraban los patios de cemento. Incluso las casas importantes parecían abandonadas, con los porches semiderruidos y la pintura descascarillada. Aquí debían vivir los dueños de los solares para coches usados, llenos de vehículos invendibles.

Por un momento Jack pensó en volver la espalda a Oatley y andar hasta Dogtown, fuera lo que fuese, pero aquello significaba pasar otra vez por el túnel de Mili Road. Sonó una bocina en el centro del sector comercial y el sonido llegó a oídos de Jack lleno de una soledad y nostalgia inexpresables.

No podría descansar hasta haber llegado a las puertas de la fábrica, muy lejos del túnel de Mill Road. Casi un tercio de las ventanas de la sucia fachada de ladrillos estaban rotas y muchas de las otras, tapadas con rectángulos marrones de cartón. Incluso desde la carretera, Jack pudo oler a aceite de máquinas, grasa, correas de ventilador quemadas y engranajes gastados. Se metió las manos en los bolsillos y bajó por la colina tan de prisa como pudo.

5

Vista de cerca, la ciudad era aún más deprimente que desde la colina. Los vendedores de coches usados se apoyaban en las ventanas de sus oficinas, demasiado aburridos para salir afuera. Sus banderines pendían deshilachados y tristes, los letreros, optimistas en su día, se levantaban a lo largo de la deteriorada acera, frente a las hileras de coches, amarillentos por el tiempo: ¡SÓLO UN PROPIETARIO! ¡FANTÁSTICA OPORTUNIDAD! ¡EL COCHE DE LA SEMANA! La

tinta se había corrido en algunos de los letreros, como si los hubieran dejado bajo la lluvia. Por las calles transitaba muy poca gente. Mientras Jack se dirigía al centro de la ciudad, vio a *un* hombre de mejillas hundidas y piel grisácea tratando de subir a la acera un viejo carrito de compra. Cuando se acercó, el viejo farfulló algo hostil y asustado, descubriendo unas encías negras como las de un tejón. ¡Pensó que Jack pretendía robarle el carrito! «Lo siento», dijo Jack, con el corazón palpitante. El viejo intentaba abrazar todo el carrito, como para protegerlo, enseñando a su enemigo aquellas encías ennegrecidas.

—Lo siento —repitió Jack—, sólo iba a…

—¡Fueeeraaaa…! ¡fueeeeraaaa! —exclamó el viejo, haciendo rechinar los dientes, y unas lágrimas rodaron por las arrugas de sus mejillas.

Jack se alejó a toda prisa.

Veinte años antes, durante la década de los sesenta, Oatley quizá había conocido la prosperidad. El relativo esplendor del tramo de Mill Road a la salida de la ciudad era producto de una era en que las acciones subían, la gasolina aún era barata y nadie había oído el término «renta discrecional» porque les sobraba. La gente había invertido el dinero en operaciones subvencionadas y pequeñas tiendas y durante un tiempo, si no había hecho grandes negocios, por lo menos se había mantenido a flote. Aquella corta serie de manzanas conservaba aquella esperanza superficial, pero sólo unos cuantos adolescentes aburridos holgazaneaban ante botellas medianas de coca-cola en los restaurantes subvencionados y en demasiadas ventanas de demasiadas tiendas pequeñas se veían letreros tan deslucidos como los de los solares de coches usados anunciando: ¡LIQUIDACIÓN TOTAL! ÚLTIMA OPORTUNIDAD. Jack no vio ningún letrero que ofreciera un puesto de trabajo, así que siguió caminando.

La parte comercial de Oatley mostraba la realidad bajo los colores de payaso feliz dejados por los años sesenta. Mientras Jack caminaba frente a aquellas manzanas de viejos edificios de ladrillo, su mochila pareció hacerse más pesada y sus pies más sensibles. Ya habría empezado a andar hacia Dogtown de no ser por sus pies y por la necesidad de cruzar otra vez el túnel de Mili Road. Por supuesto no acechaba en su interior ningún fiero hombre lobo; ahora ya lo sabía. Nadie podía haberle hablado en el túnel; los Territorios le habían trastornado.

Ante todo, la vista de la Reina y luego el muchacho muerto bajo el carro, con la mitad de la cara destrozada. Después Morgan y los árboles. Pero aquello había pasado *allí,* donde tales cosas existían… y hasta quizá eran normales. *Aquí,* la normalidad no admitía cosas tan burdas.

Se hallaba ante un escaparate largo y sucio sobre el cual apenas podía leerse en el ladrillo el gastado eslogan: ALMACÉN DE MUEBLES. Se llevó la mano a los ojos y miró hacia el interior. Un sofá y un sillón, ambos cubiertos por una sábana blanca, estaban a cuatro metros de distancia uno de otro sobre el ancho suelo de madera. Jack siguió bajando por la manzana, preguntándose si tendría que mendigar algo de comida.

En un coche aparcado ante una tienda atrancada con tablones estaban sentados cuatro hombres. Jack sólo tardó un momento en ver que el coche, un antiguo DeSoto negro del que parecía a punto de saltar Broderick Crawford, carecía de neumáticos. Pegado con una tira adhesiva transparente al limpiaparabrisas había un cartón amarillo de diez por veinte centímetros que rezaba CLUB BUEN TIEMPO. Los hombres de su interior, dos delante y dos detrás, jugaban a cartas. Jack se acercó a la ventanilla delantera del lado derecho.

—Perdóneme —dijo, y el jugador de cartas más próximo a él le miró con un ojo redondo y gris—. ¿Sabe dónde…?

—Lárgate —contestó el hombre. Su voz era apagada y flemática, poco acostumbrada a hablar. La cara medio vuelta hacia Jack mostraba profundas huellas de acné y era extrañamente aplanada, como si alguien la hubiera pisado cuando el hombre era un niño de pecho.

—Sólo quería saber si podría encontrar trabajo para un par de días.

—Pruébalo en Texas —dijo el hombre sentado ante el volante y la pareja del asiento posterior se echó a reír, salpicando de cerveza las cartas.

—Ya te lo he dicho, chico, lárgate —repitió el hombre de ojos grises y cara plana— o te moleré a palos personalmente.

Jack comprendió que hablaba en serio; si se quedaba un momento más, la rabia de este hombre se enseñorearía de él y le haría apearse del coche para golpearle hasta dejarlo inconsciente. Entonces subiría de nuevo al coche y abriría otra cerveza. Latas de Rolling Rock cubrían el suelo, algunas abiertas, derramando cerveza por doquier, mientras las cerradas estaban unidas por aros de plástico. Jack retrocedió y el ojo redondo dejó de mirarle.

—Quizá pruebe Texas, después de todo —dijo. Aguzó el oído para saber si se abría la puerta del DeSoto a sus espaldas, pero lo único que oyó abrirse fue otra Rolling Rock.

¡Crac! ¡Shhhh!

Continuó andando.

Llegó al final de la manzana y se encontró mirando hacia la otra calle principal de la localidad, a un trozo de césped moribundo, sembrado de malas hierbas amarillentas por entre las que asomaban estatuas de faunos parecidos a los de Disney, hechos con fibra de vidrio. Una vieja informe que empuñaba un matamoscas le miró desde un columpio de porche.

Jack se alejó de su mirada suspicaz y vio ante él al último de los inanimados edificios de ladrillos de Mili Road. Tres escalones de cemento conducían a una puerta de celosía abierta. Una ventana larga y oscura contenía un letrero luminoso, BUDWEISER, y treinta centímetros a la derecha, las palabras pintadas: BAR OATLEY DE UPDIKE. Y un poco más abajo, escrita a mano en un cartón amarillo la frase maravillosa SE NECESITA EMPLEADO. Jack se bajó la mochila de la espalda, se la puso bajo el brazo y subió los escalones. Fue sólo un instante, pero al pasar de la cansada luz del sol a la oscuridad del bar, recordó la entrada bajo el tupido fleco de hiedra del túnel de Mili Road.

Capítulo 9

JACK EN LA PLANTA NEPENTE

1

Unas sesenta horas después, un Jack Sawyer cuyo estado de ánimo era muy diferente de aquel en que se encontraba el Jack Sawyer que se había aventurado el miércoles en el túnel de Oatley, estaba en la helada trastienda del bar Oatley, escondiendo su mochila tras los pequeños barriles de Busch colocados al fondo de la habitación, que parecían bolos de aluminio en un callejón gigante. Dentro de dos horas escasas, cuando el bar cerrase por fin para la noche, Jack tenía intención de huir. El hecho de que pensara en ello de esta manera —no *marcharse o seguir su camino,* sino *huir*— era una prueba de lo desesperada que consideraba su situación.

Tenía seis años, seis, John B. Sawyer tenía seis años, Jacky tenia seis años. Seis.

Esta idea, al parecer sin sentido, se había insinuado en su mente aquella tarde y empezado a reiterarse. Suponía que era una clara muestra de lo asustado que estaba, de su completa seguridad de que la situación empezaba a ser insostenible. No tenía la menor noción del significado de aquella idea, que se limitaba a describir círculos y más círculos, como un caballo de madera clavado a un carrusel.

Seis. *Tenía seis años. Jack Sawyer tenía seis años.* Una y otra vez, describiendo un círculo tras otro. El almacén compartía una pared con el bar y esta noche aquella pared vibraba de tanto ruido, latiendo como un tambor. Veinte minutos antes era la noche del viernes y tanto Textiles y Tejidos Oatley como Cauchos Dogtown pagaban los viernes. Ahora el bar Oatley estaba lleno a rebosar. Un gran cartel a la izquierda de la barra proclamaba: LA OCUPACIÓN POR MÁS DE 220 PERSONAS VIOLA EL ARTÍCULO 331 DE LA LEY DE INCENDIOS DEL CONDADO DE GENESEE. Por lo visto, el artículo 331 quedaba sin efecto los fines de semana, porque Jack calculaba que se apiñaban ahora en él más de trescientas personas, bailando al son de los *boogies* de una orquesta *country* del oeste que se autodenominaba The Genny Valley Boys. Era una orquesta pésima, pero poseía una guitarra de pedal de acero.

—Hay chicos por aquí que joderían con un pedal de acero, Jack —había dicho Smokey.

—¡Jack! —gritó Lori por encima del muro de sonido. Lori era la compañera de Smokey. Jack desconocía su apellido. Apenas podía oírla por encima del tocadiscos automático, que tocaba a todo volumen cuando la orquesta descansaba. Jack sabía que sus cinco miembros estaban en un extremo de la barra, atiborrándose de «rusos negros» a mitad de precio. Lori asomó la cabeza a la puerta de la trastienda. Cabellos rubios sin vida, sujetos con infantiles barritas de plástico, centelleaban bajo el fluorescente del techo.

—Jack, si no sacas ese cuñete al instante, te retorcerá el brazo.

—Está bien —dijo Jack—. Dile que ahora mismo voy.

Tenía la carne de gallina y no era sólo por el frío húmedo de la trastienda. Con Smokey Updike no se podía jugar, el Smokey que llevaba sobre la estrecha cabeza una serie de gorros de cocinero de papel, el Smokey que usaba una gran dentadura de plástico encargada por correo, horrible y a veces fúnebre en su perfecta regularidad, el Smokey de violentos ojos castaños que tenían el blanco de un tono amarillo sucio, el Smokey Updike que en cierto modo era todavía un desconocido para Jack —por lo cual le inspiraba mucho más miedo— y que había logrado hacer de él un cautivo.

El tocadiscos automático enmudeció temporalmente, pero el ruido constante de la clientela pareció aumentar unos decibelios para compensarlo. Un vaquero del lago Ontario levantó la voz en una atronadora exclamación de borracho:

«YIIIII-JOOOO». Se oyó el grito de una mujer. Rompieron un cristal. Entonces el tocadiscos volvió a empezar, sonando un poco como un cohete de Saturno a velocidad de escape.

Una especie de lugar donde se comen lo que atropellan en la carretera.

Crudo.

Jack se inclinó sobre uno de los cuñetes de aluminio y lo sacó de la hilera arrastrándolo más o menos un metro, con los labios apretados en una mueca de dolor, la frente perlada de sudor pese al ambiente de aire acondicionado y la espalda resentida. El cuñete rechinó y rascó el cemento desnudo. Jack se detuvo, respirando con fuerza, sintiendo zumbidos en los oídos.

Acercó la carretilla al cuñete de Busch, la puso derecha y dio la vuelta al cuñete. Cuando logró inclinarlo sobre el borde, lo hizo girar hasta la pequeña plataforma de la carretilla, pero al ir a dejarlo sobre ella, perdió el control (el gran cuñete de bar sólo pesaba unas libras menos que él mismo) y lo dejó caer con fuerza sobre el borde de la carretilla, forrado con un trozo de alfombra para suavizar aquella clase de maniobras. Jack intentó dirigirlo al mismo tiempo que retiraba a tiempo las manos, pero fue demasiado lento y el cuñete aplastó sus dedos contra la carretilla. Después del golpe sordo y muy doloroso, consiguió de algún modo extraer los dedos, que le latían por la presión. Se los metió todos en la boca y los chupó, con lágrimas en los ojos.

Peor aún que pillarse los dedos era oír el lento suspiro de los gases que escapaban a través del tapón de la parte superior del cuñete. Si Smokey colgaba el cuñete y salía espuma… o aún peor, si lo destapaba y un surtidor le empapaba la cara…

Era mejor no pensar en ninguna de estas cosas.

La noche anterior, la del jueves, mientras intentaba «sacar un cuñete para Smokey», el pequeño barril se había volcado sobre el costado y el tapón había saltado hasta el otro lado de la trastienda, rociando el suelo de espuma dorada y blanca, que fluyó por el desagüe. Jack, horrorizado, se quedó inmóvil, escuchando los gritos de Smokey. No era Busch, sino Kingsland. No era cerveza corriente, sino la clase especial espesa y amarga, la cerveza de la Reina.

Fue la primera vez que Smokey le pegó: una bofetada rápida que envió a Jack contra una de las paredes resquebrajadas de la trastienda.

—Por ahí se escapa tu paga del día —había dicho Smokey—. Y espero que

no vuelvas a hacer esto nunca, Jack.

Lo que más alarmó a Jack de la frase *espero que no vuelvas a hacer esto nunca* fue su implicación: que habría muchas oportunidades para que volviera a hacerlo; como si Smokey Updike pensara retenerle por un período muy largo.

—*¡Jack, date prisa!*

—Ya voy —resopló Jack. Tiró de la carretilla hasta la puerta, buscó el pomo a sus espaldas, lo hizo girar y abrió la puerta de un empujón, chocando con algo blando y de gran tamaño.

—¡Cuidado, imbécil!

—Oh, lo siento —dijo Jack.

—Ya me encargaré de que lo sientas, maricón —replicó la voz. Jack esperó hasta que oyó alejarse unos pasos pesados por el pasillo que conducía a la trastienda y entonces volvió a abrir.

El pasillo era estrecho y estaba pintado de verde bilioso. Apestaba a mierda, orina y Waterlimp. Tanto el yeso como el enlistonado de la pared tenían agujeros y por doquier podían leerse inscripciones escritas por borrachos aburridos que esperaban para usar el cubículo marcado POINTERS o SETTBRS. La más larga estaba escrita sobre la pintura verde con un rotulador negro y parecía expresar toda la furia sorda y ciega de Oatley. ENVIAD A TODOS LOS NEGROS Y JUDÍOS AMERICANOS A IRÁN, decía.

El ruido del bar se oía con fuerza en la trastienda, pero aquí era una gran oleada de sonido que parecía no tener fin. Jack echó una ojeada al almacén por encima del cuñete colocado en posición vertical sobre la carretilla, para cerciorarse de que su mochila no era visible.

Tenía que salir de aquí; era *preciso*. El teléfono mudo que al final había hablado, como si le encerrara en una cápsula de hielo negro… aquello había sido malo, pero Randolph Scott era peor. El individuo no era en realidad Randolph Scott, sólo tenía su aspecto cuando hacía películas en los años cincuenta. Smokey Updike debía ser aún peor… aunque Jack ya no estaba seguro de ello desde que había visto (o creía haber visto) cambiar de color los ojos del hombre que se parecía a Randolph Scott.

Sin embargo, estaba seguro de que Oatley era lo peor de todo.

Oatley, Nueva York, en el corazón del condado de Genny, le parecía ahora una horrible trampa que le habían tendido… una especie de planta nepente

municipal. La planta nepente era una de las verdaderas maravillas de la naturaleza. Resultaba fácil entrar. Y casi imposible salir.

2

Un hombre alto, con un gran miembro oscilante delante de él, esperaba para entrar en el lavabo de hombres. Se paseaba un mondadientes de plástico de un lado a otro de la boca y clavaba en Jack una mirada furibunda. Jack supuso que era el miembro del hombre lo que había golpeado al abrir la puerta.

—Maricón —repitió el hombre y en aquel momento se abrió de golpe la puerta del lavabo y salió otro tipo. Durante un segundo estremecedor, su mirada se cruzó con la de Jack. Era el hombre que se parecía a Randolph Scott, sólo que éste no era actor de cine, sino un obrero textil de Oatley que se gastaba en bebida el sueldo de la semana. Más tarde se marcharía en un Mustang a medio pagar o quizá en una moto pagada en sus tres cuartas partes, probablemente una Harley grande y vieja con una pegatina de COMPRE AMERICANO en el sillín.

Sus ojos se volvieron amarillos. No, es pura imaginación, Jack, pura imaginación. No es más que…

… un obrero textil que le miraba porque era nuevo. Lo más probable era que hubiese asistido a la escuela de segunda enseñanza de la localidad, que jugara al fútbol, que hubiese preñado a una hincha católica y contraído matrimonio con ella y que la hincha hubiese engordado de tanto comer chocolate y platos congelados; sólo un palurdo más de Oatley, sólo…

Pero sus ojos se habían vuelto amarillos. ¡Basta! ¡No es cierto!

Sin embargo, había algo en él que recordó a Jack lo sucedido cuando se dirigía a la ciudad… lo sucedido en las tinieblas.

El hombre gordo que había llamado maricón a Jack retrocedió ante el hombre delgado de los Levis y la camiseta blanca y limpia. Randolph Scott se acercó a Jack con las grandes y venosas manos colgando a los lados.

Sus ojos de un azul brillante y glacial empezaron a cambiar, a humedecerse e iluminarse.

—Chico —dijo y Jack huyó con torpe apresuramiento, abriendo la puerta

giratoria con el trasero, sin importarle a quien golpeaba.

El ruido le aturdió. Kenny Rogers cantaba a grito pelado un entusiasta himno sureño dedicado a alguien llamado Reuben James. *«Siempre volviste la otra mejilla* —entonó ante el auditorio de borrachos hoscos e indolentes— *¡diciendo que un mundo mejor espera a los humildes!»* Jack no vio a nadie que pareciera especialmente humilde. Los Genny Valley Boys estaban volviendo al estrado y cogiendo sus instrumentos. Todos menos el de la guitarra de pedal parecían ebrios y confusos… quizá nada seguros de dónde se encontraban. El de la guitarra sólo tenía aspecto de aburrido.

A la izquierda de Jack, una mujer hablaba en tono muy serio por el teléfono público del bar, un teléfono que Jack no volvería a tocar, si podía evitarlo, ni por mil dólares. Mientras la mujer hablaba, su compañero borracho le metía la mano por el escote de la camisa de vaquero medio desabrochada. En la gran pista de baile se manoseaban y arrastraban los pies unas setenta parejas, indiferentes al ritmo acrecentado de la última canción, simplemente arrimándose y meneando las caderas, con las manos en las nalgas y los labios pegados a los de la pareja, mientras el sudor les bajaba por las mejillas y formaba grandes círculos bajo sus axilas.

—Bueno, gracias a Diooos —exclamó Lori, levantando para Jack la barra lateral. Smokey se hallaba en el centro de la barra, llenando la bandeja de Gloria con gin-tonics, cócteles de vodka y lo que parecía ser el único rival de la cerveza como bebida popular de Oatley: «rusos negros».

Jack vio entrar a Randolph Scott por la puerta giratoria. El hombre le buscó con la mirada y sus ojos se clavaron al instante en los suyos. Asintió un poco con la cabeza, como diciendo: *Ya hablaremos. Ya lo creo que sí. Quizá hablaremos de lo que podio, o no podía haber en el túnel de Oatley. O sobre látigos. O madres enfermas. Quizá hablaremos de que vas a quedarte en el condado de Genny durante mucho, mucho tiempo… tal vez hasta que seas un viejo que llore empujando un carrito de la compra. ¿Qué crees tú, Jack?*

Jack se estremeció.

Randolph Scott sonrió, como si le hubiera visto estremecerse… o lo hubiera adivinado. Entonces se mezcló con la gente en el aire viciado.

Un momento después los dedos delgados pero fuertes de Smokey agarraron el hombro de Jack, buscando el lugar más doloroso y encontrándolo, como

siempre. Eran dedos educados, expertos en buscar las fibras nerviosas.

—Jack, tienes que moverte más de prisa —dijo Smokey. Su voz sonó casi comprensiva, pero sus dedos se hundían, hurgaban y apretaban. El aliento le olía a las pastillas rosas de menta que chupaba casi constantemente. Su dentadura postiza enviada por correo castañeteaba. A veces sorbía de un modo obsceno cuando se le desplazaba y tenía que succionar para colocarla de nuevo en su sitio —. Has de moverte más de prisa o tendré que encender fuego bajo tu culo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí —respondió Jack, tratando de no gemir.

—Bien. Entendidos, entonces.

Durante un penosísimo momento, los dedos de Smokey se hundieron aún más, apretando con acerbo entusiasmo un pequeño núcleo de nervios. Jack gimió por fin y esto fue suficiente para Smokey, que le soltó.

—Ayúdame a colgar este cuñete, Jack. Y hagámoslo rápido. Es viernes por la noche y la gente quiere beber.

—Sábado por la mañana —dijo estúpidamente Jack.

—Eso también. Rápido.

Jack logró ayudar a Smokey a levantar el cuñete hasta el compartimiento cuadrado de debajo de la barra. Los músculos finos y resistentes de Smokey abultaban y se retorcían bajo su camiseta del bar Oatley. El sombrero de papel no se le cayó de la cabeza de comadreja; el borde casi le rozaba la ceja izquierda, en aparente desafío a la ley de la gravedad. Jack miró, conteniendo el aliento, cómo Smokey quitó con un golpecito el tapón de plástico rojo del cuñete. Éste respiró con más fuerza de la debida, pero no salió espuma. Jack expelió el aire en silencio. Smokey hizo girar hacia él el cuñete vacío.

—Llévatelo al almacén y luego recoge la porquería del lavabo. Recuerda lo que te he dicho esta tarde.

Jack lo recordaba. A las tres había sonado un silbido semejante a una sirena de alarma de bombardeo que le había causado un tremendo sobresalto. Lori se había reído y había dicho: *Cachea a Jack, Smokey… creo que acaba de mearse en los vaqueros.* Smokey la había mirado con los ojos entornados, sin sonreír, haciendo una seña a Jack para que se acercara. Le explicó que el silbido significaba que era el día de paga en la fábrica textil de Oatley y que se parecía mucho al silbido que sonaba en Cauchos Dogtown, una compañía que fabricaba

juguetes de playa, muñecas hinchables y preservativos con nombres como Fundas de Placer. Añadió que el bar de Oatley no tardaría en llenarse.

—Y tú y yo y Lori y Gloria vamos a movernos con la rapidez del rayo —agregó Smokey— porque cuando el águila grita el viernes, hemos de resarcirnos de lo que no gana este lugar los domingos, lunes, martes, miércoles y jueves. Cuando te diga que me mandes un cuñete, tienes que haberlo sacado antes de que yo acabe de gritar. Y vas al lavabo de hombres cada media hora con la fregona. Los viernes por la noche, un tipo vacía el estómago cada quince minutos más o menos.

—A mí me toca el de las mujeres —dijo Lori, acercándose. Tenía los cabellos finos, rizados y rubios y la tez blanca como la de un vampiro de tira cómica. O bien estaba resfriada o solía aspirar droga, porque no paraba de sorber aire por la nariz. Jack adivinó que era un resfriado; dudaba de que alguien pudiera permitirse en Oatley el lujo de aficionarse a la droga—. El de las mujeres no está tan mal como el de los hombres. Casi, pero no tanto.

—Cierra el pico, Lori.

—Ciérralo tú —replicó ella y la mano de Smokey salió disparada. Se oyó un chasquido y de pronto la huella de la palma de Smokey quedó grabada en color rojo en una de las pálidas mejillas de Lori, como una calcomanía infantil. Lori empezó a gimotear… pero Jack sintió asco y perplejidad al ver que la expresión de sus ojos era casi feliz. Era la mirada de una mujer convencida de que semejante tratamiento es una muestra de afecto.

—No dejes de trabajar y no habrá problemas —continuó Smokey—. Acuérdate de moverte de prisa cuando te pida un cuñete a gritos y de entrar en el lavabo de hombres con la fregona cada media hora para limpiar los vómitos.

Y entonces él había repetido a Smokey que quería marcharse y Smokey había reiterado su falsa promesa sobre el domingo por la tarde… pero, ¿de qué servía pensar en aquello?

Ahora sonaron gritos más fuertes y estentóreas carcajadas, el crujido de una silla a! romperse y un prolongado alarido de dolor. Una pelea —la tercera de la noche— acababa de empezar en la pista de baile. Smokey profirió una maldición y empujó a Jack para pasar.

—Llévate ese cuñete —ordenó.

Jack puso el cuñete vacío en la carretilla y la empujó hasta la puerta

giratoria, mirando con inquietud a su alrededor en busca de Randolph Scott. Le vio entre el grupo que contemplaba la pelea y se relajó un poco.

En el almacén, colocó el cuñete vacío junto a los demás en el compartimiento de carga y descarga; en el bar Oatley de Updike ya se habían vaciado seis cuñetes esta noche. Una vez hecho esto, volvió a comprobar si su mochila estaba en su sitio. Por un momento de pánico temió que hubiera desaparecido y el corazón se le desbocó en el pecho… Dentro de ella tenía el zumo mágico y también la moneda de los Territorios que en este mundo se había convertido en un dólar de plata. Se movió hacia la derecha y contó dos cuñetes más, con la frente empapada de sudor. Allí estaba… palpó la curva de la botella de Speedy a través del nailon verde de la mochila. El corazón empezó a latirle menos de prisa, pero aún se sentía nervioso y débil de piernas… como uno se siente después de salvarse de algo por los pelos.

El lavabo de hombres era un horror. Hacía unas horas habría vomitado al verlo, pero ahora parecía haberse acostumbrado al hedor… y esto era, en cierto modo, lo peor de todo. Llenó el cubo de agua caliente, le echó lejía y empezó a pasar la fregona enjabonada por la espantosa suciedad del suelo. Recordó los dos últimos días, preocupado como un animal caído en una trampa se preocupa por el miembro que ha quedado atrapado.

3

El bar Oatley estaba oscuro, desordenado y al parecer totalmente vacío cuando Jack entró en él por primera vez. El tocadiscos, el billar romano y el juego de los Invasores del Espacio estaban desenchufados. La única luz provenía de los estantes llenos de Busch que había encima de la barra: un reloj digital entre los picos de dos montañas, que se antojaba el OVNI más fantasmagórico imaginable.

Jack se acercó a la barra con una leve sonrisa. Casi la había alcanzado cuando una voz sin inflexiones dijo detrás de él:

—Esto es un bar. No se admite a menores. ¿Qué eres tú, estúpido? Largo de aquí.

Jack se sobresaltó. Acababa de tocar el dinero que llevaba en el bolsillo, pensando que todo se desarrollaría como en el Golden Spoon: se sentaría en un taburete, pediría algo y entonces solicitaría el empleo. Naturalmente, era ilegal contratar a un chico como él —por lo menos sin una autorización para trabajar firmada por sus padres o un tutor—, lo cual significaba que podían emplearle por el salario mínimo o aún menos, así que comenzarían las negociaciones, generalmente con la historia número 2: Jack y el Padrastro Malvado.

Dio media vuelta y vio a un hombre sentado solo a una de las mesas, mirándole con una atención glacial y desdeñosa. Era delgado, pero bajo la camiseta blanca y en los lados del cuello tenía unos potentes músculos. Llevaba anchos pantalones blancos de cocinero y un gorro de papel ladeado sobre la ceja izquierda. Su cabeza era estrecha, parecida a la de una comadreja, y sus cabellos cortos y con hebras grises en las sienes. Sostenía en sus grandes manos un fajo de facturas y la calculadora de Texas Instruments.

—He visto el anuncio de que se necesita un empleado —explicó Jack, pero ya sin muchas esperanzas. Este hombre no iba a contratarle y además Jack no estaba seguro de querer trabajar para él. Tenía aspecto de ser un tipo de malas pulgas.

—Conque si, ¿eh? —contestó el hombre de la mesa—. Debes haber aprendido a leer uno de los días que no hacías novillos. —Agitó un paquete de cigarrillos baratos que había sobre la mesa para sacar uno.

—Bueno, no sabía que fuera un bar —dijo Jack, dando un paso hacia la puerta. La luz del sol parecía atravesar el cristal sucio y caer muerta en el suelo, como si el bar Oatley existiera en una dimensión algo diferente—. Creo que lo he tomado por… bueno, ya me entiende, un bar de bocadillos. Algo así. Ya me voy.

—Ven aquí. —Ahora los ojos del hombre le miraban con fijeza.

—No, escuche, no importa —respondió Jack, nervioso—. Sólo…

—Ven aquí y siéntate. —El hombre prendió una cerilla con la uña del pulgar y encendió el cigarro. Una mosca que se había detenido sobre los papeles se alejó zumbando en la oscuridad. Los ojos del hombre siguieron fijos en Jack—. No voy a morderte.

Jack se acercó despacio a la mesa y al cabo de un momento se sentó en el banco de enfrente del hombre y entrelazó las manos. Alrededor de sesenta horas

después, mientras fregaba el lavabo de hombres a las doce y media de la noche, con el cabello sudoroso cayéndole sobre los ojos, Jack pensó —no, *supo*— que su estúpida confianza había sido la causante de que el resorte de la trampa se cerrara (y se había cerrado en el mismo momento en que se sentó frente a Smokey Updike, aunque entonces no lo supiera). La atrapamoscas es capaz de cerrarse sobre sus indefensas víctimas, los insectos; la planta nepente, con su aroma delicioso y sus mortíferos costados, suaves como el cristal, sólo tiene que esperar a que cualquier insecto cretino entre zumbando en su interior… donde termina ahogándose en el agua de lluvia recogida por la nepente. En Oatley, la nepente estaba llena de cerveza en lugar de agua de lluvia… ésta era la única diferencia.

Si hubiera echado a correr…

Pero no lo había hecho. Y quizá, pensó Jack, haciendo lo posible para no rehuir aquella mirada fría, aquí encontraría un empleo, después de todo. Minette Banberry, la mujer que poseía y regentaba el Golden Spoon de Auburn, había sido bastante simpática con Jack, dándole incluso un corto abrazo y un beso además de tres grandes bocadillos cuando se marchó, aunque Jack no se había dejado engañar. La simpatía e incluso una vaga clase de bondad no excluía un frío interés en los beneficios, ni siquiera algo muy próximo a una franca codicia.

El salario mínimo era en Nueva York de tres dólares y cuarenta centavos la hora, información impuesta por la ley que podía leerse en la cocina del Golden Spoon impresa sobre un pedazo de papel rosa vivo que casi tenía el tamaño de un cartel de cine. Sin embargo, el cocinero interino era de Haití, hablaba muy poco inglés y, pensó Jack, era casi seguro que estaba en el país ilegalmente, pero cocinaba a la velocidad del rayo y nunca permitía que las patatas o las almejas pasaran un segundo más de lo debido en las freidoras. La chica que ayudaba a la señora Banberry en el servicio de las mesas era bonita pero inexpresiva y se beneficiaba de un programa de permiso semanal para los retrasados de Rome. En semejantes casos, el salario mínimo no se aplicaba y la chica retrasada, que ceceaba, contó a Jack con ingenuo asombro que ganaba un dólar y veinticinco centavos *la hora*, y *todo para ella.*

El propio Jack ganaba un dólar cincuenta. Había regateado hasta conseguirlo y sabía que si a la señora Banberry no la hubieran dejado plantada —su viejo lavador de platos había desaparecido aquella misma mañana, durante la pausa

del café—, se habría negado a aceptar tal regateo, diciéndole simplemente: confórmate con el dólar y cuarto, chico, o prueba suerte en otro lugar. Éste es un país libre.

Ahora pensó, con el cinismo ignorante que también era parte de su nueva confianza en sí mismo, que tenía delante a otra señora Banberry. Macho en vez de hembra, flaco en vez de gruesa y maternal, ceñudo en lugar de sonriente, pero casi con seguridad una señora Banberry calcada.

—Conque buscas trabajo, ¿eh? —El hombre de los pantalones blancos y el gorro de papel puso el cigarro en un viejo cenicero de hojalata en el fondo del cual estaba grabada la palabra CAMELS. La mosca terminó de lavarse las patas y alzó el vuelo.

—Sí, señor, pero, como usted ha dicho, esto es un bar y… La inquietud volvió a dominarle. Aquellos ojos castaños con el blanco amarillento le turbaban… Eran los ojos de un gato viejo y cazador que había visto en su vida muchos ratones perdidos como él.

—Sí, es mío —dijo —. Soy Smokey Updike. —Extendió la mano. Sorprendido, Jack la estrechó. La mano apretó la de Jack con dureza, hasta el punto de hacerle daño. Entonces aflojó la presión… pero Smokey no la retiró—. ¿Y bien?

—¿Cómo? —preguntó Jack, consciente de que parecía tonto y un poco asustado; el hecho era que se *sentía* tonto y un poco asustado. Y quería que Updike le soltara la mano.

—¿Es que en tu casa no te han enseñado a presentarte? Esto fue tan inesperado que Jack estuvo a punto de soltar su verdadero nombre en vez del que había usado en el Golden Spoon, el nombre que daba también cuando los automovilistas que le recogían se lo preguntaban. Aquel nombre —que ya empezaba a considerar su «nombre de carretera»— era Lewis Farren.

—Jack Saw… ejem Sawtelle —farfulló. Updike retuvo su mano un momento más, sin desviar ni un ápice los ojos castaños.

—Jack-Saw-ejem-Sawtelle —repitió—. Debe ser el maldito nombre más largo de toda la guía telefónica, ¿no, chico? Jack se sonrojó pero guardó silencio.

—No eres muy grande —observó Updike—. ¿Crees que serías capaz de inclinar un cuñete de cerveza de cuarenta kilos y colocarlo en una carretilla?

—Creo que sí —contestó Jack, sin saber si sería o no capaz. De todos

modos, no le parecía representar un gran problema; en un lugar tan vacío como éste, era probable que sólo hubiera que cambiar el cuñete cuando se vaciaba el que estaba colgado. Como si le leyera los pensamientos, Updike comentó:

—Sí, ahora no hay nadie, pero tenemos bastante trabajo a las cuatro o las cinco y nos llenamos los fines de semana. Entonces será cuando ganarás tu paga, Jack.

—Bueno, no lo sé —dijo Jack—. ¿Cuánto me pagaría?

—Un dólar la hora —respondió Updike—. Ojalá pudiera pagarte más pero… —Se encogió de hombros y dio una palmada al montón de facturas. Incluso sonrió un poco, como diciendo: *Ya ves cómo están las cosas, chico, todo Oatley se. está deteniendo como un viejo reloj de bolsillo al que alguien olvidó dar cuerda… Se está deteniendo desde 1971.* Pero sus ojos no sonreían; sus ojos observaban la cara de Jack con la silenciosa concentración de un gato.

—Caramba, esto no es mucho —dijo Jack. Habló despacio, pero estaba pensando con la mayor rapidez posible.

El bar Oatley era una tumba; no había ni un solo borrachín en la barra viendo con una cerveza en la mano *Hospital general* por la televisión. Al parecer, en Oatley se bebía dentro del propio coche, al que se daba el nombre de club. Un dólar cincuenta la hora era un salario mezquino cuando se trabajaba a fondo, pero en un lugar como éste, un dólar podía ser casi un regalo.

—No —convino Updike, volviendo a la calculadora—, no es mucho. —Su voz insinuaba que Jack podía tomarlo o dejarlo; no habría negociaciones.

—Podría convenirme —dijo Jack.

—Está bien —contestó Updike—, pero ante todo hemos de dejar sentada otra cosa. ¿De quién huyes y quién te persigue? —Los ojos castaños volvían a estar fijos en él, interrogantes—. Si alguien te sigue la pista, no quiero que me amargue la existencia.

Esto no minó mucho la confianza de Jack. Quizá no era el chico más listo del mundo, pero sí lo bastante para saber que no duraría mucho en la carretera sin una segunda historia para patronos en potencia. Se trataba de la historia número 2: el Padrastro Malvado.

—Soy de una pequeña ciudad de Vermont —explicó—, Fenderville. Mis padres se divorciaron hace dos años. Mi padre intentó obtener mi custodia, pero el juez se la dio a mi madre, como hacen casi siempre.

—Así es, malditos sean. —Había vuelto a sus facturas y estaba tan inclinado sobre la calculadora de bolsillo que la nariz casi tocaba las teclas. Sin embargo, Jack creía que también le escuchaba.

—Pues bien, mi padre se fue a Chicago y encontró un empleo en una fábrica —continuó Jack—. Me escribe casi todas las semanas, pero el año pasado dejó de venir, porque Audrey le dio una paliza. Audrey…

—Es tu padrastro —dijo Updike y por un momento Jack entornó los ojos y experimentó la antigua suspicacia. No había comprensión en la voz de Updike; por el contrario, parecía reírse de él, como si supiera que toda aquella historia era pura invención.

—Sí —contestó Jack—. Mi madre se casó con él hace un año y medio. No para de golpearme.

—Triste, Jack, muy triste. —Updike levantó unos ojos sarcásticos e incrédulos—. De manera que ahora te encaminas hacia Shytown, donde vivirás feliz para siempre con tu papá.

—Bueno, así lo espero —dijo Jack y tuvo una súbita inspiración—. Por lo menos, mi *verdadero* padre nunca me colgó del cuello dentro de mi armario. —Se bajó el escote de la camiseta y enseñó la marca del cuello. Ya empezaba a palidecer; mientras estuvo trabajando en el Golden Spoon, todavía era bien visible, de un feo color morado, como una quemadura, pero allí no había tenido ocasión de enseñarla. Era, naturalmente, la marca dejada por la raíz que casi le había estrangulado en el otro mundo.

Fue gratificante ver la sorpresa y hasta el sobresalto en los ojos agrandados de Smokey Updike. Se inclinó hacia delante, desordenando las facturas rosas y amarillas.

—Cielo santo, muchacho. ¿Eso te hizo tu padrastro?

—Fue cuando decidí marcharme.

—¿Va a presentarse aquí, buscando su coche o su moto o la cartera o la droga escondida?

Jack meneó la cabeza.

Smokey miró a Jack un momento más y apretó la tecla de *off* de su calculadora.

—Ven a la trastienda conmigo, chico —dijo.

—¿Por qué?

—Quiero ver si puedes inclinar uno de esos cuñetes. Si eres capaz de sacar un cuñete cuando yo lo necesite, el empleo es tuyo.

4

Jack demostró a plena satisfacción de Smokey Updike que era capaz de inclinar uno de los grandes cuñetes de aluminio y hacerlo girar hasta la carretilla. Incluso logró que la operación pareciese fácil; aún faltaba un día para que dejase caer un cuñete al suelo y recibiera un puñetazo en la nariz.

—Bueno, no está mal —sentenció Updike—. No tienes edad para el empleo y es probable que te rompas un hueso, pero eso es asunto tuyo.

Dijo a Jack que empezaría a mediodía y trabajaría hasta la una de la madrugada («O hasta que puedas aguantar») y que le pagaría todas las noches al cerrar. Puntualmente y en efectivo.

Volvieron al bar y allí estaba Lori, vestida con unos pantalones de baloncesto de color azul marino, tan cortos que se veían asomar las bragas de rayón, y una blusa sin mangas que procedía seguramente de unos almacenes baratos de Batavia. Sujetaba sus finos cabellos rubios con unas barritas de plástico y fumaba un Pall Malí cuya punta estaba muy manchada de lápiz de labios. Un gran crucifijo de plata oscilaba entre sus pechos.

—Éste es Jack —dijo Smokey—. Ya puedes quitar de la ventana el letrero de Se *necesita empleado.*

—Echa a correr, chico —recomendó Lori—. Aún estás a tiempo.

—Cierra tu maldito pico.

—Oblígame.

Updike le propinó una palmada en el trasero, sin cariño y con tanta fuerza que la envió contra la barra acolchada. Jack parpadeó y recordó el sonido del látigo de Osmond.

—Un hombre fuerte —dijo Lori, con los ojos anegados en lágrimas pero con una expresión satisfecha, como si todo fuese como tenía que ser.

La anterior inquietud de Jack era ahora más clara y más intensa… casi puro terror.

—Mejor será no mezclarte en esto, chico —dijo Lori, pasando por su lado para ir a quitar el letrero de la ventana—. Estarás bien.

—Se llama Jack, no *chico* —observó Smokey, que había vuelto a la mesa donde había entrevistado a Jack y recogía las facturas—. Un chico es una maldita cría de cabra. ¿No te lo enseñaron en la escuela? Hazle un par de hamburguesas; tiene que empezar el trabajo a las cuatro.

Ella quitó de la ventana el letrero de Se *necesita empleado* y lo guardó detrás del tocadiscos automático con el aire de quien ha hecho lo mismo muchas veces. Al pasar junto a Jack, le guiñó un ojo. Sonó el teléfono.

Los tres lo miraron, sobresaltados por el repentino timbrazo. Jack tuvo la impresión momentánea de que era una babosa adherida a la pared. Fue un momento extraño, casi intemporal, que le dio tiempo para ver lo pálida que estaba Lori; el único color de sus mejillas provenía de las huellas rojizas de un reciente acné juvenil. También tuvo tiempo de estudiar los planos crueles y bastante secretos del rostro de Smokey Updike y de ver las venas abultadas de sus largas manos. Y tiempo de ver el letrero amarillento que había sobre el teléfono: POR FAVOR, LIMITE SUS LLAMADAS A TRES MINUTOS.

El teléfono sonó y sonó en el silencio. Jack pensó, aterrado de improviso: *es para mí. Larga distancia… larga LARGA distancia.*

—Contéstalo, Lori —ordenó Updike—. ¿Es que estás atontada? Lori fue al teléfono.

—Bar Oatley —dijo con voz débil y temblorosa. Escuchó—. ¡Diga! ¡Diga!… Oh, idos a la mierda. Colgó con un golpe.

—No han dicho nada. Niños. A veces quieren saber si tenemos al Príncipe Albert en una lata. ¿Cómo te gustan las hamburguesas, chico?

—*¡Jack!* —vociferó Updike.

—Jack, está bien. Jack. ¿Cómo te gustan las hamburguesas, Jack?

Jack se lo dijo y salieron en su punto justo, medio hechas, muy calientes, con mostaza oscura y cebollas moradas. Las devoró y bebió un vaso de leche y su inquietud remitió junto con el hambre. Niños, había dicho ella. No obstante, miraba el teléfono de vez en cuando, sin saber qué pensar.

A las cuatro, como si el vacío total del bar hubiera sido una decoración levantada para atraerle —como la planta nepente con su aspecto de inocencia y olor agradable—, la puerta se abrió y casi una docena de hombres con ropa de trabajo entraron uno detrás de otro. Lori enchufó el tocadiscos, la máquina de billar romano y el juego de los Invasores del Espacio. Varios de los hombres saludaron a gritos a Smokey, quien sonrió con los labios semicerrados, dejando entrever su dentadura encargada por correo. La mayoría pidieron cerveza. Dos o tres optaron por «rusos negros». Uno de ellos —miembro del Club Buen Tiempo, Jack estaba casi seguro— introdujo monedas de veinticinco centavos en el tocadiscos, conjurando las voces de Mickey Gilley, Eddie Rabbit, Waylon Jennings y otros. Smokey ordenó a Jack que sacara de la trastienda el cubo y la fregona y limpiara la pista de baile, frente al estrado de la orquesta, que esperaban, ambos vacíos, la llegada del viernes por la noche y los Genny Valley Boys. Añadió que cuando estuviera seca, la encerase bien.

—Sabrás que está bien cuando puedas ver tu cara sonriente reflejada en ella —dijo Smokey.

6

Así empezó su servicio en el bar Oatley de Updike.

Tenemos bastante trabajo a las cuatro o a las cinco.

Bueno, no podía decir que Smokey le hubiera mentido. Hasta el momento en que Jack apartó su plato y se puso a trabajar, el local estuvo desierto, pero a las seis se reunieron tal vez cincuenta personas y la corpulenta camarera —Gloria— empezó a atenderlas reclamada por los gritos y alaridos de algunos clientes. Gloria ayudó a Lori a servir unas cuantas garrafas de vino, muchos «rusos negros» y océanos de cerveza.

Además de los cuñetes de Busch, Jack sacó caja tras caja de cerveza embotellada: Budweiser, por supuesto, pero también marcas locales favoritas como Genesee, Utica Club y Rolling Rock. Sus manos empezaron a llenarse de ampollas y la espalda empezó a dolerle.

Entre viajes a la trastienda a buscar cajas de cerveza embotellada y a «sacar

un cuñete para Smokey» (frase por la que ya sentía un temor elemental), iba a buscar el cubo y la fregona y la gran botella de cera para abrillantar la pista de baile. En un momento dado, una botella vacía de cerveza pasó volando a pocos milímetros de su cabeza. Se agachó, con el corazón palpitante, y la vio estrellarse contra la pared. Smokey echó del local al borracho que la había lanzado, enseñándole la dentadura con una gran sonrisa falsa de caimán. Jack miró por la ventana y vio al borracho aterrizar contra un parquímetro con la fuerza suficiente para disparar la bandera roja de VIOLACIÓN.

—Vamos, Jack —llamó Smokey desde la barra con impaciencia—, no te ha acertado, ¿verdad? ¡Friega esa porquería!

Smokey le envió al lavabo de hombres media hora más tarde. Un tipo de mediana edad con un corte de pelo a lo John Pyne se encontraba de pie ante uno de los orinales llenos de hielo, con una mano apoyada en la pared y blandiendo en la otra un enorme pene sin circuncidar. Un charco de vómito humeaba entre sus botas de trabajo.

—Límpialo, chico —dijo el hombre, tambaleándose hacia la puerta y dando a Jack una palmada en la espalda que casi le hizo caer—. Uno tiene que vaciarse como puede, ¿no es verdad?

Jack pudo esperar a que cerrara la puerta y entonces fue incapaz de seguir controlando la garganta.

Consiguió vomitar en el único retrete del bar, donde se enfrentó a los excrementos flotantes y hediondos del último cliente. Vomitó todo lo que quedaba de su cena, respiró dos veces entrecortadamente y vomitó otra vez. Buscó a tientas la cadena con dedos trémulos y la estiró. A través de las paredes se filtraban sordamente las voces de Waylon y Willie, cantando sobre Luckenbach, Texas.

De pronto vio ante sí la cara de su madre, más hermosa que en cualquier pantalla de cine, con ojos grandes, oscuros y tristes. La vio sola en sus habitaciones del Alhambra, con un cigarrillo consumiéndose olvidado en un cenicero que había cerca de ella. Estaba llorando, llorando por él. A Jack se le rompió el corazón de tal forma que temió morir de nostalgia y amor por ella, por una vida en la que no hubiera cosas en los túneles ni mujeres que desearan ser pegadas y obligadas a llorar ni hombres que vomitaran entre sus pies mientras meaban. Quería estar con ella y odió a Speedy Parker con fuerza reconcentrada

por haberle inducido a poner los pies en este horrible viaje hacia el oeste.

En aquel momento se desintegraron los últimos restos de su confianza en sí mismo… por completo y para siempre. El pensamiento consciente fue dominado por un gemido infantil, profundo y elemental: *Necesito a mi madre. Dios mío, necesito a mi madre…*

Salió del retrete con piernas temblorosas, pensando: *Está bien, se acabó, hay que salir de este charco, maldito Speedy, este chico vuelve a su casa. O como quieras llamarla.* En aquel momento no le importaba que su madre se estuviera muriendo. En aquel momento de dolor inarticulado fue únicamente Jack, egoísta de un modo tan inconsciente como un animal que puede ser devorado por cualquier carnívoro: ciervo, conejo, ardilla. En aquel momento se habría sentido perfectamente dispuesto a dejarla morir del cáncer que se extendía sin control desde sus pulmones con tal de que ella le abrazara y besara para desearle buenas noches y le dijera que no escuchara su maldito transistor en la cama o leyera con una linterna bajo las sábanas durante media noche.

Apoyó la mano en la pared y poco a poco logró sobreponerse. Este acto de disciplina no fue consciente, sino una simple rectificación mental, algo muy propio de Phil Sawyer y Lily Cavanaugh. Había cometido un error, un gran error, sí, pero no se volvería atrás. Los Territorios eran reales, así que el Talismán también podía ser real y no iba a asesinar a su madre por cobardía.

Llenó el cubo con agua caliente que salía del grifo de la trastienda y fregó toda la porquería del suelo.

Cuando salió eran las diez y media y la gente del bar había empezado a dispersarse; Oatley era una ciudad de trabajadores y éstos bebían pero volvían a casa temprano los días laborables.

—Estás pálido como la cera, Jack —observó Lori—. ¿Te encuentras bien?

—¿Crees que podría tomar una gaseosa de jengibre? —preguntó él.

Lori se la llevó y Jack la fue bebiendo mientras terminaba de encerar la pista de baile. A las doce menos cuarto Smokey le ordenó que volviera a la trastienda a «sacarle un cuñete». Jack consiguió hacerlo… a duras penas. A la una menos cuarto Smokey empezó a apremiar a los clientes para que terminasen sus bebidas. Lori desenchufó el tocadiscos —Dick Curless dejó de cantar con un largo y lento gemido— ante varios débiles gritos de protesta. Gloria desenchufó los juegos, se puso el suéter (tan rosa como las pastillas de menta que Smokey

chupaba con regularidad, tan rosa como las falsas encías de su dentadura postiza) y se marchó. Smokey empezó a apagar las luces y a empujar hacia la puerta a los últimos cuatro o cinco clientes.

—Está bien, Jack —dijo cuando se hubieron ido—. Lo has hecho bien. Puedes mejorar, pero no está mal como principio. Puedes dormir en la trastienda.

En vez de pedir su paga (que, por otra parte, Smokey no le ofreció), Jack se dirigió a trompicones a la trastienda, tan cansado que parecía una versión en miniatura de los borrachos expulsados a hora tan tardía.

En la trastienda vio a Lori en cuclillas en un rincón —posición que hacía subir sus pantalones cortos de baloncesto hasta un punto casi alarmante— y por. un momento Jack pensó lleno de pánico que le estaba registrando la mochila. Entonces vio que había extendido un par de mantas sobre un lecho de sacos de manzanas, además de colocar en la cabecera un pequeño almohadón de satén marcado con las palabras: FERIA MUNDIAL DE NUEVA YORK.

—Te he preparado un pequeño nido, chico —explicó.

—Gracias —dijo Jack. Era un acto de bondad sencillo y casi indiferente, pero se sorprendió a sí mismo luchando para contener las lágrimas. Esbozó una sonrisa—. Muchas gracias, Lori.

—No hay problema. Estarás bien aquí, Jack. Smokey no es tan malo. Cuando le conoces mejor, no es ni la mitad de lo que parece. —Lo dijo con una ansiedad inconsciente, como si deseara que fuera así.

—Probablemente no —contestó Jack, y añadió en un impulso—:

Pero yo me iré mañana. Creo que Oatley no es para mí.

—Puede que te vayas, Jack —dijo ella— … y puede que decidas quedarte un poco más. ¿Por qué no lo consultas con la almohada? —Hubo algo forzado y nada natural en este pequeño discurso… que no tenía nada de la autenticidad de la sonrisa cuando le había dicho: *Te he preparado un pequeño nido.* Jack lo advirtió, pero estaba demasiado cansado para seguir pensando.

—Bueno, ya veremos —dijo.

—Claro que sí —contestó ella, yendo hacia la puerta. Le sopló un beso desde la palma de su mano sucia—. Buenas noches, Jack.

—Buenas noches.

Empezó a quitarse la camiseta… y al final decidió dejársela puesta y quitarse sólo las zapatillas. La trastienda estaba fría. Se sentó sobre los sacos, deshizo los

nudos y se quitó una zapatilla y luego la otra. Ya iba a posar la cabeza sobre el recuerdo de Lori de la Feria Mundial de Nueva York —y podría haberse quedado profundamente dormido antes de tocarla— cuando el teléfono empezó a sonar en el bar, estridente en el silencio, como *perforándolo*, recordándole raíces grises y pastosas, látigos y caballos bicéfalos.

Ring, ring, ring en el silencio, en el absoluto silencio.

Ring, ring, ring, mucho después de que se hubieran ido a la cama los niños que llaman para preguntar si el Príncipe Alberto está en una lata. Ring, ring, ring. *Hola, Jacky, soy Margan y te presentí en el bosque, astuto sinvergüenza. Te OLÍ en el bosque. ¿Cómo tuviste la idea de que estabas seguro en tu mundo? Aquí también están mis bosques. Es tu última oportunidad, Jacky. Vete a casa o enviaremos a las tropas. No tienes escapatoria. No podrás…*

Jack se levantó y cruzó descalzo la trastienda. Un sudor ligero pero helado parecía cubrirle todo el cuerpo.

Abrió sólo una rendija de la puerta.

Ring, ring, ring, ring.

Y por fin:

—¡Diga! Aquí el bar Oatley. Y será mejor que conteste. —Era la voz de Smokey. Una pausa—. ¿Diga? —Otra pausa—. ¡Vete al *diablo!* —Smokey colgó de golpe y Jack le oyó cruzar de nuevo el bar y subir las escaleras hacia el pequeño apartamento del ático que compartía con Lori.

7

Jack miró con incredulidad del trozo de papel verde que tenía en la mano izquierda al pequeño fajo de billetes —todos de un dólar— y algunas monedas que sostenía en la derecha. Eran las once de la mañana siguiente, jueves, y acababa de pedir su paga.

—¿Qué es esto? —preguntó, todavía incapaz de creerlo.

—Sabes leer —replicó Smokey— y sabes contar. No te has movido con la rapidez que a mí me gusta, Jack, al menos, aún no, pero no eres tonto del todo.

Ahora estaba sentado con el papel verde en una mano y el dinero en la otra.

Una ira sorda empezó a latirle como una vena en mitad de la frente. CUENTA DEL CLIENTE, decía en el papel. Era exactamente el mismo que utilizaba la señora Banberry en el Galden Spoon. Leyó:

1 hmburgsa $1,35
1 hmburgsa $1,35
1 leche .55
1 gas. jeng. .55
Imp. .30

La cifra $4,10 figuraba al final en números grandes rodeados de un círculo. Jack había ganado nueve dólares con su trabajo de cuatro a una y Smokey le cobraba casi la mitad; lo que tenía en la mano derecha eran cuatro dólares y noventa centavos.

Levantó la vista, furioso, y miró primero a Lori, que desvió los ojos como si estuviera algo confundida, y luego a Smokey, que sostuvo su mirada.

—Esto es una estafa —dijo Jack con voz débil.

—Jack, no es verdad. Mira los precios del menú…

—¡No me refiero a eso y usted lo sabe!

Lori retrocedió un poco, como esperando que Smokey le largara una bofetada… pero Smokey se limitó a mirar a Jack con una especie de terrible paciencia.

—No te cobro la cama, ¿verdad?

—¡La cama! —gritó Jack, sintiendo que la sangre le afluía a las mejillas—. ¡Vaya cama! ¡Sacos de arpillera sobre un suelo de cemento! ¡ Vaya *cama*! ¡Me gustaría que se atreviera a cobrármela, sucio *tramposo*!

Lori profirió una exclamación asustada y miró a Smokey… pero éste permaneció sentado enfrente de Jack, expeliendo el humo denso y azul de su cigarro, que se enroscaba entre ambos. Un sombrero de papel limpio se inclinaba sobre su estrecha cabeza.

—Hablamos de que dormirías ahí atrás —dijo Smokey—. Preguntaste si iba incluido en el empleo y yo asentí. No hablamos de las comidas. Si hubiéramos tocado el tema, quizá habríamos llegado a un acuerdo. O quizá no. El caso es que no lo hablamos así que ahora tienes que conformarte.

Jack temblaba y lágrimas de ira humedecían sus ojos. Intentó hablar y sólo pudo proferir un gemido ahogado. Estaba literalmente demasiado furioso para hablar.

—Claro que si quieres discutir ahora un descuento de empleado en tus comidas…

—¡Vayase al *infierno*! —logró decir por fin Jack, cogiendo con rabia los cuatro billetes de dólar y las escasas monedas—. ¡Enseñe al siguiente chico que se presente a vigilar sus intereses! ¡Yo me voy!

Cruzó el local hacia la puerta, sabiendo, a pesar de la cólera —no sólo creyendo, sino *sabiendo* seguro— que no llegaría a la acera.

—Jack.

Tocó el pomo de la puerta, pensó en cogerlo y hacerlo girar… pero no cabía duda de que aquella voz contenía una amenaza auténtica. Dejó caer la mano y dio media vuelta, mientras la cólera le abandonaba. Se sintió de repente encogido y viejo. Lori estaba detrás de la barra, donde barría y tatareaba. AI parecer había decidido que Smokey no iba a dar ningún puñetazo a Jack, y como en realidad lo demás no le importaba, consideraba que todo iba bien.

—No irás a dejarme plantado ahora que llega e! fin de semana.

—Quiero marcharme de aquí. Usted me ha estafado.

—No, señor —negó Smokey—, ya te he explicado este punto. El único que se ha hecho un lio eres tú, Jack. Ahora podríamos hablar de tus comidas; acordar tal vez un cincuenta por ciento de descuento e incluso gaseosas gratis. Nunca he hecho tantas concesiones con los empleados jóvenes que contrato de vez en cuando, pero este fin de semana será especialmente movido porque vendrán muchos emigrantes para la cosecha de la manzana. Y además, tú me *gustas*, Jack. Por eso no te he dejado sin sentido cuando me has levantado la voz, aunque quizá hubiera debido hacerlo. El caso es que te necesito este fin de semana.

Jack sintió renacer su cólera y volver a extinguirse casi en seguida.

—¿Y si me marcho, de todos modos? —preguntó—. Tengo cinco dólares y alejarme de esta mierda de ciudad sería como recibir una prima.

Mirando a Jack y sin dejar de sonreír, Smokey preguntó:

—¿Recuerdas al tipo que vomitó anoche en el lavabo justo antes de que entraras a limpiarlo? Jack asintió.

—¿Recuerdas su aspecto?

—Corte de pelo militar. Caquis. ¿Por qué?

—Es Digger Arwell. Su verdadero nombre es Carlton, pero pasó diez años al cuidado de los cementerios municipales y por eso todos empezaron a llamarle Digger[1]. Esto fue… oh, hace veinte o treinta años. Ingresó en la policía municipal más o menos cuando Nixon fue elegido presidente. Ahora es jefe de policía.

Smokey cogió su cigarro, lo chupó y miró a Jack.

—Digger y yo somos amigos —continuó—. Y si tú te marcharas de aquí ahora, Jack, no podría garantizarte que no tuvieras dificultades con Digger. Podría acabar enviándote a casa. Podría acabar obligándote a recoger manzanas en los terrenos del ayuntamiento… Creo que el ayuntamiento de Oatley posee unas dieciséis hectáreas de árboles frutales. Podría acabar dándote una buena paliza. O… he oído decir que al viejo Digger le gustan los chicos que viajan por la carretera. Más que las chicas, quiero decir.

Jack pensó en aquel pene parecido a una porra y sintió asco y frío.

—Aquí estás bajo mi protección, por así decirlo —prosiguió Smokey—. En cuanto pises la calle, ¿quién sabe? Digger suele aparecer donde menos se le espera. Podrías cruzar los límites de la ciudad impunemente y, por otro lado, podrías verle acercarse a ti en su gran Plymouth. Digger no es muy inteligente, pero a veces tiene muy buen olfato. O… alguien podría avisarle por teléfono.

Detrás de la barra, Lori lavaba platos. Se secó las manos, conectó la radio y empezó a cantar una. vieja melodía de Steppenwolf.

—Haremos una cosa —dijo Smokey—. Quédate un poco más, Jack. Trabaja este fin de semana, luego te subiré a mi camioneta y yo mismo te sacaré de la ciudad. ¿Qué te parece? Saldrás de aquí el domingo a mediodía con casi treinta dólares en el bolsillo, una cantidad que no pensabas ganar. Te marcharás pensando que Oatley no es un lugar tan malo, después de todo. ¿Qué dices a esto?

Jack miró los ojos castaños, se fijó en los blancos amarillentos y los pequeños puntos rojos; observó la grande y sincera sonrisa de Smokey y sus dientes postizos; vio incluso con una extraña y aterradora sensación de *déjà vu* que la mosca volvía a estar en el sombrero de cocinero de papel, atildándose y lavando sus endebles patas delanteras.

Sospechaba que Smokey *sabía* que *él* sabía que todas sus palabras eran un embuste y ni siquiera le importaba. Después de trabajar hasta la madrugada del sábado y la madrugada del domingo, Jack dormiría tal vez hasta las dos de la tarde del domingo. Smokey le diría que no podía llevarle en la camioneta porque Jack se había levantado demasiado tarde; ahora él, Smokey, estaba demasiado ocupado viendo los Colts y los Patriotas. Y Jack no sólo estaría demasiado cansado para andar, sino también demasiado asustado porque Smokey podía perder interés por los Colts y los Patriotas el rato suficiente para llamar a su buen amigo Digger Atwell y decirle:

—En este momento está bajando por Mill Road, Digger, viejo amigo. ¿Por qué no le recoges? Luego vuelve aquí y tendrás cerveza gratis, pero no vomites en mis orinales hasta que me hayas devuelto al chico.

Éste era un escenario. Se le ocurrían otros, cada uno algo diferente, pero todos iguales en el fondo.

La sonrisa de Smokey Updike se ensanchó un poco.

Capítulo 10

ELROY

1

Cuando tenia seis años…

El bar, que había empezado a vaciarse a esta hora en las dos noches anteriores, estaba en su apogeo, como si los clientes esperasen la llegada del amanecer. Jack vio que habían desaparecido dos mesas, víctimas de la pelea iniciada justo antes de su última expedición al lavabo. Ahora bailaban en el espacio ocupado antes por las mesas.

—Ya era hora —dijo Smokey cuando Jack entró tambaleándose en la parte trasera de la barra y dejó la caja ante las puertas de los frigoríficos—. Mete las botellas y vuelve a por la maldita Bud. Tendrías que haberla traído antes que éstas.

—Lori no me ha dicho…

Un dolor intenso e increíble estalló en su pie cuando Smokey pisoteó con fuerza la zapatilla de Jack, que profirió un grito ahogado y sintió el escozor de las lágrimas en los ojos.

—Cállate —interrumpió Smokey—. Lori es tonta y tú eres lo bastante listo para saberlo. Vuelve allí y tráeme una caja de Bud.

Volvió a la trastienda, cojeando del pie que Smokey había pisoteado,

preguntándose si tendría rotos los huesos de algunos dedos. Parecía muy posible. La cabeza le ardía por el humo, el ruido y el ritmo entrecortado de los Genny Valley Boys, dos de los cuales se tambaleaban perceptiblemente sobre el estrado. Sólo tema una idea clara: no podría esperar hasta la hora del cierre, no podría soportarlo hasta entonces. Si Oatley era una cárcel y el bar Oatley su celda, el agotamiento era un guardián tan seguro como Smokey Updike, o quizá más.

A pesar de su preocupación sobre cómo serían los Territorios en este lugar, el zumo mágico parecía prometerle cada vez más la única salida. Podía beber un trago y saltar al otro mundo… y si era capaz de andar allí una milla hacia el oeste, o dos como máximo, podía beber un poco más y saltar de nuevo a Estados Unidos más allá de los límites de este horrible lugar, quizá tan hacia el oeste como Bushville o incluso Pembroke.

Cuando yo tenía seis años, cuando Jack-O tenía seis años, cuando…

Cargó con la Bud y salió de nuevo a trompicones… y. el vaquero alto y flaco de las manos grandes, el que se parecía a Randolph Scott, se plantó ante él y se quedó mirándole.

—Hola, Jack —dijo, y Jack vio con terror creciente que los iris de los ojos del hombre eran tan amarillos como las patas de un pollo—. ¿No te ordenó alguien que te fueras? No sabes escuchar, ¿verdad?

Jack, con la caja de Bud en los brazos y la vista fija en aquellos ojos amarillos, tuvo de pronto una idea espantosa: éste había sido el merodeador del túnel, este hombre monstruoso de ojos amarillos y muertos.

—Déjeme en paz —replicó y las palabras salieron como un débil murmullo.

El hombre sé acercó más.

—Ya tenías que haber *desaparecido.*

Jack intentó retroceder… pero ahora estaba contra la pared y cuando el vaquero que se parecía a Randolph Scott se inclinó sobre él, Jack percibió en su aliento un hedor a carne muerta.

2

Entre la hora en que Jack iniciaba el trabajo el jueves a mediodía y las

cuatro, cuando los clientes habituales del bar empezaban a llegar, el teléfono público que ostentaba el letrero de POR FAVOR, LIMITE SUS LLAMADAS A TRES MINUTOS sonó dos veces.

La primera vez, Jack no sintió ningún miedo… y resultó ser sólo un agente del United Fund.

Dos horas después, mientras Jack estaba recogiendo las botellas de la noche anterior, el teléfono volvió a llamar con estridencia. Esta vez levantó la cabeza como un animal que olfatea el fuego en un bosque seco… sólo que sabía que no era ruego, sino hielo. Se volvió hacia el teléfono, que estaba sólo a un metro de donde él trabajaba, y oyó crujir los tendones de su cuello. Pensó que vería el teléfono público recubierto de escarcha, una escarcha que se derretiría por la funda de plástico negro, rezumaría por los agujeros del auricular y la bocina en regueros de hielo azul finos como minas de lápiz y caería en forma de carámbanos por el disco y la ranura del cambio.

Pero sólo era el teléfono y toda la frialdad y la muerte se encontraba en el interior.

Lo miró con fijeza, hipnotizado.

—¡Jack! —gritó Smokey—. ¡Contesta ese maldito teléfono! ¿Para qué demonios te pago?

Jack miró hacia Smokey con la desesperación de un animal acorralado… pero Smokey le miraba a su vez con aquella expresión paciente y los labios apretados que tenía en la cara justo antes de dar un manotazo a Lori. Fue hacia el teléfono, apenas consciente de que movía los pies; caminó hacia el fondo de aquella cápsula de frialdad, sintiendo la carne de gallina en los brazos y una humedad congelada en la nariz.

Alargó la mano y cogió el teléfono. La mano se le durmió.

Se acercó el auricular a la oreja. La oreja se le durmió.

—Bar Oatley —dijo a la letal oscuridad y la boca se le quedó dormida.

La voz que salió del teléfono fue el gruñido cascado y áspero de algo muerto hacía tiempo, de alguna criatura que nunca podría ser vista por los seres vivos; su vista haría enloquecer a una persona viva o la mataría, congelándole los labios y cegándole los ojos con cataratas de hielo.

—*Jack* —susurró, por el auricular, esta voz ronca y quebrada y la cara de Jack se durmió, como cuando tenía que pasar un ingrato día en la silla del

dentista y el tipo le inyectaba demasiada novocaína—. *Has de volver a casa, maldita sea.*

Desde muy lejos, desde una distancia de años luz, según le pareció, oyó repetir a su propia voz:

—Bar Oatley, ¿hay alguien ahí? ¿Diga?… ¿Diga?…

Frío, hacía mucho frío.

Tenía la garganta dormida. Respiró y le pareció que se le dormían los pulmones. Pronto se congelarían las cámaras de su. corazón y él caería muerto.

Aquella voz helada susurró:

—Pueden suceder cosas muy malas a un chico que viaja solo, Jack. Pregúntalo a cualquiera,

Colgó el teléfono con un gesto rápido y torpe. Apartó la mano y se quedó mirando el aparato.

—¿Era ese cabrón, Jack? —preguntó Lori y su voz era distante… aunque un poco más cercana que su propia voz hacía unos momentos. El mundo volvía. En el auricular del teléfono público pudo ver la forma de su mano, ribeteada por un brillante borde de escarcha. Mientras la miraba, la escarcha empezó a derretirse y gotear por el plástico negro.

3

Aquella noche —la del jueves— fue cuando Jack vio por primera vez al Randolph Scott del condado de Genny. Había menos gente que la noche anterior —la clientela de la víspera del día de pago—, pero los presentes bastaban para llenar el local y ocupar todas las mesas.

Eran los habitantes de una zona rural donde los arados debían oxidarse, olvidados, en los cobertizos traseros, hombres que quizá deseaban ser agricultores pero ya no sabían cómo. Se veían muchas gorras estilo John Deere, pero Jack no creía que estos hombres se sintieran cómodos al volante de un tractor. Vestían monos de algodón grises, marrones y verdes y llevaban sus nombres bordados con hilo de oro en camisas azules; calzaban botas toscas y de sus cinturones pendían manojos de llaves. Tenían arrugas, pero no las que se

forman con la risa; sus labios eran hoscos. Llevaban sombreros de vaquero y cuando Jack miró hacia la barra, vio por lo menos a ocho que se parecían a Charlie Daniels en los anuncios del tabaco para masticar. Sólo que estos hombres no masticaban; casi todos fumaban cigarrillos.

Jack limpiaba la parte delantera del tocadiscos cuando entró Digger Atwell. El tocadiscos no funcionaba; los Yankis aparecían por televisión y los hombres de la barra los miraban fijamente. La noche anterior, Atweil vestía la versión de Oatley del atuendo deportivo (pantalones de algodón grueso, camisa caqui con muchos bolígrafos en uno de los dos grandes bolsillos, botas con punteras de acero). Esta noche lucía un uniforme azul de policía; una gran pistola con puño de madera pendía dentro de la funda de su crujiente cinturón de cuero.

Echó una mirada a Jack, que pensó en la frase de Smokey: «He oído decir que al viejo Digger le gustan los chicos que viajan solos», y dio un paso atrás, como si fuera culpable de algo. Digger Atweil le dedicó una sonrisa ancha y lenta.

—¿Has decidido quedarte una temporadita, chico?

—Sí, señor —murmuró Jack y derramó más limpiacristales en el plástico del tocadiscos, aunque ya no podría dejarlo más limpio de lo que estaba; sólo quería esperar a que Atweil se alejara, lo cual hizo al cabo de un momento. Jack se volvió para ver al grueso policía cruzar el bar… y fue entonces cuando el hombre del extremo izquierdo de la barra dio media vuelta y le miró.

Randolph Scott —pensó al instante Jack—; *se le parece como una gota de agua a otra.*

Sin embargo, a pesar de los rasgos austeros y el rostro enjuto, el verdadero Randolph Scott tenía un innegable aire de heroísmo; si bien sus facciones correctas eran duras, su rostro sabía sonreír. En cambio, este hombre se veía aburrido y como si tuviera una vena de locura.

Y Jack se dio cuenta con auténtico terror de que el hombre le miraba a él, a *Jack, y de* que no se había vuelto durante los anuncios para ver quién podía estar en el bar, sino para mirarle a él. Jack lo sabía seguro.

El teléfono. El teléfono que sonaba.

Con un tremendo esfuerzo, Jack desvió la vista. Se miró en el plástico del tocadiscos y vio sobre los discos del interior su propia cara asustada, imprecisa y fantasmal.

El teléfono de pared empezó a llamar con estridencia.

El hombre del extremo izquierdo de la barra lo miró… y luego volvió a mirar a Jack, que estaba inmóvil junto al tocadiscos, con la botella de limpiacristales en una mano y un trapo en la otra, mientras el pelo se le ponía de punta y se le congelaba la piel.

—Si es otra vez ese cabrón, voy a procurarme un silbato para usarlo contra el teléfono cada vez que llame, Smokey —dijo Lori mientras se dirigía hacia el aparato—. Te juro por Dios que lo haré.

Podía haber sido una actriz en un escenario y todos los clientes, extras que recibían la paga acostumbrada de treinta y cinco dólares diarios. Las dos únicas personas reales en todo el mundo eran él y este horrible vaquero de manos grandes y ojos que Jack no podía… ver… del todo.

De repente, de un modo aterrador, el vaquero pronunció estas palabras:

—*Vuelve a casa, maldita sea.* —Y guiñó un ojo. El teléfono dejó de sonar justo cuando Lori alargaba la mano para cogerlo.

Randolph Scott se volvió, apuró su vaso y gritó:

—Tráeme otra chicha, ¿quieres?

—Maldita sea —dijo Lori—. Este teléfono tiene fantasmas.

4

Más tarde, en la trastienda, Jack preguntó a Lori quién era el tipo que se parecía a Randolph Scott.

—¿Que se parece a *quién?* —preguntó ella.

—A un viejo actor que hacía de vaquero. Estaba sentado en el extremo de la barra.

Lori se encogió de hombros.

—Todos son iguales para mí, Jack. Sólo un puñado de borrachínes dispuestos a pasar un buen rato. Las noches de los jueves suelen pagar con los ahorrillos de su mujer.

—Llama «chichas» a las cervezas. Los ojos de Lori se iluminaron.

—¡Ah, ése! Parece odioso. —Hizo esta última observación con verdadero

gusto… como si admirase la corrección de su nariz o la blancura de su sonrisa.

—¿Quién es?

—No sé su nombre —respondió ella—. Sólo ha venido estas dos últimas semanas. Supongo que la fábrica vuelve a admitir personal. No…

—*Por todos los demonios, Jack, ¿me traes ese cuñete o no?* Jack se hallaba en pleno proceso de hacer rodar uno de los grandes cuñetes de Busch hasta el pie de la carretilla de mano. Como su propio peso y el del cuñete eran iguales, la operación requería mucho cuidado y sentido del equilibrio. Cuando Smokey gritó desde el umbral, Lori chilló y Jack dio un salto. Perdió el control del cuñete, que cayó sobre el costado, lo cual hizo que el tapón saliera disparado como el de una botella de champán y la cerveza brotara en un surtidor blanco y dorado. Smokey aún le estaba gritando, pero Jack sólo sabía mirar la cerveza, como petrificado… hasta que Smokey le abofeteó.

Cuando volvió al bar unos veinte minutos después, apretando un kleenex contra su nariz hinchada, Randolph Scott ya se había ido.

5

Tengo seis años. John Benjamín Sawyer tiene seis años. Seis…

Jack meneó la cabeza, intentando aclarar esta idea reiterativa y constante mientras el obrero enjuto, que no era un obrero, se acercaba cada vez más. Sus ojos eran… amarillos y en cierto modo escamosos. Parpadeaba con rapidez, ocultando una mirada húmeda, y Jack advirtió que tenía membranas nictitantes sobre los globos de los ojos.

—Habíamos acordado que te *ibas* —murmuró de nuevo alargando unas manos que ya empezaban a contraerse y tornarse plateadas y duras.

La puerta se abrió con ruido, dejando entrar la algarabía de los Oak Ridge Boys.

—Jack, si no dejas de remolonear, tendrás que vértelas conmigo —dijo Smokey desde detrás de Randolph Scott. Éste retrocedió; sin suavizarse ni derretirse, sus pezuñas volvían a ser manos, grandes, poderosas, con el dorso cruzado por sobresalientes venas. Su mirada era otra, también húmeda y huidiza,

que no hacía ningún uso de los párpados… y los ojos ya no eran amarillos, sino simplemente de un azul claro. Lanzó a Jack una última ojeada y se dirigió al lavabo de hombres.

Ahora Smokey se encaró con Jack; llevaba el sombrero de papel echado sobre la frente, tenía la estrecha cabeza de comadreja inclinada hacia delante y los labios entreabiertos, enseñando su dentadura de cocodrilo.

—No me obligues a hablarte otra vez —amenazó—. Es la última vez que te aviso y lo digo muy en serio.

Como le había pasado con Osmond, Jack se sintió invadido por una furia súbita, la clase de furia, estrechamente ligada a un sentido de la injusticia, que quizá no es nunca tan fuerte como a los doce años; los estudiantes universitarios creen sentirla a veces, pero no suelen ser más que un eco intelectual.

En esta ocasión explotó.

—No soy su perro, así que no me trate como si lo fuera —replicó, dando paso hacia Smokey Updike con las piernas aún trémulas de miedo.

Sorprendido —tal vez estupefacto— por la inesperada ira de Jack, Smokey retrocedió.

—Jack, te advierto…

—No, ahora le advierto yo —se oyó decir Jack—. No soy Lori y no quiero que me peguen. Y si usted lo hace, le devolveré el golpe o haré algo parecido.

El desconcierto de Smokey Updike fue sólo momentáneo. Seguramente no lo había visto todo —no podía, viviendo en Oatley—, pero él se *imaginaba* que sí, e incluso para una persona ignorante, que la seguridad en sí mismo puede ser suficiente. Alargó la mano y agarró a Jack por el cuello de la camisa.

—No gallees conmigo, Jack —dijo, atrayendo al chico hacia sí—. Mientras estés en Oatley, eso es lo que eres: mi perro. Mientras estés en Oatley, te mimaré y pegaré cuando me plazca.

Y le administró una sacudida capaz de desnucar a cualquiera. Jack se mordió la lengua y lanzó un grito. En las pálidas mejillas de Smokey había ahora puntos rojos de ira, como de colorete barato.

—Quizá creas que no es así, Jack, pero te equivocas. Mientras estés en Oatley serás mi perro y estarás en Oatley hasta que decida dejarte marchar. Y será mejor que lo entiendas a partir de ahora mismo.

Echó el puño hacia atrás y por un momento, las tres bombillas de sesenta

vatios que iluminaban el estrecho pasillo centellearon absurdamente en los diamantes de su anillo en forma de herradura. Entonces el puño se abalanzó sobre la mejilla de Jack, quien fue a parar a la pared cubierta de inscripciones con la mitad de la cara encendida primero y dormida después. El sabor de la propia sangre le llenó la boca.

Smokey le miró con la expresión atenta y critica del hombre que está pensando en comprar una vaquilla o un número de lotería. Quizá no vio en los ojos de Jack la expresión que deseaba ver, porque agarró de nuevo al aturdido muchacho, probablemente para propinarle un segundo puñetazo.

En aquel momento sonó en el bar el chillido de una mujer:

«¡No! ¡Glen! ¡No!» Se oyó una mezcla de voces masculinas, la mayoría alarmadas. Gritó otra mujer con voz estridente y penetrante. Y por fin sonó un disparo.

—¡Más mierda! —exclamó Smokey, pronunciando cada palabra con el cuidado de un actor de teatro en Broadway. Lanzó a Jack contra la pared, giró en redondo y salió por la puerta giratoria. Sonó otro disparo y después un grito de dolor.

Jack sólo estaba seguro de una cosa: había llegado el momento de irse. No al término del tumo de hoy, ni del de mañana, ni por la mañana del domingo. Ahora *mismo*.

El tumulto parecía remitir. No había sirenas, así que nadie debía estar herido ni muerto… pero Jack recordó, con miedo glacial, que el obrero parecido a Randolph Scott seguía encerrado en el lavabo de hombres.

Entró en la trastienda helada, que olía a cerveza, se arrodilló ante los cuñetes y buscó su mochila. De nuevo tuvo la paralizante seguridad, cuando sus dedos no encontraron más que aire y el sucio suelo de cemento, de que uno de ellos —Smokey o Lori— le había visto esconder la mochila y se la había llevado. Así te retendremos mejor en Oatley, querido. Luego un alivio casi tan paralizante como el miedo cuando sus dedos tocaron el nailon.

Cargó con la mochila y miró con desaliento la puerta de carga y descarga del fondo de la trastienda. Preferiría usar aquella puerta; no quería ir hasta la salida de incendios del extremo del pasillo, porque estaba demasiado cerca del lavabo de hombres. Pero si abría la puerta de carga, se encendería una luz roja en el bar e incluso aunque Smokey estuviera ocupado atendiendo al estropicio causado

por la pelea, Lori vería la luz y le avisaría.

Así que…

Fue hacia la puerta que daba al pasillo, abrió una rendija y miró con un ojo. El pasillo estaba vacío. Muy bien, magnífico. Randolph Scott había vaciado la vejiga y regresado al bar mientras Jack recogía su mochila. Magnífico.

Sí, *pero también puede seguir ahí dentro. ¿Quieres encontrarle en el pasillo, Jacky? ¿Quieres ver otra vez. cómo sus ojos se vuelven amarillos? Espera hasta estar seguro.*

Pero no podía hacer esto porque Smokey se daría cuenta de que no estaba en el bar, ayudando a Lori y a Gloria a limpiar las mesas, o detrás de la barra, vaciando el lavaplatos, y volvería a la trastienda a terminar de enseñar a Jack cuál era su sitio en el gran esquema general. Así que…

Así que… ¡vete de una vez.!Quizá está ahí afuera esperándote, Jacky… Quizá saltará sobre tí como un gran muñeco de resorte…¿La dama o el tigre? ¿Smokey o el obrero de la fábrica? Jack vaciló un momento más, presa de una horrible indecisión. Que el hombre de los ojos amarillos aún estuviera en el lavabo era una posibilidad; que Smokey iría a la trastienda era un hecho seguro.

Abrió la puerta y salió al angosto pasillo. La mochila que llevaba a la espalda parecía más pesada… y era una elocuente acusación de su propósito de fuga para cualquiera que le viese. Enfiló el pasillo con el corazón desbocado, andando grotescamente de puntillas a pesar de la música atronadora y la algarabía de la gente.

Tenía seis años, Jacky tenía seis años.

¿Y qué? ¿Por qué seguía pensando aquello?

Seis.

El pasillo parecía más largo. Era como andar sobre la rueda de un molino. La puerta de incendios del fondo parecía acercarse con exasperante lentitud. El sudor le cubría la frente y el labio superior. Mantenía la mirada fija en la puerta de la derecha, marcada con la silueta de un perro. Bajo la silueta se leía la palabra POINTERS. Y al final del pasillo, una puerta roja, descolorida y descascarillada. ¡SÓLO PARA CASOS DE EMERGENCIA! ¡SONARÁ LA ALARMA!. En realidad, hacía dos años que el timbre de alarma estaba descompuesto. Lori se lo había dicho una vez que Jack no se decidía a usar la puerta para sacar la basura.

Casi había llegado. Justo enfrente de POINTERS. *Está ahí dentro, lo sé… y si*

sale de un salto, pegaré un grito… me… me…

Jack alargó la trémula mano derecha y tocó la barra protectora de la puerta de emergencia, fresca y agradable al tacto. Por un momento creyó realmente que escaparía de la planta nepente y saldría a la noche… libre.

Entonces la puerta que estaba *detrás* de él se abrió con un golpe, la puerta de SETTERS, y una mano le agarró por la mochila. Jack profirió el grito agudo y desesperado de un animal preso en una trampa y se lanzó contra la puerta de emergencia, olvidándose de la mochila y del zumo mágico que contenía. Si las correas se hubieran roto, habría continuado huyendo por entre la basura y las malas hierbas del solar que había detrás del bar, sin preocuparse de nada más.

Pero las correas eran de nailon fuerte y no se rompieron. La puerta se entreabrió, revelando una breve y oscura cuña de la noche, y en seguida volvió a cerrarse. Jack se sintió arrastrado hacia el interior del lavabo de mujeres, donde fue zarandeado y lanzado contra la pared. Si hubiese chocado contra ésta de espaldas, no cabe duda de que la botella de zumo mágico se habría hecho añicos dentro de la mochila, empapando sus escasas prendas y el bueno y viejo Rand McNally con el hedor de uvas podridas. Pero fue a dar contra el único lavabo con la región lumbar. El dolor fue enorme y lacerante.

El obrero avanzaba lentamente hacia él, subiéndose los pantalones con unas manos que ya empezaban a retorcerse y agrandarse.

—Ya tenías que haberte ido, chico —dijo con una voz ronca que se parecía cada vez más al rugido de un animal.

Jack empezó a moverse hacia la izquierda, sin perder de vista la cara del hombre. Los ojos de éste parecían más transparentes, no sólo amarillos, sino iluminados por dentro… los ojos de una horrible calabaza de la Víspera de Todos los Santos.

—Pero puedes confiar en el viejo Elroy —dijo el seudovaquero, sonriendo ahora para enseñar dos grandes hileras de dientes curvados, algunos rotos y otros negros de podredumbre. Jack gritó—. Oh, puedes confiar en Eiroy —repitió aquello con palabras apenas diferentes de un ladrido—. No te va a hacer *demasiado* daño. No te pasará nada —gruñó, moviéndose hacia Jack—, no te pasará nada, no te… —Continuó hablando, pero Jack ya no podía entender nada porque ahora sólo rugía.

El pie de Jack tropezó con el alto cubo de basura que había junto a la puerta.

Cuando el seudovaquero alargó hacia él sus manos como pezuñas, Jack cogió el cubo y lo tiró contra el pecho de aquello llamado Eiroy, que lo hizo rebotar, Jack abrió con fuerza la puerta del lavabo y corrió hacia la izquierda, hacia la salida de emergencia. Luchó con la barra de protección, consciente de que Eiroy le pisaba los talones, y se lanzó a la oscuridad reinante en la parte trasera del bar Oatley.

A la derecha de la puerta había un montón de cubos de basura a rebosar. Jack volcó tres, los oyó chocar con gran estruendo… y en seguida oyó un alarido de dolor cuando Eiroy tropezó con ellos.

Dio una rápida media vuelta a tiempo de ver que aquello caía al suelo. Tuvo incluso un momento para pensar: *Oh, Dios mío, una cola, tiene algo parecido a una cola y…* para darse cuenta de que aquello era ya casi enteramente un animal. Sus ojos proyectaban una luz dorada en forma de rayos fantasmagóricos, como si pasaran a través de dos cerraduras iguales.

Jack retrocedió al verle, se quitó la mochila de la espalda e intentó abrir los cierres con dedos que parecían bloques de madera, con la mente sumida en una fragorosa confusión…

… Jacky tenia seis años Dios mío Speedy ayúdame Jacky tenia SEIS años por favor Dios mío…

…de ideas y súplicas incoherentes. Aquello gruñía y agitaba las extremidades entre los cubos de basura. Jack vio una mano-pezuña elevarse y bajar con un silbido, convirtiendo el lado de un cubo de metal en una astilla dentada de un metro de longitud. Se levantó de nuevo, tropezó, estuvo a punto de caerse y entonces se abalanzó sobre Jack, con la cara furiosa y contraída casi al mismo nivel del pecho. Y de algún modo, Jack pudo entender lo que decía a través de los gruñidos y ladridos:

—Ahora no sólo voy a hacerte papilla, pequeño polluelo, ahora voy a matarte… *después.*

¿Los oyó con sus *oídos*? ¿O dentro de su *cabeza*?

No importaba. El espacio entre este mundo y aquél se había reducido de un universo a una simple membrana.

Aquello llamado Elroy gruñó y fue hacia él, ahora vacilante y torpe sobre las patas traseras, con la ropa colgando en los lugares más extraños y la lengua oscilante entre los colmillos. Esto era el solar vacío que había detrás del bar

Oatley de Smokey Updike, sí, aquí estaba por fin, medio cubierto de malas hierbas y desechos esparcidos: un oxidado muelle de somier por aquí, el radiador de un Ford 1957 por allá y una espantosa media luna, como un hueso curvado en el firmamento, que convertía cada fragmento de vidrio roto en un ojo inmóvil y muerto; y esto no había empezado en New Hampshire, ¿verdad? No. No había empezado cuando su madre cayó enferma ni cuando apareció Lester Parker. Había empezado cuando…

Jacky tenía seis años. Cuando todos nosotros vivíamos en California y nadie vivía en ninguna otra parte y Jacky tenía…

Trató de abrir las correas de la mochila.

Aquello volvió a acercarse, casi como si bailara, recordándole por un momento a un personaje de Disney a la luz peligrosa de la luna. Absurdamente, Jack empezó a reír. Aquello gruñó y saltó hacia él, casi tocándole con sus garras-pezuñas, no consiguiéndolo por muy pocos milímetros y cayendo de nuevo en su baile entre las malas hierbas y los desperdicios. Aquello llamado Eiroy cayó sobre el somier y quedó enredado en él de alguna forma. Lanzando alaridos, arrojando al aire bolas blancas de espuma, saltó, se retorció y estiró, con una pata hundida entre los muelles enroscados.

Jack hurgó en la mochila, buscando la botella. Metió la mano por entre calcetines y calzoncillos sucios y un fragante y apretado par de pantalones téjanos. Agarró la botella por el cuello y la extrajo.

Aquello llamado Eiroy hendió el aire con un alarido, de rabia y se liberó por fin de los muelles.

Jack cayó al suelo polvoriento, sembrado de malas hierbas, y rodó por él con los dos últimos dedos de la mano izquierda curvados en torno a una correa de la mochila y sosteniendo la botella con la mano derecha. Intentó sacar el tapón con el pulgar y el índice de la mano izquierda, mientras la mochila pendía y oscilaba. El tapón salió.

¿Podrá seguirme? —se preguntó sin coherencia, llevándose la botella a los labios—. *Cuando me voy, ¿practico alguna clase de agujero en medio de las cosas? ¿Podrá seguirme por él y acabar conmigo en el otro lado?*

La boca de Jack se llenó de aquel horrible sabor a uvas podridas. Tuvo náuseas y la garganta se le cerró, como si realmente fuera a vomitar. Ahora aquel sabor espantoso le invadió también los senos y tabiques nasales, haciéndole

proferir un gemido profundo y entrecortado. Pudo oír gritar a aquello llamado Elroy, pero el grito parecía lejano, como si procediera de un extremo del túnel de Oatley y él, Jack, estuviera cayendo rápidamente hacia el otro extremo. Y esta vez tuvo una sensación de caída y pensó:

Oh. Dios mío ¿y si he saltado como un estúpido al fondo de un acantilado o una montaña del otro lado?

Continuó agarrado a la mochila y la botella; con los ojos desesperadamente cerrados, esperando que ocurriera lo que debía ocurrir —con aquello llamado Eiroy o sin ello en los Territorios o en la nada— y la idea que le había perseguido toda la noche se acercó dando vueltas tomo un caballo de tiovivo. Dama de Plata o quizá Veloz. La pescó y retuvo en una nube de la horrible vaharada del zumo mágico, guardándola mientras esperaba que ocurriese algo y sintiendo el cambio de la ropa que cubría su cuerpo.

Seis años oh si todos teníamos seis años y nadie era menor o mayor y estábamos en California quien toca ese saxófono papá es Dexter Gordon o no que quiere decir mamá cuando dice que vivimos en una falla y adonde adonde adonde vais tú papá y tío Morgan oh papá a veces te mira como como como si hubiera una falla en su cabeza y un terremoto detrás de sus ojos y tú murieras en él ¡oh papá!

Cayendo, retorciéndose, girando en medio del limbo, en medio de un olor a nube morada, Jack Sawyer, John Benjamín Sawyer, Jacky, Jacky.

… tenía seis años cuando empezó a suceder, y ¿quién tocaba aquel saxófono, papá? ¿Quién lo tocaba cuando yo tenía seis años, cuando Jacky tenía seis años, cuando Jacky…

Capítulo 11

LA MUERTE DE JERRY BLEDSOE

1

Tenía seis años… cuando todo empezó a suceder, cuando los motores que *en* el futuro le llevarían a Oatley y más allá se pusieron en marcha. Se oía una fuerte música de saxófono. Seis. *Jacky tenía seis años.* Al principio había dedicado toda su atención al juguete que le había dado su padre, un modelo a escala de un taxi londinense; el coche era pesado como un ladrillo y si se le daba un buen empujón, se deslizaba a toda velocidad por los suelos de madera de la nueva oficina. Atardecía, finalizaba el mes de agosto, un bonito coche nuevo circulaba como un tanque por el pavimento de madera, detrás del sofá, y reinaba un ambiente relajado y satisfecho en la oficina refrigerada… El trabajo había tocado a su fin, no más llamadas telefónicas que no podían esperar hasta el día siguiente. Jack empujaba el pesado taxi de juguete por el suelo de madera y oía apenas el ruido de los macizos neumáticos de goma bajo el solo del saxófono. El coche negro chocó contra una de las patas del sofá, giró hacia un lado y se detuvo. Jack se arrastró hasta el otro extremo del sofá para recuperarlo. Su padre tenía los pies sobre la mesa y tío Morgan se había instalado en uno de los sillones del otro lado del sofá. Los dos hombres tenía sendos vasos en la mano; pronto los posarían sobre la mesa, desconectarían el fonógrafo y el amplificador

y bajarían para irse en sus coches.

cuando todos teníamos seis años y nadie tenia más ni menos y estábamos en California

—¿Quién toca este saxófono? —oyó preguntar a tío Morgan y, medio en sueños, oyó un nuevo matiz en aquella voz conocida: algo secreto y oculto en la voz de Morgan Sloat se introdujo en el oído de Jacky, que tocó el techo del taxi de juguete y lo encontró frío como si fuera de hielo y no de acero inglés.

—Dexter Gordon, nada menos —contestó su padre con la voz perezosa y cordial de siempre y Jack rodeó con la mano el pesado taxi.

—Buena grabación.

—*Papá toca el cuerno*. Un buen disco viejo, ¿verdad?

—Tendré que buscarlo. —Y entonces Jack creyó adivinar por qué le sonaba extraña la voz de tío Morgan: a éste no le gustaba realmente el jazz, sólo lo fingía delante del padre de Jacky. Jack conocía este hecho sobre Morgan Sloat desde su primera infancia y encontraba extraño que su padre no lo advirtiera. Tío Morgan no buscaría un disco llamado *Papá toca el cuerno*, sólo lo había dicho para halagar a Phil Sawyer, y quizá el motivo de que éste no lo viera fuese que, como todo el mundo, nunca dedicaba la atención suficiente a Morgan Sloat. Tío Morgan, elegante y ambicioso («elegante como un glotón, solapado como un abogado de los tribunales», decía Lily), el bueno y viejo de tío Morgan desviaba la atención; era como si la vista resbalase y le pasara de largo. Jacky tenía la impresión de que, cuando era niño, a sus maestros les costaba incluso recordar su nombre.

—Imagínate lo que sería este tipo al otro lado —observó tío Morgan, atrayendo por una vez toda la atención de Jack. La falsedad seguía presente en su voz, pero no fue la hipocresía de Sloat lo que hizo levantar la cabeza a Jacky y aumentar la presión de sus dedos sobre el macizo juguete; las palabras *al otro lado* penetraron directamente en su cerebro y ahora sonaban como campanillas. Porque *el otro lado* era el país de las Fantasías de Jack. Lo supo inmediatamente. Su padre y tío Morgan habían olvidado que él estaba detrás del sofá e iban a hablar sobre las Fantasías.

Su padre conocía la existencia del país de las Fantasías. Jack no habría mencionado jamás las Fantasías ni a su padre ni a su madre, pero su padre conocía su existencia porque no tenía más remedio, así de sencillo. Y el

siguiente paso, sentido por las emociones de Jack más que expresado de manera consciente, era que su padre ayudaba a salvaguardar la seguridad de las Fantasías.

Sin embargo, por alguna razón igualmente difícil de traducir de la emoción al lenguaje, la conjunción de Morgan Sloat y las Fantasías inquietaban al niño.

—¿No crees? —dijo tío Morgan—. Este tipo causaría sensación allí. Probablemente le nombrarían duque de las Tierras Malditas o algo parecido.

—Bueno, no creo que le llamaran así —contestó Phil Sawyer—. No si les gustaba tanto como a nosotros.

Pero a tío Morgan no le gusta, papá —pensó Jack, convencido de repente de que esto era importante—. *No le gusta en absoluto, en realidad piensa que la música es demasiado alta, que le roba algo…*—Oh, tú sabes mucho más de eso que yo —dijo tío Morgan con una voz que sonó tranquila y relajada.

—Bueno, he estado allí con más frecuencia. De todos modos, tú estás progresando mucho. —Jack oyó que su padre sonreía.

—Oh, he aprendido unas cuantas cosas, Phil. Pero en realidad, en fin, ya sabes que siempre te estaré agradecido por enseñarme todo aquello. —Las cinco sílabas de *agradecido* llenas de humo y el sonido de cristal roto.

Pero todos estos pequeños avisos sólo pudieron causar una mínima mella en la satisfacción intensa, casi exaltada de Jack. Hablaban de las Fantasías. Resultaba mágico que semejante cosa fuera posible. Lo que decían escapaba a su comprensión, sus términos y vocabulario eran demasiado adultos, pero Jack volvió a experimentar a sus seis años la maravilla y el gozo de las Fantasías y era por lo menos lo bastante mayor para comprender el rumbo de la conversación. Las Fantasías eran reales y, en cierto modo, Jacky las compartía con su padre. En esto estribaba la mitad de su gozo.

2

—Déjame aclarar un par de cosas —dijo tío Morgan y Jacky vio la palabra *aclarar* como dos líneas enroscadas entre sí como serpientes—. Tienen magia como nosotros tenemos la física, ¿no? Hablamos de una monarquía agrícola que

emplea la magia en lugar de la ciencia.

—Exacto —contestó Phil Sawyer.

—Y es de suponer que ha sido así durante siglos. Sus vidas no han cambiado mucho nunca.

—En efecto, si exceptuamos las revueltas políticas. Entonces la voz de tío Morgan se agudizó y la excitación que intentaba ocultar se tradujo en pequeños latigazos sobre las consonantes.

—Bueno, olvidemos la cuestión política y pensemos en nosotros para variar. Dirás, y yo estaré de acuerdo contigo, Phil, que nos hemos desenvuelto bastante bien fuera de los Territorios y que deberíamos tener mucho cuidado con los cambios que deseemos introducir allí. No tengo nada que objetar contra esta actitud Porque yo pienso lo mismo.

Jacky sintió el silencio de su padre.

—Muy bien —prosiguió Sloat—. Partamos de la idea de que, dentro de una situación básicamente ventajosa para nosotros, podemos extender los beneficios a todos los que estén de nuestra parte. No sacrificamos las ventajas, pero tampoco somos codiciosos con el botín que nos reportan. Se lo debemos a esta gente, Phil; piensa en lo que han hecho por nosotros. Creo que allí podríamos ponernos en una situación realmente sinergista. Nuestra energía puede alimentar su energía y obtener unos resultados que ni siquiera hemos imaginado, Phil. Y terminamos pareciendo generosos, que lo somos, lo cual tampoco nos perjudica. —Debía estar inclinado hacia delante, con el ceño fruncido y las palmas de las manos juntas—. Como es natural, no tengo una panorámica completa de la situación, ya lo sabes, pero creo, si hemos de ser francos, que sólo la sinergia ya vale el precio de admisión. Pero, Phil… ¿te imaginas todo el condenado poder que esgrimiríamos si les diéramos electricidad? ¿Si facilitáramos armas modernas a los tipos adecuados de allí? ¿Tienes una idea? Creo que sería fabuloso. *Fabuloso*. —El sonido húmedo, como un chapoteo, de sus palmadas —. No quiero cogerte desprevenido ni nada semejante, pero creo que ya sería hora de que pensáramos en estos términos, e incrementar nuestras actividades en los Territorios.

Phil Sawyer continuó callado. Tío Morgan dio otra palmada y por fin Phil Sawyer observó con voz neutral:

—Quieres pensar en un incremento de nuestras actividades.

—Creo que es el mejor modo de proceder y podría argumentártelo, con todo lujo de detalles, Phil, pero no es necesario. Probablemente recuerdas tan bien como yo la situación en que estábamos antes de que empezáramos a ir juntos al otro lado. Es posible que hubiésemos triunfado sin ayuda, pero en lo que a mí respecta, estoy muy agradecido de no seguir representando a un par de pobres bailarinas de *strip-tease* y al Pequeño Timmy Tiptoe.

—Espera un momento —dijo el padre de Jack.

—Aviones —continuó tío Morgan—. Piensa en la aviación.

—Espera un momento, Morgan. Tengo un montón de ideas que a ti por lo visto aún no se te han ocurrido.

—Siempre estoy abierto a las ideas nuevas —replicó Morgan con voz velada.

—Está bien. Creo que debemos tener cuidado con lo que hacemos allí, socio. Creo que cualquier gran innovación, cualquier cambio real que introduzcamos, podría volverse contra nosotros aquí. Todo tiene sus consecuencias y algunas de las consecuencias podrían ser un poco incómodas.

—¿Por ejemplo? —preguntó Morgan.

—Por ejemplo, la guerra.

—Esto es una tontería, Phil. Nunca hemos visto nada que… a menos que te refieras a Bledsoe…

—Me refiero a Bledsoe. ¿Acaso fue una coincidencia? *¿Bledsoe?*, se preguntó Jack. Había oído el nombre antes, pero lo recordaba vagamente.

—Bueno, es algo muy diferente de la guerra, ni remotamente parecido y, de todos modos, no reconozco que exista una conexión.

—Está bien. ¿Recuerdas haber oído que un Forastero asesinó al anciano Rey de allí… hace mucho tiempo? ¿Lo has oído contar?

—Sí, supongo que sí —dijo tío Morgan y Jack volvió a oír la falsedad en su voz.

La silla de su padre crujió porque bajó los pies de la mesa y se inclinó hacia delante.

—El asesinato provocó una guerra menor. Los partidarios del anciano Rey tuvieron que sofocar una rebelión conducida por un puñado de nobles descontentos, que vieron una oportunidad de hacerse con el poder y gobernarlo todo: apropiarse tierras, embargar propiedades, encarcelar a sus enemigos y

enriquecerse.

—Alto, sé justo —interrumpió Morgan—. Ya oí hablar de esta cuestión y también querían introducir un determinado orden político en un sistema disparatado e ineficiente; a veces hay que ser duro al principio. Lo encuentro normal.

—Convengo en que no somos quiénes para juzgar su política, pero lo que quiero decir es lo siguiente: la pequeña guerra duró unas tres semanas. Cuando terminó, había muerto un centenar de personas, menos, probablemente. ¿Te ha dicho alguna vez alguien cuándo empezó aquella guerra? ¿En qué año? ¿En qué día?

—No —murmuró tío Morgan con voz lúgubre.

—El primero de septiembre de 1939. El mismo día en que aquí Alemania invadió Polonia. —Su padre calló y Jacky, detrás del sofá, con el taxi de juguete apretado en el puño, bostezó en silencio pero abriendo mucho la boca.

—Vaya tontería —dijo por fin tío Morgan—. ¿Su guerra inició la *nuestra*? ¿De verdad crees esto?

—De verdad lo creo —contestó el padre de Jack—. Creo que una batalla de tres semanas allí fue de algún modo la chispa que inició aquí una guerra de seis años que mató a millones de personas. Sí.

—Bueno… —dijo tío Morgan y Jack vio que empezaba a indignarse.

—Y hay más. He hablado sobre este tema con mucha gente de allí y tengo la impresión de que el forastero que asesinó al Rey era un Forastero *auténtico*, ¿comprendes? Quienes le vieron, sacaron la conclusión de que estaba incómodo con la ropa de los Territorios. Actuaba como si no conociera bien las costumbres locales… y no entendía con facilidad el sistema monetario.

—Ah.

—Sí. Si no le hubieran despedazado en cuanto hundió el cuchillo en el pecho del Rey, podríamos saber esto con seguridad, pero en cualquier caso estoy seguro de que era…

—Como nosotros.

—Exacto, como nosotros. Un visitante. Morgan, creo que no debemos cambiar demasiadas cosas allí, porque sencillamente ignoramos los efectos que podríamos provocar. A decir verdad, creo que nos vemos afectados continuamente por las cosas que ocurren en los Territorios. Y, ¿quieres que te

diga otra insensatez?

—¿Por qué no? —contestó Sloat.

—Ése no es el único mundo que hay allí.

3

—Sandeces —dijo Sloat.

—Lo digo en serio. Una o dos veces, mientras estaba allí, tuve la sensación de hallarme cerca de *otro* lugar… los Territorios de los Territorios.

—Sí —pensó Jack—, *es cierto, tiene que serlo, las Fantasías de las Fantasías, un lugar aún más hermoso, y más allá, las Fantasías de las Fantasías de las Fantasías, y más allá otro lugar, otro mundo todavía más bello…* Se dio cuenta por primera vez de que estaba muy soñoliento.

Las Fantasías de las Fantasías.

Se durmió casi al instante, con el pesado taxi de juguete en la falda, y la pesadez del sueño se apoderó de su cuerpo, anclado al suelo de madera, simultáneamente con una ingravidez maravillosa.

La conversación debió continuar y Jacky debió perderse muchas cosas. Se elevó y cayó, pesado y ligero, durante toda la segunda cara de *Papá toca el cuerno,* y durante este tiempo Morgan Sloat debió discutir, al principio con suavidad —¡pero también con qué apretones de puños, con qué contorsiones de la frente!— en favor de su plan; luego debió fingir que podía ser persuadido y por último que se había dejado persuadir por las dudas de su socio. Al final de esta conversación, evocada por Jack Sawyer, de doce años, cuando se hallaba en la peligrosa frontera entre Oatley, Nueva York, y un pueblo anónimo de los Territorios, Morgan Sloat no sólo fingió que estaba *persuadido,* sino positivamente agradecido por las lecciones. Cuando Jack se despertó, lo primero que oyó fue la pregunta de su padre:

—¡Eh! ¿Es que Jack ha desaparecido?

Y lo segundo, la respuesta de tío Morgan:

—Diablos, creo que tienes razón, Phil. Te pintas solo para ver el fondo de las cosas, es fantástico cómo lo haces.

—¿Dónde se ha metido Jack? —preguntó su padre y Jack empezó a moverse detrás del sofá, despertándose de verdad esta vez. El taxi negro cayó al suelo con un golpe sordo.

—Ajá —dijo Morgan—. Por lo visto había moros en la costa.

—¿Estás ahí detrás, chico? —inquirió su padre. Se oyó ruido de sillas arrastradas por el suelo de madera y de hombres poniéndose en pie.

Con un *«Ooooh»*, Jack cogió el taxi. Sentía una incómoda rigidez en las piernas; cuando se levantara, le hormiguearían.

Su padre rió. Unos pasos se le acercaron. La cara roja e hinchada de Morgan Sloat apareció por encima del sofá y junto a él, la de su padre, sonriente. Jack bostezó y apoyó las rodillas en el sofá. Por un momento, las dos cabezas de adulto parecieron flotar encima del respaldo.

—Vámonos a casa, dormilón —dijo su padre. Cuando el niño miró la cara de tío Morgan, vio el cálculo introducirse bajo la piel de sus mofletudas mejillas como una serpiente bajo una roca. Volvía a parecer el padre de Richard Sloat, el bueno de tío Morgan que siempre hacía regalos espectaculares por Navidad y los cumpleaños, el bueno y viejo de tío Morgan, tan fácil de pasar por alto. Pero, ¿qué aspecto tenía antes? Le había parecido *un terremoto humano, un hombre hundiéndose en la ·falla abierta detrás de sus ojos, algo muy tenso, a punto de explotar…*

—¿Qué te parecería un helado antes de llegar a casa, Jack? —le dijo tío Morgan—. ¿Te apetece?

—Aja —contestó Jack.

—Sí, podemos parar en la tienda del vestíbulo —sugirió su padre.

—Delicioso, delicioso —asintió tío Morgan—. Ahora sí que hablamos de sinergia —y sonrió de nuevo a Jack.

Esto había ocurrido cuando él tenía seis años y volvió a ocurrir en medio de su ingrávido revolcón por el limbo… el horrible sabor morado del zumo de Speedy le subió hasta la boca, hasta los tabiques nasales y toda aquella lánguida tarde de seis años atrás se repitió en su mente. La vio como si el zumo mágico le trajera el recuerdo completo y con tal rapidez, que vivió toda aquella tarde en los escasos segundos que tardó en pensar que esta vez el zumo mágico le haría

vomitar de verdad.

Los ojos de tío Morgan humeaban y en el interior de Jack humeaba también una pregunta que exigía una expresión urgente…

¿Quién producía

Qué cambios, qué cambios

Quién produce estos cambios, papá?

¿Quién

mató a Jerry Bledsoe? El zumo mágico se abrió camino hacia la boca del muchacho, vahos de su nauseabundo olor penetraron en su nariz y justo cuando Jack tocó tierra blanda bajo sus manos, renunció y vomitó para no ahogarse. ¿*Qué* mató a Jerry Bledsoe? Una fétida sustancia morada brotó de la boca de Jack, atragantándole, y él retrocedió a ciegas, con los pies y las piernas enredados en unos tallos altos y rígidos. Se puso de rodillas y esperó, paciente como una muía, con la boca abierta, el segundo ataque. El estómago se le contrajo y antes de que tuviera tiempo de gemir, otro chorro del repugnante zumo ascendió, ardiente, por su pecho y garganta y brotó de su boca. Jack se secó con mano débil los gruesos hilos de saliva rosa que le colgaban de los labios y luego se limpió la mano en los pantalones. Jerry Bledsoe, sí. *Jerry*, que siempre llevaba su nombre impreso en la camiseta, como un empleado de gasolinera. Jerry, que había muerto cuando… El muchacho agitó la cabeza y volvió a secarse los labios con las manos. Escupió sobre una mata de hierba dentada que salía como el pelo de un gigante de la tierra marrón y gris. Un vago instinto animal que no comprendió le impulsó a cubrir de tierra el charco de vómito rosado. Otro reflejo le hizo frotar las palmas de las manos contra los pantalones. Por último, levantó la vista.

Estaba de rodillas, a la luz del crepúsculo, al borde de un camino polvoriento. Ninguna cosa horrible llamada Elroy le perseguía… Supo esto inmediatamente. Unos perros encerrados en una especie de jaula le ladraban y gruñían, sacando los hocicos por entre los intersticios de su prisión. Al otro lado de los perros se levantaba una destartalada estructura de madera de la cual también se alzaban hacia el inmenso cielo sonidos perrunos muy similares a los que Jack acababa de oír desde el otro lado de una pared en el bar Oatley: los sonidos de hombres borrachos gritándose unos a otros. Un bar… Jack imaginaba que aquí sería una posada o una taberna. Ahora que ya no sentía náuseas por

culpa del zumo de Speedy, pudo percibir los olores penetrantes de la malta y el lúpulo. No podía dejar que los hombres de la posada le descubrieran.

Por un momento se imaginó a sí mismo huyendo de todos aquellos perros que gruñían desde las hendiduras de la cerca y entonces se puso en pie. El cielo parecía inclinarse sobre su cabeza y oscurecerse. ¿Y en casa, en *su* mundo, qué ocurría? ¿Un bonito pequeño desastre en el centro de Oatley? ¿Una bonita pequeña inundación, tal vez, o un atractivo pequeño incendio? Jack se alejó sin ruido de la posada y luego empezó a caminar por la alta hierba. Quizá unos sesenta metros más allá, gruesas velas ardían en las ventanas del único edificio que podía verse. De algún lugar poco distante situado a su derecha llegaba el olor de cerdos. Cuando Jack hubo recorrido la mitad de la distancia entre la posada y la casa, los perros dejaron de ladrar y gruñir y él empezó a caminar lentamente en dirección al Camino del Oeste. La noche era oscura, sin luna.

Jerry Bledsoe.

4

Había otras casas, aunque Jack no las vio hasta que estuvo casi delante de ellas. Exceptuando a los ruidosos bebedores de la posada, la gente de los Territorios que vivía en el campo se acostaba a la puesta de sol. Ninguna vela ardía en estas pequeñas ventanas cuadradas. También cuadradas y oscuras, las casas a ambos lados del Camino del Oeste se levantaban en un aislamiento sorprendente; debía haber algún error, como en un juego visual de una revista infantil, pero Jack no sabía identificarlo. No se veía nada invertido, nada que ardiera, nada que se antojara extrañamente fuera de lugar. La mayoría de las casas tenían tejados peludos que parecían almiares recortados pero que Jack supuso eran techumbres de bálago; había oído hablar de ellas pero nunca las había visto. *Morgón* —pensó con repentino pánico—, *Morgón de Orris* y durante un momento los vio a los dos, al hombre de cabellos largos y bota ortopédica y al sudoroso e intrigante socio de su padre, Morgan Sloat con cabellos de pirata y cojeando al andar. Pero Morgan —el Morgan de este mundo — no era el Error de Esta Imagen.

Ahora Jack pasaba frente a un chato edificio de un solo piso, parecido a una jaula de conejos ampliada, absurdamente decorado con anchas X de madera negra y coronado asimismo por un techo de bálago recortado. Si estuviera saliendo de Oatley —o huyendo de Oatley, para ser más fieles a la verdad—, ¿qué esperaría ver en la única ventana oscura de esta madriguera para conejos gigantes? Lo sabía: el centelleo inquieto de una pantalla de televisión. Pero, naturalmente, las casas de los Territorios no contenían televisores y la ausencia de aquel centelleo polícromo no era lo que le extrañaba, sino otra cosa, algo que era tan corriente en cualquier agrupación de casas junto a un camino que su ausencia dejaba un hueco en el paisaje. Se notaba el hueco, aunque no pudiera identificarse lo que faltaba.

Televisión, televisores… Jack pasó de largo el pequeño edificio enmaderado a medias y vio delante de él otra construcción miniatura, cuya puerta de entrada se hallaba a pocos centímetros del borde del camino. Ésta parecía tener un tejado de hierba, no de bálago, y Jack sonrió para sus adentros… Este pueblo minúsculo le recordaba a Hobbiton. ¿Se detendría aquí un instalador de antenas de Hobbiton para decir a la dueña del… ¿cobertizo?, ¿perrera?… bueno, para decirle: «Señora, estamos tendiendo cables en su zona y por una pequeña cuota mensual, se lo arreglaría ahora mismo, podrá usted ver quince nuevos canales, el *Midnight Blue*, los canales de deportes y del tiempo, los…»

Y comprendió de repente que era eso. Frente a estas casas no había postes, ¡ni cables! Ninguna antena de televisión complicaba el cielo, ningún poste de madera jalonaba el Camino del Oeste, porque en los Territorios no había electricidad, lo cual era el motivo de que no hubiera identificado el elemento ausente. Jerry Bledsoe era, por lo menos parte del tiempo, el electricista y factótum de Sawyer & Sloat.

5

Cuando su padre y Morgan Sloat pronunciaron aquel nombre, *Bledsoe*, pensó que no lo había oído nunca antes, aunque cuando lo hubo recordado, supo que debía haber oído el apellido del factótum una o dos veces. Pero Jerry Bledsoe era

casi siempre *Jerry*, como constaba en el bolsillo de su camiseta de trabajo. «¿No puede hacer algo Jerry con el acondicionador de aire?» «Di a Jerry que engrase los goznes de esa puerta, ¿quieres? Los chirridos me están volviendo loco.» Y Jerry aparecía, con su ropa de trabajo limpia y planchada, sus escasos cabellos rojizos peinados, sus gafas redondas y atentas, y arreglaba en silencio lo que no funcionaba. Existía una señora Jerry que planchaba la raya de los pantalones del mono de color crudo y varios pequeños Jerrys a los que Sawyer & Sloat recordaba invariablemente por Navidad. Jack era lo bastante pequeño para asociar el nombre de *Jerry* con el eterno adversario de Tom el Gato y por ello se imaginaba que el factótum, la señora Jerry y los pequeños Jerrys vivían en una ratonera gigantesca a la que se accedía por un arco practicado en un zócalo.

¿Quién había matado a Jerry Bledsoe? ¿Su padre y Morgan Sloat, siempre tan cariñoso con los niños Bledsoe en las fiestas de Navidad?

Jack se adentró en la oscuridad del Camino del Oeste, deseando haber olvidado por completo al factótum de Sawyer & Sloat y haberse dormido en cuanto se metió detrás del sofá. Dormir era lo que necesitaba ahora… mucho más que los incómodos pensamientos suscitados por aquella conversación de seis años atrás. Se prometió a sí mismo que en cuanto estuviera seguro de encontrarse por lo menos a un par de millas de la última casa, buscaría un lugar donde dormir. Le bastaría con un campo, incluso una zanja. Sus piernas no querían seguir caminando; todos sus músculos, incluso sus huesos, parecían pesar el doble de lo normal.

Fue después de una de aquellas ocasiones cuando Jack entró en una habitación en busca de su padre y se encontró con que Phil Sawyer había desaparecido. Más adelante, su padre se las compondría para desaparecer de su dormitorio, del comedor o de la sala de conferencias de Sawyer & Sloat. En esta ocasión ejecutó su misterioso truco en el garaje adosado a la casa de Rodeo Drive.

Jack, sentado sobre un pequeño montículo de tierra que era lo más parecido a una colina en esta parte de Beverly Hills, vio a su padre salir de casa por la puerta principal, cruzar el prado rebuscando en sus bolsillos dinero o llaves y entrar en el garaje por la puerta lateral. La puerta blanca del lado derecho tendría que haberse abierto segundos después, pero continuó cerrada. Entonces Jack se dio cuenta de que el coche de su padre se encontraba donde había estado toda

esta mañana de sábado: aparcado junto a la acera, delante de la casa. El coche de Lily ya no estaba; con un cigarrillo en la boca, su madre había anunciado que se marchaba a una proyección de *Pista de ripio,* la última película del director de *La amada de la muerte,* y, por Dios, que nadie tratara de detenerla… Así que el garaje estaba vacío. Jack esperó durante varios minutos a que ocurriera algo. No se abrió la puerta lateral ni tampoco las grandes puertas delanteras. Al cabo de un rato Jack bajó del montículo de hierba, fue al garaje y entró. El amplio y conocido espacio se hallaba totalmente vacío. Oscuras manchas de gasolina formaban un dibujo en el suelo de cemento gris. De los ganchos plateados de las paredes colgaban diversas herramientas. Jack gruñó, asombrado, llamó: «¡Papá!» y miró de nuevo en todas direcciones, para estar más seguro. Esta vez vio saltar un grillo hacia la oscura protección de una pared y por un segundo *casi* hubiera podido creer que la magia era real y algún brujo maligno había entrado y… el grillo llegó a la pared y se deslizó en el interior de un intersticio invisible. No, su padre no había sido transformado en grillo; claro que no. «¡Eh!», llamó el niño, al parecer para sus adentros. Caminó de espaldas hacia la puerta lateral y salió del garaje. El sol caía sobre los prados mullidos y exuberantes de Rodeo Drive. Le habría gustado llamar a alguien, pero ¿a quién? ¿A la policía? *Papá ha entrado en el garaje y al no encontrarle allí me he asustado…*

Dos horas después Phil Sawyer se acercaba andando desde el extremo de la calle donde se hallaba el Beverly Wiishire. Llevaba la chaqueta colgada del hombro y se había aflojado el nudo de la corbata… Jack tuvo la impresión de que regresaba de un viaje alrededor del mundo.

Bajó corriendo del montículo y se precipitó hacia su padre.

—Vaya manera de correr —dijo éste, sonriendo, y Jack se abrazó con fuerza a sus piernas—. Creía que estabas haciendo la siesta, Viajero Jack.

Cuando subían por el camino oyeron sonar el teléfono y un instinto —quizá el instinto de querer cerca a su padre— hizo desear a Jack que hubiera estado sonando durante mucho rato y que quien llamaba colgara antes de que ellos llegasen a la puerta. Su padre le despeinó la coronilla, le puso la mano grande y cálida sobre la nuca, abrió la puerta y alcanzó el teléfono en cinco grandes zancadas.

—Sí, Morgan —oyó Jacky decir a su padre—. ¿Ah, sí? ¿Malas noticias? Será mejor que me las digas, sí. —Al cabo de un largo momento de silencio

durante el cual el chico pudo oír el sonido agudo y áspero de la voz de Morgan Sloat a través del hilo telefónico—: Oh, Jerry. Dios mío. Pobre Jerry. Voy en seguida. —Entonces su padre le miró a la cara, sin sonreír ni guiñar el ojo, sólo observándole—. Ya voy, Morgan. Tendré que traer a Jack, pero puede esperar en el coche. —Jack sintió que sus músculos se relajaban y experimentó tanto alivio que no preguntó por qué tenía que esperar en el coche, como hubiera hecho en cualquier otra ocasión.

Phil tomó Rodeo Drive hasta el hotel Beverly Hills, giró a la izquierda hacia Sunset y dirigió el coche al edificio de oficinas sin decir una palabra.

Sorteó los vehículos que venían en dirección contraria y entró en la zona de aparcamiento del edificio, donde ya habían llegado dos coches de policía, un coche de bomberos, el pequeño Mercedes descapotable blanco de tío Morgan y el viejo y herrumbroso Ply-mouth de dos puertas que había pertenecido al factótum. Tío Morgan hablaba en el vestíbulo con un policía que meneaba la cabeza lentamente, con clara conmiseración. El brazo derecho de Morgan Sloat apretaba los hombros de una mujer joven y esbelta que llevaba un vestido demasiado grande para ella y retorcía la cara contra el pecho de Sloat. Jack sabía que era la señora Jerry, aunque tenía casi toda la cara tapada por un pañuelo blanco con que se secaba los ojos. Un bombero con casco e impermeable amontonaba en un extremo del vestíbulo trozos de metal retorcido y plástico, ceniza y cristales rotos. Phil ,dijo:

—Quédate aquí sentado unos minutos, ¿quieres? —y corrió hacia la entrada. Una joven china hablaba con un policía en un extremo del aparcamiento, ambos sentados en un poyete de cemento. Delante de ella había un objeto doblado que Jack reconoció casi en seguida como una bicicleta. Cuando respiraba, olía a humo acre.

Veinte minutos después, su padre y tío Morgan salieron del edificio. Sosteniendo todavía a la señora Jerry, tío Morgan dijo adiós con la mano a los Sawyer y luego condujo a la mujer hacia el lado derecho de su diminuto automóvil. El padre de Jack sacó su coche del aparcamiento y volvió a) tráfico de Sunset.

—¿Se ha hecho daño Jerry? —preguntó Jack.

—Ha ocurrido una especie de extraño accidente con la electricidad —contestó su padre—. El edificio entero podría haber ardido.

—¿Se ha hecho daño Jerry? —repitió Jack.

—El pobre hijo de perra se ha hecho tanto daño que está muerto —dijo su padre.

Jack y Richard Sloat necesitaron dos meses para reconstruir la historia por medio de las conversaciones que pudieron escuchar. La madre de Jack y el ama de llaves de Richard suministraron otros detalles… el ama de llaves, los más espeluznantes.

Jerry Bledsoe había entrado el sábado para tratar de arreglar algunos defectos en el sistema de seguridad del edificio. Si manipulaba el delicado sistema en un día de trabajo, estaba seguro de que confundiría o irritaría a los inquilinos disparando la alarma accidentalmente. El sistema de seguridad estaba conectado al tablero central de conexiones eléctricas del edificio, situado detrás de dos paneles desmontables de madera de nogal en la planta baja. Jerry dejó sus herramientas en el suelo y quitó los paneles, después de comprobar que el lugar estaba vacío y nadie se sobresaltaría cuando sonara la alarma. Entonces bajó al teléfono de su cubículo del sótano y avisó a la comisaría del distrito que no hiciera caso de ninguna señal de Sawyer & Sloat hasta su próxima llamada telefónica. Cuando volvió arriba para manipular el revoltijo de cables que convergían en el tablero desde todos los empalmes, una mujer de veintitrés años llamada Lorette Chang entró en el recinto del edificio montada en su bicicleta; estaba distribuyendo un folleto que anunciaba la inauguración de un restaurante en aquella calle dentro de quince días.

La señorita Chang dijo más tarde a la policía que miró hacia la puerta principal de cristal y vio entrar en el vestíbulo a un operario que subía del sótano. Justo antes de que el operario cogiera el destornillador y tocara el panel de cables, ella sintió moverse bajo sus pies el suelo del aparcamiento. Supuso que sería un miniterremoto; habiendo residido toda su vida en Los Angeles, a Lorette Chang no le inquietaba ningún movimiento sísmico que no llegase a derribar algo. Vio a Jerry Bledsoe afianzar los pies (así que él también lo notó, aunque nadie más lo hiciera), menear la cabeza y luego insertar con suavidad el destornillador en la colmena de cables.

Y entonces la entrada y el pasillo de la planta baja del edificio de Sawyer & Sloat se convirtieron en un holocausto.

Todo el tablero de conexiones se tomó instantáneamente en un sólido

rectángulo de llamas; arcos amarillos y azules que parecían rayos brotaron de él y rodearon al operario. Las sirenas eléctricas, chillaron una y otra vez: ¡KA-JAAAM! ¡KA-JAAAM! Una bola de fuego de dos metros cayó de la pared, apartó a un lado al ya muerto Jerry Bledsoe y rodó por el pasillo en dirección al vestíbulo. Las puertas transparentes volaron hechas añicos, así como trozos del marco, humeantes y retorcidos. Lorette Chang soltó la bicicleta y corrió hacia el teléfono público del otro lado de la calle. Mientras daba al cuartel de bomberos la dirección del edificio y se fijaba en que su bicicleta había sido partida casi en dos por la fuerza expansiva surgida de la puerta, el cadáver quemado de Jerry Bledsoe seguía balanceándose frente al destrozado panel. Miles de voltios pasaban por su cuerpo, estremeciéndolo con sacudidas regulares, lanzándolo de un lado a otro en un latido continuo. Todo el pelo del electricista y la mayor parte de su ropa había desaparecido y su piel era gris y moteada. Las gafas, un grumo sólido de plástico marrón, cubrían su nariz como una cataplasma.

Jerry Bledsoe. *¿Quién toca estos cambios, papa?* Jack se obligó a seguir caminando hasta que hubo pasado media hora sin ver más casitas con techumbre de bálago. Estrellas desconocidas formaban dibujos desconocidos en el firmamento… Mensajes en una lengua que no sabía leer.

Capítulo 12

JACK VA AL MERCADO

1

Aquella noche durmió en un fragante almiar de los Territorios, después de excavar un hueco y agrandarlo, rodando por él, para que el aire puro le llegara por este túnel improvisado. Escuchó con aprensión por si oía pequeños sonidos de correteo; había oído decir o leído en alguna parte que los ratones de campo eran muy aficionados a los almiares. Si en éste se escondía alguno, un gran ratón llamado Jack Sawyer lo había reducido al silencio. Se relajó poco a poco, acariciando con la mano izquierda la forma de la botella de Speedy, que había tapado con un pedazo de tupido musgo recogido junto a un arroyuelo donde se había detenido para beber. Consideraba muy posible que algo de musgo cayera en la botella, y quizá lo había hecho ya. Era una lástima, porque estropearía el sabor picante y el delicioso *bouquet* del líquido.

Mientras yacía, por fin caliente y muy soñoliento, el alivio era su principal sensación… como si hubiera llevado a la espalda una docena de fardos de cinco kilos cada uno y algún alma buena hubiera desatado las correas de las hebillas, liberándole de ellos. Estaba de nuevo en los Territorios, el lugar donde tenían su casa personas tan encantadoras como Morgan de Orris, Osmond el del Látigo y Elroy el Asombroso Hombre-Cabra; los Territorios donde podía suceder

cualquier cosa.

Pero los Territorios también podían ser buenos. Lo recordaba desde su primera infancia, cuando todos vivían en California y nadie vivía en ningún otro lugar. Los Territorios podían ser buenos y le parecía sentir ahora esta bondad a su alrededor, una dulzura tan serena e indiscutible como el olor del heno y tan pura como el olor del aire de los Territorios.

¿Siente alivio una mosca o una mariquita si una inesperada ráfaga de viento inclina la planta nepente lo suficiente para permitir salir volando al insecto a punto de ahogarse? Jack no lo sabía… pero sabía que estaba lejos de Oatley, lejos de los clubes Buen Tiempo y de los ancianos que lloraban sobre sus robados carritos de compra, lejos del olor a cerveza y del hedor a vómito… y, lo más importante, lejos de Smokey Updike y del Bar Oatley.

Pensó que podía viajar un poco por los Territorios, después de todo. Y mientras lo pensaba, se quedó dormido.

2

Había caminado dos o tal vez tres millas por el Camino del Oeste a la mañana siguiente, disfrutando del sol y del buen aroma de los campos casi listos para las cosechas del final del verano, cuando un carro se detuvo y un granjero con patillas, que llevaba una especie de toga y unos calzones toscos, le gritó:

—¿Vas al mercado, muchacho?

Jack se quedó mirándole con la boca abierta, casi asustado al darse cuenta de que el hombre no hablaba en inglés; no decía «os ruego» ni «¿Llevas tirantes cruzados, zagal?», sino que no hablaba en inglés.

Junto al granjero de las patillas iba sentada una mujer vestida con ropas voluminosas, que tenía en la falda a un niño de unos tres años. Sonrió a Jack con bastante amabilidad y miró a su marido.

—Es tonto, Henry.

No hablan inglés… pero hablen lo que hablen, lo entiendo. De hecho, ya estoy pensando en su lengua… y esto no es todo:estoy viendo en él, o con él, o como se diga lo que quiero decir.

Jack comprendió que también lo había hecho la última vez que estuvo en los Territorios, sólo que entonces estaba demasiado confuso para darse cuenta; las cosas se hablan sucedido con excesiva rapidez y todo le había parecido extraño.

El granjero se inclinó hacia delante y sonrió, enseñando unos dientes horribles.

—¿Eres un simplón, muchacho? —preguntó, sin malicia.

—No —contestó Jack, sonriendo como pudo, consciente de que no había dicho *no* sino la palabra equivalente en los Territorios; al saltar, había cambiado de lenguaje y manera de pensar (o manera de *imaginar*, mejor dicho; su vocabulario carecía de esta palabra, pero comprendía su significado) del mismo modo que había cambiado de ropa—. No soy un simplón. Es sólo que mi madre me recomendó que tuviera cuidado con las personas que encontrara en el camino.

Ahora sonrió la mujer del granjero.

—Tu madre tenía razón —dijo—. ¿Te diriges al mercado?

—Si —respondió Jack—. Es decir, me dirijo al Camino… del Oeste.

—Sube al carro, entonces —propuso Henry el granjero—. Los días son cortos. Quiero vender lo que llevo y estar de vuelta en casa antes de que se ponga el sol. Es un maíz regular, porque es el último de la temporada, pero es una suerte tener maíz en el noveno mes. Quizá me lo compre alguien.

—Gracias —dijo Jack, subiendo a la parte trasera del carro, donde se amontonaba el maíz atado con toscos trozos de cuerda y colocado como si fuera leña. Si era regular, Jack no podía imaginarse cómo sería el bueno aquí; eran las mazorcas más grandes que había visto en su vida. También había pequeñas pilas de varias clases de calabaza, una de ellas de color rojizo, en lugar de anaranjado. Jack no las conocía, pero sospechaba que debían tener un sabor delicioso. El estómago le rumoreaba; desde que iba por los caminos, había descubierto qué era el hambre; no un conocido ocasional, lo que se sentía al salir de la escuela y que podía mitigarse con unas galletas y un vaso de leche con Nesquick, sino un amigo íntimo que a veces se apartaba un poco pero que casi nunca le abandonaba por completo.

Iba sentado de espaldas al carro, con los pies calzados con sandalias colgando del borde y casi rozando el polvo del Camino del Oeste. Había mucho tráfico esta mañana y Jack supuso que la mayor parte se dirigía al mercado. De

vez en cuando Henry gritaba un saludo a algún conocido.

Jack aún se preguntaba qué sabor tendrían aquellas calabazas semejantes a manzanas —y en general de dónde sacaría la comida siguiente—, cuando unas manos pequeñas se enredaron en su pelo y le dieron un buen tirón, lo bastante fuerte para humedecerle los ojos.

Se volvió y vio al niño de tres años en pie, descalzo, con una gran sonrisa y un mechón de cabellos de Jack en cada mano.

—¡Jason! —gritó su madre, pero en un tono indulgente, como diciendo: *¿Has visto cómo ha tirado del pelo? ¡Vaya con el niño! ¡Qué fuerza tiene!—*. ¡Jason, esto no se *hace*\

Jason siguió sonriendo, nada avergonzado. Su sonrisa era amplia, ingenua, alegre, tan dulce a su manera como el olor del almiar donde había pernoctado Jack. Correspondió a ella de modo espontáneo… y como lo hizo sin ningún propósito ni cálculo, vio que se había granjeado la amistad de la esposa de Henry.

—Sentar —dijo Jason, balanceándose de un lado a otro con el movimiento inconsciente de un marinero avezado. Seguía sonriendo a Jack.

—¿Qué?

—Falda.

—No te entiendo, Jason.

—Sentar falda.

—Yo no…

Y entonces Jason, que era robusto para un niño de tres años, se dejó caer sobre la falda de Jack, muy sonriente.

Sentar falda, oh, claro, ya comprendo, pensó Jack, sintiendo que un dolor sordo le subía de los testículos a la boca del estómago.

—¡Jason *malo*! —volvió a amonestar la madre en tono indulgente, como diciendo: *¿No es una monada?…* Y Jason, que sabía quién mandaba, continuó obsequiándoles con su sonrisa dulce y bobalicona.

Jack se dio cuenta de que Jason estaba mojado. Indudable y copiosamente mojado.

Bienvenido a los Territorios, Jack-O.

Y sentado allí con el niño en los brazos, mientras la cálida humedad le empapaba lentamente la ropa, Jack se echó a reír con la cara vuelta hacia él

intenso azul del cielo.

3

Unos minutos después la mujer de Henry sorteó la mercancía y fue adonde Jack se encontraba con el niño en la falda para coger a éste.

—Ooooh, niño malo, estás mojado —entonó con su indulgente voz. *¡Qué pipis más largos hace mi niño!*, pensó Jack, riendo de nuevo. Jason se contagió su risa y la señora Henry rió con ellos.

Mientras cambiaba a Jason, hizo una serie de preguntas a Jack, las mismas que éste había oído con mucha frecuencia en su propio mundo. Pero aquí tenía que ir con cuidado. Era un forastero y podía haber trampas ocultas. Oyó a su padre decir a Morgan: *Un forastero auténtico, ¿comprendes?*

Jack advirtió que el marido de la mujer escuchaba con atención. Jack contestó las preguntas con una cuidadosa variación de la Historia, que no era la que contaba cuando solicitaba un empleo, sino cuando alguien que le había recogido en el coche curioseaba demasiado.

Dijo que procedía del pueblo de All-Hands y la madre de Jason recordó vagamente haber oído aquel nombre, pero nada más. ¿De verdad había caminado tanto?, quiso saber. Jack contestó que sí. ¿Y a dónde iba? Le respondió (a ella y a Henry, que escuchaba en silencio) que se dirigía al pueblo de California. Ella no había oído este nombre ni siquiera de labios de los buhoneros… Jack no se sorprendió de ello… pero le tranquilizó que ninguno de los dos exclamara: «¿California? ¿Quién ha oído hablar de un pueblo llamado California? ¿De quién intentas burlarte, muchacho?» En los Territorios debía haber muchos lugares —comarcas enteras, además de pueblos— de los cuales la gente que vivía en comarcas pequeñas no había oído hablar nunca. No tenían postes de electricidad, ni cines, ni TV para contarles las maravillas de Malibú o Sarasota. No había una versión de Ma Bell en los Territorios anunciando que una llamada de tres minutos a los pueblos fronterizos después de las cinco de la tarde sólo costaba cinco dólares con ochenta y tres centavos, más los impuestos, aunque las tarifas podían ser más elevadas la Víspera de la Venganza Divina u otros días de

fiesta. *Viven en un misterio* —pensó— *y cuando se vive en un misterio, no se pone en duda la existencia de un pueblo simplemente porque nunca se ha oído hablar de él. California no suena más extraño que un lugar llamado All-Hands.*

No dudaron. Les dijo que su padre había muerto el año pasado y que su madre estaba muy enferma (estuvo a punto de añadir que los recaudadores de la Reina habían ido en plena noche a llevarse su muía, sonrió y decidió que tal vez era mejor omitir aquello). Su madre le había dado todo el dinero que tenía (sólo que la palabra en aquel extraño lenguaje no era *dinero*, sino algo como *palillos*) y enviado al pueblo de California, para que viviese con su tía Helen.

—Son tiempos duros —observó la señora Henry, apretando más contra su pecho a Jason, al que ya había cambiado.

—All-Hands está cerca del palacio de verano, ¿verdad, muchacho? —Era la primera vez que Henry hablaba desde que invitara a subir a Jack.

—Sí. Es decir, bastante cerca. Quiero decir…

—No has dicho de qué murió tu padre.

Ahora Henry volvió la cabeza. Su mirada era penetrante y crítica, la bondad anterior había desaparecido, se había apagado en sus ojos como llamas de velas bajo el viento. Sí, había trampas aquí.

—¿Estuvo enfermo? —preguntó la mujer de Henry—. Hay tantas enfermedades hoy en día… viruelas, peste… son tiempos duros…

Por un momento de locura, Jack quiso decir: *No, no estuvo enfermo, señora. A mi padre le sacudieron muchos voltios. Verá, un sábado se fue a hacer un trabajo y dejó a la señora Jerry y a todos los pequeños Jerrys —incluyéndome a mi— en nuestra casa, Ocurrió cuando todos vivíamos en un agujero del zócalo y nadie vivía en ningún otro lugar. ¿Y sabe qué ocurrió? Metió el destornillador en un revoltijo de cables y la señora Feeny, que trabaja en casa de Richard Sloat, oyó a tío Morgan hablar por teléfono y decir que la electricidad, toda la electricidad te sacudió y lo dejó frito, tan frito que las gafas se le derritieron sobre la nariz,, sólo que ustedes no saben qué son gafas porque aquí no las usan. No hay gafas… ni electricidad… ni Midnight Blue… ni aviones. No acabe como la señora Jerry, señora Henry. No…*

—No importa si estuvo enfermo —interrumpió el granjero de las patillas—. ¿Era *político?*

Jack le miró. Movió los labios pero no emitió ningún sonido. No sabía qué

decir. Había demasiadas trampas.

Henry asintió como si Jack hubiese contestado.

—Salta del carro, muchacho. El mercado está justo detrás del siguiente montículo. Supongo que puedes andar hasta allí, ¿no?

—Sí —dijo Jack—. Supongo que sí.

La mujer de Henry pareció confusa… pero había apartado a Jason de Jack, como si padeciera una enfermedad contagiosa.

El granjero, todavía mirando por encima del hombro, sonrió, un poco pesaroso.

—Lo siento. Pareces un buen chico, pero aquí somos gentes sencillas… lo que pueda ocurrir a orillas del mar es algo que deben arreglar los grandes señores. La Reina morirá o no morirá… y está claro que algún día tendrá que morir. Dios descarga el martillo sobre todos sus clavos, tarde o temprano. Y la gente sencilla que se mete en los asuntos de los grandes sale malparada.

—Mi padre…

—¡No quiero saber nada de tu padre! —exclamó bruscamente Henry. Su mujer se alejó de Jack, con Jason todavía apretado contra su pecho—. No sé si fue un hombre bueno o malo y no quiero saberlo… Lo único que sé es que está muerto, no creo que hayas mentido sobre esto, y que su hijo ha dormido a la intemperie y tiene todo el aspecto de estar huyendo. Su hijo no habla como si viniera de ninguna de estas partes, así que bájate. Ya tengo un hijo propio, como ves.

Jack se apeó, lamentando el temor que veía en la cara de la Joven mujer, un temor que él había inspirado. El granjero tenía razón, la gente sencilla no debe meterse en los asuntos de los grandes. No si es astuta.

Capítulo 13

HOMBRES EN EL CIELO

1

Fue un golpe descubrir que el dinero que le había costado tanto ganar se había convertido literalmente en palillos, que parecían serpientes de juguete hechas por un torpe artesano. Sin embargo, la contrariedad duró sólo un momento y en seguida se rió de sí mismo. Los palillos *eran* dinero, claro. Cuando venía aquí, *todo* cambiaba. El dólar de plata era una moneda de grifón, la camiseta, el coleto; el inglés, la lengua de los Territorios, y el dinero americano de curso legal… palillos con nudos. Había saltado con unos veintidós dólares y calculaba que poseía la misma cantidad en dinero de los Territorios, aunque había contado catorce nudos en uno de los palillos y más de veinte en el otro.

El problema no era tanto el dinero como el coste: no tenía apenas idea de qué era barato y qué caro y mientras se paseaba por el mercado Jack se sintió como un concursante de *El nuevo precio es justo,* con la diferencia de que si fallaba aquí, no habría ningún premio de consolación ni una palmada de Bob Barker en la espalda; si fallaba aquí, podían… bueno, no sabía seguro qué podían hacer. Echarle, sin duda. ¿Agredirle, darle una paliza? Tal vez. ¿Matarle? Probablemente no, pero era imposible estar del todo seguro. Eran gentes suspicaces, políticas. Y él era un forastero.

Jack recorrió despacio, de un extremo a otro el concurrido y ruidoso mercado, luchando por solucionar el problema, centrado ahora en su estómago; estaba muy hambriento. Vislumbró a Henry una vez, regateando con un hombre que vendía cabras. Su mujer se encontraba cerca, pero un poco rezagada, dejando espacio a los hombres para negociar. Estaba de espaldas a Jack, pero sostenía al niño en sus brazos —*Jason, uno de los pequeños Henry,* pensó Jack — y éste le vio. Agitó una mano regordeta en su dirección y Jack se alejó rápidamente, poniendo la mayor distancia posible entre él y aquella familia.

Por doquier se olía a carne asada. Vio vendedores haciendo girar lentamente cuartos de buey sobre fuegos de carbón de leña a la vez pequeños y violentos; y aprendices que colocaban gruesas tajadas de carne parecida al cerdo sobre rebanadas de pan casero y las llevaban a los compradores. Parecían empleados en una subasta. La mayoría de los compradores eran granjeros como Henry y daba la impresión de que también adquirían la carne como los asistentes a una subasta: se limitaban a levantar imperiosamente una mano con los dedos extendidos. Jack observó con atención varias de estas transacciones y en cada caso el medio de intercambio fueron los palillos nudosos… pero, ¿cuántos nudos debían necesitarse?, se preguntó. Aunque no importaba, ya que tenía que comer, tanto si la transacción revelaba que era un forastero como si no.

Pasó por delante de un espectáculo de mimos y apenas le echó una ojeada, aunque el nutrido auditorio que había atraído —mujeres y niños en su mayoría— se reía con ganas y no regateaba los aplausos. Fue hacia un tenderete de lona donde un hombre de enormes bíceps tatuados se mantenía junto a una trinchera llena de brasas encendidas de carbón de leña. Un espetón de hierro de unos dos metros giraba sobre las brasas. Situados en ambos extremos, dos chicos sucios lo movían al unísono para asar de manera uniforme cinco grandes trozos de carne.

—¡Buenas carnes! —proclamaba el hombre corpulento—; ¡ Buenas carnes! ¡Bueeeenas carnes! ¡Buenas carnes aquí! ¡Aquí mismo! —y en un aparte al chico más próximo a él—: Dale más fuerte, maldito. —Y volvió a su monótona y estentórea cantinela.

Un granjero que pasaba con su hija adolescente levantó la mano y señaló el segundo trozo de carne a la izquierda. Los chicos dejaron de hacer girar el espetón el tiempo suficiente para que su amo cortara una tajada y la pusiera sobre una rebanada de pan. Uno de ellos la llevó corriendo al granjero, quien

sacó un palillo nudoso. Mirando con atención, Jack le vio arrancar dos nudos y dárselos al chico. Cuando éste volvió corriendo al tenderete, el cliente se guardó el palillo en el bolsillo con el ademán ausente pero cuidadoso de quien se embolsa el cambio, dio un mordisco gigantesco al bocadillo y alargó el resto a su hija, cuyo primer bocado fue casi tan entusiasta como el de su padre.

El estómago de Jack hacía mil ruidos. Ya había visto lo que debía hacer… o así lo esperaba, al menos.

—¡Buenas carnes! ¡Buenas carnes! ¡Bue… —El hombre corpulento se interrumpió y miró a Jack frunciendo las tupidas cejas, que sombreaban unos ojos pequeños pero no del todo inexpresivos—. Oigo la canción de tu estómago, amigo. Si tienes dinero, lo tomaré y te bendeciré en mis rezos esta noche, pero si no lo tienes, lárgate de aquí con tu estúpida cara de oveja y vete al diablo.

Los dos chicos se rieron, aunque era evidente que estaban cansados; se rieron como si no pudieran controlar los sonidos que proferían.

Sin embargo, el olor embriagador de la carne que se asaba lentamente no le permitía marcharse. Extendió el palillo más corto y señaló el segundo trozo de carne de la izquierda. No habló; parecía más prudente no hacerlo. El vendedor gruñó, volvió a sacarse del cinturón el tosco cuchillo y cortó una tajada, más pequeña, según pudo observar Jack, que la que había cortado para el granjero, pero a su estómago no le importaban estas cuestiones, y se mantenía a la espera, produciendo frenéticos ruidos.

El vendedor tiró la carne sobre el pan y sirvió el bocadillo él mismo en lugar dé dárselo a uno de los chicos. Cogió el dinero de Jack y en vez de dos nudos, arrancó tres.

La voz de su madre surgió llena de sorna en su mente: *Felícidades, Jack-O… acabas de ser víctima de un timo.*

El vendedor te miraba, enseñando dos hileras de dientes torcidos y negruzcos, desafiándole a decir algo, a protestar de algún modo. *Tendrías que estar agradecido de que sólo te haya cogido tres nudos en vez de los catorce. Podría haberlo hecho, ¿sabes? Es como si llevaras un letrero colgado del cuello, muchacho.*

SOY UN FORASTERO AQUÍ Y ESTOY SOLO. *Así que dime. Cara de Oveja: ¿quieres protestar?*

No importaba lo que él quisiera hacer; era obvio que no podía formular

ninguna protesta, pero volvió a sentir aquella ira débil e ¡impotente.

—Largo —dijo el vendedor, cansándose de él y agitando una mano grande ante la cara de Jack. Los dedos tenían cicatrices y había sangre bajo las uñas—. Ya tienes tu comida. Ahora lárgate de aquí.

Jack pensó: *Podría enseñarte una linterna y correrías como si te persiguieran todos los demonios. O enseñarte un avión y es probable que te volvieras loco. Quizá no eres tan duro como crees, compañero.*

Sonrió y tal vez hubo algo en su sonrisa que no gustó al vendedor de carne porque retrocedió ante Jack, con una expresión de inquietud momentánea y luego frunció el ceño.

—¡Te he dicho que te largues! —vociferó—. ¡ Vete y que Dios te maldiga!

Y esta *vez* Jack se fue.

2

La carne era deliciosa. Jack la devoró, así como el pan, y después se lamió con toda tranquilidad leí jugo de las palmas mientras se alejaba. La carne *sabía* a cerdo… pero no lo era. Tenía un sabor mucho más fuerte y picante que el cerdo. Fuera lo que fuese, había llenado de modo rotundo el vacío de su parte central. Pensó que podría llevárselo a la escuela en bolsas de almuerzo durante mil años.

Ahora que había conseguido silenciar a su estómago —durante un buen rato, por lo menos—, pudo mirar a su alrededor con más interés… y aunque no lo sabía, por fin había empezado a fusionarse con la multitud. Ahora era sólo un aldeano más atraído por el mercado, que se paseaba entre los tenderetes e intentaba mirar a la vez en todas direcciones. Los vendedores le reconocían, pero sólo como a un cliente potencial entre muchos. Le gritaban y le llamaban por señas y cuando había pasado de largo, gritaban y llamaban por señas a quienes iban detrás de él, ya fueran hombres, mujeres o niños. Jack miraba con la boca abierta todas las mercancías exhibidas a su alrededor, mercancías extrañas y maravillosas al mismo tiempo, y entre todos los demás mirones dejó de ser un forastero, quizá porque había renunciado a sus esfuerzos de parecer aburrido en un lugar donde *nadie fingía aburrimiento.* Reían, discutían, regateaban… pero

nadie parecía aburrido.

La localidad le recordaba el pabellón de la Reina sin el aire de tensión y alegría forzada; había la misma mezcla de olores, absurdamente rica (dominada por el de carne asada y de excrementos animales), la misma multitud de vestuario multicolor (aunque los mejor vestidos de entre ellos no podían ni compararse con algunos de los elegantes que había visto dentro del pabellón), la misma yuxtaposición perturbadora pero en cierto modo estimulante de lo perfectamente normal con lo extravagante y extraño.

Se detuvo ante un tenderete donde un hombre vendía alfombras con el retrato de la Reina entretejido en el dibujo. Jack pensó de repente en la madre de Hank Scoffler y sonrió. Hank era uno de los muchachos con quienes él y Richard Sloat habían hecho amistad en Los Angeles. La señora Scoffler tenía debilidad por las decoraciones más chillonas que Jack había visto en. su vida. ¡ Dios *mío,* cuánto le habrían gustado estas alfombras con la imagen de Laura DeLoessian, con sus cabellos peinados hacia arriba, formando una regia corona de trenzas! Mucho mejores que sus pinturas aterciopeladas de ciervos de Alaska o el diorama cerámico de la Ultima Cena detrás del bar en la sala de estar de los Scoffler…

De pronto, la cara tejida en la alfombra pareció cambiar mientras la miraba. El rostro de la Reina se desvaneció y en su lugar vio el de su madre, repetido una y otra vez, con los ojos demasiado oscuros y la tez demasiado blanca.

La nostalgia del hogar volvió a sorprender a Jack. Invadió su cerebro como una ola y le hizo gritar para sus adentros: *¡Mamá! ¡Eh, mamá! Dios mío, ¿qué hago aquí? ¡¡Mamá!!* Se preguntó con la anhelante intensidad de un enamorado qué estaría haciendo ella en este momento. ¿Fumando un cigarrillo ante la ventana, mirando hacia el océano con un libro abierto a su lado? ¿Viendo la televisión? ¿En un cine? ¿Durmiendo? ¿Muñéndose?

¿Muerta?, añadió una voz maligna antes de que pudiera detenerla. *¿Muerta, Jack? ¿Ya muerta? Cállate.*

Sintió el ardiente escozor de las lágrimas.

—¿Por qué estás tan triste, muchachito mío?

Levantó la mirada con un sobresalto y vio que el vendedor de alfombras le estaba mirando. Era tan corpulento como el vendedor de carne y también tenía los brazos tatuados, pero su sonrisa era franca y radiante; no había malicia en ella y esto constituía una gran diferencia.

—Por nada —contestó Jack.

—Por nada no tendrías este aspecto, debes estar pensando en *algo*, hijo mío, hijo mío.

—Tenía mal aspecto, ¿verdad? —preguntó Jack, esbozando una sonrisa. Tampoco se recataba de lo que decía, al menos por el momento, y quizá por eso el vendedor de alfombras no creyó oír nada raro ni fuera de lugar.

—Muchachito, dabas la impresión de tener un solo amigo a este lado de la luna y haber visto llegar del norte al Gran Lobo Blanco a devorarlo con una cuchara de plata.

Jack sonrió un poco. El vendedor de alfombras dio media vuelta y cogió algo de un mostrador pequeño que había a la derecha de la alfombra más grande; un objeto ovalado, que tenía un mango corto. Cuando lo movió, el sol se reflejó en él; era un espejo. A Jack le pareció pequeño y barato, la clase de premio que se obtenía por derribar tres botellas de madera en un juego de feria.

—Toma, muchachito —le dijo el vendedor—. Mírate y Verás que tengo razón.

Jack se miró al espejo y abrió mucho la boca, tan estupefacto que por un momento temió que su corazón se hubiese olvidado de latir. Era él, pero se parecía a alguien de la Isla del Placer en la versión de Disney de *Pinocho*, donde un exceso de billar y cigarros convierte a los chicos en muías. Sus ojos, normalmente tan azules y redondos como lo exigía su herencia anglosajona, se habían vuelto castaños y almendrados. Sus cabellos, gruesos y tupidos, con un mechón colgando en medio de la frente, tenía aspecto de crin. Levantó una mano para apartarlo y sólo tocó piel; en el espejo, sus dedos parecían atravesar el pelo. Oyó reír de satisfacción al vendedor. Pero lo más sorprendente era que unas largas orejas de asno le caían hasta más abajo de la mandíbula y, mientras se observaba fijamente, una de ellas se movió.

Pensó de improviso: *¡TUVE una de estas orejas! Fue en las Fantasías, en el mundo normal, era… era…*

No tendría más de cuatro años. En el mundo normal (sin darse cuenta, había dejado de pensar en él como mundo *real*) la oreja era una gran canica de cristal con un centro rosado. Un día, mientras jugaba con ella, rodó por la senda de cemento que había delante de su casa y, antes de que pudiera cogerla, cayó por una alcantarilla. Desapareció… para siempre, según pensó entonces, llorando,

sentado en el borde de la acera con la cara apoyada en las manos sucias. Pero no había sido así y aquí estaba el viejo juguete, recuperado y tan maravilloso como lo fuera cuando él tenía tres o cuatro años. Sonrió, muy contento. La imagen cambió y Jack el Asno se convirtió en Jack el Gato, con una cara sabia y llena de diversión secreta. Sus ojos cambiaron del castaño del asno al verde del gato. Ahora tenía pequeñas orejas recubiertas de pelaje gris en vez de las grandes y colgantes del asno.

—Así es mejor —dijo el vendedor—, mucho mejor, hijo mío. Me gusta ver felices a los muchachos. Un chico feliz es un chico sano, y un chico sano sabe encontrar su camino en el mundo. Lo dice *El libro del buen agricultor* y si no lo dice, debería decirlo. Quizá lo garabatee en mi ejemplar, si logro ganar lo bastante con mi campo de calabazas para comprar uno. ¿Quieres el espejo?

—¡Sí! —exclamó Jack—. ¡ Sí, estupendo! —Buscó sus palillos, olvidando la frugalidad—. ¿Cuánto vale?

El vendedor frunció el ceño y miró con rapidez a su alrededor por si alguien les observaba.

—Guárdatelo, hijo mío. Guárdalo bien en el fondo, así me gusta. Si enseñas tu caudal, te expones a perderlo. Los cacos abundan en el mercado.

—¿Los qué?

—No importa. No te lo cobro. Quédatelo. La mitad de ellos se me rompen en el carro cuando regreso a mi tienda en el décimo mes. Las madres llevan a sus pequeños y los miran, pero no los compran.

—Bueno, por lo menos usted no lo niega —dijo Jack. El vendedor le miró con cierta sorpresa y luego ambos se echaron a reír.

—Un chico feliz con una boca respondona —contestó—. Ven a verme cuando seas mayor y más atrevido, hijo mío. Iremos hacia el sur con tu boca y tu cabeza y triplicaremos las ventas.

Jack rió con timidez. Este sujeto era mejor que un disco de la pandilla de Sugarhill.

—Gracias —dijo (en la papada del gato del espejo apareció una amplia e improbable sonrisa)—, ¡muchas gracias!

—Dáselas a Dios —dijo el vendedor… y luego, como si fuera una idea repentina—: ¡ Y vigila tu caudal!

Jack se alejó, guardando con cuidado el espejo de juguete en su coleto, junto

a la botella de Speedy.

Y a intervalos de pocos minutos se aseguraba de que los palillos estaban en su sitio.

Creía saber quiénes eran los cacos, después de todo.

3

Dos tenderetes más allá del puesto del poeta que vendía alfombras, un hombre de aspecto depravado que llevaba un parche sobre un ojo y olía a bebida fuerte intentaba vender a un granjero un gallo de gran tamaño, diciéndole que si lo juntaba con sus gallinas, éstas sólo pondrían huevos de doble yema durante los próximos doce meses.

Jack, sin embargo, no tenía ojos para el gallo ni oídos para la propaganda del vendedor. Se sumó a un grupo de niños que contemplaban embobados la atracción principal del hombre tuerto: un loro metido en una gran jaula de mimbre que era casi tan alto como los niños más pequeños del grupo y del mismo tono verde oscuro que una botella de cerveza Heineken. Sus ojos eran de un dorado brillante,… sus cuatro ojos. Al igual que el pony que viera en las cuadras del pabellón, el loro tenía dos cabezas. Se agarraba a la percha con sus grandes patas amarillas y miraba plácidamente en dos direcciones a la vez, con las dos crestas casi tocándose.

El loro, para diversión de los niños, hablaba consigo mismo, pero Jack constató con asombro que, a pesar de dedicarle una gran atención, el auditorio infantil no parecía estupefacto ni muy extrañado. No eran como niños viendo su primera película, sentados con la mirada fija y embelesada, sino más bien como si vieran su habitual tira cómica de los sábados por la mañana. Se trataba de una maravilla, desde luego, pero no era totalmente nueva. ¿Y ante quién palidecen las maravillas con mayor rapidez que ante los más pequeños?

—*¡Bauburk!* ¿Es muy alto arriba? —preguntó la Cabeza Este.

—Igual que bajo abajo —respondió la Cabeza Oeste, y los niños rieron.

—*¡Graaak!* ¿Cuál es la gran verdad de los nobles? —inquirió ahora la Cabeza Este.

—Que un rey será rey toda su vida, ¡pero ser caballero una vez es suficiente para cualquier hombre! —sentenció la Cabeza Oeste. Jack sonrió y varios de los niños rieron, pero los más pequeños se quedaron perplejos.

—¿Y qué hay en el armario de la señora Spratt? —preguntó la Cabeza Este.

—¡Una vista que nadie debe ver! —replicó la Cabeza Oeste, y aunque Jack no lo entendió, los niños prorrumpieron en alegres carcajadas.

El loro cambió solemnemente de posición sus garras y dejó caer excrementos sobre la paja del suelo.

—¿Y qué mató de un susto a Alan Destry durante la noche?

—¡Vio a su mujer, *¡grouuuuk!*, salir del baño! Ahora el granjero ya se iba y el vendedor tuerto seguía conservando el gallo. Increpó con furia a los niños.

—¡Largo de aquí! ¡Largo de aquí antes de que os eche a patadas! Los niños se dispersaron y Jack se alejó con ellos, lanzando una última ojeada admirativa por encima del hombro al maravilloso loro.

4

En otro tenderete dio dos nudos de madera por una manzana y un cazo de leche… la leche más dulce y espesa que había probado jamás. Pensó que si tuvieran una leche como ésta en su mundo, Nestlé y Hershey se arruinarían en una semana.

Ya terminaba el cazo cuando vio a la familia Henry avanzando lentamente en su dirección. Devolvió el recipiente a la mujer del puesto, que aprovechó el poso vertiéndolo en un gran barril de madera que tema a sus espaldas. Jack se alejó de prisa, quitándose un bigote de leche del labio superior y esperando que el último que había bebido del cazo no padeciera lepra, herpes o algo parecido, aunque en el fondo no creía que aquí existiesen siquiera cosas tan horribles.

Caminó por la avenida principal del mercado, pasando de largo a los mimos, a dos mujeres gordas que vendían potes y sartenes (el *Tupperware de los Territorios,* pensó Jack, sonriendo), al maravilloso loro bicéfalo (cuyo tuerto propietario bebía ahora abiertamente de una botella de barro y se tambaleaba de una punta a otra del tenderete, empuñando al aturdido gallo por el cuello y

lanzando gritos truculentos a los transeúntes; Jack vio el huesudo brazo derecho del hombre rebozado con un guano blanco amarillento e hizo una mueca), y un espacio abierto donde se habían congregado los granjeros. Aquí se detuvo un momento, lleno de curiosidad. Muchos de los granjeros fumaban en pipas de arcilla y Jack vio numerosas botellas de barro, muy parecidas a la que blandía el vendedor de aves, pasar de mano en mano. En un campo largo, cubierto de hierba, unos hombres enganchaban piedras detrás de grandes caballos hirsutos que tenían las cabezas bajas y ojos mansos e indiferentes.

Jack pasó ante el tenderete de las alfombras. El vendedor le vio y levantó la mano. Jack le imitó y estuvo a punto de gritar:

¡Uselo, buen hombre, pero sin abusar!, pero decidió no hacerlo. De repente se dio cuenta de que estaba triste. Aquella sensación de extrañeza, de ser un intruso, volvió a enseñorearse de él.

Llegó a la encrucijada. El camino que iba al norte y al sur no era más que un sendero. El Camino del Oeste era mucho más ancho.

Viejo Viajero Jack, pensó y trató de sonreír. Cuadró los hombros y oyó tintinear la botella de Speedy contra el espejo. *¡Aquí viene el Viejo Viajero Jack por la versión de los Territorios de la Interestatal 90!* ¡ Pies, no me falléis ahora!

Reemprendió la marcha y la gran tierra soñadora no tardó en engullirle.

5

Unas cuatro horas después, en plena tarde, Jack se sentó sobre la alta hierba del borde del camino y observó a un grupo de hombres —desde esta distancia parecían gusanos— trepar a una torre alta y de apariencia destartalada. Había elegido este lugar para descansar y comer la manzana porque aquí el Camino del Oeste parecía acercarse más a aquella torre, que se hallaba todavía a unas tres millas (y quizá mucho más; la diafanidad casi sobrenatural del aire hacía muy difícil juzgar las distancias), aunque estaba en el campo de visión de Jack desde hacía más de una hora.

Comió la manzana, dio reposo a sus cansados pies y se preguntó qué significaría aquella torre, aislada en un campo de oscilante hierba. Y también se

preguntó, por supuesto, por qué la treparían aquellos hombres. El viento no había dejado de soplar desde que saliera de la ciudad y lo hacía en dirección a la torre y a Jack, pero cuando amainó un momento, Jack les oyó llamarse unos a otros… y reírse. Se oían muchas risas.

A unas cinco millas al oeste del mercado, Jack había pasado por un pueblo, si podían definirse como pueblo cinco casas diminutas y una tienda que por lo visto estaba cerrada desde hacía mucho tiempo. Fueron las últimas viviendas humanas que había encontrado en su ruta. Poco antes de vislumbrar la torre se preguntó si habría llegado a las Avanzadas sin saberlo. Recordaba muy bien las palabras del capitán Farren: *Más allá de las Avanzadas, el Camino del Oeste prosigue hacia la nada… o hacia el infierno. He oído decir que ni el propio Dios se aventura más allá de las Avanzadas…*

Jack se estremeció.

Sin embargo, no creía haber llegado tan lejos. No sentía nada de la creciente inquietud que le invadiera antes de tropezar con los árboles vivientes en sus esfuerzos por huir de la diligencia de Morgan… los árboles vivientes, que ahora parecían un horrible prólogo de todo el tiempo que había pasado en Oatley.

De hecho, las emociones agradables que había sentido al despertarse caliente y descansado en el almiar, y cuando Henry el granjero le había invitado a subir a su carro, habían vuelto a resurgir ahora; aquella sensación de que los Territorios, pese al mal que podían albergar, eran fundamentalmente buenos y de que éI podía ser una parte de este lugar siempre que lo deseara… de que no era en absoluto un Forastero.

Había llegado a sentir que *era* parte de los Territorios durante largos períodos de tiempo. Mientras caminaba a paso ligero por el Camino del Oeste había tenido una idea extraña, una idea que se presentó mitad en inglés, mitad en el lenguaje de los Territorios : *Cuando sueño, el único momento en que SÉ realmente que se trata de un sueño es cuando empiezo a despertarme. Si estoy soñando y me despierto de repente —si suena el despertador o algo así—, soy la persona más sorprendida del mundo. Al principio es el despertar lo que parece un sueño. Y no soy ningún forastero aquí cuando el sueño es más profundo… ¿es esto lo que quiero decir? No, pero me voy acercando. Apuesto cualquier cosa a que papá soñaba de manera muy profunda. Y también a que tío Morgan casi nunca sueña así.*

Había decidido tomar un trago de la botella de Speedy y saltar al otro lado en cuanto viese algo que pudiera ser peligroso… o solamente alarmante. Mientras esto no ocurriese, caminaría aquí todo el día antes de regresar a Nueva York. De hecho, si hubiera tenido algo que comer además de la manzana, habría sucumbido a la tentación de pernoctar en los Territorios. Pero no tenía nada más y en el solitario y polvoriento Camino del Oeste no se veía ningún merendero ni restaurante rápido.

Los vetustos árboles que rodeaban la encrucijada y la ciudad cedieron el paso a los campos de hierba en cuanto Jack hubo pasado las últimas viviendas. Empezó a creer que caminaba por una calzada interminable en medio de un océano sin límites. Aquel día viajó solo por el Camino del Oeste bajo un cielo claro y soleado pero fresco (*ya estamos a finales de septiembre, claro que hace fresco,* pensó, sólo que la palabra que le vino a la mente no fue *septiembre* sino la equivalente en el lenguaje de los Territorios, que se traducía mejor por *noveno mes*). No se cruzó con ningún caminante ni ningún carro, cargado o vacío. El viento soplaba casi sin interrupción, suspirando en el océano de hierbas con un sonido bajo que era a la vez otoñal y solitario. La hierba se inclinaba bajo el viento, formando grandes olas.

Si le hubieran preguntado: «¿Cómo te encuentras, Jack?», el muchacho habría respondido: «Bastante bien, gracias. Alegre.» *Alegre* era la palabra que se le habría ocurrido mientras atravesaba aquellos prados vacíos; *arrobamiento* era una palabra que asociaba más fácilmente con la popular canción del mismo nombre interpretada por el grupo rockero Blondie. Y se habría sorprendido mucho si le hubieran dicho que había llorado varias veces contemplando aquellas grandes olas de hierba perseguirse mutuamente hacia el horizonte, absorbiendo una vista que sólo muy pocos niños americanos de su tiempo habían contemplado: enormes y vacías extensiones de tierra bajo un cielo azul de impresionante longitud y anchura… y, sí, incluso profundidad. Era un cielo aún no marcado por estelas de reactor o sucias franjas de polución en cualquiera de sus extremos inferiores.

Jack vivía una experiencia de notable impacto sensorial al ver, oír y oler cosas completamente nuevas para el, mientras otras percepciones sensoriales a las que se había acostumbrado por completo faltaban por primera vez. En muchos aspectos, era un niño notablemente sofisticado —educado en el seno de

una familia de Los Angeles en que el padre había sido agente y la madre actriz de cine, habría sido aún más extraño que fuese ingenuo—, pero todavía era un niño, sofisticado o no, y esto redundaba sin la menor duda en su favor… por lo menos en una situación como aquélla. El viaje de aquel día solitario por las praderas habría producido seguramente una sobrecarga sensorial, quizá incluso una persistente sensación de alucinación y locura, en un adulto. Un adulto habría buscado con nerviosismo la botella de Speedy —con dedos demasiado temblorosos para encontrarla en seguida— al cabo de una hora, o quizá antes, de abandonar la ciudad del mercado.

En el caso de Jack, el impacto le atravesó la mente para adentrarse en su subconsciente, de modo que cuando se derrumbó y empezó a llorar, no sabía en realidad que lloraba (sólo notó una momentánea visión doble que atribuyó al sudor) y pensó únicamente : *Jo, me siento bien… debería tener un poco de miedo aquí, tan solo, pero no lo tengo.*

Así fue como Jack consideró su arrobamiento una simple sensación de alegría mientras caminaba solo por el Camino del Oeste y su sombra se alargaba cada vez más a sus espaldas. No se le ocurrió que parte de su resplandor emocional podía deberse al hecho de que apenas doce horas antes era un prisionero en el bar Oatley de Updike (las ampollas ensangrentadas en los dedos atrapados por el último cuñete aún estaban frescas); de que apenas doce horas antes había escapado —¡por los pelos!— de una especie de bestia asesina en la que había empezado a pensar como un hombre-cabra; de que por primera vez en su vida estaba solo completamente en un camino ancho y desierto: no había ningún anuncio de Coca-CoIa a la vista ni un cartel de Budweiser exhibiendo los Mundialmente Famosos Clydesdale; junto al camino no había el sempiterno tendido de cables, siempre presentes *en todos los caminos que Jack Sawyer había recorrido durante toda su vida*; ni siquiera se percibía el distante fragor de un avión, para no hablar del estruendo de los 747 en su aproximación final al LAX y de los F-111 que siempre despegaban de la Estación Aeronaval de Portsmouth y atronaban el aire sobre el Alhambra, como el látigo de Osmond, cuando ponían rumbo al Atlántico; sólo se oía el sonido de sus pies en el camino y el limpio flujo y reflujo de su propia respiración.

Dios, me siento bien, pensó Jack secándose los ojos, distraído, y definiendo su estado como «alegre».

6

Ahora esta torre era un motivo de observación y extrañeza.

Caramba, nadie me haría subir allí arriba, pensó Jack. Había ido mordiendo la manzana hasta el corazón y, sin pensar en lo que hacía ni apartar siquiera la vista de la torre, cavó con los dedos un agujero en la tierra dura y elástica y enterró en él el corazón de la manzana.

La torre parecía hecha de tablones y Jack calculó que debía medir por lo menos ciento cincuenta metros de altura. Parecía un gran cuadrilátero hueco, con los tablones superpuestos en forma de X por los cuatro lados. Arriba había una plataforma y Jack, guiñando los ojos, pudo ver moverse por ella a un grupo de hombres.

El viento le meció con suaves ráfagas cuando se sentó al borde del camino con las rodillas contra el pecho y los brazos abrazando las piernas. Otra gran oleada de hierba avanzaba en dirección a la torre. Jack imaginó la oscilación de la frágil estructura y sintió un vuelco en el estómago.

JAMAS subiría allí arriba, ni por un millón de dólares.

Y entonces lo que había temido que sucediera desde el momento en que advirtió la presencia de hombres en la torre, *sucedió*: uno de ellos cayó al vacío.

Jack se levantó. En su rostro se veía la expresión consternada y atónita de quien ha presenciado el fallo de un peligroso número de circo; el equilibrista que sufre una mala caída y yace retorcido en el suelo, la trapecista que no encuentra las manos tendidas y cae a la red con un golpe sordo, la pirámide humana que se derrumba inesperadamente, dispersando cuerpos, que se amontonan sin orden ni concierto.

Oh, qué horror, oh, qué espanto, oh…

Los ojos de Jack se agrandaron de repente y por un instante abrió aún más la boca —de hecho, las mandíbulas casi le tocaron la clavicula— pero en seguida la cerró y luego la distendió en una sonrisa aturdida e incrédula. El hombre no había caído de la torre, empujado por el viento o en un accidente fortuito. De dos lados de la plataforma sobresalían unos tablones parecidos a lenguas o trampolines y el hombre había caminado sencillamente hasta el extremo de uno de ellos y saltado. A media caída, algo empezó a desdoblarse; un paracaídas,

pensó Jack, pero no tendría tiempo de abrirse.

Sin embargo, no era un paracaídas.

Eran alas.

La caída del hombre perdió velocidad y se interrumpió completamente cuando estaba a unos quince metros de la alta hierba. Entonces se invirtió. El hombre empezó a volar hacia arriba, con las alas tan verticales que casi se tocaban —como las crestas de las cabezas de aquel loro—, hasta que se abrieron para bajar con inmensa potencia, como los brazos de un nadador en un *sprint* final.

Caramba, pensó Jack, inducido a prorrumpir en la exclamación más tonta que conocía por un asombro sin límites. Esto era algo fantástico, algo absolutamente sensacional. *Caramba, caramba, mira eso.*

Ahora saltó del trampolín de la torre un segundo hombre y luego un tercero y luego un cuarto. En menos de cinco minutos debieron saltar al aire unos cincuenta hombres, que volaron describiendo figuras complicadas pero discernibles: saltaban de la torre, trazaban un nudo cruzado simple, volvían a la torre, saltaban por e] otro lado, describían otro nudo, aterrizaban de nuevo en la torre y repetían todo el proceso.

Daban vueltas, bailaban y se entrecruzaban en el aire. Jack empezó a reír, embelesado. Era un poco como observar los ballets acuáticos de aquellas cursis películas de Esther Williams. Aquellas nadadoras —sobre todo la propia Esther Williams, naturalmente— lo hacían como si fuera muy fácil, como si cualquiera pudiese zambullirse y retorcerse de aquel modo, como si uno mismo, en compañía de sus amigos, pudiera saltar del trampolín en una coreografía sincronizada, formando una especie de surtidor humano.

Pero había una diferencia. Los hombres voladores no daban aquella sensación de ausencia de esfuerzo, sino que parecían consumir prodigiosas cantidades de energía para mantenerse en el aire y Jack intuyó con repentina certidumbre que les dolía, del mismo modo que dolían algunos ejercicios de gimnasia, levantar las piernas o los abdominales, por ejemplo. *¡Si no duele, no vale!*, solía gritar el entrenador cuando alguien se atrevía a quejarse.

Y ahora se le ocurrió otra cosa: el día en que su madre le había llevado consigo a ver a su amiga Myrna, que era una bailarina de ballet auténtica y ensayaba en la buhardilla de un estudio de danza en la parte baja del Wilshire

Boulevard. Myma pertenecía a una compañía de ballet y Jack la había visto bailar junto con las otras danzarinas; su madre le obligaba a acompañarla y en general el niño lo encontraba aburrido, como el *Sunrise Semester* religioso en televisión. Pero nunca había visto bailar a Myrna… tan de cerca y le impresionó e incluso le asustó un poco el contraste entre ver el ballet en el escenario, donde todas parecían deslizarse o saltar sin esfuerzo sobre sus *pointes*, y verlo a menos de dos metros de distancia, bajo la cruda luz del día que entraba a raudales por las ventanas altas hasta el techo y sin música… sólo al ritmo de las palmadas del coreógrafo y al son de sus duras críticas. Ningún elogio, sólo críticas. El sudor bañaba sus rostros, sus leotardos estaban empapados. La habitación, pese a ser grande y aireada, olía a sudor. Músculos tensos temblaban y vibraban, al borde del agotamiento nervioso. Tendones hinchados sobresalían como cables. Venas palpitantes se henchían en frentes y cuellos. Exceptuando las palmadas del coreógrafo y sus gritos airados, los únicos sonidos eran los golpes sordos de las *pointes* de las bailarinas y sus alientos entrecortados y rápidos. Jack había comprendido de repente que aquellas danzarinas no sólo se ganaban la vida, sino que se mataban al mismo tiempo. Lo que más recordaba eran sus expresiones… toda su exhausta concentración, todo el dolor… pero trascendiendo el dolor, o al menos asomando por sus bordes, vio también alegría. Aquella expresión contenía un gozo inconfundible y Jack se había asustado porque no parecía tener explicación. ¿Qué clase de persona podía gozar sometiéndose a un dolor tan constante, profundo e intenso?

Un dolor que ahora veía reproducido aquí, pensó. ¿Eran realmente hombres alados, como los de las series de Flash Gordon, o se trataba de unas alas como las de Ícaro y Dédalo, algo que se sujetaba al cuerpo? Jack descubrió que no importaba mucho… Por lo menos, a él.

Alegría. Viven en un misterio, esta gente vive en un misterio. La alegría es lo que les sostiene.

Esto era lo importante. La alegría les sostenía, tanto si las alas les crecían en la espalda o las sujetaban de algún modo con hebillas y grapas. Porque lo que estaba viendo, incluso desde esta distancia, era la misma clase de esfuerzo que había visto en la buhardilla de la parte baja de Wilshire en aquella ocasión. El mismo derroche de energía para realizar una espléndida y momentánea inversión de una ley de la naturaleza. Era terrible que semejante inversión exigiera tanto y

durase tan poco y era a la vez terrible y maravilloso que a pesar de ello quisieran realizarla.

Y no es más que un juego, pensó, súbitamente seguro de ello. Un juego, o tal vez ni siquiera esto, sino sólo un *ensayo* de un juego, como fuera también un ensayo todo el sudor y el tembloroso cansancio en aquella buhardilla. El ensayo de un espectáculo al que probablemente sólo asistirían unas pocas personas y sería de corta duración.

Alegría, pensó de nuevo, ya de pie y con el rostro vuelto hacia los hombres voladores, mientras el viento le despeinaba los cabellos sobre la frente. Su época de inocencia se aproximaba rápidamente a su fin (y, bajo presión, incluso Jack habría admitido de mala gana que sentía acercarse aquel fin…; un muchacho no podía andar por los caminos mucho tiempo, no podía pasar por muchas experiencias como la que había vivido en Oatley y seguir siendo inocente), pero durante aquellos momentos en que permaneció mirando el cielo, la inocencia pareció rodearle; como al joven pescador en su breve momento de epifanía en el poema de Elizabeth Bishop, todo era arco iris, arco iris, arco iris.*Alegría… maldita sea, pero es una palabreja simpática.*

Sintiéndose mejor de lo que se había sentido desde que comenzara todo este asunto —y sólo Dios sabía cuánto tiempo había pasado desde entonces—, Jack reanudó la marcha por el Camino del Oeste, a paso ligero, con la cara iluminada por la misma sonrisa embobada y espléndida. De vez en cuando se volvía a mirar por encima del hombro y pudo observar durante mucho rato a los voladores. E incluso cuando ya no podía verlos, el sentimiento de alegría permaneció, como un arco iris dentro de su cabeza.

7

Cuando el sol empezó a bajar, Jack se dio cuenta de que estaba aplazando su regreso al otro mundo —a los Territorios *americanos*— y no sólo por el horrible sabor del zumo mágico. Lo estaba aplazando porque no quería marcharse de aquí.

Un arroyuelo había surgido entre la hierba (donde habían empezado a

aparecer pequeños sotos de árboles ondulantes con copas extrañamente planas, como los eucaliptos) y, tras describir una curva, discuma junto al camino. Más lejos, a la derecha, había una enorme extensión de agua, tan enorme, en realidad, que durante una hora Jack creyó que era un pedazo de cielo de un azul más intenso que el resto. Pero no era cielo, sino un lago. *Un gran lago,* pensó, sonriendo y adivinando que en el otro mundo debía ser el lago Ontario.

Se sentía bien. Iba en la dirección correcta, quizá un poco demasiado al norte, pero no le cabía ninguna duda de que el Camino del Oeste rectificaría este desvío dentro de poco. La sensación de alegría casi extática —lo que él definía como bienestar se había convertido en una especie de hermosa serenidad, sentimiento que parecía casi tan diáfano como el aire de los Territorios. Sólo una cosa estropeaba su bienestar, y era el recuerdo

(seis, tiene seis años, Jack tenía seis años)

de Jerry Bledsoe. ¿Por qué había costado tanto a su mente evocar aquel recuerdo?

No, no el recuerdo… los dos recuerdos. Primero Richard y yo oyendo a la señora Feeny decir a su hermana que la electricidad le había tocado y frito y derretido las gafas sobre su nariz y que había oído al señor Sloat hablar por telefono y decir que… y luego el hecho de encontrarme detrás del sofá, sin intención de sorprender o escuchar, y oír a papá diciendo: «Todo tiene sus consecuencias y algunas de estas consecuencias podrían ser incómodas». Y no cabía duda de que algo había puesto a Jerry Bledsoe en una situación incómoda, ¿verdad? Cuando las gafas se derritieron sobre tu nariz, se diría que te encontrabas en una situación incómoda, sí…

Jack se detuvo. Se detuvo en seco.

¿Qué intentas decir?Sabes qué intento decir, Jack. Tu padre estaba fuera aquel día… él y Morgan. Se hallaban aquí. ¿Dónde, aquí? Creo que en el mismo sitio donde está su edificio en California, en los Territorios americanos. E hicieron algo, o uno de los dos hizo algo. Tal vez algo grande, o quizá sólo mover una piedra… o enterrar en el polvo el corazón de una manzana. Y esto, de algún modo… despertó un eco allí. Despertó un eco y mató a Jerry Bledsoe.

Jack se estremeció. Oh, sí, ahora sabía por qué había tardado tanto su mente en resucitar aquel recuerdo, el taxi de juguete, el murmullo de las voces masculinas, Dexter Gordon tocando el saxófono. No había querido resucitarlo,

porque

(quién produce esos cambios, papá)

ello sugería que sólo por el hecho de encontrarse aquí, podía estar haciendo algo terrible en el otro mundo. ¿Iniciar la tercera guerra mundial? No, probablemente no. No había asesinado a ningún rey en fecha reciente, ni joven ni viejo. Pero, ¿qué podía haber despertado el eco que electrocutó a Jerry Bledsoe? ¿Habría matado tío Morgan al Gemelo de Jerry (si lo tenia), o intentado vender a algún pez gordo de los Territorios la idea de la electricidad? ¿O habría sido algo insignificante… algo tan pequeño como comprar un trozo de carne en un mercado rural? ¿Quién producía aquellos cambios? *¿Qué* producía aquellos cambios?

Una bonita inundación, un bonito incendio.

De pronto la boca de Jack se quedó seca como la sal.

Fue hasta el arroyuelo que bordeaba el camino, se arrodilló y bajó la mano para coger agua, pero la detuvo de improviso. El agua saltarina había adoptado los colores del inminente crepúsculo… pero estos colores adquirieron de repente un matiz rojizo, de de modo que parecía un río de sangre y no de agua. Y a continuación se tiñó de negro. Un momento después recobró la transparencia y Jack vio…

Se le escapó un pequeño gemido cuando vio la diligencia de Morgan avanzando con estruendo por el Camino del Oeste, tirada por los doce caballos de penachos negros. Jack vio con un terror que casi le paralizó que el conductor sentado en el pescante, con las botas en el guardabarros y un látigo en la mano, era Eiroy. Pero lo que sostenía el látigo no era una mano, sino una especie de pezuña. Elroy conducía aquel carruaje de pesadilla, Elroy, sonriendo con su boca llena de colmillos muertos, Elroy, impaciente por encontrar de nuevo a Jack Sawyer para abrir la barriga de Jack Sawyer y extraer los intestinos de Jack Sawyer.

Jack permaneció arrodillado junto al arroyo, con los ojos desorbitados y la boca temblando de angustia y terror. Había atisbado una ultima cosa en su visión, no una cosa grande, no, pero la más espantosa por sus implicaciones: los ojos de los caballos parecían brillar. Parecían brillar porque estaban llenos de luz… llenos del crepúsculo.

La diligencia viajaba hacia el oeste por este mismo camino… y en su

persecución.

A gatas, dudando de poder levantarse aunque quisiera, Jack se apartó del arroyo y volvió torpemente al camino. Allí cayó de bruces sobre el polvo, con la botella de Speedy y el espejo que le había regalado el vendedor de alfombras clavándosele en el estómago. Ladeó la cabeza para apretar la mejilla y la oreja derechas contra la superficie del Camino del Oeste.

Percibió el traqueteo constante sobre la tierra dura y seca. Estaba lejos… pero se acercaba.

Eiroy en el pescante… y Morgan dentro. ¿Morgan Sloat? ¿Morgan de Orris? No importaba. Eran uno solo.

Interrumpió con un esfuerzo el efecto hipnótico del retemblar de la tierra y se puso en pie. Extrajo la botella de Speedy —la misma aquí en los Territorios que en los Estados Unidos— del interior de su coleto y arrancó del cuello todo el musgo que pudo, sin preocuparse de la lluvia de partículas que cayeron en el escaso líquido restante, que ahora no llegaba a cinco centímetros. Miró nerviosamente a su izquierda, como esperando ver aparecer en el horizonte la diligencia negra y los ojos llenos de crepúsculo de los caballos, brillando como linternas fantasmagóricas. Naturalmente, no vio nada. Los horizontes eran más cercanos aquí en los Territorios, como ya había comprobado, y los sonidos se propagaban con más rapidez. La diligencia de Morgan debía estar a diez millas al este o quizá incluso a veinte.

Todavía pisándome los talones, pensó Jack, llevándose la botella a los labios. Un segundo antes de beber, su mente gritó: *¡Eh, espera un minuto! Espera un minuto, idiota, ¿acaso quieres que te maten?* Estaría bonito saltar desde en medio del Camino del Oeste al centro de cualquier carretera del otro mundo, y allí ser quizá atropellado por un maníaco de la velocidad o un camión de refrescos.

Caminó lentamente hasta el borde del camino… y entonces avanzó diez o veinte pasos por la hierba para asegurarse. Respiró hondo para aspirar el dulce aroma del ambiente, buscando a tientas aquella sensación de serenidad… aquella sensación del arco iris.

Debo tratar de recordar cómo me sentía —pensó—, *tal vez lo necesite… y es posible que no pueda volver aquí durante mucho tiempo.*

Contempló las praderas, que ahora se oscurecían a medida que la noche se

acercaba a ellas desde el este. El viento soplaba a ráfagas, ahora frío pero todavía fragante, despeinándole el cabello —ya desgreñado— como despeinaba la alta hierba.

¿Estás dispuesto, Jack-O?

Jack cerró los ojos y se preparó para el horrible sabor y los vómitos que seguramente seguirían.

—*Banzai*[2] —murmuró y bebió un trago.

Capítulo 14

BUDDY PARKINS

1

Vomitó una baba fluida de color morado, con la cara a pocos centímetros de la hierba que cubría la larga pendiente bajo la cual discurría una autopista de cuatro carriles; agitó la cabeza y se arrodilló, quedando de espaldas al cielo nublado y gris. El mundo, este mundo, apestaba. Jack se movió hacia atrás, para alejarse de los hilos de vómito que pendían de las briznas de hierba, y el hedor cambió pero no disminuyó. Gasolina y otros venenos sin nombre flotaban en el aire; y el mismo aire apestaba a agotamiento y fatiga; incluso los ruidos procedentes de la autopista castigaban este aire moribundo. El dorso de una señal de tráfico se elevaba sobre su cabeza como una pantalla de televisión gigantesca. Jack *se* levantó, tambaleándose. Lejos, al otro lado de la autopista, centelleaba una inmensa extensión de agua sólo un poco menos gris que el cielo. Una especie de resplandor maligno cubría la superficie. También desde allí venía un olor de limaduras de metal y aliento cansado. Era el lago Ontario y la pequeña y coquetona ciudad de allí abajo debía ser Olcott o Kendall. Se había apartado mucho de su ruta, más de ciento cincuenta kilómetros y cuatro días y medio como mínimo. Jack pasó la señal, esperando que no anunciara algo peor que esto. Levantó la vista para leer las letras negras y se secó los labios. ANGOLA.

¿Angola? ¿Dónde estaba? Miró hacia la humareda de la pequeña ciudad a través del aire ya sólo tolerable a medias.

Y Rand McNally, el inestimable compañero, le dijo que las hectáreas de agua eran el lago Erie… en vez de haber perdido días de viaje, los había ganado.

Sin embargo, antes de que el muchacho pudiese decidir si sería más inteligente, después de todo, volver a saltar a los Territorios en cuanto lo creyera seguro —es decir, en cuanto la diligencia de Morgan hubiera pasado de largo el lugar donde él había estado—, antes de que pudiera decidir esto, antes incluso de que pudiera empezar a pensarlo, tenía que bajar a la contaminada ciudad de Angola para ver si esta vez Jack Sawyer, Jack-O, había causado alguno de aquellos cambios, papá. Se dispuso a bajar por la pendiente, un chico de doce años con pantalones tejanos y camisa a cuadros, alto para su edad, que ya empezaba a tener un aspecto descuidado y demasiada preocupación en el rostro.

A media pendiente, se dio cuenta de que ya volvía a pensar en inglés.

2

Muchos días después y bastante más hacia el oeste, un hombre llamado Buddy Parkins recogió en su coche en la autopista N40, justo en las afueras de Cambridge, Ohio, a un chico alto que decía llamarse Lewis Farren y vio su mirada de preocupación… una preocupación que parecía estar a punto de quedar grabada para siempre en su cara. *Anímate, hijo, por tu bien, si no por el de los demás*, quiso decirle Buddy. Pero el chico tenía problemas para diez, si había que creer su historia. La madre enferma, el padre muerto y él, enviado a casa de una tía que era maestra en Buckeye Lake… Lewis Farren tenía razones para estar preocupado. Daba la impresión de no haber visto cinco dólares juntos desde la Navidad pasada. No obstante… a Buddy le parecía que este chico Farren le tomaba el pelo en ciertos detalles.

Para empezar, olía a granja, no a ciudad. Buddy Parkins y sus hermanos llevaban una granja de ciento veinte hectáreas cerca de Amanda, a unos cincuenta kilómetros al sudeste de Columbus, y Buddy sabía que en esto no podía equivocarse. Este muchacho olía a Cambridge, y Cambridge estaba en el

campo. Buddy había crecido con el olor de tierra labrada y granero, de abono, trigo y arvejas, y la ropa sin lavar del muchacho que tenía a su lado había absorbido todos aquellos olores familiares.

Además, se trataba de la propia ropa. La señora Farren debía estar muy enferma, pensó Buddy, para mandar al muchacho a la carretera con unos vaqueros tan rígidos por la suciedad que las arrugas parecían de color bronce. ¡Y las zapatillas! Casi se le caían, los cordones estaban rotos y la lona agujereada en los dos pies.

—De modo que se llevaron el coche de tu papá, ¿eh, Lewis? —preguntó Buddy.

—Tal como le he dicho, sí, señor, los asquerosos cobardes se presentaron después de medianoche y lo sacaron del garaje. Creo que no deberían permitirles hacer una cosa así y menos a unas personas que trabajan mucho y piensan pagar los plazos en cuanto puedan. ¿Qué opina usted? ¿Qué le parece?

El muchacho tenía vuelto hacia él su rostro honesto y tostado por el sol como si se tratara de la cuestión más grave desde el indulto de Nixon o tal vez la Bahía Cochinos y todos los instintos de Buddy le inducían a expresar su conformidad; en general se habría mostrado conforme con cualquier opinión franca ofrecida por un chico de tan evidente origen campesino.

—Pensándolo bien, supongo que siempre hay dos maneras de ver las cosas —contestó Buddy Parkins, no muy satisfecho. El chico parpadeó y volvió la cabeza para mirar de nuevo hacia delante. Buddy sintió una vez más su ansiedad, la nube de preocupación que parecía cernerse sobre él y casi lamentó no haber otorgado a Lewis Farren el asentimiento que necesitaba.

—Supongo que tu tía enseña en la escuela primaria de Buckeye Lake —dijo, esperando aliviar por lo menos en parte la tristeza del chico. Siempre era mejor señalar al futuro que al pasado.

—Sí, señor, así es. Enseña en la escuela primaria. Helen Vaughan. —Su expresión no cambió.

Pero Buddy había vuelto a oírlo. No se consideraba ningún Henry Higgins, el profesor de aquella comedia musical, pero sabía con toda seguridad que el joven Lewis Farren no hablaba como los nativos de Ohio. La voz del muchacho era muy distinta, demasiado compacta, y estaba llena de unas tonalidades altas y bajas que no se parecían en nada a las de Ohio y menos aún del Ohio rural. Tenía

un *acento.*

¿O era posible que un chico de Cambridge, Ohio, aprendiera a hablar así, cualquiera que fuese la disparatada razón? Buddy suponía que era posible.

Por otra parte, el periódico que el tal Lewis Farren no había soltado ni una vez de debajo del codo izquierdo parecía corroborar la peor y más profunda sospecha de Buddy Parkins: que su joven y fragante compañero era un prófugo y todas sus palabras una mentira. El nombre del periódico, visible para Buddy con sólo una ligera inclinación de cabeza, era *The Angola Herald.* Había una Angola en África, adonde un montón de ingleses habían acudido como mercenarios, y había otra Angola, Nueva York… muy cerca del lago Erie. No hacía mucho que había visto fotografías del lago en el telediario, pero no podía recordar por qué.

—Me gustaría hacerte una pregunta, Lewis —dijo y carraspeó.

—Adelante —contestó el muchacho.

—¿Cómo es que un muchacho de una bonita ciudad próxima a la Nacional Cuarenta viaja con un periódico de Angola, Nueva York, que está muy lejos de aquí? Lo pregunto por curiosidad, hijo.

El muchacho miró el periódico doblado bajo su brazo y lo apretó aún más contra sí, como temeroso de que pudiera escapar.

—Oh —respondió—, lo encontré.

—No me digas —observó Buddy.

—Sí, señor. Estaba en un banco de la estación de autobuses de mi ciudad.

—¿Has ido a la estación de autobuses esta mañana?

—Justo antes de decidir que ahorraría el dinero y haría autostop. Señor Parkins, si puede dejarme en el desvío de Zanesville, ya estaré muy cerca y es probable que pueda llegar a casa de mi tía antes de la cena.

—Es probable —asintió Buddy, y condujo en un silencio incómodo durante varios kilómetros. Por fin no pudo soportarlo más tiempo y preguntó en voz muy baja y sin desviar la vista de la carretera:

—Hijo, ¿te has escapado de tu casa?

Lewis Farren le sorprendió porque esbozó una sonrisa, no forzada ni falsa, sino sincera. Pensaba que la idea de escaparse de casa era graciosa. Le divertía. El muchacho le miró una fracción de segundo después de que Buddy se volviera para mirarle, y los ojos de ambos se encontraron.

Durante un segundo, dos segundos, tres… durante el tiempo que duró aquel

segundo, Buddy Parkins vio que este chico sin lavar que estaba sentado a su lado era bello. Se habría considerado incapaz de usar esta palabra para describir a cualquier varón de más de nueve meses, pero bajo la suciedad de los caminos, el tal Lewis Farren era bello. Su sentido del humor había vencido momentáneamente sus preocupaciones y lo que irradiaba de él hacia Buddy —que tenía cincuenta y dos años y tres hijos adolescentes— era una especie de bondad sincera que sólo había sufrido el impacto de una serie de experiencias poco corrientes. El tal Lewis Farren, a sus doce años, había ido en cierto modo más lejos y visto más cosas que Buddy Parkins y lo que había visto y hecho le había conferido belleza.

—No, no soy un fugitivo, señor Parkins —contestó el muchacho.

Entonces parpadeó y su mirada se volvió de nuevo hacia dentro y perdió su brillo y su luz y el chico se repantigó otra vez en el asiento. Levantó una rodilla, la apoyó en el salpicadero y ajustó el periódico bajo su bíceps.

—No, supongo que no —dijo Buddy Parkins, forzándose a mirar de nuevo la carretera. Sintió alivio, aunque no sabia muy bien por qué—. Supongo que no eres un fugitivo, Lewis, pero sí otra cosa.

El muchacho no respondió.

—Has trabajado en un granja, ¿verdad?. —Lewis le miró, sorprendido.

—Sí, en efecto. Los tres últimos días. A dos dólares la hora. Y tu madre no ha dejado ni un momento de estar enferma para lavarte la ropa antes de enviarte a casa de su hermana, ¿verdad?, pensó Buddy, pero lo que dijo fue:

—Lewis, me gustaría que pensaras en ir a mi casa conmigo. No digo que te hayas fugado ni nada de eso, pero si eres de los alrededores de Cambridge, me comeré este coche destartalado, neumáticos incluidos. Yo tengo tres chicos y el más joven, Billy, sólo es unos tres años mayor que tú y en mi casa sabemos cómo alimentar a los muchachos. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, según las preguntas que estés dispuesto a contestar. Porque te haré unas cuantas, por lo menos la primera vez que nos sentemos juntos a la mesa.

Se frotó con la palma el pelo gris, cortado al estilo militar, y echó una ojeada al asiento de su lado. Lewis Parren se parecía más a un muchacho y menos a una revelación.

—Serás bien recibido, hijo. Sonriendo, el muchacho contestó:

—Es muy amable por su parte, señor Parkins, pero no puedo. Debo ir a ver a

mi tía a…

—Buckeye Lake —terminó Buddy.

El chico tragó saliva y volvió a mirar hacia delante.

—Te ayudaré, si necesitas ayuda —repitió Buddy. Lewis le dio una palmada en el antebrazo, grueso y bronceado.

—Este viaje es una gran ayuda, de verdad.

Diez silenciosos minutos después, Buddy contempló la solitaria figura del muchacho bajar por el desvío de Zanesville. Seguramente Emmie le habría roto la crisma si hubiera llegado a casa con un chico sucio y desconocido a quien alimentar, pero una vez le hubiese visto y hablado con él, habría sacado las copas y la vajilla buena que le diera su madre. Buddy Parkins no creía que existiera en Buckeye Lake una mujer llamada Helen Vaughan y ni siquiera estaba muy seguro de que este misterioso Lewis Parren tuviera una madre; el muchacho parecía un huérfano empeñado en una vasta empresa. Le contempló hasta que el chico desapareció en la curva y entonces se quedó mirando al vacío y al enorme anuncio en amarillo y morado de unas galerías comerciales.

Durante un segundo pensó en saltar del coche y correr tras el muchacho para convencerle de que volviera… y entonces recordó una escena ocurrida entre la neblina y la multitud de Angola, Nueva York, descrita durante las noticias de las seis. Un desastre demasiado pequeño para ser comunicado más de una vez. Esto es lo que había ocurrido en Angola; una de esas tragedias insignificantes que el mundo sepulta bajo una montaña de papel de periódico. Lo único que Buddy podía recordar de aquel breve y defectuoso relámpago de memoria era una imagen de vigas de hierro diseminadas como pajas gigantes sobre coches destrozados, y todo ello sobresaliendo de un humeante agujero practicado en el suelo, un agujero que tal vez conducía al infierno. Buddy Parkins miró una vez más el lugar vacío de la carretera donde había estado el muchacho y luego pisó el embrague del viejo vehículo y puso la primera marcha.

3

La memoria de Buddy Parkins era más exacta de lo que imaginaba. Si

hubiera podido ver la primera plana del *Angola Herald*, fechado hacía un mes, que «Lewis Parren», aquel muchacho enigmático, llevaba bajo el brazo con gesto tan protector y a la vez temeroso, habría leído estas palabras:

EXTRAÑO TERREMOTO CAUSA 5 VÍCTIMAS
por el reportero del Herald, Joseph Gargan

Las obras de Rainbird Towers, la nueva urbanización más alta y lujosa de Angola, para cuya terminación aún tallaban seis meses, fueron trágicamente interrumpidas ayer cuando un temblor de tierra sin precedentes destruyó la estructura del edificio, sepultando a muchos obreros bajo los escombros. Cinco cuerpos han sido rescatados de las ruinas de la planificada urbanización y otros dos obreros aún continúan desaparecidos y se les da por muertos. Los siete eran soldadores y ajustadores de la empresa Construcciones Speiser y todos se hallaban en las vigas de los dos últimos pisos del edificio en el momento del incidente,El temblor de tierra de ayer fue el primer terremoto registrado en toda la historia de Angola, Armin Van Pelt, del departamento de Geología de la universidad de Nueva York, ha descrito hoy por teléfono el fatal terremoto como una «burbuja sísmica». Representantes del Comité de Seguridad estatal prosiguen su examen del lugar, así como un equipo de…

Las víctimas eran Robert Heidel, veintitrés años; Thomas Thielke, treinta y cuatro; Jerome Wild, cuarenta y ocho; Michael Hagen, veintinueve y Bruce Davey, treinta y nueve. Los dos hombres desaparecidos eran Arnold Schulkamp, cincuenta y cuatro años, y Theodore Rasmussen, cuarenta y tres. Jack ya no tenía que mirar la página del periódico para recordar sus nombres. El primer terremoto de la historia de Angola, Nueva York, había ocurrido el día en que él había saltado del Camino del Oeste y aterrizado en el límite de la ciudad. Una parte de Jack Sawyer deseaba haberse ido con el corpulento y bondadoso Buddy Parkins,

cenado en la mesa de la cocina con la familia Parkins —buey cocido y pastel de manzana— y luego dormido en la cama de invitados de los Parkins tapado hasta la cabeza con el edredón hecho en casa. Y sin moverse, excepto para ir a la mesa, durante cuatro o cinco días. Pero parte del problema era que veía aquella nudosa mesa de madera de pino de la cocina llena de queso desmenuzado y al otro lado de la mesa una ratonera abierta en un zócalo gigantesco; y de unos agujeros en los pantalones de los tres chicos Parkins salían largas colas. ¿Quién produce estos cambios de Jerry Bledsoe, papá? *Heidel, Thielke, Wild, Hagen, Davey; Schulkamp* y *Rasmussen.* ¿Aquellos cambios de Jerry? Sabía quién los producía.

4

El enorme letrero amarillo y morado que rezaba BUCKEYE MALL apareció flotando frente a Jack cuando éste dobló la curva final de la rampa del desvío, le pasó por encima del hombro y reapareció al otro lado, donde por fin pudo comprobar que lo sostenía un trípode de altos postes amarillos situado en el aparcamiento del centro comercial. Las galerías comerciales eran un conjunto futurista de edificios de color ocre que parecían no tener ventanas; un segundo después Jack se dio cuenta de que las galerías estaban cubiertas y lo que veía era sólo la ilusión de edificios separados. Metió la mano en el bolsillo y palpó el fajo apretado de veintitrés dólares en billetes de dólar que era toda su fortuna terrenal.

A la débil luz solar de una tarde de principios de otoño, Jack cruzó corriendo la calle hacia el aparcamiento de las galerías.

De no haber sido por su conversación con Buddy Parkins, es muy probable que Jack se hubiera quedado en la N-40 e intentado cubrir otros ochenta kilómetros; quería llegar a Illinois, donde se encontraba Richard Sloat, en los próximos dos o tres días. La idea de ver de nuevo a su amigo Richard le había mantenido durante las jornadas de trabajo ininterrumpido en la granja de Elbert Palamountain: la imagen de Richard Sloat, serio y con gafas, en su habitación de la Thayer School de Springfield, Illinois, le había alimentado tanto como las

generosas comidas de la señora Palamountain. Jack seguía queriendo ver a Richard tan pronto como pudiera, pero la invitación al hogar de Buddy Parkins le había hecho comprender una cosa: no podía subir a otro coche y repetir otra vez la historia. (En cualquier caso, se recordó a sí mismo, la historia parecía estar perdiendo credibilidad.) Las galerías comerciales le facilitaron la ocasión perfecta de descansar una o dos horas, en especial si había un cine en su interior; en aquel momento Jack habría sido capaz de ver la más cursi y aburrida historia de amor.

Y antes de la película —si tenía la suerte de encontrar un cine— podría dedicarse a dos cosas que estaba aplazando desde hacía por lo menos una semana. Jack había sorprendido a Buddy Parkins mirando sus zapatillas casi desintegradas. No sólo se estaban descosiendo, sino que las suelas, antes esponjosas y elásticas, eran ahora duras como el asfalto. Los días en que tenía que recorrer grandes distancias —o trabajar de pie todo el día— los pies le dolían como si se los hubiera quemado.

Lo segundo, llamar a su madre, le inspiraba tanta culpabilidad y otras temidas emociones que Jack podía apenas pensar en ello de modo consciente. Ignoraba si podría dominar las lágrimas cuando oyera la voz de su madre. ¿Y si tenía un acento débil, y si parecía realmente enferma? ¿Sería capaz de continuar su marcha hacia el Oeste si Lily le rogaba con voz ronca que volviera a New Hampshire? Así pues, no tenía ánimos para confesarse a sí mismo que debía llamar a su madre. Vio en su mente la súbita y clara imagen de una hilera de teléfonos públicos bajo sus pantallas de plástico, semejantes a secadores de pelo, y casi inmediatamente retrocedió ante ellos, como si Elroy u otro engendro de los Territorios pudiera surgir del auricular y apretarle la garganta con la mano.

En aquel momento, tres chicas que debían tener uno o dos años más que Jack saltaron de la parte posterior de un Subaru Brat que había entrado a imprudente velocidad en el aparcamiento. Durante un segundo parecieron maniquíes en torpes y elegantes poses de alegría y asombro. Cuando adoptaron posturas más convencionales, las chicas miraron sin curiosidad a Jack y empezaron a peinarse los cabellos. Las desenvueltas princesas de décimo grado, cuyas piernas se veían muy largas dentro de los vaqueros, se taparon la boca al reír, como sugiriendo que la misma risa era motivo de hilaridad. Jack retardó el paso hasta que dio la impresión de ser un sonámbulo. Una de las princesas le echó una ojeada Y

murmuró algo a la chica de cabellera castaña que iba a su lado.

Ahora soy diferente —pensó Jack—, *ya no soy como ellas.* Este Pensamiento le hizo sentir una punzada de soledad.

Un muchacho rubio y rollizo que llevaba un chaleco de ante azul se apeó del asiento del conductor y reunió a las chicas a su alrededor por el sencillo expediente de fingir que no les hacía caso. Debía ser un estudiante del último año y por lo menos el defensa del equipo de fútbol; miró un momento a Jack y después admiró la fachada de las galerías.

—Timmy —llamó la chica alta de cabellos castaños.

—Sí, sí —respondió el muchacho—. Sólo me preguntaba qué huele a mierda por aquí. —Recompensó a las chicas con una sonrisa de superioridad. La de cabellos castaños dirigió una mirada burlona a Jack y dio media vuelta para unirse a sus amigos, que ya cruzaban el asfalto. Las tres chicas siguieron al cuerpo arrogante de Timmy y entraron en las galerías por las puertas de cristal.

Jack esperó a que las figuras de Timmy y su séquito, visibles a través del cristal, se redujeran al tamaño de títeres en el fondo de la larga galería y entonces pisó la placa de metal que abría las puertas.

Un aire frío y predigerido le envolvió.

Surtidores de agua caían desde una fuente que tenía la altura de dos pisos a un gran estanque rodeado de bancos. Tiendas abiertas daban a la fuente en ambos niveles. Un suave hilo musical, así como una peculiar iluminación de tono broncíneo, brotaba del techo color ocre; el olor de palomitas de maíz, que había salido al encuentro de Jack en cuanto las puertas de cristal se cerraron a sus espaldas, emanaba de un antiguo carrito de vendedor ambulante, pintado de rojo y colocado frente a una librería a la izquierda de la fuente, en el nivel inferior. Jack vio inmediatamente que no había ningún cine en el Buckeye Mall. Timmy y sus princesas de piernas largas flotaban hacia arriba por la escalera automática en dirección, según pensó Jack, a un restaurante de comidas rápidas llamado La Mesa del Capitán, situado frente a la escalera. Jack volvió a meter la mano en el bolsillo de los pantalones para tocar el fajo de billetes. La púa de guitarra de Speedy y la moneda del capitán Parren descansaban en el fondo del bolsillo, junto con un puñado de monedas de diez y veinticinco centavos.

En el nivel donde se hallaba Jack, una zapatería embutida entre una confitería y una tienda de licores que anunciaba NUEVAS REBAJAS en bourbon Hiram Walker y Chablis Inglebook le atrajo hacia su larga mesa giratoria repleta de zapatos. El empleado sentado ante la caja registradora se inclinó y miró a Jack tocar los zapatos como si abrigara la clara sospecha de que intentaba robar algo. Jack no conocía ninguna de las marcas exhibidas sobre la mesa, no había Nikes ni Pumas aquí, se llamaban Speedster o Bullseye o Zooms. y los pares estaban atados entre sí por los cordones. Eran zapatillas, aunque no especiales para correr. Jack consideró, sin embargo, que le servían y compró el par más barato que había en su número, de lona azul con rayas rojas en zigzag a los lados. El nombre de la marca no se veía en ninguna parte pero no parecían distinguirse de la mayoría de las otras zapatillas. En la caja contó seis billetes de dólar y dijo al empleado que no necesitaba ninguna bolsa.

Se sentó en uno de los bancos de la fuente y se quitó las zapatillas viejas sin molestarse en deshacer los nudos de los cordones. Cuando se puso las nuevas, sus pies casi suspiraron de gratitud. Se levantó del banco y tiró las zapatillas viejas a una papelera negra con un letrero en blanco que decía: NO ENSUCIE LA CIUDAD y debajo, en letras más pequeñas: *La tierra es nuestro único hogar.*

Jack empezó a caminar sin rumbo por la larga galería inferior, buscando los teléfonos. Ante el carrito de palomitas de maíz entregó cincuenta centavos y recibió una papelina de palomitas frescas empapadas de grasa. El hombre de mediana edad con bombín, bigote de morsa y ligas en las mangas que le vendió las palomitas le dijo que los teléfonos públicos estaban arriba, en la esquina de 31 Sabores, y señaló con un gesto vago la escalera automática más próxima.

Metiéndose palomitas en la boca, Jack subió detrás de una mujer de veintitantos años y otra de más edad con caderas tan anchas que casi tapaban la escalera; ambas llevaban pantalones y chaqueta.

Si Jack saltara desde el interior del Buckeye Mall —o incluso a dos kilómetros o tres de distancia—, ¿temblarían las paredes y se derrumbaría el techo, provocando una lluvia de ladrillos, vigas, altavoces del hilo musical y focos sobre los infortunados que estuvieran dentro? ¿Y acabarían las princesas del décimo grado e incluso el arrogante Timmy, y la mayoría de los otros, con fracturas craneales, miembros cortados y pechos destrozados…? Por un segundo, antes de llegar al final de la escalera automática, Jack vio caer

gigantescos trozos de yeso y vigas de metal, oyó el terrible crujido del nivel superior y los gritos que, aunque inaudibles, le parecieron grabados en el aire.

Angola. Rainbird Towers.

Jack sintió que las palmas le escocían y sudaban y se las secó contra los vaqueros.

TREINTA Y UN SABORES despedía una luz blanca e incandescente a su izquierda, y cuando se dirigió hacia allí, vio al otro lado un pasillo que describía una curva. Brillantes baldosas marrones en paredes y suelo; en cuanto la curva del pasillo le ocultó a la vista de quienes se hallaban en el nivel superior, Jack vio tres teléfonos, protegidos en efecto por pantallas de plástico transparente. Enfrente había las puertas de *Damas y Caballeros.*

Bajo la pantalla del centro, Jack marcó el O, seguido del código local y el número del hotel y jardines de la Alhambra. «¿A cargo de quién?», preguntó la operadora, y Jack contestó:

—Es una llamada a cobrar en destino para la señora Sawyer, habitaciones cuatro cero siete y cuatro cero ocho. De Jack.

Respondió la operadora del hotel y a Jack se le aceleró el corazón. La operadora transfirió la llamada a la suite. El teléfono sonó una, dos, tres veces. Entonces su madre exclamó:

—¡Dios mío, muchacho, qué contenta estoy de oírte! Esta situación de madre en paro es dura para una vejestoria como yo. Echo de menos tu cara taciturna y que me digas cómo debo tratar a los camareros.

—Tienes demasiada clase para la mayoría de camareros, esto es todo —dijo Jack, a punto de llorar de alivio.

—¿Estás bien, Jack? Dime la verdad.

—Claro que estoy bien, muy bien. Sólo quería asegurarme de que tú… bueno, ya sabes.

El teléfono exhaló un suspiro electrónico, una interferencia que sonó como la arena arrastrándose por la playa.

—Me encuentro bien —dijo Lily—, estupendamente. En cualquier caso, no estoy peor, si es esto lo que te preocupa. Supongo que me gustaría saber dónde estás.

Jack titubeó y la interferencia susurró y silbó un momento.

—Ahora estoy en Ohio y muy pronto podré ver a Richard.

—¿Cuándo volverás a casa, Jack-O?

—No lo sé. Ojalá lo supiera.

—No lo sabes. Te juro, muchacho, que si tu padre no te hubiese dado aquel nombre tan tonto… y si me hubieras consultado esto diez minutos antes o diez minutos después…

Una ola creciente de interferencias se llevó su voz y Jack recordó el aspecto que tenía en el salón de té, ojerosa y débil como una vieja. Cuando la interferencia se debilitó, preguntó a su madre:

—¿Tienes problemas con tío Morgan? ¿Te ha molestado?

—Saqué a tu tío Morgan de aquí con el rabo entre las piernas —contestó ella.

—¿Ha estado ahí? ¿Ha venido? ¿Sigue molestándote?

—Me libré de la comadreja dos días después de que te fueras, chiquillo. No pierdas el tiempo pensando en él.

—¿Dijo adonde iba? —le preguntó Jack, pero en cuanto hubo pronunciado las palabras, el teléfono profirió un atormentado alarido electrónico que pareció perforarle la cabeza. Jack hizo una mueca y apartó el auricular de la oreja. El horrible chirrido de la interferencia era tan fuerte que lo hubiese oído cualquiera que transitara por el pasillo. «¡MAMA!», gritó Jack, acercándose el teléfono a la cabeza todo lo que pudo. El chillido aumentó, como si hubieran dado todo el volumen a una radio entre dos estaciones.

La línea enmudeció de repente. Jack pegó el auricular a su oreja y sólo oyó el negro silencio del aire muerto. «Eh», dijo, apretando y soltando el soporte. El silencio total del teléfono parecía oprimirle el oído.

Y de repente, como si al zarandear el soporte la hubiese conjurado, volvió a oír señal para marcar, ahora un oasis de regularidad y cordura, Jack hundió la mano derecha en el bolsillo para buscar otra moneda.

Sostenía torpemente el auricular con la mano izquierda mientras hurgaba con la derecha en el bolsillo y se quedó inmóvil cuando oyó de pronto interrumpirse la señal para marcar.

La voz de Morgan Sloat le habló con tanta claridad como si el bueno de tío Morgan estuviera en el teléfono de al lado.

—Vuelve a casa, Jack, maldita sea, vuelve a casa antes de que tengamos que llevarte nosotros. —La voz de Sloat hendía el aire como un bisturí.

—Espera —dijo Jack, como queriendo ganar tiempo; de hecho, estaba

demasiado asustado para saber lo que decía.

—No puedo esperar más, pequeño amigo. Ahora eres un homicida, ¿verdad? Eres un asesino, así que no podemos ofrecerte más oportunidades. Regresa inmediatamente a ese pueblo de New Hampshire. Ahora mismo, o volverás a casa dentro de una bolsa.

Jack oyó el clic del auricular y lo soltó. El teléfono que había usado se estremeció y se desprendió de la pared; durante un segundo colgó de un revoltijo de cables y luego cayó pesadamente al suelo.

La puerta del lavabo de hombres se abrió con un golpe detrás de Jack y una voz chilló: «¡CONDENADA MIERDA!»

Jack se volvió y vio a un muchacho delgado, de unos veinte años, y pelo muy corto, mirar con fijeza uno de los teléfonos. Llevaba un delantal blanco y una corbata de lazo; el dependiente de una de las tiendas.

—Yo no lo he hecho —dijo Jack—. Ha ocurrido, sin más.

—Condenada mierda. —El empleado contempló a Jack durante una fracción de segundo, hizo ademán de echar a correr y se pasó las manos por la coronilla.

Jack retrocedió hasta el pasillo. Cuando estuvo en mitad de la escalera automática, oyó finalmente gritar al empleado:

—¡Señor Olafson! ¡El teléfono, señor Olafson!

Jack huyó.

Fuera, el aire era luminoso y sorprendentemente húmedo. Aturdido, Jack caminó por la acera. A casi un kilómetro del aparcamiento, un coche de policía blanco y negro torció hacia las galerías. Jack tomó una calle lateral y siguió caminando por la acera. Delante de él, una familia de seis miembros pugnaba por hacer pasar una silla de jardín por la siguiente entrada a las galerías. Jack aflojó el paso y observó al marido y la mujer inclinar diagonalmente la larga silla, obstaculizados por los esfuerzos de los niños más pequeños para sentarse en la silla o ayudarles. Por fin, casi en la posición de los izadores de bandera de la famosa fotografía de Iwo Jima, la familia consiguió pasar por la puerta. El coche de policía daba perezosas vueltas por el aparcamiento.

Justo después de la puerta por la que la familia desorganizada había logrado introducir la silla, un hombre negro y viejo estaba sentado en una caja de madera

con una guitarra en la falda. Al acercarse Jack lentamente, vio una taza de metal a los pies del hombre. Tenía la cara oculta tras unas grandes y sucias gafas de sol y el ala de un manchado sombrero de fieltro. Las mangas de su chaqueta de algodón estaban tan arrugadas como la piel de un elefante.

Jack caminó hasta el borde de la acera para sortear al hombre y se fijó en un cartel colgado de su cuello en el que había algo escrito en letras mayúsculas, grandes y temblorosas. Unos pasos más allá pudo leerlas.

CIEGO DE NACIMIENTO
SÉ TOCAR CUALQUIER CANCIÓN
DIOS LE BENDIGA

Casi había pasado de largo al hombre de la vieja guitarra cuando le oyó musitar con voz destemplada y jugosa:

—Una moneda.

Capítulo 15

BOLA DE NIEVE CANTA

1

Jack se volvió hacia el negro con el corazón palpitante.

¿Speedy?

El negro buscó la taza a tientas, la levantó y la agitó. Unas monedas tintinearon en el fondo.

Es Speedy. Detrás de esas gafas oscuras, *es* Speedy.

Jack estaba seguro de ello, pero un momento después estaba igualmente seguro de que *no* era él. Speedy no tenía los hombros cuadrados ni el pecho corpulento; sus hombros eran redondeados, un poco echados hacia delante y en consecuencia el pecho parecía algo hundido. Mississippi John Hurt, no Ray Charles.

Pero podría saber con seguridad si es o no él si se quitara las gafas.

Abrió la boca para pronunciar el nombre de Speedy en voz alta y de improviso el viejo empezó a tocar con sus dedos arrugados, oscuros como la madera de nogal fielmente engrasada pero nunca pulida, que se movían con agilidad y gracia tanto en las cuerdas como en los trastes. Tocaba bien, puntuando la melodía. Y al cabo de un momento, Jack la reconoció; figuraba en uno de los discos más viejos de su padre. Un álbum de la Vanguard llamado

Mississippi John Hurt Today. Y aunque el ciego no cantaba, Jack conocía la letra:

Oh, amigos bondadosos, decidme,
¿no es duro Ver al viejo Lewis en un nuevo cementerio?
Los ángeles se lo han llevado…

El futbolista rubio y sus tres princesas salieron por la puerta principal de las galerías. Cada una de las princesas tenía un helado de cucurucho. Mister América llevaba un perro caliente con chile en cada mano. Caminaron hacia donde estaba Jack; éste, con toda su atención centrada en el viejo negro, ni siquiera se había fijado en ellos. Le obsesionaba la idea de que era Speedy y que de alguna manera Speedy había adivinado sus pensamientos. ¿Cómo, si no, podía ocurrírsele a este hombre tocar una composición de Mississippi John Hurt justo cuando Jack estaba pensando que Speedy se parecía a él? ¿Y, además, una canción que contenía su propio nombre de viaje?

El futbolista rubio trasladó ambos perros calientes a su mano izquierda y dio una palmada a Jack en la espalda con toda su fuerza. Los dientes de Jack se cerraron sobre su lengua como una trampa para osos. El dolor fue repentino e intenso.

—No la agites demasiado, aliento de orina —dijo. Las princesas emitieron risitas y gritos.

Jack tropezó y volcó la taza del ciego. Las monedas se derramaron y rodaron por el suelo. La suave melodía del *blues* se interrumpió con un sonido discordante.

Mister América y las tres princesitas ya se alejaban. Jack los siguió con la mirada, sintiendo el ya familiar odio impotente. Así se sentía uno cuando estaba solo y era lo bastante joven para estar a merced de todos y ser una víctima fácil para cualquiera, desde un psicópata como Osmond hasta un viejo luterano sin sentido del humor como Elbert Palamountain, cuya idea de una jornada de trabajo normal era chapotear por campos fangosos durante doce horas bajo una fría y persistente lluvia de octubre y sentarse en la cabina de su segadora a la hora del almuerzo, comiendo bocadillos de cebolla y leyendo el *Libro de Job.*

Jack no sentía el impulso de «vengarse», aunque tenía el extraño

convencimiento de que podía hacerlo, si quería, de que poseía una especie de poder, casi como una carga eléctrica. A veces le parecía que los demás también lo sabían y que podía leerse en su expresión cuando le miraban, pero él no *quería* vengarse, sólo quería que le dejaran en paz. Él…

El ciego palpaba a su alrededor, buscando las monedas, pasando las manos hinchadas por la acera, casi como si la leyese. Encontró por casualidad una moneda de diez centavos, enderezó la taza y dejó caer en ella la moneda. *¡Plink!*

Jack oyó a una de las princesas decir desde lejos:

—¿Por qué le permiten estar allí? Es tan *vulgar*, ¿no creéis?. Y todavía desde más lejos:

—¡Oh, sí, es cierto!

Jack se arrodilló y empezó a ayudar, recogiendo las monedas y poniéndolas en la taza del hombre ciego. Ahora, tan cerca de él, podía oler a sudor agrio, a moho y a otra cosa de olor suave como el maíz. Los clientes bien vestidos de las galerías evitaban acercarse a ellos.

—Grasia, grasia. Dio te bendiga, grasia —dijo el ciego con voz monótona. Jack notó que el aliento le olía a chile.

Es Speedy.*No* es Speedy.

Al final, le obligó a hablar —lo cual no era tan extraño— el recuerdo del escaso zumo mágico que le quedaba. Después de lo sucedido en Angola, no sabía si se atrevería alguna vez a viajar de nuevo a los Territorios, pero seguía resuelto a salvar la vida de su madre y esto significaba que tal vez debería hacerlo.

Y, fuera lo que fuese el Talismán, quizá tendría que saltar al otro mundo para obtenerlo.

—Speedy…

—Bendito sea, grasia, Dio te bendiga, ¿no he oído una roda para allá? —preguntó, señalando.

—*¡Speedy!* ¡Soy Jack!

—No hay ningún Speedy aquí, mushasho. No, *señó.* —Sus manos empezaron a palpar el suelo en la dirección que había indicado. Una de ellas encontró una moneda de cinco centavos y la echó en la taza. La otra tocó por casualidad el zapato de una joven muy elegante, cuya cara bonita y vacía se contrajo en una mueca de repugnancia mientras se apartaba.

Jack recogió la última moneda del arroyo, que era un dólar de plata: una vieja rueda de carreta con la Dama Libertad en una cara.

Las lágrimas empezaron a fluir de sus ojos y a rodar por su cara sucia y las secó con un brazo tembloroso. Lloraba por Thielke, Wild, Hagen, Davey y Heidel. Por su madre. Por Laura DeLoessian. Por el hijo del carretero que yacía muerto en el camino con los bolsillos vueltos del revés. Quizá era un camino de ilusión cuando se recorría en un Cadillac, pero cuando se hacía autostop, confiando en el pulgar y en una historia demasiado repetida, cuando se estaba a merced de cualquiera y expuesto a las burlas de cualquiera, no era más que un camino de tribulaciones. Jack pensaba que ya había pasado por bastantes pruebas… pero no solucionaba nada llorando. Si se limitaba a llorar, el cáncer se llevaría a su madre y quizá tío Morgan se lo llevaría a *él*.

—No me veo capaz de hacerlo, Speedy —gimió—. No creo que pueda, amigo.

Ahora el ciego buscó a tientas a Jack, en lugar de las monedas. Sus dedos suaves y sensibles encontraron su brazo y lo apretaron. Jack sintió la yema encallecida de cada dedo. El viejo abrazó a Jack, atrayéndolo hacia sí, a los olores de sudor, calor y chile rancio. Jack hundió la cara contra el pecho de Speedy.

—Calma, mushasho. No conosco a Speedy, pero se ve que tú confía mustio en él. Tú…

—Echo de menos a mamá, Speedy —lloró Jack— y Sloat me persigue. Era él quien me ha hablado por teléfono en las galerías, *él.* Y esto no es lo peor. Lo peor ocurrió en Angola… en Rainbird Towers… un terremoto… cinco hombres… y yo *lo hice, Speedy. Maté a esos hombres cuando salté a este mundo. ¡Los maté, igual que papá y Morgan Sloat mataron a Jerry Bledsoe aquel día!*

Ya lo había dicho, lo peor de todo. Había vomitado la piedra de culpa que le obstruía la garganta y amenazaba con asfixiarle, y de nuevo prorrumpió en un llanto desgarrador… pero esta vez era de alivio más que de miedo. Ya lo había dicho, ya había confesado. Era un asesino.

—¡Vamoo, vaaamoo! —exclamó el negro, en un tono que se antojaba perversamente gozoso. Sostenía a Jack con un brazo delgado y fuerte y le mecía —. Tú intenta lleva un peso muy pesao, mushasho. No pué sé. Tal ves tendría

que descargarte un poco.

—Los maté —susurró Jack—, a Thielke, Wild, Hagen, Davey…

—Bueno, si tu amigo Speedy etuviera aquí —dijo el negro—, sea quien sea y dondequiera que eté en ete viejo mundo, quisa te diría que no pué lleva el mundo sobre tu hombro, hijo. No pué haserlo, nadie puede. Si intenta lleva el mundo sobre tu hombro, primero te romperá la *epalda y* depué té romperá el *ánimo.*

—Yo maté…

—Pusite una pitóla contra su cabesa y lo mataste, ¿eso hisiste?

—No… el terremoto… salté…

—No sé na de eso —dijo el negro. Jack se había apartado un poco de él y miraba fijamente el arrugado rostro del viejo con asombro y curiosidad, pero entonces el negro volvió la cabeza hacia el aparcamiento. Si de verdad era ciego, había distinguido entre todos los demás el ruido más suave y un poco más potente del motor del coche patrulla, porque parecía mirarlo directamente—. No má sé que tiés una idea muy amplia del asesinato. Si un tipo cae muerto de un ataque al corasón ahora, aquí mismo, tú diría que lo ha matao tú. «¡Oh, mira, he asesinao a ese tipo porque estaba sentao aquí, oh, qué horró, *oh, qué mala suerte, o esto, o aquello*!». —Mientras decía *esto y aquello,* el ciego lo subrayaba con un rápido cambio del do al sol y otra vez al do. Rió, satisfecho de sí mismo.

—Speedy…

—No hay ningún Speedy aquí —repitió el negro y enseñó unos dientes amarillos en una sonrisa torcida— si no é la rapidés[3] con que alguna persona se da la culpa de cosa que otro han empesao. Quisa huye, mushasho, o quisa te *persiguen.*

Un acorde en sol.

—Quisa está sólo un poquito desorientao. Acorde en do, con un pequeño y excelente sostenido en la mitad que hizo sonreír a Jack a pesar de sí mismo.

—Quisa alguien ha intervenío en tu *caso.*

Volvió de nuevo al sol y entonces apartó la guitarra (mientras los dos policías del coche patrulla echaban una moneda al aire para decidir cuál de los dos tendría que tocar al Viejo Bola de Nieve si se resistía a subir al vehículo).

—Quisa un horró o quisa la mala suerte o quisa *esto* o quisa *aquello.*… —Se rió otra vez, como si los temores de Jack fuesen lo más divertido que había oído

en su vida.

—Pero no sé qué ocurriría si yo…

—Nadie sabe nunca qué ocurriría si hisiera algo, ¿no? —interrumpió el negro que podía ser o no ser Speedy Parker—. No. No lo sabe nadie. Si lo pensáramo, no quedaríamo en casa tó el dia, ¡temeroso de salí! No conosco tu problema, mushasho, ni quiero conoserlo. Sería una locura habla de terremoto y cosa así. Pero como me has ayudao a recoge el dinero y no has robao na, conté todos los *plinks,* de modo que lo sé, te daré un consejo. Hay cosa que no pues evita. A veses la gente se muere porque alguien hase algo… pero si nadie hisiera na, se moriría musha má gente. ¿Comprende lo que quiero desí, hijo?

Las gafas sucias se inclinaron hacia él.

Jack sintió un alivio profundo y trémulo. Lo comprendía muy bien. El ciego hablaba de las opciones difíciles y sugería que tal *ve?,* existía una diferencia entre una opción difícil y un acto criminal. Y que quizá el criminal no se encontraba aquí.

El criminal podía ser el individuo que cinco minutos antes le había dicho que se fuera a su casa.

—Hasta podría sé —observó el ciego, pulsando una cuerda en re menor— que toda la cosa sirvieran al Señó, como me desía mi madre y quisa te dijo la tuya si era una mujé cristiana. Podría sé que nosotro pensemos haser una cosa y en realidad hagamo otra. El Buen Libro dise que toda la cosa, hasta la que paresen mala, sirven al Señó. ¿Qué opinas tú, mushasho?

—No lo se —contestó Jack, fiel a la verdad. Estaba confundido. Sólo tenía que cerrar los ojos para ver el teléfono desprendiéndose de la pared y colgando de los cables como un títere fantasmagórico.

—Bueno, *huele* como si la duda te empujara a la bebida.

—¿Qué? —preguntó Jack, atónito. Entonces pensó: *Creí que Speedy se pareció, a Mississippi John Hurt y este tipo se ha puesto a tocar blues de John Hurt… y ahora habla del zumo mágico. Va con cuidado, pero juraría que habla de esto… ¡tiene que ser esto!*

—Sabes leer los pensamientos —dijo Jack en voz alta—, ¿verdad? ¿Lo aprendiste en los Territorios, Speedy?

—No sé na sobre lee lo pensamiento —replicó el ciego—, pero mi lámpara se apagaron hará cuarenta y do año en noviembre, y en cuarenta y do año la naris

y la oreja se encargan de sustituirla. Huele a vino barato, hijo, puedo olerlo en *toa tu persona.* ¡Hasta párese que te ha bañao en él!

Jack sintió una culpabilidad extraña y difusa, la que sentía siempre que le acusaban de hacer algo malo cuando en realidad era inocente; por lo menos, inocente en la mayoría de los casos. Sólo había tocado la botella casi vacía desde que había saltado a este mundo. Sólo tocarla le llenaba de temor; había llegado a pensar en ella como un campesino europeo del siglo XIV debía pensar en una astilla de la Cruz Única y Verdadera o un hueso santo. Era magia, sin duda. Una magia *poderosa.* Y a veces mataba a la gente.

—No he bebido, de verdad —balbució por fin—. El contenido casi se ha acabado. Se… yo, ¡bueno, si ni siquiera me *gusta*\ —El estómago había empezado a encogérsele nerviosamente; sólo pensar en el zumo mágico le daba náuseas—. Pero necesito un poco más. Por si acaso.

—¿Má mejunje morao? ¿Un shico de tu edá? —El ciego rió e hizo un ademán de rechazo con una mano—. Diablo, no nesesita *eso.* Ningún mushasho nesesita ese veneno para viaja.

—Pero…

—Vamo. Te cantaré una cansión para animarte. Me párese que te hase falta.

Empezó a cantar y su voz era muy distinta de cuando hablaba, profunda, potente y armoniosa, sin las cadencias propias del lenguaje de los negros. Jack pensó con admiración que era casi la voz entrenada y cultivada de un cantante de ópera que ahora se divertía con una pieza de música popular. Una voz llena y rica que le erizó los pelos de los brazos. Muchas cabezas se volvían en la acera de la monótona fachada ocre de las galerías.

«Cuando el petirrojo se mece, se mece VOLANDO, no hay más sollozos al oír la dulzura con que vibra, vibra, CANTANDO…»

A Jack le invadió una dulce y terrible familiaridad, la sensación de que había oído esto antes, o algo muy parecido, y cuando el ciego hizo una pausa, esbozando su sonrisa torcida y amarilla, Jack comprendió de dónde procedía, supo qué era lo que había hecho volver todas aquellas cabezas, como se hubieran vuelto de haber visto a un unicornio galopando por el aparcamiento de las galerías. En la voz del hombre había una claridad hermosa y diferente, la claridad, por ejemplo, de un aire tan puro que se podía oler un rábano recién arrancado de la tierra a un kilómetro de distancia. Era una buena y vieja canción

del Tin Pan Alley… pero la voz sólo podía ser de los Territorios.

«Levántate… levántate, dormilón… salta, salta, salta del colchón… vive, ama, ríe y sé fe…»

Tanto la guitarra como la voz enmudecieron bruscamente. Jack, que estaba absorto en la contemplación del rostro del ciego (quizá intentando en su subconsciente penetrar a través de aquellas gafas oscuras y ver si detrás de ellas se ocultaban los ojos de Speedy Parker), amplió su ángulo de visión y vio a dos policías al lado del negro.

—Sabe, no oigo na —dijo con timidez el guitarrista ciego—, pero creo que *huelo* a algo azul.

—¡Maldita sea. Bola de Nieve, sabes que no debes trabajar en las galerías! —exclamó uno de los agentes—. ¿Qué te dijo el juez Hallas la última vez que estuviste ante el tribunal? En el barrio comercial, entre Center Street y Mural Street. Y en ningún otro lugar. ¡Maldita sea, hombre! ¿Tan senil te has vuelto? ¿Se te ha podrido la verga desde que tu mujer te la vapuleó antes de largarse? Ya está bien, no compren…

Su compañero le puso una mano en el brazo y señaló a Jack con la cabeza como diciendo que había moros en la costa.

—Ve a decir a tu madre que cuide de ti, chico —ordenó en tono brusco el primer policía.

Jack empezó a andar por la acera. No podía quedarse. Incluso aunque pudiera hacer algo, no podía quedarse. Tenía suerte de que los agentes dedicaran toda su atención al hombre a quien llamaban Bola de Nieve. Si le hubiesen mirado dos veces, Jack estaba seguro de que le habrían pedido la documentación. Con zapatillas nuevas o sin ellas, el resto de su persona se veía usado y raído. Los polis no tardan en husmear a los chicos vagabundos y Jack era un chico vagabundo con todas las de la ley.

Se imaginó a sí mismo en chirona en Zanesville mientras los polis de la localidad, apuestos y excelentes muchachos de azul que escuchaban a Paul Harvey todos los días y apoyaban al presidente Reagan, intentaban averiguar quién era su madre.

No, no quería que los polis de Zanesville le echaran una segunda ojeada.

Un motor se acercaba a marcha lenta a sus espaldas.

Jack se subió un poco más la mochila y miró hacia sus zapatillas nuevas

como si le interesaran muchísimo. Por el rabillo del ojo vio pasar muy despacio el coche patrulla.

El ciego iba en el asiento posterior y el cuello de su guitarra sobresalía a su lado.

Cuando el coche torció hacia una calle transversal, el ciego volvió de repente la cabeza y miró por la ventanilla trasera, directamente a Jack…

… y aunque Jack no podía verle a través de los sucios y oscuros cristales de sus gafas, sabía muy bien que Lester «Speedy» Parker le había guiñado un ojo.

2

Jack logró frenar todo pensamiento ulterior hasta que llegó a las rampas que conducían a la barrera del peaje. Se quedó mirando los letreros, que parecían lo único concreto en un mundo

(¿o mundos?)

donde todo lo demás era un torbellino enloquecedor. Se sintió rodeado de una depresión oscura que le penetraba, intentando destruir su determinación. Reconocía que la nostalgia del hogar formaba parte de esta depresión, aunque su antiguo afloramiento parecía ingenuo e infantil en comparación con el sentimiento actual. Tenía la impresión de ir totalmente a la deriva, sin ningún apoyo lo bastante firme para sujetarse.

De pie bajo los letreros, contemplando el tráfico del puesto de peaje, Jack se dio cuenta de que se hallaba en un estado casi suicida. Durante cierto tiempo había podido seguir adelante con la idea de que pronto vería a Richard Sloat (y aunque no quería confesárselo a sí mismo, la idea de que Richard se dirigiera con él al oeste había cruzado más de una vez su mente; después de todo no sería la primera vez que un Sawyer y un Sloat emprendían juntos extraños viajes, ¿verdad?), pero el duro trabajo en la granja Palamountain y los peculiares sucesos del Buckeye Mall habían convertido incluso aquello en una ilusión absurda.

Vete a casa. Jacky, estás vencido —murmuró una voz—. *Si continúas, acabarás perdiendo lo que te. resta de ánimo… y la próxima vez pueden ser*

cincuenta los que mueran. O quinientos.

N-70 Este.

N-70 Oeste.

De improviso rebuscó la moneda en el bolsillo, la moneda que en este mundo era un dólar de plata. Que los dioses, cualesquiera que fuesen, decidieran este asunto de una vez por todas. El estaba demasiado abatido para decidir por sí mismo. Aún le dolía la espalda en el punto donde mister América le había dado una palmada. Si salía cruz, bajaría por la rampa que se dirigía al este y volvería a su casa. Si salía cara, seguiría adelante… y no volvería a mirar atrás.

Plantado sobre e¡ blando polvo del arcén, lanzó la moneda al aire fresco de octubre. La moneda se elevó y bajó dando vueltas, desparramando reflejos de sol. Jack estiró el cuello para seguir su curso.

Una familia que pasaba en una vieja camioneta paró de discutir el tiempo suficiente para observarle con curiosidad. El conductor, un contable de calva incipiente que a veces se despertaba a media noche creyendo sentir punzadas en el pecho y en el brazo izquierdo, tuvo una repentina y absurda serie de ideas: Aventura. Peligro. Persecución de un noble objetivo. Sueños de temor y de gloria. Agitó la cabeza, como para aclararla, y miró al chico por el espejo retrovisor justo cuando éste se inclinaba para ver algo. *Dios mío* —pensó el contable de calva incipiente—. *Sácatelo de la cabeza, Larry; pareces un maldito libro de aventuras juveniles.*

Larry se introdujo en el tráfico como una exhalación, rebasando pronto los cien kilómetros por hora y olvidando al chico de los vaqueros sucios, solo en el arcén. Si llegaba a casa a las tres, aún tendría tiempo de ver por televisión la última pelea del campeonato de los pesos medios.

La moneda cayó al suelo, Jack se inclinó para verla. Era cara…pero había algo más.

La mujer de la moneda no era la Dama Libertad, sino Laura

DeLoessian, Reina de los Territorios. Pero Dios mío, ¡qué diferencia entre éste y el semblante pálido, quieto y dormido que viera unos instantes en el

pabellón, rodeado de enfermeras ansiosas tocadas con vaporosos velos blancos! Este rostro era animado consciente, anhelante y bello. No era una belleza clásica; a la línea de la mandíbula le faltaba rotundidad y el pómulo que se veía de perfil era un poco desdibujado. Su belleza residía en el regio porte de la cabeza, unido a la clara sensación de que era tan bondadosa como capaz.

Y ¡oh, se parecía tanto al rostro de su madre!

Los ojos de Jack se anegaron en lágrimas y pestañeó con fuerza, porque no quería dejarlas caer. Ya había llorado bastante por un día. Tenía la respuesta y no arreglaría nada llorando.

Cuando volvió a abrir los ojos. Laura DeLoessian había desaparecido; la mujer de la moneda era otra vez la Dama Libertad.

De todos modos, ya tenía la respuesta.

Se agachó, recogió la moneda del polvo, se la guardó en el bolsillo y bajó por la rampa de la Interestatal 70 en dirección oeste.

3

Al día siguiente el aire dejaba un sabor de lluvia fría y la frontera de Ohio e Indiana no era desde aquí mucho más que una raya y

una promesa.

«Aquí» era un soto más allá del área de descanso de Lewisburg en la I-70. Jack estaba escondido —o así lo creía— entre los árboles, esperando pacientemente a que el corpulento hombre calvo de la voz corpulenta y calva subiera de nuevo a su Chevy Nova y saliera a la carretera. Deseaba que lo hiciera pronto, antes de que empezase a llover. Ya sentía bastante frío sin estar mojado; durante toda la mañana había tenido la nariz obstruida y la voz tomada. Al final había acabado resfriándose.

El hombre corpulento y calvo de voz corpulenta y calva había dicho llamarse Emory W. Light. Había recogido a Jack alrededor de las once, al norte de Dayton y casi en seguida Jack sintió un vacío extraño en la boca del estómago. Ya había sido recogido otras veces por Emory W. Light. En Vermont, Light dijo llamarse Tom Ferguson y ser director de una zapatería; en Pennsylvania el alias había sido

Bob Darrent («casi como el tipo que cantaba *Splish-Splash*, ja-ja-ja») y el empleo, superintendente de una Escuela Superior de Distrito; esta vez Light dijo que era presidente del Primer Banco Mercantil de Paradise Falls, Ohio. Ferguson era delgado y moreno, Darrent grueso y sonrosado como un bebé recién salido del baño y este Emory W. Light era corpulento y Parecido a una lechuza, con ojos como huevos duros detrás de las gafas sin montura.

Sin embargo, todas estas diferencias eran sólo superficiales, según había descubierto Jack. Todos escuchaban la historia con el mismo interés estupefacto y todos le preguntaban si tenía novias en su ciudad. Tarde o temprano sentía una mano (una gran mano calva) sobre su muslo y cuando miraba a Ferguson/Darrent/ Light veía en sus ojos una expresión de esperanza semidemencial (mezclada con un semidemencial sentido de culpa) y el labio superior perlado de sudor (en el caso de Darrent, el sudor había brillado a través de un bigote oscuro, como ojos blancos diminutos atisbando desde un matorral poco tupido).

Ferguson le había preguntado si le gustaría ganar diez dólares.

Darrent había elevado esta cantidad a veinte.

Light, con su voz calva y corpulenta —que a pesar de ello tembló y se entrecortó a lo largo de varios registros— le preguntó si le irían bien cincuenta dólares, añadiendo que siempre ocultaba un billete de cincuenta dólares en el tacón del zapato izquierdo y que le encantaría dárselo al señorito Lewis Parren. Podían ir a un lugar próximo a Randolph. Un granero vacío.

Jack no estableció ninguna relación entre las crecientes ofertas monetarias de Light en sus diversas encarnaciones y algún cambio que pudiera producirse en él mismo en el curso de sus aventuras; no era introspectivo por naturaleza y le interesaba poco el autoanálisis.

Había aprendido muy pronto a tratar a tipos como Emory W. Light. Su primera experiencia con Light, cuando éste se llamaba Tom Ferguson, le había enseñado que la discreción era con mucho la mejor parte del valor. Cuando Ferguson le puso una mano en el muslo, Jack respondió automáticamente, gracias a una sensibilidad propia de California, donde los gays eran una mera parte del escenario:

—No, gracias, señor. Soy estrictamente C.A.[4]. Le habían tocado antes, desde luego, en cines, casi siempre, aunque una vez fue en una tienda de ropa

masculina al norte de Hollywood, donde el dependiente le había ofrecido en tono alegre sodomizarlo en un probador (y cuando Jack le dijo: «No, gracias», el dependiente contestó: «Bien, entonces pruébate el *blazer* azul, ¿de acuerdo?»).

Había cosas desagradables que un muchacho guapo de doce años tenía que aprender a soportar en Los Angeles, del mismo modo que una mujer bonita ha de soportar que la manoseen de vez en cuando en el metro. Uno acaba por encontrar el modo de olvidarlo para que no le estropee todo el día. Las proposiciones como la que le hizo el tal Ferguson representaban un problema menor que los ataques repentinos en la oscuridad porque podían soslayarse.

Por lo menos en California. Al parecer, los gays del este —especialmente en la carretera— reaccionaban de otro modo a las negativas.

Ferguson se detuvo con gran chirrido de neumáticos, dejando cuarenta metros de caucho detrás del Pontiac y lanzando al aire surtidores de polvo.

—¿A quién llamas C.C.?[5] —gritó—. ¿A quién llamas *marica?* ¡No soy un *marica*! ¡Dios mío! ¡Recoges en el coche a un maldito chico y te llama maldito marica!

Jack le miraba, aturdido. El frenazo le cogió desprevenido y se dio un buen golpe en la cabeza contra el salpicadero acolchado. Ferguson, que un momento antes le miraba con tiernos ojos castaños, ahora parecía dispuesto a matarle.

—*¡Fuera!* —chilló—. *¡Tú eres el marica, no yo! ¡Tú sí que eres marica! ¡Apéate, mariquita! ¡Largo de aquí! ¡Tengo esposa! ¡Tengo niños! ¡Es probable que tenga bastardos diseminados por toda Nueva Inglaterra! ¡Yo no soy marica! Tú eres el marica, no yo, así que APÉATE DE MI COCHE!*

Más asustado de lo que se había sentido desde su encuentro con Osmond, Jack obedeció. Ferguson salió disparado, rociándole de grava, hecho una furia. Jack retrocedió hasta una pared de roca, se sentó y empezó a reír por lo bajo. Pronto la risa se convirtió en grandes carcajadas y decidió inmediatamente desarrollar una *política*, por lo menos hasta que saliera de las regiones poco pobladas. «Cualquier problema serio exige una *política*», había dicho una vez su padre. Morgan había asentido con energía, pero Jack decidió que esto no le haría cambiar de idea.

Su *política* funcionó muy bien con Bob Darrent y no tenía ningún motivo para creer que no funcionaría igualmente bien con Emory Light… pero ahora tenía frío y la nariz tapada. Deseaba que Light se decidiese y reemprendiera el

viaje de una vez. Desde su puesto entre los árboles, le veía andar arriba y abajo con las manos en los bolsillos; su gran calva brillaba tenuemente bajo la luz del cielo blanco. Voluminosos camiones pasaban por el peaje con gran estruendo, llenando el aire del hedor del diesel quemado. El bosque estaba muy sucio, como solían estarlo los bosques próximos a cualquier área de descanso de la carretera. Bolsas vacías y arrugadas. Grandes cajas de cartón. Latas aplastadas de Pepsi y Budweiser con el abridor de hojalata en el interior, que tintineaba cuando se les daba un puntapié. Botellas rotas de bourbon y ginebra. Un par de destrozadas bragas de nailon, con una compresa adherida al centro. Un preservativo de goma colgando de una rama partida. Mucho erotismo diseminado y muchas inscripciones en las paredes del lavabo de hombres, casi todas relacionadas con lo que un sujeto como Emory W. Light podría haber escrito: ME GUSTA CHUPAR UNA POLLA GORDA. VEN A LAS 4 PARA LA MEJOR MAMADA QUE HAS CONOCIDO. LÁMEME EL CULO. Hasta había un poeta con grandes aspiraciones: QUE TODA LA RAZA HUMANA / SE LA PELE ANTE MI CARA. *Añoro los Territorios,* pensó Jack y no se sorprendió nada de este pensamiento. Aquí se hallaba entre dos edificios de ladrillo junto a la I-70 en alguna parte de Ohio occidental, temblando dentro de un tosco suéter que había comprado en unas rebajas por un dólar y medio, esperando que aquel hombre corpulento y calvo le llevara en su coche.

La *política* de Jack era la sencillez misma: no provoques el antagonismo de un hombre de manos grandes y calvas y voz calva y corpulenta.

Suspiró, aliviado. Ya empezaba a funcionar. Una expresión mitad de ira, mitad de asco podía leerse en la cara grande y calva de Emory W. Light, que volvió a su coche, subió a él, dio marcha atrás a tal velocidad que casi chocó con el camión de reparto que pasaba detrás de él (hubo una breve serie de bocinazos y el pasajero del camión enseñó el dedo a Emory W. Light) y salió.

Ahora sólo era cuestión de situarse en la rampa donde el tráfico del área de descanso se unía con el del peaje y sacar el pulgar… y, esperaba, ser recogido antes de que empezara a llover.

Jack echó otra mirada a su alrededor. *Feo, mísero.* Estas palabras acudieron a su mente con toda naturalidad al contemplar el entorno lleno de basura del área de descanso. Se le ocurrió que había una sensación de muerte aquí, no sólo en este área o las carreteras interestatales, sino en toda la región por la que había viajado. Jack pensó que a veces incluso podía verla, un matiz desesperado de

tono marrón oscuro, como los gases de escape de un viejo camión.

La nueva añoranza volvió… el deseo de ir a los Territorios y ver aquel cielo azul oscuro, la ligera curva en el borde del horizonte…

Pero se producen esos cambios de Jerry Bledsoe. No sé na de eso… Sólo sé que párese tené una idea muy amplia del asesinato…

Mientras bajaba al área de descanso —ahora sí que tenía necesidad de orinar —, Jack estornudó tres veces seguidas. Tragó e hizo una mueca porque le dolía la garganta. Estaría enfermo, seguro. Qué bien, ni siquiera había llegado a Indiana, la temperatura era de doce grados, se avecinaba lluvia, no le recogía nadie y ahora se res…

Dejó de pensar, bruscamente, y se quedó mirando la zona de aparcamiento con la boca abierta. Durante un momento terrible le pareció que iba a mojarse los pantalones mientras sentía una gran rigidez bajo el esternón.

En uno de los veinte espacios para aparcar en batería estaba el BMW de tío Morgan, con la carrocería verde sucia por el polvo de la carretera. No había posibilidad de error, ninguna en absoluto. Tenía la matrícula personal de California, MLS, Morgan Luther Sloat, y parecía haber recorrido una gran distancia a gran velocidad.

Peso si ha volado a New Hampshire, ¿cómo puede estar aquí su coche? —se preguntó Jack para sus adentros—. *Es una coincidencia, Jack, sólo una…*

Entonces vio al hombre de espaldas a él, ante un teléfono público, y supo que no era una coincidencia. Llevaba un voluminoso anorak del ejército, forrado de piel, una prenda más apropiada para diez grados bajo cero que para doce sobre cero. Aunque estuviera de espaldas, no había modo de confundir sus hombros anchos y su constitución maciza, grande y elástica.

El hombre que estaba ante el teléfono dio media vuelta, apoyando el auricular entre la oreja y el hombro.

Jack se aplanó contra la pared de ladrillo del lavabo de hombres.

¿Me habrá visto?

No —se contestó a sí mismo—, *no, no lo creo. Pero…* Pero el capitán Parren había dicho que Morgan —aquel otro Morgan— le olería como un gato huele a una rata y así había sido. Desde su escondite en aquel bosque peligroso, Jack había visto cambiar la horrible cara blanca en la ventanilla de la diligencia.

Este Morgan también le olería, si le daba tiempo.

Unos pasos se acercaban a la esquina.

Con la cara insensible y contraída por el miedo, Jack intentó quitarse la mochila con dedos torpes y una vez lo hubo conseguido, la dejó caer, sabiendo que era demasiado tarde, demasiado lento, que Morgan doblaría la esquina y le agarraría por el cuello, sonriendo:

¡Hola, Jacky! ¡Ya te tengo! El juego ha terminado, ¿verdad,pequeño granuja?

Un hombre alto que vestía una chaqueta de pata de gallo dobló la esquina del lavabo, dedicó a Jack una mirada indiferente y se dirigió al surtidor de agua.

Volvería. Tenía que volver. No se sentía culpable, al menos ahora no; sólo aquel terrible miedo de estar acorralado, junto con sensaciones de alivio y placer. Abrió la mochila con manos temblorosas. Aquí estaba la botella de Speedy, con sólo tres centímetros de líquido morado

(ningún mushasho nesesita ese veneno para viaja pero ¡yo sí, Speedy, yo si!)

oscilando en el fondo. No importaba. Tenía que volver. Su corazón saltó al pensarlo. Una gran sonrisa festiva iluminó su rostro, desmintiendo el día gris y el temor de su corazón. *Volvía, oh, si, claro que sí.*

Se acercaban más pasos y esta vez era tío Morgan, no cabía la menor duda sobre aquel paso resuelto y en cierto modo, remilgado. Pero el miedo había desaparecido. Tío Morgan había olfateado algo, pero cuando doblara la esquina sólo vería las bolsas vacías y arrugadas y las latas aplastadas de cerveza.

Jack inspiró, inspiró el grasiento hedor de los gases de diesel y gasolina y el frío aire otoñal. Inclinó la botella sobre sus labios y tomó uno de los dos tragos que quedaban. E incluso con los ojos cerrados, bizqueó cuando…

Capítulo 16

LOBO

1

…la potente luz del sol cayó sobre ellos.

A través del nauseabundo olor dulzón del zumo mágico, pudo oler otra cosa… el cálido aroma de unos animales. También pudo oírlos moverse a su alrededor.

Asustado, Jack abrió los ojos, pero al principio no le fue posible ver nada… La diferencia de luz fue tan brusca y repentina como si alguien hubiera encendido un racimo de bombillas de doscientos vatios en una habitación oscura.

Un flanco cálido, cubierto de pelaje, le rozó, no de modo amenazador (o así lo creyó Jack), sino a causa de un movimiento precipitado. Jack, que se estaba levantando del suelo, volvió a caerse.

—*¡Vamos! ¡Vamos! ¡Apartaos de él! ¡Inmediatamente!* —Una fuerte y rotunda palmada, seguida de un sonido animal que era medio balido y medio mugido—. *¡Por los clavos de Cristo! ¡No tenéis sentido común! ¡Apartaos de él antes de que os arranque los ojos a mordiscos!*

Ahora su visión se había adaptado lo suficiente a la diafanidad de esté casi perfecto día otoñal de los Territorios para distinguir a un joven gigante en medio de un rebaño de inquietos animales, dándoles palmadas en los costados y en los

algo jibosos lomos con gran entusiasmo y muy poca fuerza efectiva. Jack se sentó, encontró automáticamente la botella de Speedy, con su único y preciado trago, y la guardó, todo sin perder de vista al . muchacho, que estaba de espaldas a él.

Era muy alto —casi dos metros, calculó Jack— y de hombros tan amplios que aún parecía haber una ligera desproporción entre su anchura y su estatura. Una cabellera negra, larga y grasicnta le caía hasta los hombros. Sus músculos abultaban y se tensaban mientras se movía entre los animales, a los que apartaba de Jack y conducía hacia el Camino del Oeste.

Era una figura impresionante, incluso vista desde atrás, pero lo que asombraba a Jack era su vestimenta. Todas las personas que había visto en los Territorios (incluyéndose a sí mismo) llevaban túnicas, coletos o toscos pantalones cortos.

Este sujeto parecía llevar un mono con pechera.

Entonces se volvió y Jack sintió un gran sobresalto que le atenazó la garganta. Se levantó a toda prisa.

Era aquello llamado Elroy.

El pastor era aquello llamado Elroy.

2

Pero no, no lo era.

Es posible que Jack no se hubiese, quedado para comprobarlo y nada de lo ocurrido después —el cine, el cobertizo y el infierno del Hogar del Sol— habría tenido lugar (o por lo menos se habría producido de un modo completamente distinto), pero en cuanto se hubo levantado, el terror le inmovilizó. Era tan incapaz de correr como un ciervo deslumhrado por la antorcha de un cazador.

Mientras la figura del mono con pechera se iba acercando, pensó: *Eiroy no era tan alto, ni tan ancho. Y tenía los ojos amarillos.* Los ojos de este ser tenían un brillante e imposible tono anaranjado. Mirarlos era como mirar los ojos de una calabaza de la Víspera de Todos los Santos. Y así como la sonrisa de Eiroy prometía locura y asesinato, la sonrisa de este sujeto era abierta, alegre e

inofensiva.

Sus pies descalzos eran enormes y espatulados, los dedos formaban grupos de tres y de dos y apenas se veían bajo los rizos de cabello tieso. Jack, medio aturdido por la sorpresa, el temor y una incipiente diversión, se fijó en que no parecían pezuñas, como los de Eiroy, sino más bien garras o zarpas.

Mientras salvaba la distancia entre él y Jack, sus ojos brillaron con un destello aún más anaranjado que por un momento recordó el tono butano preferido por los cazadores y los hombres que desvían el tráfico con una bandera al inicio de unas obras. Luego el color cambió a un avellana turbio y entonces Jack vio que la sonrisa era perpleja a la vez que amistosa y comprendió instantáneamente dos cosas: primera, que no había malicia en este sujeto, ni una pizca de malicia, y segunda, que era lento. No tonto, quizá, pero sí lento.

—¡Lobo! —gritó el grande y peludo animal adolescente, sonriendo. Tenía la lengua larga y puntiaguda y Jack pensó con un escalofrío que era exactamente igual que un lobo. No una cabra, sino un lobo. Esperaba no equivocarse al juzgarle inofensivo. *Pero si me equivoco, por lo menos no tendré que preocuparme de cometer más errores, nunca más*—. ¡Lobo! ¡Lobo! —Alargó una mano y Jack vio que estaba cubierta de pelo igual que los pies, pero de un pelo más fino y más abundante, muy hermoso, en realidad. Era especialmente tupido en las palmas, donde tenía el color blanco de una mancha en la cabeza de un caballo.

/Dios *mío, creo que quiere estrecharme la mano!* Nervioso, pensando en tío Tommy, quien le había dicho que nunca debía negarse a estrechar una mano, ni siquiera la de su peor enemigo. («Lucha a muerte contra él después, si es preciso, pero antes estréchale la mano», le había dicho tío Tommy), Jack extendió la propia mano, preguntándose si iban a estrujársela… o tal vez comérsela.

—¡Lobo! ¡Lobo! ¡Estrechando una mano aquí y ahora! —exclamó entusiasmado el adolescente del mono con pechera—. ¡Aquí y ahora! ¡Bien por el bueno de Lobo! ¡Por Dios bendito! ¡Aquí y ahora! *¡Lobo!*

A pesar de esta efusividad, el apretón de Lobo fue bastante suave, amortiguado por la espesa capa de pelo tieso de la mano. *Un mono con pechera y un gran apretón de manos de un sujeto que parece un perro esquimal gigante y huele un poco a heno después de un fuerte chubasco* —pensó Jack—. *¿Qué más*

pasará? ¿Me invitará a visitar su iglesia este domingo?

—¡El bueno de Lobo, quién lo habría dicho! ¡El bueno de Lobo aquí y ahora! —Wolf cruzó los brazos sobre el enorme pecho y rió, encantado consigo mismo. Entonces agarró de nuevo la mano de Jack.

Esta vez se la agitó vigorosamente arriba y abajo. Jack pensó que ahora le tocaba a él decir algo; de lo contrario, este adolescente agradable, aunque un poco infeliz, podía seguir agitándole la mano hasta la puesta de sol.

—El bueno de Lobo —dijo. Parecía ser la frase preferida de su nuevo amigo.

Lobo rió como un niño y soltó la mano de Jack, lo cual representó cierto alivio. La mano no había sido estrujada ni comida, pero se sentía un poco mareada. Lobo tenía un apretón más rápido que un jugador de máquinas tragaperras en una racha de suerte.

—Eres forastero, ¿verdad? —preguntó Lobo, metiendo las peludas manos en los bolsillos del mono y hundiéndolas bien sin el menor asomo de timidez.

—Sí —asintió Jack, pensando en el significado que la palabra tenía aquí, un significado muy específico—. Sí, supongo que eso es lo que soy. Un forastero.

—¡Por Dios que tienes razón! ¡Lo huelo! ¡Aquí y ahora, ya lo creo que sí! ¡Hueles a forastero! No es un olor malo, claro que no, pero sí *curioso.* ¡Lobo! Ése soy yo. ¡Lobo! ¡Lobo! ¡Lobo! —Echó la cabeza hacia atrás y rió. El sonido terminó teniendo una desconcertante semejanza con un aullido.

—Jack —dijo Jack—, Jack Saw…

Nuevamente le agarraron la mano y se la estrecharon con abandono.

—Sawyer —terminó cuando se la soltaron. Sonrió, sintiéndose como si le hubieran golpeado con un gran bastón. Cinco minutos antes estaba acurrucado contra la fría pared de ladrillo de un lavabo en la I-70 y ahora se encontraba hablando con un adolescente que parecía más animal que hombre.

Y que le colgaran si su resfriado no había desaparecido por completo.

3

—¡Lobo conoce á Jack! ¡Jack conoce a Lobo! ¡Aquí y ahora! ¡Bien! ¡Magnífico! ¡Oh, Jason! ¡Vacas en el camino! ¿Verdad que son estúpidas?

¡Lobo! ¡Lobo!

Chillando, Lobo saltó por la colina hasta el camino, donde se encontraba la mitad de su rebaño, mirando a su alrededor con expresiones de apática sorpresa, como preguntándose dónde se había escondido la hierba. Jack vio que parecían realmente una mezcla de vacas y ovejas y trató de imaginar qué nombre tendría semejante raza híbrida. La primera que se le ocurrió fue *vaveja. He aquí a Lobo vigilando a su rebaño de vavejas. Oh, sí, aquí y ahora.*

El bastonazo volvió a caer sobre la cabeza de Jack. Se sentó y empezó a reír, con las manos cruzadas sobre la boca para ahogar los sonidos.

La vaveja más grande no mediría mucho más de un metro de altura. Su pelaje era lanudo, pero un tono turbio similar al de los ojos de Lobo; por lo menos, cuando no brillaban como linternas de la Víspera de Todos los Santos. Coronaban sus cabezas unos cuernos cortos y retorcidos que no parecían servir para nada. Lobo las sacó del camino y ellas le obedecieron sin ningún signo de temor. *Si una vaca o una oveja olieron, en mi lado del mundo a este sujeto* —pensó Jack—, *se matarían al intentar huir de él.*

Pero a Jack le gustaba Lobo, le había gustado a primera vista, del mismo modo que había temido y sentido antipatía por Elroy a primera vista. Y este contraste era especialmente apropiado, porque la comparación entre los dos resultaba inevitable. Sólo que Elroy se parecía a una cabra, mientras que Lobo se parecía… pues a eso, a un lobo.

Caminó despacio hacia donde Lobo había conducido a su rebaño. Recordó haber andado de puntillas por el maloliente pasillo del bar Oatley, en dirección a la salida de incendios, intuyendo la proximidad de Eiroy, que tal vez le olía como una vaca del otro lado olía sin duda a Lobo. Recordó las manos de Eiroy empezando a retorcerse y agrandarse, su cuello hinchándose y sus dientes convirtiéndose en colmillos ennegrecidos.

—¡Lobo!

Lobo se volvió y le miró, sonriente. Sus ojos brillaron con un resplandor anaranjado y durante un momento parecieron salvajes e inteligentes al mismo tiempo. Luego el resplandor se extinguió y quedó el mismo tono avellana, turbio y siempre perplejo.

—¿Eres… una especie de hombre lobo?

—Claro que sí —respondió Lobo, sonriendo—. Has dado en el clavo, Jack.

¡Lobo!

Jack se sentó en una roca y miró a Lobo con expresión pensativa. Pensaba que ya nada podría sorprenderle más, pero Lobo lo consiguió con gran soltura.

—¿Cómo está tu padre, Jack? —inquirió en el tono casual y distraído reservado para informarse sobre los parientes ajenos—. ¿Cómo le va a Phil últimamente? ¡Lobo!

4

A Jack se le ocurrió una asociación curiosamente adecuada: se sintió como si todo el viento hubiera sido barrido de su mente. Durante unos segundos permaneció vacía, como una estación de radio que sólo transmitiera una onda portadora, y entonces vio cambiar el rostro de Lobo. La expresión de felicidad y curiosidad infantil fue reemplazada por una de tristeza, y las ventanas de la nariz de Lobo empezaron a ondear con rapidez.

—Ha muerto, ¿verdad? ¡Lobo! Lo siento, Jack. ¡Que Dios me castigue! ¡Soy un estúpido! *¡Estúpido!* —Lobo se dio una fuerte palmada en la frente y esta vez sí que aulló, con un sonido que heló la sangre en las venas de Jack. El rebaño de vavejas movió las cabezas con inquietud.

—No te preocupes —dijo Jack. Oyó sus palabras más en los oídos que en la cabeza, como si hablara otra persona—. Pero… ¿cómo lo has sabido?

—Ha cambiado tu olor —contestó Lobo con sencillez—. He sabido que había muerto porque lo he olido en ti. ¡Pobre Phil! ¡Qué buena persona era! ¡Te lo digo aquí y ahora, Jack! ¡Tu padre era una buena persona! ¡Lobo!

—Sí —contestó Jack—, sí que lo era. Pero, ¿cómo le conociste? ¿Y cómo sabías que era mi padre?

Lobo miró a Jack como si hubiera hecho una pregunta tan simple que apenas necesitaba respuesta.

—Recuerdo su olor, naturalmente. Los lobos recordamos todos los olores. Tú hueles igual que él.

¡Crac! Volvió a sentir un golpe en la cabeza. Sintió el impulso de rodar por la hierba dura y elástica, sujetándose el estómago y riendo a carcajadas. La gente le

había dicho que tenía los ojos de su padre y la boca de su padre, incluso el don de su padre para hacer un dibujo rápido, pero jamás le había dicho nadie que olía como su padre. No obstante, suponía que la idea tenía cierta lógica insensata.

—¿Cómo le conociste? —repitió Jack. Lobo pareció desconcertado.

—Vino con el otro —respondió por fin—, el de Orris. Yo era pequeño. El otro era malo, nos robó a algunos de nosotros. Tu padre no lo sabía —se apresuró a añadir, como si Jack se hubiera enfadado—. ¡Lobo! ¡No! Tu padre, Phil, era bueno. El otro…

Lobo movió la cabeza con lentitud. En su rostro había una expresión aún más sencilla que su placer. Era el recuerdo de una pesadilla de la infancia.

—Malo —continuó—. Mi padre dice que se labró *una* posición en este mundo. Casi siempre estaba en su Gemelo, pero era de tu mundo. Nosotros sabíamos que era malo, lo olíamos, pero ¿quién escucha a los Lobos? Nadie. Tu padre sabía que era malo, pero no podía olerle tan bien como nosotros. Sabía que era malo, pero no hasta *qué punto.*

Y Lobo echó la cabeza hacia atrás y aulló otra vez, un largo y espeluznante aullido de tristeza que resonó contra el cielo azul oscuro.

Interludio

SLOAT EN ESTE MUNDO (II)

Del bolsillo de su voluminosa parka (la había comprado convencido de que al este de las Rocosas Norteamérica era un desierto helado a partir de] primero de octubre y ahora sudaba a mares), Morgan Sloat sacó una pequeña caja de acero. Bajo el cierre había diez botoncitos y un óvalo de cristal amarillo traslúcido de un centímetro de altura por cinco centímetros de longitud. Pulsó cuidadosamente varios botones con la uña del índice de la mano izquierda y una serie de números aparecieron unos instantes en la ventanilla. Sloat había comprado este artilugio, considerado como la caja de caudales más pequeña del mundo, en una tienda de Zurich. Según el vendedor, ni siquiera una semana en un horno crematorio destruiría la integridad de su acero al carbono. Ahora se abrió con un clic.

Sloat levantó las dos diminutas alas de terciopelo de joyero, descubriendo algo que poseía desde hacía más de veinte años, desde mucho antes de que hubiera nacido aquel odiado mocoso que le estaba causando todas estas molestias. Era una empañada llave de estaño y en un tiempo había servido para dar cuerda a un soldado mecánico de juguete. Sloat había visto el soldadito en el escaparate de una quincallería de la extraña localidad de Point Venuti, California, una pequeña ciudad por la que sentía un gran interés. Movido por un impulso demasiado fuerte para ser frenado (y en realidad ni siquiera deseó frenarlo; Morgan Sloat siempre consideró los impulsos una virtud), entró y pagó cinco dólares por el soldado abollado y polvoriento… y en cualquier caso, no era

el soldado lo que quería, sino la llave, que había llamado su atención y luego susurrado algo a su oído. Quitó esta llave de la espalda del soldado y se la guardó en el bolsillo en cuanto hubo salido de la quincallería. Luego tiró el soldado a una papelera que había frente a la librería del Planeta Peligroso.

Ahora Sloat, que estaba junto a su coche en el área de descanso de Lewisburg, sacó la llave y la contempló. Como la púa de Jack, la llave de estaño se transformaba en otra cosa en los Territorios. Una vez, al volver, la había dejado caer en el vestíbulo del antiguo edificio de oficinas. Y algo de la magia de los Territorios debía persistir en ella, porque aquel idiota de Jerry Bledsoe murió frito menos de media hora después. ¿La había recogido Jerry, o tal vez pisado? Sloat no lo sabía y no le importaba un bledo. Y tampoco le habría importado nada la suerte de Jerry —y considerando que el electricista había suscrito una póliza de seguros que especificaba una indemnización doble por muerte accidental (el superintendente del edificio, con quien Sloat compartía a veces una pipa de hachís, le había pasado esta pequeña información), Sloat imaginaba que Nita Bledsoe había hecho el gran negocio—, de no haberle puesto frenético la pérdida de la llave. Fue Phil Sawyer quien la encontró y se la devolvió con este único comentario:

—Aquí tienes, Morg. Es tu amuleto, ¿verdad? Debes tener un agujero en el bolsillo. La he encontrado en el vestíbulo después de que se llevaran al pobre Jerry.

Sí, en el vestíbulo. En el vestíbulo, donde todo olía como el motor de un Waring Blendor que hubiera corrido a toda velocidad durante nueve horas. En el vestíbulo, donde todo estaba ennegrecido, retorcido y fundido.

Excepto esta humilde llave de estaño.

La cual era, en el otro mundo, una rara especie de tubo luminoso y que Sloat colgó ahora de una fina cadena de plata alrededor de su cuello.

—Vengo a por ti, Jacky —dijo Sloat con una voz de inflexión casi tierna—. Ya es hora de poner un fin repentino a todo este ridículo asunto.

Capítulo 17

LOBO Y EL REBAÑO

1

Lobo habló de muchas cosas, levantándose de vez en cuando para espantar al ganado del camino y una vez para guiarlo hasta un río que se encontraba a media milla más al oeste. Cuando Jack le preguntó dónde vivía, Lobo se limitó a agitar vagamente la mano en dirección norte y decir que vivía con su familia. Cuando Jack le pidió que aclarara este extremo unos minutos mas tarde, Lobo pareció sorprendido y contestó que no tenía pareja ni hijos porque no quería entrar en lo que llamó la «gran luna trillada» hasta dentro de uno o dos años. La inocente lujuria de la sonrisa que iluminó su rostro dejó bien patente que la «gran luna trillada» le atraía.

—Pero has dicho que vivías con tu familia.

—¡Oh, la familia! ¡Ellos! ¡Lobo! —rió—. Claro. *¡Ellos!* Todos vivimos juntos. Tengo que cuidar del ganado, ¿sabes? De *su* ganado.

—¿De la Reina?

—Sí. Ojalá no se muera nunca. —Y Lobo hizo un saludo absurdo y conmovedor, inclinándose un momento hacia delante con la mano derecha en la frente.

Preguntas ulteriores aclararon más el asunto en la mente de Jack… por lo

menos, así lo creyó él. Lobo era soltero (aunque esta palabra no parecía adecuada). La familia era muy extensa… literalmente, toda la familia de los Lobos. Eran una raza nómada, pero de una lealtad a ultranza, que vagaba por las grandes regiones vacías al este de las Avanzadas pero al oeste de «Las Colonias», con lo cual Lobo parecía referirse a las ciudades y los pueblos del este.

Los Lobos eran en su mayoría trabajadores esforzados y cumplidores; su fuerza era legendaria y su valor, incuestionable. Algunos se habían ido a las colonias del este, donde servían a la Reina como guardias, soldados e incluso como miembros de la escolta. Sus vidas, según Lobo explicó a Jack, tenían sólo dos grandes devociones: la Señora y la familia. La mayoría de Lobos, añadió, servían a la Señora como él: guardando los rebaños.

Las vavejas constituían la principal fuente de carne, vestido, sebo y aceite para lámparas de los Territorios (Lobo no dijo esto a Jack, pero el muchacho lo dedujo de sus explicaciones). Todo el ganado pertenecía a la Reina y la familia de los Lobos lo guardaba desde tiempos inmemoriales. Era su trabajo. En esto Jack encontró una correspondencia extrañamente significativa con la relación existente entre el búfalo y los indios de las Llanuras americanas… por lo menos hasta que el hombre blanco había llegado a dichos territorios y alterado el equilibrio.

—Y he aquí que el león duerme con el cordero y el Lobo con las vavejas —murmuró Jack, sonriendo. Estaba tendido boca arriba con las manos cruzadas bajo la nuca, invadido de pronto por la más maravillosa sensación de paz y sosiego.

—¿Qué dices, Jack?

—Nada —contestó—. Lobo, ¿te conviertes realmente en animal durante la luna llena?

—¡Claro que sí! —exclamó Lobo. Parecía estupefacto, como si Jack hubiera preguntado algo así como: *Lobo, ¿te subes realmente los pantalones después de cagar?* —Los forasteros no, ¿verdad? Phil me lo dijo.

—Y el… ejem… rebaño, ¿qué hace cuando te transformas?

—Oh, nunca nos acercamos al rebaño durante la transformación —contestó seriamente Lobo—. ¡Por Jason, no! Nos lo comeríamos, ¿no lo sabías? Y un Lobo que se come al rebaño debe ser castigado con la muerte. Así lo establece el

Libro del buen agricultor. ¡Lobo! ¡Lobo! Tenemos sitios adonde ir durante la luna llena, y el rebaño también. Son animales estúpidos, pero saben que deben marcharse cuando hay luna. ¡Lobo! ¡Por Dios que es mejor para ellos saberlo!

—Pero coméis carne, ¿verdad? —inquirió Jack.

—Eres preguntón como tu padre —observó Lobo—. ¡Lobo! No me importa. Sí, comemos carne, claro que sí. Somos Lobos, ¿no?

—Pero si no os coméis a los rebaños, ¿qué coméis?

—Comemos bien —dijo Lobo, negándose a extenderse sobre el tema.

Como todo lo de los Territorios, Lobo era un misterio, un misterio a la vez maravilloso y aterrador. El hecho de que hubiera conocido al padre de Jack y a Morgan Sloat —o por lo menos, visto a sus Gemelos en más de una ocasión— contribuía a acrecentar la aureola de misterio de Lobo, pero no la definía completamente. Todo cuanto Lobo decía sugería a Jack una docena de nuevas preguntas, la mayoría de las cuales Lobo no podía —o no quería— contestar.

La cuestión de las visitas de Philip Sawtelle y Orris era un ejemplo. Habían hecho su primera aparición cuando Lobo estaba en la «luna pequeña» y vivía con su madre y dos «hermanas de carnada». Al parecer, sólo se hallaban de paso, como ahora el propio Jack, sólo que ellos se dirigían al este en lugar de al oeste («A decir verdad, tú eres el único ser humano que he visto tan al oeste y que persiste en dicha dirección», dijo Lobo).

Ambos habían sido una compañía alegre, hasta que al cabo de un tiempo empezaron los problemas… problemas con Orris. Fue después de que el socio del padre de Jack se «hubiese labrado una posición en este mundo», como dijo Lobo a Jack una y otra vez… Sólo que ahora parecía referirse a Sloat, en la persona de Orris. Lobo dijo que Morgan había robado a una de sus «hermanas de carnada» («Mi madre se mordió las manos y los dedos de los pies durante un mes cuando supo seguro que se la había llevado», explicó en tono normal) y se llevaba a otros Lobos de vez en cuando. Lobo bajó la voz y, con una expresión de miedo supersticioso en la cara, dijo a Jack que el «hombre cojo» se había llevado a algunos de estos Lobos al otro mundo, al Lugar de los Forasteros, para enseñarles a comer animales del rebaño.

—Esto es muy malo para tipos como vosotros, ¿verdad? —preguntó Jack.

—Están condenados —replicó escuetamente Lobo. Jack pensó al principio que Lobo hablaba de secuestro; el verbo usado por él al hablar de su hermana de

carnada era, al fin y al cabo, la versión de los Territorios de «robar», pero ahora empezó a comprender que no se trataba en absoluto de secuestro, a menos que Lobo, con poesía inconsciente, hubiese intentado decir que Morgan había secuestrado las mentes de algunos miembros de la familia de los Lobos. Jack comprendió que en realidad Lobo hablaba de hombres lobos que habían renegado de su antigua fidelidad a la Corona y el rebaño para someterse a Morgan… a Morgan Sloat y Morgan de Orris.

Lo cual inducía, naturalmente, a pensar en Elroy.

Un Lobo que se come al rebaño debe ser castigado con la muerte.

Y a pensar en los hombres del coche verde, que se habían detenido para preguntarle el camino y le habían ofrecido una golosina e intentado meterle en su coche. Los ojos. *Los ojos que cambiaban.*

Están condenados.Se labró una posición en este mundo.

Hasta ahora se había sentido seguro y encantado a la vez; encantado de estar de vuelta en los Territorios, donde el aire era fresco pero no gélido como en la parte occidental de Ohio y seguro con el grande y amistoso Lobo a su lado, en pleno campo, a millas de distancia de los hombres y las cosas.

Se *labró una posición en este mundo.*

Hizo preguntas a Lobo sobre su padre —Philip Sawtelle en este lado—, pero Lobo meneó la cabeza. Había sido un tipo excelente y un Gemelo —y por lo tanto un Forastero—, pero esto era todo cuanto Lobo parecía saber. Dijo que los Gemelos eran algo que tenía que ver con carnadas de *personas y* sobre este tema no pretendía saber nada. Tampoco podía describir a Philip Sawtelle; no le recordaba. Sólo recordaba su olor. Todo cuanto sabía, dijo a Jack, era que, si bien ambos Forasteros *parecían* simpáticos, sólo Phil Sawyer había resultado serlo de verdad. En una ocasión había llevado regalos a Lobo y sus hermanos de carnada. Uno de los regalos, que llegó sin cambios del mundo de los Forasteros, fue una especie de mono con pechera para Lobo.

—Me lo ponía siempre —continuó Lobo—. Mi madre quiso tirarlo a los cinco años de uso continuo, ¡diciendo que estaba raído, que yo había crecido demasiado para su tamaño! ¡Lobo! Dijo que estaba destrozado y hecho jirones, pero yo no di mi brazo a torcer, hasta que al fin ella compró tela a un viajante que se dirigía a las Avanzadas. No sé cuánto pagó por ella y, ¡Lobo!, te diré la verdad, Jack, me da miedo preguntárselo. La tiñó de azul y me hizo seis pares.

Ahora uso para dormir el que tu padre me trajo. ¡Lobo! ¡Lobo! Supongo que es mi bendita almohada. —Lobo sonrió de un modo tan abierto, y al mismo tiempo con tanta nostalgia, que Jack se conmovió y le cogió la mano. Fue algo que jamás hubiera hecho en su antigua vida, fueran cuales fueran las circunstancias, pero aquello se le antojaba ahora un defecto. Se alegró de coger la mano cálida y fuerte de Lobo.

—Estoy contento de que te gustara mi padre, Lobo —dijo.

—¡Me gustaba! ¡Me gustaba! ¡Lobo! ¡Lobo! Y entonces se desencadenó la catástrofe.

2

Lobo dejó de hablar y miró a su alrededor, sobresaltado.

—¡Lobo! ¿Qué suce…?

—Shhhhh…

Y por fin Jack lo oyó. El oído más sensible de Lobo había captado antes el sonido, pero éste se acrecentó con rapidez; pronto, pensó Jack, incluso un sordo lo habría oído. El rebaño se removió inquieto y empezó a alejarse en tropel, del lugar de donde procedía el sonido, que era como un efecto sonoro de la radio, conseguido desgarrando una sábana por en medio, muy lentamente. Sólo que el volumen siguió creciendo hasta que Jack pensó que iba a enloquecer.

Lobo se enderezó de un salto, aturdido, confundido y asustado. El sonido de desgarramiento, como un zumbido áspero, continuó creciendo. Los balidos del rebaño se intensificaron. Algunos animales retrocedían hacia el río y Jack vio a uno cayendo al agua con las patas moviéndose torpemente en el aire; lo habían empujado las hileras de sus compañeros en retirada y al caer profirió un chillido estridente. Otra vaca oveja tropezó y fue igualmente empujada hacia el agua. La otra orilla del río era baja y húmeda, pantanosa y cubierta de juncos verdes. Las vavejas que la alcanzaron quedaron pronto sumergidas en el barro.

—*¡Oh, maldito y estúpido rebaño!* —vociferó Lobo, corriendo colina abajo hacia el río, donde el primer animal que había caído en él parecía debatirse en los estertores de la agonía.

—¡Lobo! —gritó Jack, pero Lobo no podía oírle. Jack apenas podía oírse a sí mismo por encima de aquel sonido áspero y penetrante. Miró a su derecha, a su orilla del río, y abrió la boca con asombro. Algo le ocurría al aire. Aproximadamente a un metro del suelo, ondeaba y daba vueltas, se retorcía y parecía tirar de sí mismo. A través de este remolino, Jack podía ver el Camino del Oeste, pero de manera muy confusa y borrosa, como a través del aire caliente y rizado de un horno crematorio.

Algo *está hendiendo el aire, formando como una herida; algo lo atraviesa… ¿desde nuestro lado, tal vez? Oh, Jason, ¿es esto lo que hago cuando me traslado?* Pero, incluso en medio de su pánico y confusión, sabía que no era así.

Jack tenía una idea muy clara de quién se trasladaba de este modo, como cometiendo una violación.

Jack empezó a correr colina abajo.

3

El sonido de desgarramiento continuaba. Lobo estaba arrodillado junto al río, intentando ayudar a levantarse al segundo animal. El primero flotaba inerte río abajo, con el cuerpo mutilado y destrozado.

—¡Levántate, maldito seas, levántate! ¡Lobo!

Lobo apartaba a empujones y palmadas a las vavejas que se apelotonaban contra él, mientras cogía al animal con ambos brazos y trataba de levantarlo.

—¡LOBO! ¡AQUÍ Y AHORA! —gritó. Las mangas de la camisa se le rasgaron sobre los bíceps, recordando a Jack a David Banner en una de las cóleras inspiradas por los rayos gamma que le convertían en el Increíble Hulk. Rodeado de chorros de agua, que salpicaban por doquier, Lobo se puso en pie echando chispas por los ojos anaranjados, con el mono azul tan empapado que parecía negro. El agua brotaba de los ollares del animal que Lobo apretaba contra su pecho, como si fuera un cachorro desarrollado en exceso; la vaca oveja tenía los ojos en blanco.

—¡Lobo! —gritó Jack—. ¡Es Morgan! ¡Es…!

—¡El rebaño! —chilló a su vez Lobo—. *¡Lobo! ¡Lobo! ¡Mi maldito rebaño!*

¡Jack! No intentes…

El resto fue ahogado por un trueno ensordecedor que hizo estremecer la tierra. Por un momento, el trueno dominó incluso aquel sonido penetrante y monótono de desgarramiento. Casi tan aturdido como el rebaño de Lobo, Jack levantó la vista y vio un cielo azul claro, sin ninguna nube a excepción de unos jirones esponjosos que flotaban a millas de distancia.

El trueno desencadenó un auténtico pánico en el rebaño de Lobo, que intentó una estampida, pero con su gran estupidez, muchos optaron por retroceder y tropezaron y cayeron al río, hundiéndose bajo el agua. Jack oyó un chasquido de huesos rotos, seguido del *beeeeeé* de un animal herido. Lobo rugió de rabia, dejó caer la vaca oveja que transportaba y que había intentado salvar y vadeó con esfuerzo el río en dirección al fango de la otra orilla.

Antes de que pudiera alcanzarla, media docena de animales chocaron con él y le sumergieron. Brotaron surtidores de agua finos y brillantes. Jack vio que ahora era Lobo quien corría el peligro de ser pisoteado y ahogado por los animales en su ciega huida.

Jack se abrió paso hasta el río, de color oscuro por el lodo removido. La corriente intentaba continuamente hacerle perder el equilibrio. Un animal que balaba con los ojos en blanco cayó junto a él y estuvo a punto de derribarle. El agua le salpicó la cara y Jack procuró secarse los ojos.

Ahora el sonido parecía invadir todo el mundo: RRRRRIIIIIIPPPP…

Lobo. Morgan no importaba, al menos de momento. Lobo estaba en peligro.

Su peluda cabeza empapada fue momentáneamente visible sobre el agua y entonces tres animales le pasaron por encima y Jack sólo pudo distinguir una mano peluda agitándose sobre la superficie. Continuó adelante a empujones, intentando abrirse camino entre el rebaño, algunos de cuyos miembros aún estaban levantados, mientras otros se hundían y ahogaban.

—*¡Jack!* —vociferó una voz por encima del ruido. Era una voz conocida por Jack. La voz de tío Morgan. —*¡Jack!*

Sonó otro trueno, un fragor sordo que rodó por el cielo como un proyectil de artillería.

Jadeando, con los cabellos empapados colgando ante sus ojos, Jack miró por encima del hombro… y directamente al área de descanso de la I-70 cerca de Lewisburg, Ohio. La veía como a través de un vidrio rizado y mal hecho… pero

la *veía.* La esquina de ladrillo del lavabo se hallaba a la izquierda de aquella franja de aire violento y atormentado. El capó de algo que parecía un camión Chevrolet estaba a la derecha, flotando a un metro sobre el campo donde él y Lobo habían hablado tranquilamente cinco minutos antes. Y en el centro, como un extra en una película sobre el ataque al Polo Sur del almirante Byr, se encontraba Morgan Sloat, con la cara ancha y rubicunda contraída por una rabia asesina. Rabia y algo más. ¿Triunfo? Sí, Jack pensó que era esto.

Estaba metido en el agua hasta la ingle, rodeado de animales que pasaban balando por su lado, y miraba fijamente, con la boca y los ojos muy abiertos, aquella ventana aparecida en la misma urdimbre de la realidad.

Me ha encontrado, oh, Dios mío, me ha encontrado.

—*¡Aquí estás, pequeño asqueroso!* —le gritó Morgan. Su voz llegaba, pero tenía un tono ahogado y muerto al pasar de la realidad de aquel mundo a la realidad de éste. Era como oír gritar a un hombre dentro de una cabina telefónica —. *Ahora nos veremos las caras, ¿verdad? ¿Verdad?*

Morgan avanzó, con el rostro borroso, como hecho de plástico blando, y Jack tuvo tiempo de ver que su mano empuñaba algo y que algo le colgaba del cuello, un objeto pequeño y plateado.

Jack esperó, paralizado, mientras Sloat embestía el agujero entre los dos universos. Al acercarse, realizó su propio número de lobo, cambiando de Morgan Sloat, inversionista, especulador de terrenos y antiguo agente de Hollywood, a Morgan de Orris, pretendiente al trono de una reina moribunda. Sus mejillas rojas y colgantes se adelgazaron y palidecieron. Sus cabellos se renovaron, creciendo hacia delante, tiñendo primero la redondez del cráneo, como si un ser invisible coloreara la cabeza de tío Morgan, y luego cubriéndola. El pelo del Gemelo de Sloat era largo, negro, despeinado y parecía muerto. Lo llevaba recogido en la nuca, pero Jack se fijó en que se le habían soltado muchos mechones.

La parka se desdibujó, desapareció un momento y luego volvió convertida en una capa con capucha.

Las botas de ante de Morgan Sloat se convirtieron en botas de cuero oscuro hasta la rodilla, con el borde doblado, y de una de ellas sobresalía el mango de un cuchillo.

Y el objeto pequeño y plateado que empuñaba se convirtió en un pequeño

tubo de punta envuelta en una llama enroscada y azul.

Es *un lanzarrayos. Oh, Dios mío, es un…*

—¡Jack!

El grito fue bajo, como un gargarismo, lleno de agua. Jack dio torpemente media vuelta en el río, esquivando apenas a otra vaca oveja muerta que flotaba de lado en el agua. Vio desaparecer de nuevo la cabeza de Lobo y sus dos manos agitándose en el aire. Jack luchó por acercarse a aquellas manos, sorteando como podía a los animales. Uno de ellos chocó con fuerza contra su cadera y Jack se hundió y tragó agua. Se levantó de prisa, tosiendo y ahogándose, buscando con una mano en el interior de su coleto para saber si el agua se le había llevado la botella. No, aún seguía allí.

—¡Muchacho! ¡Da la vuelta y mírame, muchacho! Ahora no tengo tiempo, Morgan. Lo siento, pero voy a ver si impido que me ahogue el rebaño de Lobo antes de ver si impido que tu tubo fatídico me deje frito. Yo…

Una llama azul se arqueó sobre el hombro de Jack, chisporroteando… Era como un mortífero arco iris eléctrico. Rozó uno de los animales atrapados en el fango del otro lado del río y la infortunada vaca oveja estalló, como si hubiera tragado dinamita. Un surtidor de sangre cayó en una fina cascada de gotas y trocitos de carne llovieron alrededor de Jack.

—¡Vuélvete a mirarme, muchacho!

Sintió la *fuerza* de aquella orden agarrarle la cara con manos invisibles e intentar volverla.

Lobo consiguió emerger de nuevo, con el pelo pegado a la cara y los ojos aturdidos asomando entre los mechones como los de un perro pastor inglés. Se tambaleaba y tosía, por lo visto sin saber ya ni dónde estaba.

—¡Lobo! —gritó Jack, pero en el cielo azul volvió a retumbar un trueno que ahogó su voz.

Lobo se agachó y vomitó gran cantidad de agua fangosa. Al cabo de un momento, otro aterrado animal tropezó con él, sumergiéndole una vez más.

Ya está —pensó Jack, desesperado—, *ya está, ha desaparecido, debe haberse hundido, lo dejo, tengo que salir de aquí…*

Sin embargo, continuó avanzando hacia Lobo, apartando de su camino una vaca oveja convulsa y moribunda.

—¡Jason! —gritó Morgan de Orris y Jack se dio cuenta de que Morgan no

maldecía en el argot de los Territorios, sino que le llamaba, a él, a Jack, por su nombre. Sólo que aquí no era Jack, sino Jason.

Pero el hijo de la Reina murió en la cuna, murió… De nuevo el ondulante chisporroteo de la electricidad, que esta vez pareció hacerle una raya en los cabellos. Volvió a rozar la orilla opuesta, desintegrando a otro animal del rebaño de Lobo. No, no del todo, pensó Jack. Las patas del animal continuaban hundidas en el fango como estacas y, mientras las miraba, empezaron a abrirse despacio en cuatro direcciones diferentes.—*¡VUÉLVETE Y MÍRAME. MALDITO SEAS! El agua, ¿por qué no lo tira al agua y me fríe a mi, al Lobo y a todos los animales al mismo tiempo?*

Entonces se acordó de las ciencias de quinto grado. Una vez la electricidad tocaba agua, podía dirigirse a cualquier parte… incluyendo al generador de la corriente.

El rostro aturdido de Lobo, que flotaba bajo la superficie, alejó estos pensamientos de la mente de Jack. Lobo aún estaba vivo, pero aprisionado parcialmente bajo un animal que parecía indemne pero se hallaba inmovilizado por el pánico. Las manos de Lobo se agitaban con débil y patética energía. Cuando Jack salvó la última distancia, una de aquellas manos cayó y quedó flotando, inerte como un nenúfar.

Sin detenerse, Jack bajó el hombro izquierdo y golpeó con él a la vaca oveja como Jack Armstrong en un cuento deportivo juvenil.

Si se hubiera tratado de una vaca adulta en vez del modelo compacto de los Territorios, es probable que Jack no hubiese podido moverla, teniendo como tenía la fuerza de la corriente en contra de él. Pero era más pequeña que una vaca y Jack estaba exasperado. Baló bajo el golpe de Jack, notó hacia atrás, se sentó un instante sobre los cuartos traseros y se lanzó hacia la orilla opuesta. Jack agarró las dos manos de Lobo y tiró con todas sus fuerzas.

Lobo emergió con tanta dificultad como un tronco saturado de agua, con los ojos vidriosos entornados, sacando agua por las orejas, la nariz y la boca. Tenía los labios azules.

Dobles haces de fuego llamearon a derecha e izquierda de donde Jack sostenía en brazos a Lobo; los dos parecían un par de borrachos intentado bailar un vals en una piscina. En la orilla opuesta, otra vaca oveja voló en todas direcciones, decapitada y todavía balando. Ardientes lenguas de fuego

zigzaguearon por toda la zona pantanosa, iluminando los juncos y algas y después la hierba más seca del campo donde la tierra empezaba a subir de nuevo.

—*¡Lobo!* —chilló Jack—. *¡Lobo, por el amor de Dios!*

—Auh —gimió Lobo y vomitó agua cálida y fangosa por encima del hombro de Jack—. *Auhhhhhhhhhhhh.…*

Ahora Jack vio a Morgan de pie en la otra orilla, una figura alta y puritana con capa negra. La capucha enmarcaba su pálido rostro de vampiro con una especie de tétrico romanticismo. Jack tuvo tiempo de pensar que los Territorios habían ejercido su magia incluso aquí, en favor de su temible tío. A este lado, Morgan no era un sapo obeso, hipertenso y grave con un corazón de pirata y una mente de asesino; aquí, su rostro se había estrechado y adquirido una frígida belleza masculina. Apuntó con el tubo de plata como si fuera una varita mágica de juguete y una llama ízul hendió el aire.

—*¡Oidme, tú y tu estúpido amigo!* —gritó Morgan, con los labios delgados abiertos en una sonrisa triunfante, enseñando unos dientes amarillos que destruyeron para siempre la confusa impresión de belleza que acababa de tener Jack.

Lobo gritó y se retorció en los brazos doloridos de Jack, mirando fijamente a Morgan con los ojos de color naranja desorbitados por el odio y el temor.

—*¡Demonio!* —exclamó Lobo—. *¡Demonio! ¡Mi hermana! Mi hermana de carnada! ¡Lobo! ¡Lobo! ¡Demonio!*

Jack extrajo la botella del interior de su coleto. Al fin y al cabo, sólo quedaba un trago. No podía sostener a Lobo con un solo brazo; le estaba perdiendo y Lobo parecía incapaz de sostenerse sin ayuda. No importaba. De todos modos, no podía llevarlo consigo al otro mundo… ¿o sí?

—*¡Demonio!* —repitió Lobo, llorando, mientras su cara resbalaba por el brazo de Jack. La espalda de su mono con pechera flotaba y se hinchaba en el agua.

Se olió a hierba quemada y a animales quemados.

Un trueno, una explosión.

Esta vez el río de fuego que voló por el aire pasó tan cerca de Jack que los pelos de las ventanas de su nariz se chamuscaron y enroscaron.

—¡OH, SÍ, VOSOTROS DOS, VOSOTROS DOS! —vociferó Morgan—. ¡YA TE ENSEÑARÉ A CRUZARTE EN MI CAMINO, PEQUEÑO

BASTARDO! ¡OS QUEMARÉ A LOS DOS! ¡OS TRITURARÉ!

—Lobo, ¡aguanta! —gritó Jack, cejando en sus esfuerzos de sostener a Lobo y cogiéndole muy fuerte de la mano—. No me sueltes, ¿me oyes?

—*¡Lobo!*

Levantó la botella, la inclinó y el horrible y frío sabor de uvas podridas le llenó la boca por última vez. La botella estaba vacía. Mientras tragaba, la oyó estallar al ser alcanzada por los rayos de Morgan. Sin embargo, el sonido del cristal roto fue débil… el zumbido de la electricidad… incluso los gritos de rabia de Morgan sonaron débiles.

Tuvo la sensación de caer de espaldas en un agujero. Una tumba, quizá. Entonces la mano de Lobo apretó tanto la suya, que Jack gimió. La sensación de vértigo, de haber dado un salto mortal completo empezó a desvanecerse… y la luz solar también empezó a debilitarse y se convirtió en el triste gris morado de un crepúsculo otoñal en el corazón de América. Una lluvia fría mojó el rostro de Jack, quien tuvo la impresión de que el agua en la que chapoteaba era mucho más fría que unos segundos antes. En algún lugar, no muy lejos, oyó sonar el familiar estruendo de los grandes camiones en la autopista… sólo que ahora parecían circular justo encima de su cabeza.

Imposible, pensó, pero, ¿lo era? Los límites de esta palabra se ensanchaban como si fueran de plástico. Durante un momento de confusión, imaginó camiones voladores de los Territorios conducidos por hombres voladores de los Territorios provistos de grandes alas de lona sujetas con correas a sus espaldas.

Ya estoy de vuelta, pensó. He vuelto a la misma hora y al mismo puesto de peaje.

Estornudó.

El mismo frío, también.

Pero había dos cosas diferentes ahora.

Aquí no se veía ningún área de descanso. Se encontraban metidos hasta el muslo en el agua helada de un río que fluía debajo del puente de un puesto de peaje.

Lobo estaba con él; éste era el otro cambio.

Y Lobo gritaba.

Capítulo 18

LOBO VA AL CINE

1

El motor diesel de otro camión pasó bramando por encima de sus cabezas, haciendo estremecer el puente. Lobo aulló y se agarró a Jack, y a punto estuvieron ambos de caer juntos al río.

—¡Ya basta! —gritó Jack—. ¡Suéltame, Lobo! ¡Sólo es un camión! *¡Suéltame!*

Abofeteó a Lobo, sin querer hacerlo; su terror era patético. Sin embargo, patético o no. Lobo medía casi treinta centímetros más que Jack y le llevaba tal vez sesenta y cinco kilos de ventaja y si le hacía caer a esta corriente gélida, atraparía una pulmonía segura.

—¡Lobo! ¡No me gusta! ¡Lobo! ¡No me gusta! ¡Lobo! ¡Lobo!

Pero aflojó su presión y al cabo de un momento dejó caer ambos brazos. Cuando pasó por encima otro camión, se encogió pero evitó agarrar de nuevo a Jack, aunque le miró con una súplica muda y temblorosa que decía: *Sácame de aquí, por favor, sácame de aquí, preferiría estar muerto que en este mundo.*

Nada me gustaría más. Lobo, pero Morgón está al otro lado. Y *aunque no estuviera allí, ya no me queda más zumo mágico.*

Se miró la mano izquierda y vio que aún sostenía el cuello roto de la botella

de Speedy, como un hombre dispuesto a iniciar una violenta pelea en un bar. Había sido pura suerte que Lobo no se cortara cuando se aferraba a Jack en su pánico.

Jack la tiró lejos de sí. *¡Chap!*

Dos camiones esta vez; el ruido fue doble. Lobo aulló de terror y se tapó las orejas con las manos. Jack se fijó en que durante el salto le había desaparecido casi todo el pelo de las manos y los dos primeros dedos eran exactamente de la misma longitud.

—Vamonos, Lobo —dijo Jack cuando se hubo extinguido un poco el estruendo de los camiones—. Vamonos de aquí. Parecemos un par de tipos esperando ser bautizados con una cerveza especial.

Cogió de la mano a Lobo y se asustó al notar la fuerza con que éste se la apretó. Lobo vio su expresión y aflojó un poco los dedos.

—No me dejes, Jack —suplicó—. Por favor, por favor, no me dejes.

—No, Lobo, no te dejaré —aseguró Jack y pensó: *¿Cómo te metes en estas situaciones, idiota? Aquí estás, bajo el puente de una autopista en algún lugar de Ohio con tu hombre lobo domesticado. ¿Cómo lo haces? ¿Lo ensayas? Y, ¡oh!, a propósito, ¿qué ocurre con la luna, Jack-O? ¿Lo recuerdas?*

No lo recordaba y como las nubes cubrían el cielo y caía una fría llovizna, no había modo de saberlo.

¿Qué posibilidades tenía? ¿Treinta a una a su favor? ¿Veintiocho a dos?

Fueran cuales fuesen, no eran suficientes. No del modo que se presentaban las cosas.

—No, no te dejaré —repitió, mientras conducía a Lobo hacia la orilla opuesta del río. Sobre las aguas poco profundas flotaban los ajados restos de una muñeca, cuyos ojos azules de cristal estaban fijos en la creciente oscuridad. Le dolían los músculos del brazo por la presión de estirar a Lobo hasta este mundo y la articulación del hombro le latía como una muela infectada.

Cuando salieron de! agua y empezaron a andar por la orilla cubierta de juncos y desperdicios, Jack volvió a estornudar.

2

Esta vez, el recorrido total de Jack en los Territorios había sido de media milla hacia el oeste, la distancia que Lobo habla hecho recorrer al rebaño para que pudiera beber en el río donde él mismo había estado después a punto de ahogarse. Aquí se encontraba, según sus cálculos, a unos dieciséis kilómetros más al oeste. Treparon por el terraplén —al final Lobo acabó tirando de Jack casi todo el tiempo— y ya anochecía cuando Jack vio a la derecha un camino de unos cincuenta metros que subía a la carretera. Una señal iluminada por un reflector indicaba: ARCANUM ÚLTIMA SALIDA EN OHIO. FRONTERA ESTATAL A 24 KM.

—Tenemos que hacer autostop —dijo Jack.

—¿Autostop? —inquirió Lobo, desconcertado.

—Demos un repaso a tu aspecto.

Decidió que Lobo podía pasar, por lo menos en la oscuridad. Todavía llevaba el mono con pechera, que ahora tenía incluso la etiqueta de la marcha OSHKOSH. Su camisa de hilado doméstico se había convertido en un lienzo azul manufacturado que parecía una tela especial de los almacenes del ejército. Los pies antes descalzos lucían un enorme par de mocasines y calcetines blancos.

Y lo más extraño: unas gafas redondas de montura de acero, como las que solía llevar John Lennon, habían aparecido en el centro de la gran cara de Lobo.

—Lobo, ¿tenías dificultad para ver? ¿En los Territorios?

—No lo sabía —contestó Lobo—, pero supongo que sí. ¡Lobo! Veo mucho mejor aquí, con estos ojos de cristal. ¡Lobo, aquí y ahora! —Miró el ensordecedor tráfico de la autopista y por un momento Jack vio lo que él debía estar viendo: enormes bestias de acero con inmensos ojos blancos y amarillentos, hendiendo la noche a velocidades inimaginables con unas ruedas de goma que dejaban marcas en el suelo—. Veo mejor de lo que querría —añadió con triste acento.

3

Dos días después un par de chicos cansados, con los pies doloridos, pasaron cojeando por delante del letrero FIN DEL TÉRMINO MUNICIPAL en un lado de la autopista 32 y del restaurante 10-4 en el otro lado y entraron en la ciudad de

Muncie, Indiana. Jack tenía treinta y ocho grados de fiebre y tosía casi continuamente. La cara de Lobo estaba hinchada y descolorida; parecía un perro dogo que ha llevado las de perder en una pelea. La víspera había intentado conseguir para ambos unas manzanas tardías de un árbol que crecía a la sombra de un granero lindante con la autopista; estaba subido al árbol, metiendo arrugadas manzanas de otoño dentro de la pechera del mono, cuando le encontraron unas avispas que tenían su nido bajo el alero del viejo granero. Lobo bajó del árbol lo más de prisa que pudo, con una nube marrón en torno a la cabeza. Aullaba. Y aun así, con uno ojo completamente cerrado y la nariz empezando a tener el aspecto de un gran nabo de color púrpura, insistió en que Jack comiera las mejores manzanas. Ninguna era muy buena —pequeñas, acidas y con gusanos— y a Jack no le apetecían mucho, pero no tuvo valor para rechazarlas después de lo que Lobo había tenido que pasar para hacerse con ellas.

Un Camaro grande y viejo, alto de atrás, por lo que el capó apuntaba a la carretera, tocó el claxon.

—*¡Ehhhhhh, idioooootas!* —gritó alguien y en seguida se oyeron unas fuertes carcajadas producidas por la cerveza. Lobo aulló y agarró a Jack. Éste había creído que Lobo perdería el miedo a los coches, pero ahora empezaba a dudarlo.

—No pasa nada. Lobo —dijo, cansado, sacándose de encima la mano de Lobo por la vigésima o trigésima vez aquel día—. Ya se han ido.

—¡Tan *alto*! —gimió Lobo—. ¡Lobo! ¡Lobo! ¡Lobo! Tan *alto,* Jack, ¡mis *oídos,* mis *oídos*!

—Van sin silenciador —dijo Jack, pensando con hastío: *Te encantarán las autopistas californianas. Lobo. Las probaremos si todavía viajamos juntos, ¿de acuerdo? Luego asistiremos a algunas carreras de coches y de motos. Te volverán loco*—. Hay tipos a quienes les gusta el sonido, ¿sabes? Les… —Pero otro ataque de tos le hizo enmudecer. Durante un momento, el mundo se convirtió en una serie de sombras grises, que se disiparon con mucha lentitud.

—*Les gusta* —murmuró Lobo—. ¡Jason! ¿Cómo puede *gustar* a alguien, Jack? Y los *olores.…*

Jack sabía que, para Lobo, los olores eran lo peor. No hacía ni cuatro horas que estaban aquí cuando Lobo empezó a llamarlo el País de los Malos Olores.

Aquella primera noche vomitó media docena de veces, echando primero sobre la tierra de Ohio el agua fangosa de un río que existía en otro universo y después sólo flema. Era por culpa de los olores, explicó, trastornado. No comprendía cómo Jack podía soportarlos, cómo podía soportarlos cualquiera.

Jack lo comprendía… Al volver de los Territorios le asaltaban unos olores que apenas se percibían cuando se vivía entre ellos. Aceites pesados, tubos de escape, desperdicios industriales, basura, agua contaminada, productos químicos. Después uno volvía a acostumbrarse a ellos o se tornaba insensible. Pero, claro, esto no le ocurriría a Lobo. Odiaba los coches, odiaba los olores, odiaba este mundo. Jack no creía que se acostumbrara jamás a él. Si no devolvía pronto a Lobo a los Territorios, pensó, podía enloquecer. *Y de paso enloquecer también yo. Ya no me falta mucho.*

Una desvencijada camioneta de granja, llena de polluelos, traqueteó por su lado, seguida de una impaciente cola de coches, algunos de los cuales tocaban el claxon. Lobo casi saltó a los brazos de Jack. Debilitado por la fiebre, éste cayó sentado en la cuneta cubierta de basura y malas hierbas, con tanta fuerza que los dientes le castañetearon.

—Lo lamento, Jack —se disculpó, desolado, Lobo—. ¡Que Dios me maldiga!

—No es culpa tuya —dijo Jack—. Siéntate, es hora de descansar. Lobo se sentó en silencio junto a Jack, mirándole con ansiedad. Sabía lo difícil que se lo estaba poniendo al muchacho, sabía que éste ardía en deseos de moverse más de prisa, en parte para escapar de Morgan, pero sobre todo por otra razón. Sabía que Jack gemía durante el sueño, llamando a su madre, y a veces lloraba. Pero la única vez que había llorado despierto fue cuando Lobo se espantó en la rampa de entrada a la autopista de Arcanum al comprender el significado de «hacer autostop». Cuando dijo a Jack que él no se veía capaz de subir a un coche —por lo menos, de momento y tal vez nunca—, Jack se sentó en la barrera del arcén y lloró con la cara tapada por las manos. Al poco rato paró, lo cual fue bueno… pero cuando se apartó las manos de la cara miró a Lobo de un modo que hizo temer a éste que Jack le abandonara en este horrible País de los Malos Olores… Y sin Jack, Lobo estaba seguro de volverse completamente loco.

4

Subieron por la rampa de Arcanum hacia la autopista y cada vez que pasaba un coche o un camión en la oscuridad. Lobo se acercaba y aferraba a Jack. Éste oyó una voz burlona llegar hasta ellos:

—¿Dónde está vuestro coche, maricones?

Agitó la cabeza para olvidar la voz como un perro se agita para quitarse el agua de los ojos y continuó andando con la mano de Lobo en la suya y tirando de ella cuando Lobo daba muestras de querer rezagarse y adentrarse en el bosque. Lo importante era abandonar la rampa del peaje, donde hacer autostop estaba prohibido, y entrar en el desvío de Arcanum. Algunos estados habían legalizado el autostop en las rampas (así se lo había dicho un vagabundo con quien Jack compartió un granero una noche), e incluso en los estados en que el autostop era técnicamente un delito, los polis solían hacer la vista gorda cuando se estaba en una rampa.

Así pues, lo primero era llegar a la rampa y esperar que antes no pasara ninguna patrulla estatal. Jack no quería ni pensar en la impresión que Lobo podía causar en un policía. Era probable que lo tomara por una encamación de los años ochenta de Charles Manson con gafas a lo John Lennon.

Llegaron a la rampa y cruzaron al carril de dirección oeste. Diez minutos más tarde se detuvo un viejo y destartalado Chrysler. Su conductor, un hombre corpulento con cuello de toro y una gorra que decía EQUIPAMIENTOS AGRÍCOLAS asentada sobre la coronilla, se inclinó y abrió la puerta.

—¡Adentro, muchachos! Una noche desapacible, ¿verdad?

—Gracias, señor, desde luego que lo es —dijo alegremente Jack, mientras su mente trabajaba muy de prisa, intentando pensar cómo incluiría a Lobo en la historia, razón por la cual no se fijó en la expresión de éste.

No obstante, el hombre sí que la notó.

Su rostro se volvió duro.

—¿Algo huele mal, hijo?

El tono de voz del hombre, duro como su cara, devolvió a Jack a la realidad. La expresión del conductor ya no era cordial y tenía todo el aspecto de haber entrado en el bar Oatley a tomar varias cervezas y algunas copas.

Jack dio media vuelta y miró a Lobo.

Las ventanas de la nariz de Lobo se abrían como las de un oso al ventear una mofeta cansada. No sólo tenía los labios encima de los dientes, sino que estaban *arrugados* y la carne de debajo de la nariz formaba una serie de pequeños pliegues.

—¿Qué es… retrasado? —preguntó a Jack en voz baja el hombre de la gorra de EQUIPAMIENTOS AGRÍCOLAS.

—No, bueno, sólo es… Lobo empezó a gruñir. Esto fue demasiado.

—Oh, Dios mío —dijo el hombre en el tono de quien no puede creer lo que está viendo. Pisó el acelerador y bajó a toda velocidad la rampa de salida mientras la puerta se cerraba por el aire. Sus luces traseras se reflejaron brevemente en la lluviosa oscuridad al pie de la rampa, enviando destellos que parecían flechas rojas hacia el arcén donde ambos se encontraban.

—Vaya, esto es *estupendo* —exclamó Jack, volviéndose hacia Lobo, que retrocedió ante su cólera—. *¡Estupendo!* ¡Si ese tipo tuviera un transmisor de radio, ahora estaría llamando al Canal Diecinueve, pidiendo a gritos ayuda policial y diciendo a todo el mundo que un par de chiquillos hacen autostop a la salida de Arcanum! ¡Jason! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Quienquiera que sea, no me importa! ¿Quieres recibir una maldita paliza. Lobo? ¡Haz esto unas veces más y la *sentirás* de veras! ¡La sentiremos! ¡La recibiremos los dos!

Exhausto, aturdido, frustrado, casi al final de sus fuerzas, Jack avanzó en dirección a Lobo, que retrocedía aunque hubiese podido arrancarle la cabeza de un solo golpe si hubiera querido.

—No grites, Jack —gimió—. Los olores… estar allí dentro… encerrado allí dentro con esos *olores.*..

—¡Yo no he olido nada!—gritó Jack. Tenía la voz entrecortada, le dolía la garganta más que nunca, pero no podía parar; tenía que gritar o volverse loco. Los cabellos mojados le tapaban los ojos. Los apartó y pegó a Lobo en el hombro. Oyó un crujido y la mano empezó a dolerle inmediatamente. Era como si hubiese golpeado a una piedra. Lobo aulló de tristeza y esto encolerizó todavía más a Jack. El hecho de haber mentido también acrecentaba su ira. Esta vez había estado en los Territorios menos de seis horas, pero el coche de aquel hombre apestaba como la madriguera de un animal salvaje. Ásperos aromas de café pasado y cerveza fresca (tenía entre las piernas una lata abierta de Stroh), un

ambientador colgado del espejo retrovisor que olía a polvos dulzones sobre la mejilla de un cadáver. Y algo más, algo más oscuro y más húmedo…

—*¡Nada!* —gritó, con la voz enronquecida, propinando un golpe al otro hombro de Lobo, que volvió a aullar y se puso de espaldas, encorvándose como un niño a quien pega su padre. Jack empezó a pegarle en las espalda, salpicando agua del mono de Lobo con sus manos doloridas. Cada vez que sentía la mano de Jack, Lobo aullaba—. ¡Así. que será mejor que te *acostumbres (palmada)* porque el *próximo* coche que pase podría pertenecer a un *poli (palmada) o* ser el BMW verde del señor Morgan Sloat *(palmada)* y si sólo sabes ser un *bebé* grandullón, iremos a parar a un maldito *mundo de* tortura! *(Palmada.)* ¿Lo comprendes?

Lobo no contestó. Estaba encorvado bajo la lluvia, de espaldas a Jack, temblando. Jack sintió un nudo en la garganta y calor y escozor en los ojos, todo lo cual no hizo más que aumentar su ira. Una terrible parte de su ser quería sobre todo hacerse daño a sí mismo y pegar a Lobo era un excelente modo de lograrlo.

—*¡Da la vuelta!*

Lobo obedeció. Detrás de las gafas redondas, brotaban lágrimas de sus turbios ojos castaños y tenía mocos en la nariz.

—*¿Me has comprendido?*

—Sí —gimió Lobo—, sí. Lo he comprendido, pero no podía viajar con él, Jack.

—¿Por qué no? —Jack le miró con furia, plantando los puños sobre las caderas. ¡Oh, cuánto le dolía la cabeza!

—Porque se estaba muriendo —respondió Lobo en voz baja. Jack se quedó mirándole fijamente, mientras su ira se esfumaba.

—Jack, ¿no lo sabías? —preguntó Lobo—. ¡Lobo! ¿No pudiste *olerlo*?

—No —dijo Jack con una voz débil como un silbido. Porque había olido *algo*, ¿o no? Algo que no había olido nunca antes. Como una mezcla de…

Cuando se le ocurrió, todas sus fuerzas le abandonaron. Se sentó pesadamente en la barrera del arcén y miró a Lobo.

Mierda y uvas podridas. A esto se parecía aquel olor. No era exactamente al cien por cien, pero se acercaba de un modo repugnante.

Mierda y uvas podridas.

—Es el peor de los olores —dijo Lobo—, cuando las personas se olvidan de

cómo estar sanas. Nosotros lo llamamos, *¡Lobo!*, el Mal Negro. Ni siquiera creo que él supiera que lo tenía. Y… estos Forasteros no pueden olerlo, ¿verdad, Jack?

—No —murmuró. Si Lobo fuera teletransportado de repente a New Hampshire, a la habitación de su madre en el Alhambra, ¿percibiría aquel hedor en *ella*?

Sí. Lo percibiría en su madre, notaría el hedor de mierda y uvas podridas saliendo de sus poros, el Mal Negro.

—Nosotros lo llamamos cáncer —murmuró Jack. *Lo llamamos cáncer y mi madre lo tiene.*

—No sé si podré hacer autostop —dijo Lobo—. Lo intentaré otra vez, si quieres, Jack, pero los olores, ahí dentro… ya son bastante malos al aire libre pero… *¡Lobo!*… dentro…

Entonces fue cuando Jack se tapó la cara con las manos y lloró, en parte por desesperación, pero sobre todo por simple agotamiento. Y, sí, la expresión que Lobo creyó ver en el rostro de Jack apareció efectivamente en él; por un instante, la tentación de abandonar a Lobo fue más que una tentación, fue un terrible imperativo. Las probabilidades de que llegara algún día a California y encontrara el Talismán —fuera lo que fuese— ya eran escasas antes, pero ahora habían disminuido hasta quedar reducidas a un punto en el horizonte. Lobo sólo haría que retrasarle y tarde o temprano acabaría siendo causa de que los metieran a ambos en la cárcel. Más bien temprano. ¿Y cómo podría explicar la existencia de Lobo al Racional Richard Sloat?

Lo que vio Lobo en el rostro de Jack en aquel momento fue una fría especulación que le dobló las rodillas. Cayó de hinojos y levantó hacia Jack las dos manos juntas como un pretendiente en un mal melodrama Victoriano.

—No te vayas, dejándome abandonado, Jack —sollozó—. No abandones al viejo Lobo, no me dejes aquí, *tú* me has traído aquí, por favor, por favor, no me dejes solo…

Después de esto ya no profirió más palabras coherentes; tal vez lo intentó, pero lo único que consiguió fue llorar. Jack se sintió invadido por un gran cansancio. Encajaba bien, como una chaqueta muy usada. *No me dejes aquí, tú me has traído aquí…*

Y así era. Lobo era responsabilidad suya, ¿no? Sí. Claro que sí. Le había

cogido de la mano, sacado de los Territorios y traído a Ohio y su hombro dolorido lo probaba. No había tenido otro remedio, claro; Lobo se ahogaba, y aunque no se hubiera ahogado, Morgan le habría dejado tieso con aquella especie de lanzarrayos, así que podía encararse con él y preguntarle: *¿Qué preferirías, Lobo, viejo camarada? ¿Estar asustado aquí o muerto allí?*

Podía hacerlo, sí, y Lobo no sabría qué contestar porque sus reflejos mentales no eran precisamente rápidos. Sin embargo, a tío Tommy le gustaba citar un proverbio chino que decía: *El hombre a quien salvas la vida es responsabilidad tuya para el resto de tu vida.*

Y lo mirara como lo mirase y se pusiera como se pusiese. Lobo era su responsabilidad.

—No me abandones, Jack —sollozó Lobo—. ¡Lobo, Lobo! Por favor, no abandones al bueno y viejo de Lobo, te ayudaré, te velaré por las noches, puedo hacer muchas cosas, pero no… me…

—Deja de lloriquear y levántate —dijo Jack en voz baja—. No te voy a abandonar. Pero tenemos que irnos de aquí por si aquel tipo envía a un poli a detenernos. En marcha.

5

—¿Has pensado en lo que haremos, Jack? —preguntó con timidez Lobo. Hacía más de media hora que estaban sentados en la zanja llena de malas hierbas del término municipal de Muncie y cuando Jack se volvió hacia Lobo, éste se tranquilizó al verle sonreír. Era una sonrisa cansada y a Lobo no le gustaban las ojeras oscuras de Jack (y aún menos el olor de Jack, porque era un olor de enfermo), pero era una sonrisa.

—Creo que tenemos delante de los ojos lo que debemos hacer —contestó Jack—. Se me ocurrió hacia unos días, cuando me compré las zapatillas.

Arqueó los pies. Él y Lobo miraron las zapatillas en un silencio deprimido. Estaban peladas, rotas y sucias. La suela izquierda se había despegado. Jack las tenía desde… Arrugó la frente y pensó. La fiebre le dificultaba mucho pensar. Tres días. Sólo hacía tres días que las había elegido de entre los pares rebajados

de los almacenes Fayva. Ahora se veían viejas. Muy viejas.

—Bueno, en fin… —suspiró y en seguida, animándose—; ¿Ves aquel edificio de allí, Lobo?

El edificio, una explosión de ángulos mediocres en ladrillo gris, se levantaba como una isla en medio de una gigantesca área de aparcamiento. Lobo sabía qué olor despediría el asfalto de aquel área: a animales muertos y en descomposición, un olor que casi le asfixiaría y Jack no se daría apenas cuenta.

—Para tu información, aquel letrero dice Sixplex Suburbano —explicó Jack —. Suena a cafetera, pero de hecho es un cine con seis salas. Alguna de las seis películas tiene que gustarnos. —V *por la tarde no habrá mucha gente y esto es bueno porque tienes esta molesta costumbre de convertirte en un miembro de la Sección Ocho. Lobo*—, Vamos. —Se levantó con piernas vacilantes.

—¿Qué es una película, Jack? —inquirió Lobo. Sabía que había sido un terrible problema para Jack, un problema tan grande que ahora procuraba no protestar por nada, ni siquiera expresar intranquilidad. Sin embargo, ahora se le ocurrió algo alarmante:

que *ir al cine* pudiera ser lo mismo que *hacer autostop*. Jack llamaba «coches» a los ruidosos carros y carruajes, y también «Chevys», «Jartrans» y «rubias» (estas últimas, pensó Lobo, debían ser como las diligencias de los Territorios, que llevaban pasajeros de una posta a otra). ¿Podían llamarse también «cines» aquellos hediondos y ruidosos carruajes? Era muy posible.

—Bueno —contestó Jack—, es más fácil enseñártelo que describírtelo. Creo que te gustará. Vamos.

Jack salió tambaleándose de la zanja y cayó de rodillas.

—Jack, ¿estás bien? —preguntó Lobo con ansiedad. Jack asintió. Se dispusieron a cruzar el área de aparcamiento, que olía tan mal como Lobo había presentido.

6

Jack había recorrido gran parte de los cincuenta y cinco kilómetros que separan Arcanum, Ohio, de Muncie, Indiana, sobre la espalda de Lobo. Éste

tenía miedo de los coches, le aterraban los camiones y le daban náuseas casi todos los olores, aullaba con facilidad y echaba a correr al oír cualquier ruido repentino, pero era casi incansable. *En realidad, se puede tachar el «casi»* —pensó ahora Jack—. *Por lo visto, es incansable.*

Jack había procurado alejarse de la rampa de Arcanum lo más rápidamente posible y se esforzó para correr a un trote ligero con sus piernas mojadas y doloridas. La cabeza le latía como si tuviera dentro del cráneo un puño que se abriera y cerrara y le invadían oleadas de calor y de frío. Lobo le seguía sin esfuerzo a su izquierda, con unos pasos tan largos que no necesitaba correr para mantenerse a su lado. Jack sabía que su miedo a los polis era un poco histérico, pero el hombre de la gorra de EQUIPAMIENTOS AGRÍCOLAS parecía realmente asustado. Y furioso.

No habían recorrido ni trescientos metros cuando empezó a sentir una profunda y aguda punzada en el costado y pidió a Lobo que le llevara a cuestas un rato.

—¿Cómo? —preguntó Lobo.

—Ya sabes —dijo Jack, explicándolo por señas. Una gran sonrisa distendió la cara de Lobo. Esto era por fin algo que entendía, algo que podía *hacer*.

—¡Quieres que te lleve a *caballo*! —exclamó, muy contento.

—Sí, creo que sí…

—¡Pues claro! ¡Lobo! ¡Aquí y ahora! ¡Solía hacerlo con mis hermanos de carnada! ¡Salta, Jack! —Lobo se agachó, juntando las manos para formar un estribo para Jack.

—Escucha, cuando te pese demasiado, me ba… Antes de que pudiera terminar. Lobo ya había cargado con él y corría por la carretera en la oscuridad… realmente, corría. El aire frío y húmedo apartaba los cabellos de la frente febril de Jack.

—¡Lobo, te cansarás! —gritó.

—¡Yo no! ¡Lobo! ¡Lobo! ¡Corriendo aquí y ahora! —Por primera vez desde que habían saltado, Lobo parecía feliz. Corrió durante dos horas, hasta que estuvieron bien al oeste de Arcanum, por una carretera alquitranada de dos carriles, oscura y sin señales. Jack vio un granero desierto en un campo agreste y descuidado y pernoctaron allí.

Lobo no quería ni acercarse a las zonas comerciales donde el tráfico fluía en

un fragor continuo y los hedores se propagaban en una nube malsana, Y Jack tampoco quería meterse en ellas;

Lobo llamaba demasiado la atención. Sin embargo, le obligó a parar ante una tienda de la carretera, a pocos metros de la frontera de Indiana, cerca de Harrisville. Mientras Lobo esperaba nerviosamente al borde de la carretera, en cuclillas, escarbando en la tierra, levantándose, andando en un pequeño y monótono círculo y poniéndose de nuevo en cuclillas, Jack compró un periódico y repasó con cuidado la página del tiempo. La próxima luna llena sería el 31 de octubre, la víspera de Todos los Santos, fecha muy adecuada, por cierto Jack miró también la primera plana para saber qué día era hoy, que ahora ya era ayer… 26 de octubre.

7

Jack abrió una de las puertas de Cristal y entró en el vestíbulo del cine Sixplex. Se volvió para observar a Lobo, pero éste parecía —por lo menos de momento— bastante tranquilo. De hecho, Lobo se sentía relativamente optimista… de momento. No le gustaba estar en el interior de un edificio, pero al menos no se trataba de un coche. Aquí dentro reinaba un olor agradable… ligero y algo sabroso, aunque lo habría sido más de no tener un punto amargo y casi rancio. Lobo miró a su izquierda y vio una alacena de cristal llena de golosinas blancas. De allí procedía el buen olor.

—Jack —murmuró.

—¿Qué?

—Quiero algunas de esas cosas blancas, por favor, pero sin el pipí.

—¿Pipí? ¿De qué me hablas?

Lobo buscó una palabra más formal y la encontró: «Orina». Señaló una máquina en cuyo interior se encendía y apagaba una luz. El letrero decía: SABOR A MANTEQUILLA.

—Eso es una especie de orina, ¿verdad? Tiene que serlo, huele a orina.

Jack sonrió con condescendencia.

—Una palomita de maíz sin mantequilla, de acuerdo —contestó—. Ahora

cierra la boca, ¿quieres?

—Claro, Jack —respondió con humildad Lobo—. Aquí y ahora. La taquillera masticaba un gran pedazo de chicle hinchable con sabor a uva. Se quedó inmóvil al ver a Jack y a su encorvado y corpulento compañero. La goma de mascar, adherida a la lengua, parecía un gran tumor morado. Miró con los ojos en blanco al tipo que estaba tras el mostrador de las golosinas.

—Dos, por favor —dijo Jack, sacando el fajo de billetes sucios, de bordes doblados, entre los que se escondía uno solo de cinco dólares.

—¿Para qué película? —Sus ojos se pasearon del uno al otro, de Jack a Lobo y de éste a Jack. Parecía una espectadora de un partido de ping-pong.

—¿Qué película empieza ahora? —le preguntó Jack.

—Pues… —La chica bajó la vista para mirar la hoja sujeta con plástico transparente—. En la Sala 4, *El dragón volador*, que es una película de kung-fu con Chuck Norris. —De nuevo paseó los ojos de uno a otro—. Luego, en la *Sala* 6, hacen dos películas, dos dibujos de Ralph Bakshi: *Los Brujos y El señor de los anillos.*

Jack se sintió aliviado. Lobo no era más que un niño grande y a los niños les encantaban los dibujos. Esta idea podría resultar. Era posible que Lobo encontrara por lo menos una cosa divertida en el País de los Malos Olores y él podría dormir durante tres horas.

—Ésta —dijo—. Los dibujos.

—Son cuatro dólares —dijo ella—. Los precios matinales rebajados se terminan a las dos. —Apretó un botón y salieron dos entradas por una ranura con un ruido mecánico de chatarra. Lobo retrocedió con un pequeño grito.

La chica le miró con las cejas arqueadas.

—¿Está nervioso, señor?

—No, soy Lobo —contestó Lobo, sonriendo y enseñando demasiados dientes. Jack podría haber jurado que Lobo enseñaba más dientes ahora cuando sonreía que uno o dos días antes. La chica se quedó mirándolos, humedeciéndose los labios.

—Está bien, sólo que… —Jack se encogió de hombros—. No sale mucho de la granja, ¿sabe? —Le alargó su único billete de cinco dólares y ella lo cogió como si deseara hacerlo con un par de pinzas.

—Vamos, Lobo.

Cuando se volvieron hacia el puesto de golosinas y mientras Jack se guardaba el billete de vuelta en el bolsillo de sus mugrientos vaqueros, la taquillera dijo por señas al vendedor: *¡Fíjate en su nariz!*

Jack miró a Lobo y vio que las ventanas de su nariz se movían rítmicamente.

—Deja de hacer eso —susurró.

—¿Hacer qué, Jack?

—Eso con la nariz.

—Oh, lo intentaré, Jack, pero…

—Shhh.

—¿Puedo ayudarte, hijo? —preguntó el vendedor.

—Sí, por favor. Chicle de menta, caramelos y una papelina grande de palomitas de maíz sin la grasa.

El vendedor puso las tres cosas sobre el cristal. Lobo cogió la papelina de palomitas con ambas manos e inmediatamente comenzó a meterse grandes puñados en la boca.

El vendedor le miró en silencio.

—No. sale mucho de la granja —repitió Jack, pensando si estos dos habrían visto ya las suficientes cosas extrañas para llamar a la policía. Pensó, no por primera vez, que había una verdadera ironía en todo esto. Era probable que en Nueva York o Los Angeles nadie se hubiera vuelto a mirar dos veces a Lobo, y tres, absolutamente nadie. Al parecer, el nivel de tolerancia de lo anormal era mucho más bajo en el centro del país. Claro que Lobo habría echado a correr en cuanto hubiese llegado a Nueva York o Los Angeles.

—Ya lo veo —comentó el vendedor—. Son dos ochenta.

Jack pagó con un respingo interno al darse cuenta de que había gastado la cuarta parte de su fortuna para pasar una tarde en el cine.

Lobo sonreía al vendedor mientras masticaba un puñado de palomitas y Jack la reconoció como la Sonrisa Amistosa A + 1 de Lobo, pero dudaba de que el vendedor la viera así. Se veían demasiados dientes… como si tuviera cientos de ellos.

Al diablo, que llamen a la pálida si eso es lo que quieren —pensó con un cansancio que tenía más de adulto que de niño—. *No pueden retrasamos más de lo que ya nos hemos retrasado. No quiere subir a los nuevos coches porque no resiste el olor de la reacción catalítica y tampoco a los viejos porque huelen a*

gases quemados, sudor, gasolina y cerveza y es probable que no pueda viajar en ninguna clase de coche porque sufre una maldita claustrofobia. Confiesa la verdad, Jack-O, aunque sólo sea a ti mismo. Te engañas diciéndote que se acostumbrará muy pronto, porque quizá no lo haga nunca. Y entonces, ¿qué haremos? Cruzar Indiana a pie, supongo. Rectifico: Lobo cruzará Indiana a pie. Yo la cruzaré sobre sus hombros. Pero antes voy a meterle en este maldito cine y dormir hasta que las dos películas hayan terminado o hasta que lleguen los polis. Y éste es el final de mi historia, si, señor.—Bueno, que se diviertan —dijo el vendedor.

—Seguro que sí —replicó Jack, alejándose, y casi en seguida se dio cuenta de que Lobo no le seguía. Se hallaba mirando algo situado sobre la cabeza del vendedor con una expresión de arrobamiento casi supersticioso. Jack levantó la vista y vio que anunciaba la reposición de *Encuentros íntimos* de Steven Spielberg, en una pantalla flotando en el aire de los convectores.

—Vamos, Lobo —dijo.

8

Lobo supo que el asunto no funcionaría en cuanto hubieron pasado el umbral. La sala era pequeña, húmeda y oscura. Los olores eran terribles. Un poeta que oliese lo que Lobo olió en aquel momento podría haberlo llamado el hedor de los sueños agrios. Lobo no era poeta, sólo sabía que predominaba el olor de las palomitas de orina y sintió inmediatamente ganar de vomitar.

Entonces las luces se debilitaron aún más, convirtiendo la sala en una cueva.

—Jack —gimió, aferrándose al brazo del muchacho—, Jack, tendríamos que salir de aquí, ¿de acuerdo?

—Te gustará. Lobo —murmuró Jack, consciente del malestar de Lobo pero no de su magnitud. Después de todo. Lobo siempre estaba acongojado por algo. En este mundo, la palabra *congoja* le definía—. Ya lo verás.

—Está bien —dijo Lobo y Jack oyó el asentimiento pero no el débil temblor cuyo significado era que Lobo se aferraba con ambas manos al último baluarte de su autodominio. Se sentaron y Lobo ocupó el asiento de pasillo, con las

piernas dobladas de manera incómoda y con la. papelina de palomitas de maíz (que ya no le apetecían) apretada contra su pecho.

Delante de ellos ardió la llama amarilla de una cerilla. Jack olió el picante humo de la marihuana, tan familiar en el cine que se olvidaba en cuanto se había identificado. Lobo olió a un incendio forestal.

—¡Jack…!

—Shhh, que empieza la película.

Y me estoy durmiendo.

Jack no sabría nunca nada del heroísmo de Lobo en los próximos minutos. No siquiera Lobo era consciente de él, sólo sabía que debía tratar de resistir esta pesadilla por amor a Jack. *Debe ir todo bien* —pensó—; *mira, Lobo, Jack está a punto de dormirse, de quedarse dormido aquí y ahora. Y sabes muy bien que Jack no te llevaría a un Sitio Peligroso, así que resiste… limítate a esperar… ¡Lobo!… todo irá bien.*

Pero Lobo era un ser cíclico y su ciclo se estaba acercando al punto culminante del mes. Sus instintos se habían refinado de una manera exquisita, casi perfecta. Su mente racional le decía que estaría muy bien aquí dentro, que Jack no le habría traído de no ser así. Pero era como un hombre a quien le pica la nariz y se dice a sí mismo que no debe estornudar en la iglesia porque es una descortesía.

Sentado en aquella cueva oscura y apestosa, oliendo a incendio forestal y estremeciéndose cada vez que una sombra bajaba por el pasillo, esperaba de un momento a otro que alguien le atacara en la penumbra. Y entonces se abrió una ventana mágica en la entrada de la cueva y se quedó mirando, envuelto en el hedor de su propio terror, con los ojos muy abiertos y una expresión de pavor en el rostro, cómo chocaban y,volcaban unos coches, cómo ardían unos edificios y cómo se perseguían unos hombres.

—Avances… —murmuró Jack—. Ya te he dicho que te gustaría…

Había voces. Una decía *no fumar* y otra *no ensuciar el suelo.* Una decía *precios especiales a grupos y* otra *precios rebajados todos los días hasta las cuatro.*

—Lobo, nos han timado —murmuró Jack. Empezó a decir algo más pero se convirtió en un ronquido.

Una voz final añadió *yahoranuestrapelículaprincipal* y fue entonces cuando

Lobo perdió el control. *El señor de los anillos* de Bakshi estaba en sonido Dolby y el operador tenía órdenes de dar mucho volumen por las tardes, porque era cuando venían los jefes y a los jefes les gustaba el sonido Dolby muy alto.

Se oyó un chirrido discordante, un estruendo de latón. La ventana mágica volvió a abrirse y ahora Lobo pudo *ver* el incendio:

llamaradas anaranjadas y rojas.

Aulló y se levantó, estirando a Jack, que estaba más dormido que despierto.

—*¡Jack!* —gritó—. *¡Salgamos de aquí! ¡Hemos de salir! ¡Lobo! ¿Ves el fuego? ¡Lobo! ¡Lobo!*

—¡Que se siente ése de delante! —gritó alguien.

—¡Cállate, estúpido! —chilló otro.

La puerta del fondo de la Sala 6 se abrió.

—¿Qué pasa aquí?

—Lobo, ¡cállate! —silbó Jack—. Por el amor de Dios…

—¡AUUUUUUUUU-OOOOOOOOOOOOOOOOO! —aulló Lobo. Una mujer echó una buena ojeada a Lobo cuando la luz blanca del vestíbulo le iluminó. Profirió un grito y sacó a su niño pequeño estirándole por el brazo. Le *arrastró* literalmente; el niño se había caído de rodillas y se deslizaba por la alfombra sembrada de palomitas del pasillo central. Había perdido una zapatilla.

—¡AUUUUUUUUUUUUUU-
OOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOHHOOOOOOOO!

El fumador de marihuana, sentado tres filas más abajo, se volvió y les miró con vago interés. Sostenía una colilla encendida en una mano y hacía servir la otra de pantalla para su oreja.

—De… *lejos* —pronunció—. Los malditos hombres lobos de Londres atacan de nuevo, ¿verdad?

—Está bien —dijo Jack—, está bien, ya nos vamos. No hay ningún problema. Pero… pero no hagas esto otra vez, ¿quieres? ¿Quieres?

Condujo a Lobo hacia fuera. El cansancio había vuelto a enseñorearse de él.

La luz del vestíbulo le deslumbró, pinchándole los ojos. La mujer que se había llevado a rastras al niño estaba en un rincón abrazada a su hijo. Cuando vio a Jack salir con el todavía aullante Lobo por las puertas dobles de la Sala 6, cogió al niño y huyó corriendo.

El vendedor, la taquillera, el operador de la cabina y un hombre alto

embutido en un abrigo deportivo, que parecía un corredor de apuestas, formaban un apretado grupo. Jack supuso que el tipo del abrigo a cuadros y zapatos blancos era el director.

Las puertas de las otras salas de la colmena se abrieron un poco y unas caras se asomaron en la oscuridad para ver qué ocurría. Jack pensó que parecían tejones asomados a sus madrigueras.

—¡Fuera! —ordenó el hombre del abrigo a cuadros—: ¡Fuera! Ya he llamado a la policía y estará aquí dentro de cinco minutos. *Y un cuerno que has llamado* —pensó Jack, sintiendo un rayo de esperanza—. *No has tenido tiempo. Y si huimos inmediatamente, es posible, sólo posible, que no te molestes en hacerlo.*

—Ya nos vamos —dijo—. Escuche, lo siento. Es que… mi hermano mayor es epiléptico y acaba de tener un ataque. Nos hemos olvidado… de su medicina.

Al oír la palabra *epiléptico*, la taquillera y el vendedor retrocedieron. Era como si Jack hubiese nombrado la lepra.

—Vamos, Lobo.

Vio al director bajar la vista y fruncir los labios con repugnancia. Jack siguió su mirada y vio una amplia mancha oscura en la parte delantera del mono con pechera de Lobo. £1 mismo también se había mojado.

Lobo se dio cuenta y aunque muchas cosas del mundo de Jack eran extrañas para él, conocía por lo visto muy bien el significado de aquella mirada de desprecio porque prorrumpió en estentóreos sollozos de desconsuelo.

—*Jack, lo siento, ¡Lobo lo siente MUCHO!*

—Sácalo de aquí —dijo con desdén el director, dando media vuelta.

Jack puso un brazo alrededor de Lobo y le condujo hacia la puerta.

—Vamos, Lobo —dijo en voz baja, con auténtica ternura. Nunca había sentido tanto cariño por Lobo como en este momento—. Vamos, ha sido culpa mía, no tuya. Vamonos.

—Lo siento —dijo Lobo, llorando sin parar—. Soy un desastre, maldita sea, un desastre.

—Eres muy útil —aseguró Jack—. Vamonos.

Empujó la puerta y salieron al suave calor de finales de octubre.

La mujer y el niño estaban a unos veinte metros de distancia, pero cuando vio a Jack y a Lobo, retrocedió hasta su coche con el niño delante de ella, como

un gángster acorralado con un rehén.

—¡No le dejes acercarse a mí! —chilló—. ¡No dejes que ese monstruo se acerque a mi niño! ¿Me oyes? *¡No le dejes acercarse a mi!*

Jack pensó que debía decir algo para tranquilizarla, pero no se le ocurrió nada. Estaba demasiado cansado.

Él y Lobo se alejaron, cruzando el área de aparcamiento en diagonal. A medio camino, Jack se tambaleó y el mundo se difuminó unos instantes.

Fue vagamente consciente de que Lobo le cogía en brazos y le llevaba a cuestas, como a un bebé. También creyó advertir que Lobo lloraba.

—Jack, lo siento tanto, por favor, no odies a Lobo, puedo ser el bueno y viejo Lobo, espera y verás…

—No te odio —contestó Jack—, sé que eres… sé que eres el bueno y viejo…

Pero se quedó dormido antes de terminar. Cuando se despertó, era de noche y ya habían dejado atrás la ciudad de Muncie. Lobo se había apartado de las carreteras principales y metido en un laberinto de caminos comarcales y sendas. Totalmente orientado a pesar de la ausencia de señales y la multitud de encrucijadas, había continuado en dirección oeste con el instinto infalible de un ave migratoria.

Aquella noche durmieron en una casa vacía al norte de Cammack y por la mañana Jack tuvo la impresión de que su fiebre había remitido un poco.

A media mañana —a media mañana del 28 de octubre—, Jack se dio cuenta de que en las palmas de Lobo había vuelto a crecer el pelo.

Capítulo 19

JACK EN EL COBERTIZO

1

Aquella noche acamparon en las ruinas de una casa incendiada, a un lado de la cual había un extenso campo y al otro un bosquecillo. En el extremo del campo se levantaba una granja, pero Jack pensó que él y Lobo estarían más seguros si permanecían quietos dentro de la casa. Al anochecer. Lobo fue al bosque; caminaba despacio, con la cara muy cerca del suelo. Hasta que desapareció de su vista, Jack pensó que Lobo parecía un hombre miope buscando las gafas que se le habían caído. Estuvo muy nervioso (con visiones de Lobo atrapado en una trampa de acero, mordiéndose la pata con expresión sombría pero sin aullar…) hasta que Lobo regresó, casi erguido esta vez, cargado con unas plantas cuyas raíces pendían de sus dos puños.

—¿Qué llevas ahí. Lobo? —inquirió Jack.

—Medicinas —dijo Lobo con laconismo—, pero no son muy buenas, Jack. *¡Lobo! ¡Nada es* muy bueno en tu mundo!

—¿Medicinas? ¿Qué quieres decir?

Pero Lobo se negó a dar más explicaciones. Extrajo dos cerillas de madera del bolsillo de la pechera, encendió un fuego sin humo y pidió a Jack que buscara una lata. Jack encontró una lata de cerveza en la zanja; Lobo la olió y

arrugó la nariz.

—Más malos olores. Necesito agua, Jack, agua limpia. Iré yo a buscarla si tú estás demasiado cansado.

—Lobo, quiero saber qué te propones.

—Iré yo —dijo Lobo—. Hay una granja al otro lado del campo. *¡Lobo!* Allí tendrán agua. Tú descansa.

Jack se imaginó a la esposa del granjero mirando por la ventana de la cocina mientras lavaba los platos de la cena y viendo a Lobo merodear por su patio con una lata de cerveza en una mano peluda y un manojo de hierbas y raíces en la otra.

—No, iré yo —dijo.

La granja estaba a unos ciento cincuenta metros de donde habían acampado; las luces cálidas y amarillentas se veían con claridad a través del campo. Jack fue hasta allí, llenó sin incidentes la lata de cerveza bajo el grifo del cobertizo y dio media vuelta. Cuando había recorrido la mitad del camino se dio cuenta de que podía ver su sombra y miró hacia el cielo.

La luna, ya casi llena, asomaba por el horizonte del este.

Preocupado, Jack volvió al lado de Lobo y le dio la lata de agua. Lobo olfateó, hizo una mueca, pero no dijo nada. Puso la lata sobre el fuego y empezó a meter por la abertura trochos desmenuzados de las plantas. A los cinco minutos, más o menos, un vapor maloliente se elevó en el aire, mejor dicho, un hedor espantoso. Jack arrugó la nariz. No le cabía la menor duda de que el brebaje lo mataría. Seguramente de un modo lento y horrible.

Cerró los ojos y empezó a roncar ruidosa y teatralmente. Si Lobo creía que estaba dormido, no le despertaría. Nadie despertaba a los enfermos, ¿verdad? Y Jack estaba *enfermo;* la fiebre le había vuelto al anochecer y ahora todo su cuerpo ardía y de vez en cuando tenía escalofríos, a pesar de que sudaba por todos sus poros.

Mirando a través de las pestañas, vio a Lobo apartar la lata del fuego para que se enfriara. Entonces se recostó y miró hacia arriba, con las manos peludas abrazando sus rodillas y la cara soñadora y, en cierto modo, hermosa.

Está mirando la luna, pensó Jack con un principio de temor.*No nos acercamos al rebaño durante la transformación. ¡Por Jason, no! ¡Nos los comeríamos! Lobo, dime una cosa: ¿soy yo el rebaño ahora?*

Jack se estremeció.

Cinco minutos después —Jack casi se había dormido de verdad para entonces— Lobo se inclinó sobre la lata, olfateó, asintió, la cogió en sus manos y se acercó a donde Jack se apoyaba contra una viga ennegrecida por el fuego, con una camisa detrás de la cabeza a guisa de almohada. Jack cerró con fuerza los ojos y reanudó los ronquidos.

—Vamos, Jack —reprendió jovialmente Lobo—, sé que estás despierto. No puedes engañar a Lobo.

Jack abrió los ojos y miró a Lobo con cierto resentimiento.

—¿Cómo lo sabías?

—La gente huele a despierto y a dormido —explicó Lobo—. Incluso los Forasteros deben saber esto, ¿o no?

—Me parece que no lo sabemos —contestó Jack.

—De todos modos, has de beber esta medicina. Tómatela de un sorbo, Jack, aquí y ahora.

—No la necesito —dijo Jack. El olor que despedía la lata era mohoso y rancio.

—Jack —insistió Lobo—, también hueles a enfermo. Jack le miró sin decir nada.

—Sí —repitió Lobo—, y estás empeorando. No es grave, pero, ¡Lobo!, lo será si no tomas una medicina.

—Lobo, apuesto algo a que eres estupendo en eso de olfatear hierbas y otras cosas en los Territorios, pero ése es el País de los Malos Olores, ¿recuerdas? Es probable que aquí hayas metido ambrosía y zumaque venenoso y vicia amarga y…

—Son cosas buenas —interrumpió Lobo—, sólo que poco fuertes, malditas sean. —Lobo adoptó una expresión melancólica—. No todo huele mal aquí, Jack; también hay buenos olores, aunque son como las plantas medicinales: débiles. Creo que en otro tiempo fueron fuertes.

Lobo miró otra vez la luna con ojos soñadores y Jack volvió a sentirse intranquilo.

—Apuesto algo a que este lugar fue bueno en otros tiempos —dijo—. Limpio y lleno de fuerza…

—Lobo —interrumpió Jack en voz baja—, Lobo, te ha crecido de nuevo el

pelo de las palmas.

Lobo dio un respingo y miró a Jack. Por un instante —pudo ser su imaginación febril y, en todo caso, sólo duró un instante—, Lobo miró a Jack con un hambre clara y ávida. En seguida se sacudió, como para ahuyentar una pesadilla.

—Sí —contestó—, pero no quiero hablar de esto ni quiero que tú lo menciones. No importa, todavía no. *¡Lobo!* Bebe de una vez la medicina, Jack; es *todo* lo que tienes que hacer.

Era evidente que Lobo no aceptaría una negativa; si Jack no tomaba la medicina, Lobo creería su deber abrirle las mandíbulas y vertérsela en la boca.

—Recuerda que si me mata, tú te quedarás solo —dijo sombríamente Jack, cogiendo la lata, que aún estaba caliente.

Una expresión de terrible congoja apareció en el rostro de Lobo, que empujó hacia arriba sus gafas redondas.

—No quiero hacerte daño, Jack; Lobo nunca quiere hacer daño a Jack. —La expresión era tan franca y estaba tan llena de angustia, que habría resultado ridicula de no ser por su evidente sinceridad.

Jack cedió y bebió el contenido de la lata; no podía resistir aquella mirada de ansiedad ofendida. El sabor era tan horrible como había imaginado… y *por un momento, ¿no osciló el mundo? ¿No osciló como si él estuviera a punto de saltar a. los Territorios?*

—*¡Lobo!* —gritó—. *¡Lobo, cógeme la mano!* Lobo obedeció, ansioso y excitado a la vez.

—¡Jack! ¡Jacky! ¿Qué ocurre?

El sabor de la medicina empezó a desaparecer de su boca y al mismo tiempo sintió en el estómago un calor agradable, la clase de calor que le proporcionaba un sorbo de coñac en las pocas ocasiones en que su madre le había permitido beberlo. Y el mundo volvió a recuperar su solidez. Quizá aquella breve oscilación sólo había sido imaginaria… aunque Jack no lo creía.

Casi nos hemos ido. Durante un momento nos hemos acercado mucho. Quizá pueda hacerlo sin el zumo mágico… ¡Quizá si!

—¡Jack! ¿Qué pasa?

—Estoy mejor —respondió, sonriendo con un esfuerzo—. Me siento mejor, esto es todo. —Y descubrió que era cierto.

—También hueles mejor —dijo con alegría Lobo—. *¡Lobo! ¡Lobo!*

2

Continuó mejorando al día siguiente, pero estaba débil. Lobo le llevó «a caballo» y avanzaron un poco hacia el oeste. Al atardecer empezaron a buscar un sitio donde pasar la noche. Jack vislumbró un cobertizo de madera en un barranco pequeño y sucio, lleno de basura y neumáticos viejos. Lobo asintió sin hablar apenas. Había estado callado y de mal talante durante todo el día.

Jack concilio el sueño casi inmediatamente y se despertó alrededor de las once porque necesitaba orinar. Miró a su lado y vio que el lugar de Lobo estaba vacío. Pensó que habría ido a buscar hierbas para suministrarle el equivalente de una inyección de vitaminas. Arrugó la nariz, pero si Lobo quería darle a beber más brebaje, lo bebería. No cabía duda de que su estado había mejorado mucho.

Rodeó el cobertizo, un muchacho esbelto y erguido, con pantalones cortos, zapatillas sin cordones y camisa abierta. Orinó durante largo rato, mirando al cielo. Era una de aquellas noches engañadoras no muy infrecuentes en el medio oeste en octubre y principios de noviembre, poco antes de que el invierno se presente con una embestida intensa y cruel. Hacía un calor casi tropical y la brisa suave era como una caricia.

Sobre su cabeza flotaba la luna, blanca, redonda y bella, que proyectaba un resplandor claro y a la vez fantasmagórico sobre todas las cosas, iluminando y oscureciendo simultáneamente el paisaje. Jack la miró con fijeza, consciente de que estaba casi hipnotizado y sin que ello le importara mucho.

No nos acercamos al rebaño durante la transformación. ¡Por Jason, no!¿Soy yo el rebaño ahora. Lobo?

La luna tenía una cara. Jack vio sin sorpresa que era la cara de Lobo… pero sin ser franca y abierta y un poco sorprendida, llena de bondad y sencillez. Esta cara era estrecha, ah, sí, y oscura; oscura por el pelo, pero el pelo no importaba. Era oscura por la determinación.

No nos acercamos, nos los comeríamos, los comeríamos, los comeríamos, Jack, cuando nos transformamos los…

La cara de la luna, un claroscuro tallado en hueso, era la cara de un animal con las fauces abiertas y la cabeza inclinada en aquel momento final que antecede al salto, enseñando todos los dientes.

Los comeríamos, los mataríamos, los mataríamos, mataríamos, MATARÍAMOS, MATARÍAMOS.

Un dedo tocó el hombro de Jack y resbaló despacio hasta su cintura.

Jack estaba de pie con el pene en la mano, el prepucio entre el índice y el pulgar, contemplando la luna. Ahora brotó de él un nuevo y abundante chorro de orina.

—Te he asustado —dijo Lobo detrás de él—. Lo siento, Jack. Que Dios me maldiga.

Sin embargo, durante un instante Jack no creyó que Lobo lo sintiera.

Durante un instante le pareció que Lobo sonreía.

Y tuvo de repente la seguridad *de* que iba a ser devorado.

¿Una casa de ladrillo? —pensó con incoherencia—. *Ni siquiera tengo una casa de paja donde refugiarme.* Ahora llegó el miedo, un terror seco en las venas, más caliente que la fiebre más alta.*¿Quién teme al Lobo feroz, al Lobo feroz, al Lobo feroz…?*

—¡Jack!

Yo, Dios mío, yo temo al Lobo feroz…

Se volvió con lentitud.

La cara de Lobo, que sólo estaba cubierta de un ligero vello cuando los dos se habían acostado en el cobertizo, lucía ahora una poblada barba que empezaba más arriba de los pómulos, dando la impresión de juntarse con los cabellos de las sienes. En sus ojos brillaba una luz anaranjada.

—Lobo, ¿te encuentras bien? —preguntó Jack en un murmullo ronco y entrecortado. No podía hablar más alto.

—Sí —respondió Lobo—. He estado corriendo con la luna. Es hermosa. He corrido y corrido… mucho. Pero estoy bien, Jack.

—Lobo sonrió para demostrar que se encontraba bien, enseñando dos hileras de colmillos gigantes. Jack retrocedió, mudo por el terror. Era como mirar al interior de la boca del *Alien* de las películas.

Lobo vio su expresión y la congoja se reflejó en sus facciones cada vez más toscas y marcadas. Pero por debajo de la congoja

—y no muy por debajo— había algo más, algo que brincaba, sonreía y enseñaba los dientes. Algo que perseguiría a su presa hasta que ésta sangrara por el hocico en su terror, hasta que gimiera y suplicara. Algo que reiría mientras despedazara a la vociferante presa.

Algo que reiría aunque la presa fuera *él.*

En especial si era él.

—Jack, lo siento —dijo Lobo—. La hora… se acerca. Tendremos que hacer algo… Mañana. Tendremos que… tendremos que…

—Miró hacia arriba y la expresión hipnotizada distendió su rostro mientras lo levantaba hacia el cielo.

Levantó la cabeza y aulló.

Y Jack creyó oír —muy débilmente— al Lobo de la luna aullar como respuesta.

El horror le invadió, silencioso y total. Ya no durmió más aquella noche.

3

Al día siguiente, Lobo estaba mejor. Por lo menos, un poco mejor, pero enfermo por la tensión. Mientras intentaba explicar a Jack lo que debían hacer —del mejor modo posible para él—, un reactor voló sobre sus cabezas. Lobo se levantó de un salto, salió afuera y aulló al aparato, agitando los puños hacia el cielo. Sus pies peludos volvían a estar descalzos. Se habían hinchado, rompiendo los mocasines baratos.

Intentó explicar a Jack lo que debían hacer, pero sólo podía guiarse por antiguos cuentos y rumores. Sabía cómo era e] cambio en su propio mundo, pero intuía que podía ser mucho peor —más potente y más peligroso— en el país de los Forasteros. Y ahora la sintió, sintió aquella potencia dentro de sí y tuvo la seguridad de que esta noche, cuando la luna saliera, se enseñorearía de él.

Repitió una y otra vez que no quería hacer daño a Jack, que prefería matarse que causar daño a Jack.

4

Daleville era la ciudad pequeña más próxima. Jack llegó poco después de que el reloj de la audiencia diera las doce del mediodía y entró en la ferretería Bueno y Barato con una mano en el bolsillo donde tenia su disminuido fajo de billetes.

—¿Qué deseas, hijo?

—Quiero comprar un candado, señor —contestó Jack.

—Entonces, ven por aquí y les echaremos una mirada. Tenemos Yale, Mosler y Lok-Tite, el que más te guste. ¿Qué clase de candado necesitas?

—Uno grande —dijo Jack, mirando al empleado con sus ojos sombreados, un poco inquietantes. Su rostro estaba demacrado, pero seguía convenciendo con su extraña belleza.

—Uno grande —repitió el dependiente—. ¿Y para qué lo quieres, si puedo preguntarlo?

—Para mi perro —contestó Jack con voz firme. Una historia. Siempre querían una historia. Se había inventado ésta mientras venía del cobertizo donde habían pasado las dos últimas noches—. Lo necesito para mi perro. Tengo que encerrarte porque muerde.

5

El candado que eligió le costó diez dólares, por lo que salió con sólo diez dólares en el bolsillo. Le dolía gastar tanto y casi se había decidido por uno más barato… pero entonces recordó el aspecto de Lobo la noche anterior, mientras aullaba a la luna con un resplandor anaranjado en los ojos.

Pagó los diez dólares.

Enseñó el pulgar a todos los coches que pasaron para volver al cobertizo, pero ninguno hizo caso, naturalmente; quizá parecía demasiado excitado, demasiado frenético. No cabía duda de que así se sentía: excitado y frenético. El periódico que el dependiente de la ferretería le había dejado hojear prometía que

el sol se pondría exactamente a la seis de la tarde. La salida de la luna no se mencionaba, pero Jack calculó que no sería más tarde de las siete. Ya era la una y no tenía idea de dónde haría pasar la noche a Lobo.

Tienes que encerrarme, Jack —había dicho Lobo—, *tienes que encerrarme bien, porque si salgo haré daño a todo cuanto encuentre en mi camino y se deje coger. Incluso a ti, Jack, incluso a tí, de modo que debes encerrarme y no permitir que salga, haga lo que haga y diga lo que diga. Tres días, Jack, hasta que la luna empiece a adelgazar otra vez. Tres días… incluso cuatro, si no estás completamente seguro.* Sí, pero ¿dónde? Tenía que ser un lugar apartado de la gente, para que nadie pudiera oírle si —*cuando*, rectificó de mala gana— Lobo empezara a aullar. Y tenía que *ser* además un lugar mucho más resistente que el cobertizo donde pernoctaban ahora. Si Jack clavaba el bonito candado de diez dólares en la puerta de aquel lugar. Lobo derribaría la pared de atrás.*¿Dónde?*

Lo ignoraba, pero sabía que sólo disponía de seis horas para encontrar un sitio… quizá menos. Jack aceleró aún más el paso.

6

Hasta ahora había pasado por delante de varias casas vacías, pernoctado incluso en una de ellas y Jack no dejó de buscar, una vez hubo abandonado Daleville, viviendas que dieran la impresión de estar desocupadas: ventanas sin visillos ni cortinas, letreros de EN VENTA, hierba alta como el segundo escalón del porche y la falta de vida común a todas las casas deshabitadas. No es que esperase encerrar a Lobo en el dormitorio de un granjero durante los tres días de su transformación; Lobo sería capaz de derribar la puerta. Sin embargo, una de las granjas tenía una bodega que hubiera servido.

Una resistente puerta de roble encajada en la tierra, como una puerta de cuento de hadas, que daba acceso a una habitación sin paredes ni techo: una habitación subterránea, una cueva en la cual ningún ser viviente podía excavar una salida en menos de un mes. La bodega habría servido para encerrar a Lobo y el suelo y las paredes de tierra habrían impedido que se hiciera daño a sí mismo.

Pero la granja vacía y la bodega estaban a unos sesenta o setenta kilómetros

del cobertizo. No podrían recorrer esta distancia en el tiempo que faltaba para que saliera la luna. ¿Y estaría Lobo dispuesto a correr sesenta kilómetros con el único propósito de someterse a un encierro solitario y sin comida, tan cerca del momento de su transformación?

¿Y si ya había pasado demasiado tiempo? ¿Y si Lobo estaba demasiado cerca del momento crítico y se negaba a cualquier clase de confinamiento? ¿Y si aquel aspecto ávido y oscuro de su carácter predominaba de repente y empezaba a mirar a su alrededor en este extraño mundo nuevo, preguntándose dónde se escondía la comida? El gran candado que amenazaba con rasgar las costuras del bolsillo de Jack no serviría de nada.

Jack se daba cuenta de que podía retroceder, volver a Daleville y continuar su camino. En dos días llegaría a Lapel o Cicero y tal vez podría trabajar una tarde en un supermercado o como jornalero en una granja, ganar unos dólares para una comida o dos y continuar hasta la frontera de Illinois durante unos días. Illinois sería fácil, pensó Jack; ignoraba cómo lo haría, pero estaba bastante seguro de que podría llegar a Springfiel y la Thayer School sólo uno día o dos después de entrar en el estado.

Mientras vacilaba en la carretera, a pocos metros del cobertizo, Jack se preguntó, perplejo: ¿cómo explicaría la presencia de Lobo a Richard Sloat? ¿A su antiguo camarada de gafas redondas, corbata y zapatos de cuero fino? Richard Sloat era totalmente racional y, aunque muy inteligente, testarudo. Si no podía ver una cosa, era porque no existía. A Richard nunca le habían interesado los cuentos de hadas, ni siquiera de niño; las películas de Disney sobre hadas madrinas que convertían calabazas en carrozas y reinas malvadas que tenían espejos parlantes nunca le habían emocionado. Semejantes fantasías eran demasiado absurdas para reclamar la atención de Richard, ni a los seis ni a los ocho o diez años; en cambio, se entusiasmaba, por ejemplo, ante la fotografía de un microscopio electrónico. El entusiasmo de Richard se había volcado en el cubo de Rubik, que sabía resolver en menos de noventa segundos, pero Jack no creía que llegara a aceptar a un hombre lobo de dieciséis años y dos metros de estatura.

Por un momento, Jack se detuvo, indeciso, en la carretera; durante un momento pensó incluso que seria capaz de dejar atrás a Lobo y continuar solo su viaje al encuentro de Richard y después del Talismán.

¿Y si soy el rebaño?, se preguntó en silencio. Pero entonces recordó a Lobo bajando hasta la orilla del río en pos de sus pobres y aterrados animales y echándose al agua para salvarlos.

7

El cobertizo estaba vacío. En cuanto Jack vio la puerta abierta supo que Lobo se había marchado a alguna parte, pero bajó a trompicones por el barranco, sorteando los montones de basura, incrédulo. Lobo no podía haberse alejado más de unos metros y, no obstante, lo había hecho.

—He vuelto —llamó a gritos—. ¡Lobo! Ya tengo el candado. Sabía que hablaba consigo mismo y una ojeada al cobertizo se lo confirmó. Su mochila estaba sobre el pequeño banco de madera, al lado de un montón de revistas fechadas en 1973. En un rincón del cobertizo sin ventanas habían sido amontonados troncos de todas las medidas, como si alguien hubiese intentado sin mucho interés almacenar leña. Aparte de esto, no había nada más en el interior. Jack dio la espalda a la puerta abierta y miró hacia el barranco, sin saber qué hacer.

Entre las malas hierbas se veían algunos viejos neumáticos, un fajo de panfletos políticos descoloridos y medio podridos que aún ostentaban el nombre de LUGAR, una abollada matricula azul y blanca de Connecticut, botellas de cerveza con etiquetas tan desteñidas que ya eran blancas… pero ni rastro de Lobo. Jack levantó las manos para formar una bocina con ellas.

—¡Eh, Lobo! ¡Ya he vuelto! No esperaba respuesta y no la obtuvo. Lobo se había marchado.

—Mierda —dijo Jack y se puso las manos en las caderas. Emociones contradictorias, exasperación, alivio y ansiedad, se apoderaron de él. Lobo se había marchado con objeto de salvar la vida a Jack; tal tenía que ser el significado de su desaparición. En cuanto Jack se fue a Daleville, su compañero se habría esfumado, corriendo, con aquellas piernas infatigables, y ahora ya estaría a varios kilómetros de distancia, esperando que saliera la luna. En estos momentos. Lobo podía estar en cualquier parte.

Esta idea formaba parte de la ansiedad de Jack. Lobo podía haberse adentrado en el bosque visible al fondo del largo campo que bordeaba el barranco y en el bosque haberse hartado de conejos, ratones y cualquier otro animal que lo habitase: topos, tejones y todo el reparto de *El viento entre los sauces.* Lo cual habría sido muy conveniente. Sin embargo, Lobo también podía haber olfateado al ganado, fuera cual fuese, y estar ahora en un verdadero peligro. También, siguió pensando Jack, podía haber olfateado al granjero y a su familia. O aún peor, haberse dirigido a una de las ciudades que se encontraban al norte. Jack no podía estar seguro, pero creía que un Lobo transformado podía ser muy capaz de despedazar por lo menos a media docena de personas antes de que alguien lograse matarlo.

—Maldita sea, maldita sea, maldita sea —murmuró, empezando a trepar por el otro lado del barranco. No tenía muchas esperanzas de ver a Lobo; era muy probable que no volviera a verle nunca más. Al cabo de unos días leería en el periódico local de alguna ciudad pequeña la horrorizada descripción de la carnicería causada por un enorme lobo que por lo visto había aparecido en la Calle Mayor en busca de comida. Y habría más nombres. Más nombres como Thielke, Heidel, Hagen…

Al principio miró hacia la carretera, todavía con la esperanza de ver la forma gigantesca de Lobo alejándose hacia el este… resuelto a no encontrarse con Jack cuando éste volviera de Daleville. Pero la larga carretera estaba tan desierta como el cobertizo.

Naturalmente.

El sol, tan exacto como su reloj de pulsera, estaba bastante por debajo de su meridiano.

Jack se volvió, desesperado, hacia el largo campo y el lindero del bosque que lo limitaba. Nada se movía, a excepción de las puntas del rastrojo, que se inclinaba bajo la brisa fría y caprichosa.

CONTINÚA LA CAZA DEL LOBO ASESINO era uno de los titulares que leería al cabo de pocos días de camino.

Entonces se movió un peñasco del lindero del bosque y Jack se dio cuenta de que el peñasco era Lobo. En cuclillas, miraba fijamente a Jack.

—Oh, fastidioso hijo de perra —dijo Jack y en medio de su alivio reconoció que una parte de él se había alegrado secretamente de la marcha de Lobo. Se

dirigió hacia él.

Lobo no se movió, pero su postura se intensificó en cierto modo, volviéndose más consciente y eléctrica. El siguiente paso de Jack exigió más valor que los primeros.

Veinte metros más allá vio que Lobo había continuado cambiando. El pelo era más tupido y brillante, como si se lo hubiera lavado y secado al aire; y ahora la barba parecía comenzar realmente justo debajo de los ojos. El cuerpo entero, pese a estar en cuclillas, daba la impresión de ser más ancho y fuerte. Los ojos, refulgentes como fuego líquido, tenían la tonalidad anaranjada de la víspera de Todos los Santos.

Jack se obligó a acercarse un poco más. Casi se detuvo cuando creyó ver que Lobo tenía zarpas en lugar de manos, pero un momento después vio que tanto manos como pies estaban totalmente cubiertos de un pelo grueso y oscuro. Lobo seguía mirándole con sus ojos ardientes; Jack acortó la distancia que les separaba y luego se detuvo. Por primera vez desde que viera a Lobo guardando el rebaño junto a un río de los Territorios, no podía leer su expresión. Quizá Lobo se había vuelto ya demasiado diferente o quizá el pelo cubría demasiada parte de su cara. De lo único que Jack estaba seguro, era de que Lobo era presa de una emoción muy fuerte.

Se paró en seco a unos tres metros de distancia y se obligó a mirar a los ojos del hombre lobo.

—Ya se acerca, Jacky —dijo Lobo, abriendo la boca en la horrible parodia de una sonrisa.

—Creí que habías huido —contestó Jack.

—Me he sentado aquí para verte llegar. ¡Lobo! Jack no supo cómo interpretar esta declaración. En cierto modo le recordó a Caperucita Roja. Los dientes de Lobo no parecían especialmente afilados y fuertes.

—Ya tengo el candado —dijo, sacándoselo del bolsillo y enseñándoselo—. ¿Se te ha ocurrido algo mientras he estado fuera, Lobo?

Toda la cara de Lobo —ojos, dientes, todo— se encendió al mirar a Jack.

—Ahora eres el rebaño, Jacky —dijo y, levantando la cabeza, profirió un largo y potente aullido.

8

Un Jack Sawyer menos asustado podría haber dicho: «Deja de aullar, ¿quieres?» o «Si continúas así, acudirán todos los perros del condado», pero las dos frases se quedaron atascadas en su garganta. Estaba demasiado aterrado para pronunciar una palabra. Lobo volvió a dedicarle aquella sonrisa, como si anunciara cuchillos Ginsu por televisión, y se puso en pie sin esfuerzo. Las gafas estilo John Lennon parecían confundirse con el hirsuto final de su barba y el abundante pelo que le caía sobre las sienes. Jack tuvo la impresión de que medía por lo menos dos metros y medio y era tan pesado como los cuñetes de cerveza del bar Oatley.

—Tenéis buenos olores en este mundo, Jacky —dijo Lobo. Y Jack comprendió por fin su estado de ánimo. Lobo estaba exaltado. Era como un hombre que acabase de ganar una competición particularmente, difícil después de vencer enormes obstáculos. En el fondo de esta emoción triunfante persistía aquella cualidad alegre y salvaje que Jack había visto una vez.

—¡Buenos olores! ¡Lobo! ¡Lobo!

Jack dio un pequeño paso hacia atrás, preguntándose si el viento llevaba su olor a Lobo.

—Antes no decías nada bueno sobre él —observó, sin demasiada coherencia.

—Antes era antes y ahora es ahora —replicó Lobo—. Cosas buenas. Muchas cosas buenas… todo alrededor. Lobo las encontrará, puedes estar seguro.

Esto fue peor porque ahora Jack pudo ver —pudo casi sentir— una avidez franca y confiada, un hambre completamente amoral en los ojos de tono rojizo. Me comeré todo lo que cace y mate. Cazar y matar.

—Espero que ninguna de estas cosas buenas sean personas, Lobo —dijo en voz baja.

Lobo levantó la barbilla y profirió una serie de ruidos burbujeantes, mitad carcajada, mitad aullido.

—Lobo necesita comer —contestó y su voz también era gozosa—. ¡Oh, Jacky, cómo necesitan comer los Lobos! ¡COMER! ¡Lobo!

—Tendré que encerrarte en ese cobertizo —observó Jack—. ¿Te acuerdas. Lobo? ¿Recuerdas el candado? Esperemos que resista tus embestidas. Vamos

hacia allí ahora mismo. Lobo. Me estás asustando mucho.

Esta vez las carcajadas salieron en tropel del pecho de Lobo.

—¡Asustado! ¡Lobo ya lo sabe, Jacky! Hueles a asustado.

—No me sorprende —dijo Jack— Vamos ahora al cobertizo, ¿de acuerdo?

—Oh, yo no me meto en ese cobertizo —declaró Lobo, sacando una lengua larga y puntiaguda de entre sus mandíbulas—. Yo no, Jacky. Lobo no. Lobo no puede ir al cobertizo. —Las mandíbulas se abrieron más y los dientes brillaron —. Lobo se acuerda, Jacky. ¡Lobo! ¡Aquí y ahora! ¡Lobo se acuerda!

Jack retrocedió.

—Más olor de miedo. Incluso en tus zapatos. ¡En tus zapatos, Jacky!¡Lobo!

Unos zapatos que olieran a miedo eran por lo visto algo muy cómico.

—Lo que debes recordar es que has de entrar en ese cobertizo.

—¡Te equivocas! ¡Lobo! *Tú* entrarás en el cobertizo, Jacky! ¡ Me acuerdo! ¡ Lobo! .

Los ojos del hombre lobo cambiaron de un ardiente anaranjado rojizo a una suave y satisfecha tonalidad morada.

—Me acuerdo del *Libro del buen agricultor,* Jacky. De la historia del Lobo que «no quería lastimar a su rebaño». ¿La recuerdas, Jacky? El rebaño entra en el corral. ¿Lo recuerdas? La puerta se cierra con candado. Cuando el Lobo sabe que se acerca su cambio, el rebaño entra en el corral y el candado se cierra. No quería lastimar a su rebaño. —Las mandíbulas volvieron a abrirse y la lengua larga y oscura se onduló en la punta en una perfecta imagen de felicidad—. ¡No! ¡No! ¡No lastimar al rebaño! ¡Lobo! ¡Ahora y aquí mismo!

—¿Quieres que permanezca encerrado en el cobertizo durante tres días? —preguntó Jack.

—Tengo que comer, Jacky —respondió con sencillez Lobo y el muchacho vio que sus ojos cambiantes le echaban una mirada oscura, rápida y siniestra—. Cuando la luna me lleva consigo, tengo que comer. Buenos olores aquí, Jacky. Mucha comida para Lobo. Cuando la luna me deje libre, Jacky saldrá del cobertizo.

—¿Y qué ocurrirá si yo no quiero estar encerrado durante tres días? —preguntó Jack.

—Entonces Lobo comerá a Jacky. Y será condenado.

—Todo esto figura en el *Libro del buen agricultor,* ¿verdad? Lobo asintió

con la cabeza.

—Me he acordado. Me he acordado a tiempo, Jacky. Mientras te esperaba.

Jack aún estaba intentando adaptarse a la idea de Lobo. Tendría que pasar tres días sin comer. Lobo vagaría a su antojo. Él estaría prisionero y Lobo dispondría de todo el mundo. Sin embargo, quizá era la única manera de que pudiera sobrevivir a la transformación de Lobo. Si le daban a elegir entre un ayuno de tres días y la muerte, optaba por el estómago vacío. Y de pronto comprendió que esta inversión no era una inversión en realidad:

él continuaría siendo libre, aun encerrado en el cobertizo, y Lobo continuaría siendo un prisionero aunque dispusiera de todo el mundo. Su jaula sería más grande que la de Jack, nada más.

—Entonces que Dios bendiga al *Libro del buen agricultor,* porque a mí no se me habría ocurrido nunca.

Lobo volvió a dirigirle una mirada radiante y luego miró el cielo con una expresión enigmática y nostálgica.

—Ya no tardará ahora, Jacky. Eres el rebaño. Tengo que encerrarte.

—Está bien —dijo Jack—. Supongo que debes hacerlo. Y esto también resultó extraordinariamente gracioso para Lobo, que profirió su risa aullante, cogió a Jack por la cintura y lo llevó en andas hasta el otro extremo del campo.

—Lobo cuidará de ti, Jack —dijo cuando se hubo cansado de aullar, mientras depositaba suavemente al muchacho en el borde superior del barranco.

—Lobo —dijo Jack.

Lobo abrió las mandíbulas y empezó a rascarse la ingle.

—No puedes matar a las personas, recuérdalo. Si has recordado aquella historia, también puedes recordar que no debes matar a las personas. Si lo haces, no te quepa duda de que te cazaré. Si matas a alguna persona, sólo a una, mucha gente vendrá a matarte a ti. Y te encontrarán. Lobo, te lo prometo. Clavarían tu pellejo a una tabla.

—A personas no, Jacky. Los animales huelen mejor que las personas. Ninguna persona. ¡Lobo!

Bajaron hasta el fondo del barranco. Jack sacó el candado del bolsillo y lo cerró varias veces alrededor del aro de metal que lo sujetaría, enseñando a Lobo cómo se usaba la llave.

—Después deslizas la llave por debajo de la puerta, ¿entendido? Cuando

vuelvas, ya cambiado, te la pasaré por el mismo sistema. —Jack echó una ojeada a la parte inferior de la puerta; había una rendija de cinco centímetros entre ella y la tierra.

—Muy bien, Jacky. Me la pasarás por debajo.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora? —preguntó Jack—. ¿Debo entrar ya en el cobertizo?

—Siéntate aquí —dijo Lobo, señalando un lugar en el suelo del cobertizo, a unos treinta centímetros de la puerta.

Jack le miró con curiosidad y luego entró y se sentó. Lobo se puso en cuclillas justo delante de la puerta y, sin mirar siquiera a Jack, le alargó la mano. Jack la tomó; era como coger un animalito peludo del tamaño de un conejo. Lobo apretó con tanta fuerza que Jack estuvo a punto de gritar, pero no creía que Lobo le hubiese oído aunque hubiera gritado. Volvía a mirar hacia arriba, con el rostro soñador, sereno y extasiado. Al cabo de uno o dos segundos, Jack pudo mover un poco la mano dentro de la de Lobo para sentirse más cómodo.

—¿Vamos a estar así mucho rato? —preguntó. Lobo tardó casi un minuto en contestar.

—Hasta… —dijo, estrechando de nuevo la mano de Jack.

9

Permanecieron así, sentados a ambos lados del umbral, durante horas, en silencio, hasta que la luz empezó a palidecer. Lobo temblaba casi imperceptiblemente desde hacía veinte minutos y cuando el aire se oscureció, el temblor de su mano aumentó en intensidad. Como debe temblar un purasangre antes de comenzar la carrera —pensó Jack— esperando el pistoletazo y la apertura de la puerta.

—Ya empieza a llevarme con ella —murmuró Lobo—. Pronto correremos juntos, Jack. Ojalá pudieras venir tú también.

Volvió la cabeza para mirar a Jack y éste vio que aunque Lobo había hablado con franqueza, una parte importante de él decía en silencio: *Podría correr tras de ti además de contigo, amiguito.*

—Supongo que ya debemos cerrar la puerta —dijo Jack y trató de desasirse de la mano de Lobo, pero no pudo hasta que Lobo le soltó casi con desprecio.

—Encierro dentro a Jacky y encierro fuera a Lobo. —Sus ojos llamearon un momento, convirtiéndose en los ojos rojos y líquidos de Elroy.

—Recuerda, debes cuidar del rebaño —dijo Jack, retrocediendo hasta el centro del cobertizo.

—El rebaño entra en el corral y el candado se cierra. No Quiere Lastimar al Rebaño. —Los ojos de Lobo dejaron de echar chispas y volvieron a ser anaranjados.

—Pon el candado en la puerta.

—Maldita sea, es lo que estoy haciendo —contestó Lobo—, poniendo el maldito candado en la maldita puerta, ¿no lo ves?

—Cerró la puerta con un golpe, dejando inmediatamente a Jack en plena oscuridad—. ¿Oyes esto, Jacky? Es el maldito candado.

—Jack oyó el clic del candado al cerrarse en torno al aro de metal y luego el engarzado de las armellas.

—Ahora la llave —dijo Jack.

—La maldita llave, aquí y ahora mismo —respondió Lobo y se oyó el ruido de la llave al entrar y salir de la cerradura. Un segundo después la llave rebotó contra el suelo polvoriento de debajo de la puerta con la fuerza suficiente para ir dando saltitos hasta los listones de madera del cobertizo.

—Gracias —suspiró Jack, agachándose y palpando los listones hasta que tocó la llave. Por un momento la apretó tanto contra la palma que casi la grabó en su piel;la magulladura, de la misma forma que el estado de Florida, le duraría casi cinco días, aunque él no se fijara en ello por la excitación de ser arrestado. Después se la guardó cuidadosamente en el bolsillo. Fuera, Lobo jadeaba a sacudidas regulares y nerviosas.

—¿Estás enfadado conmigo. Lobo? —murmuró Jack a través de la puerta.

Un puño aporreó la puerta del cobertizo.

—¡No! ¡No estoy enfadado! ¡Lobo!

—Muy bien —dijo Jack—. Recuérdalo, Lobo, ninguna persona. O te perseguirán y te matarán.

—¡Ninguna persooOOOOOUUUUUUUUJJJOOOOO! —La palabra terminó en un largo y confuso aullido. El cuerpo de Lobo se abalanzó contra la

puerta y sus pies largos y peludos se introdujeron por la rendija de abajo. Lobo había aplanado todo el cuerpo contra la puerta del cobertizo.

—No estoy enfadado, Jack —murmuró Lobo, como si su aullido le hubiese avergonzado—. Lobo no está enfadado. Lobo está *hambriento*, Jacky. Ya falta poco, maldita sea, ¡muy poco!

—Lo sé —dijo Jack, con súbitos deseos de echarse a llorar; habría querido abrazar a Lobo. Y también deseaba (esto con más fuerza) haberse quedado más días en la granja y estar ahora ante una bodega, con Lobo preso en su interior.

Le asaltó de nuevo la extraña e inquietante idea de que Lobo estaba preso y seguro.

Los pies de Lobo desaparecieron de la rendija y Jack los imaginó más concentrados, delgados y estrechos.

Lobo gruñó, jadeó y volvió a gruñir. Se había apartado de la puerta. Profirió un sonido muy semejante a «Aaaah».

—¡Lobo! —llamó Jack.

Un aullido ensordecedor sonó más arriba del cobertizo. Lobo había trepado hasta el borde del barranco.

—Ten cuidado —dijo Jack, sabiendo que Lobo no podía oírle y temiendo que no le comprendería aunque estuviera lo bastante cerca para oír su recomendación.

Poco después se sucedieron una serie de aullidos: el sonido de un ser liberado o el sonido lleno de desesperación de alguien que se despierta y encuentra todavía prisionero; Jack no pudo decidir cuál de los dos. Tristes, salvajes y de una belleza extraña, los gritos del pobre Lobo saltaban al aire bañado por la luna como pañuelos lanzados a la noche. Jack no supo que estaba temblando hasta que cruzó los brazos y sintió que le vibraban contra el pecho y que éste también parecía vibrar.

Los aullidos disminuyeron al alejarse. Lobo corría con la luna.

10

Durante tres días y tres noches. Lobo se entregó a una búsqueda de comida

casi incesante. Dormía desde el amanecer hasta pasado el mediodía en un hueco que descubrió bajo el tronco caído de un roble. No se sentía prisionero en absoluto, pese a los presentimientos de Jack. El bosque del otro lado del campo era extenso y en él abundaba la dieta natural de un lobo. Ratones, conejos, gatos, perros, ardillas… Encontró muchos y con facilidad. Podría haber permanecido en el bosque y comido más que suficiente para alimentarse hasta la próxima transformación.

Pero Lobo corría con la luna y era tan incapaz de limitarse al bosque como lo habría sido detener el proceso de su cambio. Vagó, conducido por la luna, por corrales y pastos, ante aisladas casas suburbanas y por carreteras en construcción donde tractores y apisonadoras gigantescas y asimétricas esperaban en los bordes como dinosaurios dormidos. La mitad de su inteligencia estaba en su sentido del olfato y no es una exageración sugerir que la nariz de Lobo, siempre sensible, había alcanzado ahora la cualidad de genial. No sólo podía oler un corral lleno de gallinas a ocho kilómetros de distancia y distinguir sus olores de las vacas, los cerdos y los caballos de la misma granja —esto era elemental—, sino también los movimientos de las gallinas. Olía si uno de los cerdos dormidos tenía una pata lastimada y una de las vacas del establo una úlcera en las ubres.

Y este mundo —porque, ¿acaso no era la luna de este mundo la que le conducía?— ya no apestaba a productos químicos y a muerte. Un estado de cosas más antiguo, más primitivo, le sorprendió en sus viajes. Respiraba los últimos restos de la dulzura y la fuerza original de la tierra, de las cualidades que nosotros quizá compartimos en un tiempo con los Territorios. Incluso cuando se aproximaba a una vivienda humana, incluso cuando rompía la columna vertebral del perro de la familia y lo despedazaba para comérselo, Lobo era consciente de unos ríos frescos y puros que fluían bajo tierra y de una nieve brillante sobre el pico de una montaña que se elevaba en algún lugar lejano del oeste. Parecía el lugar perfecto para un Lobo transformado, y si hubiera matado a un ser humano habría sido maldito.

No mató a ninguna persona.

No vio a ninguna y quizá fue por esto. Durante los tres días de su cambio, Lobo mató y devoró a representantes de la mayoría de otras formas de vida existentes en el este de Indiana, incluyendo a una mofeta y a toda una familia de linces que vivían en cuevas de piedra caliza en la ladera de una colina a dos

valles de distancia. En su primera noche en el bosque atrapó entre las mandíbulas a un murciélago que volaba bajo, lo decapitó de un mordisco y tragó el resto mientras aún se estremecía. Escuadrones de gatos domésticos y pelotones de perros bajaron por su garganta. Con alegría salvaje y reconcentrada, sacrificó una noche a todos los cerdos de una pocilga grande como una manzana de casas.

Sin embargo, Lobo descubrió en dos ocasiones que tenía misteriosamente prohibido matar a su presa y esto también le hizo sentir a gusto en el mundo donde cazaba. Fue una cuestión de lugar, no de cualquier escrúpulo moral abstracto y, superficialmente, los lugares no parecían tener nada de particular. Uno fue un claro del bosque en el que se adentró persiguiendo a un conejo, el otro, el sucio patio trasero de una granja donde gemía un perro encadenado a una estaca. En el mismo instante en que puso la zarpa en dichos lugares, se le erizaron los pelos del cuello y un hormigueo eléctrico le recorrió la espina dorsal. Eran lugares sagrados y un Lobo no podía matar en un lugar sagrado. Esto era todo. Como todos los lugares sagrados, habían sido establecidos hacía mucho tiempo, tanto que podría haberse empleado la palabra *antiguo* para describirlos; *antiguo* es probablemente la calificación más idónea para representar el vasto pozo de tiempo que Lobo percibió a su alrededor en el patio trasero de la granja y en el pequeño claro; una densa capa de años acumulados en un lugar reducido y de carga altamente condensada. Lobo se limitó a retroceder ante el terreno sagrado y correr en otra dirección. Como los hombres alados que había visto Jack, Lobo vivía en un misterio y por ello no le inmutaban todas esas cosas.

Y no olvidó sus obligaciones para con Jack Sawyer,

11

En el cobertizo cerrado con llave, Jack se halló a merced de su propia mente y su propio carácter de un modo mucho más absoluto que en cualquier otra época de su vida.

El único mobiliario del cobertizo era el pequeño banco de madera y la única

distracción, las revistas fechadas casi diez años atrás. Y no podía leerlas. Como no había ventanas, apenas podía ver los grabados de las páginas al amanecer, cuando la luz entraba por debajo de la puerta. Las palabras eran hileras de gusanos grises, indescifrables. No podía imaginar cómo pasaría los tres días siguientes. Jack fue hacia el banco, chocó con él, haciéndose daño en la rodilla, y se sentó a pensar.

Una de las primeras cosas que aprendió fue que el tiempo en el cobertizo era diferente del tiempo en el exterior. Fuera del cobertizo, los segundos pasaban de prisa y se fundían en minutos que a su vez se fundían en horas. Días enteros transcurrían como metrónomos, y también semanas enteras. En el cobertizo, los segundos se negaban obstinadamente a moverse y se dilataban, formando segundos monstruosos, segundos de plástico. Fuera podía pasar hasta una hora mientras en el interior del cobertizo se hinchaban y estiraban cuatro o cinco segundos.

Lo segundo que aprendió Jack fue que pensar en la lentitud del tiempo empeoraba todavía más la situación. Cuando uno empezaba a concentrarse en el paso de los segundos, éstos se negaban en redondo a moverse, así que intentó medir las dimensiones de su celda, sólo para apartar de su mente la eternidad de los segundos requeridos para formar tres días. Poniendo un pie delante de otro y contando los pasos, calculó que el cobertizo medía aproximadamente dos metros y trece centímetros por dos metros y setenta y cuatro centímetros. Por lo menos habría espacio suficiente para poderse estirar por la noche.

Si andaba siguiendo los paredes del cobertizo, recorrería unos nueve metros y setenta y cinco centímetros.

Si rodeaba el interior del cobertizo ciento sesenta y cinco veces, andaría un kilómetro y seiscientos nueve metros.

No podría comer, pero desde luego podía andar. Se quitó el reloj y se lo guardó en el bolsillo, prometiéndose que sólo lo miraría cuando fuese absolutamente imprescindible.

Había recorrido ya casi medio kilómetro cuando recordó que en el cobertizo no había agua. Ni comida ni agua. Supuso que se tardaba tres o cuatro días en morir de sed. Si Lobo volvía a buscarle, todo iría bien; bueno, no muy bien, pero al menos estaría vivo. Pero, ¿y si no volvía? Tendría que derribar la puerta.

En este caso, pensó, sería mejor que lo intentase ahora, mientras aún tenía

fuerzas.

Fue hacia la puerta y la empujó con las dos manos. La empujó con más impulso y los goznes chirriaron. Para ver qué pasaba, se lanzó contra la puerta con el hombro, por el lado opuesto a los goznes. Se hizo daño en el hombro pero no le pareció que la puerta hubiese cedido en absoluto. Volvió a golpearla con el hombro; los goznes chirriaron de nuevo pero no se movieron ni un milímetro. Lobo habría podido derribar la puerta con una mano, pero él no sería capaz de moverla aunque se machacara el hombro. No tenia más remedio que esperar a Lobo.

A medianoche, Jack había recorrido once o doce kilómetros; había perdido la cuenta de las veces que había llegado a ciento sesenta y cinco, pero debían ser unos doce kilómetros. Estaba sediento y el estómago le rumoreaba. El cobertizo apestaba a orina, porque se había visto obligado a orinar contra la pared del fondo, donde una rendija significaba que al menos una parte del chorro caía fuera. Se sentía cansado, pero no creía que podría dormir. Según el reloj, hacía apenas cinco horas que estaba en el cobertizo, pero según el tiempo de su celda, tenía la impresión de que eran veinticuatro. Le daba miedo acostarse.

Su mente no le dejaba en paz; éste era el problema. Había intentado hacer listas de todos los libros leídos aquel año, de todos los profesores que había tenido, de todos los jugadores del Los Angeles Dodgers… pero imágenes inquietantes y desordenadas no cesaban de interrumpir. Veía continuamente a Morgan Sloat practicando un agujero en el aire. La cara de Lobo flotaba bajo el agua y sus manos se deslizaban como pesadas algas. Jerry Bledsoe se convulsionaba y retorcía delante del tablero de interruptores, con las gafas derretidas sobre la nariz. Los ojos de un hombre se volvían amarillos y su mano se convertía en garra. La dentadura postiza de tío Tommy centelleaba en el arroyo del Sunset Strip. Morgan Sloat se acercaba a él con la calvicie poblada de repente por cabellos negros… Pero en realidad tío Morgan se acercaba a su madre, no a él.

—Canciones de Fats Waller —dijo, iniciando otro circuito en la oscuridad—. *Tus pies son demasiado grandes. No me porto mal, Vals jitterbug. No hagamos más travesuras.*

Aquello llamado Elroy alargaba la mano hacia su madre, murmurando palabras obscenas y le tocaba la parte baja de la cadera.

—Países de Centroamérica. Nicaragua. Honduras. Guatemala. Costa Rica…

Incluso cuando estuvo tan cansado que por fin se acostó y acurrucó sobre el suelo como una bola, usando la mochila como almohada, Eiroy y Morgan Sloat continuaron ocupando su mente. Osmond hizo restallar su látigo sobre la espalda de Lily Cavanaugh y los ojos de Jack rodaron dentro de las órbitas. Lobo se irguió, gigantesco, absolutamente inhumano, y recibió un impacto de rifle en pleno corazón.

Le despertó la primera luz y olió a sangre. Todo su cuerpo le pidió agua y luego comida. Jack gimió. Sería imposible sobrevivir a tres noches como ésta. El ángulo bajo de la luz del sol le permitió ver confusamente las paredes y techo del cobertizo. Todo parecía más grande que la noche anterior. De nuevo tenía necesidad de orinar, aunque apenas podía creer que su cuerpo pudiera perder más líquido. Al final se dio cuenta de que el cobertizo parecía más grande porque estaba echado en el suelo.

Entonces volvió a oler sangre y miró de soslayo, hacia la puerta. Los cuartos traseros despellejados de un conejo habían sido introducidos por la rendija. Yacían desparramados sobre los toscos tablones, sanguinolentos y brillantes. Las manchas de suciedad y una marca alargada demostraban que la carne había sido empujada hasta el interior por la estrecha abertura. Lobo intentaba alimentarle.

—¡Oh, Dios santo! —gimió Jack. Las patas despellejadas del conejo tenían un desconcertante aspecto humano. A Jack se le encogió el estómago, pero en lugar de vomitar, rió, sobresaltado por una comparación absurda. Lobo era como el animal predilecto de la familia que todas las mañanas obsequia a sus amos con un pájaro muerto o un ratón destripado.

Con dos dedos, Jack cogió delicadamente la horrible ofrenda y la depositó bajo el banco. Aún sentía deseos de reír, pero sus ojos estaban húmedos. Lobo había sobrevivido a la primera noche de su trasformación y él también.

A la mañana siguiente apareció un pedazo de carne casi ovoide, absolutamente anónimo, alrededor de un hueso muy blanco, astillado en ambos extremos.

12

Por la mañana del cuarto día, Jack oyó a alguien deslizarse por el barranco. Chilló un ave asustada, que levantó el vuelo con mucho ruido desde el tejado del cobertizo. Unos pasos pesados avanzaron hacia la puerta. Jack se incorporó sobre los codos y parpadeó en la oscuridad.

Un cuerpo de gran tamaño se apoyó en la puerta y se inmovilizó allí. Por la rendija se veía un par de mocasines baratos, manchados y llenos de agujeros.

—¿Eres Lobo? —preguntó Jack en voz baja—. Eres tú, ¿verdad?

—Dame la llave, Jack.

Jack se metió la mano en el bolsillo, sacó la llave y la empujó justo entre los mocasines. Apareció una mano grande y marrón, que recogió la llave.

—¿Has traído agua? —preguntó Jack. A pesar de lo que había podido extraer de los macabros regalos de Lobo, estaba muy cerca de una grave deshidratación; tenía los labios hinchados y cortados y la lengua abultada y reseca. La llave entró en la cerradura y Jack oyó un clic.

Entonces Lobo abrió el candado de la puerta.

—Un poco —contestó—. Cierra los ojos, Jacky. Ahora tienes ojos nocturnos.

Jack se tapó los ojos con las manos mientras se abría la puerta, pero la luz que entró a raudales en el cobertizo pudo introducirse entre sus dedos y pincharle los ojos. El dolor le hizo silbar.

—Pronto estarás mejor —dijo Lobo, muy cerca de él. Le rodeó con sus brazos y le levantó—. Manten los ojos cerrados —advirtió, saliendo de espaldas del cobertizo.

Cuando Jack murmuró «Agua» y sintió el borde oxidado de una lata vieja contra los labios, adivinó por qué Lobo no se había entretenido en el cobertizo. El aire libre parecía de una frescura y una dulzura increíbles, como importado directamente de los Territorios. Sorbió dos cucharadas de agua que le supieron como el mejor manjar del mundo y le bajaron por el cuerpo como un arroyo centelleante que hiciera revivir todo lo que tocaba. Tuvo la sensación de que le estaban regando.

Lobo apartó la lata de sus labios mucho antes de que Jack considerase que había bebido lo suficiente.

—Si te doy más, la vomitarás —dijo Lobo—. Abre los ojos, Jack, pero sólo un poco.

Jack obedeció. Un millón de partículas de luz invadieron sus ojos. Profirió un grito.

Lobo se sentó, con Jack en su regazo.

—Bebe —dijo, llevando otra vez la lata a los labios de Jack— y abre un poco más los ojos.

Ahora la luz del sol ya dolía menos. Jack vio un deslumbrante resplandor a través de la pantalla de las pestañas, mientras otro milagroso reguero de agua le bajaba por la garganta.

—Ah —exclamó—, ¿qué hace al agua tan deliciosa?

—El viento del oeste —replicó Lobo con prontitud. Jack abrió más los ojos. El brillo deslumbrador cedió el paso al oscuro marrón del cobertizo y la mezcla de verde y marrón más claro del barranco. Apoyó la cabeza contra el hombro de Lobo. El estómago abultado de éste le apretaba la espalda.

—¿Estás bien, Lobo? —preguntó—. ¿Has encontrado suficiente comida?

—Los lobos siempre encuentran suficiente comida —contestó brevemente Lobo, dando una palmadita al muslo de Jack.

—Gracias por traerme esos trozos de carne.

—Te lo prometí. Eras el rebaño. ¿Lo recuerdas?

—Oh, sí, lo recuerdo —dijo Jack—. ¿Puedo beber un poco más de agua? — Se deslizó de la falda de Lobo y se sentó en ei suelo, frente a él.

Lobo le alargó la lata. Volvía a llevar las gafas de John Lennon; su barba era poco más que un vello corto que le cubría las mejillas; sus cabellos negros, aunque todavía largos y grasientos, no le llegaban a los hombros. Su rostro era cordial y sereno, casi fatigado. Lucía sobre el mono una camiseta gris, dos tallas demasiado pequeña, con la inscripción delantera DEPARTAMENTO DE ATLETISMO DE LA UNIVERSIDAD DE INDIANA.

Se parecía más a un ser humano corriente que cuando Jack le había conocido. No daba la impresión de haber aprobado el más sencillo curso académico, pero podía ser un gran jugador de fútbol de un colegio de segunda enseñanza.

Jack bebió otro sorbo; Lobo tenia la mano preparada para quitarle la lata si se atragantaba al beber.

—¿De verdad estás bien?

—Aquí y ahora mismo —contestó Lobo. Se pasó la otra mano por, el vientre, tan distendido que la parte inferior de la camiseta se lo moldeaba como guante de goma—. Sólo cansado. He dormido poco, Jack. Aquí y ahora.

—¿De dónde has sacado esta camiseta?

—Estaba colgada de una cuerda —respondió Lobo— Aquí hace frío, Jacky.

—No hiciste daño a ninguna persona, ¿verdad?

—A ninguna. ¡Lobo! Anda, bebe un poco más, pero despacio. Sus ojos adquirieron durante un segundo un feliz y desconcertante matiz anaranjado y Jack vio que nunca podría decirse de Lobo que se parecía a un ser humano corriente. Entonces abrió su gran boca y bostezó.

—He dormido poco.

Adoptó una posición más cómoda en la pendiente, apoyó la cabeza y, casi inmediatamente, se quedó dormido.

-III-

Colisión de mundos

Capítulo 20

EN MANOS DE LA LEY

1

A las dos de aquella tarde estaban a ciento sesenta kilómetros más al oeste y Jack Sawyer se sentía como si también él hubiese corrido con la luna, de tan fácil que había sido. A pesar del hambre devoradora, Jack sorbió despacio el agua de la lata oxidada y esperó a que Lobo se despertara. Por fin éste empezó a moverse, dijo: «Ahora ya estoy listo, Jack», cargó con el muchacho sobre su espalda y trotó hasta Daleville.

Mientras Lobo se sentaba en el bordillo de la acera y trataba de pasar inadvertido, Jack entró en la principal hamburguesería de la localidad. Se obligó a ir primero al lavabo, donde se desnudó hasta la cintura. Incluso en el retrete, el tentador aroma de la carne asada le inundó la boca de saliva. Se lavó las manos, los brazos, el pecho y la cara y luego puso la cabeza bajo el grifo y se lavó los cabellos con jabón líquido. Las toallas de papel iban cayendo al suelo una tras otra.

Por fin se encontró dispuesto a acercarse al mostrador. La camarera uniformada le miró con fijeza mientras él pedía lo que deseaba; Jack lo atribuyó a sus cabellos mojados, pero tampoco dejó de mirarle descaradamente mientras esperaba la bandeja ante la barra abatible reservada al servicio.

Ya mordía el primer bocadillo de carne cuando se dirigió hacia las puertas de cristal; el jugo le bajaba por la barbilla y estaba tan hambriento que apenas se molestaba en masticar. Tres enormes mordiscos dieron casi cuenta del voluminoso bocadillo y ya iba a terminar el resto cuando vio que Lobo había atraído a un grupo de niños. La carne se le congeló en la boca y el estómago se le cerró de repente.

Corrió afuera, intentando tragar el bocado de hamburguesa, pan blando, pepino, lechuga, tomates y salsa. Los niños rodeaban a Lobo por tres lados y le miraban con la misma fijeza descarada con que la camarera había mirado a Jack. Lobo estaba tan acurrucado como podía, con la espalda encorvada y el cuello metido hacia dentro como el de una tortuga. Sus ojos parecían haberse aplanado contra la cabeza. El bocado de comida se había atascado en la garganta de Jack como una pelota de golf, y sólo bajó un poco cuando tragó con fuerza.

Lobo le miró por el rabillo del ojo y se relajó de un modo ostensible. Dos metros más allá, un hombre alto de veintitantos años que llevaba unos vaqueros azules abrió la puerta de una destartalada camioneta roja, se apoyó en ella y contempló la escena, sonriendo.

—Toma una hamburguesa, Lobo —dijo Jack con el tono más natural posible, alargando la caja a Lobo. Éste la olió, levantó la cabeza y dio un gran mordisco al contenido de la caja, masticando después de una forma mecánica. Los niños, sorprendidos y fascinados, se aproximaron un poco más. Varios de ellos reían por lo bajo.

—¿Qué es? —preguntó una niña rubia de trenzas atadas con un cordel deshilachado de color rosa—. ¿Un monstruo?

Un niño de pelo muy corto que debía tener siete u ocho años se colocó delante de la niña y preguntó: —Es Hulk, ¿verdad?. Es realmente Hulk. ¿Verdad que sí? ¡Eh! ¿Verdad que sí?

Lobo había conseguido sacar de la caja de cartón el resto de su bocadillo y ahora se lo metió en la boca con la palma de la mano. Tiras de lechuga cayeron sobre sus rodillas dobladas, mientras gotas de mayonesa y jugo de carne le resbalaban por la mejilla y el mentón. Todo lo demás se convirtió en una pulpa marrón, triturada por los enormes dientes de Lobo. Cuando hubo tragado, empezó a lamer el interior de la caja.

Jack se la quitó de las manos con suavidad.

—No, es mi primo. No es un monstruo ni tampoco Hulk. ¿Por qué no os vais y nos dejáis en paz, eh, niños? Vamos, dejadnos en paz.

Pero continuaron mirando fijamente. Ahora Lobo se lamía los dedos.

—Si seguís mirándole así, puede enfadarse con vosotros. No sé qué haría si se enfadara.

El niño del pelo corto había visto con frecuencia la transformación de David Banner con la suficiente frecuencia para tener una idea de lo que podría hacer este monstruo carnívoro, así que retrocedió y la mayoría le imitaron.

—Idos, por favor —dijo Jack, pero los niños habían vuelto a inmovilizarse.

Lobo se irguió en toda su estatura, con los puños cerrados.

—¡MALDITA SEA! ¡NO ME MIRÉIS! —vociferó—. ¡NO ME HAGÁIS SENTIR EXTRAÑO! ¡TODO EL MUNDO ME HACE SENTIR EXTRAÑO!

Los niños se dispersaron. Jadeando, con la cara enrojecida, Lobo les vio desaparecer por la calle Mayor de Daleville y la primera esquina. Entonces se cruzó de brazos y miró, afligido, a Jack. Estaba avergonzado.

—Lobo no ha debido gritar —dijo—; sólo eran niños.

—Un buen susto les hará mucho bien —dijo una voz y Jack vio que el joven de la camioneta roja aún estaba apoyado en la puerta de la cabina, sonriendo—. Yo tampoco he visto nada igual. Conque sois primos, ¿eh?

Jack asintió con suspicacia.

—Oye, no quería ofenderte ni nada parecido. —Se acercó. Tenía los cabellos oscuros y llevaba un chaleco peludo y una camisa a cuadros—. Y aún menos burlarme de nadie, claro. —Calló y levantó las manos, con la palmas hacia fuera —. En realidad, estaba pensando que tenéis el aspecto de haber pasado mucho tiempo en la carretera.

Jack echó una ojeada a Lobo, que seguía cruzado de brazos, muy confundido, y miraba con recelo a aquel personaje a través de sus gafas redondas.

—Yo también hice autostop —prosiguió el hombre—. Ya lo creo que sí, el año que salí de la vieja ESD, Escuela Superior de Daleville, ¿comprendéis? Hice autostop hasta el norte de California y también en el largo viaje de regreso hasta aquí. Sea como sea, si queréis ir hacia el oeste, os puedo llevar.

—No puedo, Jack —dijo Lobo en un murmullo teatral.

—¿Hasta qué lugar del oeste? —preguntó Jack—. Nosotros vamos a

Springfield. Tengo un amigo allí.

—Pues no hay problema, señor. —Volvió a levantar las manos—. Yo me dirijo a este lado de Cayuga, junto a la frontera de Illinois. Dejadme comprar una hamburguesa y nos largamos al instante. Dentro de una hora y media, tal vez menos, estaréis a medio camino de Springfield.

—*No puedo* —repitió con voz ronca Lobo.

—Sólo hay un pequeño inconveniente, ¿sabéis? Llevo algunas cosas en el asiento delantero. Uno de vosotros tendrá que viajar atrás y le dará un poco de viento.

—No sabe lo estupendo que será para nosotros —dijo Jack, fiel a la verdad —. Esperaremos a que salga. —Lobo empezó a bailar, muy agitado—. De verdad, le esperaremos aquí. Y gracias.

Se volvió para murmurar algo a Lobo en cuanto el hombre hubo cruzado el umbral.

Así pues, cuando el joven —Bill «Buck» Thompson, ya que tal era su nombre— volvió a la camioneta con dos cajas de bocadillos gigantes, encontró a un Lobo de aspecto tranquilo arrodillado en la parte posterior abierta, con los brazos apoyados en un lado, la boca abierta y la nariz levantada. Jack estaba en el asiento del lado del conductor, embutido entre un montón de bolsas de plástico muy voluminosas que iban cerradas con grapas y, a juzgar por el olor, habían sido rociadas con un ambientador. A través de los lados traslúcidos de las bolsas se veían unos largos tallos verdes en cuyos extremos crecían racimos de capullos.

—Me ha parecido que aún estabais hambrientos —dijo, lanzando otro bocadillo a Lobo. Entonces se sentó ante el volante, separado de Jack por las bolsas de plástico—. Sabía que lo cogería entre los dientes, dicho sea sin ánimo de molestar a tu primo. Toma éste, él ya ha devorado el suyo.

Y se adentraron en el oeste otros ciento sesenta kilómetros, mientras Lobo disfrutaba como un loco del viento que le azotaba el rostro y estaba medio hipnotizado por la velocidad y la variedad de olores que acudían a su nariz. Con unos ojos brillantes que no se perdían ningún matiz del viento, Lobo saltaba de un lado a otro detrás de la cabina, olfateando el aire.

Buck Thompson se identificó como un granjero y habló sin parar durante los setenta y cinco minutos en que mantuvo el acelerador a fondo, sin hacer a Jack

ni una sola pregunta. Y cuando torció hacia un camino estrecho y polvoriento, al borde del límite urbano de Cayuga y detuvo el vehículo junto a un campo de maíz que parecía extenderse durante kilómetros, se metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó un cigarrillo retorcido enrollado en papel blanco muy fino.

—He oído hablar del whisky barato —dijo—, pero tu primo la ha cogido de verdad. —Dejó caer el cigarrillo en la mano de Jack—. Dale esto cuando se excite, ¿quieres? Ordenes del médico.

Jack se guardó distraídamente el porro en el bolsillo de la camisa y se apeó de la cabina.

—Gracias, Buck —dijo al conductor.

—Chico, me he quedado patitieso al verle comer —comentó Buck—. ¿Cómo consigues que te acompañe a los sitios? ¿Le gritas «mam, mam»?

En cuanto Lobo se dio cuenta de que el paseo había terminado, saltó de la parte trasera de la camioneta.

Su conductor se alejó en ella, dejando atrás una larga estela de polvo.

—¡Hagámoslo otra vez! —gritó Lobo—. ¡Hagámoslo otra vez, Jacky!

—¡Qué más querría yo! —contestó Jack—. Vamos, andemos un rato. Es probable que pase alguien.

Pensaba que la suerte se le había puesto de cara, que en muy pocas horas él y Lobo cruzarían la frontera de Illinois… y siempre había estado seguro de que todo iría bien en cuanto llegase a Springfield y la Thayer School y encontrarse a Richard. Sin embargo, la mente de Jack aún funcionaba parcialmente en el tiempo del cobertizo, donde lo irreal emborrona y distorsiona lo real y las cosas malas empezaron a suceder de nuevo y tan de prisa que escaparon a su control. Pasó mucho tiempo antes de que Jack viera Illinois y durante este tiempo volvió a encontrarse en el cobertizo.

2

La serie de hechos vertiginosos que desembocaron en el Hogar del Sol comenzaron diez minutos después de que los dos muchachos hubieran pasado el pequeño letrero que anunciaba la llegada a Cayuga, 23 568 habitantes. Pero

Cayuga no se veía por ninguna parte. A su derecha se extendía el campo de maíz, al parecer ilimitado; a su izquierda, un campo baldío permitía ver que la carretera describía una curva y luego seguía recta hacia el horizonte plano. Justo cuando Jack pensaba que seguramente tendrían que andar hasta la ciudad para encontrar al siguiente coche que les llevara, apareció un vehículo en la carretera que se dirigía hacia ellos a toda velocidad.

—¿Viajar en la parte trasera? —gritó Lobo, levantando los brazos por encima de la cabeza—. ¡Lobo viajará en la parte trasera ! ¡ Aquí y ahora mismo!

—Va en dirección contraria a la nuestra —dijo Jack—. Tranquilízate y déjalo pasar. Lobo. Baja los brazos o creerá que le haces señales.

Lobo obedeció de mala gana. El coche estaba a punto de llegar a la curva y pronto les alcanzaría.

—¿No podré viajar en la parte trasera? —inquirió Lobo, con una mueca de disgusto casi infantil.

Jack negó con la cabeza. Miraba fijamente un medallón ovalado pintado en la polvorienta portezuela blanca del vehículo. Podía decir Comité de Parques del Condado o Departamento de Caza. Podía ser cualquier cosa, desde un coche del departamento de agricultura del condado a uno del departamento de limpieza de Cayuga. Pero cuando dobló la curva, Jack vio que era un coche patrulla.

—Ahí va un poli. Lobo. Un policía. Sigue andando y no hagas nada raro. No nos conviene que pare.

—¿Qué es un polilicía? —La voz de Lobo era baja y grave; había visto que el coche se dirigía hacia él—. ¿Matan a los Lobos los polilicías?

—No —respondió Jack—, no matan jamás a ningún Lobo. —Pero no sirvió de nada; Lobo se aferró, temblando, a la mano de Jack.

—Suéltame, Lobo, te lo ruego —urgió Jack—. £1 lo encontrará extraño.

Lobo le soltó la mano.

Mientras el coche patrulla avanzaba hacia ellos, Jack miró al hombre del volante y luego dio media vuelta y anduvo unos pasos para observar a Lobo. Lo que había visto no era muy tranquilizador. El policía que conducía el coche tenía un rostro ancho y dominante, con lívidas capas de grasa en lugar de mejillas. Y el terror de Lobo se leía con claridad en su cara. Tanto los ojos como las ventanas de la nariz estaban al acecho y enseñaba los dientes.

—Te ha gustado mucho viajar en la parte trasera de aquella camioneta,

¿verdad? —le preguntó Jack.

El terror remitió un poco y Lobo esbozó una sonrisa. El coche patrulla pasó de largo con estruendo, pero Jack vio que el conductor volvía la cabeza para inspeccionarlos.

—Todo va bien —dijo—, sigue su camino. Estamos a salvo, Lobo.

Acababa de volverse cuando oyó de repente que el estruendo del coche patrulla se acercaba de nuevo.

—¡El polilicía vuelve!

—Quizá regresa a Cayuga —dijo Jack—. No le mires y anda como yo. No fijes en él la mirada.

Lobo y Jack continuaron andando, fingiendo no ver el coche, que parecía quedarse atrás deliberadamente. Lobo profirió un sonido que era mitad lamento, mitad aullido.

El coche patrulla se desvió hacia la izquierda, los adelantó y entonces se encendieron las luces del freno y el coche se detuvo atravesado delante de ellos. El agente abrió la puerta, plantó los pies en el suelo y se apeó. Era más o menos de la misma estatura que Jack y todo su peso estaba en la cara y el estómago; tenía las piernas enclenques y los brazos y hombros de un hombre de constitución normal. El estómago, embutido en el uniforme marrón como un pavo de ocho kilos, abultaba a ambos lados del ancho cinturón marrón.

—Me muero de impaciencia —dijo, apoyándose en la puerta abierta—. ¿Cuál es vuestra historia? Adelante.

Lobo se acercó a Jack sin ruido y encogió los hombros, metiendo las manos en los bolsillos del mono.

—Nos dirigimos a Springfield, oficial —contestó Jack—, y hemos hecho autostop, aunque supongo que no debíamos.

—Supones que no debíais. Santo cielo. ¿Quién es este tipo que intenta esconderse detras de ti… un chalado?

—Es mi primo. —Jack pensó unos instante, frenéticamente. La historia tenía que acomodar de algún modo a Lobo—. Me han encargado que le lleve a su casa. Vive en Springfield con su tía Helen, quiero decir, mi tía Helen, que es maestra en Springfield.

—¿Qué ha hecho? ¿Escaparse de algún lugar?

—No, no, nada de eso. Fue sólo que…

El policía le miró con expresión de ira contenida.

—Nombres.

Ahora el muchacho se enfrentó a un dilema: era seguro que Lobo le llamaría Jack, sin hacer caso del nombre que él diera al policía.

—Soy Jack Parker —contestó— y él…

—Un momento. Quiero que lo diga él mismo. Sí, tú. ¿Recuerdas tu nombre, atontado?

Lobo se retorció detrás de Jack, frotándose la barbilla contra la pechera del mono, y murmuró algo.

—No te he oído, muchacho.

—Lobo —susurró.

—Lobo. Tendría que haberlo adivinado. ¿Cuál es tu nombre de pila o sólo te han dado un número?

Lobo había cerrado los ojos y retorcía las piernas.

—Vamos, Phil —le animó Jack, pensando que era uno de los pocos nombres que Lobo podría recordar.

Pero en cuanto lo hubo dicho. Lobo levantó la cabeza, se enderezó y gritó con todas sus fuerzas:

—¡JACK! ¡JACK! ¡JACK! ¡JACK LOBO!

—A veces le llamamos Jack —terció el muchacho, sabiendo que ya era demasiado tarde—. Es porque me tiene mucho afecto; a veces soy el único que puede ayudarle. Quizá incluso me quede con él unos días en Springfield cuando lleguemos a su casa, sólo para asegurarme de que está bien instalado.

—Te aseguro que estoy harto de tu voz, muchachito. ¿Por qué no subís tú y Phil-Jack al asiento de atrás y vamos a la ciudad a aclararlo todo? —Cuando vio que Jack no se movía, el policía se llevó la mano a la culata de la enorme pistola que colgaba de su apretado cinturón—. Subid al coche. Él primero. Quiero saber por qué estáis a ciento sesenta kilómetros de casa en un día de clase. Al coche. Ahora mismo.

—Ah, oficial —empezó Jack, mientras a sus espaldas Lobo murmuraba con voz ronca: «No, no puedo.»—. Mi primo tiene un problema; padece claustrofobia. Los espacios pequeños, en especial el interior de los coches, le ponen frenético. Sólo podemos viajar en la parte trasera de las camionetas.

—*Subid al coche* —repitió el policía, adelantándose y abriendo la puerta de

la parte trasera.

—¡NO PUEDO! —gimió Lobo—. ¡Lobo NO PUEDE! Apesta, Jacky, ahí dentro apesta. —Tenía la nariz y los labios arrugados por el asco.

—Le haces subir al coche o lo haré yo —dijo el policía a Jack.

—Lobo, será por poco rato —suplicó Jack, buscando la mano de Lobo, que se)a dio en seguida. Jack le empujó hacia el asiento trasero del coche patrulla, mientras Lobo arrastraba literalmente los pies por la carretera.

Por unos segundos, pareció que lo lograría; Lobo se acercó al coche lo suficiente para tocar la puerta. Entonces todo su cuerpo se estremeció y se asió con ambas manos al marco de la portezuela. Parecía tener intención de partir en dos el techo del vehículo, como el hombre forzudo de un circo parte en dos una guia telefónica.

—Por favor —insistió Jack en voz baja—. Tenemos que entrar. Pero Lobo estaba aterrado y lo que olía le inspiraba demasiada repugnancia. Meneó la cabeza con un gesto violento. Un reguero de saliva cayó de sus labios, mojando el techo del coche.

El policía se acercó por detrás de Jack y sacó algo de una funda que pendía de su cinturón. Jack sólo tuvo tiempo de ver que no era la pistola antes de que el policía descargara expertamente la porra sobre el cogote de Lobo, cuyo torso se dobló sobre el techo del vehículo y en seguida todo el cuerpo se deslizó y cayó con delicadeza sobre el polvo de la carretera.

—Tú ve al otro lado —ordenó el policía, guardándose la porra— y entre los dos meteremos este saco de mierda en el coche.

Dos o tres minutos más tarde, después de dejar caer por dos veces el cuerpo pesado e inconsciente de Lobo en la carretera, se alejaban a toda velocidad en dirección a Cayuga.

—Ya sé qué va a ocurriros, a ti y al imbécil de tu primo, si es tu primo, cosa que dudo.

El policía miró a Jack por el espejo retrovisor con unos ojos que parecían uvas pasas sumergidas en alquitrán fresco.

Toda la sangre del cuerpo de Jack bajaba en tropel por sus venas y el corazón le saltaba en el pecho. Acababa de recordar el cigarrillo que llevaba en el bolsillo de la camisa. Lo palpó y retiró en seguida la mano, antes de que el policía pudiera decir algo.

—Tengo que ponerle ios zapatos —dijo Jack—. Se le han caído.

—Olvídalo —dijo el agente, pero no puso objeciones cuando Jack se agachó. Una vez fuera del ángulo de visión del espejo, calzó un pie de Lobo con uno de los mocasines rotos y luego extrajo rápidamente el porro del bolsillo y se lo metió en la boca. Lo mordió y partículas de un extraño sabor a hierbas le cubrieron la lengua. Empezó a desmenuzarlas con los dientes; algo le rascó la garganta y se enderezó, se tapó la boca con la mano y tosió con los labios cerrados. Cuando se le hubo aclarado la garganta, tragó a toda prisa la marihuana húmeda y pastosa, pasándose al final la lengua por los dientes para recoger todos los vestigios y manchas.

—Te esperan algunas sorpresas —anunció el policía—. Van a entrar algunos rayos de sol en tu alma.

—¿Rayos de sol en mi alma? —preguntó Jack, pensando que el policía le había visto meterse el porro en la boca.

—Y salirte unos callos en las manos, también —añadió el policía, mirando con expresión complacida la imagen culpable de Jack, reflejada en el espejo retrovisor.

El ayuntamiento de Cayuga era un sombrío laberinto de pasillos oscuros y escaleras estrechas que parecían ascender a habitaciones igualmente reducidas. El agua cantaba y rumoreaba en las cañerías.

—Dejad que os explique algo, muchachos —dijo el policía, dirigiéndoles hacia la última escalera a su derecha—. No estáis arrestados. ¿Comprendido? Se os ha detenido para interrogaros. No quiero escuchar ninguna tontería sobre hacer una llamada. Estaréis en el limbo hasta que nos digáis quiénes sois y qué lleváis entre manos. ¿Me habéis oído? En el limbo. En ninguna parte. Veremos al juez Fairchild, que es el magistrado, y si no nos decís la verdad, la cosa tendrá consecuencias funestas. Arriba, ¡en marcha!

Una vez arriba, el policía abrió una puerta. Una mujer de mediana edad, con gafas de metal y vestida de negro, levantó la vista de una máquina de escribir colocada de lado contra la pared del fondo.

—Otros dos prófugos —anunció el policía—. Dile que estamos aquí.

La secretaria asintió, cogió el teléfono y dijo unas palabras.

—Podéis entrar —les comunicó, paseando la mirada de Lobo a Jack y viceversa.

El policía les empujó por la antesala hasta la puerta de una habitación de doble tamaño, decorada con estanterías de libros en una pared y fotografías, diplomas y certificados en la otra. Las largas ventanas del fondo tenían las persianas bajadas. Un hombre alto y flaco, vestido de oscuro, con una camisa blanca arrugada y una corbata estrecha de estampado indefinido se levantó de detrás de una vieja mesa de madera que debía medir dos metros de longitud. El rostro del hombre era un mapa de arrugas en relieve y sus cabellos tan negros que debían estar teñidos. El humo acre de muchos cigarrillos flotaba visiblemente en el aire.

—Vamos a ver, ¿a quién tenemos aquí, Franky? —Su voz era extrañamente profunda, casi teatral.

—Unos chicos que he recogido en la carretera de French Lick, ante la casa de Thompson.

Las arrugas del juez Fairchild se contrajeron en una sonrisa mientras miraba a Jack.

—¿Llevas encima alguna documentación, hijo?

—No, señor —respondió Jack.

—¿Has dicho toda la verdad al agente Williams? El cree que no o no estaríais aquí.

—Sí, señor —respondió Jack.

—A ver, cuéntame tu historia. —Rodeó la mesa, desdibujando las capas de humos de encima de su cabeza y se sentó y apoyó a medias en la esquina más próxima a Jack. Encendió un cigarrillo guiñando un ojo y Jack vio los ojos pálidos y hundidos del juez mirarle a través del humo sin el menor rastro de piedad.

Era otra vez la planta nepente.

Respiró hondo.

—Me llamo Jack Parker. Él es mi primo y también se llama Jack, Jack Lobo, pero su verdadero nombre es Philip. Vivía con nosotros en Daleville porque su padre ha muerto y su madre estaba enferma y ahora yo le acompaño a su casa de Springfield.

—Es retrasado, ¿verdad?

—Un poco lento —concedió a Jack, mirando a Lobo. Su amigo parecía consciente sólo a medias.

—¿Cómo se llama tu madre? —preguntó el juez a Lobo, pero éste no reaccionó de ningún modo. Tenía los ojos cerrados y las manos metidas en los bolsillos.

—Se llama Helen —contestó Jack—, Helen Vaughan. El juez bajó de la mesa y se acercó lentamente a Jack.

—¿Has bebido, hijo? No tienes mucho equilibrio.

—No.

El juez se detuvo a treinta centímetros de Jack y se agachó.

—Déjame oler tu aliento.

Jack abrió la boca y espiró aire.

—No. No has bebido. —El juez volvió a enderezarse—. Pero ésta es la única verdad que has dicho. Tú intentas tomarme el pelo, muchacho.

—Siento haber hecho autostop —dijo Jack, consciente de que ahora debía hablar con mucha cautela. No sólo lo que dijera podía determinar que él y Lobo quedaran libres, sino que experimentaba cierta dificultad en pronunciar las palabras; todo parecía ocurrir con una lentitud exagerada. Como en el cobertizo, los segundos se habían independizado del metrónomo—. De hecho, casi nunca hacemos autostop porque Lobo, es decir, Jack, odia viajar en coche. No lo haremos nunca más. No hemos hecho nada malo, señor, y ésta es la pura verdad.

—No has comprendido, hijo mío —dijo el juez y sus ojos hundidos volvieron a brillar. *Está disfrutando,* comprendió Jack. El juez Fairchild retrocedió lentamente hasta situarse detrás de la mesa—. La cuestión no es el autostop. Vosotros dos estáis viajando solos, sin procedencia ni rumbo preciso, lo cual os convierte en verdaderos delincuentes potenciales. —Su voz era como la miel oscura—. Pues bien, en este condado tenemos una institución que consideramos excepcional…, por cierto, aprobada y fundada por el estado, y que parece hecha a la medida para chicos como vosotros. Se llama el Hogar Cristiano de Sol Gardener para Chicos Descarriados. La obra del señor Gardener con los muchachos de vuestra clase ha sido casi milagrosa. Le hemos enviado casos difíciles y al poco tiempo los ha visto de rodillas, pidiendo perdón al Señor. Yo diría que esto es bastante especial, ¿no te parece?

Jack tragó saliva. Tenia la boca más seca que cuando estaba en el cobertizo.

—Ah, señor, es muy urgente que lleguemos a Springfield. Todos se extrañarán…

—Lo dudo mucho —dijo el juez, sonriendo con todas sus arrugas—. Pero te diré una cosa. En cuanto los dos estéis de camino ail Hogar de Sol, telefonearé a Springfield e intentaré obtener el número de la tal Helen… ¿Lobo, verdad? ¿O es Helen Vaughan?

—Vaughan —contestó Jack, sonrojándose como si tuviera fiebre.

—Ya —dijo el juez.

Lobo meneó la cabeza, parpadeó y puso la mano sobre el hombro de Jack.

—Ya recobras el conocimiento, ¿eh, hijo? —preguntó el juez—. ¿Puedes decirme tu edad?

Lobo volvió a parpadear y miró a Jack.

—Dieciséis años —contestó éste.

—¿Y tú?

—Doce.

—Oh, aparentas unos cuantos más. Otro motivo para preocuparse de que recibas ayuda ahora, antes de que te metas en problemas más serios. ¿No lo crees así, Franky?

—Amén —dijo el policía.

—Muchachos, volved aquí dentro de un mes —sentenció el juez— y entonces veremos si ha mejorado vuestra memoria. ¿Por qué tienes los ojos tan enrojecidos?

—Noto una sensación rara en ellos —contestó Jack y el policía emitió un ladrido, que en realidad era una risa, como comprendió Jack un segundo después.

—Llévatelos ya, Franky —ordenó el juez, que estaba descolgando el teléfono—. Dentro de treinta días seréis muy diferentes, podéis estar seguros.

Mientras bajaban las escaleras del ayuntamiento de ladrillo rojo, Jack preguntó a Franky Williams por qué el juez había preguntado cuántos años tenían. El policía se detuvo en el último escalón y dio media vuelta para dirigir a Jack una mirada maliciosa.

—El viejo Sol suele aceptarlos a partir de doce años y dejarlos libres a los diecinueve. —Sonrió—. ¿De verdad no le has oído nunca por radio? Es lo más famoso que tenemos por aquí. Estoy casi seguro de que incluso en Daleville han

oído hablar del viejo Sol Gardener. —Sus dientes eran púas pequeñas y descoloridas, espaciadas de forma irregular.

3

Veinte minutos después volvían a estar en el campo.

Lobo había subido al asiento trasero del coche patrulla con una docilidad sorprendente. Franky Williams se había sacado la porra del cinturón y dicho: «¿Quieres probar esto otra vez, pequeño monstruo? Quién sabe, quizá te espabilaría.» Lobo tembló y arrugó la nariz, pero entró en el coche después de Jack, comenzando inmediatamente a respirar por la boca, tapándose la tiariz con la mano.

—Nos escaparemos de este lugar. Lobo —le susurró Jack al oído—. Un par de días y encontraremos el medio.

—Nada de charlas —dijo el policía desde el asiento delantero. Jack sentía un extraño sosiego. Estaba seguro de que encontrarían *un* modo de escapar. Se apoyó contra el respaldo de plástico, con la mano de Lobo en la suya, y contempló pasar ios campos.

—Ahí está —dijo Franky Williams—, vuestro futuro hogar. Jack vio un montón de altos muros de ladrillo levantados surrealísticamente en medio de los campos. Demasiado altos para ver el interior, los muros que rodeaban el Hogar de Sol estaban rematados por tres alambradas de púas y fragmentos de vidrio empotrados en el cemento. El coche pasaba ahora ante unos campos baldíos cercados por alambradas de púas.

—Tiene una extensión de veinticuatro hectáreas —explicó Williams—, y todo está rodeado de muros o alambradas, podéis creerlo. Los mismos muchachos los levantaron.

Una ancha verja de hierro interrumpía el muro donde la carretera se curvaba hacia los terrenos de la institución. En cuanto el coche patrulla entró en la curva, la verja se abrió, accionada por alguna señal electrónica.

—Una cámara de televisión —explicó el policía—. Están esperando a los dos pescados frescos.

Jack se inclinó hacia delante y acercó la cara a la ventanilla. Unos chicos con chaqueta de dril trabajaban en los campos, cavando, rastrillando y empujando carretillas.

—Me habéis hecho ganar veinte dólares, por atontados —dijo Williams—, y otros veinte al juez Fairchild. ¿No es estupendo?

Capítulo 21

EL HOGAR DE SOL

1

El Hogar parecía hecho de cubos de juguete, pensó Jack, añadidos a medida que necesitaban más espacio. Entonces vio que las numerosas ventanas estaban provistas de barrotes y el extenso edificio adquirió inmediatamente el aspecto de un penal y ya no le pareció de juguete.

La mayoría de muchachos que trabajaban en los campos habían dejado sus herramientas para observar el paso del coche patrulla.

Franky Williams se detuvo en la ancha explanada del final de la avenida. En cuanto hubo desconectado el motor, una figura alta cruzó el umbral de la puerta de entrada y se quedó mirándolos desde arriba de la escalera con las manos entrelazadas. Bajo una larga cabellera blanca y ondulada, el rostro del hombre daba una falsa impresión de juventud, como si sus facciones marcadas y muy masculinas hubieran sido creadas o por lo menos modificadas por la cirugía plástica. Era el rostro de un hombre capaz de convencer de cualquier cosa a cualquiera y en cualquier parte. Sus ropas eran tan blancas como sus cabellos: traje blanco, zapatos blancos, camisa blanca y un largo pañuelo de seda blanca alrededor del cuello. Mientras Jack y Lobo se apeaban del coche, el hombre de blanco extrajo del bolsillo unas gafas de color verde oscuro, se las puso y

pareció examinar a los dos (muchachos un momento antes de sonreír; largos surcos hendieron sus mejillas. Entonces se quitó las gafas y las guardó de nuevo en el bolsillo.

—Bien —dijo—, bien, bien, bien. ¿Dónde estaríamos todos nosotros sin usted, agente Williams?

—Buenas tardes, reverendo Gardener —saludó el policía.

—¿Se trata de un caso corriente o se dedicaban estos dos chicos descarriados a alguna actividad criminal?

—Son vagabundos —contestó el policía con las manos en las caderas, mirando a Gardener con los ojos bizcos, como deslumbrados por tanta blancura —. Se han negado a dar sus verdaderos nombres a Fairchild. Éste, el corpulento —añadió, señalando a Lobo con el pulgar—, no ha querido abrir la boca. He tenido que darle un golpe en la cabeza para poder meterle en el coche.

Gardener meneó la cabeza con gesto trágico.

—¿Por qué no los sube para que se presenten a sí mismos y podamos proceder a las formalidades de rigor? ¿Hay alguna razón para que los dos ofrezcan este aspecto… digamos… «aturdido»?

—Sólo porque he aporreado a éste en el cogote.

—Ummmmm. —Gardener dio unos pasos hacia atrás, juntando los dedos sobre el pecho.

Mientras Williams empujaba a los muchachos por la escalera que desembocaba en el largo porche, Gardener ladeó la cabeza y observó a los recién llegados. Jack y Lobo llegaron al final de las escaleras y pisaron, desorientados, el suelo del porche. Franky Williams se secó la frente, colocándose junto a ellos. Gardener sonreía vagamente, pero sus ojos no perdían de vista a los muchachos. Un segundo después de que algo duro, frío y familiar centelleara en sus ojos al mirar a Jack, el reverendo volvió a sacarse las gafas del bolsillo y se las puso. La sonrisa continuó siendo vaga y delicada pero, aun sintiéndose arropado por una sensación de falsa seguridad, Jack se alarmó al ver aquella mirada… porque la había visto antes.

El reverendo Gardener se bajó las gafas de sol hasta el centro de la nariz y miró con expresión jocosa por encima de ellas.

—¡Nombres! ¡Nombres! ¿Podríamos conocer los nombres de estos dos caballeros?

—Yo me llamo Jack —dijo el muchacho y en seguida se interrumpió. No quería decir ni una sola palabra más de las necesarias. La realidad pareció desvanecerse ante él y creyó haber sido devuelto a los Territorios, pero ahora los Territorios eran malos y amenazadores y un humo acre, unas llamas violentas y los gritos de cuerpos torturados llenaban el aire.

Una mano potente se cerró sobre su codo y le dio un tirón. En lugar del humo apestoso, Jack olió a una colonia dulzona y penetrante, aplicada en cantidad excesiva. Un par de melancólicos ojos grises le miraban directamente.

—¿Y has sido un chico malo, Jack? ¿Has sido un chico muy malo?

—No, sólo hacíamos autostop y…

—Creo que estás un poco drogado —dijo el reverendo Gardener—. Tendremos que ponerte en observación, ¿no te parece? —La mano le soltó el codo y Gardener se apartó y volvió a subirse las gafas—. Supongo que tienes un apellido.

—Parker —dijo Jack.

—Yaaa. —Gardener se quitó las gafas, ejecutó una airosa media vuelta y empezó a examinar a Lobo, sin dar la menor indicación de si creía o no a Jack.

—Vaya —observó—, tú sí que eres un ejemplar sano. Realmente impresionante. Seguro que encontraremos alguna tarea apropiada para un muchacho tan grande y fuerte. Alabado sea el Señor. ¿Puedo pedirte que emules al señor Parker y me digas tu nombre?

Jack miró a Lobo con inquietud. Éste tenía la cabeza baja y respiraba con fuerza. Un brillante reguero de saliva le bajaba hasta la barbilla. Una mancha negra, mitad polvo, mitad grasa, cubría la parte delantera de la camiseta robada al departamento de Atletismo. Lobo meneó la cabeza, pero de un modo que no significaba nada; podía haberla agitado para asustar a una mosca.

—¡Tu nombre, hijo! ¡Tu nombre! ¡Tu nombre! ¿Te llamas Bill? ¿Paul? ¿Art? ¿Sammy? No… Estoy seguro de que es un nombre muy convencional. ¿George, quizá?

—Lobo —contestó Lobo.

—Ah, muy bonito. —Gardener les dedicó una sonrisa radiante—. Señor Parker y señor Lobo. ¿Quiere acompañarles adentro, agente Williams? ¿No es agradable que el señor Bast ya se encuentre aquí? Porque la presencia del señor Hector Bast, a propósito, es uno de nuestros ayudantes, significa que podremos

vestirle a usted, señor Lobo. —Miró a ambos muchachos por encima de las gafas de sol—. Una de nuestras creencias aquí en el Hogar Cristiano es que los soldados del Señor desfilan mejor cuando desfilan de uniforme. Y Heck Bast es casi tan corpulento como tu amigo Lobo, joven Jack Parker, así que desde los puntos de vista de vestuario y disciplina estaréis muy bien servidos. Un consuelo, ¿no?

—Jack —murmuró Lobo.

—Dime.

—Me duele la cabeza, Jack. Me duele mucho.

—¿Su cabecita le duele, señor Lobo? —El reverendo Sol Gardener bailó a medias hacia Lobo y le dio unas suaves palmaditas en el brazo. Lobo apartó el brazo con una expresión de repugnancia en el rostro.

La colonia, pensó Jack; aquel olor intenso y pegajoso debía parecer amoníaco al sensible olfato de Lobo.

—No te preocupes, hijo —prosiguió Gardener, al parecer indiferente al rechazo de Lobo—. El señor Bast o el señor Singer, nuestro otro ayudante, se ocuparán de ello. Frank, creo haberle dicho que los hiciera entrar en la casa.

El agente Williams reaccionó como si le hubieran pinchado en la espalda con un alfiler. El rostro enrojeció más y cruzó el porche en dirección a la puerta de entrada con movimientos convulsivos.

Sol Gardener volvió a guiñar el ojo a Jack y éste vio que toda su elegante animación era sólo una especie de diversión estéril:

el hombre de blanco era frío y desequilibrado por dentro. Una pesada cadena de oro salía de la manga de Gardener para desaparecer en la base de su pulgar. Jack oyó el restallido de un látigo en el aire y esta vez reconoció los ojos grises oscuros de Gardener.

Gardener era el Gemelo de Osmond.

—Adentro, muchachos —dijo, esbozando una reverencia e indicando la puerta entornada.

2

—A propósito, señor Parker —dijo Gardener cuando hubieron entrado—, ¿es posible que ya nos conozcamos? Tiene que haber una razón para que me resulte tan familiar, ¿no cree?

—No lo sé —contestó Jack, mirando con cautela el extraño interior del Hogar Cristiano.

Sobre la moqueta verde oscuro, largos divanes tapizados con un género azul oscuro estaban apoyadas contra una pared, mientras dos mesas macizas con superficie de piel habían sido colocadas contra la pared de enfrente. Desde una de las mesas, un adolescente pecoso les miró con expresión ausente y volvió a fijar la mirada en una pantalla de vídeo que tenía delante, en la que un predicador de televisión lanzaba invectivas contra el rock and roll. El adolescente sentado ante la mesa contigua se enderezó y lanzó a Jack una mirada agresiva. Era esbelto, de cabellos negros y su cara estrecha parecía inteligente y malhumorada. Prendida con un alfiler al suéter blanco de cuello alto colgaba una placa rectangular como las que llevan los soldados: SINGER.

—Sin embargo, yo creo que nos hemos visto en alguna parte, ¿tú no, muchacho? Te aseguro que nos conocemos; nunca olvido, soy literalmente incapaz de olvidar la cara de un chico una vez la he visto. ¿Has estado antes en algún apuro, Jack?.

—Yo no le he visto a usted nunca —respondió el muchacho. Al otro lado de la habitación, un chico muy fornido se había levantado de uno de los divanes y ahora estaba en posición de firmes. También él llevaba un suéter blanco de cuello alto y una placa militar. Movía nerviosamente las manos de Jos costados al cinturón, a los bolsillos de sus vaqueros azules y otra vez a los costados. Medía por lo menos dos metros y parecía pesar casi ciento cincuenta kilos. El acné cubría sus mejillas y frente. Éste debía ser Bast.

—En fin, quizá me acordaré más tarde —dijo Sol Gardener—. Heck, acércate y acompaña hasta la mesa a los recién llegados, ¿quieres?

Bast se acercó con paso lento, ceñudo. Fue directamente hacia Lobo antes de pasarle de largo con el ceño aún más fruncido; si Lobo hubiese abierto los ojos, lo cual no hizo, sólo habría visto el surcado paisaje de la frente de Bast, sus ojos pequeños y malévolos, como los de un oso, fijos en él por debajo de unas cejas muy hirsutas. Bast miró después a Jack, murmuró: «Vamos», y levantó la mano hacia la mesa.

—Que firmen y luego les llevas a la lavandería para equiparlos —ordenó Gardener con voz neutra, sonriendo falsamente a Jack—. Jack Parker —añadió en voz baja—, me pregunto quién eres realmente. Jack Parker. Bast, asegúrate de vaciarle bien los bolsillos.

Bast hizo una mueca.

Sol Gardener cruzó la habitación en dirección a Franky Williams, claramente impaciente, y extrajo con languidez del bolsillo interior de la chaqueta una larga cartera de piel. Jack le vio contar los billetes mientras los depositaba en la mano del policía.

—No te distraigas, cerdo —dijo el chico que estaba detrás de la mesa y Jack dio media vuelta para encararse con él. El chico jugaba con un lápiz y su mueca desdeñosa disimulaba apenas lo que Jack, con su sensibilidad agudizada, percibió como una ira característica,, una cólera que hervía dentro de él, perpetuamente alimentada—. ¿Sabe escribir él?

—Dios mío, no lo creo —dijo Jack.

—Entonces tendrás que firmar por los dos. —Singer le alargó dos hojas de papel de formato legal—. Escribe la línea de arriba en letras de imprenta y con tu letra la de abajo. Donde están las X. —Se apoyó de nuevo en el respaldo, llevándose el lápiz a la boca y dejándolo resbalar hasta la comisura. Jack supuso que era un truco aprendido del muy reverendo Sol Gardener.

JACK PARKER, escribió con letras de imprenta y firmó con un garabato al final de la hoja. PHIL JACK LOBO y otro garabato, aún menos parecido a su verdadera caligrafía.

—Ahora sois pupilos del estado de Indiana y lo seréis durante los próximos treinta días, a menos que decidáis permanecer más tiempo. —Singer volvió las hojas hacia sí—. Seréis…

—¿Decidir? —preguntó Jack—. ¿Qué significa esto de decidir? Un ligero rubor se extendió por las mejillas de Singer, que ladeó la cabeza y pareció sonreír.

—Supongo que no sabes que más del sesenta por ciento de nuestros muchachos están aquí voluntariamente. Es posible, sí. Podríais decidir quedaros aquí.

Jack intentó mantener su rostro inexpresivo.

La boca de Singer se crispó con violencia, como estirada por un anzuelo.

—Es un lugar excelente y si algún día te oigo criticarlo, te sacudiré a conciencia. Estoy seguro de que es el mejor lugar donde has estado y te diré otra cosa: no tienes elección. Debes respetar el Hogar Cristiano. ¿Entendido?

Jack asintió con la cabeza.

—¿Y ése? ¿Qué opina ése?

Jack miró a Lobo, que parpadeaba con lentitud y respiraba por la boca.

—Lo mismo, creo.

—Muy bien. Los dos compartiréis una habitación. El día comienza a las cinco de la mañana, cuando tenemos capilla. Trabajo en el campo hasta las siete y entonces desayuno en el refectorio. Otra vez al campo hasta mediodía, cuando almorzamos y leemos la Biblia; lo hacemos por tumos, así que ya puedes empezar a pensar qué leerás. Nada de esos párrafos sensuales del Cantar de los Cantares, a menos que quieras descubrir el significado de la disciplina. Más trabajo después del almuerzo. —Dirigió a Jack una mirada penetrante—. Ah, y no creas que trabajarás gratis en el Hogar del Sol. Parte de nuestro convenio con el estado estipula que todos reciban un salario justo, del que se descuenta el gasto de manutención: ropa, comida, electricidad, calefacción y cosas por el estilo. Te pagaremos cincuenta centavos por hora, lo cual significa que ganarás cinco dólares al día, o treinta dólares semanales. Los domingos se pasan en la Capilla del Sol, exceptuando la hora dedicada al *Evangelio de Sol Gardener.*

El rubor volvió a esparcirse por sus mejillas y Jack asintió con la cabeza, ya que no tenía otro remedio.

—Si te portas bien y sabes hablar como un ser humano, cosa que la mayoría ignora, podrás optar a ser miembro del PE, Personal Exterior. Tenemos dos brigadas de PE, una que trabaja en la calle, vendiendo himnos y flores y panfletos del reverendo Gardener, y otra que hace guardia en el aeropuerto. De todos modos, disponemos de treinta días para transformaros y haceros ver la suciedad y porquería de vuestra mezquina existencia antes de que llegarais aquí, y empezaremos ahora mismo.

Singer se levantó, con la cara del mismo color que una hoja otoñal rojiza, y descansó con delicadeza los dedos sobre la superficie de la mesa.

—Vaciad vuestros bolsillos. Ahora mismo.

—Aquí y ahora mismo —murmuró Lobo, como un eco.

—¡VOLVEDLOS DEL REVÉS! —gritó Singer— ¡QUIERO VERLO

TODO!

Bast se colocó al lado de Lobo. El reverendo Gardener, después de acompañar al coche a Franky Williams, se acercó a Jack con una cara muy expresiva.

—Las posesiones personales suelen atar demasiado al pasado a nuestros muchachos —explicó a Jack—. Son destructivas. Creemos que esto es una precaución muy útil.

—¡VACIAD VUESTROS BOLSILLOS! —rugió Singer, casi abandonándose a una rabia descarada.

Jack sacó al azar de sus bolsillos todos los recuerdos de su tiempo en la carretera. Un pañuelo rojo que le había dado la mujer de Elbert Palamountain cuando le vio secarse los mocos con la manga, dos cajas de cerillas, los pocos dólares y cuarenta y dos centavos que constituían toda su fortuna —un total de seis dólares y cuarenta y dos centavos— y la llave de la habitación 407 del hotel y jardines de la Alhambra y cerró los dedos en tomo a los tres objetos que tenía intención de conservar.

—Supongo que también quieres mi mochila —dijo.

—Claro, estúpido asqueroso —rugió Singer—, claro que queremos tu maldita mochila, pero antes queremos todo lo que estás intentando ocultar. Sácalo… ahora mismo.

De mala gana, Jack sacó la púa de guitarra de Speedy, la canica sonora y la gran rueda del dólar de plata y las puso en el centro del pañuelo.

—Sólo son amuletos de la suerte. Singer agarró la púa.

—¡Eh! ¿Qué es esto? Quiero decir, ¿qué es?

—Un dedal.

—Ya, claro. —Singer le dio la vuelta entre sus dedos y lo olió. Si lo hubiera mordido, Jack le habría abofeteado—. Un dedal. ¿Me estás diciendo la verdad?

—Me lo dio un amigo mío —dijo Jack, sintiéndose de pronto más solo y abandonado que nunca en el transcurso de su viaje. Recordó a Bola de Nieve a la puerta de las galerías comerciales, que le había mirado con los ojos de Speedy y que de una forma que Jack no podía comprender había sido realmente Speedy Parker, cuyo nombre él había adoptado ahora como propio.

—Apuesto algo a que es robado —dijo Singer a nadie en particular, dejando caer la púa en el pañuelo, junto a la moneda y la canica—. Y ahora la mochila.

Jack se descargó de la mochila y la entregó. Singer rebuscó en su interior durante unos minutos con una repugnancia y frustración creciente. La causa de la repugnancia era el estado de las pocas prendas que le quedaban a Jack y la de la frustración, la ausencia en la mochila de cualquier clase de droga.

Speedy, ¿dónde estás ahora? —No tiene nada —se quejó Singer—. ¿Quiere que le registremos el cuerpo?

Gardener negó con la cabeza.

—Veamos qué podemos averiguar a través del señor Lobo. Bast se acercó todavía más, empujando, y Singer preguntó:

—¿Qué lleva él?

—No tiene nada en los bolsillos —dijo Jack.

—Quiero ver sus bolsillos VACÍOS —rugió Singer—. ¡SOBRE LA MESA!

Lobo hundió la cabeza sobre el pecho y cerró los ojos.

—No llevas nada en ios bolsillos, ¿verdad? —inquirió Jack. Lobo asintió una vez, muy despacio.

—¡Miente! ¡El idiota miente! —chilló Singer—. Vamos, grandísimo idiota, ponió todo sobre la mesa. —Dio dos sonoras palmadas—. ¡Vaya! ¡Williams no le registró y Fairchild tampoco! Esto es increíble, quedarán como unos ineptos.

Bast levantó la cara hacia la de Lobo y gritó:

—Si no vacías tus bolsillos sobre la mesa inmediatamente, te haré una cara nueva.

Jack intervino en voz baja:

—Obedece, Lobo.

Lobo gimió y sacó el puño derecho del bolsillo del mono, se inclinó sobre la mesa, adelantó la mano y abrió los dedos. Tres cerillas de madera y dos piedras pequeñas pulidas por el agua, veteadas, estriadas y polícromas, cayeron sobre la piel de la mesa. Cuando abrió la imano izquierda, cayeron otras dos bonitas piedras junto al resto.

—¡Pildoras! —Singer las agarró.

—No seas idiota, Sonny —dijo Gardener.

—Me habéis hecho parecer un imbécil —dijo Singer a Jack en tono bajo pero vehemente en cuanto llegaron a la escalera que conducía a los pisos

superiores, cubierta por una alfombra raída que tenía un dibujo de rosas. Sólo habían sido decoradas y arregladas las habitaciones principales de la planta baja; el resto del Hogar Cristiano del Sol se veía viejo y descuidado—. Os arrepentiréis, te lo prometo; en este lugar, *nadie* toma el pelo a Sonny Singer. ¡ Idiotas! Se puede decir que yo dirijo la institución. ¡ Por todos los santos! —Acercó su cara furibunda a la de Jack—. Habéis organizado un gran número ahí abajo: el mudo y sus malditas piedras. Tardaréis mucho tiempo en pagarlo.

—Yo no sabía que tuviera algo en los bolsillos —protestó Jack. Singer, que iba un paso por delante de Jack y Lobo, se detuvo de repente. Entornó los ojos y todo su rostro pareció contraerse. Jack comprendió lo que iba a suceder un segundo antes de que la mano de Singer le abofeteara dolorosamente una mejilla.

—¿Jack? —murmuró Lobo.

—Estoy bien.

—Cuando me hagas daño, yo te haré el doble —dijo Singer a Jack—. Cuando me hagas daño delante del reverendo Gardener, yo te lo devolveré cuatro veces, ¿entendido?

—Sí —replicó Jack—, creo que lo he entendido. ¿No ibas a darnos ropa?

Singer dio media vuelta y continuó subiendo y por un segundo Jack permaneció quieto, observando la espalda delgada y rígida del otro muchacho mientras subía las escaleras. *Tú también* —dijo para sus adentros—. *Tú y Osmond. Algún día.* Entonces empezó a subir y Lobo le siguió con esfuerzo.

En una habitación larga, llena de cajas, Singer esperó con nerviosismo junto a la puerta mientras un chico alto, de rostro inexpresivo y movimientos de sonámbulo, buscaba ropa para ellos en las cajas de los estantes.

—Zapatos también. O le pones los zapatos de uniforme o tendrás que empuñar una pala todo el día —dijo Singer desde el umbral, sin mirar al empleado. La indiferencia cruel debía ser otra de las lecciones de Sol Gardener.

El chico encontró por fin en un rincón del almacén un par del cuarenta y cinco de los pesados y cuadrados zapatos de cordones y Jack calzó con ellos los pies de Lobo. Entonces Singer les hizo subir otro tramo de escaleras hasta el piso de los dormitorios, donde no se veía ninguna tentativa de disimular la verdadera naturaleza del Hogar del Sol. Un pasillo estrecho iba de un extremo a otro de la planta; debía medir unos quince metros de longitud y estaba flanqueado por

puertas estrechas provistas de mirillas al nivel de los ojos. A Jack, los llamados dormitorios le parecieron una prisión.

Singer les acompañó un corto trecho de pasillo y se detuvo ante una de las puertas.

—El primer día, nadie trabaja. Empezaréis el horario normal mañana, así que entrad aquí y leed vuestras Biblias o haced algo hasta las cinco. Volveré para abriros cuando comience el período de confesión. Y cambiad vuestra ropa por la del Sol, ¿eh?

—¿Quieres decir que vas a tenernos encerrados aquí durante las tres horas siguientes? —preguntó Jack.

—¿Deseas que te coja de la mano? —explotó Singer, con el rostro enrojecido una vez más—. Escucha: si fueras un voluntario, podría dejarte pasear por ahí y echar un vistazo al lugar, pero como eres un pupilo del estado, entregado por el departamento de policía local, estás a un paso de ser un criminal convicto. Tal vez seréis voluntarios dentro de treinta días, con un poco de suerte, pero mientras tanto, entrad en la habitación y empezad a portaros como seres humanos hechos a imagen de Dios en vez de como animales. —Metió con impaciencia una llave en la cerradura, abrió la puerta y se quedó junto a ella—. Entrad. Tengo trabajo.

—¿Y qué será de nuestras cosas? Singer suspiró con teatralidad.

—Estúpido, ¿crees que nos interesa robar lo que tú puedas tener?

Jack se abstuvo de contestar a esta pregunta y Singer suspiró de nuevo.

—Está bien. Os lo guardamos en una carpeta con vuestros nombres en el despacho de la planta baja del reverendo Gardener, donde también guardaremos tu dinero hasta que seas puesto en libertad. ¿De acuerdo? Y ahora entrad antes de que os acuse de desobediencia. Lo digo en serio.

Lobo y Jack entraron en la pequeña habitación. Cuando Singer cerró con fuerza la puerta, la luz del techo se encendió automáticamente, revelando un cubículo sin ventana con una litera doble de metal, un pequeño lavabo de esquina y una silla de metal. Nada más. En las paredes blancas se veían las marcas amarillentas de la cinta adhesiva con que los ocupantes anteriores habían sujetado sus fotografías o grabados. Se oyó el ruido de la llave; al volverse, Jack y Lobo vieron la cara contraída de Singer en la mirilla rectangular.

—Ahora, sed buenos —dijo, sonriendo con ironía, y desapareció.

—No, Jacky —murmuró Lobo. El techo era sólo dos centímetros más alto que su cabeza—. Lobo no puede quedarse aquí.

—Será mejor que te sientes —dijo Jack—. ¿Oué litera quieres, la de arriba o la de abajo?

—¿Oué?

—Quédate con la de abajo y siéntate. Estamos en un mal sitio.

—Lobo ya lo sabe, Jacky, Lobo ya lo sabe. Es un sitio muy, muy malo. No podemos quedarnos.

—¿Por qué es malo? Quiero decir, ¿cómo lo sabes? Lobo se sentó pesadamente en la litera inferior, dejó caer al suelo la ropa nueva y cogió, distraído, el libro y dos folletos que encontró a mano. El libro era una Biblia encuadernada en un género sintético que parecía piel azul; los folletos, como comprobó Jack al mirar los de su propia litera, se titulaban: *El excelso camino a la gracia eterna y ¡Dios te ama!*

—Lobo lo sabe y tú también lo sabes, Jacky. —Lobo le miró, casi con severidad, y luego bajó la vista hacia el libro y los folletos que tenía en las manos y empezó a pasar las páginas, como si los hojeara. Jack suponía que eran los primeros libros que veía en su vida.

—EL hombre blanco —dijo Lobo en voz tan baja que Jack apenas le oyó.

—¿Hombre blanco?

Lobo alzó uno de los panfletos, enseñando la cubierta posterior, que consistía en una fotografía en blanco y negro de Sol Gardener, con sus hermosos cabellos despeinados bajo la brisa y los brazos extendidos; un hombre bendecido por la gracia eterna, amado por Dios.

—Éste —explicó Lobo—. Mata, Jacky. A latigazos. Este es uno de *sus* lugares. Ningún Lobo debería estar jamás en uno de sus lugares y Jack Sawyer tampoco. Jamás. Tenemos que salir de aquí, Jacky.

—Saldremos —contestó Jack—, te lo prometo. No hoy ni mañana. Tendremos que idear un medio. Pero pronto.

Los pies de Lobo sobresalían mucho del borde de la litera.

—Pronto.

3

Pronto, había prometido, y Lobo había exigido la promesa. Estaba aterrado. Jack ignoraba si Lobo había visto alguna vez a Osmond en los Territorios, pero seguramente había oído hablar de él. La fama de Osmond en los Territorios, por lo menos entre los miembros de la familia de los Lobos, parecía ser aún peor que la de Morgan. Sin embargo, aunque tanto Lobo como Jack habían reconocido a Osmond en Sol Gardener, éste no les había reconocido a ellos, lo cual sugería dos posibilidades. O bien Gardener se divertía con ellos, fingiendo ignorancia, o era un Gemelo como la madre de Jack, estrechamente relacionado con un personaje de los Territorios pero sólo consciente de esta relación al nivel más profundo.

Y si esto era cierto, como pensaba Jack, él y Lobo podían esperar el momento realmente idóneo para la fuga. Tenían tiempo de observar, tiempo de aprender.

Jack se puso las ásperas prendas nuevas. Los zapatos cuadrados y negros parecían pesar varios kilos y ser iguales para ambos pies. Logró con dificultad que Lobo se pusiera el uniforme del Hogar del Sol. Después se acostaron. Jack oyó roncar a Lobo y al cabo de un rato él mismo se adormiló y vio en sueños a su madre en la oscuridad, llamándole para que acudiera en su ayuda, en su ayuda.

Capítulo 22

EL SERMÓN

1

A las cinco de la tarde se disparó un timbre eléctrico en el pasillo, un sonido largo, estridente y monótono. Lobo saltó de su litera, golpeándose un lado de la cabeza contra la estructura de metal de la litera superior con la fuerza suficiente para sobresaltar a Jack, que dormitaba. El timbre dejó de sonar a los quince segundos, pero Lobo lo sustituyó.

Se tambaleó hasta un rincón de la celda con las manos en la cabeza.

—*¡Mal lugar, Jack!* —gritó—. *¡Mal lugar aquí y ahora! ¡Tenemos que salir de aquí! ¡ Tenemos que salir de aquí, AQUÍ Y AHORA MISMO!*

Golpes en la pared.

—¡Haz callar al retrasado mental!

Una risa estentórea, parecida a un relincho, desde el otro lado:

—Ya empezáis a notar el sol en vuestras almas, ¿eh, muchachos? ¡Por el modo de chillar de ese grandullón, se ve que se siente *a gusto*! —Volvió a oírse la risa de caballo, demasiado semejante a un grito de terror.

—*¡Malo, Jack! ¡Lobo! ¡Jasan! ¡Malo! Malo, malo…*

Se abrían puertas a todo lo largo del pasillo. Jack podía oír el rumor de muchos pasos calzados con los macizos zapatos del Hogar del Sol.

Bajó de la litera superior, moviéndose con un esfuerzo. Se sentía a contrapelo de la realidad; no estaba despierto ni tampoco dormido. Al moverse por la desnuda celda para acercarse a Lobo, tuvo la sensación de estar rodeado de un jarabe y no de aire.

Se sentía muy cansado… enormemente cansado.

—Lobo —dijo—, Lobo, basta.

—¡No puedo, Jacky! —sollozó Lobo, todavía con las manos en la cabeza, como para evitar que estallara.

—Tienes que parar, Lobo. Hemos de bajar al vestíbulo.

—No puedo, Jacky —siguió sollozando Lobo—., es un lugar malo, huele mal…

Alguien —Jack pensó que era Heck Bast— gritó desde el pasillo :

—¡Salid para confesaros!

—¡Salid para confesaros; —gritó otra voz y todos corearon:

—*¡Salid para confesaros! ¡Salid para confesaros!*

Era como una arenga fantasmagórica en un campo de fútbol.

—Si hemos de salir de aquí con nuestros pellejos, debemos conservar la serenidad.

—No puedo, Jacky, no puedo estar sereno, lugar ma… Su puerta se abriría de golpe dentro de un minuto y entraría Bast o Sonny Singer… o tal vez ambos. No habían «salido para confesarse», fuera cual fuese el significado de aquella orden, y aunque tal vez se perdonaban ciertas faltas a los recién llegados al Hogar del Sol durante su período de orientarión, Jack creía que sus posibilidades de fuga mejorarían si se adaptaban completamente y cuanto antes a las circunstancias. Con Lobo, esto no iba a ser fácil. *Por Dios que siento haberte metido en esto, grandullón* —pensó—, *pero las cosas están así. Si no nos adaptamos, nos aplastarán; por lo tanto, si soy duro contigo, será por tu propio bien.* Y añadió con tristeza: *O así lo espero.*

—Lobo —murmuró—, ¿quieres que Singer empiece a pegarme otra vez?

—No, Jack, no…

—Entonces será mejor que salgas al pasillo conmigo —dijo Jack—. Debes recordar que tu conducta influirá mucho en el trato que me dispense Singer y ese tipo, Bast. Singer me ha pegado a causa de tus piedras…

—Alguien debería pegarle a *él* —replicó Lobo. Su voz era baja y tranquila,

pero sus ojos se entornaron y lanzaron de repente destellos anaranjados. Por un momento Jack vio centellear los dientes blancos de Lobo entre sus labios… no en una sonrisa, sino porque los dientes parecían haber crecido.

—Ni lo pienses siquiera —contestó Jack, muy serio—. Esto no haría más que empeorar las cosas. Lobo dejó caer los brazos.

—Jack, no sé…

—¿Quieres intentarlo? —preguntó Jack, lanzando otra mirada urgente hacia la puerta.

—Bueno —murmuró, temblando. Lobo, con los ojos llenos de lágrimas.

2

El pasillo de arriba debía estar iluminado por el resplandor del crepúsculo, pero no era así. Daba la impresión de que se había instalado una especie de filtro en las ventanas del extremo del pasillo para que los muchachos pudieran ver el exterior —donde alumbraba la *verdadera* luz— pero no dejara penetrar los rayos del sol, que parecían detenerse ante los estrechos alféizares de los altos ventanales Victorianos.

Cuarenta muchachos se hallaban ante veinte puertas, diez a cada lado. Jack y Lobo fueron los dos últimos en aparecer, pero su retraso pasó inadvertido. Singer y Bast y los otros dos chicos habían encontrado a alguien a quien reprender y no podían estar por todo.

Su víctima era un muchacho delgado, que llevaba gafas y debía tener unos quince años. Se mantenía en una posición torpe, algo parecida a la de firmes, con los burdos pantalones en un montón informe alrededor de los zapatos negros. No llevaba calzoncillos.

—¿Has dejado de hacerlo? —preguntó Singer.

—Yo…

—*¡A callar!* —El que gritó esto era uno de los otros chicos que iban con Singer y Bast. Los cuatro llevaban vaqueros azules en lugar de pantalones de trabajo y limpios suéteres blancos de cuello alto. Jack supo muy pronto que el tipo que acababa de gritar se llamaba Warwick y que el cuarto, el gordinflón, era

Casey.

—Cuando queramos que hables, ¡te preguntaremos! —volvió a chillar Warwick—. ¿Aún te excitas la comadreja, Morton? Morton tembló y no dijo nada.

—*¡CONTÉSTALE!* —vociferó Casey, un chico obeso, de aspecto malévolo.

—No —susurró Morton.

—*¿QUÉ? ¡HABLA MAS ALTO!* —chilló Singer.

—¡No! —gimió Morton.

—Si dejas de hacerlo durante una semana entera, se te devolverán los calzoncillos —dijo Singer con el aire de quien otorga un gran favor a un subordinado que no lo merece—. Ahora súbete los pantalones, sucio asqueroso.

Morton, sorbiendo aire, se agachó y subió los pantalones. Los muchachos bajaron a confesarse y a cenar.

3

La confesión se celebraba en una gran sala de paredes desnudas que había enfrente del refectorio. Los tentadores aromas de judías estofadas y perros calientes flotaban hasta ellos y Jack vio que las ventanas de la nariz de Lobo se esponjaban rítmicamente. Por primera vez en todo el día la expresión indiferente de sus ojos cambió por otra que sugería cierto interés.

A Jack la «confesión» le inspiraba más recelos de los que había dado a entender a Lobo. Mientras yacía en la litera superior con las manos en la nuca, había visto algo negro en el techo de la habitación. Al principio pensó que sería una cucaracha muerta o su caparazón y que si se acercaba más vería la telaraña en que estaba atrapada. Pero no era una cucaracha, sino algo inorgánico: un micrófono pequeño y anticuado, sujeto a la pared por un tornillo; de debajo salía un cordón que se metía en una regata abierta en la pared de yeso. No se había hecho un verdadero esfuerzo para ocultarlo. Sólo una parte del servicio, muchachos. Sol Gardener os oye mejor así.

Después de ver el micrófono y de presenciar la desagradable escena con Morton en el vestíbulo, esperaba que la confesión sería una situación humillante,

violenta y hostil; alguien, posiblemente el propio Sol Gardener o con mayor probabilidad Sonny Singer o Hector Bast, intentaría obligarle a confesar que había tomado drogas en la carretera, penetrado y robado en casas durante la noche, escupido en todas las aceras y jugado consigo mismo después de un penoso día de camino. Si no había hecho ninguna de estas cosas, no le dejarían en paz hasta que las confesara. Tratarían de desmoronarle. Jack se consideraba capaz de soportar semejante tratamiento, pero no estaba seguro de poder decir lo mismo de Lobo.

Sin embargo, lo más inquietante de la confesión era la ansiedad con que la esperaban los muchachos del Hogar del Sol.

El cuadro interior —los chicos de los cuellos altos y blancos— se sentó cerca de la parte delantera de la sala. Jack miró a su alrededor y vio a los otros mirar hacia la puerta abierta con una especie de inconsciente expectación. Pensó que quizá esperaban la cena; olía muy bien, en especial después de tantas semanas de hamburguesas intercaladas entre largos períodos de ayuno. Entonces Sol Gardener entró a paso rápido y Jack vio que las expresiones de expectación se convertían en miradas de arrobamiento. Por lo visto no era la cena lo que esperaban, después de todo. Morton, que hacía sólo quince minutos temblaba en el vestíbulo con los pantalones en torno a los tobillos, parecía casi exaltado.

Los muchachos se pusieron en pie. Lobo continuó sentado, moviendo las ventanas de la nariz, asustado y perplejo, hasta que Jack le cogió por la camisa y le hizo levantar.

—Haz lo que hacen todos, Lobo —murmuró.

—Sentaos, muchachos —dijo Gardener, sonriendo—. Sentaos, por favor.

Obedecieron. Gardener llevaba unos descoloridos vaqueros azules y una camisa abierta de seda tan blanca que deslumhraba. Les miró, sonriendo benignamente. La mayoría de los chicos le dirigían miradas de veneración. Jack se fijó en uno —cabellos castaños ondulados que formaban una punta muy pronunciada en la frente, barbilla hundida, manos delicadas y pálidas como las porcelanas de Delft de tío Tommy— que se puso de lado y se tapó la boca para ocultar una mueca de ironía y él, Jack, sintió cierto alivio. Al parecer, no todos los cerebros de aquí habían sido lavados… aunque sí muchos de ellos y de un modo efectivo, por lo que se veía. El tipo de los grandes dientes protuberantes miraba con adoración a Sol Gardener.

—Oremos. Heck, ¿quieres dirigirnos?

Heck obedeció. Rezaba de prisa y mecánicamente; era como escuchar una oración por teléfono, recitada por un disléxico. Después de rogar a Dios que les protegiera durante los días y semanas venideros, que perdonara sus culpas y les ayudara a ser mejores, Heck Bast terminó con un «PorJesucristonuestroseñoramén» y se sentó.

—Gracias, Heck —dijo Gardener. Había cogido una silla y se había sentado en ella de cara al respaldo, a horcajadas, como un vaquero en una película del Oeste dirigida por John Ford. Esta noche derrochaba simpatía; la locura egocéntrica y estéril que Jack viera por la mañana había desaparecido casi del todo.

—Oigamos doce confesiones, por favor. Sólo doce. ¿Quieres dirigimos, Andy?

Con una expresión de ridicula piedad en el rostro, Wanvick ocupó el lugar de Heck.

—Gracias, reverendo Gardener —dijo y se volvió hacia los chicos—. Confesión. ¿Quién empieza?

Se oyó un rumor… y en seguida se alzaron unas manos. Dos… seis… nueve manos.

—Roy Owdersfeit —dijo Warwick.

Roy Owdersfeit, un muchacho alto con un grano del tamaño de un tumor en la punta de la nariz, se levantó, retorciendo las manos huesudas delante de él.

—¡Robé diez dólares del monedero de mamá el año pasado! —anunció con una voz alta y chillona. Una mano sucia y llena de costras se alzó, se posó sobre el grano y le dio un tremendo pellizco—. ¡Los llevé al Mago de Oz, los cambié por monedas de un cuarto de dólar y probé todos los juegos de las tragaperras hasta que lo hube gastado todo! ¡ Era el dinero que ella había ahorrado para pagar el gas y por eso pasamos una temporada sin calefacción ! —Los miró, parpadeando—. ¡ Y mi hermano enfermó de pulmonía y tuvieron que enviarlo al hospital de Indianápolis! ¡ Porque yo robé aquel dinero!

—Ésta es mi confesión.

Roy Owdersfelt se sentó. Sol Gardener preguntó:

—¿Puede Roy alcanzar el perdón? Los chicos contestaron a coro:

—*Roy puede alcanzar el perdón.*

—¿Puede perdonarle alguno de nosotros, muchachos?

—No, *ninguno de nosotros.*

—¿Quién puede perdonarle?—*Dios por el poder de su Hijo Unigénito, Jesucristo.*—¿Rogarás a Jesús que interceda por ti? —preguntó Gardener a Roy Owdersfeit.

—¡Claro que lo haré! —exclamó el aludido con voz insegura y volvió a pellizcarse el grano. Jack vio que estaba llorando.

—Y la próxima vez que tu mamá venga a verte, ¿le dirás que pecaste contra ella y contra tu hermano pequeño y contra Dios y que eres el chico más arrepentido de la tierra?

—¡Ya lo creo!

Sol Gardener hizo una seña con la cabeza a Andy Warwick.

—Confesión —dijo Warwick.

Antes de que se acabara la confesión a las seis, casi todos, excepto Jack y Lobo, habían levantado la mano para contar algún pecado a los reunidos. Varios confesaron pequeños hurtos. Otros hablaron de robar bebidas alcohólicas y beber hasta vomitarlo todo. Y hubo, naturalmente, muchas historias sobre drogas.

Warwick los iba nombrando pero era a Sol Gardener a quien pedían aprobación mientras confesaban… confesaban… y confesaban.

Ha conseguido que les gusten sus pecados —pensó Jack, confundido—. *Le aman, necesitan su aprobación y supongo que sólo la logran confesando algo. Es probable que algunos de estos infelices incluso se inventen sus delitos.*

Los olores del comedor se habían intensificado. El estómago de Lobo rumoreaba con furia y de forma continua al lado de Jack. Una vez, durante la lacrimosa confesión de un muchacho que dijo haber robado un número de *Penthouse* para mirar aquellas sucias fotografías de «mujeres *sexy*», como las llamó, el estómago de Lobo hizo un ruido tal, que Jack le dio un codazo.

Después de la última confesión de la tarde. Sol Gardener recitó una oración breve y melodiosa y entonces fue hacia el umbral y se quedó allí, informal y al mismo tiempo resplandeciente con sus vaqueros y camisa de seda blanca, mientras los chicos salían en fila. Cuando pasaron Jack y Lobo, una de sus manos agarró la muñeca de Jack.

—Te he visto antes. —*Confiesa,* exigían los ojos de Sol Gardener. Y Jack sintió el impulso de hacer exactamente esto. *Oh, si, ya lo creo que nos*

conocemos. Me empapaste la espalda de sangre a fuerza de latigazos.

—No —contestó.

—Oh, sí —dijo Gardener—. Oh, sí, te he visto antes. ¿En California? ¿En Maine? ¿En Oklahoma? ¿Dónde? *Confiesa.*

—*Yo* no le conozco —dijo Jack.

Gardener rió entre dientes. Jack adivinó de repente que en su imaginación, Sol Gardener saltaba y bailaba, empuñando un látigo.

—Lo mismo dijo Pedro cuando le pidieron que identificara a Jesucristo —dijo—. Pedro mintió y creo que tú también mientes. ¿Fue en Texas, Jack? ¿El Paso? ¿En Jerusalén en otra vida? ¿En el Gólgota, el lugar de la calavera?

—Ya le he dicho…

—Sí, sí, ya sé, que acabamos de conocemos. —Otra risita. Jack vio que Lobo se había apartado de Sol Gardener todo lo que le permitía la puerta. Era el olor. El olor repugnante y pegajoso de la colonia de aquel hombre. Y por debajo, el olor de la locura.

—Jamás olvido una cara, Jack. Jamás olvido una cara o un lugar. Recordaré dónde nos conocimos.

Sus ojos se posaron ya en Jack, ya en Lobo —éste gimió un poco y retrocedió— y por último en Jack.

—Disfruta de la cena, Jack —dijo—; disfruta de la cena, Lobo. Vuestra verdadera vida en el Hogar del Sol empezará mañana. A medio camino de la escalera, se volvió a mirarles.

—Jamás olvido un lugar o una cara, Jack. Lo recordaré.

Jack pensó fríamente: *Dios mío, espero que no. No hasta que me encuentre a unos tres mil kilómetros de su maldita pris…*

Algo le golpeó con fuerza y Jack salió disparado hacia el vestíbulo con los brazos remolineando en el aire para recobrar el equilibrio. Cayó de cabeza contra el suelo de cemento y vio una gran lluvia de estrellas.

Cuando pudo sentarse, vio a Singer y Bast juntos, sonriendo. Detrás de ellos estaba Casey, con el estómago protuberante bajo el suéter blanco de cuello alto. Lobo miraba a Singer y a Bast en una postura tensa que alarmó a Jack.

—¡No, Lobo! —exclamó. Lobo aflojó los músculos.

—No, adelante, idiota —desafió Hect Bast, riendo—. No le hagas caso. Intenta pegarme, vamos; siempre me apetece un poco de calor antes de la cena.

Singer echó una mirada a Lobo y dijo:

—No te metas con el idiota, Heck; él sólo es el cuerpo. —Señaló con la cabeza a Jack—. Aquí está la *cabeza*, la cabeza que hemos de cambiar. —Miró a Jack con las imanos en las rodillas, como un adulto que se agacha para decir unas palabras cariñosas a un niño muy pequeño—. Y la cambiaremos, señor Jack Parker, puedes estar seguro.

Consciente de lo que decía, Jack replicó:

—Largo de aquí, chulo asqueroso.

Singer retrocedió cómo si le hubiese dado una bofetada y el rubor le cubrió el cuello y la cara. Con un rugido, Heck Bast se adelantó unos pasos.

Singer agarró a Bast por un brazo y, sin dejar de mirar a Jack, dijo:

—Ahora no. Más tarde. Jack se levantó.

—Os conviene tener cuidado conmigo —les dijo en voz baja y, aunque Héctor Bast sólo le dirigió una mirada colérica, Sonny Singer pareció casi asustado. Por un momento creyó ver en el rostro de Jack Sawyer algo a la vez fuerte y amenazador, algo que no había aparecido en él desde hacía casi dos meses, cuando un muchacho más joven había dejado a sus espaldas la pequeña localidad costera llamada Playa de Arcadia para emprender un viaje al Oeste.

4

Jack pensó que tío Tommy podría haber descrito la cena —sin la menor acritud— como una muestra de la cocina de granja americana. Los muchachos, sentados ante largas mesas, eran servidos por cuatro compañeros que habían cambiado su ropa por el uniforme blanco de camarero después de la ceremonia de la confesión.

Tras una corta plegaria, les llevaron la comida; grandes tazones de cristal llenos de un estofado casero de judías, humeantes fuentes de perros calientes hechos con carne barata, soperas de pina de lata troceada y mucha leche en cartones marcados ALIMENTOS DE DONATIVO y COMISIÓN LECHERA DEL ESTADO DE INDIANA fueron pasados arriba y abajo de las cuatro mesas.

Lobo comía con sombría concentración, manteniendo la cabeza baja y con

un trozo de pan en la mano para apoyar y mojar en la salsa. Jack le vio devorar cinco perros calientes y tres platos de judías, que eran duras como balas. Al pensar en la pequeña habitación con la ventana cerrada, Jack se preguntaba si necesitaría una máscara de gas por la noche. Creía que sí, aunque no era probable, que le suministraran una. Contempló con desaliento cómo Lobo se servía una cuarta ración de judías.

Después de cenar, todos los muchachos se levantaron, se pusieron en fila y quitaron el servicio de las mesas. Mientras Jack recogía los platos, un trozo de pan que Lobo había dejado y dos cartones de leche y se los llevaba a la cocina, mantuvo los ojos bien abiertos. *Las* etiquetas de la leche le habían dado una idea.

Este lugar no era una prisión ni un correccional. Probablemente estaba clasificado como un internado o algo parecido y la ley debía exigir que fuera inspeccionado de vez en cuando por funcionarios del estado. La cocina sería el lugar que las autoridades de Indiana examinarían más a fondo. Barrotes en las habitaciones de los pisos superiores estaban bien, pero, ¿barrotes en las ventanas de la cocina? Jack no creía que los hubiera; suscitarían demasiadas preguntas.

La cocina sería un buen lugar para un intento de fuga, de modo que Jack la estudió con detenimiento.

Se parecía mucho a la cocina de la cafetería de su escuela en California. El suelo y las paredes estaban recubiertos de baldosas, los grandes fregaderos y superficies de trabajo eran de acero inoxidable… Los armarios tenían casi el mismo tamaño que los cajones para verduras. Un viejo lavaplatos de cinta transportadora estaba colocado contra una pared. Tres chicos ya la hacían funcionar bajo la supervisión de un hombre vestido con una bata blanca de cocinero. Era un hombre flaco, pálido, con cara de ratón. Tenía pegado al labio superior un cigarrillo sin filtro y esto le identificó en la mente de Jack como un posible aliado. Dudaba de que Sol Gardener permitiese fumar cigarrillos a alguno de sus prosélitos.

En la pared vio un certificado enmarcado que anunciaba que esta cocina pública había sido considerada aceptable según las normas establecidas por el estado de Indiana y el gobierno de los Estados Unidos.

Y no, no había barrotes en las ventanas de cristal esmerilado. El hombre parecido a un ratón miró a Jack, se despegó el cigarrillo del labio inferior y lo tiró a uno de los fregaderos.

—Sois pescados nuevos, tú y tu compañero, ¿verdad? —preguntó—. Bueno, pronto seréis pescados viejos. Los pescados envejecen muy de prisa en el Hogar del Sol, ¿verdad, Sonny?

Sonrió con insolencia a Sonny Singer. Era evidente que Singer no sabía cómo tomarse aquella sonrisa; parecía confuso e inseguro, un niño como los demás.

—Sabes que no tienes permiso para hablar a los chicos, Rudolph —recordó.

—Puedes meterte eso en el culo o tirarlo al pasaje o lanzarlo al aire, mocoso —replicó Rudolph, echando una perezosa mirada a Singer—. Lo sabes, ¿verdad?

Singer le miró, al principio con labios trémulos, después retorcidos y al final apretados con fuerza.

De repente, giró en redondo.

—¡Capilla vespertina! —gritó, furioso—. ¡Capilla vespertina, vamos, de prisa, limpiad esas mesas y subamos al vestíbulo, que ya llegamos tarde! ¡Capilla vespertina!

5

Los muchachos bajaron en tropel una escalera estrecha iluminada por bombillas desnudas rodeadas de tela metálica. Las paredes eran de yeso húmedo y a Jack no le gustaba ver el estado de Lobo, que ponía los ojos en blanco.

Después de aquello, la capilla del sótano fue una sorpresa. La mayor parte de la zona subterránea —que era considerable— había sido convertida en una capilla sobria y moderna. El aire era agradable aquí abajo, ni demasiado caliente ni demasiado frío. Y limpio. Jack podía oír el murmullo de los convectores más cercanos. Había cinco bancos divididos por un pasillo central que conducía a un estrado con un atril y una sencilla cruz de madera colgada ante un telón de fondo de terciopelo violeta.

En alguna parte sonaba un órgano.

Los muchachos se distribuyeron en silencio por los bancos. El micrófono del atril tenía en la base de éste una gran pantalla de aspecto profesional. Jack había estado en muchos estudios de grabación con su madre, a menudo sentado

pacientemente o leyendo un libro o haciendo los deberes del colegio mientras ella doblaba para la televisión o arreglaba diálogos poco claros, y sabía que aquella especie *de* pantalla acústica tenía la misión de evitar que el locutor «reventara» el micrófono. Encontró extraño verlo en la capilla de un internado religioso para muchachos descarriados. A ambos lados del atril había dos cámaras de vídeo, una para captar el perfil derecho de Sol Gardener y otra para captar el izquierdo. Ninguna de las dos funcionaba esta noche. Cubrían las paredes pesados cortinajes de color violeta. A la derecha pendían sin interrupción, pero a la izquierda los interrumpía un rectángulo de cristal y Jack vio a Casey inclinado sobre un tablero acústico de aspecto extremadamente profesional, con una grabadora muy cerca de su mano derecha. Mientras Jack le observaba, Casey cogió un par de auriculares del tablero y se los colocó sobre las orejas.

Jack miró hacia arriba y vio vigas de madera dura formando una serie de seis modestos arcos. Entre ellos, el techo era blanco… estaba insonorizado. El lugar parecía una capilla, pero era un estudio muy eficiente de radio y televisión. Jack pensó de pronto en Jimmy Swaggart, Rex Humbard y Jack Van Impe.

Amigos, limitaos a posar la mano sobre el aparato de televisión ¡¡¡y seréis CURADOS!!!

De repente sintió deseos de reír a carcajadas. Se abrió una puerta pequeña a la izquierda del podio y apareció Sol Gardener, vestido de blanco de pies a cabeza, y Jack vio en las caras de muchos de los chicos expresiones que oscilaban entre el éxtasis y la franca adoración y tuvo que reprimir de nuevo un acceso de hilaridad. La visión blanca que se acercaba al atril le recordaba una serie de anuncios que había visto cuando era muy pequeño en televisión.

Pensó que Sol Gardener se parecía al Hombre de Glad. Lobo se volvió hacia él y susurró con voz ronca:

—¿Qué pasa, Jack? Hueles como si algo fuera muy gracioso. Jack soltó una risotada tan fuerte contra la mano que le tapaba la boca, que se mojó los dedos de mocos incoloros.

Sol Gardener, cuya cara rubicunda reflejaba su buena salud, volvía las páginas de la gran Biblia colocada sobre el atril, absorto al parecer en una profunda meditación. Jack vio el paisaje de tierra abrasada que ofrecía el rostro de Heck Bast y la cara estrecha y suspicaz de Sonny Singer y le pasó de repente

el ataque de risa.

En la cabina de cristal, Casey estaba atento a Gardener y cuando éste levantó la vista de la Biblia y su semblante atractivo, de ojos vagos, soñadores y desvariados, se dirigió hacia la congregación, tocó un interruptor y las bobinas de la gran grabadora empezaron a dar vueltas.

6

«No os dejéis inquietar por los que practican el mal», dijo Sol Gardener. Su voz era baja, musical y reflexiva.

Ni sintáis tampoco envidia
de los obreros de la iniquidad.
Porque pronto serán segados
y se marchitarán como las malas hierbas.
Confiad en el Señor y haced el bien
y así habitaréis en los Territorios…

(Jack Sawyer sintió que el corazón le daba un fuerte y desagradable vuelco en el pecho)

…donde de verdad seréis alimentados.
Recreaos, pues, en el Señor
y él satisfará los deseos de vuestro corazón.
Comprometeos a seguir el camino del Señor,
confiad en él;
y él hará que se realicen…
No cedáis a la ira y abandonad la cólera;
no cedáis al impulso de hacer el mal
porque los malhechores serán apartados.
En cambio, aquellos que sirvan al Señor
heredarán su Territorio.

Sol Gardener cerró el Libro.

—Que Dios bendiga la lectura de Su Sagrada Palabra —dijo. Se quedó mucho rato mirándose las manos. En la cabina de cristal de Casey, las bobinas de la grabadora seguían girando. Entonces volvió a levantar la vista y Jack le oyó gritar en su imaginación: *¡No será la Kingsland! ¡No querrás decir que has volcado toda una carreta de Cerveza Kingsland! ¿Verdad que no, estúpido pene de cabra? No querrás decir esto, verdaaaaaaaaad?*

Sol Gardener estudió a sus jóvenes feligreses masculinos con atención y severidad. Sus rostros estaban vueltos hacia él: rostros redondos, rostros delgados, rostros amoratados, rostros encendidos por el acné, rostros ladinos y rostros abiertos, jóvenes y bellos.

—¿Qué *significa,* muchachos? ¿Comprendéis el Salmo Treinta y Siete? ¿Comprendéis este hermosísimo cantar?

No —decían las caras ladinas y abiertas, diáfanas y bellas, picadas de granos y de viruela—, *no mucho, sólo llegué al quinto grado, estuve en la carretera, extraviado, me encontré en un apuro… dígamelo… dígamelo…*

De repente, sobresaltando a todos, Gardener gritó al micrófono:

—¡Significa: *NO LO SUDÉIS.*

Lobo dio un respingo y gimió un poco.

—Ahora sabéis qué significa, ¿verdad? Me habéis oído, ¿verdad, muchachos?

—¡Si! —chilló alguien detrás de Jack.

—*¡OH, SI!* —remedó Sol Gardener con una sonrisa radiante—. *¡NO LO SUDÉIS! ¡SUDOR NEGATIVO!* Son buenas palabras, ¿verdad, muchachos? Son unas palabras *excelentes, ¡OH, SI!*

—*¡Sí!… ¡SI!*—¡ Este salmo dice que no debéis INQUIETAROS por quienes hacen el mal! ¡ NO SUDAR! i OH, SI! ¡ Dice que no debéis INQUIETAROS por los obreros del pecado y la iniquidad! ¡ SUDOR NEGATIVO! Este salmo dice que si CAMINÁIS con el Señor, ¡TODO FUNCIONARA SOBRE RUEDAS! ¿Me comprendéis, muchachos? ¿Captáis el sentido de lo que digo?

—¡Sí!

—*¡Aleluya! —exclamó* Heck Bast, forzando una sonrisa divina.

—*¡Amén!* —contestó un muchacho de grandes ojos lánguidos detrás de sus gafas graduadas.

Sol Gardener cogió el micrófono con experimentada soltura y Jack volvió a recordar al actor de Las Vegas. Gardener *empezó a* andar arriba y abajo con una rapidez nerviosa y afectada. A veces daba un medio saltito con sus limpios zapatos de piel blanca; ahora era Dizzy Gillespie, ahora Jerry Lee Lewis, ahora Stan Kenton, ahora Gene Vincent; estaba en plena fiebre de exaltación mística.

—¡No, no tenéis nada que temer! ¡Oh, no! ¡No debéis temer a ese chico que quiere enseñaros fotos de un libro sucio! ¡No debéis temer al chico que dice que una sola chupada a un solo porro no puede haceros daño y seréis unos maricas si no lo probáis! ¡Oh, no! PORQUE CUANDO ESTÉIS CON EL SEÑOR CAMINARÉIS CON EL SEÑOR, ¿VERDAD QUE SI?

—¡¡¡SI!!!

—¡OH, SI! Y CUANDO ESTÉIS CON EL SEÑOR HABLARÉIS CON EL SEÑOR, ¿VERDAD QUE SI?

—¡SI!

—NO OS HE OÍDO. ¿VERDAD QUE SI?

—¡¡¡SI!!! —gritaron, muchos de ellos meciéndose ahora frenéticamente hacia delante y hacia atrás.

—SI TENGO RAZÓN, ¡DECID ALELUYA!

—¡ALELUYA!

—SI TENGO RAZÓN, DECID ¡OH, SÍ!

—¡OH, SI!

Se mecían hacia delante y hacia atrás y Jack y Lobo eran mecidos al mismo ritmo, por la fuerza. Jack vio que algunos de los chicos incluso lloraban.

—Ahora, decidme —continuó Gardener, mirándoles con afecto y en actitud confidencial—. ¿Hay lugar para los practicantes del mal aquí en el Hogar del Sol? ¿Qué os parece?

—¡No, *señor*! —gritó el chico flaco de los dientes protuberantes.

—En efecto —dijo Sol Gardener, acercándose otra vez al podio. Dio un giro rápido y profesional al micrófono para apartar el hilo de sus pies y lo ajustó de nuevo en el soporte—. Así es. No hay lugar aquí para los mentirosos y los obreros de la iniquidad. Decid aleluya.

—Aleluya —contestaron los chicos.

—Arnén —dijo Sol Gardener—. El Señor dice, en el Libro de Isaías, que si os apoyáis en él, os elevaréis, ¡oh, sí!, con alas de águila y vuestra fuerza será la

fuerza de diez hombres; y yo os digo, muchachos, ¡QUE EL HOGAR DEL SOL ES UN NIDO DE ÁGUILAS, PODÉIS DECIR OH, SI!

—¡OH, SI!

Hizo otra pausa. Sol Gardener agarró los lados del atril, con la cabeza baja como si rezara y con la espléndida cabellera blanca colgando en disciplinadas ondas. Cuando habló de nuevo, su voz era lenta y reflexiva. No levantó la mirada. Los muchachos escucharon conteniendo el aliento.

—Pero tenemos enemigos —dijo por fin Sol Gardener. Fue casi un susurro, pero el micrófono lo recogió y transmitió a la perfección.

Los chicos suspiraron… el susurro del viento entre las hojas otoñales.

Heck Bast miraba a su alrededor con expresión truculenta, los ojos inquietos y los granos tan enrojecidos que parecía víctima de una enfermedad tropical. *Señálame a un enemigo* —decía su cara—. *Sí, continúa, ¡señálame a un enemigo y ya verás qué hago con él!*

Gardener levantó la vista. Ahora sus ojos dementes estaban anegados en lágrimas.

—Sí, tenemos enemigos —repitió—. Por dos veces el Estado de Indiana ha intentado obligarme a cerrar. ¿Sabéis por qué? Los humanistas radicales no soportan la idea de que esté aquí, en el Hogar del Sol, enseñando a mis muchachos a amar a Jesús y a su país. Les enfurece y, ¿queréis saber otra cosa, muchachos? ¿Queréis saber un secreto antiguo, oscuro y profundo?

Se inclinaron hacia delante, con los ojos fijos en Sol Gardener.

—No sólo los enfurecemos —dijo Gardener en un ronco murmullo de conspirador—, ¡también los *asustaaaaamos*!

—¡Aleluya!

—¡Oh, sí!

—¡Amén!

Como un relámpago. Sol Gardener agarró de nuevo el micrófono, ¡y reanudó su baile! ¡Arriba y abajo! ¡Adelante y atrás! ¡Moviéndose a veces a ritmo de *two-step,* como un bailarín negro de 1910! Les espetaba las palabras, estirando primero el brazo hacia los muchachos y después hacia el cielo, donde era de suponer que Dios se había sentado en un sillón para escucharle.

—¡Los asustamos, oh, sí! ¡Los asustamos tanto que han de beber otro cóctel o fumar otro porro o aspirar más cocaína! Los asustamos porque incluso los

humanistas radicales y sabihondos que niegan a Dios y odian a Jesús son capaces de oler la bondad y el amor de Dios, y cuando huelen esto huelen también el azufre que brota de sus propios poros y este olor no les gusta, ¡oh, no!

—¡Y por esta razón envían a otro inspector o dos* para que esparzan basura bajo nuestros fregaderos y suelten por el suelo algunas cucarachas! Hacen correr insidiosos rumores de que aquí se pega a mis muchachos. ¿Se os *pega*?

—*¡NO!* —vociferaron con indignación y Jack quedó estupefacto al ver a Morton gritar el negativo con tanto entusiasmo como el resto, a pesar de que ya empezaba a vérsele una magulladura en la mejilla.

—¡Incluso enviaron a un puñado de reporteros sabihondos de un sabihondo noticiario humanista radical! —chilló Sol Gardener con una especie de escandalizada sorpresa—. Vinieron y preguntaron: «Está bien, ¿a quién hemos de despellejar? Ya nos hemos cargado a ciento cincuenta, somos expertos en desprestigiar a los justos, no os preocupéis por nosotros, sólo dadnos unos cuantos porros y unos cuantos cócteles y señalad en la dirección adecuada.»

—Pero les defraudamos, ¿verdad, muchachos?

Asentimiento retumbante, casi maligno.

—No encontraron a nadie encadenado a una viga en el granero, ¿verdad? No encontraron a chicos con camisa de fuerza, como contaron en la ciudad algunos de esos chacales malditos de la Junta de Educación, ¿verdad? ¡No vieron que se arrancaran las uñas a nadie, ni que se pelara a nadie al rape, ni nada parecido! Lo máximo que encontraron fue a algunos chicos que confesaron haber recibido una paliza y era cierto, oh, si, recibieron una paliza y lo declararía yo mismo ante el Trono del Todopoderoso con un detector de mentiras en cada brazo, ¡ porque el LIBRO dice que si no USAS la vara, ESTROPEAS a ese niño, y si creéis esto, muchachos, gritad aleluya!

—*¡ALELUYA!*

—Incluso la Junta de Educación de Indiana, a pesar de lo mucho que les gustaría deshacerse de mí para que dejara el campo libre al diablo, incluso *ellos* tuvieron que admitir que en lo referente a palizas, la ley de Dios y la ley del Estado de Indiana dicen más o menos lo mismo: ¡ que si no USAS la vara, ESTROPEAS a ese niño!

—¡Encontraron muchachos FELICES! ¡Encontraron muchachos SANOS!

¡Encontraron muchachos dispuestos a SEGUIR al Señor y a HABLAR al Señor! ¡Oh! ¿Podéis decir aleluya?

Claro que podían.

—¿Podéis decir oh, sí? También podían decir esto. Sol Gardener volvió al atril.

—El Señor protege a quienes le aman y el Señor no permitirá que un puñado de humanistas radicales, que fuman drogas y aman a los comunistas cierren este lugar de reposo para muchachos cansados y confusos.

—Hubo algunos chicos que contaron mentiras a esos supuestos reporteros —añadió Gardener—. Oí las mentiras repetidas en aquel telediario y aunque los chicos que lanzaron el lodo fueron demasiado cobardes para mostrar sus caras en la pantalla, yo reconocí, ¡oh, sí!, reconocí sus voces. Cuando se ha alimentado a un muchacho, cuando se ha apretado tiernamente su cabeza contra el propio pecho al oírle llamar a su mamá por la noche, supongo que es natural reconocer su voz.

—Esos chicos ya se han ido. Que Dios los perdone —espero que lo haga, oh, sí—, pero Sol Gardener es sólo un hombre.

Bajó la cabeza para indicar lo vergonzoso de su confesión, pero cuando la levantó de nuevo, sus ojos seguían ardiendo y brillando de furia.

—Sol Gardener no puede perdonarlos, de modo que Sol Gardener los vuelve a soltar en la carretera. Han sido enviados a los Territorios, pero allí no serán alimentados; allí incluso los árboles pueden comérselos, como a bestias que merodean de noche.

Aterrorizado silencio en la sala. Incluso Casey parecía pálido y extraño detrás del panel de cristal.

—El Libro dice que Dios envió a Caín al este del Edén, a la tierra de Nod. Ser abandonado en la carretera es lo mismo, muchachos. Tenéis un refugio seguro aquí.

Los contempló.

—Pero si flaqueáis… si mentís… ¡pobres de vosotros, entonces! Hil infierno espera al reincidente como espera también muchacho o al hombre que se arroja a él a propósito.

—Recordadlo, muchachos.

—Recordadlo.

—Oremos.

Capítulo 23

FERD JANKLOW

1

Jack tardó menos de una semana en decidir que un desvío hacia los Territorios era e! único modo de escapar del Hogar del Sol. Estaba dispuesto a intentarlo, pero descubrió que lo haría casi todo y correría cualquier riesgo con tal de no saltar desde el propio Hogar del Sol.

No había una razón concreta para ello, sólo una voz interior que le susurraba que lo malo de este lado sería aún peor allí. Éste era tal vez un mal lugar en todos los mundos… como un trozo podrido de una manzana que la afecta hasta el mismo corazón. En cualquier caso, el Hogar del Sol ya era bastante malo y no tenía ningún deseo de ver su contrapartida de los Territorios a menos que se viera obligado a ello.

Podía haber un sistema.

Lobo, Jack y los otros muchachos que no eran lo bastante afortunados para pertenecer al Personal Exterior —caso en que se encontraba la mayoría— pasaban los días en el Campo Lejano, como lo llamaban los antiguos. Estaba a unos dos kilómetros carretera abajo, al borde de la propiedad de Gardener, y en él los muchachos pasaban el día recogiendo piedras. No había otro trabajo que hacer en esta época del año. La última cosecha había sido recolectada a

mediados de octubre pero, como señalaba Sol Gardener todas las mañanas en las Devociones Matutinas, las piedras siempre estaban de temporada.

Sentado todas las mañanas en la parte trasera de uno de los destartalados camiones del Hogar, Jack contemplaba el Campo Lejano con Lobo a su lado, que mantenía la cabeza baja como un muchacho con resaca. Era un otoño lluvioso en el Medio Oeste y el Campo Lejano estaba cubierto de fango pegajoso y sucio. Dos días antes uno de los chicos lo había maldecido en voz baja, llamándolo un «auténtico succionador de botas».

¿Y si nos marcháramos por las buenas? —pensó Jack por cuadragésima vez —. *¿Y si me limitara a gritar: «¡Ahora!» y desapareciéramos? ¿Dónde? En el lado norte, donde están aquellos árboles y el muro de piedra. Allí terminan sus terrenos.*

Podía haber una valla.

La saltaremos. Además, Lobo puede lanzarme al otro lado, si es necesario,

Podía haber una alambrada de púas.

Nos arrastraremos por debajo. O…

O Lobo podía romperla sin otra herramienta que sus manos. A Jack no le gustaba pensarlo, pero sabía que Lobo tenía la fuerza suficiente… y que si él se lo pedía. Lobo lo haría. Se destrozaría las manos, pero ahora se le estaban destrozando cosas peores.

¿Y entonces, qué?

Saltar, naturalmente. Eso harían. Si lograban salir del terreno que pertenecía al Hogar del Sol, susurraba la voz, tendrían una oportunidad razonable de escapar sin peligro.

Y Singer y Bast (a quienes Jack había apodado los Gemelos Matones) no podrían utilizar uno de los camiones para aplastarlos, porque el primer vehículo que pusiera las ruedas en el Campo Lejano antes de las fuertes heladas de diciembre se hundiría en ei fango hasta e) salpicadero.

Sería una carrera pedestre, nada más. Tengo que probarlo y mejor aquí que en el Hogar. Y…

Y no era sólo la creciente congoja de Lobo lo que le impulsaba a ello, sino su propia casi frenética inquietud acerca de Lily, que se moría poco a poco en New Hampshire mientras Jack era obligado a gritar aleluya.

Vamos, adelante. Aunque no tenga zumo mágico. Debo intentarlo.

Pero antes de que Jack estuviera del todo dispuesto, Ferd Janklow lo intentó.

Las grandes mentes corren paralelas; a esto puede contestarse amén.

2

Cuando ocurrió, ocurrió de prisa. En un momento dado Jack escuchaba la retahila habitual de Ferd Jankiow, lleno de disparates divertidos y cínicos, y el siguiente Ferd corría como una exhalación en dirección norte, hacia el muro de piedra al extremo del campo fangoso. Hasta la huida de Ferd, el día había sido tan monótono como cualquier otro en el Hogar del Sol. Hacía frío y el cielo estaba nublado; el aire olía a lluvia y quizá incluso a nieve. Jack se enderezó para aliviar su espalda dolorida y también para ver si Sonny Singer se hallaba cerca. A Sonny le divertía fastidiar a Jack y casi siempre lo hacía con detalles mezquinos: le pisaba los pies, le empujaba por las escaleras y le arrancó el plato durante tres comidas consecutivas… hasta que Jack aprendió a apoyarlo contra su cuerpo y sujetarlo fuertemente con la otra mano.

Jack no estaba del todo seguro de por qué Sonny no había organizado un ataque en toda regla; quizá era porque Sol Gardener estaba interesado en el nuevo pupilo. No *quería* pensar esto, le asustaba pensarlo, pero tenía sentido. Sonny Singer se reprimía porque Sol Gardener se lo había ordenado y éste era otro motivo para salir de aquí a toda prisa.

Miró a su derecha. Lobo estaba a unos veinte metros de distancia, recogiendo piedras con el pelo sobre la cara. Más cerca se encontraba un chico muy flaco con dientes protuberantes que se llamaba Donald Keegan. Donny le dirigió una sonrisa de adoración, enseñando sus asombrosos dientes. Había sacado la lengua, de la que goteaba un hilo de saliva. Jack apartó rápidamente la mirada.

Ferd Janklow estaba a su izquierda; era el muchacho de manos delgadas y finas como la porcelana de Delft y la cuña de cabello en la frente. Durante la semana que Jack y Lobo habían pasado en la cárcel del Hogar del Sol, Ferd y él se habían hecho buenos amigos.

Ferd sonreía con cinismo.

—Donny está enamorado de ti —dijo.

—Olvídalo —contestó Jack, incómodo, sintiendo que el rubor le afluía a las mejillas.

—Supongo que Donny te lo recordaría, si le dejaras —continuó Ferd—. ¿Verdad que sí, Donny?

Donny Keegan soltó su gran risa cascada, sin tener la menor idea de qué le hablaban.

—Me gustaría que abandonaras el tema —dijo Jack, más incómodo que nunca.

Donny está enamorado de ti.

Lo horrible del caso era que tal vez el pobre retrasado Donny Keegan estaba efectivamente enamorado de él… y quizá Donny no era el único. Extrañamente, Jack se sorprendió pensando en aquel hombre simpático que se había ofrecido a llevarle a su casa y luego había accedido a dejarle en el desvío de Zanesville. *Fue el primero que lo vio* —pensó Jack—. *Lo nuevo que hay en mí, fea lo que sea, aquel hombre fue el primero en verlo.*

—Eres muy popular aquí, Jack —dijo Ferd—. Creo incluso que el viejo Heck Bast te adoraría si se lo pidieras.

—Basta, esto es ridículo —se ruborizó Jack—, quiero decir… De repente, Ferd dejó caer la piedra que estaba partiendo y se enderezó. Miró con rapidez a su alrededor, no vio ningún cuello blanco mirando en su dirección y se volvió hacia Jack.

—Y ahora, querido —dijo—, ha sido una fiesta *muy* aburrida y tengo que irme.

Ferd sopló unos besos a Jack y una sonrisa radiante iluminó y distendió su rostro delgado y pálido. Un momento después ya había empezado a correr como un loco hacia el muro de piedra del extremo del Campo Lejano, moviendo las piernas como un avestruz.

Cogió desprevenidos a los guardas, no cabía duda… por lo menos hasta cierto punto. Pedersen hablaba de chicas con Warwick y un chico con cara de caballo llamado Peabody, un miembro del Personal Exterior que había sido reintegrado al Hogar por una temporada. Heck Bast había recibido el supremo honor de acompañar a Sol Gardener a Muncie para un encargo. Ferd ya había tomado una buena delantera cuando se oyó un grito de alarma:

—¡En! ¡Eh! ¡Alguien intenta fugarse!

Jack miró hacia Ferd con la boca abierta; el muchacho ya había saltado seis surcos y corría como alma que lleva el diablo. A pesar de ver su propio plan en peligro, Jack sintió un excitado triunfo momentáneo y en su corazón deseó éxito a Ferd. *¡Corre! ¡Corre, sarcástico hijo de perra! ¡Corre, por el amor de Jasan!*

—Es Ferd Jankiow —gorgoteó Donny Keegan antes de soltar sus carcajadas convulsivas.

3

Los muchachos se congregaron para la confesión aquella noche, como todas las demás, pero la confesión fue cancelada. Entró Andy Warwick y anunció bruscamente su supresión, añadiendo que tendrían una hora de «camaradería» antes de la cena. Entonces salió.

Jack pensó que Warwick, bajo su actitud de dominante autoridad, parecía asustado.

Y Ferd Jankiow no estaba presente.

Jack miró en torno a la sala y pensó con tétrico humor que si esto era «camaradería», no le gustaría ver qué pasaba si Warwick les invitaba a «una hora tranquila». Sentados en la larga y espaciosa sala, treinta y nueve muchachos entre las edades de nueve y diecisiete años, se miraban las manos, se rascaban las costras y se mordían las uñas con mal talante. Todos compartían el mismo aspecto: parecían drogadictos privados de la dosis prometida. Querían escuchar confesiones, querían *hacer* confesiones.

Nadie mencionó a Ferd Jankiow. Era como si el muchacho, con sus muecas durante los sermones de Sol Gardener y sus pálidas manos de porcelana de Delft, no hubiera existido nunca.

Jack se sentía casi incapaz de reprimir el impulso de levantarse y gritarles, pero en lugar de esto se puso a pensar con más intensidad que en toda su vida.

No está aquí porque le han matado. Están todos locos. ¿Quién dice que la locura no es contagiosa? Recuerda lo sucedido en aquel lugar horrible de Sudamérica cuando el hombre de las gafas reflectantes les dijo que tomaran la bebida de uvas moradas y ellos contestaron, sí, amo, y la bebieron.

Jack miró las caras tristes, demacradas, cansadas y ausentes de su alrededor y pensó en cómo se iluminarían, cómo se encenderían si Sol Gardener entrase aquí y ahora mismo.

Ellos también lo harían si Sol Gardener se lo dijera. Beberían y entonces nos cogerían, a mí y a Lobo, y verterían el líquido en nuestras gargantas. Ferd tenía razón; ven algo en mi cara, algo que se apoderó de mí en los Territorios, y quizá me quieran un poco… supongo que esto es lo que detiene a Heck Bast. Ese patán no está acostumbrado a querer a nada ni a nadie. Sí, quizá me quieren un poco… pero le quieren mucho más a él. Lo harían. Están locos.

Ferd podría habérselo dicho y, sentado ahora en la sala, Jack pensó que en realidad ya se lo había comunicado.

Contó a Jack que había sido confiado al Hogar del Sol por sus padres, cristianos conversos que caían de hinojos en la sala de estar cada vez que alguien del Club 700 iniciaba una plegaria. Ninguno de los dos entendía a Ferd, que estaba cortado por un patrón muy diferente. Pensaban que Ferd debía ser hijo del demonio, un humanista radical de ideas comunistas. Cuando huyó de su casa por cuarta vez y fue a caer en manos del mismísimo Franky Williams, sus padres fueron al Hogar del Sol —donde, por supuesto, se encontraba Ferd— y se enamoraron a primera vista de Sol Gardener. Aquí estaba la respuesta a todos los problemas que su hijo inteligente, díscolo y rebelde les había causado. Sol Gardener educaría a su hijo en el Señor. Sol Gardener le demostraría el error de sus actitudes. Sol Gardener se lo quitaría de encima y evitaría que vagase por las calles de Anderson.

—Vieron el reportaje sobre el Hogar del Sol en el *Sunday Report* —dijo Ferd a Jack— y me enviaron una postal diciendo que Dios castigaría a los mentirosos y falsos profetas con un lago de fuego. Yo les contesté; Rudolph, el de la cocina, me pasó la carta a escondidas. Dolph es un tipo excelente. —Hizo una pausa—. ¿Sabes cuál es la definición de Ferd Jankiow de un tipo excelente, Jack?

—No.

—El que se deja comprar —dijo Ferd, con su risa triste y cínica—. Dos dólares compran los servicios de cartero de Dolph. Así que les escribí una carta diciendo que si Dios castigaba a los mentirosos tal como ellos afirmaban, esperaba que Sol Gardener encontrase un par de calzoncillos de amianto en el otro mundo, porque mentía sobre lo que ocurre aquí a más velocidad de lo que

trota un caballo. Todo lo que publicaron en el *Sunday Report,* los rumores sobre las camisas de fuerza y sobre la caja, era cierto. Oh, no podían probarlo. Ese tipo está chalado, Jack, pero es un loco *listo.* Si un día te olvidas de ello, sufrirás mucho en sus manos, tú y Phil el Lobo Valiente.

Jack contestó:

—Esos tipos del *Sunday Report* suelen ser muy buenos en esto de coger a la gente con las manos en la masa. Por lo menos, eso dice mi madre.

—Oh, estaba asustado. Lanzó muchos gritos y chillidos estridentes. ¿Has visto alguna vez a Humphrey Bogart en *El motín del* Carne? Estuvo así una semana antes de que aparecieran y cuando por fin llegaron, fue todo dulzura y razonamiento. Pero la semana anterior esto parecía un infierno. El señor Helado se cagaba en los pantalones. Fue la semana que dio un puntapié a Benny Woodruff en el tercer piso, enviándole rodando por las escaleras, y todo porque le sorprendió leyendo un comic de Superman. Benny estuvo tres horas sin sentido y hasta la noche no supo quién era ni dónde estaba.

Ferd hizo una pausa.

—Sabía que vendrían, como ha sabido siempre cuándo van a hacerle una visita sorpresa los inspectores del estado. Escondió las camisas de fuerza en la buhardilla y les hizo creer que la caja era un cobertizo para secar el heno.

La risa triste y cínica de Ferd sonó de nuevo.

—¿Sabes qué hicieron mis padres, Jack? Enviaron a Sol Gardener una fotocopia de mi carta. «Por mi propio bien», decía mi padre en la siguiente carta que me escribió. ¡ Y adivina qué pasó! ¡Me metieron en la caja, por cortesía de mis propios padres!

Otra vez la risa triste.

—Te diré otra cosa. No bromeaba en la capilla la otra noche. Los chicos que hablaron con los periodistas del *Sunday Report* han desaparecido… los que pudo atrapar, por lo menos.

Tal como Ferd ha desaparecido ahora, pensó Jack, vigilando a Lobo, que estaba cabizbajo al otro extremo de la habitación. Se estremeció. Tenía las manos muy, muy frías.*Tu amigo Phil, el Lobo Valiente.*

¿Acaso volvía Lobo a parecer más peludo? ¿Tan pronto? Seguramente no, aunque llegaría el momento, claro; era un ciclo tan inexorable como las mareas.

Y a propósito, Jack, mientras estamos aquí preocupándonos por los

problemas de estar aquí, ¿cómo está tu madre? ¿Cómo está la Querida Lil, reina de las B? ¿Perdiendo peso? ¿Sintiendo dolores? ¿Nota por fin que algo la come por dentro con afilados dientecitos de ratón mientras tú echas raíces en esta asquerosa cárcel? ¿Estará Morgón preparándose para lanzar sus rayos y ayudar con ello al cáncer?

Le había horrorizado la idea de las camisas de fuerza y, aunque había visto la caja —un artilugio de hierro, grande y feo, que estaba en el patio trasero del Hogar como un fantasmal frigorífico abandonado—, no podía creer que Gardener metiera dentro a los muchachos. Ferd le había convencido poco a poco, hablándole en voz baja mientras recogían piedras en el Campo Lejano.

—Tiene montado un gran negocio aquí —le había dicho Ferd—; es una licencia para acuñar dinero. Sus programas religiosos son radiados por todo el Medio Oeste y televisados por casi todo el país y por las emisoras indias. Nosotros somos su auditorio cautivo. Sonamos muy bien por radio y ofrecemos un magnífico aspecto en la pantalla; es decir, cuando Roy Owdersfelt no se está reventando ese maldito grano de la punta de la nariz. Tiene a Casey, su productor favorito de radio y televisión; Casey graba en vídeo las oraciones matutinas y las vespertinas. Se cuida del sonido y del montaje y lo retoca todo hasta que Gardener se parece a Billy Graham y nosotros sonamos como la multitud del Yankee Stadium durante el séptimo juego del Campeonato Mundial. Y esto no es todo lo que hace Casey. Es el genio de la casa. ¿Has visto el micrófono de tu habitación? Casey los instaló. Todo va a parar a su sala de control y para entrar en esta sala de control hay que pasar por el despacho particular de Gardener. Los micrófonos son activados por la voz, o sea que no malgasta cinta. Todo lo que tiene jugo lo guarda para Sol Gardener. He oído cómo Casey instalaba una cajita azul en el teléfono de Gardener para que pueda hacer llamadas a largas distancia sin pagar y sé muy bien que ha conectado un cable al de televisión que hay tendido frente a la casa. ¿Te gusta la idea de que el señor Helado se siente a ver un programa doble en Cinemax después de vender todo el día a Jesucristo a las masas? A mí sí. Este tipo es tan americano como los tapacubos giratorios, Jack, y aquí en Indiana le quieren tanto como al baloncesto escolar.

Ferd sorbió los mocos, hizo una mueca y escupió al polvo.

—Estás bromeando —dijo Jack.

—Ferd Jankiow nunca bromea sobre los matones del Hogar del Sol —

replicó Ferd con solemnidad—. Es rico, no ha de declarar nada a Hacienda y tiene amedrentada a la Junta de Educación local, que le teme como al demonio; hay una mujer que se derrite prácticamente cada vez que viene y da la impresión de querer protegerle contra el mal de ojo o algo así… y como ya he dicho, siempre parece saber con anticipación cuándo nos visitará por sorpresa alguien de la Junta de Educación del Estado. Limpiamos la casa de arriba abajo, Bast el Bastardo sube las camisas de fuerza al desván y llenan la caja con heno del granero. Y cuando llegan, siempre estamos dando clase. ¿Cuántas clases has dado desde que aterrizaste en esta versión de Indiana del *Barco del Amor,* Jack?

—Ninguna —respondió el aludido.

—¡Ninguna! —exclamó Ferd, encantado, volviendo a prorrumpir en carcajadas tristes y cínicas, unas carcajadas que decían:

¿Sabes qué descubrí cuando tenia unos ocho años? Descubrí que la vida me daba unas malditas palizas y que las cosas no cambiarían por el momento o tal vez nunca. Y aunque sea desesperante, también tiene su lado gracioso. ¿Sabes qué quiero decir, criatura?

4

Éstos eran los pensamientos de Jack cuando unos dedos fuertes le agarraron el cuello por los puntos de compresión detrás de las orejas y le levantaron de la silla. Una nube de mal aliento envolvió su rostro al ser obligado a dar media vuelta y a enfrentarse —contra su voluntad— con el estéril paisaje lunar de la cara de Heck Bast.

—Yo y el reverendo aún estábamos en Muncie cuando ingresaron en el hospital a tu extraño y díscolo amigo —anunció. Sus dedos latían y apretaban, latían y apretaban. El dolor era agudísimo. Jack gimió y Heck sonrió y la sonrisa dejó escapar de su boca mayores cantidades de aliento fétido—. El reverendo recibió la noticia por su receptor. Janklow parecía un taco después de cuarenta y cinco minutos en un homo de microondas. Tardarán un poco en apedazar a ese muchacho.

—*No se dirige a mí* —pensó, Jack—, *se dirige a toda la sala. El mensaje*

significa que Ferd continúa vivo.

—Eres un asqueroso embustero —dijo—. Ferd está… Heck Bast le pegó y Jack cayó al suelo. Los muchachos se apartaron de él. Desde algún rincón, Donny Keegan soltó una carcajada.

Se oyó un rugido de rabia. Jack levantó la vista, aturdido, y agitó la cabeza en un esfuerzo por aclararla. Heck se volvió y vio a Lobo en actitud protectora junto a Jack, con el labio superior fruncido y fantasmagóricos destellos anaranjados en los cristales de sus gafas redondas, donde se reflejaban las luces del techo.

—De modo que el idiota se ha decidido a bailar por fin —observó Heck, empezando a sonreír—. ¡Pues muy bien! Me *encanta* bailar. Adelante, mocoso. Acércate y bailemos.

Todavía gruñendo, con el labio inferior mojado de saliva. Lobo se adelantó y Heck se movió para enfrentarse a él. Se oyó ruido de sillas sobre el linóleo, arrastradas a toda prisa por los chicos para dejarles espacio libre.

—¿Qué pasa a…?

Sonny Singer desde el umbral; no tuvo necesidad de terminar la pregunta porque en seguida vio qué pasaba aquí. Sonriendo, cerró la puerta y se apoyó en ella para contemplar la escena con los brazos cruzados sobre su escuálido pecho y el rostro, habitualmente sombrío, animado de repente. Jack volvió a mirar a Lobo y a Heck.

—Lobo, ¡ ten cuidado I —gritó.

—Tendré cuidado, Jack —contestó Lobo, con voz un poco más parecida a un aullido—. Me…

—Bailemos ya, idiota —gruñó Heck Bast, lanzándole un tosco pero contundente gancho largo, que fue a dar en el pómulo derecho de Lobo y le hizo retroceder tres o cuatro pasos. Donny Keegan prorrumpió en un estridente relincho, que Jack ya sabía interpretar como un signo tanto de alegría como de consternación.

El gancho largo fue un golpe bueno y efectivo. En otras circunstancias, la pelea habría terminado probablemente aquí pero, por desgracia para Héctor Bast, fue el único golpe que pudo dar.

Avanzó lleno de confianza con sus grandes puños a la altura del pecho y asestó otro gancho largo; esta vez, sin embargo, el brazo de Lobo se extendió

hacia arriba y hacia fuera para detenerlo. Entonces Lobo agarró el puño de Heck.

La mano de Heck era grande. La mano de Lobo aún lo era más.

El puño de Lobo se cerró sobre el de Heck.

El puño de Lobo apretó.

De dentro se oyó un crujido, como si alguien estuviera rompiendo astillas.

La sonrisa de Heck se congeló y el muchacho empezó a chillar.

—No debías lastimar al rebaño, bastardo —murmuró Lobo—. Tanta historia con vuestra Biblia, la Biblia dice esto, la Biblia dice lo otro, *¡Lobo!*, y lo único que tenéis que hacer es oír seis versos del *Libro del buen agricultor* para saber que jamás…

¡Crujido!—…jamás… ¡Crujido!

—JAMAS se debe lastimar al rebaño.

Heck Bast cayó de rodillas, gritando y llorando. Lobo aún le agarraba el puño y el brazo de Heck estaba levantado de un modo que parecía un fascista gritando *Heil Hitler!* de rodillas. El brazo de Lobo estaba rígido como un palo pero su rostro no revelaba el menor esfuerzo; aparte de los ojos chispeantes, estaba casi sereno.

El puño de Heck empezó a gotear sangre.

—¡Basta, Lobo! ¡Es suficiente!

Jack echó una mirada rápida a su alrededor y vio que Sonny había desaparecido y la puerta estaba abierta. Casi todos los chicos se habían puesto en pie para apartarse de Lobo todo lo que les permitían las paredes de la sala; sus caras reflejaban temor y respeto. En el centro, la escena no había cambiado: Heck Bast, de rodillas, tenía el puño dentro del de Lobo y la sangre seguía goteando hasta el suelo.

Todos se apiñaban en la puerta, Casey, Warwick, Sonny Singer y otros tres muchachos fornidos. Y Sol Gardener, con una pequeña funda negra, como de gafas, en una mano.

—*¡He dicho que es suficiente!* —Jack lanzó una ojeada a los recién llegados y corrió hacia Lobo—. *¡Aquí y ahora mismo! ¡Aquí y ahora mismo!*

—Está bien —contestó Lobo en voz baja. Soltó la mano de Heck y Jack vio una cosa horriblemente estrujada que parecía una rueda rota. Los dedos de Heck formaban extraños ángulos. Heck, gimiendo, se llevó al pecho la mano destrozada.

—Está bien, Jack.

Los seis agarraron a Lobo. Éste dio media vuelta, desasió un brazo, empujó y Warwick salió de repente disparado contra la pared.

Alguien profirió un grito.

—¡Sujetadle! —chilló Gardener—. ¡Sujetadle! ¡Sujetadle, por el amor de Dios! —Estaba abriendo la funda negra.

—*¡No, Lobo!* —gritó Jack—. *¡Basta!*

Lobo siguió luchando durante un momento y luego se quedó quieto y permitió que le empujaran hasta la pared. A Jack se le antojaron liliputienses empujando a Gulliver. Por fin Sonny parecía temer a Lobo.

—Sujetadle —repitió Gardener, sacando una aguja hipodérmica de la funda aplanada. En su rostro había vuelto a aparecer aquella sonrisa afectada, casi tímida—. ¡ Sujetadle, por Dios!

—No es preciso que haga esto —dijo Jack.

—¿Jack —Lobo parecía asustado de repente—. ¡Jack! ¡Jack!> Gardener se dirigió hacia Lobo, apartando a un lado a Jack con un empujón que sugería unos músculos muy fuertes. Jack se tambaleó hacia atrás y chocó contra Morton, que chilló y retrocedió como si Jack estuviera contaminado. Demasiado tarde, Lobo empezó a debatirse… pero eran seis, demasiados incluso para él, aunque quizá no lo habrían sido si hubiera estado en la fase de transformación.

—*¡Jack!* —aulló—. *¡Jack! ¡Jack !*

—Sujetadle, por Dios —murmuró Gardener, con los labios brutalmente fruncidos sobre las encías, y clavó la aguja hipodérmica en el brazo de Lobo.

Lobo se puso rígido, echó la cabeza hacia atrás y aulló.

Te mataré, bastardo —pensó Jack con incoherencia—. *Te mataré, te mataré, te mataré.*

Lobo luchaba y sacudía brazos y piernas. Gardener le observaba con frialdad. Lobo levantó una rodilla y la clavó en el estómago de Casey, que sacó aire y se tambaleó hacia atrás y hacia delante. Uno o dos minutos después, Lobo empezó a flaquear y en seguida se desplomó.

Jack se levantó, llorando de rabia. Intentó abalanzarse sobre el grupo de cuellos blancos que sujetaban a su amigo y en aquel momento vio a Casey propinar un puñetazo al rostro flaccido de Lobo y manar sangre de la nariz de este último.

Unas manos le detuvieron. Luchó, miró a su alrededor y vio las caras asustadas de los chicos con quienes recogía piedras en el Campo Lejano.

—Le encerraremos en la caja —dijo Gardener cuando las rodillas de Lobo se doblaron por fin; entonces se volvió a mirar a Jack—. A menos que… ¿Le gustaría decirme ahora dónde nos hemos conocido, señor Parker?

Jack permaneció con la vista fija en sus pies, sin decir nada. Lágrimas calientes por el odio le quemaban los ojos.

—A la caja, entonces —decidió Gardener—. Quizá cambie usted de idea cuando él empiece a gritar, señor Parker. Gardener salió a grandes zancadas.

5

Lobo continuaba gritando en la caja cuando Jack y los otros chicos entraron en la capilla para la oración matutina. Los ojos de Sol Gardener se clavaron con ironía en el rostro tenso y pálido de Jack. *¿Tal* vez *ahora, señor Parker?*

Lobo, es mi madre, mi madre…

Lobo continuaba gritando cuando Jack y los otros chicos que debían trabajar en el campo fueron divididos en dos grupos y salieron hacia los camiones. Cuando pasó cerca de la caja, Jack tuvo que contener el impulso de taparse las orejas con las manos. Aquellos aullidos, aquellos sollozos incoherentes…

De improviso, Sonny Singer apareció a su lado.

—El reverendo Gardener está en su despacho esperando oír tu confesión inmediatamente, mocoso —dijo—. Me ha encargado que te diga que dejará salir al idiota de lia caja en cuanto le comuniques lo que quiere saber. —La voz de Sonny era aterciopelada y su expresión, peligrosa.

Lobo, gritando y aullando para que le abrieran la puerta, golpeaba con furiosos puños las paredes de hierro de la caja.

Ah, Lobo, es mi MADRE…—No puedo decirle lo que quiere saber —contestó Jack, volviéndose de pronto hacia Sonny, dirigiendo hacia él todo aquello que había adquirido en los Territorios. Sonny dio dos pasos gigantescos hacia atrás, con la cara asustada y confusa. Tropezó con sus propios pies y fue a dar de espalda contra uno de los camiones. De no haber sido por el camión, habría

caído al suelo.

—Muy bien —dijo sin aliento, como en un gemido—. Muy bien, muy bien, olvídalo. —Su cara delgada volvió a ser arrogante—. El reverendo Gardener me ha dicho que, si respondías que no, te dijera que tu amigo te llama. ¿Lo entiendes?

—Ya sé que me llama.

—¡Sube al camión! —ordenó Pedersen con acento severo, sin mirarle, pero cuando Sonny pasó por su lado, hizo una mueca como si hubiera olido a algo podrido.

Jack oyó gritar a Lobo incluso después de que los camiones se pusieran en marcha, a pesar de que los amortiguadores no eran más que pequeñas espirales de hierro y los motores producían un estridente ruido. Los gritos de Lobo no disminuían en intensidad. Ahora Jack ya había establecido una especie de conexión con la mente de Lobo y pudo oírle gritar incluso desde el Campo Lejano. El hecho de que estos gritos sólo estuvieran en su cabeza no mejoraba en absoluto la situación.

A la hora del almuerzo. Lobo enmudeció y Jack comprendió de repente, sin la menor duda, que Gardener había ordenado sacarle de la caja antes de que sus gritos y aullidos llamaran una atención indebida. Después de lo sucedido a Ferd, no debía interesarle que nadie centrara su atención en el Hogar del Sol.

Cuando los grupos regresaron del campo al atardecer, la puerta de la caja estaba abierta y no había nadie en su interior. Lobo se encontraba arriba, en la habitación que compartía con Jack, acostado en su litera. Esbozó una leve sonrisa cuando vio a su amigo.

—¿Cómo está tu cabeza, Jack? El cardenal ya se ve menos. ¡Lobo!

—Lobo, ¿estás bien?

—Grité mucho, ¿verdad? No podía evitarlo.

—Lobo, lo siento —dijo Jack. Lobo parecía extraño… demasiado blanco y como disminuido.

Se *muere,* pensó Jack. No, le corrigió su mente. Lobo se estaba muriendo desde que habían saltado a este mundo para huir de Morgan. Sólo que ahora se moría más de prisa. Demasiado blanco… como encogido… pero…

Jack tuvo un escalofrío.

Los brazos y piernas de Lobo estaban cubiertos por un fino pelaje que no

tenían dos noches atrás; esto era seguro.

Sintió el deseo de correr a la ventana y buscar la luna, para asegurarse de que no le habían pasado por alto nada menos que diecisiete días.

—No es el tiempo del cambio, Jacky —dijo Lobo, con una voz seca y lejana, como la de un inválido—, pero he empezado a cambiar en aquel lugar oscuro y maloliente donde me han encerrado. ¡Lobo! Sí, he cambiado algo porque estaba asustado y furioso y porque gritaba y chillaba. Gritar y chillar pueden provocar el cambio en un Lobo, si lo hace durante mucho rato. —Se frotó el pelo de las piernas—. Desaparecerá.

—Gardener fijó un precio para sacarte —explicó Jacky—, pero yo no pude pagarlo. Quería hacerlo, pero… Lobo… mi madre… Las lágrimas le impidieron continuar.

—Shhhh, Jacky. Lobo lo sabe. Aquí y ahora mismo. Lobo volvió a sonreír de aquel modo terrible y agarró la mano de Jack.

Capítulo 24

JACK NOMBRA A LOS PLANETAS

1

Otra semana en el Hogar del Sol, alabado sea Dios. La luna iba engordando.

El lunes, un sonriente Sol Gardener pidió a los chicos que inclinaran la cabeza y dieran gracias a Dios por la conversión de su hermano Ferdinand Janklow. Ferd había decidido escuchar a su auna y seguir a Jesucristo mientras se recuperaba en el hospital Parkland, les comunicó Sol con una sonrisa radiante. Ferd había llamado a sus padres para decirles que había decidido ganar almas para el Señor y ellos rezaron en respuesta durante la conferencia de larga distancia, para que el Señor le guiase y fueron a recogerle al día siguiente. *Muerto y enterrado bajo un helado campo de Indiana… o en los Territorios, tal vez, adonde la Patrulla Estatal de Indiana no tendría jamás acceso.*

El martes era un día demasiado frío y lluvioso para trabajar en el campo. La mayoría de los chicos fueron autorizados ·para permanecer en sus habitaciones a dormir o leer, pero para Jack y Lobo empezó el período de acoso. Bajo la persistente lluvia, Lobo tuvo que sacar al camino cubo tras cubo de basura desde el granero y los cobertizos. A Jack le ordenaron limpiar los retretes. Suponía que tanto Warwick como Casey, que fueron quienes le asignaron esta tarea, debían considerar que era un trabajo realmente repugnante, pero es que ellos no habían

visto nunca el lavabo de hombres del mundialmente famoso bar Oatley. Sólo otra semana en el Hogar del Sol, oh, sí. Hector Bast regresó el miércoles, con el brazo derecho enyesado hasta el codo y la cara redonda y fofa tan pálida, que los granos resaltaban como chillonas manchas de colorete.

—El médico dice que quizá no podré volver a usarlo nunca —declaró—. Tú y tu amigo retrasado mental tenéis mucho de qué responder, Parker.

—¿Es que quieres que le ocurra lo mismo a tu otra mano? —le preguntó Jack… pero tenia miedo. Lo que veía en los ojos de Heck no era un simple deseo de venganza; era el deseo de cometer un asesinato.

—Ya no le temo —replicó Heck—. Sonny dice que la caja le ha quitado casi toda la furia y que hará cualquier cosa para no volver a ella. En cuanto a ti…

El puño izquierdo de Heck salió disparado. Era todavía más torpe con la mano izquierda que con la derecha, pero Jack, aturdido por la furia sorda del corpulento muchacho, ni siquiera lo vio venir. Sus labios esbozaron una extraña sonrisa y el puño de Heck los partió. Jack se tambaleó hasta la pared.

Se abrió una puerta y Billy Adams asomó la cara.

—*¡Cierra esa puerta o me encargaré de que tú también recibas!* —chilló Heck, y Adams, nada ansioso de ser atacado y recibir una lluvia de golpes, obedeció al instante.

Heck se acercó a Jack y éste, medio mareado, se apartó de la pared y levantó los puños. Heck se detuvo.

—Te gustaría, ¿verdad? —dijo Heck—. ¿Luchar con un tipo que sólo dispone de una mano útil? tenía la cara encendida.

Se oyeron pasos en el tercer piso que se dirigían hacia las escaleras. Heck miró a Jack.

—Ése es Sonny. Vamos, sal de aquí. Nos encargaremos de ti, amigo mío. De ti y del retrasado. El reverendo Gardener nos ha dado permiso para ello, a menos que le digas lo que quiere saber.

Heck sonrió,

—Hazme un favor, mocoso. No se lo digas.

2

Era cierto que la caja había quitado algo a Lobo, pensó Jack. Habían pasado seis horas desde su confrontación en el pasillo con Heck Bast. Pronto sonaría el timbre para la confesión, pero de momento, Lobo dormía profundamente en la litera inferior. Fuera, la lluvia continuaba azotando las paredes del Hogar del Sol.

No era furia lo que le había quitado, ni tampoco era la caja la única responsable. Ni siquiera el Hogar del Sol. Era todo este mundo. Lobo añoraba su hogar, simplemente. Había perdido gran parte de su vitalidad. Rara vez sonreía y no se reía nunca. Cuando Warwick le gritaba en el almuerzo por comer con los dedos, Lobo se encogía.

Tiene que ser pronto, Jacky. Porque me estoy muriendo. Lobo se está muriendo.

Heck Bast decía que no temía a Lobo y en realidad no parecía ya capaz de inspirar temor y daba la impresión de que estrujar la mano de Heck había sido su último acto de fuerza.

Sonó el timbre para la confesión.

Aquella noche, después de la confesión, la cena y la capilla, Jack y Lobo volvieron a su habitación y encontraron las dos literas empapadas y apestando a orina. Jack fue a la puerta, la abrió de un tirón y vio a Sonny Warwick y un gigante llamado Van Zandt en el pasillo, sonriendo.

—Creo que nos equivocamos de puerta, mocoso —dijo Sonny—. Pensamos que era el lavabo, por los trozos de mierda que siempre vemos flotando por aquí.

Van Zandt casi estalló de risa al oír esta salida. Jack les miró con fijeza unos instantes y Van Zandt dejó de reír.

—¿A quién miras, trozo de mierda? ¿Quieres que te rompa la maldita nariz?

Jack cerró la puerta, miró a Lobo y le vio dormido y con la ropa puesta sobre la litera empapada. La barba ya le estaba creciendo, pero su rostro aún se veía pálido y la piel tensa y brillante. Era el rostro de un inválido.

Déjale en paz. —pensó Jack, cansado—. Si *está tan rendido por la fatiga, déjale dormir así.No, no yas a dejarle dormir en esta cama sucia. ¡No puede ser!*

Muy cansado, Jack se acercó a Lobo, lo sacudió hasta despertarle a medias, lo sacó de la litera mojada y maloliente y le quitó el mono. Durmieron en el suelo, acurrucados uno contra el otro.

A las cuatro de la mañana, la puerta se abrió y entraron Sonny y Heck.

Levantaron a Jack y le llevaron casi a rastras al despacho de Sol Gardener en el sótano.

Gardener estaba sentado con los pies sobre el borde de la mesa. Iba totalmente vestido, a pesar de la hora. Detrás de él pendía un grabado de Jesús sobre el mar de Galilea, rodeado por sus asombrados discípulos. A la derecha había una ventana de cristal que daba al estudio oscuro donde Casey ejecutaba sus trucos acústicos. Un pesado llavero colgado de un aro del cinturón de Gardener; las llaves, un buen puñado de ellas, descansaban en la palma de su mano y las manoseó mientras hablaba.

—No has confesado ni una sola vez desde que llegaste, Jack —dijo con un ligero acento de reproche—. La confesión es buena para el alma. Sin confesión no podemos salvamos. Oh, no me refiero a la confesión pagana e idólatra de los católicos, sino a la confesión en presencia de tus hermanos y de tu Salvador.

—Prefiero que sea una cuestión entre mi Salvador y yo, si no le importa —replicó Jack con voz serena, y a pesar de su miedo y desorientación, no pudo por menos de gozar con la expresión de furia que se dibujó en el rostro de Gardener.

—¡Me importa! —gritó éste. El dolor estalló en los ríñones de Jack, que cayó de rodillas.

—Cuidado con lo que dices al reverendo Gardener, mocoso —reprendió Sonny—. Algunos de nosotros le defendemos.

—Dios te bendiga por tu confianza y amor, Sonny —dijo gravemente Gardener antes de dirigirse de nuevo a Jack.

—Levántate, hijo.

Jack consiguió ponerse en pie, agarrándose a la esquina de la valiosa mesa de madera clara de Sol Gardener.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Jack Parker.

Vio a Gardener asentir de modo imperceptible y trató de volverse, pero fue demasiado tarde. Un dolor nuevo estalló en sus ríñones. Gritó y volvió a caer de rodillas, golpeándose la magulladura ya más pálida de la frente contra el canto de la mesa de Gardener.

—¿De dónde eres, chico mentiroso, descarado y demoníaco?

—De Pennsylvania.

El dolor le estalló ahora en la carnosa parte superior del muslo izquierdo. Se

enrolló en la posición fetal sobre la blanca alfombra de Karastán, con las rodillas abrazadas contra su pecho.

—Levantadle.

Sonny y Heck le levantaron.

Gardener metió la mano en el bolsillo de su chaqueta blanca y extrajo un encendedor. Hizo girar la ruedecilla, produciendo una gran llama amarillenta, y acercó con lentitud la llama a la cara de Jack. Veinticinco centímetros. Jack podía oler el tufo picante y dulzón del líquido. Quince centímetros. Ahora podía sentir el calor. Ocho centímetros. Tres centímetros más —quizá dos— y la molestia se convertiría en dolor. Los ojos de Sol Gardener estaban nublados por el placer. Sus labios temblaban, al borde de una sonrisa.

—¡Si! —El aliento de Heck quemaba y olía a salchicha picante— ¡Sí, hágalo!

—¿De qué te conozco?

—¡No le he visto nunca! —jadeó Jack.

La llama se acercó más. Los ojos de Jack se humedecieron y sintió que la piel empezaba a chamuscarse. Tra.tó de echar atrás la cabeza, pero Sonny Singer se la sujetó.

—¿Dónde te he visto? —preguntó Gardener con voz ronca. La llama del encendedor bailaba en sus pupilas negras y cada reflejo era exacto que los otros —. ¡ Es tu última oportunidad!

¡Díselo, por el amor de Dios, díselo! —Si nos hemos visto alguna vez, no lo recuerdo —jadeó Jack—. Tal vez en California…

El encendedor se cerró. Jack sollozó de alivio.

—Lleváoslo —ordenó Gardener.

Arrastraron a Jack hacia la puerta.

—No te servirá de nada, ¿sabes? —dijo Sol Gardener, que había dado media vuelta y parecía meditar sobre el grabado de Jesucristo caminando sobre las aguas—. Te lo arrancaré, si no esta noche, mañana por la noche o la siguiente. ¿Por qué no hacerte las cosas más fáciles, Jack?

Jack no contestó. Un momento después sintió que le torcían el brazo hacia los omóplatos. Gimió.

—*¡Díselo!* —murmuró Sonny.

Y una parte de Jack quería hacerlo, no porque le hicieran daño sino porque… *porque la confesión era buena para el alma.*

Recordó el fangoso patio, recordó a este mismo hombre con otros ropajes preguntándole quién era, recordó haber pensado:

Te diré todo lo que quieras saber si dejas de mirarme con estos ojos monstruosos, claro que sí, porque sólo soy un niño y esto es lo que hacen los niños, hablar, hablar, contarlo todo…

Entonces recordó la voz de su madre, aquella voz dura, preguntándole si iba a desembuchar delante de este tipo.

—No puedo decirle lo que no sé —respondió.

Los labios de Gardener se abrieron en una sonrisa leve y seca.

—Devolvedle a su habitación —dijo.

3

Sólo otra semana en el Hogar del Sol, ya podéis decir amén, hermanos y hermanas. Sólo otra larga, larga semana.

Jack se entretuvo en la cocina mientras los otros salían, después de dejar sus platos del desayuno. Sabía muy bien que se arriesgaba a otra paliza y a más acosamiento… pero a estas alturas, esto se le antojaba una consideración menor. Hacía sólo tres horas que Sol Gardener había estado a punto de quemarle los labios; lo había visto en los ojos dementes de aquel hombre y adivinado en su corazón maligno. Después de una cosa semejante, el riesgo de ser golpeado parecía una consideración realmente pequeña.

La ropa blanca de cocinero de Rudolph estaba tan gris como el plomizo cielo de noviembre. Cuando Jack pronunció su nombre en un murmullo, Rudolph le miró con ojos inyectados en sangre. El aliento le olía a whisky barato.

—Será mejor que salgas de aquí, pescado nuevo. Te están vigilando muy de cerca.

Dime algo que no sé.

Jack miró, muy nervioso, hacia el antiguo lavaplatos, que saltaba, silbaba y jadeaba como una locomotora de vapor mientras los chicos lo cargaban. No

parecían mirar a Jack y Rudolph, pero Jack sabía que *parecer* era realmente la palabra justa. Correrían rumores. Oh, sí. En el Hogar del Sol se quedaban con el dinero de los pupilos y difundir rumores era una especie de moneda sustitutiva.

—Necesito salir de aquí —dijo Jack—, yo y mi corpulento amigo. ¿Cuánto pediría por hacer la vista gorda mientras nosotros salíamos por la puerta trasera?

—Más de lo que podrías pagarme aunque lograras recuperar lo que te quitaron cuando te metieron aquí, campañero —replicó Rudolph. Sus palabras eran bruscas, pero miró a Jack con una especie de velada bondad.

Sí, claro, se lo habían quitado todo… la púa de guitarra, el dólar de plata, la gran canica sonora, sus seis dólares, todo. Ahora estaba dentro de un sobre sellado en alguna parte, probablemente en el despacho de Gardener. Pero…

—Bueno, le firmaré un vale. Rudolph sonrió con ironía.

—Dicho por alguien que vive en este antro de ladrones y drogadictos, es casi gracioso —dijo—. A la mierda tu maldito vale, granuja.

Jack dirigió hacia Rudolph toda la fuerza nueva que había en él. Existía un modo de ocultar aquella fuerza, aquella nueva belleza —por lo menos, hasta cierto punto—, pero ahora le dio rienda suelta y vio que Rudolph retrocedía ante ella, con el rostro momentáneamente confuso y asombrado.

—Mi vale sería bueno y creo que usted lo sabe —dijo Jack en voz baja—. Déme unas señas y le enviaré el dinero. ¿Cuánto? Ferd Hanklow dijo que por dos dólares echaba una carta al correo. ¿Bastarían diez para mirar hacia otro lado mientras nosotros salimos a dar un paseo?

—Ni diez, ni veinte, ni cien —contestó Rudolph en un murmullo, mirando al muchacho con una tristeza que asustó mucho a Jack. Aquella mirada le reveló, más que cualquier otra cosa, la gravedad de la trampa en que Lobo y él habían caído—. Sí, lo he hecho antes, a veces por cinco dólares y otras, te lo creas o no, de balde. Por Ferdie Jankiow lo habría hecho de balde; era un buen chico. Estos *malditos…*

Rudolph alzó un puño enrojecido por el agua y los detergentes y lo agitó contra los azulejos verdes de la pared. Vio a Morton, el chico acusado de masturbarse, con los ojos fijos en él y Rudolph le dirigió una mirada horrible. Morton desvió la vista inmediatamente.

—*Entonces, ¿por qué no?* —preguntó Jack, desesperado.

—Porque tengo miedo, chico —respondió el cocinero.

—¿Qué quiere decir? La noche de mi llegada, cuando Sonny empezó a buscarle las cosquillas…

—¡Singer! —Rudolph agitó la mano con desprecio—. Singer no me da miedo y Bast tampoco, por muy fornido que sea. Es *él* quien me infunde terror…

—¿Gardener?

—Es un demonio del infierno —dijo Rudolph. Vaciló y añadió en seguida—: Te diré algo que nunca he contado a nadie. Una semana se retrasó en pagarme y bajé a su despacho. La mayoría de veces no lo hago, no me gusta bajar allí, pero esta vez tenía que… bueno, tenía que ver a un hombre. Necesitaba el dinero sin falta, ¿me comprendes? Le vi bajar a su despacho, así que sabía que estaba allí. Bajé y llamé, a la puerta y ésta se abrió cuando la toqué, porque no la había cerrado del todo. Y, ¿sabes una cosa, chico? *No estaba dentro.*

La voz de Rudolph había ido perdiendo volumen a medida que hablaba, hasta que Jack apenas podía oírla por encima de la algarabía del lavaplatos. Al mismo tiempo, sus ojos se fueron abriendo como los de un niño al recordar una pesadilla…

—Pensé que tal vez estaría en aquel estudio de grabación que tienen, pero tampoco estaba allí. Y no había ido a la capilla porque no hay puerta de comunicación. Se puede salir afuera desde su despacho, pero esta puerta estaba cerrada con cerrojo *por dentro.* ¿Adonde fue, entonces, compañero? *¿Adonde fue?*

Jack, que lo sabía, sólo pudo mirar a Rudolph con expresión de desconcierto.

—Creo que es un demonio del infierno y bajó con un ascensor fantasma para llevar un informe al cuartel general —prosiguió Rudolph—. Me gustaría ayudarte, pero no puedo. No hay bastante dinero en Fort Knox para hacerme desafiar al Hombre del Sol. Y ahora, sal de aquí. Quizá no han notado tu ausencia.

Pero la habían notado, claro. Cuando salió por la puerta giratoria, Warwick se acercó por detrás y golpeó a Jack en medio de la espalda con un puño gigantesco formado por las dos manos entrelazadas. Mientras Jack se tambaleaba hacia delante por la cafetería desierta, Casey apareció como por ensalmo y adelantó un pie. Jack no pudo detenerse, tropezó con el pie de Casey, levantó las dos piernas en el aire y cayó entre un revoltijo de sillas. Se puso en pie, luchando por contener lágrimas de vergüenza y rabia.

—No tienes que ser tan lento en llevar tus platos, mocoso —dijo Casey—. Podrías lastimarte.

—Sí —sonrió Warwick—. Y ahora ve arriba. Los camiones ya esperan.

4

A las cuatro de la madrugada siguiente le despertaron y bajaron de nuevo al despacho de Sol Gardener. Éste levantó la vista de la Biblia, como sorprendido de verle.

—¿Dispuesto a confesar, Jack Parker?

—No tengo nada que…

Otra vez el encendedor. Y la llama, bailando a dos centímetros de la punta de su nariz.

—Confiesa. ¿Dónde nos hemos visto? —La llama se acercó un poco más—. Tengo intención de obligarte a hablar, Jack, ¿Dónde? *¿Dónde?*

—*¡Saturno!* —gritó Jack. Fue lo único que se le ocurrió—. *¡Urano! ¡Mercurio! ¡En alguna parte del cinturón de asteroides! ¡Io! ¡Ganímedes! ¡Dei…!*

Un dolor plomizo, denso, intensísimo, estalló bajo su vientre cuando Héctor Bast le acertó entre las piernas con. su mano útil y le retorció los testículos.

—Toma esto —dijo Heck Bast, sonriendo triunfalmente—. Te lo has buscado, maldito bufón.

Jack se desplomó lentamente hasta el suelo, sollozando. Sol Gardener se agachó despacio, con una expresión paciente, casi beatífica.

—La próxima vez haremos bajar a tu amigo —anunció en voz baja—. Y con él, no vacilaré. Piénsalo, Jack. Hasta mañana por la noche.

Sin embargo, mañana por la noche, decidió Jack, él y Lobo no estarían aquí. Si sólo quedaban los Territorios, irían a los Territorios…

… si podía volver allí con Lobo.

Capítulo 25

JACK Y LOBO VAN AL INFIERNO

1

Tendrían que saltar desde la planta baja. Jack se concentró en esta idea y no en la cuestión de si podrían saltar o no. Sería más sencillo marcharse desde el dormitorio, pero el exiguo cubículo que compartían él y Lobo se hallaba en el tercer piso, a doce metros del suelo; Jack ignoraba cómo correspondían exactamente la geografía y topografía de los Territorios con la geografía y topografía de Indiana y no quería arriesgarse a romperse la cabeza. Explicó a Lobo lo que harían.

—¿Lo has entendido?

—Sí —contestó Lobo con indiferencia.

—Repítemelo por si acaso, compañero.

—Después del desayuno, cruzo la sala y me meto en el lavabo. Entro en el primer retrete. Si nadie advierte mi ausencia, entrarás tú. Y regresaremos a los Territorios. ¿Esto esto, Jacky?

—Sí, muy bien —dijo Jack, poniendo una mano sobre el hombro de Lobo y apretándolo. Lobo sonrió débilmente. Jack titubeó antes de añadir—: Siento haberte metido en esto. Todo ha sido culpa mía.

—No, Jack —protestó, generoso. Lobo—. Probaremos esto… Quizá… —Un

fugaz destello de esperanza pareció brillar en los ojos de Lobo.

—Sí —dijo Jack—, quizá.

2

Jack estaba demasiado asustado y excitado para desayunar, pero pensó que si no comía podía llamar la atención, asi que se atiborró de huevos y patatas, que sabían a serrín, e incluso engulló un grasicnto trozo de tocino ahumado.

Por fin el tiempo había aclarado, después de helar la noche anterior; las piedras del Campo Lejano serian como pedazos de escoria incrustadas en plástico endurecido.

Llevaron los platos a la cocina.

Se permitió a los muchachos volver a la sala mientras Sonny Singer, Héctor Bast y Andy Warwick iban a buscar la orden del día.

Se sentaron, sin saber qué hacer. Pedersen tenía un ejemplar nuevo de la revista publicada por la organización de Gardener, *El sol de Jesús,* y empezó a hojearla mientras vigilaba de vez en cuando a los chicos.

Lobo dirigió a Jack una mirada inquisitiva y éste asintió. Lobo se levantó y salió a paso lento de la habitación. Pedersen alzó la vista, vio a Lobo cruzar la sala y entrar en los lavabos y volvió a su revista.

Jack contó hasta sesenta y entonces se obligó a contar hasta sesenta una vez más. Fueron los dos minutos más largos de su vida. Tenía un miedo terrible de que Sonny y Heck volvieran a la sala y dieran a todos los chicos la orden de ir hacia los camiones, ya que quería ir al lavabo antes de que esto ocurriera. Pero Pedersen no era tonto y si Jack seguía a Lobo demasiado de cerca, podía sospechar algo.

Por fin se levantó y se encaminó hacia la puerta, que se le antojaba muy distante; sus pesados pies no parecían avanzar; era como una ilusión óptica.

Pedersen levantó la vista.

—¿Adonde vas, mocoso?

—Al lavabo —contestó Jack. Tenía la lengua seca. Había oído decir que a la gente se le secaba la *boca* por el miedo, pero no la *lengua.*

—Llegarán dentro de un minuto —dijo Pedersen, indicando con la cabeza el final del pasillo, donde estaban las escaleras que bajaban a la capilla, el estudio y el despacho de Gardener—. Será mejor que esperes y riegues el Campo Lejano.

—Tengo que cagar —contestó Jack, a la desesperada. *Claro. Y quizá tú y iel idiota de tu amigo os meneáis un poco las colitas antes de empezar el día. Sólo para animaros. Vuelve a sentarte.*

—Bueno, pues ve de una vez —contestó Pedersen de mal humor—. No te quedes ahí gimoteando.

Volvió a su revista y Jack cruzó la sala y entró en el lavabo.

3

Lobo había escogido el retrete equivocado, el del centro de la hilera; sus zapatos eran inconfundibles bajo la puerta. Jack la empujó y entró. Apenas cabían y Jack percibió el fuerte olor animal de Lobo.

—Está bien —dijo—. Intentémoslo.

—Jack, tengo miedo. Jack rió con nerviosismo.

—Yo también.

—¿Cómo lo haré…?

—No lo sé. Dame las manos. —Esto parecía un buen comienzo. Lobo puso sus manos peludas —garras, casi— en las manos de Jack y éste sintió fluir hacia sí una extraña fuerza. Por lo visto, la fuerza de Lobo aún no se había extinguido, sino sólo ocultado, como se oculta bajo tierra un manantial en una estación de calor extraordinario.

Jack cerró los ojos.

—*Quiero* volver —dijo—. *Quiero* volver. Lobo. *¡Ayúdame!*

—Ya lo hago —jadeó Lobo—. ¡Ojalá pudiera! ¡Lobo!

—Aquí y ahora.

—¡Aquí y ahora mismo!

Jack apretó más las manos —garras— de Lobo. Se olía a lejía. Oyó pasar un coche por alguna parte. Sonó un teléfono. Pensó;

Estoy bebiendo el zumo mágico. Lo bebo en mi imaginación, aquí y ahora

mismo lo estoy bebiendo, puedo percibir su olor, su color morado, su densidad y rareza; noto su sabor, noto que se me contrae la garganta…

Cuando el sabor le llegó a la garganta, el mundo osciló bajo sus pies y a su alrededor. Lobo exclamó:

—¡Jacky, funciona!

Esto le distrajo de su profunda concentración y por un momento fue consciente de que era sólo un truco, camo tratar de conciliar el sueño contando ovejas, y el mundo volvió a inmovilizarse. Olió de nuevo a lejía. Oyó una voz plañidera contestando al teléfono: «Sí, diga, ¿quién es?»

No importa, no es un truco, no lo es en absoluto… Es magia. Es magia y lo hice cuando era pequeño y puedo volver a hacerlo, Speedy lo dijo, aquel cantante ciego Bola de Nieve lo dijo también, EL ZUMO MÁGICO ESTA EN MI MENTE…

Ejerció presión hacia abajo con todas sus fuerzas, con toda la fuerza de su voluntad… y la facilidad con que saltaron fue increíble, como si un puñetazo dirigido contra algo que parecía granito diera contra un decorado de cartón piedra y el golpe con que uno temía romperse todos los nudillos no encontraba la menor resistencia.

4

Jack, con los ojos muy cerrados, sintió que el suelo se resquebrajaba bajo sus pies… y luego desaparecía completamente.

Oh, mierda, al final vamos a caer en el vacío, pensó con desaliento.

Pero no fue una caída, sino un resbalón sin importancia. Un momento después él y Lobo se hallaban de pie sobre una superficie firme: tierra en vez de las duras baldosas del retrete.

Un tufo de azufre se mezclaba con el hedor de una cloaca. Era un vaho mortífero y Jack pensó que significaba el final de toda esperanza.

—¡Jason! ¿Oué es este *olor*? —gimió Lobo—. ¡Oh, Jason, este *olor*, no puedo quedarme aquí, Jacky, no puedo…!

Jack abrió los ojos de par en par. En el mismo instante Lobo le soltó las

manos y avanzó a tientas, con los ojos todavía bien cerrados. Jack vio que los pantalones anchos de Lobo y su camisa a cuadros habían sido reemplazados por el mono Oshkosh con que Jack había conocido al corpulento pastor. Las gafas de John Lennon habían desaparecido. Y…

… y Lobo avanzaba a tientas hacia el borde de un precipicio que estaba a menos de un metro.

—*¡Lobo!* —Se abalanzó sobre él y le abrazó por la cintura—. *¡Lobo, no!*

—Jacky, no puedo quedarme —gimió Lobo—, es el Pozo, uno de los Pozos, Morgan hizo estos lugares, oh, oí decir que Morgan los había hecho, puedo olerlo…

—¡Lobo, hay un precipicio, vas a caerte!

Lobo abrió los ojos y quedó horrorizado al ver el humeante abismo que se extendía a sus pies. En sus profundidades, un fuego rojo parpadeaba como ojos infectados.

—Un Pozo —gimió Lobo—. Oh, Jacky, es un Pozo. Ahí abajo hay hornos del Corazón Negro. El Corazón Negro en el centro del mundo. No puedo quedarme, Jacky, es lo peor que puede haber.

El primer pensamiento coherente de Jack mientras él y Lobo permanecían en el borde del Pozo, mirando hacia el infierno o el Corazón Negro en el centro del mundo, fue que la geografía de los Territorios y la de Indiana *no era* la misma. No había en el Hogar del Sol ningún lugar correspondiente a este abismo, a este horrible Pozo.

Un metro más a la derecha —pensó Jack con súbito terror—. Sólo *habría bastado esto, un metro más a la derecha. Y si Lobo hubiera hecho lo que yo le dije…Si* Lobo hubiera hecho lo que Jack le había indicado, habrían saltado desde el primer retrete. Y si hubieran saltado desde allí, habrían caído en este abismo de los Territorios.

Las piernas le flaquearon. Alargó la mano hacia Lobo, esta vez para apoyarse en él.

Lobo le sujetó con expresión ausente y los ojos, que ardían con reflejos anaranjados, muy abiertos. Su mueca revelaba desconcierto y miedo.

—Es un Pozo, Jacky.

Se parecía a la enorme mina abierta de molibdeno que había visitado con su madre durante unas vacaciones en Colorado tres inviernos atrás; habían ido a

esquiar a Vail, pero un día hizo demasiado frío para practicar el esquí y habían hecho un recorrido en autobús de la mina de molibdeno de Continental Minerals, en las afueras de la pequeña localidad de Sidewinder.

—Para mí es como el infierno, Jacky-O —le dijo ella, con la cara, soñadora y triste, vuelta hacia la ventanilla enmarcada de escarcha del autobús—. Me gustaría que cerrasen todos estos lugares. Extraen fuego y destrucción de la tierra. Es el infierno, no cabe duda.

Gruesas y tortuosas enredaderas de humo se elevaban desde el fondo del Pozo, cuyos lados estaban veteados por gruesos filones de un metal verde y venenoso. Quizá medía un kilómetro y medio de diámetro. Un camino descendente dibujaba una espiral en su circunferencia interior. Jack podía ver figuras subiendo y bajando trabajosamente por este camino.

Era una especie de prisión, del mismo modo que e] Hogar del Sol era una prisión, y éstos eran los prisioneros y sus guardianes. Los primeros iban desnudos y tiraban por parejas de unos carros llenos de enormes trozos de aquel minera] verde y grasicnto. Sus rostros estaban marcados por hondos surcos de dolor, ennegrecidos por el hollín y salpicados de llagas rojas y profundas.

Los guardianes subían o bajaban a su lado y Jack vio con sorda estupefacción que no eran humanos; en ningún sentido podían llamarse así. Sus cuerpos eran retorcidos y gibosos, tenían garras en vez de manos y las orejas puntiagudas como las de mister Spock. *¡Pero si son gárgolas!* —pensó—. *Todos esos monstruos espantosos de las catedrales francesas (mamá tenía un libro y yo temí que tuviéramos que ver a las de todo el país, pero lo dejó cuando sufrí una pesadilla y mojé la cama…) ¿procedían de aquí? ¿Les había visto alguien aquí? ¿Alguien de la Edad Media que saltó, vio este lugar y pensó que había tenido una visión del infierno?*

Pero esto no era una visión.

Las gárgolas empuñaban látigos y Jack oyó los restallidos por encima del ruido de las ruedas y el fragor de las rocas que se resquebrajaban continuamente bajo un calor tremendo y constante. Mientras él y Lobo los observaban, una yunta de hombres se detuvo cerca del fin del camino en espiral, con las cabezas bajas, los tendones de sus cuellos en fuerte relieve y las piernas trémulas por el agotamiento.

El monstruo que los vigilaba —un ser retorcido con un taparrabos en tomo a

las piernas y una línea de pelos tiesos y ralos que le crecía en la enjuta columna vertebral— descargó el látigo primero sobre uno y luego sobre el otro, chinándoles en una lengua estridente que pareció martillear clavos plateados de dolor en la cabeza de Jack. Vio las mismas bolas de metal plateado que decoraban el látigo de Osmond y antes de que pudiera parpadear, el brazo de un prisionero quedó abierto por una herida y el cuello del otro, convertido en jirones de piel.

Los hombres gimieron y se inclinaron todavía más hacia delante, mientras su sangre se oscurecía en las tinieblas amarillentas. El monstruo chillaba y farfullaba, con el brazo derecho, de un gris metálico, arqueado para descargar el látigo sobre las cabezas de los esclavos. Con una temblorosa sacudida final, arrastraron el carro hasta el borde del camino, llegando a terreno plano. Uno de ellos cayó de rodillas, exhausto, y el movimiento del carro hacia delante le derribó y una de las ruedas le pasó por encima de la espalda. Jack oyó el crujido de la columna vertebral del prisionero al romperse, un sonido semejante al pistoletazo del arbitro al iniciarse una carrera.

La gárgola gritó de rabia cuando el carro se tambaleó y cayó de costado, vaciando su carga en el árido y resquebrajado terreno del borde del Pozo. Llegó en dos grandes zancadas hasta donde yacía el prisionero caído y levantó el látigo. Entonces el hombre moribundo volvió la cabeza y miró a los ojos de Jack Sawyer.

Era Ferd Janklow.

Lobo también le vio.

Se buscaron las manos.

Y saltaron de nuevo.

5

Estaban en un lugar pequeño y cerrado —de hecho era un retrete— y Jack apenas podía respirar porque los brazos de Lobo le rodeaban en un asfixiante abrazo. Y tenía un pie empapado; de algún modo, al saltar había metido un pie en la taza del retrete. Oh, fantástico. *Cosas como ésta no suceden nunca a Conan*

el Bárbaro, pensó Jack con desaliento.

—Jack, no, Jack, no, el Pozo, era el Pozo, *no,* Jack…

—¡Basta! ¡Basta, Lobo! ¡ Ya hemos vuelto!

—No, no, n…

Lobo se interrumpió y abrió lentamente los ojos.

—¿Vuelto?

—En efecto, aquí y ahora mismo, así que suéltame, me estás rompiendo las costillas y, además, tengo el pie metido en el maldito…

La puerta del pasillo que daba al lavabo se abrió con tanta fuerza que golpeó la pared de azulejos y el panel de cristal escarchado cayó y se hizo trizas.

Se abrió de improviso la puerta del retrete. Andy Warwick echó una ojeada y pronunció dos palabras llenas de furia y desprecio:

—*Condenados maricas.*

Agarró al aturdido Lobo por la pechera de la camisa a cuadros y lo sacó afuera. Los pantalones de Lobo se engancharon al portarrollos de acero y lo arrancaron de la pared. El rollo de papel se desprendió y rodó por el suelo. Warwick lanzó a Lobo contra los lavabos, cuya altura era la justa para golpearle los genitales. Lobo cayó al suelo, con las manos en la parte dolorida.

Warwick se volvió hacia Jack y Sonny Singer apareció en la puerta del retrete. Alargó la mano y cogió a Jack por la camisa.

—Ven aquí, maric… —empezó Sonny y ya no pudo continuar. Desde que él y Lobo habían sido encarcelados en este lugar, Jack tenía siempre delante de los ojos a Sonny Singer. Sonny Singer, cuyo rostro oscuro y taimado quería parecerse lo más posible a Sol Gardener (y cuanto antes, mejor), Sonny Singer, que había acuñado el encantador epíteto de *mocoso,* Sonny Singer, de quien había surgido sin duda la idea de mear en sus camas.

Jack lanzó un derechazo, no describiendo un arco al azar, al estilo de Heck Bast, sino simple y directamente desde el codo. Su puño se estrelló contra la nariz de Sonny. Se oyó un crujido y Jack sintió un momento de satisfacción tan perfecta que le pareció sublime.

—Ahí tienes —gritó. Sacó el pie del retrete y, con una gran sonrisa, habló en su mente a Lobo con toda la intensidad de que fue capaz:

No nos van tan mal las cosas, Lobo… Tú rompiste la mano de un bastardo y yo he fracturado la nariz, de otro.

Sonny se tambaleó hacia atrás, chillando, con sangre chorreándole entre los dedos.

Jack salió del retrete con los puños por delante en una imitación bastante ajustada de John L. Sullivan.

—Ya te dije que te guardaras de mí, Sonny. Ahora voy a enseñarte a decir aleluya.

—¡Heck! —gritó Sonny—. ¡Andy! ¡Casey! ¡Quien sea!

—Sonny, pareces asustado —dijo Jack—. No sé por qué…

Y entonces algo —algo semejante a un montón de ladrillos— le cayó sobre la nuca, lanzándole contra uno de los espejos que había encima de los lavabos. Si hubiera sido de cristal, se habría roto e infligido graves cortes a Jack, pero todos los espejos eran de acero bruñido. No podía haber suicidios en el Hogar del Sol.

Jack pudo levantar un brazo y amortiguar un poco el golpe, pero aún estaba aturdido cuando se volvió y vio a Heck Bast sonriéndole. Le había golpeado con el vendaje enyesado de su mano derecha.

Mientras miraba a Heck, Jack tuvo una súbita y espantosa intuición. *¡Eras tú!*

—Me ha dolido mucho —dijo Heck, sosteniendo con su mano izquierda la derecha enyesada—, pero ha merecido la pena, mocoso. —Dio un paso hacia delante.*¡Eras tú! Tú estabas con Ferd en el otro mundo, dándole latigazos hasta matarlo. ¡Tú eras la gárgola, era tu Gemelo!*

Una rabia tan caliente como la vergüenza invadió a Jack. Cuando Heck se puso a su alcance, Jack se apoyó en el lavabo, agarró fuertemente el borde con ambas manos y levantó los dos pies, que fueron a parar directamente contra el pecho de Heck Bast y lo lanzaron, tambaleándose, contra el retrete abierto. El zapato que había regresado a Indiana metido en una taza de water dejó una marca muy clara en el suéter blanco de Heck. Éste cayó sentado en el retrete con un chapoteo, y una expresión de total aturdimiento se reflejó en su rostro. El brazo enyesado chocó con un ruido sordo contra la porcelana.

Ahora irrumpían otros muchachos. Lobo intentaba levantarse; los pelos le colgaban sobre la cara. Sonny, con la mano todavía sobre la nariz ensangrentada, se acercaba a él para derribarle con un puntapié.

—Sí, atrévete a tocarle, Sonny —dijo Jack en voz baja y Sonny se apartó.

Jack cogió a Lobo por los brazos y le ayudó a ponerse en pie. Vio como en

un sueño que Lobo había regresado más peludo que antes. *Todo esto le ha sometido a una tensión demasiado fuerte. Está provocando el cambio en él y por Dios que no parece que vaya a terminar nunca… nunca…*

Él y Lobo retrocedieron ante los demás —Warwick, Casey, Pedersen, Peabody, Singer— hacia el fondo de los lavabos. Heck ya salía del retrete al que Jack le había lanzado con los pies y Jack se fijó en otro detalle: habían saltado desde el cuarto retrete de la hilera y Heck Bast estaba saliendo del quinto. En el otro mundo se habían movido lo justo para volver al retrete contiguo.

—¡Estaban jodiendo ahí dentro! —chilló Sonny, con voz ahogada y nasal—. ¡El retrasado y el guapito! ¡Warwick y yo les hemos sorprendido con las pollas fuera!

Las nalgas de Jack tocaron las frías baldosas. No había lugar hacia donde huir. Soltó a Lobo, que se desplomó, y levantó los puños.

—Venga —dijo—, ¿quién es el primero?

—¿Vas a pelear con todos nosotros? —preguntó Pedersen.

—Si tengo que hacerlo, lo haré —replicó Jack—. ¿Cuál es vuestro propósito? ¿Atarme a una yunta por amor a Jesús? ¡Adelante!

Un destello de inquietud en la cara de Pedersen; una mueca de auténtico temor en la de Casey. Se detuvieron… se detuvieron de verdad. Jack sintió un momento de esperanza loca e irracional. Los chicos le miraban fijamente con la alarma de los hombres que miran a un perro rabioso al que pueden matar… pero que antes puede morder a alguien.

—Apartaos, muchachos —dijo una voz potente y serena y todos se apartaron de buena gana, con los rostros iluminados por el alivio. Era el reverendo Gardener. El reverendo Gardener sabría cómo solucionar esto.

Se acercó a los muchachos acorralados, vestido esta mañana con pantalones grises y una camisa de satén blanco y mangas amplias, casi byronianas. En la mano sostenía la funda negra de la aguja hipodérmica.

Miró a Jack y suspiró.

—¿Sabes lo que dice la Biblia sobre la homosexualidad, Jack? Jack le enseñó los dientes.

Gardener asintió con tristeza, como si no hubiera esperado otra cosa.

—En fin, todos los chicos son malos —dijo—. Es un axioma. Abrió la funda. La aguja centelleó.

—Creo, sin embargo, que tú y tu amigo habéis hecho algo aún peor que la sodomía —continuó Gardener con voz apesadumbrada—. Quizá ir a lugares reservados para vuestros superiores.

Sonny Singer y Heck Bast intercambiaron una mirada de inquietud y sobresalto.

—Creo que algo de esta maldad… de esta perversidad… ha sido culpa mía. —Sacó la aguja, la miró y luego extrajo del bolsillo una ampolla. Dio la funda a Warwick y llenó la ampolla—. Nunca he creído en obligar a confesar a mis muchachos, pero sin confesión no puede haber decisión para Cristo y sin ninguna decisión para Cristo, el mal continúa creciendo. Así pues, aunque lo lamento mucho, creo que ha concluido la hora de preguntar y llegado la hora de exigir en nombre de Dios. Pedersen. Peabody. Warwick. Casey. ¡ Sujetadles!

Los muchachos se abalanzaron como perros amaestrados ai oír la orden. Jack consiguió dar un puñetazo a Peabody antes de que le cogieran y sujetaran las manos.

—¡.*Dé-je-me pe-gar-le!* —gritó Sonny con su voz nueva y apagada. Se abrió paso a codazos entre sus compañeros; los ojos le brillaban de odio—. *¡Quie-ro pe-gar-le!*

—Ahora no —dijo Gardener—. Más tarde, quizá. Rezaremos por ello, ¿eh, Sonny?

—Si. —El brillo de los ojos de Sonny era ahora positivamente febril—. Re-za-ré por ello to-do el día.

Como un hombre que por fin se despierta de un sueño muy largo, Lobo gruñó y miró a su alrededor. Vio a Jack sujeto por unos brazos, vio la aguja hipodérmica y apartó de Jack el brazo de Pedersen como si se tratara del brazo de un niño. Un rugido de fuerza sorprendente irrumpió de su garganta.

—*¡No! ¡SOLTADLE!*

Gardener bailó hacia la espalda de Lobo con una gracia alada que recordó a Jack los movimientos de Osmond cuando se encaró con el carretero en aquella fangosa era. La aguja centelleó y se hundió. Lobo se volvió en redondo, gritando como si le hubieran pinchado… y esto era exactamente lo que acababa de ocurrirle. Hizo un ademán para apoderarse de la aguja, pero Gardener esquivó su mano con agilidad.

Los chicos, que habían contemplado la escena con el aturdimiento propio del

Hogar del Sol, empezaron a correr hacia la puerta, alarmados. No querían estar cerca de Lobo en este momento de furia.

—*¡SOLTADLE!* Sol… sol… soltad…

—¡Lobo!

—Jack… Jacky…

Lobo le miraba con ojos perplejos que, como extraños caleidoscopios, cambiaron del avellana al anaranjado y por fin a un rojizo turbio. Alargó hacia Jack las manos peludas y entonces Héctor Bast se le aproximó por la espalda y le derribó de un golpe.

—*¡Lobo! ¡Lobo!* —Jack le miró fijamente con ojos húmedos y furiosos—. Sí *le has matado, hijo de perra.*…

—Shhhh, señor Jack Parker —murmuró Gardener a su oído y Jack sintió el pinchazo de la aguja en la parte superior del brazo—. Tranquilo ahora. Vamos a llevar algo de sol a tu alma. Y quizá entonces veremos si te gusta arrastrar un pesado carro por el camino en espiral. ¿Puedes decir aleluya?

Aquella palabra le acompañó hasta el abismo oscuro de la inconsciencia.

Aleluya… aleluya… aleluya…

Capítulo 26

LOBO EN LA CAJA

1

Jack se despertó mucho antes de que se dieran cuenta de que estaba despierto, pero comprendió muy paulatinamente quién era, qué había sucedido y cuál era su situación, en cierto modo como un soldado que ha sobrevivido a un fuego de artillería violento y prolongado. Le latía el brazo donde Gardener lo había pinchado, la cabeza le dolía tanto que incluso sentía un latido en los ojos y estaba terriblemente sediento.

Avanzó un poco más en el camino hacia la conciencia plena cuando intentó tocarse con la mano izquierda el lugar dolorido del brazo derecho. No podía hacerlo y ello se debía a que tenía los brazos pegados al cuerpo. Olía a lona vieja y mohosa, el olor de una tienda de explorador encontrada en el desván después de muchos años. Fue entonces (aunque la había mirado estúpidamente a través de los ojos entornados durante los diez últimos minutos) cuando comprendió qué era lo que llevaba puesto: una camisa de fuerza.

Ferd lo habría adivinado antes, Jack-O, pensó y pensar en Ferd produjo un efecto estabilizador en su mente, a pesar del tremendo dolor de cabeza. Se movió un poco y los latidos de dolor en la cabeza y en el brazo le hicieron gemir. No pudo evitarlo.

—Se está despertando —dijo Heck Bast.

—No, aún no —replicó Sol Gardener—. Le he inyectado lo suficiente para paralizar a un cocodrilo gigante. Dormirá hasta las nueve de la noche, como mínimo. Sólo está soñando un poco. Heck, quiero que subas y oigas las confesiones de los muchachos esta noche. Diles que no habrá capilla vespertina. Tengo que ir a recibir un avión y esto es sólo el principio de lo que será probablemente una noche muy larga. Sonny, tú quédate a ayudarme con los libros.

—Ha *sonado* como si se despertara —insistió Heck.

—Obedece, Heck. Y di a Bobby Peabody que eche una mirada a Lobo.

Sonny (con una risita):

—No le gusta mucho estar allí dentro, ¿eh? *Ah, Lobo, han vuelto a encerrarte en la caja* —se lamentó Jack—. *Lo siento… es culpa mía… todo esto es culpa mía…*

—A los condenados al infierno no suele preocuparles la maquinaria de la salvación —Jack oyó decir a Sol Gardener—. Cuando los demonios de su interior empiezan a morir, se escapan gritando. Vete ya, Heck.

—Sí, reverendo Gardener.

Jack oyó pero no vio salir a Heck. Aún no se atrevía a abrir los ojos.

2

Embutido en la tosca caja de fabricación doméstica, mal soldada y de burdos cerrojos, como la víctima de un entierro prematuro en un ataúd de hierro, Lobo se pasó el día aullando, golpeando los lados de la caja hasta que los puños le sangraron y propinando puntapiés a la puerta de doble cerrojo, parecida a la de un homo holandés, hasta que las punzadas de dolor que recorrían sus piernas le llegaron a la ingle. Sabía que no podría salir a fuerza de puñetazos y puntapiés y también sabía que no le sacarían sólo porque lo pidiera a gritos, pero no podía evitarlo. Los Lobos odiaban estar encerrados más que cualquier otra cosa.

Sus gritos resonaban en las inmediaciones del Hogar del Sol e incluso en los campos cercanos. Los muchachos que los oían se miraban con nerviosismo y no

decían nada.

—Le he visto en el lavabo esta mañana y estaba furibundo —confió Roy Owdersfelt a Morton en voz baja y nerviosa.

—¿Estaban jodiendo, como ha dicho Sonny? —preguntó Morton. Otro aullido de Lobo se elevó desde la chata caja de hierro y ambos muchachos miraron en su dirección.

—¡ Y cómo! —exclamó Roy—. Yo no lo vi bien porque soy bajo, pero Buster Oats se hallaba en primera fila y dijo que que el chico retrasado tenía una verga del tamaño de una boca de incendios. Esto es lo que dijo.

—¡Dios mío! —exclamó Morton con respeto, pensando quizá en la propia verga disminuida.

Lobo aulló durante todo el día, pero enmudeció cuando el sol empezó a ponerse. Los muchachos encontraron ominoso este súbito silencio. Se miraban a menudo y miraban aún más a menudo y con mayor inquietud hacia el rectángulo de hierro que estaba en el centro del patio trasero del Hogar. La caja medía dos metros de longitud por uno de altura y de no ser por el tosco cuadrilátero practicado en su lado oeste, cubierto con una gruesa malla de acero, habría parecido un ataúd metálico. ¿Qué ocurría en su interior?, se preguntaban e incluso durante la confesión, una hora en que los muchachos estaban absortos y olvidaban cualquier otro tema, sus miradas se dirigían hacia la única ventana de la sala, a pesar de que dicha ventana daba al lado de la casa opuesto al de la caja.

¿Qué ocurre ahí dentro?

Héctor Bast sabía que no estaban atentos a la confesión y esto le exasperaba, pero era incapaz de reclamar su atención porque no sabía con exactitud qué pasaba. Una especie de glacial expectación parecía haberse apoderado de los muchachos del Hogar. Sus caras eran más pálidas que nunca y sus ojos brillaban como los ojos de los drogadictos.

¿Qué ocurre ahí dentro?

Lo que ocurría era muy sencillo.

Lobo se estaba uniendo con la luna.

Lo sintió venir cuando la franja de sol que entraba por el cuadrilátero de ventilación empezó a elevarse y la calidad de la luz se tomó rojiza. Era demasiado pronto para seguir a la luna; aún no estaba llena del todo y le lastimaría. Y no obstante, ocurriría, como solía ocurrir siempre a los Lobos

cuando eran sometidos a una tensión demasiado fuerte y prolongada, tanto si era el momento de su ciclo como si no. Lobo se había reprimido durante mucho tiempo porque era lo que Jack quería. Había llevado a cabo grandes actos de heroísmo para Jack en este mundo. Jack sospecharía vagamente algunos de ellos, pero nunca podría comprender toda su increíble magnitud.

Sin embargo, ahora se estaba muriendo y se iba con la luna y como esto último hacía más soportable lo primero —casi sacrosanto y sin duda, ordenado —, Lobo la seguía con alivio y regocijo. Era maravilloso no tener que luchar más.

En su boca los dientes habían crecido.

3

Después de irse Heck, se oyeron ruidos en el despacho: sillas arrastradas suavemente, el tintineo de las llaves del cinturón de Sol Gardener, la puerta de un archivador al abrirse y cerrarse.

—Abelson. Doscientos cuarenta dólares y treinta y seis centavos.

Sonido de teclas pulsadas. Peter Abelson era uno de los miembros del PE. Como todos ellos, era listo, agradable y no tenía defectos físicos. Jack sólo le había visto algunas veces, pero pensaba que Abelson se parecía a Dondi, el huérfano sin hogar de ojos inmensos de las tiras cómicas.

—Clark. Sesenta y dos dólares y diecisiete centavos. Más teclas pulsadas. La máquina zumbó hasta que Sonny pulsó la tecla de TOTAL.

—Esto es un gran descenso —observó Sonny.

—Hablaré con él, no temas. Ahora te ruego que no me entretengas, Sonny. El señor Sloat llega a Muncie a las diez y cuarto y es un trayecto largo. No quiero retrasarme.

—Lo siento, reverendo Gardener.

Gardener contestó algo que Jack no pudo oír. El nombre de *Sloat* le había causado una gran conmoción… aunque en parte no estaba sorprendido; en parte sabía que algo así tenía que suceder. Gardener había sospechado desde el principio; Jack imaginaba que no había querido importunar a su jefe con

banalidades. O tal vez no quería admitir que no podría arrancar la verdad a Jack sin ayuda. Pero al fin la había pedido… ¿Adonde? ¿Al este? ¿Al oeste? Jack habría dado mucho para saberlo. ¿Habría estado Morgan en Los Angeles o en New Hampshire?

Hola, señor Sloat, espero no molestarle, pero la policía local me ha traído a un muchacho, a dos, en realidad, pero sólo me preocupa el inteligente. Creo que le conozco. O quizá sea mi… bueno, mi otro yo quien le conoce. Dice llamarse Jack Parker, pero… ¿cómo? ¿Que le describa? Está bien…

Y el globo se había elevado por los aires,

Te ruego que no me entretengas, Sonny. El señor Sloat llega a Muncie a las diez y cuarto…

Ya quedaba poco tiempo.

Te dije que volvieras a tu casa, Jack… ahora ya es demasiado tarde.Todos los chicos son malos. Es un axioma.

Jack levantó un poco la cabeza y miró hacia el otro extremo de la habitación. Gardener y Sonny Singer estaban juntos ante la mesa de despacho del primero. Sonny pulsaba las teclas de una calculadora mientras Gardener le dictaba las cantidades después de cada nombre de un miembro del Personal Exterior, por orden alfabético. Delante de Gardener había un libro mayor, un largo fichero de metal y un desordenado montón de sobres. Cuando Gardener levantó uno de estos sobres para leer la cantidad escrita en él, Jack pudo ver el dorso, que tema un dibujo de dos niños felices, con sendas Biblias, caminando de la mano por un sendero en dirección a la iglesia. El epígrafe decía: SERÉ UN RAYO DE SOL PARA JESÚS.

—Temkin. Ciento seis dólares. —Metió el sobre en el fichero, junto con los otros ya registrados.

—Creo que ha vuelto a jugar —acusó Sonny.

—Dios ve la verdad, pero se mantiene a la espera —contestó Gardener en tono benigno—. Víctor es un buen chico. Ahora cállate y terminemos esto antes de las seis.

Sonny pulsó las teclas.

El grabado de Jesús andando sobre las aguas había sido ladeado, dejando al descubierto una caja de caudales, que estaba abierta.

Jack vio que había otras cosas interesantes sobre la mesa de Sol Gardener:

dos sobres, uno marcado JACK PARKER y el otro PHILIP JACK LOBO. Y su vieja mochila.

También había sobre la mesa el llavero de Sol Gardener. Los ojos de Jack *se* dirigieron hacia la puerta cerrada del lado izquierdo de la habitación, la salida privada de Gardener al exterior, estaba seguro. Si existiera un modo…

—Yellin. Sesenta y dos dólares y diecinueve centavos. Gardener suspiró, puso el último sobre en la larga bandeja de acero y cerró el archivador.

—Parece ser que Heck tenía razón. Creo que nuestro querido amigo, el señor Jack Parker, se ha despertado. —Se levantó, rodeó la mesa y fue hacia Jack. Sus ojos turbios y dementes lanzaban destellos. Se metió la mano en el bolsillo y sacó el encendedor. Al verlo, Jack sintió una oleada de pánico—. Sólo que tu nombre no es realmente Parker, ¿verdad, querido muchacho? Tu verdadero nombre es Sawyer, ¿no es cierto? Oto, sí. Sawyer. Y alguien que se interesa mucho por ti llegará muy, muy pronto. Y tendremos muchas cosas interesantes que contarle, ¿verdad?

Sol Gardener rió entre dientes y abrió el encendedor, descubriendo la ruedecilla ennegrecida y la mecha oscurecida por el humo.

—La confesión es tan buena para el alma… —susurró, encendiendo la llama.

4

Un golpe sordo.—¿Qué ha sido eso? —preguntó Rudolph, levantando la vista de la doble hilera de hornos. La cena, quince grandes pasteles de pavo, iba por buen camino.

—¿Qué ha sido qué? —preguntó George Irwinson. Desde el fregadero, donde pelaba patatas, Donny Keegan profirió su habitual relincho.

—No he oído nada —dijo Irwinson. Donny volvió a reír. Rudolph le miró con irritación.

—¿Vas a pelar esas malditas patatas hasta que no quede nada, idiota?

—*¡Jic, jic, jic! Otro golpe sordo.*

—¿Tampoco lo habéis oído esta vez?

Irwinson meneó la cabeza.

Rudolph sintió un miedo repentino. Aquellos sonidos provenían de la caja la cual, naturalmente, él debía creer que era un cobertizo para secar heno. Vaya patraña. Dentro de la caja estaba aquel chico corpulento, el que decían que había sido sorprendido aquella mañana cometiendo un acto homosexual con su amigo, el que había intentado sobornarle la víspera para que les dejara escapar. Decían que el chico corpulento se había mostrado peligroso antes de que Bast le pusiera una inyección tranquilizante… y algunos decían también que no sólo había roto la mano de Bast sino que la había reducido a *pulpa*. Esto era una mentira, claro, tenía que serlo, pero…

¡BUM!

Esta vez Irwinson dio media vuelta. Y Rudolph decidió de repente que tenía que ir al lavabo y que quizá subiría hasta el tercer piso para hacer sus necesidades. Y tal vez no saldría hasta el cabo de dos o tres horas. Presentía la proximidad de un trabajo sucio… de un trabajo muy sucio.

¡BUM,BUM!

Al diablo los pasteles de pavo.

Rudolph se quitó el delantal, lo tiró encima del bacalao que había puesto en remojo para la cena del día siguiente y cruzó la cocina.

—¿Adonde vas? —preguntó Irwinson, con voz demasiado aguda y temblorosa. Donny Keegan continuó pelando furiosamente las patatas, dejándolas como pequeñas bolas de golf, aunque antes tenían el tamaño de balones de fútbol. Sus cabellos lacios le caían sobre la cara.

¡BUM! ¡BUM! ¡BUM, BUM, BUM!

Rudolph no contestó a la pregunta de Irwinson y cuando llegó al descansillo del segundo piso, casi corría. Eran tiempos difíciles en Indiana, el trabajo escaseaba y Sol Gardener pagaba al contado.

Sin embargo, Rudolph empezó a pensar que tal vez había llegado la hora de buscar otro trabajo, si conseguía salir de aquí.

5

¡BUM!

El cerrojo superior de la puerta de la caja, semejante a la de un horno holandés, se partió en dos. Una oscura rendija se abrió entre la caja y la puerta.

Unos momentos de silencio y después:

¡BUM!

El cerrojo inferior crujió y se dobló.

¡BUM!

Ahora se desprendió.

La puerta de la caja se abrió con un crujido de los grandes y toscos goznes de fabricación casera. Dos pies enormes y muy peludos se asomaron al exterior, con las plantas para arriba. Unas largas garras escarbaron en el polvo.

Lobo empezó a moverse para salir.

6

La llama iba y venía ante los ojos de Jack; hacia delante y hacia atrás, oscilante. Sol Gardener parecía un cruce entre un hipnotizador de salón y un actor de la vieja escuela protagonizando la biografía de un gran científico en Cine de Medianoche. Paul Muni, tal vez. Era gracioso… si Jack no hubiera estado tan aterrado, se habría reído. Y quizá acabaría riéndose, de todos modos.

—Ahora te haré unas preguntas y tú me las contestarás —dijo Gardener—. El propio señor Morgan podría arrancarte las respuestas, ¡oh, sí, indudablemente y con facilidad!, pero prefiero que no tenga que molestarse… Así que… ¿desde cuándo eres capaz de Emigrar?

—No sé qué quiere decir.

—¿Desde cuándo eres capaz de Emigrar a los Territorios?

—No sé de qué me habla. La llama se acercó.

—¿Dónde está el negro?

—¿Quién?

—¡El negro, el negro! —chilló Gardener—. Parker, Parkus, ¡como se llame! ¿Dónde está?

—No sé de quién me habla.

—¡Sonny! ¡ Andy! —gritó Gardener—. Sacadle la mano izquierda y

sujetádsela.

Warwick se inclinó sobre el hombro de Jack e hizo algo; un momento después le separaron la mano de la región lumbar. Latía como si le clavaran agujas, porque estaba dormida. Jack trató de luchar, pero fue inútil. Le extendieron la mano.

—Ahora separadle los dedos,

Sonny estiró el anular y el pulgar de Jack en una dirección y Warwick estiró el índice y el mediano en otra. Un momento después Gardener aplicó la llama del encendedor a la base del ángulo formado por los dedos. El dolor fue intensísimo y se extendió por el brazo izquierdo y de allí por todo el cuerpo. Se esparció un olor dulzón de carne chamuscada. La suya. Su carne quemada.

Después de una eternidad, Gardener cerró el encendedor. El sudor perlaba su frente. Jadeaba.

—Los demonios gritan antes de escaparse —dijo—. Oh, sí, ya lo creo que lo hacen. ¿Verdad que sí, muchachos?

—Sí, alabado sea Dios —contestó Warwick.

—Es la pura verdad —dijo Sonny.

—Oh, sí, ya lo sé. Claro que lo sé Conozco los secretos de los muchachos y de los demonios. —Gardener rió entre dientes y se agachó hasta casi tocar el rostro de Jack con el suyo. El olor pegajoso de la colonia invadió la nariz de Jack. Aunque era muy desagradable, Jack pensó que era mucho mejor que el de su propia carne chamuscada—. Veamos, Jack. ¿Cuánto tiempo hace que Emigras? ¿Dónde está el negro? ¿Cuánto sabe tu madre? ¿A quién se lo has contado? ¿Qué te ha contado el negro? Empezaremos por estas preguntas.

—No sé de qué me habla.

Gardener enseñó los dientes en una sonrisa.

—Muchachos —dijo—, aún llevaremos el sol al alma de este chico. Sujetad de nuevo su brazo izquierdo y soltadle el derecho.

Sol Gardener volvió a abrir el mechero y esperó a que cumplieran sus instrucciones con el pulgar posado sobre la ruedecilla.

George Irwinson y Donny Keegan seguían en la cocina.

—Alguien está ahí fuera —dijo nerviosamente George. Donny no contestó. Había terminado de pelar las patatas y ahora permanecía junto a los hornos por el calor que despedían. No sabía qué hacer. Sabía que ahora se celebraba el acto de la confesión en la sala y allí era donde quería estar —la confesión era segura y aquí en la cocina se sentía muy nervioso—, pero Rudolph no les había dicho que se fueran. Mejor sería no moverse.

—He oído a alguien —apuntó George. Donny se echó a reír:

—¡Jic! ¡Jic! ¡Jic!

—Dios mío, esa risa tuya me revienta —exclamó George—. Tengo una nueva revista del Capitán América bajo el colchón. Si sales a mirar afuera, te la dejaré ver.

Donny meneó la cabeza y volvió a relinchar.

George miró hacia la puerta. Sonidos. Algo rascaba. Sí, eso era, algo rascaba a la puerta. Como un perro cuando quiere entrar, un cachorro extraviado. Aunque, ¿qué clase de cachorro extraviado rascaba la parte superior de una puerta que medía más de dos metros?

George fue a mirar por la ventana, pero no vio casi nada en la oscuridad. La caja era sólo una sombra más densa entre las sombras.

George fue hacia la puerta.

8

Jack gritó con voz tan alta y potente que tuvo miedo de haberse reventado la garganta. Ahora Casey se había unido a ellos, Casey con su gran porra oscilante, y esto era bueno para ellos porque ahora necesitaban ser tres —Casey, Warwick y Sonny Singer— para sujetar el brazo de Jack y mantener la mano aplicada a la llama.

Cuando Gardener la apartó esta vez, en un lado de la mano de Jack había una ampolla negra y burbujeante del tamaño de un cuarto de dólar.

Gardener se levantó, cogió de la mesa el sobre marcado JACK PARKER y se lo llevó a Jack, junto con la púa de guitarra.

—¿Qué es esto?

—Una púa de guitarra —logró articular Jack. Las manos le dolían de modo insoportable.

—¿Qué es en los Territorios?

—No sé de qué me habla.

—¿Qué es esto?

—Una canica. ¿Acaso está usted ciego?

—¿Es un juguete en los Territorios?

—No sé…

—¿Es una peonza que desaparece cuando se hace girar de prisa?

—… de qué…

—¡SI QUE LO SABES! ¡LO SABES, MARICA DEL DEMONIO!

—… me habla.

Gardener abofeteó a Jack.

Sacó el dólar de plata. Sus ojos centelleaban.

—¿Qué es esto?

—Un amuleto de mi tía Helen.

—¿Qué es en los Territorios?

—Una caja de arroz frito. Gardener alzó el encendedor.

—Tu última oportunidad, muchacho.

—Se convierte en un vibráfono y toca *Ritmo loco.*

—Extendedle otra vez la mano —ordenó Gardener. Jack luchó, pero al fin le estiraron el brazo.

9

En el horno, los pasteles de pavo empezaban a quemarse.

George Irwinson permaneció junto a la puerta durante casi cinco minutos, intentando hacer acopio de valor para abrirla. Los rasgueos no se habían repetido.

—Bueno, te demostraré que no hay nada que temer, gallina —anunció en voz alta—. ¡ Cuando se es fuerte en el Señor, no hay necesidad de sentir miedo!

Con esta grandilocuente declaración, abrió la puerta de golpe. Algo enorme, peludo y difuso se encontraba en el umbral, lanzando chispas rojizas por los ojos hundidos en las órbitas. Los ojos de George siguieron la trayectoria de una garra que se alzó en la ventosa oscuridad otoñal y se abatió pesadamente. Unas garras de quince centímetros centellearon a la luz de la cocina. Decapitaron a George, cuya cabeza voló hasta el otro extremo de la habitación, chorreando sangre, y fue a caer a los pies de Donny Keegan, que reía como un loco.

Lobo entró de un salto en la cocina, aterrizando a cuatro patas. Pasó de largo a Donny Keegan con una brevísima mirada y corrió hacia el vestíbulo.

10

¡Lobo! ¡Lobo! ¡Aquí y ahora mismo!

La voz que oía en su mente era la de Lobo, no cabía duda, pero más profunda, rica y dominante que nunca. Penetró como un afilado cuchillo sueco en el dolor y la confusión de Jack, que pensó:

Lobo viaja con la luna. Este pensamiento le inspiró una mezcla de triunfo y pesadumbre.

Sol Gardener miraba arriba, con los ojos entornados. En aquel momento él mismo parecía un animal salvaje… un animal que olfatea un peligro en el viento.

—¿Reverendo? —preguntó Sonny, que jadeaba ligeramente. Las pupilas de sus ojos eran muy grandes. Se *divierte* —pensó Jack—. Si *yo empezase a hablar, Sonny sufriría un densengaño.*

—*He* oído algo —dijo Gardener—. Casey, ve a escuchar a la sala y a la cocina.

—Está bien —contestó Casey. Gardener volvió a mirar a Jack.

—Tendré que irme pronto a Muncie —dijo —para recibir al señor Morgan. Quiero poder darle alguna información inmediatamente, así que es mejor que hables, Jack. Te ahorrarás un dolor innecesario.

Jack le miró, con la esperanza de que las fuertes palpitaciones de su corazón no se advirtieran en su cara ni en la arteria de su cuello. Si Lobo había salido de la caja…

Gardener cogió con una mano la púa que le había dado Speedy y con la otra la moneda del capitán Parren.

—¿Qué son?

—Cuando salto, se convierten en testículos de tortuga —contestó Jack y soltó una risa salvaje e histérica.

La cara de Gardener se oscureció por un arrebato de ira.

—Sujetadle otra vez los brazos —dijo a Sonny y a Andy—. Sujetadle los brazos y bajad los pantalones a este bastardo del demonio. Veremos qué ocurre cuando le calentemos *sus* testículos.

11

Heck Bast se moría de aburrimiento con la confesión. Ya los había oído a todos y conocía todos sus mezquinos y vulgares pecados. *Robé dinero del bolso de mi madre. Solía fumar porros en el patio de la escuela. Poníamos pegamento en una bolsa y lo olíamos. Hacía esto y aquello.* Tonterías de niños. Nada emocionante, nada que le distrajera de las constantes y dolorosas punzadas de la mano. Quería estar abajo, persuadiendo al chico Sawyer. Y después empezarían con el retrasado, que le había cogido de sorpresa y machacado su mano derecha. Sí, persuadir al retrasado mental sería un verdadero placer, preferiblemente con unos alicates.

Un chico llamado Vemon Skarda con voz monótona:

—…así que él y yo vimos que llevaba las llaves, ¿entiendes? y él dijo: «Acorralemos a esa puta y llevémosla a dar una vuelta a la manzana.» Pero yo sabía que esto era malo y dije que no. Y él me dijo: «Eres un gallina», y yo dije: «No soy ningún gallina», y él dijo: «Pruébalo», y yo dije: «Claro que sí, es muy fácil», y los dos nos acercamos…

Oh, Dios santo, pensó Heck. La mano le empezaba a doler en serio y tenía el analgésico en su habitación. Vio a Peabody en el otro extremo de la sala, abriendo las mandíbulas en un enorme bostezo.

—Así que dimos la vuelta a la manzana y entonces él me dijo…

De pronto la puerta se abrió hacia dentro con tanta fuerza que se desprendió

de los goznes. Golpeó la pared, rebotó, derribó a un muchacho llamado Tom Cassidy y lo dejó inmóvil en el suelo.

Algo entró de un salto en la sala; Heck Bast pensó al principio que era el perro de mayor tamaño que había visto en su vida. Los chicos gritaron y saltaron de las sillas… y entonces quedaron como petrificados, con los ojos abiertos e incrédulos, mientras el animal gris y negro que era Lobo se erguía, con trozos de pantalones y camisa a cuadros aún colgando de su cuerpo.

Vernon Skarda se quedó mirando fijamente, con los ojos desorbitados y la boca abierta.

Lobo aulló, mirando con ojos furiosos a los chicos mientras éstos retrocedían ante él. Pedersen corrió hacia la puerta y Lobo, tan alto que su cabeza casi rozaba el techo, se movió con una celeridad increíble. Sacó un brazo grueso como una viga y unas garras se clavaron en la espalda de Pedersen. Por un momento, su columna vertebral fue bien visible… Parecía un cordón sanguinolento. Trozos de carne coagulada salpicaron las paredes. Pedersen dio una larga zancada, cruzó el umbral del vestíbulo y se desplomó.

Lobo dio media vuelta… y sus ojos ardientes se clavaron en Heck Bast. Éste se levantó de repente sobre unas piernas sin nervios, mirando a aquel ser horrible, peludo, de ojos inyectados en sangre. Sabía quién era… o, por lo menos, quién había sido.

Heck habría dado cualquier cosa en aquel momento para volver a sentir aburrimiento.

12

Jack, sentado de nuevo en la silla, tenía otra vez las manos quemadas y doloridas sujetas a la espalda, porque Sonny le había vuelto a apretar cruelmente la camisa de fuerza y luego desabrochado y bajado los pantalones.

—Veamos —dijo Gardener, levantando el encendedor para que Jack pudiera verlo—. Escúchame, Jack, escúchame bien. Voy a hacerte de nuevo algunas preguntas y si no me las contestas bien y ciñéndote a la verdad, la sodomía será una tentación que jamás volverás a sentir.

Sonny Singer emitió una risita nerviosa al oír estas palabras. En sus ojos brillaba otra vez aquel destello lascivo, turbio y moribundo. Miraba fijamente la cara de Jack con una especie de ansiedad enfermiza.

—¡Reverendo Gardener! ¡Reverendo Gardener! —Era Casey y su voz sonaba muy alarmada. Jack volvió a abrir los ojos— i Arriba pasa algo espantoso!

—No quiero ser molestado ahora.

—¡Donny Keegan ríe como un loco en la cocina! Y…

—Ha dicho que no quiere ser molestado ahora —repitió Sonny—. ¿No le has oído?

Pero Casey estaba demasiado nervioso para callar.

—… ¡ y parece que hay un tumulto en la sala! ¡ Gritos! ¡ Chillidos ! ¡ Y da la impresión de que…!

De repente, un alarido llenó la mente de Jack con una fuerza y una vitalidad increíbles;

¡Jacky! ¿Dónde estás? ¡Lobo! ¿Dónde estás aquí y ahora mismo?

—… ¡hay una manada de perros sueltos!

Gardener miraba a Casey por fin, con los ojos entornados y los labios fruncidos.

¡En el despacho de Gardener! ¡Abajo! ¡Donde estábamosantes!¿En el lado de ABAJO, Jacky?¡Por las escaleras! ¡Escaleras ABAJO, Lobo!¡Aquí y ahora mismo!

Eso era; Lobo ya no razonaba. Jack oyó sonar arriba un golpe sordo y un grito.

—¿Reverendo Gardener? —preguntó Casey. Su cara normalmente sonrosada había palidecido—. Reverendo Gardener, ¿qué pasa?

¿Qué…?

—¡ Cállate! —ordenó Gardener y Casey retrocedió como si hubiera recibido una bofetada, con los ojos abiertos y dolientes y las grandes mandíbulas temblorosas. Gardener pasó por su lado en dirección a la caja de caudales, de la que sacó una pistola de gran tamaño que embutió bajo el cinturón. Por primera vez, el reverendo Sol Gardener parecía asustado y perplejo.

Arriba se oyó un fuerte golpe, seguido de un chirrido. Los ojos de Singer, Warwick y Casey miraron nerviosamente hacia el techo… parecían ocupantes de

un refugio antiaéreo escuchando el silbido de las bombas.

Gardener miró a Jack y en su rostro se dibujó una sonrisa, mientras las comisuras de los labios temblaban de modo irregular, como si colgaran de hilos manejados por un titiritero inexperto.

—Vendrá aquí, ¿verdad? —preguntó Sol Gardener y en seguida asintió, como si Jack hubiese contestado—. Vendrá… pero no creo que salga.

13

Lobo saltó. Heck Bast pudo poner la mano derecha enyesada delante de su garganta. Sintió una cálida punzada de dolor, oyó un crujido y vio una nube de polvo de yeso cuando Lobo mordió las vendas… y lo que quedaba de la mano. Heck miró tontamente el lugar donde estaba; de la muñeca le brotaba un chorro de sangre, empapando y tiñendo de rojo el suéter blanco de cuello alto. —Por favor… —gimió—, por favor, por favor, no… Lobo escupió la mano y adelantó la cabeza con la velocidad de una serpiente que ataca. Heck sintió un vago tirón cuando Lobo le destrozó la garganta y ya no sintió nada más.

14

Mientras salía de la sala como una exhalación, Peabody resbaló sobre la sangre de Pedersen, dobló una rodilla, se levantó y cruzó corriendo el vestíbulo, vomitando al mismo tiempo. Por doquier corrían muchachos, gritando llenos de pánico. El pánico de Peabody no era tan grande. Recordaba lo que debía hacer en situaciones extremas, aunque suponía que nadie había previsto una situación tan extrema como ésta; creía que el reverendo Gardener había pensado más bien en un chico que enloqueciera de repente y atacara a un compañero con un cuchillo o algo semejante.

Al otro lado de la habitación donde se recibía a los chicos que llegaban por primera vez al Hogar del Sol había una pequeña oficina utilizada sólo por los

matones que Gardener llamaba sus «estudiantes».

Peabody se encerró con llave en esta habitación, descolgó el teléfono y marcó un número de emergencia. Un momento después estaba hablando con Franky Williams.

—Soy Peabody, del Hogar del Sol —dijo—. Tendría que venir aquí con todos los policías que pueda encontrar, agente Williams. Se ha desencadenado…

Oyó un grito terrible seguido de un ruido de astillas rotas.

—… un verdadero infierno por toda la casa —terminó.

—¿Qué oíase de infierno? —preguntó con impaciencia Williams—. Déjame hablar con Gardener.

—Ignoro dónde está el reverendo, pero creo que necesita su presencia. Hay muertos. *Chicos* muertos.

—*¿Qué?*

—Venga de prisa con muchos hombres —repitió Peabody— y muchas armas.

Otro grito. El golpe de algo pesado contra el suelo, la cómoda del vestíbulo, probablemente.

—Metralletas, si las tiene.

Un gigantesco tintineo al caer la gran araña del vestíbulo. Peabody se agachó. Por el ruido, parecía que aquel monstruo estaba destruyendo toda la casa sólo con sus manos.

—Por todos los demonios, traiga una bomba atómica, si puede —añadió Peabody, empezando a tartamudear.

—¿Qué…?

Peabody colgó antes de que Williams pudiese terminar y se acurrucó debajo de la mesa, se cubrió la cabeza con las manos y empezó a rezar con fervor para que todo esto resultara ser un maldito sueño, la peor pesadilla que había tenido jamás.

15

Lobo corrió por el vestíbulo, entre la sala de estar y la puerta principal, sólo

deteniéndose para derribar la cómoda y para saltar con agilidad y colgarse de la araña del techo. Se columpió así como un Tarzán hasta que la lámpara se desprendió del techo, derramando bolas de cristal por todo el vestíbulo.

Lado de ABAJO. Jacky estaba en el lado de ABAJO. Pero… ¿qué lado era?

Un muchacho incapaz de soportar la terrible tensión de esperar a que el monstruo se fuera, abrió la puerta del armario donde se había escondido y echó a correr hacia las escaleras. Lobo le agarró y le lanzó al otro extremo del vestíbulo. El muchacho fue a dar contra la puerta cerrada de la cocina, le crujieron los huesos y quedó en el suelo como una piltrafa.

A Lobo le daba vueltas la cabeza por el aroma embriagador de la sangre recién derramada. Los cabellos le colgaban en mechones sanguinolentos sobre las mandíbulas y el hocico. Intentaba pensar, ero era difícil… muy difícil. Tenía que encontrar a Jacky rápidamente, antes de perder por completo la capacidad de pensar.

Volvió corriendo a la cocina, por donde había entrado, poniéndose otra vez de cuatro patas porque esta posición facilitaba el movimiento… y de repente, al pasar ante una puerta cerrada, lo recordó. El lugar estrecho. Había sido como bajar a una tumba. El olor húmedo y pesado en su garganta…

El lado de ABAJO, Detrás de aquella puerta. ¡Aquí y ahora mismo! —¡Lobo! —gritó, aunque los muchachos agazapados en sus escondites del primero y segundo piso sólo oyeron un aullido agudo y triunfante. Levantó los dos musculosos arietes que habían sido sus brazos y los dirigió contra la puerta, que agujereó por el centro dispersando una lluvia de astillas por la escalera. Lobo traspasó el umbral y, sí, éste era el lugar estrecho, como una garganta; éste era el camino hacia el lugar donde el Hombre Blanco había dicho sus mentiras mientras Jack y el Lobo Más Débil tenían que estar quietos y escucharle.

Jack estaba allí abajo ahora. Lobo podía olerlo.

Pero también olía al Hombre Blanco… y a pólvora.

Cuidado…Oh, sí, los Lobos sabían ir con cuidado. Los Lobos podían atacar, morder y matar, pero cuando era preciso… sabían ir con cuidado.

Bajó las escaleras a cuatro patas, silencioso como el humo, con los ojos rojos como las luces de los frenos.

16

Gardener estaba cada vez más nervioso; a Jack le parecía un hombre a punto de sufrir los efectos alucinógenos de una droga. Sus ojos se movían a sacudidas en un juego triple: del estudio donde Casey escuchaba frenéticamente a Jack y a la puerta cerrada que daba al vestíbulo.

La mayor parte de los ruidos del piso superior se habían interrumpido hacía un rato.

Ahora Sonny Singer se dirigió hacia la puerta.

—Subiré a ver qué…

—*¡No irás a ninguna parte! ¡Vuelve aquí!*

Sonny dio un respingo, como si Gardener le hubiese pegado.

—¿Qué ocurre, reverendo Gardener? —preguntó Jack—. Parece un poco nervioso.

Sonny le propinó una violenta bofetada.

—¡Cuidado con lo que dices, mocoso! ¡Mucho cuidado!

—Tú también pareces nervioso, Sonny. Y tú, Warwick. Y Casey también, allí dentro…

—*¡Hazle callar!* —gritó de repente Gardener—. ¿No *puedes hacer nada? ¿Es que todo he de hacerlo yo en esta casa?*

Sonny dio otra bofetada a Jack, mucho más fuerte que la anterior. La nariz de Jack empezó a sangrar, pero sonrió. Lobo estaba muy cerca ahora… y se acercaba con cuidado. Jack empezó a acariciar la loca esperanza de que aún podrían salir de esto con vida.

Casey se enderezó de improviso, se arrancó los auriculares y pulsó la tecla del interfono.

—¡Reverendo Gardener! ¡ Oigo sirenas por los micrófonos exteriores !

Los ojos de Gardener, ahora muy abiertos, enfocaron a Casey.

—¿Qué? ¿Cuántas? ¿A qué distancia?

—Parecen muchas —contestó Casey—. Aún no están muy cerca, pero vienen hacia aquí, de esto no cabe duda.

Entonces el nerviosismo se apoderó de Gardener y Jack se dio cuenta de ello. El reverendo permaneció indeciso unos momentos y luego se pasó con

delicadeza la mano por la boca.

No es lo que ha ocurrido arriba, ni tampoco las sirenas. Él también sabe que Lobo está cerca. A su manera, le huele… y no le gusta. Lobo… ¡quizá tengamos una posibilidad! ¡Es posible que sí!

Gardener entregó la pistola a Sonny Singer.

—No tengo tiempo de tratar con la policía ni con el desorden que se ha organizado arriba —dijo—. Lo importante es Morgan Sloat. Me voy a Muncie. Tú y Andy vendréis conmigo, Sonny. Apunta con la pistola a tu amigo Jack mientras saco el coche del garaje. Sal cuando oigas el claxon.

—¿Y Casey? —inquirió Andy Warwick.

—Sí, sí, está bien, que venga Casey —accedió en seguida Gardener y Jack pensó: *Se va sin vosotros, estúpidos, se va sin vosotros. Está tan claro como si pusiera un cartel en el Sunset Street para anunciar el hecho y vuestros cerebros están demasiado atrofiados para adivinarlo siquiera. Seguiríais aquí sentados durante diez años esperando oír el claxon si la comida y el papel higiénico os durasen tanto tiempo.*

Gardener se levantó. Sonny Singer, con el rostro arrebolado por su nueva importancia, se sentó detrás de la mesa y apuntó a Jack con el arma.

—Si su amigo retrasado mental aparece por aquí —dijo Gardener—, dispara contra él.

—¿Cómo puede aparecer? —preguntó Sonny—. .Está en la caja.

—No importa —contestó Gardener—. Es malo, los dos son malos, es un axioma, si el retrasado aparece, mátale, mátalos a ambos.

Buscó entre las llaves que pendían de su cinturón y escogió una.

—Cuando oigáis el claxon —repitió. Abrió la puerta y salió de la habitación. Jack aguzó los oídos para oír las sirenas, pero no oyó nada.

La puerta se cerró detrás de Sol Gardener.

17

El tiempo se prolongaba.

Un minuto parecía dos; dos parecían diez; cuatro parecían una hora. Los tres

«estudiantes» de Gardener que se habían quedado con Jack semejaban muchachos sorprendidos en el juego de las estatuas. Sonny estaba sentado, muy erguido, ante la mesa de Sol Gardener, un lugar que ambicionaba y le satisfacía al mismo tiempo. La pistola apuntaba directamente a la cara de Jack. Warwick se encontraba junto a la puerta que daba al pasillo. Casey continuaba en la cabina, brillantemente iluminada, otra vez con los auriculares puestos, mirando con fijeza por el otro cuadrilátero de cristal, hacia la oscuridad de la capilla, sin ver nada, sólo escuchando.

—No os va a llevar consigo, ¿sabéis? —dijo de repente Jack. El sonido de su voz le sorprendió un poco; era valiente y serena.

—Cierra el pico, mocoso —replicó Sonny.

—No contengas el aliento hasta que oigas el claxon —continuó Jack—. La cara «se te pondrá azul».

—Si dice algo más, Andy, rómpele la nariz —ordenó Sonny.

—*Eso es* —replicó Jack—. Rómpeme la nariz, Andy. Mátame de un disparo, Sonny. La policía viene, Gardener se ha marchado y van a encontraros a los tres velando a un cadáver vestido con una camisa de fuerza. —¡*Hizo* una pausa y rectificó—: Un cadáver con camisa de fuerza y la nariz rota.

—Pégale, Andy —dijo Sonny.

Andy Warwick se apartó de la puerta y fue hacia Jack, que estaba embutido en la camisa de fuerza y tenía los pantalones y los calzoncillos amontonados en torno a los pies.

Jack volvió la cabeza y se encaró con Warwick.

—Eso es, Andy —dijo—. Pégame. Yo no me moveré. Soy un buen blanco.

Andy Warwick cerró el puño, lo echó hacia atrás… y entonces vaciló. La incertidumbre se reflejó en su rostro.

Había un reloj digital sobre la mesa de Gardener. Jack le echó una ojeada y volvió a mirar a Andy.

—Han pasado cuatro minutos, Andy. ¿Cuánto tarda un tipo en sacar el coche del garaje? ¿Sobre todo cuando tiene prisa?

Sonny Singer saltó de la silla de Sol Gardener, rodeó la mesa y se acercó a Jack. Su cara estrecha y falsa estaba furiosa. Tenía los puños cerrados. Hizo ademán de golpear a Jack, pero Warwick, que era más fornido, le detuvo. Ahora se leía la inquietud en el rostro de Warwick… una gran inquietud.

—Espera —dijo.

—¡No tengo por qué escuchar esto! No…

—¿Por qué no preguntas a Casey a qué distancia están ahora las sirenas? —inquirió Jack y Warwick frunció aún más el ceño—. Os han dejado plantados, ¿no lo sabéis? ¿Tengo que dibujároslo? La situación es muy mala aquí y él lo sabía… ¡lo ha olido!. Os ha dejado con las manos en la masa. Por los sonidos de arriba…

Singer se desasió del brazo indeciso, de Warwick y pegó un puñetazo a Jack en la mejilla. La cabeza de Jack se ladeó, pero volvió lentamente a la posición anterior.

—…yo diría que la masa es muy comprometedora.

—Si no te callas, te mataré —silbó Sonny. Los dígitos del reloj habían cambiado.

—Cinco minutos más —dijo Jack.

—Sonny —murmuró Warwick con una voz extraña—, quitémosle eso.

—¡No! —El grito de Sonny fue espontáneo, furioso… y en el fondo, asustado.

—Ya sabes lo que dijo el reverendo —explicó Warwick con rapidez— en otra ocasión, que cuando llegara la gente de televisión no debían ver las camisas de fuerza. No lo entenderían. Se…

¡Clic! El interfono.

—¡Sonny ¡Andy! —Casey estaba dominado por el pánico—. ¡ Se acercan! ¡ Las sirenas! ¡ Dios mío! ¿Qué vamos a hacer?

—¡Quitémosela *en seguida*! —El semblante de Warwick estaba pálido, exceptuando dos manchas rojas en los pómulos.

—El reverendo Gardener dijo *también*…

—¡A la mierda lo que dijo! —Warwick bajó la voz y expresó de pronto el temor más íntimo de un niño—: ¡Nos van a *coger*, Sonny! ¡Nos van a *coger*!

Y Jack creyó oír por fin las sirenas, o quizá fuese sólo en su imaginación.

Los ojos de Sonny miraron a Jack con aquella horrible indecisión de niño atrapado. Alzó un poco la pistola y por un momento Jack creyó que Sonny iba a matarle de verdad.

Pero ya habían pasado seis minutos y no había sonado aún el claxon del Maestro anunciando que el *deus ex machina* salía para Muncie.

—Quítasela tú —cedió Sonny, de mala gana—. Yo no quiero ni tocarlo. Es un pecador. Y un marica.

Sonny retrocedió hasta la mesa mientras los dedos de Andy Warwick desataban torpemente las correas de la camisa de fuerza.

—Será mejor que no digas nada —jadeó—, será mejor que no digas nada o te mataré yo mismo.

El brazo derecho libre.

El brazo izquierdo libre.

Ambos cayeron, flaccidos, sobre sus piernas. Las agujas volvieron a pincharlos.

Warwick le quitó la odiosa prenda, un horrible artilugio de lona parda y correas de cuero sin curtir. Warwick la miró mientras la tenía en las manos e hizo una mueca. Cruzó como una flecha la habitación y empezó a meterla en la caja de caudales de Sol Gardener.

—Súbete los pantalones —ordenó Sonny—. ¿Acaso crees que quiero verte el paquete?

Jack se subió como pudo los calzoncillos, cogió los pantalones por la cintura, se le cayeron de las manos y por fin consiguió subirlos.

¡Clic! El interfono.

—¡Sonny! ¡Andy! —La voz de Casey, llena de pánico—. ¡He oído *algo*!

—¿Ya llegan? —casi gritó Sonny. Warwick redobló sus esfuerzos para meter la camisa de fuerza en la caja de caudales—. ¿Entran por delante…?

—*¡No! ¡En la capilla! No puedo ver nada pero oigo algo en la…*

Hubo una explosión de cristales rotos cuando Lobo saltó al estudio desde la oscuridad de la capilla.

18

Los gritos de Casey cuando se apartó del tablero de control en su silla provista de ruedas se amplificaron de un modo espantoso.

Dentro del estudio hubo una breve tormenta de cristales. Lobo aterrizó de cuatro patas sobre el tablero inclinado y trepó y resbaló a medias por él,

despidiendo un resplandor rojizo por los ojos. Sus largas garras giraron esferas y oprimieron teclas al azar. La gran grabadora Sony empezó a funcionar:

«… COMUNISTAS!», gritó la voz de Sol Gardener a todo volumen, ahogando los gritos de Casey y los alaridos de Warwick que decían: «¡Dispara, Sonny, dispara, *dispara*!». Sin embargo, la voz de Gardener no era lo único que sonaba. En último término, como una música infernal, se oía el pitido mezclado de muchas sirenas a medida que los micrófonos de Casey captaban a la caravana de coches patrulla que enfilaban la avenida del Hogar del Sol.

«¡OH, OS DIRÁN QUE NO HAY NADA MALO EN MIRAR ESOS LIBROS SUCIOS! ¡OS DIRÁN QUE NO IMPORTA QUE ESTÉ PROHIBIDO POR LA LEY REZAR EN LAS ESCUELAS PUBLICAS! ¡OS DIRÁN QUE NI SIQUIERA IMPORTA QUE HAYA DIECISEIS REPRESENTANTES Y DOS GOBERNADORES ESTADOUNIDENSES QUE SON HOMOSEXUALES DECLARADOS! ¡OS DIRÁN…»

La silla de Casey se deslizó hasta la pared de cristal que separaba el estudio del despacho de Sol Gardener. Casey volvió la cabeza y por un momento todos pudieron ver sus espantados ojos saltones. Entonces Lobo saltó desde el borde del tablero de control. Su cabeza dio contra el estómago de Casey… y se retorció contra él. Las mandíbulas de Lobo empezaron a abrirse y cerrarse con la rapidez de una segadora de caña. La sangre salió en surtidor y salpicó la ventana mientras Casey se agitaba violentamente.

—*¡Dispárale, Sonny, dispara a este maldito bicho!* —ululó Warwick.

—Creo que voy a dispararle a *él* —dijo Sonny, volviéndose hacia Jack, y hablando en el tono de un hombre que ha llegado por fin a una gran conclusión. Bajó la cabeza y esbozó una sonrisa irónica.

«…,EL DÍA SE ACERCA, MUCHACHOS! ¡OH, SÍ, EL DÍA GLORIOSO EN QUE ESOS ATEOS DEL DEMONIO, HUMANISTAS Y COMUNISTAS, DESCUBRIRÁN QUE LA ROCA NO LES PROTEGERÁ Y EL ÁRBOL MUERTO NO LES DARÁ COBIJO! ¡DESCUBRIRÁN… OH, DECID ALELUYA… DESCUBRIRÁN…!»

Lobo, gruñendo y destrozando.

Sol Gardener, desvariando sobre el comunismo y el humanismo, sobre los drogadictos del demonio decididos a impedir que la oración volviese a las escuelas públicas.

Sirenas en el exterior; portezuelas de coches abriéndose y cerrándose con estrépito; alguien diciendo a alguien que fuera con cuidado, que el chico tenía una voz muy asustada.

—Sí, tú eres el culpable, tú has organizado todo este jaleo.

Levantó la pistola del 45. El cañón del 45 parecía tan grande como la boca del túnel de Oatley.

La pared de cristal que separaba el estudio del despacho cayó con estruendo ensordecedor. Una forma peluda, entre gris y negra, irrumpió en la habitación con el hocico casi partido en dos por un trozo de cristal y con los pies ensangrentados. Profirió un sonido casi humano y Jack captó su pensamiento de forma tan intensa que se tambaleó hacia atrás:

¡NO LASTIMARAS AL REBAÑO!

—*¡Lobo!* —sollozó—. ¡Cuidado! Cuidado, tiene una pisto… Sonny apretó dos veces el gatillo del arma. Los impactos retumbaron en el espacio cerrado. Las balas no iban dirigidas a Lobo, sino a Jack, pero penetraron en el cuerpo de Lobo, porque en aquel instante éste se interpuso con medio salto entre los dos muchachos. Jack vio abrirse dos agujeros enormes y sanguinolentos en el costado de Lobo cuando salieron las balas. Su trayectoria se desvió al pulverizar las costillas de Lobo y ninguna de las dos tocó a Jack, aunque una le pasó rozando la mejilla izquierda.

—*¡Lobo!*

Los saltos diestros y ágiles de Lobo se volvieron torpes. El hombro derecho se hundió y él cayó contra la pared, chorreando sangre y tirando al suelo una fotografía enmarcada de Sol Gardener tocado con un fez.

Riendo, Sonny Singer se volvió hacia Lobo y le disparó otra vez. Sostenía la pistola con ambas manos y los hombros le temblaron por efecto del retroceso. El humo de la pólvora pendía en el aire, grueso, inmóvil y malsano. Lobo se puso de cuatro patas con un esfuerzo y consiguió erguirse sobre los pies. Su profundo grito de dolor y de rabia resonó por encima de la sonora voz registrada de Sol Gardener.

Sonny disparó contra Lobo por cuarta vez. La bala abrió un gran boquete en su brazo izquierdo, del que brotó sangre y cartílago.

¡JACKY! JACKY, OH JACKY, DÜEL, ¿ESTO ME DUELE… Jack se arrastró hacia delante y agarró el reloj digital de Gardener; fue simplemente lo

primero que encontró a su alcance.

—*¡Sonny, cuidado!* —gritó Warwick—. ¡Cui…! —Entonces Lobo, cuyo torso era ahora un sangriento revoltijo de pelaje empapado, saltó encima de él. Warwick luchó con Lobo y durante unos segundos dieron la impresión de estar bailando.

«¡…EN UN LAGO DE FUEGO POR TODA LA ETERNIDAD! PORQUE LA BIBLIA DICE…»

Jack descargó la radio digital sobre la cabeza de Sonny con toda la fuerza que le quedaba al ver que éste empezaba a dar inedia vuelta. Ei plástico se partió y crujió. Los números de la esfera parpadearon sin orden ni concierto.

Sonny se tambaleó e intentó levantar el arma. Jack describió un arco en el aire con la radio y la dejó caer sobre la boca de Sonny, cuyos labios se abrieron en una carcajada de payaso. Sus dientes produjeron un extraño chasquido al romperse. Su dedo apretó de nuevo el gatillo de la pistola y la bala le pasó por entre los pies.

Sonny cayó contra la pared, rebotó y sonrió a Jack con la boca sanguinolenta. Tambaleándose, levantó la pistola.

«… del demonio…»

Lobo lanzó a Warwick, que voló por el aire con la mayor facilidad y cayó sobre la espalda de Sonny mientras éste disparaba. La bala se perdió entre las bobinas del estudio, pulverizándolas. La voz delirante y aguda de Sol Gardener enmudeció. Los altavoces empezaron a emitir el sordo zumbido del rebobinaje.

Gruñendo y oscilando. Lobo avanzó hacia Sonny Singer, quien le apuntó con el arma y apretó el gatillo. Se oyó un clic seco e impotente. La húmeda sonrisa de Sonny tembló.

—No —dijo en voz baja y apretó nuevamente el gatillo… una y otra vez. Cuando Lobo le alcanzó, tiró el arma e intentó correr hacia la gran mesa de Gardener. La pistola rebotó contra el cráneo de Lobo y éste, con un penoso esfuerzo final, saltó por encima de la mesa de Sol Gardener en persecución de Sonny, diseminando todo lo que había en ella. Sonny retrocedió, pero Lobo pudo agarrarle por el brazo.

—*¡No!* —gritó Sonny—. *¡No, será mejor que no lo hagas, volverás a la caja, soy un hombre importante aquí, yo… yo… yooooooooooo!*

Lobo retorció el brazo de Sonny. Se oyó un ruido de desgarro, el sonido de

un muslo de pavo arrancado del ave asada por un niño demasiado ávido. De improviso, el brazo de Sonny se quedó en la gran garra delantera de Lobo. Sonny se alejó tambaleándose, con el hombro chorreando sangre. Jack vio un hueso blanco y húmedo. Volvió la cabeza y vomitó con violencia.

Durante un momento, el mundo entero flotó en una niebla gris.

19

Cuando Jack miró de nuevo a su alrededor. Lobo se tambaleaba en medio de la carnicería que había sido el despacho de Gardener. Sus ojos hundidos eran de un amarillo pálido, como velas moribundas. Algo ocurría con su cara y sus brazos y piernas… se estaba convirtiendo otra vez en Lobo. Jack lo vio… y entonces comprendió claramente lo que significaba. Las viejas leyendas mentían al asegurar que sólo balas de plata podían matar a un hombre lobo, pero por lo visto no mentían en otras cosas. Lobo había cambiado porque se moría.

—*¡Lobo, no!* —gimió Jack y consiguió ponerse en pie. Fue hacia Lobo, pero a medio camino resbaló en un charco de sangre, cayó de rodillas y volvió a levantarse—. *¡No!*

—Jacky… —La voz era baja, gutural, poco más que un aullido… pero inteligible.

E, increíblemente. Lobo intentaba sonreír.

Warwick había logrado abrir la puerta de Gardener y retrocedía poco a poco hacia las escaleras, con los ojos abiertos y atónitos.

—*¡Vete!* —gritó Jack—. *¡Vete, sal de aquí!* Andy Warwick huyó como un conejo asustado. Una voz —la de Franky Williams— salió del interfono, debilitando el continuo zumbido de la grabadora, que aún se rebobinaba. Sonó horrorizada, pero llena de una terrible excitación enfermiza:

—¡Dios mío! ¡Mirad esto! ¡Parece que alguien enloqueció, empuñando una cuchilla de carnicero! ¡Dad un repaso a la cocina, varios de vosotros!

—Jacky…

Lobo se desplomó como un árbol muerto.

Jack se arrodilló y le dio la vuelta. El cabello desaparecía de las mejillas de

Lobo con la increíble velocidad de una película acelerada. Sus ojos volvían a ser de color avellana. Y a Jack se le antojó terriblemente cansado.

—Jacky… —Lobo levantó una mano ensangrentada y tocó la mejilla de Jack —. ¿Te ha… herido? ¿Estás…?

—No —contestó Jack, acariciando la cabeza de su amigo—. No, Lobo, no me ha herido. No me ha acertado ni una sola vez.

—Yo… —Los ojos de Lobo se cerraron y después volvieron a abrirse lentamente. Sonrió con increíble dulzura y habló con cuidado, enunciando cada palabra, como si fuera lo último que podría comunicar—. He… guardado… bien… el rebaño.

—Sí, así es —dijo Jack y las lágrimas empezaron a fluir. Dolían. Acariciaba la cabeza cansada y peluda de Lobo y lloraba—. Lo has hecho muy bien, querido y viejo Lobo…

—Querido… querido y viejo Jacky.

—Lobo, tenemos que ir arriba… hay policías… una ambulancia…

—¡No! —Lobo pareció animarse de nuevo con un gran esfuerzo—. Ve tú… sube tú…

—¡Sin tí *no, Lobo!* —Todas las luces se doblaron, se triplicaron. Sostenía la cabeza de Lobo con sus manos quemadas—. *Sin tí no, ni hablar.*…

—Lobo… no quiere vivir en este mundo. —Llenó su ancho y destrozado pecho con una gran bocanada de aire e intentó otra sonrisa—: Huele… huele demasiado mal.

—Lobo… escucha, Lobo…

Lobo le cogió las manos con suavidad y Jack notó, mientras se las apretaba entre las suyas, que el pelo desaparecía de las palmas de Lobo. Era una sensación terrible y fantasmagórica.

—Te quiero, Jacky.

—Yo también te quiero. Lobo —dijo Jacky—. Aquí y ahora mismo.

Lobo sonrió.

—Vuelvo, Jacky… siento que vuelvo… De repente, las mismas manos de Lobo parecieron tomarse ingrávidas en las de Jack.

—*¡Lobo!* —gritó éste.

—Vuelvo a casa…

—*¡Lobo, no!* —Sintió que el corazón se le encogía y daba vuelcos en su

pecho. Se rompería, oh, sí, los corazones podían romperse, ahora lo sabía—. *¡Lobo, vuelve, te quiero!* —Había ahora una sensación de ligereza en Lobo, la sensación de que se convertía en una bola de algodón… o en el reflejo de una ilusión. En una fantasía.

—… adiós…

Lobo era un cristal que se esfumaba. Desaparecía… desaparecía…

—*¡Lobo!*

Lobo se había desvanecido. Sólo quedaba su perfil ensangrentado en el suelo.

—Oh, Dios mío —gimió Jack—, oh. Dios mío, oh, Dios mío. Se abrazó a sí mismo y empezó a mecerse hacia delante y hacia atrás en el despacho destrozado, gimiendo.

Capítulo 27

JACK REEMPRENDE EL VIAJE

1

Pasaba el tiempo. Jack no tenía idea de si era mucho o poco. Estaba sentado con los brazos alrededor de su propio cuerpo como si volviera a llevar la camisa de fuerza, meciéndose hacia delante y hacia atrás, gimiendo y preguntándose si podía ser que Lobo hubiese desaparecido de verdad.

Se ha ido. Oh, sí, se ha ido. ¿Y adivinas quién le ha matado, Jack? ¿Lo adivinas?

En un momento dado, el zumbido del rebobinaje se convirtió en chirrido. Un momento después se oyeron unas estridentes interferencias y todo enmudeció: zumbido, charlas en el piso de arriba, motores ante la entrada. Jack apenas se dio cuenta.

Vete. Lobo dijo que te fueras. No puedo. No puedo. Estoy cansado y todo lo que hago está mal. Muere gente. ¡Basta, quejica! Piensa en tu madre, Jack. ¡No! Estoy cansado. Déjame en paz… Y en la Reina. Por favor, déjame en paz… Por fin oyó abrirse la puerta que daba a las escaleras y esto le animó. No quería que le encontrasen aquí. Era mejor que le cogieran arriba, en el patio trasero, pero no en la habitación maloliente, salpicado de sangre y llena de humo donde él había sido torturado y su amigo asesinado.

Sin pensar apenas en lo que hacía, Jack cogió el sobre que llevaba su nombre escrito. Miró el interior y vio la púa de guitarra, el dólar de plata, su vieja cartera y el atlas de carreteras de Rand McNally. Inclinó el sobre y vio la canica. Lo metió todo en la mochila y se la cargó a la espalda, sintiéndose como un muchacho que actúa bajo hipnosis.

Pasos en la escalera, lentos y cautelosos.

—… ¿dónde están las malditas luces…?

—… un olor extraño, como de zoo…

—… cuidado, muchachos…

Jack vio el archivador de acero por el rabillo del ojo, lleno de sobres marcados con la frase: SERÉ UN RAYO DE SOL PARA JESÚS. Se apoderó de dos de ellos.

Ahora, cuando te cojan al salir, podrán acusarte de robo además de asesinato.

No importaba. Se movía por simple inercia, nada más.

El patio trasero estaba completamente desierto. Jack se detuvo al principio de las escaleras, que atravesaban un tabique, y miró a su alrededor con incredulidad. Se oían voces en la parte delantera y se veían haces de luz; también sonaban de vez en cuando algunas interferencias aisladas y voces de las radios de la policía, que funcionaban a todo volumen, pero el patio trasero estaba desierto. No tenía sentido. Supuso que estarían confundidos, trastornados por lo que habían encontrado en el interior…

Entonces una voz ahogada dijo, a menos de seis metros a la izquierda de Jack:

—¡Dios mío! ¿Puedes creer esto?

La cabeza de Jack se volvió con rapidez. Allí estaba la caja, sobre la tierra sucia, semejante a un tosco ataúd de la Edad de Hierro. Una linterna se movía en su interior; Jack pudo ver unas suelas de zapatos. Una figura vaga estaba en cuclillas ante la caja, examinando la puerta.

—Al parecer la arrancaron de los goznes —dijo el tipo que miraba la puerta al que se movía dentro de la caja—, pero no sé cómo pudieron hacerlo. Los goznes son de acero y, sin embargo, están… *retorcidos.*

—Olvida los malditos goznes —replicó el otro con la voz ahogada—. En este condenado agujero… ¡encerraban a *niños*, Paulie! ¡Tengo entendido que así

era! ¡A niños! Hay iniciales en las paredes…

La luz se movió.

—…y versos de la Biblia… La luz volvió a moverse.

—… y dibujos. Pequeños dibujos. Hombres y mujeres de palotes, como dibujan los niños… Dios mío, ¿crees que Williams lo sabía?

—Seguramente —respondió Paulie, examinando todavía los goznes de acero rotos y retorcidos de la puerta de la caja.

Paulie estaba agachado y su compañero salía de espaldas. Sin hacer ninguna tentativa especial para esconderse, Jack cruzó el patio. Caminó junto al garaje y salió al camino, desde donde pudo observar la desordenada concentración de coches patrulla en la parte delantera del Hogar del Sol. En aquel momento una ambulancia se acercaba a toda velocidad por la carretera, con las luces de destello girando y las sirenas chillando con estridencia.

—Te quería. Lobo —murmuró Jack, secándose los ojos húmedos con la manga. Empezó a bajar por el camino hacia la oscuridad, pensando que probablemente le cogerían antes de que estuviera a dos kilómetros del Hogar del Sol. Pero tres horas después aún continuaba andando; por lo visto los polis tenían trabajo de sobra para distraerse.

2

Había una autopista delante de él, después de la cuesta siguiente o de la otra. Jack ya distinguía en el horizonte el resplandor anaranjado de los arcos de sodio de gran intensidad y podía oír el chirrido de los grandes neumáticos.

Se detuvo en un barranco lleno de basura y se lavó la cara y las manos con un hilo de agua procedente de una acequia. El agua estaba tan fría que casi le paralizaba las manos, pero al menos mitigaría por un rato el dolor de las quemaduras. Los antiguos reflejos volvían por sí solos.

Jack permaneció un momento donde estaba, bajo el oscuro cielo nocturno de Indiana, escuchando el chirrido de los grandes camiones.

El viento que susurraba entre los árboles despeinaba sus cabellos. Sentía angustia en el corazón por la pérdida de Lobo, pero ni siquiera esto podía alterar

la maravillosa sensación de estar libre.

Una hora más tarde, un camionero frenó al ver al muchacho cansado y pálido que esperaba en el cruce del desvío con el pulgar levantado. Jack subió a la cabina.

—¿Adonde te diriges, chico? —inquirió el camionero. Jack estaba demasiado cansado y demasiado triste para molestarse en contar la historia; de todos modos, apenas la recordaba. Suponía que le vendría poco a poco a la memoria.

—Al oeste —contestó—. Todo lo lejos que usted pueda llevarme.

—Será hasta medio estado.

—Muy bien —dijo Jack y se quedó dormido.

El gran camión siguió circulando en la glacial noche de Indiana; con Charlie Daniels en la *cassette*, circulaba hacia el oeste, persiguiendo a sus propios faros en dirección a Illinois.

Capítulo 28

EL SUEÑO DE JACK

1

Claro que llevaba consigo a Lobo. Lobo se había ido a su casa, pero una sombra grande y leal acompañaba a Jack en todos los camiones y camionetas Volkswagen y coches polvorientos que recorrían las autopistas de Illinois. Este fantasma sonriente destrozaba el corazón de Jack. A veces veía. —casi— la enorme y peluda forma de Lobo corriendo junto a la autopista, saltando por los campos yermos. Libre, Lobo le miraba con ojos radiantes color de calabaza. Cuando desviaba la vista, Jack sentía la ausencia de una mano de Lobo cerrada en torno a la suya. Ahora que echaba tanto de menos a su amigo, el recuerdo de su impaciencia con Lobo le avergonzaba y sonrojaba. Había pensado en abandonar a Lobo más veces de las que podía contar. Vergonzoso, vergonzoso. Lobo había sido… Jack tardó un poco en comprenderlo, pero la palabra era *noble.* Y este ser noble, tan fuera de lugar en este mundo, había muerto por él.

He guardado bien a mi rebaño. Jack Sawyer ya no era el rebaño. *He guardado bien a mi rebaño.* Había momentos en que los camioneros o agentes de seguros que recogían a aquel extraño y atractivo muchacho —a pesar de que iba sucio y desaliñado, aunque a lo mejor no habían recogido en su vida a nadie en la carretera— le miraban y le veían parpadear para contener las lágrimas.

Jack lloró a Lobo mientras recorría Illinois a toda velocidad. Había adivinado que no tendría problemas con el transporte una vez llegado a aquel estado y era cierto que con frecuencia sólo tenía que levantar el pulgar y mirar a los ojos del conductor para conseguir que le llevara. La mayoría de conductores no exigían la historia; sólo requerían una explicación mínima de por qué viajaba solo. «Voy a Springfield a ver a un amigo», «Tengo que recoger un coche y llevarlo a casa». «Estupendo, estupendo», decían los conductores. ¿Le habían oído siquiera? Jack no lo sabía. Su imaginación repasaba kilómetros de imágenes de Lobo metiéndose en un río para salvar a su rebaño de los Territorios, introduciendo la nariz en una fragante caja que contenía una hamburguesa, empujando comida hacia el interior del cobertizo, irrumpiendo en el estudio de grabación, recibiendo los balazos, desvaneciéndose… Jack no quería ver estas cosas una y otra vez, pero no podía evitarlo y las lágrimas le pinchaban los ojos.

No mucho después de Danville, un hombre de unos cincuenta años, bajo, de cabellos grises y la expresión divertida pero severa de quien ha enseñado a estudiantes de quinto grado durante dos décadas, no dejaba de dirigirle miradas furtivas desde detrás del volante, hasta que por fin preguntó:

—¿No tienes frío, compañero? Tendrías que llevar algo más que esta delgada chaqueta.

—Quizá un poco —respondió Jack. Sol Gardener consideraba suficientes las chaquetas de dril para trabajar en el campo durante todo el invierno, pero ahora el frío le calaba hasta los huesos.

—Tengo un abrigo en el asiento trasero —dijo el hombre—. Cógelo. No, no intentes siquiera rechazarlo. Ese abrigo es tuyo. Créeme, yo no pasaré frío.

—Pero…

—No tienes la menor opción en el asunto. Se trata de tu abrigo. Pruébatelo.

Jack alargó la mano hacia el asiento trasero y arrastró hasta su regazo una gran cantidad de género grueso. Al principio era informe, anónimo. Tenía grandes bolsillos de parche y botones de presilla. Era un abrigo de loden que olía a buen tabaco de pipa.

—Es mi abrigo viejo —explicó el hombre— y lo llevo en el coche porque no sé qué hacer con él. El año pasado los chicos me regalaron éste de plumas de ganso. Así que acéptalo.

Jack se puso el voluminoso abrigo, ajusfando bien los hombros sobre la

chaqueta de dril.

—Oh, fantástico —exclamó. Era como ser abrazado por un oso.

—Me alegro —dijo el hombre—. Ahora, si algún día vuelves a encontrarte en una carretera fría y ventosa, podrás agradecer a Myles P. Kiger de Ogden, Illinois, que te haya salvado la piel. Tu… —Myies P. Kiger pareció querer añadir algo más; la palabra flotó en el aire un segundo, mientras el hombre seguía sonriendo pero entonces la sonrisa se convirtió en una mueca de tímida confusión y Kiger miró hacia delante. Bajo la luz grisácea de la mañana, Jack vio extenderse un rubor moteado por las mejillas del hombre.

¿Tu piel (qué)?

Oh,no.

Tu hermosa piel. Tu piel suave, adorable, que invita a ser besada… Jack metió las manos hasta el fondo de los bolsillos del abrigo de loden y cruzó bien la prenda en tomo a sí. Myles P. Kiger de Ogden, Illinois, miraba fijamente la carretera.

—Ejem —farfulló Kiger, exactamente como un hombre de una tira cómica.

—Gracias por el abrigo —dijo Jack—. De verdad. Se lo agradeceré cada vez que me lo ponga.

—Claro, está bien, olvídalo —contestó Kiger, pero durante un segundo su cara se pareció extrañamente a la del pobre Donny Keegan del Hogar del Sol—. Hay un lugar cerca de aquí —añadió con voz gangosa, brusca, de una calma forzada—. Podemos almorzar, si quieres.

—No me queda dinero —dijo Jack, faltando a la verdad por dos dólares y treinta y ocho centavos.

—No te preocupes por esto. —Kiger ya había puesto el intermitente.

Entraron en un área de aparcamiento ventosa y casi vacía, frente a una estructura baja y gris que parecía un vagón, de ferrocarril. Un letrero de neón centelleaba sobre la puerta central:

RESTAURANTE IMPERIO. Kiger frenó ante uno de los ventanales del restaurante y se apearon del coche. Jack comprobó que el abrigo le mantendría caliente; su pecho y brazos parecían protegidos por una armadura de lana. Empezó a andar hacia la puerta de entrada, pero dio media vuelta cuando se dio cuenta de que Kiger continuaba junto al coche. El hombre canoso, sólo cuatro o cinco centímetros más alto que Jack, le miraba por encima del techo del coche.

—Oye —dijo Kiger.

—Mire, no me importaría devolverle el abrigo —interrumpió Jack.

—No, ahora es tuyo. Sólo pensaba que no estoy realmente hambriento y si continúo el viaje, ganaré tiempo y llegaré a casa un poco antes.

—Claro —dijo Jack.

—Aquí te resultará fácil encontrar a alguien que te lleve. Te lo prometo. No te dejaría si supiera que nadie te iba a recoger.

—Estupendo.

—Espera. Te he dicho que te invitaba a almorzar y quiero hacerlo. —Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y dio un billete a Jack por encima del coche. El viento glacial le despeinó los cabellos y los aplanó contra su frente—. Tómalo.

—No, de verdad —protestó Jack—. No importa. Tengo un par de dólares.

—Pide un buen bistec —insistió Kiger, inclinado sobre el techo ¿el coche y alargando el billete como si ofreciera un salvavidas o quisiera alcanzar uno.

De mala gana, Jack se adelantó y cogió el billete de los dedos de Kiger. Eran diez dólares.

—Muchas gracias. De verdad.

—Oye, ¿por qué no te llevas también el periódico y así tendrás algo que leer? Ya sabes, por si tienes que esperar. —Kiger ya había abierto la puerta y se agachó hacia dentro para coger un periódico doblado del asiento trasero—. Yo ya lo he leído. —Lo lanzó a Jack.

Los bolsillos del abrigo de loden eran tan profundos, que Jack pudo meter el periódico doblado en uno de ellos.

Myles P. Kiger se quedó un momento junto a la puerta abierta, mirando de soslayo a Jack.

—Si no te importa que lo diga, tendrás una vida muy interesante —dijo.

—Ya ha empezado a serlo —respondió Jack, fiel a la verdad.

El bistec Salisbury costaba cinco dólares y cuarenta centavos e iba acompañado de patatas fritas. Jack se sentó en un extremo de la barra y abrió el periódico. El artículo estaba en la segunda página; la víspera había salido en la primera plana de un periódico de Indiana. ARRESTOS PRACTICADOS EN RELACIÓN CON MUERTES POR SHOCK. El magistrado local Ernest Fairchild y el agente de policía Frank B. Williams de Cayuga, Indiana, habían sido acusados de

malversación de fondos públicos y aceptación de sobornos en el curso de la investigación en torno a las muertes de seis muchachos en el Hogar Cristiano de Sol Gardener para Muchachos Descarriados. El popular evangelista Robert «Sol» Gardener había huido al parecer de los terrenos del Hogar poco antes de la llegada de la policía y aunque no se había dado aún la orden de arresto, era buscado con urgencia para su interrogatorio. ¿SERÁ UN NUEVO JIM JONES?, preguntaba un epígrafe bajo una fotografía de Gardener en su actitud más espectacular, con los brazos extendidos y los cabellos derramándose en ondas perfectas. Los perros habían conducido a la policía estatal a un área próxima a las alambradas electrificadas donde los cuerpos de los muchachos fueron enterrados sin ninguna ceremonia; cinco cuerpos, al parecer, la mayoría tan desfigurados que su identificación había sido imposible. Quizá podrían identificar a Ferd Janklow, cuyos padres le ofrecerían un verdadero entierro, sin dejar de preguntarse qué error habían cometido, exactamente; sin dejar de preguntarse *cómo* su amor por Jesús había condenado a su inteligente y rebelde hijo.

Cuando llegó el bistec Salisbury, Jack comprobó que tenía un sabor salado y lanudo, pero se comió hasta el último bocado Y mojó en la salsa espesa todas las patatas fritas un poco crudas del restaurante Imperio. Acababa de terminar la comida cuando un camionero barbudo, tocado con una gorra de los Detroit Tigers, bajo la que sobresalían unos cabellos negros y largos, embutido en una cazadora que parecía hecha con pieles de lobo, y con un grueso cigarro en la boca, se detuvo a su lado y preguntó:

—¿Necesitas un viaje al oeste, chico? Yo voy a Decatur. A medio camino de Springfield, como si tal cosa.

2

Aquella noche, en un hotel de tres dólares diarios que el camionero le había indicado, Jack tuvo dos sueños diferentes, o tal vez más tarde recordó sólo estos dos entre los muchos que rondaron su lecho, o tal vez los dos eran en realidad un largo y único sueño. Había cerrado la puerta con llave, orinado en el sucio y

resquebrajado lavabo del rincón, guardado la mochila bajo la almohada y conciliado el sueño con la gran canica, que en el otro mundo era un espejo de los Territorios, en la mano cerrada. Le pareció oír música, un acorde casi cinemático, un ritmo de jazz ardiente y vivaz a un volumen tan bajo que Jack sólo pudo distinguir los instrumentos principales: una trompeta y un saxófono de registro intermedio. *Richard* —pensó Jack, medio dormido—, *mañana veré a Richard Sloat,* y resbaló por la pendiente del ritmo hasta el borde de la inconsciencia.

Lobo trotaba hacia él en un paisaje humeante y arrasado. Unos alambres de púas, enroscados en fantásticas e intrincadas formas, los separaban. Unas trincheras también dividían la tierra torturada y Lobo saltó una con facilidad y casi tropezó con uno de los alambres.

—¡Cuidado! —le advirtió Jack.

Lobo frenó antes de caer dentro de una alambrada triple, agitó una gran garra para indicar a Jack que no se había lastimado y sorteó los alambres con gran precaución.

Jack se sintió invadido por una asombrosa oleada de alivio y felicidad. Lobo no había muerto; Lobo volvería a reunirse con él.

Lobo salvó todos los alambres y trotó de nuevo hacia él. La tierra que separaba a Jack de Lobo parecía alargarse misteriosamente; el humo gris que flotaba sobre las numerosas trincheras casi oscurecía la gran figura peluda que corría a su encuentro.

—¡Jason! —gritó Lobo—. ¡Jason! ¡Jason!

—Yo sigo aquí —gritó Jack.

—¡No puedo alcanzarte, Jason! ¡Lobo no puede!

—¡Sigue intentándolo! —vociferó Jack—. ¡Maldita sea, no te rindas!

Lobo se detuvo ante un impenetrable revoltijo de alambres y Jack vio a través del humo que se ponía de cuatro patas y trotaba de un lado a otro, buscando un espacio abierto. Arriba y abajo trotaba Lobo, cada vez alejándose más y exasperándose más cada segundo que pasaba. Al final se puso otra vez de pie, colocó las manos sobre el grueso revoltijo de alambres y procuró ensanchar un trozo para poder pasar por él.

—¡Lobo no puede! ¡Jason, Lobo no puede!

—Te quiero. Lobo —gritó Jack hacia la humeante llanura.

—¡JASON! —aulló Lobo—. ¡TEN CUIDADO! ¡VIENEN a buscarte! ¡Hay MAS!

«¿Más de qué?», quiso gritar Jack, pero no pudo. Lo sabía. Entonces, o bien cambió todo el carácter del sueño o se inició otro. Jack volvía a estar en el destrozado estudio de grabación y el despacho del Hogar del Sol y los olores de la pólvora y la carne quemada llenaban el aire. El cuerpo mutilado de Singer yacía en el suelo y la forma muerta de Casey colgaba del rectángulo de cristales rotos. Jack, sentado en el suelo, mecía a Lobo en sus brazos, y comprendía otra vez que Lobo estaba moribundo. Soló que Lobo no era Lobo.

Jack sostenía el cuerpo tembloroso de Richard Sloat y era Richard quien se moría. Tras los cristales de sus severas gafas de plástico negro, los ojos de Richard se movían sin rumbo, con expresión doliente. Oh, no, oh, no, gimió Jack, horrorizado. Habían destrozado el brazo de Richard y su pecho era un amasijo de carne entre la camisa blanca manchada de sangre. Huesos fracturados resaltaban por su blancura aquí y allá, como dientes.

—No quiero morir —dijo Richard y cada palabra le costaba un esfuerzo sobrehumano—. Jason, no debes… no debías…

—No puedes morir tú también —suplicó Jack—, tú también no. El torso de Ricard cayó en los brazos de Jack y un sonido largo y líquido escapó de su garganta; entonces los ojos de Richard, de improviso claros y tranquilos, se cruzaron con los de Jack. «Jason. —El sonido del nombre, que era casi apropiado, flotó con suavidad en el aire fétido—. Tú me has matado», profirió Richard, o mejor, «tú has atado», porque sus labios no podían juntarse para formar una de las letras. Sus ojos volvieron a desenfocarse y al instante su cuerpo pareció pesar más en los brazos de Jack. Ya no quedaba vida en el cuerpo. Jason DeLoessian le miró fijamente, conmovido en lo más hondo…

3

… y Jack Sawyer se incorporó de repente en la cama fría y desconocida de una pensión de Decatur, Illinois, y al resplandor amarillento proyectado por un farol de la acera opuesta vio su propio aliento dividirse en dos gruesas plumas,

como exhalado por dos bocas a la vez. Consiguió no gritar juntando las manos, sus propias manos, y apretándolas con tanta fuerza como si quisiera abrir una nuez. Otra enorme pluma blanca de aire brotó de sus pulmones.

Richard.

Lobo corriendo por aquel mundo muerto, llamándole… *¿cómo? Jason.*

El corazón del muchacho dio un vuelco rápido y decidido, con el ímpetu de un caballo al saltar una valla.

Capítulo 29

RICHARD EN THAYER

1

A las once de la mañana siguiente un Jack Sawyer exhausto se quitó la mochila de la espalda en el extremo de un largo campo de deportes cubierto por una hierba tiesa., parda y muerta. Lejos, dos hombres vestidos con chaquetas de cuadros escoceses y tocados con gorras de béisbol trabajaban con un succionador de hojas y un rastrillo en un prado que rodeaba el grupo de edificios más distante. A la izquierda de Jack, directamente detrás de la fachada posterior de ladrillo rojo de la biblioteca Thayer, estaba el aparcamiento de la facultad. Frente a la escuela Thayer, una gran verja se abría a la avenida flanqueada de árboles que daba la vuelta a un gran cuadrángulo de césped cruzado por estrechos senderos. Si algo descollaba en el campus era la biblioteca, una estructura estilo Bauhaus de cristal, acero y ladrillo.

Jack había visto que una verja secundaria daba acceso a otra avenida que llevaba a la biblioteca; pasaba frente a las dos terceras partes de la escuela y terminaba en el espacio destinado a los cubos de basura, que era un pasaje sin salida bajo el terraplén sobre el cual se encontraba el campo de fútbol.

Jack empezó a cruzar el campo por la parte superior, en dirección a la fachada posterior de los edificios de las aulas. Cuando los estudiantes se

dirigieran al comedor, encontraría la habitación de Richard: Entrada 5, Nelson House.

La seca hierba de invierno crujía bajo sus pies. Jack se arrebujó en él excelente abrigo de Myles P. Kiger; por lo menos el abrigo se veía elegante, ya que él no. Pasó entre Thayer Hall y un dormitorio de la Escuela Superior llamado Spence House, en dirección al cuadrángulo. Por las ventanas de Spence House salían las lánguidas voces de antes del almuerzo.

2

Jack miró hacia el cuadrángulo y vio a un hombre entrado en años, un poco encorvado, de color bronce verdoso, en pie sobre un pedestal de la altura de un banco de carpintero, examinando la cubierta de un pesado libro. Llevaba levita y el cuello duro y la corbata larga de un trascendentalista de Nueva Inglaterra. Eider Thayer, dedujo Jack. La cabeza de bronce inclinada sobre el volumen estaba vuelta hacia los edificios de las aulas.

Jack torció a la derecha cuando llegó al final del camino. Una algarabía repentina se inició en una ventana del piso superior; unos chicos gritaban las sílabas de un nombre que sonaba como «¡Etheridge! ¡Etheridge!» Siguió una serie de gritos inarticulados, acompañados por el ruido de muebles arrastrados por un pavimento de madera. *«¡Etheridge!»*

Jack oyó cerrarse una puerta a sus espaldas y al mirar por encima del hombro vio a un chico alto y rubio bajar a toda prisa los escalones de Spence House. Llevaba una chaqueta deportiva de *tweed,* corbata y unas botas de caza. Sólo le protegía del frío una larga bufanda amarilla y azul enrollada varias veces alrededor de su cuello. Su rostro alargado era a la vez demacrado y arrogante y en aquel momento parecía el de un estudiante de último curso presa de una justa cólera. Jack se cubrió la cabeza con la capucha del abrigo de loden y siguió bajando por el camino.

—¡No quiero que se mueva nadie! —gritó el chico alto hacia la ventana cerrada—. ¡Los de primer curso no pueden salir! Jack se dirigió hacia el edificio siguiente.

—¡Estáis moviendo las sillas! —gritó a sus espaldas el chico alto—. ¡Os oigo! ¡Tú! —Jack oyó que el furioso estudiante de último curso le gritaba a él y dio media vuelta, con el corazón palpitante.

—Dirígete a Nelson House inmediatamente, quienquiera que seas, a todo correr, sin pérdida de tiempo, o iré a ver al rector de tu dormitorio.

—Sí, señor —dijo Jack, moviéndose con rapidez en la dirección indicada por el prefecto.

—*¡Llegas con siete minutos de retraso como mínimo!* —gritó Etheridge y Jack aceleró el paso—. *¡Te he dicho a todo correr!*

Jack obedeció.

Cuando empezó a ir colina abajo (esperaba que fuese la dirección correcta; por lo menos Etheridge había dado la impresión de mirar hacia allí), vio un coche negro y largo —una limusina— cruzando la verja principal y deslizándose por la larga avenida hacia el cuadrángulo. Pensó que la persona sentada tras los cristales tintados de la limusina no podía ser algo tan corriente como el padre un alumno de segundo curso de la escuela Trayer.

El largo coche negro continuó subiendo con una lentitud insolente.

No, pensó Jack, me estoy alarmando sin razón.

Sin embargo, no podía moverse. Observó la limusina cuando se detuvo en el borde superior del cuadrángulo y permaneció allí con el motor en marcha. Un chófer negro con hombros de atleta se apeó y abrió la puerta trasera, por la que salió ágilmente un anciano de cabellos blancos que llevaba un gabán negro sobre una inmaculada camisa blanca y una gruesa corbata oscura. Hizo una seña con la cabeza a su chófer y empezó a cruzar el patio en dirección al edificio principal. No miró siquiera hacia donde se encontraba Jack. El chófer inclinó la cabeza con exageración y luego miró hacia arriba, como especulando sobre la posibilidad de que nevara. Jack retrocedió y siguió observando al anciano mientras éste subía los escalones de Thayer Hall. El chófer continuó examinando el cielo. Jack se escabulló por el camino hasta que el lado del edificio le ocultó y entonces dio media vuelta y empezó a correr.

Nelson House era un edificio de ladrillo de tres pisos, situado al otro lado del patio cuadrangular. Por dos ventanas de la planta baja pudo ver a una docena de estudiantes de último curso ejerciendo sus privilegios: leyendo acostados en sofás, jugando lánguidamente a cartas en una mesa de café o contemplando sin

interés lo que debía ser una pantalla de televisión colocada bajo las ventanas.

Una puerta invisible se cerró de golpe un poco más arriba de la colina y Jack atisbó al estudiante alto y rubio, Etheridge, volviendo a su propio edificio después de ocuparse de los delitos de los muchachos de primer curso.

Jack pasó ante la fachada del edificio y una ráfaga de viento frío le azotó en cuanto llegó a la esquina. Un poco más allá había una puerta estrecha y una placa (esta vez de madera, blanca con letras góticas negras) que decía: ENTRADA 5. Una serie de ventanas se sucedían hasta la otra esquina.

Y aquí, junto a la tercera ventana… alivio, porque aquí estaba Richard Sloat, con las gafas firmemente colocadas sobre las orejas, la corbata anudada, las manos sólo un poco manchadas de tinta, sentado muy derecho ante su mesa y leyendo un libro grueso como si su vida dependiera de ello. Estaba de perfil y Jack tuvo mucho tiempo de contemplar sus queridas y bien conocidas facciones antes de golpear el cristal con los nudillos.

Richard levantó la cabeza del libro con un respingo. Miró desorientado a su alrededor, asustado y sorprendido por el súbito ruido,

—Richard —dijo Jack en voz baja y fue recompensado por la vista del semblante atónito de su amigo, vuelto hacia él. Richard parecía casi atontado por la sorpresa.

—Abre la ventana —dijo Jack, pronunciando las palabras con una lentitud exagerada para que su amigo pudiera leerle los labios.

Richard se levantó de la mesa, moviéndose todavía con la parsimonia de una persona aturdida. Cuando llegó a la ventana, puso las manos en el marco y miró a Jack con severidad durante un momento y con una breve mirada hizo un juicio crítico del rostro sucio de Jack, de sus cabellos lacios sin lavar, de su llegada poco ortodoxa y de muchas más cosas. *¿Qué diablos tramas ahora?* Por fin subió la ventana.

—Bueno —dijo Richard—, la mayoría usa la puerta.

—Magnífico —respondió Jack, casi riendo—. Cuando sea como la mayoría, es probable que yo también la use. Apártate, ¿quieres?

Casi con la expresión de haber sido cogido en falta, Richard retrocedió varios pasos.

Jack se izó hasta el alféizar y entró por la ventana con la cabeza por delante.

—Uf.

—Hola —dijo Richard—. Supongo que es agradable verte. Pero he de irme a almorzar dentro de poco rato. Podrías ducharte, supongo. Todos los demás estarán en el comedor. —Se interrumpió, como temiendo haber hablado demasiado.

Jack vio que Richard requería un tratamiento delicado.

—¿Podrías traerme algo de comer cuando vuelvas? Tengo un hambre atroz.

—Estupendo —contestó Richard—. Primero vuelves loco a todo el mundo, incluyendo a mi padre, escapándote, luego entras aquí como un ladrón y ahora quieres que robe comida para ti. Claro que sí. Muy bien. Magnífico.

—Tenemos mucho de que hablar —dijo Jack.

—Si me prometes —respondió Richard, inclinándose un poco hacia delante y con las manos en los bolsillos— que hoy mismo regresarás a New Hampshire o que me permitirás telefonear a mi padre para que venga a buscarte, accederé a traerte algo de comer.

—Estoy dispuesto a hablar contigo de cualquier cosa, Richie, muchacho. Incluso acerca de mi regreso, ¿por qué no? Richard asintió.

—A propósito, ¿dónde diablos te has metido? —Sus ojos ardían tras las gruesas lentes. De improviso, un sorprendente centelleo—. ¿Y cómo puedes justificar la actitud de tu madre y la tuya hacia mi padre? Mierda, Jack, creo de verdad que deberías volver a ese lugar de New Hampshire.

—Volveré —dijo Jack—, te lo prometo. Pero antes debo ir a buscar algo. ¿Puedo sentarme en alguna parte? Estoy muerto de cansancio.

Richard indicó su cama con la cabeza y entonces —típicamente— dio una palmada a la silla de la mesa escritorio, que estaba más cerca de Jack.

En el pasillo se abrieron puertas. Voces fuertes sonaron por delante de la puerta de Richard, y también muchos pasos.

—¿Has leído algo sobre el Hogar del Sol? —preguntó Jack—. He estado allí. Dos amigos míos han muerto en el Hogar del Sol y escucha bien esto, Richard: el segundo era un hombre lobo.

La cara de Richard se contrajo.

—Vaya, es una coincidencia asombrosa porque…

—He estado de verdad en el Hogar del Sol, Richard.

—Ya lo he oído —dijo Richard—. Está bien. Volveré con algo de comida dentro de media hora. Entonces tendré que decirte quién vive en la casa de al

lado. Pero esto son fantasías de Seabrook Island, ¿verdad? Sé sincero.

—Sí, supongo que sí. —Jack se despojó del abrigo de Myies P. Kiger y lo dejó caer sobre el respaldo de la silla.

—Vuelvo en seguida —dijo Richard, agitando la mano a Jack con ademán .vacilante mientras se dirigía a la puerta. Jack tiró los zapatos al aire y cerró lo sojos.

3

La conversación a que Richard había aludido como «fantasías de Seabrook Island» y que Jack recordaba tan bien como su amigo, la habían mantenido durante la semana final de su última visita a dicha isla turística.

Las dos familias habían pasado las vacaciones juntas casi todos los años mientras vivió Phil Sawyer. El verano después de su muerte, Morgan Sloat y Lily Sawyer intentaron conservar la tradición y reservaron habitaciones para los cuatro en el enorme y viejo hotel de Seabrook Island, Carolina del Sur, que había sido escenario de algunos de sus veranos más felices. Sin embargo, el experimento no funcionó.

Los chicos estaban acostumbrados a la mutua compañía y también a lugares como Seabrook Island; Richard Sloat y Jack Sawyer habían jugado en hoteles turísticos y por vastas playas de arena dorada durante toda su niñez… pero ahora el clima se había alterado misteriosamente. Una seriedad inesperada, cierta turbación se había introducido en sus vidas.

La muerte de Phil Sawyer cambió hasta el color del futuro. Aquel último verano en Seabrook, Jack empezó a sentir que tal vez no deseaba sentarse ante la mesa de su padre algún día, que aspiraba a más cosas en la vida. ¿Qué cosas? Sabia —era una de las pocas cosas que sabía con certeza— que sus aspiraciones estaban relacionadas con las fantasías. Cuando empezó a ver esto en sí mismo, descubrió algo más: que su amigo Richard no sólo era incapaz de sentir esta necesidad de «más cosas», sino que en realidad quería exactamente lo contrario. Richard no deseaba nada que no pudiera respetar.

Jack y Richard salían juntos a aquella hora lánguida que en los buenos

lugares turísticos se compone del tiempo que transcurre entre el almuerzo y el aperitivo de la tarde. No se iban muy lejos, sólo a la ladera cubierta de pinos de una colina que se erguía detrás del hotel. A sus pies centelleaba el agua de la enorme piscina rectangular del establecimiento, en la cual Lily Cavanaugh Sawyer nadaba con suavidad y eficiencia largo tras largo. Ante una de los mesas que rodeaban la piscina se sentaba el padre de Richard, envuelto en un grande y esponjoso albornoz, con aletas en los pies y comiendo un enorme bocadillo a la vez que hablaba por un teléfono enchufado bajo la mesa.

—¿Es esto lo que quieres? —preguntó un día a Richard, que estaba instalado junto a él bajo un árbol con un libro en las manos (lo cual no era ninguna sorpresa): *La vida de Thomas Edison.*

—¿Lo que quiero? ¿Cuando sea mayor, quieres decir? —Richard parecía un poco asombrado por la pregunta—. Supongo que es bastante interesante, pero no sé si lo quiero o no.

—¿Sabes lo que quieres, Richard? Siempre dices que quieres ser químico investigador —observó Jack—. ¿Por qué lo dices? ¿Qué significa?

—Significa que quiero ser químico investigador —sonrió Richard.

—Sabes a qué me refiero, ¿verdad? ¿Qué *incentivo* tiene ser químico investigador? ¿Crees que sería divertido? ¿Crees que curarás el cáncer y salvarás millones de vidas?

Richard le miró de un modo muy directo, con los ojos un poco agrandados por las gafas que había empezado a llevar hacía cuatro meses.

—No, no creo que llegue a curar jamás el cáncer, pero éste no es el incentivo. El incentivo es descubrir cómo funcionan las cosas, comprobar que funcionan de un modo ordenado, a pesar de las apariencias, y averiguar por qué.

—El orden.

—Sí, ¿por qué sonríes?

—Vas a pensar que estoy loco —sonrió Jack—, pero a mí me gustaría descubrir por qué todo esto, todos estos tipos ricos persiguiendo pelotas de golf y gritando a un teléfono, da la impresión de ser malsano.

—Porque es malsano —dijo Richard, sin intención de ser gracioso.

—¿No piensas a veces que en la vida hay algo más, aparte del orden? —Miró la cara de Richard, inocente y escéptica—. ¿No te gustaría un poco de magia, Richard?

—¿Sabes? A veces pienso que te gusta el caos —observó Richard, sonrojándose un poco— y que te burlas de mí. Si te gusta la magia, destruyes completamente todo aquello en lo que creo. De hecho, destruyes la realidad.

—Tal vez haya más de una realidad.

—¡En *Alicia en el país de las maravillas*, sí, desde luego! —Richard empezaba a enfadarse.

Se alejó por entre los pinos y Jack comprendió de improviso que la charla inspirada por sus sentimientos sobre las fantasías había enfurecido a su amigo. Como tenía las piernas más largas, alcanzó a Richard en pocos segundos.

—No me burlo de ti —dijo—, es sólo que despierta mi curiosidad oírte decir siempre que quieres ser químico. Richard se detuvo y miró. con seriedad a Jack.

—Deja de volverme loco con estas tonterías —dijo—. No son más que fantasías de Seabrook Island. Ya es bastante difícil ser una de las seis o siete personas sensatas que hay en América para que encima mi mejor amigo no haga más que disparatar.

Desde aquel día, Richard Sloat se enfadaba al menor signo de extravagancia en Jack y lo descartaba inmediatamente como «fantasías de Seabrook Island».

4

Cuando Richard volvió del comedor, Jack, recién duchado y con el cabello húmedo pegado a la cabeza, hojeaba los libros que Richard tenía sobre la mesa y en el momento en que Richard entró por la puerta con una servilleta de papel manchada de grasa, que parecía contener una espléndida cantidad de comida, se preguntaba si la inminente conversación no sería más fácil de ser los libros de encima de la mesa *El señor de los anillos y Submarino sumergido* en lugar de *Química orgánica y Problemas matemáticos.*

—¿Qué había para almorzar? —preguntó.

—Has tenido suerte. Pollo frito a la sureña, una de las pocas cosas servidas aquí que no te hacen sentir lástima del animal que murió para formar parte de la cadena alimentaria. —Alargó a Jack la grasicnta servilleta. Cuatro trozos de pollo bien untados y guisados despedían un aroma casi increíble por su

excelencia y densidad. Jack se lanzó al ataque.

—¿Desde cuándo comes como un cerdo? —Richard se subió las gafas y se sentó en la estrecha cama. Bajo la chaqueta de *tweed* llevaba un pullóver de dibujos marrones con el borde inferior metido bajo el cinturón.

Jack sintió una inquietud momentánea al preguntarse si sería posible hablar de los Territorios con alguien tan formal que incluso se metia los suéters dentro de los pantalones.

—La última vez que comí —respondió— fue ayer al mediodía. Estoy un poco hambriento, Richard. Gracias por traerme el pollo. Es estupendo, el mejor que he comido en mi vida. Eres un gran tipo, exponiéndote de este modo a la expulsión.

—Crees que es una broma, ¿verdad? —Richard se estiró el pullóver y frunció el ceño—. Si alguien te encontrase aquí, es muy probable que me expulsaran, así que no te hagas el gracioso. Tenemos que hablar de cómo regresarás a New Hampshire.

Un momento de silencio: una mirada tentativa de Jack y una mirada severa de Richard.

—Sé que deseas saber qué estoy haciendo, Richard —dijo Jack, masticando un bocado de pollo— y, créeme, no va a ser fácil explicártelo.

—No pareces el mismo, ¿sabes? —dijo Richard—. Pareces… mayor. Pero esto no es todo. Has cambiado.

—Sé que he cambiado. Tú también parecerías diferente si hubieras estado conmigo desde septiembre. —Jack sonrió al mirar al ceñudo Richard con su ropa de buen chico y comprendió que nunca sería capaz de hablar de su padre a Richard. Sencillamente, no podía hacerlo. Si los acontecimientos lo hacían por él, bien estaba, pero él no poseía el corazón de asesino necesario para aquella revelación determinada.

Su amigo continuó mirándole con el ceño fruncido, por lo visto esperando que comenzara la historia.

Quizá para posponer el momento en que tendría que convencer de lo increíble al racional Richard, Jack preguntó:

—¿Se marcha de la escuela el chico de la habitación de al lado? Desde fuera he visto sus maletas encima de la cama.

—Pues, sí, y es interesante —explicó Richard—. Quiero decir, interesante a

la luz de lo que has dicho hace un rato… Se va… de hecho, ya se ha ido. Supongo que alguien vendrá a recoger sus cosas. Dios sabe qué clase de cuento de hadas te imaginarás, pero el chico de al lado era Reuel Gardener, el hijo del predicador que dirigía el hogar del que tú dices que te has escapado. —Richard hizo caso omiso del súbito ataque de tos de Jack—. Yo diría que en muchos sentidos Reuel no era el chico normal del cuarto de al lado y es probable que nadie aquí haya lamentado mucho su marcha. Cuando se publicó la historia de aquellos chicos que murieron en el lugar regentado por su padre, recibió un telegrama ordenándole que abandonara Thayer.

Jack había conseguido tragar el trozo de pollo que se le había atragantado.

—¿El hijo de Sol Gardener? ¿Ese tipo tenía un hijo? ¿Y estaba *aquí?*

—Llegó al principio del curso —respondió con sencillez Richard—. Esto es lo que he intentado decirte antes.

De repente, la escuela Thayer se hizo amenazadora para Jack de un modo que Richard no podía ni empezar a comprender.

—*¿Cómo era?*

—Un sádico —contestó Richard—. A veces oía ruidos muy peculiares en la habitación de Reuel y en una ocasión vi un gato muerto en un cubo de basura del pasaje que no tenía ojos ni orejas. Por su aspecto, nadie hubiera dudado de su capacidad para torturar a un gato. Y creo que olía a cuero inglés rancio.

—Richard guardó un silencio calculado y luego preguntó—: ¿Estuviste de verdad en el Hogar del Sol?

—Durante treinta días. Era un infierno o algo muy parecido.

—Respiró hondo, mirando la cara de Richard, ceñuda pero ya por lo menos medio convencida—. Esto es difícil de creer para tí, Richard, lo sé, pero mi compañero era un hombre lobo. Y si no le hubiesen matado cuando me salvó la vida, estaría aquí en este momento.

—Un hombre lobo. Con pelos en las palmas de las manos. Que se transformaba en un monstruo sediento de sangre cada vez que había luna llena. —Richard contempló la pequeña habitación con expresión pensativa.

Jack esperó a que Richard volviera a mirarle.

—¿Quieres saber qué hago? ¿Quieres que te diga por qué estoy atravesando el país haciendo autostop?

—Empezaré a gritar si no lo haces —respondió Richard.

—Bien —dijo Jack—. Estoy tratando de salvar la vida de mi madre. —Mientras la pronunciaba, esta frase pareció llena de una maravillosa claridad.

—¿Cómo demonios vas a hacerlo? —estalló Richard—. Es probable que tu madre tenga cáncer. Como ya te ha insinuado mi padre, necesita médicos y los adelantos de la ciencia… ¿y tú te vas a hacer autostop? ¿Qué vas a usar para salvar a tu madre, Jack? ¿Magia?

Los ojos de Jack empezaron a escocerle.

—Tú lo has dicho, Richard, viejo compañero. —Levantó el brazo y apretó los ojos ya húmedos contra la tela del hueco del codo.

—Oh, vamos, cálmate, vamos… —dijo Richard, tirando frenéticamente de su pullóver—. No llores, Jack, te lo ruego, sé que es algo terrible y no quería… sólo intentaba… —Richard había cruzado la habitación al instante y sin ruido daba torpes palmaditas en el brazo y el hombro de Jack.

—Estoy bien —dijo Jack, bajando el brazo—. No es una fantasía loca, Richard, por mucho que a ti te lo parezca. —Se enderezó—. Mi padre me llamaba Viajero Jack y también un viejo de Playa de Arcadia. —Jack esperaba acertar en lo de que la compasión de Richard abriría puertas interiores y, cuando miró la cara de Richar, vio que era cierto. Su amigo parecía preocupado, afectuoso y sincero.

Jack inició la historia.

5

En tomo a. los dos muchachos, la vida de Nelson House prosiguió su curso, tranquila y bulliciosa al mismo tiempo, como suele pasar en los internados, puntuada con carcajadas y gritos. Muchos pasos por el pasillo, sin que ninguno se detuviera ante la puerta. Desde la habitación de arriba sonaban golpes regulares y algún retazo de música que Jack reconoció al fin como un disco de los Blue Oyster Cult. Empezó a hablar a Richard de las fantasías y de las fantasías pasó a Speedy Parker. Describió la voz que le había hablado desde el embudo giratorio de la arena. Y entonces contó a Richard que había bebido el «zumo mágico» de Speedy y saltado a los Territorios por primera vez.

—Pero creo que sólo era vino barato —aclaró Jack—. Más tarde, cuando se hubo terminado, descubrí que no lo necesitaba para saltar. Podía hacerlo por mí mismo.

—Está bien —contestó Richard sin comprometerse.

Intentó presentar fielmente los Territorios a Richard: la carreta, la vista del palacio de verano, la intemporalidad y realidad de todo ello; el capitán Parren, la Reina moribunda, a propósito de la cual introdujo el tema de los Gemelos: Osmond. La escena en el pueblo de All-Hands; el Camino de las Avanzadas, que era el Camino del Oeste. Enseñó a Richard su pequeña colección de objetos sagrados, la púa de guitarra, la canica y la moneda. Richard se limitó a darles vueltas entre los dedos y a devolverlos sin comentarios. Entonces Jack revivió sus atormentados días en Oatley. Richard escuchó la historia de Jack sobre Oatley en silencio pero con los ojos muy abiertos.

Jack omitió cuidadosamente toda mención de Morgan Sloat y Morgan de Orris durante el relato de la escena en el área de descanso de Lewisburg en la I-70 al oeste de Ohio.

Entonces tuvo que describir a Lobo tal como le había visto la primera vez, un sonriente gigante vestido con un mono Oshkosh de pechera, y sintió que las lágrimas se agolpaban nuevamente en sus ojos. Sobresaltó a Richard llorando mientras le contaba sus esfuerzos por hacer subir a Lobo a los coches y confesó su impaciencia con su compañero, pugnando por no llorar otra vez, y no lloró durante mucho rato, consiguiendo relatar la historia del primer cambio de Lobo sin lágrimas ni nudos en la garganta. No obstante, volvió a tener dificultades; la cólera le ayudó a hablar con fluidez hasta que llegó a Ferd Janklow y entonces los ojos volvieron a escocerle.

Richard guardó silencio durante largo rato. Luego se levantó de repente y fue a buscar un pañuelo limpio a un cajón de la cómoda. Jack se sonó con ruido.

—Esto es todo lo ocurrido —dijo—, o casi todo.

—¿Qué has leído últimamente? ¿Qué películas has visto?

—Maldito seas —farfulló Jack, levantándose y cruzando ta habitación para coger su mochila, pero Richard alargó la mano y agarró a Jack por la muñeca.

—No creo que te lo hayas inventado; creo que nada de lo que me has dicho es inventado.

—¿En serio?

—Si. En realidad, no sé lo que pienso, pero estoy seguro de que no me has mentido deliberadamente. —Dejó caer la mano—. Creo que estuviste en el Hogar del Sol, lo creo de verdad. Y creo que tuviste un amigo llamado Lobo, que murió allí. Lo siento, pero no puedo tomarme en serio los Territorios y no puedo aceptar que tu amigo fuera un hombre lobo.

—De modo que piensas que estoy chalado —dijo Jack.

—Creo que estás en un apuro, pero no voy a llamar a mi padre ni a echarte de aquí. Tendrás que dormir conmigo esta noche. Si oímos al señor Haywood hacer la ronda de las camas, podrás esconderte debajo de la mía.

Richard había adoptado un aire ejecutivo, con las manos en las caderas, observando el cuarto con expresión crítica.

—Tienes que descansar un poco. Estoy seguro de que esto es parte del problema. Te han hecho trabajar hasta casi matarte en ese espantoso lugar y tu mente está hecha un lío, así que ahora te conviene descansar.

—Es cierto —convino Jack. Richard miró hacia arriba.

—Tendré que irme pronto a jugar a baloncesto, pero puedes esconderte aquí y más tarde volveré a traerte comida del comedor. Lo importante es que descanses y que después regreses a casa.

—New Hampshire no es mi casa —dijo Jack.

Capítulo 30

THAYER SE VUELVE MISTERIOSO

1

A través de la ventana Jack podía ver a muchachos con abrigos, encorvados bajo el frío glacial, yendo y viniendo entre la biblioteca y el resto de la escuela. Etheridge, el estudiante de último curso que se había dirigido a Jack por la mañana, pasó apresurado, con la bufanda ondeando tras él.

Richard sacó una chaqueta de *tweed* del estrecho armario que había junto a la cama.

—Nada va a convencerme de que no debes volver a New Hampshire. Ahora tengo que irme a jugar a baloncesto porque, si no voy, el entrenador Frazer me hará hacer diez vueltas de castigo en cuanto vuelva. Hoy tenemos a otro entrenador y Frazer nos dijo que nos lo haría pagar si no cumplíamos. ¿Quieres que te preste algo de ropa? Tengo por lo menos una camisa de tu talla; mi padre me la envió de Nueva York y Brooks Brothers se equivocaron de medidas.

—Enséñamela —dijo Jack. Su ropa estaba realmente zarrapastrosa, tan tiesa de suciedad que Jack se sentía como Pigpen, el personaje de *Peanuts* que vivía en un marasmo de porquería y desaprobación. Richard le dio una camisa blanca todavía metida en una bolsa de plástico—. Magnífico. Gracias —añadió, sacándola de la bolsa y desprendiendo los alfileres. Sería casi su talla.

—También podrías probarte una chaqueta —dijo Richard—. El *blazer* del fondo del armario. Te lo probarás, ¿eh? Y ponte una de mis corbatas. Sólo por si entra alguien. Dices que eres del Saint Louis Country Day y que formas parte de un intercambio entre periódicos. Lo hacemos dos o tres veces al año; chicos de aquí van allá y chicos de allá vienen aquí a trabajar en el periódico de la escuela. —Se dirigió a la puerta—. Volveré antes de cenar para ver cómo estás.

Jack se dio cuenta de que había dos bolígrafos prendidos a una lengua de plástico del bolsillo de la chaqueta y de que todos los botones estaban abrochados.

En Nelson House reinó un silencio total al cabo de pocos minutos. Desde la ventana de Richard, Jack vio muchachos sentados a las mesas de la biblioteca, que tenía grandes ventanales. No se veía a nadie en los senderos ni en la hierba tiesa y parda. Sonó un timbre insistente que marcaba el comienzo de la cuarta clase. Jack estiró los brazos y bostezó. Una sensación de seguridad volvió a invadirle; una escuela a su alrededor, con todos los familiares rituales de timbres, clases y partidos de baloncesto. Quizá podría quedarse otro día; quizá incluso podría llamar a su madre desde uno de los teléfonos de Nelson House. Y, desde luego, podría recuperar el sueño perdido.

Fue hacia el armario empotrado y encontró el *blazer* donde Richard le había dicho que buscara. Aún colgaba una etiqueta de una de las mangas; Sloat lo había mandado desde Nueva York, pero Richard no se lo había puesto. Como la camisa, el *blazer* era una talla demasiado pequeña para Jack y le iba demasiado justa de hombros, pero el corte era amplio y las mangas de la camisa blanca sólo sobresalían un centímetro.

Sacó una corbata del armario: rojo con un dibujo de anclas azules. Se la puso alrededor del cuello y la anudó laboriosamente. Entonces se miró al espejo y soltó una carcajada al ver que lo había conseguido por fin. Contempló el bonito *blazer* nuevo, la corbata de club, la nivea camisa y sus arrugados vaqueros. Era él. Era un estudiante de escuela, preparatoria.

2

Jack vio que Richard se había convertido en un admirador de John McPhee y Lewis Thomas y Stephen Jay Gould. Cogió *El pulgar del panda* de la hilera de libros de Richard porque le gustó el título y volvió a la cama.

Richard tardó muchísimo en volver del partido de baloncesto. Jack paseaba arriba y abajo del reducido cuarto. No podía imaginar qué impedía a Richard volver a su habitación, pero su imaginación le sugería una catástrofe tras otra.

Después de mirar el reloj cinco o seis veces, Jack se dio cuenta de que no se veía a ningún estudiante en el campus.

Lo que pudiese haber sucedido a Richard, debía haber afectado a la escuela entera.

La tarde tocaba a su fin. Pensó que Richard podía estar muerto. La entera escuela Thayer podía estar muerta… y él era un portador de plagas, un mensajero de la muerte. No había comido nada en todo el día después del pollo que Richard le trajera del comedor, pero no sentía hambre. Una gran pesadumbre le acongojaba. Llevaba la destrucción adondequiera que fuese.

3

De pronto oyó pasos en el pasillo.

En el piso de encima volvió a sonar el ritmo pesado de un contrabajo y reconoció una vez más un disco de los Blue Oyster Cult. Los pasos se detuvieron ante su puerta y Jack corrió a abrirla.

Richard estaba en el umbral. Dos muchachos rubios con corbatas cortas miraron hacia dentro y se alejaron por el pasillo. La música de rock era mucho más audible en el pasillo.

—¿Dónde has estado toda la tarde? —inquirió Jack.

—Bueno, ha sido algo misterioso —contestó Richard—. Han suspendido todas las clases. El señor Dufrey no ha permitido siquiera que los chicos volvieran a sus armarios. Y entonces todos hemos tenido que ir a jugar a baloncesto y esto ha sido aún más misterioso.

—¿Quién es el señor Dufrey? Richard le miró con asombro.

—¿Que quién es el señor Dufrey? Es el director. ¿No sabes nada de esta

escuela?

—No, pero ya voy teniendo una idea —contestó Jack—. ¿Qué ha sido misterioso en el baloncesto?

—¿Recuerdas que antes te he dicho que el entrenador Frazer nos enviaba a un amigo para ocupar hoy su puesto? Como nos dijo que todos seríamos castigados con vueltas a la pista si no cumplíamos, pensé que su amigo sería un tipo estilo Al Maguire, ya sabes, competente y severo. La escuela Thayer no tiene una tradición atlética muy buena. De todos modos, creía que su sustituto sería alguien especial.

—Déjame adivinarlo. El nuevo entrenador tenía aspecto de no haber hecho nunca deporte.

Richard levantó el mentón, sorprendido.

—Exacto —dijo—, has acertado. —Miró intrigado a Jack—. Fumaba todo el rato y *sus* cabellos eran largos y grasientos… no se parecía en nada a un entrenador. Si he de ser sincero, tenía aspecto de ser todo lo que los entrenadores censuran. Incluso sus ojos eran extraños. Apuesto algo a que fuma porros. —Richard se estiró el suéter—. Creo que no sabía nada sobre baloncesto. Ni siquiera nos ha hecho jugar como solemos hacer después del período de calentamiento. Hemos corrido y encestado, mientras él nos gritaba, riendo, como si ver jugar a baloncesto fuera lo más ridículo que había visto en su vida. ¿Has conocido alguna vez a un entrenador que encontrara ridículo el deporte? Incluso el período de calentamiento ha sido extraño. Sólo ha dicho: «Está bien, haced algunas planchas», sin dejar de fumar. Ni recuento, ni cadencia, todos yendo cada uno por su lado. Después ha dicho:

«Está bien, corred un poco.» Parecía… realmente ajeno a todo. Creo que voy a quejarme al entrenador Frazer mañana.

—Yo no me quejaría a él ni al director —dijo Jack.

—Oh, comprendo —replicó Richard—. El señor *Dufrey* es uno de ellos. Un habitante de los Territorios.

—O trabaja para ellos —sugirió Jack.

—¿No ves que podrías incluir *cualquier cosa en* esta historia?

¿Cualquier cosa anormal? Es demasiado fácil… todo podrías explicarlo de esta manera. En esto consiste la locura: estableces conexiones que no son reales.

—Y ves cosas que no existen.

Richard se encogió de hombros y pese al desenfado del gesto, su expresión era preocupada.

—Tú lo has dicho.

—Espera un momento —dijo Jack—. ¿Recuerdas que te hablé de un edificio que se derrumbó en Angola, Nueva York?

—Las Rainbird Towers.

—Vaya memorión. Creo que el accidente fue culpa mía.

—Jack, estás…

—Loco, ya lo sé —replicó Jack—. Escucha, ¿me silbaría alguien si saliéramos a ver el telediario?

—Lo dudo. La mayoría de chicos están estudiando ahora. ¿Por qué?

Porque quiero saber qué ha ocurrido aquí, pensó Jack, pero no lo dijo. *Pequeños incendios, bonitos terremotos… señales de su venida. En busca de mí. En busca de nosotros.*

—Necesito un cambio de aires, Richard, viejo compinche —dijo Jack y siguió a Richard por el pasillo de un verde acuático.

Capítulo 31

THAYER SE CONVIERTE EN UN INFIERNO

1

Jack fue el primero en advertir el cambio y reconocer lo ocurrido; había sucedido antes, mientras Richard estaba ausente, y ya era sensible a ello.

Había desaparecido el estridente ruido del *Vampiro tatuado* del Blue Oyster Cult. El televisor de la sala de estar, que emitía un episodio de los *Héroes de Hogar* en vez del telediario, había enmudecido.

Richard se volvió hacia Jack, abriendo la boca para hablar.

—No me gusta, Gridley —se le adelantó Jack—. Los tambores nativos han callado. Hay demasiado silencio.

—Ja, ja —murmuró Richard.

—Richard, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, claro.

—¿Tienes miedo?

La expresión de Richard decía que le habría gustado por encima de todo poder decir: No, *claro que no; siempre hay silencio en Nelson House a esta hora de la tarde*. Por desgracia, Richard era totalmente incapaz de decir una mentira. El querido y viejo Richard. Jack sintió una oleada de afecto.

—Sí —contestó Richard—, tengo un poco de miedo.

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

—Supongo que sí.

—¿Por qué estamos cuchicheando?

Richard le miró mucho rato sin decir nada y de pronto volvió a enfilar el pasillo verde.

Las puertas de las otras habitaciones que daban al pasillo estaban entornadas o abiertas. Jack percibió un olor muy familiar saliendo por la puerta entreabierta de la suite 4 y empujó la puerta con dedos rígidos.

—¿Cuál de ellos es el fumador de marihuana? —inquirió Jack.

—¿Qué? —preguntó Richard, desorientado. Jack aspiró con fuerza.

—¿Lo hueles?

Richard se acercó y asomó a la habitación. Ambas lámparas de estudio estaban encendidas. En una mesa había un libro abierto de historia y un ejemplar de *Heavy Metal* en la otra. Carteles decoraban las paredes: la Costa del Sol, Frodo y Sam corriendo por las llanuras humeantes y resquebrajadas de Mordor en dirección al castillo de Sauron, Eddie Van Halen. Sobre el ejemplar abierto de *Heavy Metal* reposaban unos auriculares que emitían pequeños y metálicos chirridos de música.

—Si pueden expulsarte por dejar que un amigo duerma bajo tu cama, dudo de que se limiten a darte una palmadita en el hombro por fumar marihuana —observó Jack.

—Te expulsan por ello, naturalmente. —Richard miraba el porro como hipnotizado y Jack pensó que parecía más escandalizado y perplejo que en cualquier otro momento de su vida, incluso más que cuando Jack le había enseñado las cicatrices de las quemaduras entre sus dedos.

—Nelson House está vacía —dijo Jack.

—¡No seas ridículo! —La voz de Richard era aguda.

—Es cierto. —Jack indicó el vestíbulo con un ademán—. Somos los únicos que quedamos. Y no es posible sacar a unos treinta muchachos de un dormitorio sin que se oiga. No se han ido; han desaparecido.

—Saltado a los Territorios, supongo.

—Lo ignoro —dijo Jack—. Tal vez siguen aquí, pero a un nivel un poco diferente. Tal vez están allí. Tal vez en Cleveland. Pero aquí con nosotros no están.

—Cierra esa puerta —dijo bruscamente Richard y, como Jack no se movió con la rapidez que él deseaba, la cerró él mismo.

—¿No quieres apagar el…?

—Ni siquiera puedo tocarlo —replicó Richard—. Sé que debería denunciarlos a ambos al señor Haywood.

—¿Lo harías? —preguntó Jack, fascinado. Richard pareció arrepentirse.

—No… probablemente no —dijo—, pero no me gusta.

—No es ordenado —apuntó Jack.

—Eso. —Los ojos de Richard centellearon detrás de sus gafas, diciéndole que era eso precisamente, que había dado en el clavo y que si no le gustaba, tendría que aguantarse. Volvió a caminar por el pasillo—. Quiero saber *qué* ocurre aquí —añadió— y, créeme, voy a averiguarlo.

Esto podría ser más peligroso para tu salud que la marihuana, Richie, muchacho, pensó Jack, siguiendo a su amigo.

2

Se quedaron en la sala de estar, mirando hacia afuera. Richard señaló el cuadrángulo de césped. A la luz moribunda del día, Jack vio un grupo de chicos reunidos en tomo a la estatua de bronce verdoso de Elder Thayer.

—¡Están fumando! —gritó, airado, Richard—. *[Fumando* en pleno cuadrángulo!

Jack recordó inmediatamente el olor de porro en el pasillo de Richard.

—En efecto, están fumando —dijo— y no precisamente los cigarrillos que se sacan de una máquina.

Richard golpeó el cristal con los nudillos, muy enfadado. Jack vio que ya había olvidado la fantasmal soledad de su dormitorio, olvidado al falso entrenador vestido con chaqueta de cuero y fumando en cadena, olvidado la aparente aberración mental de Jack. La expresión escandalizada de Richard decía: *Cuando un grupo de chicos se reúnen así, fumando porros en torno a la estatua del fundador de esta escuela, es como si alguien intentara decirme que la tierra es plana o que los números primos son divisibles por dos o algo*

igualmente absurdo.

Jack se compadeció de su amigo, pero también admiró una actitud que debía antojarse muy reaccionaria e incluso excéntrica a sus condiscípulos. Se preguntó de nuevo si Richard podría soportar los sobresaltos que tal vez :e esperaban.

—Richard —dijo—, esos chicos no son de Thayer, ¿verdad?

—Dios mío, desde luego te has vuelto loco, Jack. Son alumnos de último curso. Los conozco a todos. Aquel que lleva esa ridícula gorra de cuero es Norrington. El del chal verde es Buckley. Veo a Garson… Littlefield… y el de la bufanda es Etheridge —enumeró.

—¿Estás *seguro* de que es Etheridge?

—*¡Claro que es él!* —gritó Richard. De repente abrió la ventana, la subió hasta arriba y se asomó al aire frío. Jack tiró de él.

—Richard, por favor, escucha…

Richard no quería escuchar. Dio la espalda a Jack y se asomó al glacial crepúsculo.

—*¡Eh!*

No, no llames su atención, Richard, por el amor de Dios… —¡Eh, muchachos! ¡Etheridge! ¡Norrington! ¡Littiefield! ¿Qué diablos hacéis ahí fuera?

La charla y las carcajadas se interrumpieron. El tipo que llevaba la bufanda de Etheridge se volvió al oír la voz de Richard e inclinó un poco la cabeza para mirarlos. Las luces de la biblioteca y el resplandor sombrío del crepúsculo invernal iluminaron su rostro. Richard se llevó las manos a la boca.

La mitad derecha de la cara se parecía un poco a Etheridge… a un Etheridge mayor, a un Etheridge que había estado en muchos lugares adonde los chicos bien educados de la escuela preparatoria no debían ir y hecho muchas cosas que los chicos bien educados no debían hacer. La otra mitad era una retorcida masa de cicatrices. Una brillante media luna que podía haber sido un ojo atisbaba desde un cráter de la masa carnosa que se amontonaba debajo de la frente. Parecía una canica introducida hasta el fondo de un charco de sebo medio derretido. Un único y largo colmillo salía por la comisura izquierda de la boca.

Es su Gemelo —pensó Jack con tranquila certidumbre—, *es el Gemelo de Etheridge. ¿Serán todos Gemelos? ¿El Gemelo de Littiefield, el Gemelo de Norrington, el Gemelo de Buckiey, etcétera, etcétera? No puede ser… ¿o sí?*

—¡Sloat! —gritó aquello llamado Etheridge, dando dos pasos en dirección a

Nelson House. El resplandor de los faroles de la avenida caía ahora directamente sobre su rostro desfigurado.

—Cierra la ventana —susurró Richard—, cierra la ventana. Me he equivocado, se parece a Etheridge pero no es él, quizá es su hermano mayor, quizá alguien le derramó ácido de batería en la cara y ahora está loco, pero no es Etheridge *así que cierra la ventana Jack ciérrala en se…*

Abajo, aquello llamado Etheridge se acercó otro paso, sonriendo. La lengua, horriblemente larga, le caía de la boca como un barquillo desenrollado.

—¡Sloat! —gritó—. ¡Entréganos a tu pasajero!

Jack y Richard se volvieron de un salto y se miraron con expresión de alarma.

Un aullido tembló en la noche… porque ya era de *noche;* el crepúsculo le había cedido el paso.

Richard miró a Jack y por un momento Jack vio algo parecido al odio en los ojos del otro muchacho… un destello de su padre. *¿Por qué has tenido que venir aquí, Jack? ¿Por qué? ¿Por qué has tenido que meterme en este lío? ¿Por qué me has traído todas estas malditas fantasías de Seabrook Island?*

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Jack en voz baja. Durante un segundo, la mirada de cólera hostil permaneció en los ojos de Richard, pero en seguida fue sustituida por la antigua bondad de su amigo.

—No —dijo, pasándose las manos trémulas por los cabellos—, no, tú no te irás a ninguna parte. Hay… hay perros salvajes ahí fuera. ¡Perros salvajes, Jack, en el campus de Thayer! Quiero decir… ¿los has visto?

—Sí, los he visto, Richie, muchacho —respondió Jack en voz baja, mientras Richard volvía a pasarse las manos por los cabellos, despeinándolos y enredándolos cada vez más. El pulcro y ordenado amigo de Jack empezaba a parecerse un poco al primo amable y un poco loco del Pato Donald, el inventor Eugenio.

—Llamar a Boynton, de seguridad, esto es lo que debo hacer —dijo Richard —. Llamar a Boynton o a la policía urbana o…

Se elevó un aullido entre los árboles del otro extremo del cuadrángulo, donde reinaba la oscuridad… un aullido tembloroso y penetrante que era casi humano. Richard miró hacia allí, con la boca contraída como la de un viejo enfermo, y luego dirigió a Jack una mirada suplicante.

—Cierra la ventana, ¿quieres, Jack? Me siento febril. Creo que me he resfriado.

—En seguida, Richard —dijo Jack, cerrándola, dejando fuera el aullido lo mejor que pudo.

Capítulo 32

¡HAZ SALIR A TU PASAJERO!

1

—Ayúdame con esto, Richard —gruñó Jack.

—No quiero mover el escritorio, Jack —dijo Richard con voz infantil y petulante. Sus ojeras oscuras eran aún más pronunciadas ahora, después de estar en la sala—. Ése no es su sitio.

Fuera, en el césped, aquel aullido resonó otra vez en el aire.

La cama estaba delante de la puerta. La habitación de Richard no parecía la misma. Richard se quedó mirando a su alrededor, parpadeando; luego fue hacia su cama y tiró de las mantas. Alargó una a Jack sin hablar y extendió la otra en el suelo. Se sacó del bolsillo la moneda suelta y la cartera y lo dejó todo con mucho orden sobre el escritorio. Entonces se acostó en medio de la manta, se envolvió con ella y permaneció así en el suelo, con las gafas puestas y una expresión de angustia silenciosa en el rostro.

El silencio del exterior era denso y fantasmal, sólo interrumpido por el distante rumor de los camiones en la autopista. En Nelson House reinaba un silencio pavoroso.

—No quiero hablar de lo que hay fuera —dijo Richard—. Quiero olvidarlo.

—Está bien, Richard —asintió Jack—, no hablaremos de ello.

—Buenas noches, Jack.

—Buenas noches, Richard.

Richard le dirigió una sonrisa leve y muy cansada; sin embargo, había en ella la suficiente cordialidad para caldear y emocionar el corazón de Jack.

—Aún me alegro de que hayas venido —dijo Richard—; ya hablaremos de todo esto por la mañana. Estoy seguro de que entonces tendrá más sentido; la fiebre de ahora ya habrá pasado.

Richard se volvió sobre el costado derecho y cerró los ojos. Cinco minutos después, a pesar de la dureza del suelo, dormía profundamente.

Jack se incorporó y estuvo sentado mucho rato, mirando hacia la oscuridad. A veces veía los faros de los coches que circulaban por la avenida Springfield; otras, tanto los faros como los faroles daban la impresión de desaparecer, como si toda la Escuela Thayer se escapara de la realidad y quedase suspendida en el limbo antes de reaparecer una vez más.

Se levantaba un poco de viento. Jack lo oía susurrar entre las últimas hojas heladas de los árboles del patio; lo oía entre las ramas, que chocaban como si fueran huesos, y ulular fríamente en los espacios que separaban los edificios.

2

—Ese tipo se acerca —dijo Jack con voz tensa. Había pasado aproximadamente una hora—. El Gemelo de Etheridge. —¿Quéeeeeee?

—No importa. Duerme. Es mejor que no le veas.

Pero Richard ya se incorporaba. Antes de que su mirada pudiera posarse en la forma contrahecha que caminaba hacia Nelson House, el campus se la tragó. Richard tuvo un profundo sobresalto y se asustó mucho.

La hiedra de Monkton Fieldhouse, que aquella misma mañana era escasa pero todavía de color verde pálido, se había vuelto fea y amarilla. *¡Sloat! ¡Entréganos a tu pasajero!*

De improviso, lo único que deseó Richard fue conciliar de nuevo el sueño, dormir hasta que su gripe se hubiese curado del todo (se había despertado con la convicción de que *debía* ser la gripe, no sólo un enfriamiento o un poco de

fiebre, sino un auténtico caso de gripe), la gripe y la fiebre que le producían unas alucinaciones tan horrendas y retorcidas. Jamás debió asomarse a aquella ventana abierta… o permitir antes que Jack entrara por ella en su habitación. Richard pensó esto y se avergonzó en seguida y profundamente de sí mismo.

3

Jack lunzó una rápida mirada de soslayo a Richard, pero el pálido semblante y los ojos saltones le sugirieron que su amigo se alejaba cada vez más hacia el País Mágico de la Sobrecarga.

Aquello que estaba fuera era bajo. De pie sobre la hierba blanqueada por la escarcha, parecía un gnomo salido de debajo de un puente; sus manos de garras largas le colgaban casi hasta las rodillas. Llevaba un abrigo militar con capuchón y el nombre ETHERIDGE estarcido sobre el bolsillo izquierdo, que le pendía abierto, a los lados, y debajo una camisa de franela arrugada y rota, con una mancha que podía ser sangre o vómito. Lucía una raída corbata azul de reps con diminutas Es mayúsculas tejidas en la tela, y clavadas en ella sobresalían como grotescos alfileres de corbata dos espinas de cardo.

Sólo la mitad de este nuevo rostro de Etheridge expresaba algo. Llevaba suciedad en el pelo y hojas en la ropa.

—*¡Sloat! ¡Entréganos a tu pasajero!*

Jack miró de nuevo al monstruoso Gemelo de Etheridge, cuyos ojos, que parecían vibrar en las órbitas como diapasones, le captaron y retuvieron. Necesitó hacer un esfuerzo para desviar la vista.

—¡Richard! —murmuró—. No lo mires a los ojos. Richard no contestó; miraba con fijeza a la sonriente versión de gnomo de Etheridge con un interés trémulo y fascinado. Lleno de temor, Jack golpeó con el hombro a su amigo.

—Oh —musitó Richard. Agarró de pronto la mano de Jack y se la llevó a la frente—. ¿Cuánta fiebre crees que tengo? —preguntó.

Jack apartó la mano de la frente de Richard, que estaba un poco caliente, pero no mucho.

—Bastante —mintió.

—Lo sabía —dijo Richard con verdadero alivio—. Tendré que ir a la enfermería en seguida, Jack. Creo que necesito un antibiótico.

—*¡Entréganoslo, Sloat!*

—Pongamos el escritorio delante de la ventana —dijo Jack.

—*¡Estás en peligro, Sloat!* —gritó Etheridge, sonriendo de modo tranquilizador, por lo menos la mitad derecha de su cara, ya que la izquierda continuaba siendo la de un cadáver.

—¿Cómo puede parecerse tanto a Etheridge? —preguntó Richard con una calma extraña e inquietante—. ¿Cómo puede atravesar su voz el cristal con tanta claridad? ¿Qué le pasa a su cara? —Y a continuación formuló una última pregunta con la voz más aguda y con su anterior congoja, porque se trataba de una pregunta que de momento parecía ser la más vital, por lo menos para Richard Sloat—: *¿De dónde ha sacado la corbata de Etheridge, Jack?*

—No lo sé —respondió éste. *Volvemos a estar en Seabrook Island, Richie, muchacho, y creo que la bailaremos hasta que vomites.—¡Entréganoslo, Sloat, o entraremos a cogerlo!* Aquello llamado Etheridge enseñó su único colmillo en una feroz sonrisa de caníbal.

—*¡Haz salir a tu pasajero, Sloat, está muerto! ¡Está muerto y si no le haces salir pronto, lo olerás cuando empiece a apestar!*

—¡Ayúdame a mover el condenado escritorio! —silbó Jack.

—Sí —dijo Richard—, sí, ya voy. Cambiaremos de sitio el escritorio y después me echaré y quizá más tarde vaya a la enfermería. ¿Qué opinas, Jack? ¿Qué te parece? ¿Es un buen plan? —Su rostro suplicaba a Jack que dijera que era un buen plan.

—Ya veremos —respondió Jack—. Lo primero es lo primero. El escritorio. Podrían lanzar piedras.

4

Poco después, Richard empezó a murmurar y gemir en sueños, pues había vuelto a quedarse dormido. Esto era malo, pero luego le brotaron lágrimas de los ojos, lo cual fue peor.

—No puedo renunciar a él —gimió Richard con la voz llorosa y vacilante de un niño de cinco años—. No puedo renunciar a él, necesito a papá, por favor, que alguien me diga dónde ésta papá, entró en el armario empotrado pero ya no está allí, necesito a papá, dime dónde está, te lo ruego…

Entró una piedra rompiendo el cristal de la ventana. Jack profirió un grito.

Rebotó contra la parte trasera del escritorio y trozos de cristal volaron a derecha e izquierda del mueble colocado delante de la ventana y se hicieron trizas al caer al suelo.

—*¡Entréganos a tu pasajero, Sloat!*

—No puedo —gimió Richard, retorciéndose debajo de la manta.

—*¡Entréganoslo!* —otra voz ululante y burlona gritó desde fuera—. *¡Lo llevaremos de nuevo a Seabrook Island, Richard! ¡A Seabrook Island, que es su sitio!*

Otra piedra. Jack se agachó instintivamente, aunque también ésta rebotó contra el escritorio. Unos perros aullaron, ladraron y gañeron.

—Nada de Seabrook Island —murmuró Richard en sueños—. ¿Dónde está mi papá? ¿Quiero que salga de ese armario! Por favor, *por favor, nada de fantasías de Seabrook Island, por FAVOR…*

Entonces Jack se arrodilló y sacudió a Richard con todas sus fuerzas, diciéndole que se despertara, que era sólo un sueño, que se despertara, por el amor de Dios… *¡Vamos, despiértate!*

—Por favor-por favor-por favor. —Un coro de voces roncas e inhumanas se elevó fuera. Sonaban como un coro de monstruos de la *Isla del doctor Moreau* de Wells.

—*¡Despierrta, despierrta, despierrta!* —contestó un segundo coro.

Los perros aullaban.

Volaron más piedras, rompiendo más cristal de la ventana, golpeando el escritorio y haciéndolo tambalear.

—¡PAPA ESTÁ EN EL ARMARIO! —gritó Richard—. ¡PAPA, SAL, SAL, POR FAVOR, TENGO MIEDO!

—*¡Por favor-por favor-por favor!*

—*Despierrta-despierrta-despierrta!*

Las manos de Richard se agitaban en el aire.

Las piedras seguían cayendo contra el escritorio y Jack pensó que pronto

lanzarían una lo bastante grande para agujerear el mueble barato o sencillamente volcarlo encima de ellos.

Fuera reían, chillaban y cantaban con sus horribles voces de gnomo. Los perros —manadas enteras, según parecía ahora— aullaban y gruñían.

—¡PAPAAAAAAAAAA…! —chilló Richard con una voz estremecedora.

Jack le propinó una bofetada.

Los ojos de Richard se abrieron de repente. Miró fijamente a Jack durante unos segundos, sin conocerle, como si el sueno le hubiese arrebatado la cordura. Luego inspiró con fuerza y exhaló un suspiro.

—Una pesadilla —dijo—, supongo que causada por la fiebre. Horrible. ¡Pero no puedo recordarla con exactitud! —añadió bruscamente, como temeroso de que Jack se lo preguntara en cualquier momento.

—Richard, quiero que salgamos de esta habitación —dijo Jack.

—¿Fuera de esta…? —Richard miró a Jack como si estuviera loco—. No puedo salir, Jack. Tengo fiebre… por lo menos treinta y ocho tres, aunque podrían ser treinta y ocho cuatro o cinco. No puedo…

—Tienes una décima de fiebre como máximo, Richard —replicó con calma Jack—, y es probable que ni eso…

—¡Estoy ardiendo! —protestó Richard.

—Nos están lanzando piedras, Richard.

—Las alucinaciones no pueden lanzar piedras, Jack —dijo Richard, como explicando un hecho sencillo pero vital a un disminuido psíquico—. Son fantasías de Seabrook Island y…

Otra lluvia de piedras entró por la ventana.

—*¡Haz. salir a tu pasajero, Sloat!*

—Vamos, Richard —dijo Jack, levantando a su amigo y conduciéndole a la puerta y al pasillo. Ahora sentía una tremenda lástima de Richard… quizá no tanta como había sentido de Lobo… pero casi.

—No… enfermo… fiebre… no puedo…

Más piedras se estrellaron contra el escritorio, a sus espaldas.

Richard gritó y se agarró a Jack como un náufrago.

Una risa cascada y salvaje desde fuera. Los perros aullaban,

luchando entre sí.

Jack vio que el semblante pálido de Richard palidecía aún más, le vio

tambalearse y reaccionó en seguida, aunque no estuvo a tiempo de coger a Richard antes de que se desplomara en el umbral de Reuel Gardener.

5

Era un simple desmayo y Richard volvió en sí cuando Jack le pellizcó con el pulgar y el índice a través de la delgada tela. No quería hablar de lo que ocurría fuera; de hecho, fingía ignorar de qué le hablaba Jack.

Avanzaron con cautela por el pasillo en dirección a la escalera. Jack se asomó a la sala de estar y silbó:

—¡Richard, mira esto!

Richard se asomó de mala gana. La sala estaba patas acriba. Los almohadones del sofá habían sido rasgados con un cuchillo. El retrato al óleo de Eider Thayer, que pendía de la pared opuesta, estaba desfigurado: alguien había dibujado con rotulador unos cuernos de diablo sobre sus cabellos blancos, otro añadido un bigote bajo la nariz y un tercero rascado con una lima u otro utensilio similar un tosco falo entre sus piernas. El cristal de la vitrina de trofeos estaba destrozado.

A Jack no le gustó nada la expresión de horror fascinado e incrédulo patente en el rostro de Jack. En cierto modo, si duendes o regimientos de dragones extraterrestres hubieran invadido los pasillos y el césped habrían afectado menos a Richard que esta constante erosión de la escuela Thayer que había llegado a conocer y amar… la escuela Thayer que Richard consideraba sin duda noble y excelente, un baluarte incontestable contra un mundo en el que uno no podía confiar mucho tiempo… y en el que incluso, pensó Jack, los padres no salían de los armarios donde se habían metido.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó, airado, Richard—. Esos monstruos, claro —se contestó a sí mismo—, han sido ellos. —Miró a Jack y una duda grande y difusa empezó a dibujarse en su rostro—. Podrían ser colombianos —dijo de repente—, podrían ser colombianos y esto una especie de guerra por la droga. ¿Se te ha ocurrido esto, Jack?

Jack tuvo que luchar contra una risa incontenible que pugnaba por salir de su

garganta. Ésta era una explicación que tal vez sólo Richard Sloat podía haber imaginado. Eran los colombianos. Las guerrillas de la cocaína habían llegado hasta la escuela Thayer de Springfield, Illinois. Elemental, mi querido Watson; este problema tenía una solución del siete y medio por ciento.

—Supongo que todo es posible —dijo Jack—. Echemos una mirada al piso de arriba.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Bueno… podríamos encontrar a alguien más —sugirió Jack. No lo creía, en realidad; era un pretexto—. Quizá haya alguien escondido, alguien normal como nosotros.

Richard miró a Jack y luego el desorden de la sala de estar y en su rostro volvió a aparecer aquella expresión de dolor, aquella mirada que decía: *En realidad no quiero mirar esto pero por alguna razón parece ser lo único que QUIERO mirar; es algo odioso y compulsivo, como morder un limón, arañar una pizarra con las uñas o pasar un tenedor por la porcelana de un fregadero.*

—Las drogas abundan en el país —dijo en un extraño tono de sala de conferencias—. La semana pasada leí un artículo en *The New Rcpublic* sobre la proliferación de las drogas. ¡Jack, todos esos chicos de ahí fuera podrían estar drogados! ¡Podrían estar en un trip! ¡Podrían…!

—Vamos, Richard —dijo Jack en voz baja.

—No estoy seguro de poder subir escaleras —protestó Richard, con voz quejumbrosa—. Quizá tengo demasiada fiebre para subir escaleras.

—Vamos, inténtalo como un deportista de Thayer —le animó Jack y continuó guiándole en aquella dirección.

6

Cuando llegaron al rellano del segundo piso, el sonido volvió a invadir el silencio suave y casi expectante que remaba en el interior de Nelson House.

Fuera gruñían y ladraban tos perros… y daba la impresión de que ahora no eran docenas, sino centenares. Las campanas de la capilla empezaron a tañer sin orden ni concierto.

Las campanas hicieron correr a los perros por la hierba como si estuvieran locos. Se atacaban, se revolcaban sobre el césped —que ya se veía lleno de malas hierbas, seco y descuidado— y mordían todo lo que tenían al alcance de sus hocicos. Jack vio a uno de ellos atacar a un olmo y a otro ¡anzarse contra la estatua de Elmer Thayer. Cuando el hocico abierto chocó con el sólido bronce, brotó un hilo y después un chorro de sangre.

Jack desvió la mirada, vencido por el asco.

—Vamonos, Richard —dijo.

Richard le siguió de buen grado.

7

El segundo piso era un confuso montón de muebles derribados, ventanas rotas, puñados de borra, discos que al parecer habían sido lanzados como pelotas, prendas de vestir diseminadas por doquier.

El tercer piso estaba lleno de vapor y húmedo como una selva tropical. Cuando se acercaron a la puerta marcada DUCHAS, el calor adquirió niveles de sauna. El vapor que acababan de ver bajar por las escaleras en finas guedejas era aquí espeso y opaco.

—Quédate aquí —dijo Jack—. Espérame.

—Muy bien, Jack —respondió Richard con voz serena, levantando la voz para ser oído por encima del chorro de las duchas. Los cristales de sus gafas estaban empañados, pero no hizo nada para limpiarlos.

Jack empujó la puerta y entró. El calor era agobiante. La ropa le quedó inmediatamente empapada de sudor y caliente humedad. La habitación revestida de azulejos retumbaba por el fragor del agua. Los grifos de las veinte duchas estaban abiertos y las veinte habían sido inclinadas hacia una pila de prendas deportivas amontonadas en el centro de la habitación. El agua se filtraba a través de la ropa, pero con lentitud, por lo que el suelo estaba inundado. Jack se descalzó y rodeó la habitación, deslizándose por detrás de las duchas para mantenerse lo más seco posible y también para no escaldarse: quienquiera que había abierto los grifos no había tocado los del agua fría. Los cerró todos, uno

tras otro. No tenía ninguna razón para hacer esto, ninguna, en absoluto, y se reprochó a sí mismo semejante pérdida de tiempo cuando podía pensar en un sistema para salir los dos de aquí —de Nelson House y de la escuela Thayer— antes de que las cosas empeoraran.

No tenía ninguna razón, pero quizá Richard no era el único que necesitaba poner un poco de orden en este caos… poner orden y mantenerlo.

Volvió al pasillo y Richard había desaparecido.

—¿Richard? —Podía oír su corazón martilleando en su pecho. No hubo respuesta.

—¡Richard!

El olor de colonia derramada flotaba en el aire, denso y pesado.

—¡Richard! ¿Dónde diablos estás?

La mano de Richard cayó sobre su hombro y Jack profirió un grito.

8

—No sé por qué tenías que gritar de aquel modo —dijo más tarde Richard—. Sólo era yo.

—Estoy nervioso —contestó Jack con un hilo de voz. Estaban sentados en una habitación del tercer piso perteneciente a un chico que tenía el armonioso nombre de Albert Humbert. Richard le contó que Albert Humbert, que respondía al apodo de Albert el Glóbulo, era el chico más grueso de la escuela y Jack lo creyó en seguida; su habitación contenía una asombrosa cantidad de comida; era el cuarto de un muchacho cuya peor pesadilla no es ser expulsado de! equipo de baloncesto o suspender un examen de trigonometría, sino despertarse por la noche y no encontrar a mano una bolsa de palomitas o pastillas de altea o una caja de maní. Gran parle de estas cosas yacían esparcidas por el suelo. El tarro de crista] que contenía caramelos estaba roto, pero a Jack nunca le habían entusiasmado los caramelos.

También pasaba de regaliz, que Albert el Glóbulo guardaba en una caja en el estante superior del armario. Escrito en la lengüeta de la caja de cartón se leía: *Feliz cumpleaños, cariño, de tu Mamá.*

Algunas mamas cariñosas envían cartones de regaliz, y algunos papas cariñosos envían blazers de Brooks Brothers —pensó Jack— *y si hay alguna diferencia, sólo Jason sabe cual es.*

Encontraron la comida suficiente en el cuarto de Albert el Glóbulo para prepararse un absurdo manjar: palitos de queso, rodajas de pepperoni y patatas *chip*. Ahora estaban terminando un paquete de galletas. Jack había recuperado del pasillo la silla de Albert y estaba sentado junto a la ventana. Richard se había aposentado en la cama de Albert.

—Pues sí, estás nervioso —asintió Richard, moviendo la cabeza para rechazar la última galleta ofrecida por Jack—. Paranoico, en realidad. Esto es por dos meses en la carretera. Estarás bien cuando vuelvas a casa al lado de tu madre, Jack.

—Richard —dijo Jack, tirando el paquete vacío—, no digamos más tonterías. ¿Has *visto* lo que ocurre en tu campus? Richard se humedeció los labios.

—Ya te lo he *explicado* —contestó—. Tengo fiebre. Probablemente no ocurre nada y si ocurre algo, son cosas perfectamente normales que mi mente está deformando o exagerando. Ésta es una posibilidad. La otra es… bueno… drogadictos.

Richard se inclinó hacia delante sobre la cama de Albert el Glóbulo.

—No habrás hecho experimentos con drogas, ¿verdad, Jack?

Quiero decir, mientras estabas en la carretera. —La antigua luz incisiva e inteligente volvió a encenderse de pronto en los OJOS de Richard. *Es una explicación posible, una solución posible de esta locura* —decían sus ojos—. *Jack se ha liado con un grupo de drogadictos y todos le han seguido hasta aquí.*

—No —contestó Jack, cansado—. Siempre pensé en tí como el maestro de la realidad, Richard. Jamás creí que llegaría unidla en que te vería ¡a ti!, usar tu cerebro para tergiversar los hechos.

—Jack, eso es una tontería… ¡y tú lo sabes!

—¿Guerras de drogas en Springfield, Illinois? —inquinó Jack—. ¿Quién habla ahora de fantasías de Seabrook Island?

Y en aquel momento una piedra rompió la ventana de Albert Humbert, diseminando trozos de cristal por todo el suelo.

Capítulo 33

RICHARD EN LA OSCURIDAD

1

Richard gritó y levantó un brazo para protegerse la cara. Volaron trozos de cristal.

—*¡Hazle salir, Sloat!*

Jack se levantó, dominado por una cólera sorda. Richard le agarró el brazo.

—¡Jack, no! ¡Apártate de la ventana!

—Maldita sea —casi rugió Jack—, estoy harto de que hablen de mí como si fuera una pizza.

Aquello llamado Etheridge estaba al otro lado de la avenida, en la acera del cuadrángulo, mirándoles.

—¡Márchate de aquí! —le gritó Jack. Una repentina inspiración le cruzó la mente como un relámpago. Titubeó y después chilló—:

¡Os ordeno que os vayáis! ¡Tú y todos vosotros! ¡Os lo ordeno en nombre de mi madre, la Reina!

Aquello llamado Etheridge se echó atrás como si alguien hubiera usado un látigo para marcarle la cara.

Pero en seguida la expresión de dolida sorpresa desapareció y aquello llamado Etheridge empezó a sonreír.

—¡Está muerta, Sawyer! —gritó, pero al parecer la vista de Jack se había agudizado durante aquel tiempo en la carretera y captó la expresión de nerviosa inseguridad bajo el simulado triunfo—. La Reina Laura ha muerto y tu madre también ha muerto… en New Hampshire… ¡están muertas y *apestan*!

—*¡Marchaos!* —vociferó Jack y tuvo la impresión de que aquello llamado Etheridge volvía a retroceder, lleno de furia impotente. Richard se había acercado a la ventana, pálido y aturdido.

—¿De qué habláis vosotros dos? —preguntó. Miró fijamente a la grotesca figura de abajo—. ¿Cómo sabe Etheridge que tu madre está en New Hampshire?

—*¡Sloat!* —gritó aquello llamado Etheridge—. *¿Dónde está tu corbata?*

Un espasmo de culpabilidad contrajo el rostro de Richard, que se llevó las manos trémulas al escote de su camisa abierta.

—*¡Lo dejaremos pasar por esta vez si haces salir a tu pasajero, Sloat!* —chilló aquello llamado Etheridge—. ¡Si le haces salir, todo volverá a ser como antes! Lo deseas, ¿verdad?

Richard miraba fijamente a aquello llamado Etheridge —y Jack estaba seguro— asintiendo sin darse cuenta. Su cara expresaba desesperación y en sus ojos brillaban unas lágrimas. Quería que todo volviera a ser como antes, oh, sí.

—*¿No amas a esta escuela, Sloat?* —gritó hacia la ventana de Albert aquello llamado Etheridge.

—Sí —murmuró Richard, conteniendo un sollozo—. Sí, claro que la amo.

—¿Sabes qué hacemos con los miserables que no aman a esta escuela? ¡Entréganoslo! ¡Será como si no hubiera estado aquí!

Richard se volvió despacio y miró a Jack con unos ojos terriblemente vacíos.

—Tú decides, Richie, muchacho —dijo Jack en voz baja.

—¡Lleva drogas, Richard! —gritó aquello llamado Etheridge—. ¡De cuatro o cinco clases! ¡Coca, hachís, polvo de ángel! ¡Ha vendido de todo para financiar su viaje al oeste! ¿De dónde crees que ha sacado aquel bonito abrigo que llevaba cuando apareció en tu umbral?

—Drogas —dijo Richard con grande y trémulo alivio—. Lo sabía.

—Pero no te lo crees —contestó Jack—. Las drogas no han cambiado tu escuela, Richard. Y los perros…

—Hazle salir, SI… —La voz de aquello llamado Etheridge se fue apagando, apagando…

Cuando los dos muchachos miraron de nuevo hacia abajo, ya había desaparecido.

—¿Adonde crees que fue tu padre? —inquirió Jack con voz tranquila—. ¿Adonde crees que fue cuando no salió del armario, Richard?

Richard se volvió lentamente para mirarle y entonces su rostro, siempre tan inteligente y sereno, empezó a crisparse. El pecho se le movía con latidos irregulares y Richard cayó de repente en brazos de Jack, agarrándose a él con una urgencia ciega y llena de pánico.

—*¡M-m-eee t-tocóoooo!* —gritó a Jack. Su cuerpo temblaba como un alambre demasiado tenso—. *Me tocó, me tocó, ¡algo me tocó allí dentro Y NO SÉ QUÉ FUE!*

2

Con la frente febril apretada contra el hombro de Jack, Richard dio rienda suelta a la historia que había ocultado en su interior todos estos años. La contó a trozos pequeños y compactos, como balas deformadas. Mientras le escuchaba, Jack recordó el día en su propio padre había entrado en el garaje… y regresado dos horas después desde la esquina de la calle. Aquello fue impresionante, pero lo ocurrido a Richard había sido mucho peor y explicaba la férrea y obstinada insistencia de Richard en la realidad, toda la realidad y *nada* más que la realidad. Explicaba su rechazo de cualquier clase de fantasía, incluso de la ciencia ficción… y Jack sabía por su propia experiencia escolar que los estudiosos como Richard solían leer vorazmente ciencia ficción… siempre que fuera clásica y científica, claro, como la de Heinlein, Asimov, Arthur C. Clarke, Larry Niven; nada de las tonterías metafísicas de los Robert Silverberg y Barry Maizberg, por favor, sino aquellas obras que dan todos los cuadrantes y logaritmos estelares hasta que te salen por las orejas. Richard, sin embargo, no. La aversión de Richard por la fantasía era tan profunda, que no cogía *ninguna* novela a menos que se tratase de un deber escolar; de niño dejaba que Jack eligiera los libros que debía leer para las críticas literarias, sin importarle cuáles eran, y los masticaba como si fuesen el cereal del desayuno. Acabó siendo un reto para Jack encontrar

una novela —cualquier novela— que agradara a Richard, que distrajera a Richard, que entusiasmara a Richard como a veces le entusiasmaban a él… Pensaba que las buenas lo eran casi tanto como las fantasías y cada una trazaba su propia versión de los Territorios. Sin embargo, nunca consiguió despertar en él ningún estremecimiento, ninguna chispa, ninguna reacción. Tanto si se trataba de *El pony rojo, El demonio de la pista de arrastre* como de *El catcher entre el centeno o Soy una leyenda,* la reacción era siempre la misma: una concentración ceñuda y aburrida, seguida de una ceñuda y aburrida crítica que obtendría un suspenso o, si el profesor de inglés se sentía especialmente generoso aquel día, un aprobado; los notables de Richard en inglés eran lo que le impedía figurar en la lista de honor las pocas ocasiones en que resultaba excluido.

Jack había acabado de leer *El señor de las moscas* de William Golding, sintiéndose acalorado, frío y tembloroso, exaltado y asustado a la vez, deseando, como siempre que la historia era excepcionalmente buena, que no tuviera que terminar nunca y continuase para siempre, como la vida (sólo que la vida era mucho más aburrida e insípida que las novelas). Sabía que Richard debía hacer una crítica, así que le dio el manoseado ejemplar de bolsillo, pensando que esta vez lo conseguiría, que esta vez se produciría el milagro, que Richard reaccionaría ante la historia de aquellos muchachos extraviados que caían en el salvajismo. Sin embargo, Richard leyó *El señor de las moscas* como había leído todas las otras novelas y escribió otra crítica que contenía todo el celo y el fuego que un patólogo rutinario pone en la autopsia de la víctima de un accidente de tráfico. *¿Qué te pasa?* —estalló Jack, exasperado—. *¿Qué diablos tienes contra una buena novela, Richard?* Y Richard le miró con estupefacción, extrañado al parecer ante la ira de Jack. *Bueno, en realidad no existe una historia inventada que sea buena, ¿o crees que sí?,* le contestó.

Aquel día Jack se fue muy perplejo por el rechazo total de la ficción por parte de Richard, pero ahora creía comprenderlo mejor… mejor de lo que hubiera querido, tal vez. Para Richard, la cubierta de todas las novelas le recordaba un poco la puerta de aquel armario empotrado; quizá la cubierta multicolor de cada libro de bolsillo, que ilustraba a personajes que nunca se comportaban como seres reales, recordaba a Richard la mañana en que había Tenido Bastante Para Siempre.

3

Richard ve a su padre entrar en el armario empotrado del gran dormitorio principal y cerrar tras de sí la puerta plegable. Tiene cinco años… quizá seis… en cualquier caso, no ha cumplido los siete. Espera cinco minutos, diez, y como su padre continúa dentro del armario, se asusta un poco y empieza a llamar (llama para pedir su flauta, llama para pedir su comida, llama) a su padre y cuando su padre no contesta llama en voz mas alta y se va acercando mas y más al armario y por fin, cuando han pasado quince minutos y su padre aún no ha salido, Richard abre la puerta plegable y entra. Entra en una oscuridad de caverna.

Y ocurre algo.

Después de empujar los ásperos tweeds y las suaves prendas de algodón y algunas de seda de su padre, los trajes y las chaquetas, el olor de tela y bolas de naftalina y el aire viciado del armario empieza a ser sustituido por otro olor… un aroma cálido y violento. Richard avanza a tientas, llamando a gritos a su padre, pensando que debe haber un incendio en el fondo del armario y su padre debe estar ardiendo en él, porque se huele a fuego… y de repente se da cuenta de que los listones de madera han desaparecido bajo sus pies y anda sobre una tierra sucia. Extraños insectos negros con grupos de ojos en los extremos de largas patas saltan de sus zapatillas de felpa. ¡Papá!, grita. Los abrigos y trajes han desaparecido, el suelo ha desaparecido, pero bajo sus pies no hay nieve dura y blanca sino tierra sucia y apestosa que por lo visto es el lugar donde nacen estos insectos saltarines y desagradables; ni la imaginación más fértil del mundo llamaría Narnia a este lugar. Otros gritos contestan al grito de Richard, gritos y una risa salvaje y demencial. Un viento oscuro e insensato hace girar un denso humo a su alrededor y Richard da media vuelta, avanza a trompicones por donde ha venido, con las manos extendidas como las de un ciego, buscando frenéticamente los abrigos, buscando el tufo débil y acre de las bolas de naftalina…

Y de pronto una mano se cierra en torno a su muñeca.

¿Papá?, pregunta, pero cuando mira no ve una mano humana sino algo verde y escamoso, cubierto de ventosas contorsionantes, algo verde sujeto a un

brazo largo, como de goma, que se extiende en las tinieblas hacia un par de ojos amarillos y oblicuos que le miran con franca avidez.

Chillando, se desprende y lanza a ciegas hacia la negrura… y justo cuando sus dedos vacilantes encuentran de nuevo los trajes y chaquetas deportivas de su padre, cuando oye el bendito y racional sonido de los colgadores chocando entre sí, aquella mano verde cubierta de ventosas vuelve a culebrear por su nuca… y desaparece.

Espera, temblando y pálido como la ceniza de la víspera en una estufa fría, espera durante tres horas ante aquel maldito armario, temeroso de volver a entrar, temeroso de la mano verde y los ojos amarillos, cada vez más seguro de que su padre está muerto. Y cuando su padre vuelve a la habitación a las cuatro horas, no por el armario sino por la puerta que comunica el dormitorio con el pasillo del piso superior —la puerta de DETRAS de Richard—, cuando esto sucede, Richard rechaza la fantasía de una vez por todas; Richard reniega de la fantasía; Richard rehusa mencionar a la fantasía o tratar con ella o llegar a cualquier compromiso con ella. Sencillamente, ha Tenido Bastante Para Siempre. Se levanta de un salto, corre hacia su padre, hacia el amado Margan Sloat, y le abraza con tanta fuerza que los brazos le dolerán toda una semana. Margan le coge en brazos, ríe y le pregunta por qué está tan pálido. Richard sonríe y le dice que la culpa es probablemente de algo que ha comido para desayunar, pero ya se siente mejor y besa a su padre en la mejilla y aspira el querido aroma de sudor mezclado con colonia Raj. Y más tarde aquel mismo día, coge todos sus libros de cuentos —los Pequeños Libros de Oro, los libros con ilustraciones tridimensionales, los libros de la colección Ya sé leer, los libros del doctor Seuss, los Cuentos de Hadas para Niños y los coloca todos en una caja de cartón y baja la caja al sótano y piensa: «No me importaría que ahora hubiera un terremoto y abriera una grieta en el suelo y se tragara todos estos libros. De hecho, sería un alivio, un alivio tan grande que me pasaría riendo todo el día y casi todo el fin de semana.» Esto no ocurre, pero Richard siente un gran alivio al ver los libros encerrados en una doble oscuridad: la oscuridad de la caja y la oscuridad del sótano. Nunca vuelve a mirarlos, como tampoco vuelve a entrar en el armario de puerta plegable de su padre y, aunque a veces sueña que hay algo debajo de su cama o en su armario, algo con ojos planos y amarillentos, no vuelve a pensar en aquella mano verde cubierta de ventosas

hasta que se producen aquellos hechos extraños en la escuela Thayer y rompe en un insólito llanto en los brazos de su amigo Jack Sawyer.

Ha Tenido Bastante, Para Siempre.

4

Jack había esperado que después de contar la historia y una vez pasado el ataque de llanto, Richard volvería —más o menos— a su modo de ser normal y racional. A Jack no le importaba en realidad que Richard se lo creyera todo; aunque sólo se decidieran a aceptar los puntos principales de esta locura, su mente privilegiada podría ayudar a Jack a encontrar una salida… una salida del campus de Thayer, por lo menos, y de la vida de Richard antes de que éste se volviera totalmente loco.

Pero no funcionó de esta manera. Cuando Jack intentaba hablarle —mencionarle la ocasión en que su propio padre, Phil, había entrado en el garaje y no había vuelto a salir de él—, Richard se negaba a escuchar. Ya había revelado el viejo secreto de lo ocurrido aquel día en el armario (en vano, porque Richard aún se aferraba obstinadamente a la idea de que había sido una alucinación), pero continuaba pensando que había Tenido Bastante, Para Siempre.

Jack bajó al piso inferior a la mañana siguiente. Recogió todas sus cosas y las que creía que Richard podía necesitar: cepillo de dientes, libros de texto, libretas de notas, una muda limpia. Decidió que pasarían aquel día en la habitación de Albert el Glóbulo. Desde allí podrían vigilar el cuadrángulo y la verja de entrada. Y cuando volviera a anochecer, quizá podrían escaparse.

5

Jack registró la mesa de Albert y encontró un frasco de aspirina infantil. Lo miró un momento, pensando que estos pequeños comprimidos anaranjados decían casi tanto sobre la mamá del desaparecido Albert como la caja de regaliz

guardada en el estante del armario. Agitó el frasco, dejó caer media docena de comprimidos y los dio a Richard, que los cogió con expresión distraída.

—Ven aquí y acuéstate —dijo Jack.

—No —contestó Richard, en un tono malhumorado, angustiado e inquieto. Volvió a la ventana—. Debo hacer guardia, Jack. Si tienen que producirse estos hechos, alguien debe hacer guardia para poder escribir un informe completo destinado… a… los directores. Más tarde.

Jack posó una mano ligera sobre la frente de Richard y aunque estaba fresca —casi fría— dijo:

—Te ha subido la fiebre, Richard. Será mejor que te acuestes hasta que la aspirina empiece a hacer efecto.

—¿Me ha subido? —Richard le miró con patética gratitud—. ¿De verdad?

—Sí, de verdad —respondió gravemente Jack—. Ven a acostarte.

Richard se durmió a los cinco minutos de haberse echado. Jack se sentó en el sillón de Albert el Glóbulo, cuyo asiento tenía los muelles tan tensos como el centro de su colchón. El semblante pálido de Richard resplandecía como la cera a la luz creciente de la mañana.

6

El día transcurrió lentamente y Jack se quedó dormido hacia las cuatro de la tarde. Cuando se despertó, todo estaba oscuro y no sabía cuánto tiempo había dormido, sólo que no había tenido sueños, por lo cual se sentía agradecido. Richard se removía, inquieto, y Jack adivinó que pronto se levantaría. Se puso en pie y desperezó, haciendo una mueca al notar la rigidez de su espalda. Fue a la ventana, miró hacia fuera y se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos. Su primer pensamiento fue: *No quiero que Richard vea esto. No, si puedo evitarlo.*

Oh, Dios mío, tenemos que salir de aquí y cuanto antes, mejor —pensó, asustado—. *Incluso aunque, por las razones que sean, no se atrevan a atacarnos directamente.*

Sin embargo, ¿se llevaría de verdad a Richard consigo? Sabía que ellos no esperaban que lo hiciera, lo sabía; estaban seguros de que se negaría a exponer a

su amigo a más riesgos en esta locura.

Salta, Jack-O. Tienes que saltar y lo sabes muy bien. Y debes llevar a Richard contigo porque este lugar es un infierno.No puedo. Saltar a los Territorios volvería completamente loco a Richard.No importa. Tienes que hacerlo. De todos modos, es lo mejor—tal vez lo único— porque no se lo esperan.

—¿Jack? —Richard se incorporaba. Su cara tenía un aspecto extraño y desnudo sin las gafas—. Jack, ¿se ha terminado ya? ¿Era un sueño?

Jack se sentó en la cama y rodeó con un brazo los hombros de Richard.

—No —respondió con voz baja y suave—, aún no se ha terminado, Richard.

—Creo que tengo más fiebre —anunció Richard, apartándose de Jack. Se acercó a la ventana, sosteniendo delicadamente las gafas por el extremo de una varilla, con el pulgar y el índice de la mano derecha. Se las puso y miró afuera. Siluetas de ojos brillantes paseaban arriba y abajo. Permaneció allí mucho rato y después hizo una cosa tan impropia de él que Jack apenas pudo creerlo. Volvió a quitarse las gafas y las dejó caer ex profeso. Se oyó un gélido crujido al romperse una de las lentes. Entonces las pisó con toda la intención, convirtiendo las lentes en vidrio pulverizado.

Las recogió, las contempló y las tiró con expresión indiferente a la papelera de Albert el Glóbulo, pero no dio en el blanco por un amplio margen. Había ahora algo terco en el rostro de Richard, algo que decía: *No quiero ver nada más, así que no veré nada más y ya he solucionado el problema. Ya he Tenido Bastante, Para Siempre.*

—Mira esto —dijo con una voz sin inflexiones ni sorpresa—, he roto mis gafas. Tenía otro par, pero se me rompieron en el gimnasio hace dos semanas. Soy casi ciego sin ellas.

Jack sabía que esto no era cierto, pero estaba demasiado atónito para decir nada. No se le ocurrió ninguna respuesta apropiada para el acto radical realizado por Richard; se parecía demasiado a una defensa desesperada contra la locura.

—Creo que la fiebre me ha aumentado —dijo Richard—. ¿Tienes más aspirinas, Jack?

Jack abrió el cajón de la mesa y alargó el frasco a Richard en silencio. Richard tragó seis u ocho comprimidos y volvió a acostarse.

7

A medida que la noche se hacía más densa, Richard, que prometía una y otra vez discutir su situación, se retractaba de ello cuando Jack le apremiaba. Decía que no podía hablar de irse, que no podía discutir *nada* de esto, ahora no, porque le había vuelto la fiebre y se encontraba mucho peor; era posible que ya tuviera treinta y nueve grados o tal vez más. Necesitaba dormir,

—¡Richard, por el amor de Dios! —gritó Jack—. ¡Me estás tomando el pelo! Nunca habría esperado esto de ti…

—No seas tonto —dijo Richard, volviendo a caer en la cama de Albert—. Estoy enfermo, Jack. No puedes pretender que hable de todas estas locuras mientras me encuentre enfermo.

—Richard, ¿quieres que me vaya y te deje?

Richard miró un momento a Jack por encima del hombro, parpadeando lentamente.

—No te irás —contestó y volvió a quedarse dormido.

8

Alrededor de las nueve, el campus entró en un nuevo período de misteriosa quietud y Richard, intuyendo quizá que ahora su vacilante cordura sufriría menos presión, se despertó y sacó los pies de la cama. En las paredes habían aparecido manchas marrones y se quedó mirándolas con fijeza hasta que vio acercarse a Jack.

—Me encuentro mucho mejor, Jack —se apresuró a decir—, pero no servirá de nada que hablemos de irnos, es oscuro y…

—Debemos irnos esta noche —contestó Jack con severidad—. Ellos no tienen otro trabajo que esperarnos. Ya hay moho en las paredes y no me digas que no lo has visto.

Richard sonrió con una tolerancia que casi exasperó a Jack. Quería a Richard, pero podría haberle lanzado contra la pared más cercana.

En aquel preciso momento, unos chinches largos, gruesos y blancos empezaron a entrar en el cuarto de Albert el Glóbulo. Salían de las manchas marrones de la pared, como si el moho los estuviera produciendo de algún modo. Se retorcían y giraban, asomados a las blancas manchas, hasta que caían al suelo, desde donde empezaban a arrastrarse hacia la cama.

Jack se preguntaba ya si la vista de Richard no sería mucho peor de lo que él recordaba o si se le habría debilitado considerablemente desde que no le veía, cuando se dio cuenta de que su primera impresión había sido la correcta: Richard veía muy bien. Por lo menos no tenía el menor problema para atrapar los bichos gelatinosos que emergían de la pared. Gritó y se apretó contra Jack, frenético por el asco.

—*¡Chinches, Jack! ¡Oh, Dios mío! ¡Chinches! ¡Chinches!*

—No pasa nada, Richard —le consoló Jack, abrazándole con una fuerza que no creía poseer—. Esperaremos a que se haga de día, ¿te parece bien? No hay ningún problema, ¿verdad?

Salían arrastrándose por docenas, por centenares, gruesos como gusanos gigantes y blandos como la cera. Algunos se reventaban cuando llegaban al suelo. El resto corría en dirección a ellos.

—*Chinches, Dios mío, tenemos que salir de aquí, tenemos que…*

—Gracias a Dios que este chico empieza a ver la luz —dijo Jack. Se colgó la mochila del brazo izquierdo y agarró a Richard por el codo con la mano derecha. Le empujó hacia la puerta, aplastando a aquellos bichos blancos bajo sus zapatos. Ahora salían de las manchas marrones a millares, como en un obsceno parto múltiple que amenazaba con invadir toda la habitación de Albert. Un gran racimo de chinches cayó del techo y aterrizó en el cabello y los hombros de Jack, quien se los quitó de encima como pudo y siguió arrastrando hacia la puerta a Richard, que gritaba y agitaba los brazos.

Creo que ya estamos en camino —pensó Jack—. *Que Dios nos ayude, creo que así es.*

9

Volvían a estar en la sala de la televisión. Resultó que Richard tenía menos idea de cómo escabullirse del campus de Thayer que el propio Jack. Éste sabía una cosa con claridad: no se fiaría de aquel engañoso silencio y no saldría por ninguna de las puertas de Nelson House.

Mirando con atención hacia la izquierda desde el ancho ventanal de la sala, Jack vislumbró un edificio de ladrillos de forma chata y octogonal.

—¿Qué es eso, Richard?

—¿Qué? —Richard contemplaba los viscosos torrentes de lodo que fluían por encima del cuadrángulo de césped.

—Aquel edificio pequeño y chato. Apenas puede verse desde aquí.

—Oh. Es la Estación.

—¿Qué es una Estación?

—El nombre ya no significa nada —explicó Richard, sin dejar de dirigir miradas inquietas hacia el cuadrángulo empapado de lodo—. Como nuestra enfermería. Se llama la Lechería porque antes era precisamente esto y había una planta de embotellamiento de leche que funcionó hasta 1910, más o menos. Tradición, Jack. Es muy importante y una de las razones por las que me gusta Thayer.

Richard volvió a mirar con tristeza el fangoso campus.

—Una de las razones por las que me gustaba, quiero decir.

—La Lechería; está bien. ¿Y por qué la Estación? Richard empezaba a animarse bajo el influjo de las dos ideas gemelas: Thayer y Tradición.

—Toda el área de Springfield era una estación de ferrocarril —dijo—. De hecho, en los viejos tiempos…

—¿De qué viejos tiempos hablas, Richard?

—Oh, de las décadas de 1880 y 1890. Verás…

Richard interrumpió. Sus ojos miopes empezaron a pasearse por la habitación, buscando más chinches, según dedujo Jack. No había ninguno… por lo menos, todavía no. Pero ya se advertían unas manchas pálidas en las paredes. Los chinches aún no habían aparecido, pero no tardarían en asomarse.

—Vamos, Richard —le apremió Jack—. Nadie ha tenido que animarte nunca para que sueltes la lengua.

Richard sonrió un poco y volvió a mirar a Jack.

—Springfield fue una de las tres o cuatro mayores cabezas de carril

americanas durante las dos últimas décadas del siglo diecinueve. Era geográficamente céntrico para todos los puntos del país. —Se llevó la mano derecha a la cara, con el índice extendido para empujar las gafas hacia arriba en un gesto de persona estudiosa y cuando se dio cuenta de que ya no las llevaba, bajó la mano, con expresión algo turbada—. De Springfield salían trenes hacia todas partes. Esta escuela existe porque Andrew Thayer vio las posibilidades; amasó una fortuna en transportes por ferrocarril, la mayoría hacia la costa oeste. Fue el primero en ver el potencial de los transportes tanto al este como al oeste.

En la cabeza de Jack se encendió de repente una luz muy brillante que bañó todos sus pensamientos en un potente resplandor.

—¿A la costa oeste? —El estómago le dio un vuelco. Aún no podía identificar la forma nueva que le había indicado aquella luz brillante, pero la palabra que irrumpió en su mente era apasionada y diáfana:

¡El Talismán! —¿Has dicho la costa oeste?

—Claro que lo he dicho. —Richard miró a Jack de un modo extraño—. Jack, ¿te estás volviendo sordo?

—No —dijo Jack. *Springfield fue una de las tres o cuatro mayores cabezas de carril americanas…*—. No, estoy muy bien. —*Fue el primero en ver el potencial de los transportes hacia el oeste…*

—Pues tu expresión ha sido muy rara durante un minuto. *Podría decirse que fue el primero en ver el potencial de transportar mercancías por ferrocarril a las Avanzadas.*

Jack sabía, sabía positivamente qne Springfield era aún un punto de enlace de alguna clase, quizá todavía un centro de transportes. Quizá era por esto que la magia de Morgan funcionaba tan bien aquí.

—Había almacenes de carbón, patios de maniobra, depósitos de locomotoras, cobertizos para furgones y más de un billón de kilómetros de raíles y apartaderos —decía Richard—. Cubría toda el área donde ahora está asentada la escuela Thayer. Con sólo excavar unos metros bajo este césped, se encuentran cenizas y trozos de raíl y muchas otras cosas. Sin embargo, lo único que perdura es aquel edificio. La Estación. Desde luego, nunca fue una verdadera estación, es demasiado pequeña, cualquiera puede apreciarlo. Era la oficina principal, donde trabajaba el jefe de Estación y el amo del ferrocarril.

—Sabes muchas cosas a este respecto —observó Jack, hablando casi

automáticamente; aún tenía la cabeza llena de aquella luz nueva y salvaje.

—Forma parte de la tradición de Thayer —contestó Richard con sencillez.

—¿Para qué se usa ahora?

—Es un pequeño teatro para las producciones del Club Dramático, pero el club no ha desplegado mucha actividad durante los dos últimos años.

—¿Crees que está cerrado con llave?

—¿Por qué habría de cerrarse con llave la Estación? —preguntó Richard—. A menos que creas que puede haber alguien interesado en robar los decorados de una producción de *Los fantásticos* que data de 1979.

—¿De modo que podríamos entrar?

—Creo que sí, pero… ¿por qué?

Jack señaló una puerta que había detrás de las mesas de ping-pong.

—¿Qué hay allí?

—Máquinas vendedoras de comida. Y un horno de microondas para calentar bocadillos y platos congelados. Jack…

—Ven conmigo.

—Jack, creo que me está volviendo la fiebre —sonrió débilmente Richard—. Quizá tendríamos que esperar un rato más. Podríamos acomodarnos en los sofás para pasar la noche…

—¿Ves esas manchas marrones en las paredes? —preguntó Jack con seriedad, señalando.

—¡No, sin gafas no puedo verlas!

—Pues están ahí y dentro de una hora esos chinches blancos empezarán a salir de…

—Está bien —contestó Richard a toda prisa.

10

Las máquinas que vendían comida apestaban.

Jack tuvo la impresión de que todo cuanto contenían estaba podrido. Un moho azul recubría las galletas de queso, las patatas y las tiras de tocino. Regueros de helado derretido salían por los intersticios de la máquina que vendía

helados de todas clases.

Jack arrastró a Richard hasta la ventana. Miraron hacia fuera.

Desde aquí se veía muy bien La Estación. Más allá había la cadena que servía de valla y la carretera que conducía a la salida del campus.

—Estaremos fuera en pocos segundos —murmuró Jack. Abrió la ventana y la subió.

Esta escuela existe porque Andrew Thayer vio las posibilidades… ¿Ves tú las posibilidades, Jack-O? Creía que tal vez sí.

—¿Hay fuera algunas de esas personas? —preguntó Richard, muy nervioso.

—No —respondió Jack después de echar una fugaz mirada. En realidad ya no importaba que estuvieran allí.

Una de las tres o cuatro mayores cabezas de raíl americanas… una fortuna en transportes por ferrocarril… la mayoría a la Costa Oeste… fue el primero en ver el potencial del transporte hacia el Oeste… Oeste… Oeste…

Por la ventana se introdujo una mezcla de aroma de pleamar y hedor de basuras. Jack puso un pie en el alféizar y alargó la mano a Richard.

—Vamos —dijo.

Richard retrocedió, con la cara larga y crispada por el terror.

—Jack… No sé…

—Este lugar se está derrumbando —dijo Jack— y muy pronto rebosará de chinches. Vamonos. Alguien me verá con el pie en el alféizar y perderemos la ocasión de escabullimos de aquí como un par de ratones.

—¡No comprendo nada de todo esto! —gimió Richard—. ¡No comprendo qué diablos ocurre aquí!

—Cállate y ven —apremió Jack—. O te dejaré solo, Richard. Te juro por Dios que lo haré. Te quiero, pero mi madre se muere. Te dejaré y tendrás que apañarte solo.

Richard miró a Jack y vio en su cara —aunque no llevaba gafas— que hablaba en serio. Le cogió la mano.

—Dios mío, estoy aterrado —murmuró.

—Pues ya eres miembro del club —dijo Jack y saltó. Sus pies aterrizaron en el húmedo césped un segundo después. Richard saltó a su lado.

—Vamos a cruzar el prado hasta la Estación —susurró Jack—. Calculo que son unos cincuenta metros. Entraremos si no está cerrada con llave y nos

ocultaremos junto a la fachada que da a Nelson House si lo está. En cuanto estemos seguros de que nadie nos ha visto y de que el lugar está tranquilo…

—Corremos hacia la valla.

—Exacto. O quizá tendremos que saltar, pero no hablemos de eso ahora. Y hacia ila carretera. Tengo la impresión de que si logramos salir del recinto de la escuela, todo irá bien. Cuando nos hayamos alejado medio kilómetro por la carretera, miraremos por encima del hombro y quizá veremos las luces encendidas como siempre en los dormitorios y en la biblioteca, Richard.

—Esto sería magnífico —dijo Richard con un alivio conmovedor.

—De acuerdo. ¿Listo?

—Supongo que sí —contestó Richard.

—Corre hacia la Estación. Inmovilízate contra la pared de este lado. En cuclillas, para que te oculten esos arbustos. ¿Los ves?

—Sí.

—Está bien… ¡vamos!

Echaron a correr desde Nelson House y se dirigieron a la Estación uno al lado del otro.

11

Estaban a menos de medio camino, formando con su aliento nubes de vapor blanco, dejando huellas en el fangoso terreno, cuando las campanas de la capilla empezaron a repicar con un sonido estridente y desagradable. Un coro de aullidos de los perros contestó a las campanas.

Volvieron todos los falsos prefectos. Jack alargó la mano hacia Richard y la encontró buscando la suya. Se la cogieron con fuerza.

Richard gritó e intentó llevarle hacia la izquierda, apretando tanto la mano de Jack que los huesos le crujieron. Un lobo blanco y flaco, un director de la Junta de Lobos, salió de detrás de la Estación y echó a correr hacia ellos. Jack pensó que era el anciano de la limusina. Siguieron otros lobos y perros… y entonces Jack comprendió con toda certeza que algunos de ellos no eran perros, sino muchachos medio transformados, y también adultos… profesores, seguramente.

—¡Señor Dufrey! —chilló Richard, señalando con su mano libre *(Vaya, ves bastante bien para haber perdido las gafas, Richie, muchacho,* pensó Jack sin venir a cuento)—. ¡Señor Dufrey! ¡Oh, Dios mío, es el señor Dufrey! ¡Señor Dufrey! ¡Señor Dufrey!

Así vio Jack por primera y única vez al director de la escuela Thayer, un anciano minúsculo de cabellos blancos, una gran nariz ganchuda y el cuerpo marchito y peludo de un mono de organillero. Corría de cuatro patas con los perros y los muchachos, tocado absurdamente con un capirote que se tambaleaba sobre su cabeza pero de algún modo se mantenía en su lugar. Sonrió a Jack y a Richard, con una lengua larga, colgante y amarillenta por la nicotina que le dividía la boca en dos.

—¡Señor Dufrey! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Señor Dufrey! ¡Señor Du…!

Arrastraba a Jack cada vez con más fuerza hacia la izquierda. Jack era más corpulento, pero Richard estaba dominado por el pánico. Las explosiones hendían el aire y el fétido olor de basura era cada vez más denso. Jack podía oír el chasquido de las salpicaduras de lodo. El lobo blanco que conducía a la manada estaba acortando la distancia y Richard intentaba aumentarla dirigiéndose hacia la valla, lo cual era correcto, pero también equivocado porque tenían que dirigirse a la Estación, no a la valla. Aquél era el lugar, aquél era el lugar porque había sido una de las tres o cuatro cabezas de raíl más importantes de todo Estados Unidos, porque Andrew Thayer había sido el primero en ver el potencial de los transportes al oeste, porque Andrew Thayer había visto aquel potencial y ahora él, Jack Sawyer, también lo veía. Todo esto no era más que intuición, claro, pero Jack había llegado a creer que, en estas cuestiones universales, su intuición era lo único en que podía confiar.

—¡Suelta a tu pasajero, Sloat! —farfullaba Dufrey—. ¡Suelta a tu pasajero, es demasiado guapito para ti!

Pero, ¿qué es un pasajero?, pensó Jack en aquellos últimos segundos, mientras Richard intentaba tercamente desviar a ambos de su camino y Jack tiraba de él, hacia el grupo mixto de perros, muchachos y profesores que corrían detrás del gran lobo blanco, hacia la Estación. *Yo te diré qué es un pasajero: un hombre que viaja. ¿Y dónde empieza a viajar un pasajero? Pues en una estación.*…—¡Jack, nos morderá! —chilló Richard.

El lobo adelantó a Dufrey y saltó hacia ellos con las mandíbulas abiertas como una trampa. A sus espaldas se produjo un fragor sordo y Nelson House se partió en dos como un melón podrido.

Ahora era Jack quien apretaba los dedos de Richard hasta hacerlos crujir, los apretaba más y más mientras resonaba en la noche el loco tañido de las campanas y la alumbraban las bombas de gasolina y los cohetes.

—¡Agárrate! —gritó—. ¡Agárrate, Richard, que ya llegamos! Tuvo tiempo de pensar: *Ahora la situación se ha invertido: ahora Richard es el rebaño y mi pasajero. Que Dios nos ayude alos dos.*

—Jack, ¿qué sucede? —chilló Richard—. ¿Qué haces? ¡Detente! ¡DETENTE, DETEN…!

Richard seguía vociferando, pero Jack ya no le oía. De repente, triunfalmente, aquella sensación de abrumadora fatalidad se desvaneció y su cerebro se llenó de luz; de luz y de un aire dulce y puro; un aire tan puro que se podía oler el rábano que un hombre arrancaba de su huerto a un kilómetro de distancia. De improviso Jack tuvo la impresión de que podía elevarse y cruzar de un salto el cuadrángulo… o volar, como aquellos hombres que llevaban alas sujetas a la espalda.

Oh, la luz y el aire puro reemplazaron al horrible hedor de basura y tuvo la sensación de cruzar espacios vacíos y oscuros y por un momento todo en él pareció claro y lleno de resplandor; por un momento todo fueron arcos iris, arcos iris, arcos iris.

Así saltó Jack Sawyer de nuevo a los Territorios, esta vez mientras corría por el campus deteriorado de la escuela Thayer, con el sonido de campanas destempladas y perros furiosos retumbando en el aire.

Y esta vez arrastró consigo a Richard, el hijo de Morgan Sloat.

Interludio

SLOAT EN ESTE MUNDO / ORRIS EN LOS TERRITORIOS (III)

Poco después de las siete de la mañana del día que siguió al salto de Jack y Richard desde Thayer, Morgan Sloat se detuvo junto al bordillo ante la verja principal de la escuela Thayer. Aparcó en un espacio marcado por el letrero: SÓLO INVÁLIDOS. Sloat le lanzó una mirada indiferente, se metió la mano en el bolsillo, sacó una ampolla de cocaína y usó una pequeña parte. En pocos momentos el mundo pareció ganar en color y vitalidad. Era una sustancia maravillosa. Se preguntó si podría cultivarse en los Territorios y si seria más potente en ellos.

El propio Gardener había despertado a Sloat en su casa de Beverly Hills a las dos de la madrugada para contarle lo ocurrido; era medianoche en Springfield. La voz de Gardener temblaba. Era evidente que le aterraba provocar la cólera de Morgan y que estaba furioso de no haber podido alcanzar a Jack Sawyer por menos de una hora.

—Ese muchacho… ese muchacho malo, malo…

Sloat no sólo no se encolerizó sino que permaneció muy tranquilo. Experimentó una especie de predestinación, inspirada, a su juicio, por aquella otra parte de él, la que llamaba «su personalidad de Orris».

—Calma —recomendó—. Iré hacia allí lo antes posible. Quédese ahí y espere, muchacho.

Interrumpió la comunicación antes de que Gardener pudiera añadir algo y volvió a acostarse en la cama. Cruzó las manos sobre el estómago y cerró los ojos. Hubo un momento de ingravidez… sólo un momento… y entonces tuvo una sensación de movimiento debajo de él. Oyó el crujido de tirantes de cuero, el gemido y ruido sordo de toscos muelles de hierro y las maldiciones del cochero.

Y abrió los ojos como Morgan de Orris.

Como siempre, su primera reacción fue de puro deleite; en comparación con esto, la cocaína era aspirina infantil. Su pecho se había estrechado y su peso, disminuido. Los latidos cardíacos de Morgan Sloat oscilaban entre ochenta y cinco por minuto y ciento veinte cuando se enfurecía; los de Orris rebasaban raramente los sesenta y cinco. La vista de Morgan Sloat le había sido graduada en 20/20, pero Morgan de Orris veía mejor. Era capaz de ver y seguir el curso de cada grieta en el costado de la diligencia, y podía maravillarse de la finura de las cortinas de malla que ondeaban en las ventanillas. La cocaína había embotado su nariz y su sentido del olfato, pero la nariz de Orris estaba totalmente despejada y podía oler el polvo, la tierra y el aire con una fidelidad perfecta; era como si percibiera y apreciara cada molécula.

Detrás de él había dejado una cama de matrimonio vacía que aún conservaba la forma de su fornido cuerpo. Aquí se hallaba sentado en un banco mejor acolchado que el asiento de cualquier Rolls-Royce, viajando en dirección oeste hacia el final de las Avanzadas, a un lugar llamado Estación de las Avanzadas, para ver a un hombre llamado Anders. Sabía estas cosas y sabía con exactitud dónde se encontraba porque Orris continuaba presente en su cabeza, hablándole como puede hablar el lado derecho del cerebro al izquierdo racional durante las fantasías, con una voz baja pero perfectamente clara. Sloat había hablado a Orris en este mismo tono en las pocas ocasiones en que Orris había emigrado a lo que Jack ya consideraba como los Territorios Americanos. Cuando uno emigraba y entraba en el cuerpo del propio Gemelo, el resultado era una especie de posesión benigna. Sloat había leído acerca de casos más violentos de posesión y aunque el tema no le interesaba demasiado, sospechaba que los pobres desgraciados víctimas de semejante aflicción habían sido poseídos por viajeros dementes de otros mundos… o quizá era el mundo americano en sí lo que los había enloquecido. Esto último parecía más posible y no cabía duda de que había preocupado al pobre Orris las dos o tres primeras veces que había dado el salto,

aunque la intensa emoción disminuía su terror.

La diligencia dio un gran tumbo; en las Avanzadas, uno debía aceptar los caminos tal como estaban y agradecer su presencia. Orris se removió en el asiento, con punzadas de dolor en el pie deforme.

—¡Arri, malditos! —murmuró arriba el cochero, haciendo restallar el látigo —. ¡Adelante, hijos de putas muertas! ¡Arri!

Sloat sonrió por el placer de estar aquí, aunque sólo era para unos breves momentos. Ya sabía lo que necesitaba saber; la voz de Orris se lo había comunicado. La diligencia llegaría a la Estación de las Avanzadas —escuela Thayer en el otro mundo— mucho antes de la mañana. Era posible que pudiera cogerlos allí si se habían entretenido; de lo contrario, las Tierras Arrasadas los esperaban. Le dolía y enfurecía que Richard estuviera con el mocoso Sawyer, pero si se imponía hacer un sacrificio… bueno, Orris había perdido a *su* hijo y sobrevivido.

Lo que había mantenido vivo a Jack tanto tiempo era el exasperante hecho de su naturaleza única; cuando el chico saltaba a un lugar, siempre lo hacía en un lugar análogo al que abandonaba. Sloat, en cambio, siempre iba a parar adonde se encontraba Orris, que podía estar a kilómetros de distancia de donde necesitaba ir… como en este caso, por ejemplo. Había tenido suerte en el área de descanso, pero Sawyer aún había sido más afortunado.

—Tu suerte se terminará muy pronto, amiguito —dijo Orris. La diligencia dio otro gran tumbo. Orris hizo una mueca y luego sonrió. Por lo menos, la situación se simplificaba a medida que la confrontación final adquiría implicaciones más amplias y profundas.

Basta.

Cerró los ojos y cruzó los brazos. Durante un momento sintió otra punzada de dolor en el pie deforme… y cuando abrió los ojos, Sloat estaba mirando el techo de su apartamento. Como siempre, hubo un instante en que los kilos de más le pesaron con desagradable fuerza y su corazón reaccionó con un latido doble y una aceleración.

Se levantó entonces y llamó a Jets Comerciales de la Costa Oeste. Setenta minutos más tarde abandonaba Los Angeles. El brusco despegue casi vertical del Lear le hizo sentir lo mismo de siempre: como si le hubieran atado un soplete al culo. Aterrizaron en Springfield a las cinco cincuenta, hora central, justo cuando

Orris estaría acercándose a la Estación de las Avanzadas en los Territorios. Sloat había alquilado un coche de Hertz y aquí estaba. Viajar en Estados Unidos tenía sus ventajas.

Se apeó del coche y, justo cuando los timbres matutinos empezaban a sonar, entró en el campus de la escuela Thayer que su hijo había abandonado hacía tan poco tiempo.

Todo era la esencia de una mañana normal en la escuela. La música de la capilla entonaba un cántico matutino, algo clásico pero no del todo reconocible, que sonaba un poco como el Te Deum, pero no lo era. Unos estudiantes pasaron por el lado de Sloat mientras se dirigían al comedor o a sus ejercicios de la mañana. Quizá estaban un poco más silenciosos de lo habitual y todos ofrecían el mismo aspecto, pálido y algo aturdido, como si hubieran compartido un sueño inquietante.

Lo cual era cierto, pensó Sloat. Se detuvo un momento delante de Nelson House, contemplándola con expresión pensativa. Ignoraban lo fundamentalmente irreales que eran todos, como lo son todos los seres que viven cerca de los lugares fronterizos entre dos mundos. Caminó hacia un lado del edificio y observó a un empleado que recogía cristales rotos esparcidos por el suelo como diamantes falsos. Por encima de su espalda encorvada, Sloat podía ver la sala de estar de Nelson House, donde un Albert el Glóbulo extrañamente tranquilo veía una película de Bugs Bunny.

Sloat empezó a caminar hacia la Estación, pensando en la primera vez que Orris había saltado a este mundo. Pensó en aquel tiempo con una nostalgia que, si uno se paraba a analizarlo, era francamente grotesca; después de todo, había estado a punto de morir. *Ambos* habían estado a punto de morir. Pero aquello fue en mitad de los años cincuenta y ahora él tenía cincuenta y cinco… lo cual significaba una gran diferencia.

Volvía de la oficina y el sol se ponía en la neblina de Los Angeles, tiñéndola de matices morados y amarillos sucios; esto sucedía en los tiempos en que la niebla de Los Angeles aún no había empezado a espesarse. Iba por Sunset Boulevard y contemplaba un cartel que anunciaba un nuevo disco de Peggy Lee cuando una oleada de frialdad en su mente, como si un manantial brotara de improviso en su subconsciente, derramando algo extraño y fantasmal que parecía… parecía…

(semen)

…bueno, no sabía con exactitud qué parecía, excepto que en seguida había adquirido calor y conciencia y tuvo el tiempo justo de comprender que se trataba de *él*, Orris, antes de que todo se sumiera en la confusión, como si una puerta secreta hubiese girado sobre sus goznes —una librería en un lado, una cómoda Chippendale en el otro, ambas en perfecta armonía con el ambiente de la habitación— y vio a Orris sentado ante el volante de un Ford puntiagudo de 1952, Orris vistiendo el traje cruzado marrón y la corbata John Penske, Orris llevándose la mano a la ingle, no por dolor sino por una curiosidad ligeramente asqueada. Orris, naturalmente, no había llevado nunca calzoncillos.

Recordaba que hubo un momento en que el Ford casi se subió a la acera y entonces Morgan Sloat —que ahora era la mente secundaria— se había encargado de aquella parte de la operación y Orris había quedado libre para seguir su camino, admirándolo todo con ojos muy abiertos, casi medio loco de alegría. Y lo que quedaba de Morgan Sloat también estaba encantado, encantado como el hombre que enseña por primera vez su nuevo hogar a un amigo y ve que a su amigo le gusta tanto como a él mismo.

Orris entró en un bar para automovilistas y, después de manosear torpemente los billetes desconocidos de Morgan, pidió una hamburguesa, patatas fritas y un batido espeso de chocolate, enumerando sus preferencias con facilidad, porque brotaban de aquella mente secundaria como brota el agua de un manantial. El primer mordisco de Orris a la hamburguesa fue vacilante… pero engulló el resto en un santiamén, con la misma velocidad con que Lobo engullera su primer bocadillo doble. Se llenó la boca de patatas con una mano mientras sintonizaba una emisora en la radio con la otra, eligiendo un delicioso popurrí de jazz y Perry Como y antiguos y rítmicos *blues.* Succionó todo el batido y entonces pidió otra ración de todo.

Cuando estaba a la mitad de la segunda hamburguesa —Orris, y con él Sloat — empezó a sentir náuseas. De pronto, las cebollas fritas le parecieron demasiado fuertes, demasiado grasicntas; de pronto, el olor de los gases de escape se extendió por doquier. Los brazos empezaron a picarle con rabia. Se quitó la chaqueta (el segundo batido, que era de moca, se volcó, salpicando de helado el asiento del Ford) y se miró los brazos. Ya los tenía casi cubiertos de feas manchas rojas con centros rojos. El estómago le dio un vuelco, se asomó a

la ventanilla y mientras vomitaba en la bandeja sujeta a la puerta, sintió que Orris huía de él, volviendo a su propio mundo…

—¿Puedo ayudarle, señor?

—¿Hummmm? —Sobresaltado en su ensoñación, Sloat miró en su torno. Un muchacho alto y rubio, de evidente distinción, se encontraba allí cerca. Vestía como un estudiante, con un impecable *blazer azul* de franela encima de una camisa abierta y un par de Levis descoloridos.

Se apartó el pelo de los ojos, que tenían una expresión aturdida y soñadora.

—Soy Etheridge, señor. Quizá pueda ayudarle. Parece usted… perdido.

Sloat sonrió. Estuvo a punto de decir —pero no lo dijo—: *No, el que parece perdido eres tú, amigo mío.* Todo iba bien. El mocoso Sawyer continuaba en libertad, pero Sloat sabía adonde se dirigía y esto significaba que Jacky estaba encadenado. La cadena era invisible, pero seguía siendo una cadena.

—Perdido en el pasado, esto es todo —respondió—. En los viejos tiempos. No soy un intruso aquí, señor Etheridge, si es esto lo que le preocupa. Mi hijo es un estudiante, Richard Sloat.

Los ojos de Etheridge se tornaron más soñadores durante un momento… desorientados y perplejos. De pronto se animaron.

—¡Richard, claro! —exclamó.

—Subiré a ver al director. Sólo quería dar un vistazo antes de ir.

—Muy bien. —Etheridge consultó su reloj—. Tengo trabajo en el comedor esta mañana, de modo que si está seguro de encontrarse bien…

—Muy seguro.

Etheridge asintió con la cabeza, le dedicó una sonrisa vaga y se alejó.

Sloat le siguió con la mirada y entonces examinó el terreno entre su posición y Nelson House. Se fijó de nuevo en la ventana rota; había sido un tiro certero. Era probable —más que probable— que los dos chicos hubieran emigrado a los Territorios desde algún punto situado entre Nelson House y este edificio octogonal de ladrillo. Si quería, podía seguirlos; entrar —la puerta no tenía cerradura— y desaparecer. Y reaparecer dondequiera que el cuerpo de Orris estuviese en este momento. Tenía que ser cerca; quizá incluso frente a la Estación. Era una tontería emigrar a un punto que en la geografía de los Territorios podía estar a doscientos kilómetros del lugar apetecido y sin otro medio de cubrir la distancia que una carreta o, aún peor, lo que su padre llamaba

«las propias patas».

Seguramente los chicos habían continuado andando hacia las Tierras Arrasadas y si así era, las Tierras Arrasadas darían buena cuenta de ellos. Y el Gemelo de Sol Gardener, Osmond, sería más que capaz de sacar toda la información que Anders conocía. Osmond y su horrible hijo. No había necesidad de emigrar.

Sólo tal vez para echar un vistazo. Por el placer y la diversión de ser nuevamente Orris, aunque fuera por unos pocos segundos.

Y para asegurarse, claro. Toda su vida, desde la infancia en adelante, había sido un ejercicio de seguridad.

Miró a su alrededor para cerciorarse de que Etheridge no se había demorado y entonces abrió la puerta de la Estación y entró.

Olía a rancio, a oscuridad y a una increíble nostalgia… el olor del maquillaje pasado y de la lona. Por un momento tuvo la insensata idea de que había hecho algo aún más increíble que emigrar; viajar a través del tiempo hasta los días en que aún no se había graduado y él y Phil Sawyer eran unos estudiantes locos por el teatro.

Entonces sus ojos se adaptaron a la penumbra y vio los decorados desconocidos y casi ridículos: un busto en yeso de Pallas para la producción de *El cuervo*, una extravagante jaula dorada, una librería llena de libros falsos y recordó que tenía ante sí el pretexto de la escuela Thayer para un «pequeño teatro».

Se detuvo un momento, respirando profundamente en medio del polvo, y dirigió una mirada hacia un polvoriento rayo de sol que entraba a través de una estrecha ventana. La luz tembló y su color dorado se intensificó de repente, adquiriendo el tono de una luz de lámpara. Estaba en los Territorios. Como por ensalmo, ya estaba en los Territorios. Sintió una momentánea y emocional exaltación ante la rapidez del cambio. En genera] se producía una pausa y había la sensación de resbalar de un lugar a otro, intervalo que parecía guardar una proporción directa con la distancia que separaba los cuerpos físicos de sus dos personalidades, Sloat y Orris. En una ocasión, cuando emigró desde Japón, donde había negociado un trato con los hermanos Shaw para una novela terrorífica sobre estrellas de Hollywood amenazadas por una *ninja* enloquecida, la pausa se había prolongado tanto, que había temido perderse para siempre en el

purgatorio vacío y sin sentido existente entre los mundos. Pero esta vez estaban cerca… ¡muy cerca! Como en las escasas ocasiones, pensó

(Orris pensó)

en que un hombre y una mujer alcanzan el orgasmo en el mismo instante y mueren juntos en el sexo.

El olor de lona y pintura seca fue sustituido por el aroma ligero y agradable del aceite de lámparas de los Territorios. El de la lámpara que estaba sobre la mesa se fundía emanando oscuras membranas de humo. A su izquierda se hallaba otra mesa con platos toscos en los que se congelaban los restos de una comida. Tres platos.

Orris se acercó, arrastrando un poco su pie deforme, como siempre. Inclinó uno de los platos y la luz de la lámpara formó un tornasol en la grasa solidificada. *¿Quién comió de este plato? ¿Fue Anders, Jasan o Richard… el muchacho que también habría sido Rushton si mi hijo hubiese vivido?*

Rushton se ahogó mientras nadaba en un estanque no lejos de la Casa Grande. Habían ido de excursión. Orris y su esposa bebieron bastante vino. El sol quemaba. El niño, muy pequeño, estaba dormido. Orris y su esposa hicieron el amor y se durmieron a su vez al agradable calor del sol vespertino. Orris se sobresaltó al oír los gritos del niño. Rushton se había despertado y bajado hasta el agua, donde caminó y flotó un poco, moviendo las piernas, sin asustarse a pesar de que ya no podía tocar el fondo. Orris fue cojeando a la orilla, se zambulló y nadó todo lo de prisa que pudo hasta donde se había hundido el niño. Fue su pie, su maldito pie, lo que le retrasó e impidió salvar la vida de su hijo. Cuando llegó a su lado, logró agarrarlo por los pelos y arrastrarlo hasta la orilla… pero para entonces Rushton ya estaba azul y muerto.

Margaret se quitó la vida menos de seis semanas después.

Siete meses más tarde, el hijo de Morgan Sloat estuvo a punto de ahogarse en la piscina de la Asociación de Jóvenes Cristianos de Westwood durante una clase de remo. Le sacaron del agua tan azul y muerto como Rushton… pero el guarda le aplicó la técnica del boca a boca y Richard Sloat se salvó.

Dios *da en sus clavos*, pensó Orris y en aquel instante un profundo ronquido le hizo volver la cabeza.

Anders, el guarda de la estación, yacía en un rincón sobre su camastro, con la manta subida de cualquier modo hasta cubrir sus calzones. Una jarra de barro

estaba volcada cerca de él; gran parte del vino que contenía se había derramado, empapándole el pelo.

Volvió a roncar y gimió como si tuviera una pesadilla.

Ninguna pesadilla puede ser tan mala como será tu futuro, pensó Orris con expresión sombría. Se acercó más, haciendo ondear su capa y miró a Anders sin ninguna piedad.

Sloat era capaz de planear un asesinato, pero siempre había sido Orris quien había emigrado una y otra vez para perpetrar el acto. Fue Orris en el cuerpo de Sloat quien intentó ahogar al lactante Jack Sawyer con una almohada mientras un locutor comentaba un combate de boxeo en la habitación contigua, Orris quien dirigió el asesinato de Phil Sawyer en Utah (y también el asesinato de su Gemelo, el príncipe plebeyo Philip Sawtelle, en los Territorios).

A Sloat le gustaba la sangre, pero últimamente era alérgico a ella como lo era Orris a la comida y el aire americanos. Era Morgan de Orris, en un tiempo apodado Morgan el de la Pata Coja, quien había ejecútalo los actos planeados por Sloat.

Mi hijo murió; el suyo todavía vive. El hijo de Sawtelle murió;el de Sawyer todavía vive. Pero estas cosas pueden remediarse. Serán *remediadas. No tendrás tu Talismán, amiguito. Los dos recibiréis una versión radiactiva de Oatley; ambos debéis una muerte a los platillos de la balanza. Dios da en sus clavos.*— Y si Dios no lo hace, podéis estar seguros de que lo haré yo —dijo en voz alta.

El hombre que yacía en el suelo volvió a gemir, como si lo hubiera oído. Orris dio un paso más hacia él, quizá con intención de despertarle a puntapiés, y de pronto ladeó la cabeza. Oyó ruido de cascos en la distancia, el débil crujido y el tintineo de los arneses y los roncos gritos de los conductores.

Debía ser Osmond. Muy bien. Osmond se encargaría de este asunto; él no tenía gran interés en interrogar a un hombre con resaca cuyas contestaciones conocía de antemano.

Orris cojeó hasta la puerta, la abrió y contempló el magnífico amanecer de los Territorios, teñido de color melocotón. De esta dirección —la del amanecer — procedían los sonidos de los jinetes que se aproximaban. Se permitió a sí mismo absorber un momento aquel hermoso resplandor y luego se volvió de nuevo hacia el oeste, donde el cielo tenía aún el color de una magulladura reciente. La tierra estaba a oscuras… excepto donde el primer rayo el sol

rebotaba .en un par de brillantes líneas paralelas.

Muchachos, os dirigís hacia vuestras muertes, pensó Orris con satisfacción… Y de pronto se le ocurrió una idea que aún le causó una satisfacción mayor: sus muertes ya podrían haberse producido.

—Bien —dijo Orris, cerrando los ojos.

Un momento después, Morgan Sloat agarraba la manecilla de la puerta del pequeño teatro de la escuela Thayer, volviendo a abrir los ojos y planeando su viaje de regreso a la costa oeste.

Quizá es hora de viajar un poco por el sendero de los recuerdos —pensó—. A una ciudad de California llamada Point Venuti. Primero, tal vez, un viaje al este —una visita a la Reina— y luego…

—La brisa marina —dijo al busto de Pallas— me sentará bien. Se agachó y cruzó el umbral, olió otra vez el trasquilo que llevaba en el bolsillo (apenas notando ahora los olores de la lona y el maquillaje) y, refrescado de este modo, caminó colina abajo hacia su coche.

-IV-

El Talismán

Capítulo 34

ANDERS

1

Jack se dio cuenta de repente de que, aunque seguía corriendo, corría por el aire, como un personaje de tira cómica que tiene tiempo de una sorprendida y tardía reacción antes de caer seiscientos metros en picado. Pero no eran seiscientos metros. Tuvo tiempo —el tiempo justo— de comprender que la tierra firme había desaparecido y entonces cayó casi dos metros, sin dejar de correr. Se tambaleó y podría haberse mantenido en pie si Richard no se hubiera caído encima de él, arrastrándole en sus tumbos.

—*¡Cuidado, Jack!* —gritaba Richard, quien por lo visto no estaba interesado en seguir su propio consejo, porque tenía los ojos firmemente cerrados—. *¡Cuidado con el lobo! ¡Cuidado con el señor Dufrey! ¡Cuidado con…!*

—¡Basta, Richard! —Aquellos gritos entrecortados le asustaban más que cualquier otra cosa. Richard parecía loco, completamente loco—. ¡Cállate, todo va bien! ¡Se han ido!

—*¡Cuidado, Jack! ¡Cuidado, Jack! ¡Cuidado, cuidado…! Jack!*

—¡Richard, se han *ido!* ¡Mira a tu alrededor, por el amor de Jason! —Jack no había tenido ocasión de hacerlo, pero sabía que lo habían conseguido: el aire era todavía tranquilo y dulce y la noche silenciosa excepto por una leve brisa

agradablemente cálida.

—*¡Cuidado, Jack! ¡Cuidado, Jack! ¡Cuidado, cuidado…!* Como un eco maligno dentro de la cabeza, oyó el coro de los muchachos-perros frente a Nelson House: *¡Despierrta, despierrta, despierrta! ¡Porfavor, porfavor, porfavor!*

—*¡Cuidado, Jack!* —gimió Richard. Tenía la cara apretada contra la tierra y parecía un musulmán muy ferviente decidido a hacer las paces con Alá—. ¡CUIDADO! ¡EL LOBO! ¡LOS PREFECTOS! ¡EL DIRECTOR! ¡CUIDA…!

Lleno de pánico ante la idea de que Richard estuviera efectivamente loco, Jack levantó la cabeza de su amigo, agarrándole por el cuello, y le propinó una bofetada.

Las palabras de Richard se interrumpieron en seco. Se quedó mirando a Jack con la boca abierta y éste vio la forma de su propia mano marcándose en la mejilla pálida de Richard, un leve tatuaje de color rojo. Su vergüenza cedió el paso a la urgente curiosidad de saber exactamente dónde se encontraban. Había luz; de lo contrario no habría podido ver aquella marca.

Una respuesta parcial a la pregunta surgió de sí mismo; era cierto e indiscutible… por lo menos en apariencia. *Las Avanzadas, Jack-O. Ahora estás en las Avanzadas.* Pero antes de que pudiera reflexionar sobre ello, tenía que intentar tranquilizar a Richard.

—¿Estás bien, Richie?

Éste miraba a Jack con una expresión de dolida sorpresa.

—Me has pegado, Jack.

—Te he abofeteado. Es lo que conviene hacer con las personas histéricas.

—¡Yo no estaba histérico! No he estado histérico en mi vi… —Richard se interrumpió y se puso en pie de un salto, mirando con angustia a su alrededor—. ¡El lobo! ¡Debemos protegemos del lobo, Jack! ¡Si podemos llegar al otro lado de la valla, no nos cogerá!

Habría echado a correr en la oscuridad en aquel mismo momento hacia una valla de alambre y metal que ahora estaba en otro mundo si Jack no le hubiese retenido, agarrándole del brazo.

—El lobo ya no está, Richard.

—¿Qué?

—Lo hemos conseguido.

—¿De qué estás hablando…?

—¡De los Territorios, Richard! ¡Estamos en los Territorios! ¡Hemos dado el salto! —*Y casi me has arrancado el brazo, incrédulo*, pensó Jack, frotándose el hombro dolorido. *La próxima vez que intente traer a alguien, buscaré a un niño de verdad, que aún crea en el papá Noel y en el conejillo de Pascua.*

—Esto es ridículo —dijo lentamente Richard—. Los Territorios no existen, Jack.

—Si no existen —replicó Jack—, ¿cómo es que aquel lobo grande y blanco ya no te muerde el trasero? ¿O tu maldito director?

Richard miró a Jack, abrió la boca para decir algo y volvió a cerrarla. Miró a su alrededor, esta vez con un poco más de atención (o así lo esperaba Jack). Jack le imitó, disfrutando del calor y la diafanidad del aire. Morgan y su pandilla de serpientes podían llegar en cualquier momento, pero en este instante era imposible no sentir el placer puro y sensual de estar nuevamente aquí.

Se hallaban en un campo de hierba alta y amarillenta que tenía unas espigas barbudas —no era trigo, pero algo semejante; un cereal comestible, desde luego — y se extendían en todas direcciones. La brisa templada la mecía, formando unas olas misteriosas y muy bellas. A la derecha, sobre una toma, se levantaba un edificio de madera iluminado por una linterna sujeta a una estaca; dentro de la linterna ardía una llama amarilla casi demasiado intensa para mirarla directamente. Jack se fijó en que el edificio era octogonal. Los dos muchachos habían entrado en los Territorios al borde del círculo de luz de aquella linterna… y al otro lado había algo, algo metálico que refractaba la luz, proyectando cortos destellos. Jack guiñó los ojos ante el débil resplandor plateado… y entonces lo comprendió y sintió algo que no fue tanto extrañeza como la impresión de una esperanza cumplida; fue como si dos grandes piezas de un rompecabezas, una en los territorios americanos y la otra aquí, acabaran de colocarse en su sitio.

Eran raíles. Y aunque resultaba imposible ver la dirección en la oscuridad, Jack creía saber hacia dónde se dirigían aquellos raíles:

Hacia el Oeste.

2

—Vamos —dijo Jack.

—No quiero ir allí —contestó Richard.

—¿Por qué no?

—Pasan cosas demasiado raras. —Richard se humedeció los labios—. Podría haber cualquier cosa en el interior de ese edificio. Perros. Gente chalada. —Volvió a humedecerse los labios—. Chinches.

—Ya te he dicho que ahora estamos en los Territorios. Aquella locura se ha desvanecido; aquí todo es puro. Diablos, Richard, ¿es que no lo *hueles?*

—Los *Territorios* no existen —repitió Richard con voz débil.

—Mira a tu alrededor.

—No —se obstinó Richard, con la voz todavía más débil, la voz de un niño terco y exasperante.

Jack arrancó un puñado de la hierba peluda.

—¡Mira esto!

Richard volvió la cabeza y Jack tuvo que reprimir el impulso de sacudirle.

En lugar de esto, tiró la hierba, contó mentalmente hasta diez y empezó a subir por la pendiente. Se miró y vio que ahora llevaba una especie de zahones de cuero. Richard vestía casi igual que él, con un pañuelo rojo anudado al cuello que parecía sacado de un cuadro de Frederick Remington. Jack se tocó el cuello y comprobó que él también lo llevaba. Se palpó el cuerpo y descubrió que el abrigo maravillosamente cálido de Myles P. Kiger era ahora una especie de sarape mexicano. *Apuesto algo a que parezco un anuncio de Taco Bell*, pensó, divertido.

Una expresión de pánico extremo se dibujó en la cara de Richard al ver a Jack subir la loma, dejándole solo.

—¿Adonde vas?

Jack miró a Richard y volvió sobre sus pasos. Puso las manos en los hombros de Richard y le miró a los ojos.

—No podemos quedamos aquí —explicó—. Algunos de ellos deben habernos visto desaparecer. Es posible que no puedan seguirnos y también es posible que puedan hacerlo, no lo sé. Lo único que sé acerca de las leyes que gobiernan todo esto es lo mismo que sabe un niño de cinco años sobre el magnetismo y todo cuanto sabe del tema un niño de cinco años es que a veces los imanes se atraen y otras se repelen. Sin embargo, de momento no necesito

saber nada más. Tenemos que irnos de aquí. Fin de la historia.

—Estoy soñando todo esto. Sé que es un sueño. Jack indicó el destartalado edificio de madera.

—Puedes venir o puedes quedarte aquí. Si prefieres quedarte, te vendré a buscar cuando haya examinado el interior.

—Nada de todo esto sucede de verdad —dijo Richard. Sus ojos sin gafas estaban muy abiertos y parecían planos y algo turbios. Miró un momento hacia el cielo negro de los Territorios, cuajado de estrellas desconocidas, se estremeció y desvió la vista—. Tengo fiebre. Es la gripe. Ha habido muchos casos de gripe. Estoy delirando y tú eres un personaje de mi delirio, Jack.

—Bueno, mandaré a alguien al Sindicato de Actores de Delirio para recibir la tarjeta de socio en cuanto tenga ocasión —dijo Jack—, pero mientras tanto, ¿por qué no te quedas aquí tranquilo, Richard? Si nada de esto sucede de verdad, no tienes por qué preocuparte.

Volvió a subir la cuesta, pensando que bastarían unas cuantas conversaciones más con Richard del estilo de *«Alicia toma el té»* para convencerse de que *él* también estaba loco.

Estaba a media pendiente cuando Richard le alcanzó.

—Habría bajado a buscarte —dijo Jack.

—Ya lo sé —contestó Richard—, pero he pensado que era mejor venir contigo. Por lo menos, mientras todo esto sea un sueño.

—Bueno, no abras el pico si hay alguien arriba —recomendó Jack—. Creo que sí, me ha parecido ver a una persona mirándome desde aquella ventana.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Richard. Jack sonrió.

—Tocar de oído, Richie, muchacho —respondió—. Esto es lo que he estado haciendo desde que abandoné New Hampshire. Tocar de oído.

3

Llegaron al porche. Richard se agarró al hombro de Jack con toda la fuerza de su pánico y Jack se volvió hacia él, fastidiado; se estaba cansando de los agarrones patentados de Richard.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Es un sueño, no cabe duda —dijo Richard—, y puedo probarlo.

—¿Cómo?

—*¡Ya no hablamos en inglés, Jack! Hablamos en otra lengua y ala perfección, ¡pero no es inglés! —Sí* —respondió Jack—. *Es extraño, ¿verdad?*

Subió los escalones, dejando a Richard con la boca abierta.

4

A los pocos momentos Richard se recobró y subió los escalones detrás de Jack. Los listones de madera estaban gastados, sueltos y resquebrajados; entre ellos crecían tallos de aquella hierba barbuda. Los dos muchachos oían en la oscuridad el soñoliento zumbido de los insectos —no era el grito chillón de los grillos, sino un sonido más dulce—; había muchas cosas más dulces a este lado, pensó Jack.

Pasaron ante la linterna exterior y sus sombras se les adelantaron en el porche, formando ángulos rectos cuando llegaron a la puerta. Encima de ésta pendía un letrero viejo y descolorido. Jack creyó por un momento que estaba escrito en extrañas letras cirílicas, tan indescifrables como si fuera ruso, pero de pronto las reconoció y la palabra no fue ninguna sorpresa: ESTACIÓN.

Jack levantó la mano para llamar, pero entonces meneó la cabeza. No, no llamaría. No se trataba de una vivienda particular; el letrero decía ESTACIÓN y él asociaba esta palabra con edificios públicos: lugares donde se esperaba a los autocares Greyhound y a los trenes Amtrak, zonas de carga para los camiones.

Empujó la puerta y una luz acogedora y una voz decididamente hostil resonaron juntas en el porche.

—*¡Márchate, demonio!* —chilló la voz destemplada—. *¡Vete, me iré por la mañana! ¡Lo juro! ¡Márchate! Juré que. me iría y me iré, así que ahora lárgate… ¡lárgate y déjame en paz!*

Jack frunció el ceño y Richard abrió la boca. La habitación estaba limpia pero era muy vieja. Los listones estaban tan gastados que las paredes parecían onduladas. En una de ellas pendía el grabado de una diligencia que parecía

grande como un ballenero. Un mostrador muy antiguo, cuya superficie se veía casi tan rizada como las paredes, dividía la habitación por el centro. Detrás de él, en la pared del fondo, colgaba una pizarra en la que había dos columnas de horarios, una encabezada por LLEGADA POSTAS y la otra por SALIDA POSTAS. Mirando el antiguo mostrador, Jack adivinó que hacía mucho tiempo que no se facilitaba información en esta pizarra; pensó que si alguien intentaba escribir en ella con un trozo de yeso, caería partida en pedazos sobre el gastado pavimento.

En un lado del mostrador había el reloj de arena más grande que Jack había visto en su vida; tenía el tamaño de un magnum de champaña y estaba lleno de arena verde.

—Déjame en paz, ¿quieres? ¡He prometido que me marcharé y cumpliré mi palabra! ¡Por favor, Morgan! ¡Ten piedad! Lo he prometido y, si no me crees, ¡entra en el cobertizo! El tren está preparado, ¡juro que está preparado!

Hubo muchos más graznidos en la misma vena. El hombre viejo y fornido que los profería estaba acurrucado en la esquina del lado derecho de la habitación. Jack adivinó que debía medir dos metros como mínimo; incluso en su servil postura actual, el bajo techo de la Estación sólo sobrepasaba a su cabeza en diez centímetros escasos. Podía tener setenta años o tal vez ochenta bien conservados. Una nivea barba le empezaba bajo los ojos y caía en cascada de finas guedejas sobre su pecho. Tenía los hombros anchos, aunque ahora estaban tan encogidos que daban la impresión de que alguien los había roto al obligarle a cargar grandes pesos en el curso de muchos años. Profundas patas de gallo surcaban la piel que rodeaba sus ojos y grandes arrugas ondulaban su frente. La tez era de un amarillo céreo. Llevaba un tonelete blanco recamado con hilos de color escarlata y era evidente que estaba muy asustado. Blandía un palo grueso, pero sin ninguna autoridad.

Jack se volvió a mirar a Richard cuando el viejo mencionó el nombre del padre de éste, pero Richard no se hallaba en situación de advertir pequeños detalles como aquél.

—No soy el que piensas —dijo Jack, avanzando hacia el anciano.

—¡Márchate! —gritó este último—. *¡No me engañarás! ¡Incluso el demonio puede adoptar una cara agradable! ¡Márchate! ¡Yo también me iré! ¡Está listo y me iré a primera hora de la mañana! ¡Dije que me iría y lo cumpliré, pero ahora márchate, por favor!*

La mochila era ahora un morral que colgaba del brazo de Jack. Cuando el muchacho llegó hasta el mostrador, rebuscó dentro del morral, apartando a un lado el espejo y los nudosos palos de dinero. Cerró los dedos en tomo a lo que quería y lo sacó; era la moneda que el capitán Farren le había dado hacía tanto tiempo, la moneda con la Reina en una cara y el grifón en la otra. La puso con gran cuidado sobre el mostrador y la luz suave de la estancia iluminó el bello perfil de Laura DeLoessian, que nuevamente le impresionó por su gran similitud con el perfil de su madre. *¿Se parecían tanto al principio? ¿O quizá ocurre que veo más el parecido a medida que pienso más en ellas? ¿O estaré acercándolas de alguna manera, fundiéndolas en una sota persona?*

El anciano se acurrucó todavía más al ver a Jack aproximarse al mostrador; empezó a dar la impresión de que acabaría atravesando la pared trasera del edificio. Sus palabras volvieron a fluir en un galimatías histérico. Cuando Jack golpeó el mostrador con la moneda como el malo de una película del Oeste exigiendo un trago, el galimatías cesó y el viejo miró fijamente la moneda con los ojos muy abiertos y las comisuras, húmedas de saliva, temblando de emoción. Los ojos agrandados se alzaron hasta la cara de Jack, viéndola realmente por primera vez.

—Jason —susurró con voz trémula, desprovista de la débil insolencia anterior, temblando ahora no de miedo, sino de respeto—. ¡Jason!

—No —dijo Jack—, mi nombre es… —Entonces se detuvo, comprendiendo que la palabra que pronunciaría en este extraño lenguaje no sería *Jack* sino…

—*¡Jason!* —gritó el anciano, cayendo de rodillas—. ¡Jason, has venido! ¡Has venido y todo irá bien, todo irá bien, todo irá bien, todo irá bien, todas las cosas irán bien!

—Oye —protestó Jack—, oye, yo no…

—*¡Jason! ¡Jason ha venido y la Reina sanará, sí, y todas las cosas irán bien!*

Jack, menos preparado para afrontar esta llorosa adoración que los truculentos y aterrados discursos del guarda de la estación, se volvió hacia Richard… pero éste no podía prestarle ayuda. Se había acostado en el suelo, a la izquierda de la puerta, y o bien estaba dormido o hacía una buena imitación del sueño.

—Oh, mierda —gimió Jack.

El anciano, de rodillas, murmuraba y lloraba. La situación degeneraba con rapidez de lo meramente ridículo en lo cósmicamente cómico. Jack encontró la parte del mostrador que podía alzarse y pasó al otro lado.

—Levántate, servidor bueno y fiel —dijo. Se preguntó vagamente si Jesucristo o Buda habrían tenido problemas como éste—. Ponte en pie, amigo.

—*¡Jasan! ¡Jason!* —sollozó el anciano. Su melena blanca oscureció los pies calzados con sandalias de Jack cuando se inclinó para besárselos… no con besos pequeños, no, sino con besos ruidosos y fuertes. Jack empezó a emitir una risita entre dientes, sin saber qué hacer. Había logrado salir de Illinois y aquí estaban en una destartalada estación en el centro de un gran campo de un cereal que no era trigo, en algún punto de las Avanzadas, y Richard dormía junto a la puerta y este extraño viejo le besaba los pies, haciéndole cosquillas con la barba.

—*¡Levántate!* —gritó, riendo entre dientes. Trató de retroceder, pero tropezó con el mostrador—. *¡Levántate, oh, buen servidor! {Ponte sobre tus malditos pies, ya es suficiente!*

—*¡Jason! ¡Un beso! ¡Todo irá bien! ¡Un beso, otro beso!Y todas las cosas irán bien* —pensó Jack tontamente, riendo mientras el viejo le besaba los dedos de los pies—. *No sabía que leían a Robert Burns aquí en los Territorios, pero supongo que así es…Un beso y otro y otro. Oh, basta. No puedo soportarlo más.*
—*¡LEVÁNTATE!* —gritó con todas sus fuerzas y por fin el anciano se puso en pie, temblando, llorando, incapaz de mirar a los ojos de Jack. Sin embargo, sus enormes hombros se habían enderezado un poco, habían perdido aquella postura humillante, y Jack se alegraba de ello.

5

Pasó una hora larga antes de que Jack consiguiera entablar una conversación coherente con el anciano. *Empezaban* a hablar, y entonces Anders, que era un lacayo de oficio, se enzarzaba en otro de sus galimatías en tomo a «Oh, Jason, mi Jason, eres grande» y Jack tenía que calmarle a toda prisa… sobre todo antes de que volviera a besarle los pies. A pesar de todo, a Jack le gustaba el anciano y le comprendía. Para comprenderle sólo tenía que imaginar los propios

sentimientos si Jesús o Buda aparecieran de repente en el garaje local o en la cola para el almuerzo en la escuela. Y tenía que reconocer un hecho claro y real: en parte, no estaba del todo sorprendido por la actitud de Anders. Aunque se sentía Jack, poco a poco se iba sintiendo cada vez más… el otro.

Pero el otro había muerto.

Esto era verdad; no podía negarse. Jason había muerto y era probable que Morgan de Orris hubiera tenido algo que ver con su muerte. Pero los tipos como Jason sabían cómo volver, ¿no?

Jack no consideró perdido el tiempo que Anders tardó en hablar porque le permitió asegurarse de que Richard no estaba fingiendo y dormía de verdad. Esto era bueno porque Anders tenía mucho que decir sobre Morgan.

En un tiempo, dijo, esta estación había sido la última del mundo conocido y ostentaba el eufónico nombre de Estación de las Avanzadas. Una vez rebasada la estación, añadió, el mundo se convertía en un lugar monstruoso.

—¿Monstruoso en qué sentido? —preguntó Jack.

—Lo ignoro —respondió Anders, encendiendo su pipa. Miró hacia la oscuridad y su rostro se entristeció—. Existen historias acerca de las Tierras Arrasadas, pero cada una es diferente de las demás y siempre empiezan más o menos así: «Conozco a un hombre que conoció a un hombre que se perdió durante tres días en las Tierras Arrasadas y dijo…» Pero nunca he oído una historia que empiece por: «Me perdí durante tres días al borde de las Tierras Arrasadas y digo…» ¿Ves la diferencia, mi señor Jason?

—La veo —contestó lentamente Jack. *Las Tierras Arrasadas.* Sólo el sonido del nombre le erizaba el vello de los brazos y el cogote—. Entonces, ¿nadie sabe cómo son?

—No con seguridad —dijo Anders—, pero si una cuarta parte de lo que he oído es cierta…

—¿Qué has oído?

—Que hay cosas tan monstruosas, que los horrores de las minas de Orris parecen casi normales. Que bolas de fuego ruedan por las colinas y lugares desiertos, dejando atrás largas huellas negras… que son negras durante el día pero que, según cuentan, resplandecen por la noche. Y si un hombre se acerca demasiado a una de esas bolas de fuego, se pone muy enfermo. Pierde el cabello y le salen llagas por todo el cuerpo; después empieza a vomitar y, si empeora,

que es lo más corriente, vomita y vomita hasta que el estómago y la garganta se le revienta y…

Anders se levantó.

—¡Señor! ¿Por qué miras de este modo? ¿Has visto algo en la ventana? ¿Has visto un fantasma en esos malditos raíles…?

Anders dirigió una mirada delirante hacia la ventana.

Envenenamiento por radiación —pensó Jack—. *Él no lo sabe, pero ha descrito los síntomas exactos del envenenamiento por radiación.*

Los dos habían estudiado las armas nucleares y las consecuencias de exponerse a la radiación en una conferencia sobre física el año anterior, porque su madre se interesaba por el movimiento antinuclear y el movimiento en contra de la proliferación de plantas nucleares y Jack había escuchado con mucha atención.

¡Qué bien encajaba en la idea general de las Tierras Arrasadas el envenenamiento por radiación! Y entonces comprendió otra cosa: era en el oeste donde se habían llevado a cabo las primeras pruebas, donde el prototipo de la bomba de Hiroshima había sido colgado de una torre y hecho explotar, donde gran número de suburbios habitados solamente por maniquíes de unos almacenes habían sido destruidos para que el ejército tuviera una idea más o menos aproximada del daño que podía causar una explosión nuclear. Y al final habían vuelto a Utah y Nevada, dos de los últimos territorios americanos *auténticos*, para reanudar las pruebas subterráneas. Sabía que el gobierno poseía una gran extensión de aquellos vastos desiertos, de aquellos montes, mesetas y terrenos baldíos, y que en ellos no sólo hacían experimentos con bombas.

¿Cuánta desolación de esta clase traería Sloat consigo a los Territorios si la Reina moría? ¿Cuánta había traído *ya*? ¿Sería esta cabeza de raíl una parte del sistema de transporte a emplear?

—No tienes buen aspecto, mi señor, te lo aseguro. Tu cara está blanca como el yeso, ¡te juro que es la verdad!

—Estoy muy bien —dijo Jack—. Siéntate y prosigue la historia. Y enciende tu pipa, que se ha apagado.

Anders se sacó la pipa de la boca, la volvió a encender y miró de Jack a la ventana y de nuevo a Jack… y ahora en su rostro no sólo se reflejaba la tristeza, sino el terror.

—Sin embargo, creo que pronto sabré si estas historias son ciertas.

—¿Por qué razón?

—Porque mañana al amanecer salgo hacia las Tierras Arrasadas —respondió Anders—. He de cruzarlas conduciendo esa máquina demoníaca de Morgan de Orris que hay en aquel cobertizo y transportando Dios sabe qué clase de horrible mercancía.

Jack le miró con fijeza; el corazón le palpitaba de tal modo, que la sangre le zumbaba en la cabeza.

—¿Hacia dónde? ¿Muy lejos? ¿Hasta el océano? ¿La gran extensión de agua?

Anders asintió con lentitud.

—Sí —contestó—, hasta el agua. Y… —Bajó la voz hasta que sólo fue un débil susurro y sus ojos miraron de reojo las ventanas oscuras, como si temiera que algo sin nombre acechase fuera para oír sus palabras.

—Y allí Morgan irá a recibirme y trasladaremos su mercancía.

—¿Adonde? —preguntó Jack.

—Al hotel negro —concluyó Anders con voz baja y temblorosa.

6

Jack sintió de nuevo la necesidad de prorrumpir en una carcajada nerviosa. *El hotel negro.*… sonaba como el título de una novela de misterio barata. Y no obstante… y no obstante… todo esto había empezado en un hotel, ¿no? El Alhambra de New Hampshire, en la costa atlántica. ¿Habría otro hotel, quizá otro hotel Victoriano monstruoso y aún más destartalado en la costa del Pacífico? ¿Sería allí donde terminaría su larga y extraña aventura? ¿En un lugar análogo al Alhambra, contiguo a un vulgar parque de atracciones? Esta idea resultaba muy convincente y de un modo extraño pero preciso parecía incluso encajar en aquel sistema de Gemelos y personalidades dobles…

—¿Por qué me miras así, mi señor?

Anders parecía agitado y nervioso. Jack desvió rápidamente la vista.

—Lo siento —dijo—. Estaba pensando. Sonrió para tranquilizarle y el

lacayo le correspondió con una sonrisa tímida.

—Y me gustaría que dejaras de llamarme así.

—¿Llamarte cómo, mi señor?

—Pues eso, mi señor.

—¿Mi señor? —Anders pareció perplejo. No repetía las palabras de Jack sino que pedía una clarificación. Jack intuyó que si intentaba seguir con este tema, acabarían haciéndose un lío.

—No importa —dijo y se inclinó hacia delante—. Quiero que me lo cuentes todo. ¿Puedes hacerlo?

—Lo intentaré, mi señor —contestó Anders.

7

Sus palabras fueron vacilantes al principio. Era un hombre soltero que había pasado toda su vida en las Avanzadas y no estaba acostumbrado a hablar mucho. Ahora le había ordenado hablar un muchacho a quien consideraba como mínimo un personaje de la realeza y quizá incluso alguien parecido a un dios. Poco a poco, sin embargo, sus palabras empezaron a tener más fluidez y hacia el final de su relato, que no fue muy concluyente pero sí tremendamente interesante, habló casi con precipitación. Jack no tuvo ninguna dificultad en seguir la historia a pesar del acento del hombre, que en su mente no cesaba de traducir a una especie de lenguaje gutural semejante al de Robert Burns.

Anders conocía a Morgan porque Morgan era, sencillamente, Señor de las Avanzadas. Su verdadero título, Morgan de Orris, no era muy noble, pero en la práctica ambos venían a ser lo mismo. Orris era el acantonamiento más oriental de las Avanzadas y la única parte realmente organizada de aquella extensa llanura, gobernada por Orris de un modo tan total y completo, que su gobierno apenas se dejaba sentir en el resto de las Avanzadas. Además, los Lobos malos habían empezado a gravitar hacia Morgan en los quince últimos años. Al principio, esto no significó mucho, porque había muy pocos Lobos malos (la palabra empleada por Anders sonaba un poco como *rabiosos* a los oídos de Jack). Sin embargo, en los últimos años su número había ido en aumento y

Anders dijo que había oído rumores de que, desde que la Reina había caído enferma, más de la mitad de la tribu de pastores había contraído la enfermedad. Anders añadió que no eran éstos los únicos seres que estaban a las órdenes de Morgan de Orris; había otros aún peores de los que se decía que podían volver loco a un hombre con una sola mirada.

—Jack pensó en Elroy, el monstruo del bar Oatley, y se estremeció.

—¿Tiene un nombre esta parte de las Avanzadas donde nos encontramos ahora? —preguntó a Anders.

—¿Qué, mi señor?

—Si tiene un nombre.

—Uno verdadero, no, mi señor, pero he oído llamarla Ellis-Breaks.

—Ellis-Breaks —repitió Jack. Un mapa de !a geografía de los Territorios, vago y seguramente incorrecto, empezó por fin a formarse en la mente de Jack. Había los Territorios, que correspondían al este de Estados Unidos; las Avanzadas, que correspondían al medio oeste y a las grandes llanuras (¿Ellis-Breaks? ¿Illinois? ¿Nebraska?); y las Tierras Arrasadas, que correspondían al oeste americano.

Miró a Anders tan larga y fijamente que al final el lacayo empezó a removerse, inquieto.

—Lo siento —dijo Jack—, continúa.

Anders explicó que su padre había sido el último conductor de diligencias que «viajaba al este» desde la Estación de las Avanzadas. Anders había sido su ayudante. Sin embargo, añadió, en aquellos tiempos existían grandes confusiones y tumultos en el este y, aunque la guerra había concluido con la coronación de la Buena Reina Laura, las rebeliones no habían cesado desde entonces, trasladándose siempre un poco más hacia el este desde las rebeldes y baldías Tierras Arrasadas. Algunos aseguraban que el mal se había iniciado en la punta extrema del oeste.

—No estoy seguro de comprenderte —dijo Jack, aunque en el fondo creía lo contrario.

—Donde termina la tierra —precisó Anders—, en la orilla de la gran agua, adonde yo me dirijo.

En otras palabras, se había iniciado en el mismo lugar de donde procedía mi padre… mi padre, yo, Richard… y Morgón. El viejo Sloat.

Los disturbios, agregó Anders, habían llegado a las Avanzadas y ahora la tribu de los Lobos estaba podrida en parte, nadie sabía hasta qué punto, aunque el lacayo dijo a Jack que acabarían pudriéndose todos si el mal no era atajado sin tardanza. Las rebeliones habían llegado hasta aquí y ahora incluso al mismo este, donde, según había oído decir, la Reina yacía enferma y próxima a la muerte.

—Esto no es cierto, ¿verdad, mi señor? —preguntó… casi suplicó Anders. Jack le miró.

—¿Acaso debo conocer la respuesta a esta pregunta? —inquirió.

—Claro —respondió Anders—. ¿No eres su hijo?

Durante un momento, Jack tuvo la impresión de que el mundo entero se detenía. El dulce zumbido de los insectos enmudeció. Richard pareció hacer una pausa entre dos profundas y lentas inspiraciones.

Incluso su propio corazón pareció detenerse… quizá más que todo lo otro.

Entonces, con la voz perfectamente normal, contestó:

—Sí… soy su hijo. Y es cierto… está muy enferma.

—Pero, ¿moribunda? —insistió Anders, con la mirada suplicante—. ¿Se está muriendo, mi señor? Jack esbozó una sonrisa y dijo:

—Esto ya lo veremos.

8

Anders dijo que hasta que comenzaron los disturbios, Morgan de Orris era el señor de un estado fronterizo a quien pocos conocían y nada más; había heredado su título de opereta de su padre, un sucio y maloliente bufón, el hazmerreír de todos mientras vivió y cómico hasta en su modo de morirse.

—Se le soltaron los intestinos después de un día de beber vino de melocotón y murió de diarrea.

La gente estaba dispuesta a convertir en otro bufón al hijo del anciano borracho, pero las risas enmudecieron poco después de que empezaran las ejecuciones en Orris. Y cuando se iniciaron los disturbios en los años posteriores a la muerte del viejo Rey, Morgan creció en importancia como se eleva en el cielo una estrella de mal agüero.

Todo esto significaba muy poco en este lejano rincón de las Avanzadas; estos grandes espacios vacíos, dijo Anders, hacían parecer insignificante la política. Lo único que marcó una diferencia real para ellos fue el mortífero cambio en la tribu de los Lobos, y como la mayoría de los Lobos malos se fueron al Otro Lugar, ni siquiera esto alteró mucho su vida («Nos fastidia poco, mi señor», fue lo que los oídos de Jack parecieron captar).

Entonces, poco después de que la noticia de la enfermedad de la Reina llegara a este remoto lugar del oeste, Morgan envió al este a un gran número de los grotescos y retorcidos esclavos de las minas; cuidaban de estos esclavos Lobos secuestrados y otras criaturas aún más extrañas. Su capataz era un hombre terrible que empuñaba un látigo; había estado aquí casi constantemente cuando empezó el trabajo, pero luego desapareció. Anders, que había pasado la mayor parte de aquellas terribles semanas y meses agazapado en su casa, que estaba a unos ocho kilómetros al sur de aquí, se alegró mucho de su marcha. Había oído rumores de que Morgan había llamado al este al hombre del látigo, pues la situación en aquellos lugares se encontraba en un punto de máxima tensión; Anders ignoraba si esto era cierto y no le importaba. Simplemente, se alegró de la marcha de aquel hombre, que a veces iba acompañado por un chico pequeño muy flaco, de aspecto horroroso.

—Su nombre —exigió Jack—. ¿Cuál era su nombre?

—No lo sé, mi señor. Los Lobos le llamaban El de los Látigos. Los esclavos le daban el nombre de demonio y yo diría que ambas partes tenían razón.

—¿Vestía con elegancia? ¿Levitas de terciopelo? ¿Zapatos con hebillas sobre el empeine, tal vez? Anders asintió.

—¿Olía mucho a perfume?

—¡Sí, sí, en efecto!

—Y el látigo tenía colas de cuero rematadas por puntas de metal.

—Así es, mi señor. Un látigo maligno. Y él era muy diestro usándolo, ya lo creo que sí.

Era Osmond. Era Sol Gardener. Estaba aquí, dirigiendo algún proyecto para Morgan… Entonces la Reina cayó enferma y Osmond fue llamado de nuevo al palacio de verano, donde tuve el gusto de conocerle.—¿Y su hijo? —preguntó Jack—. ¿Cómo era su hijo?

—Flaco —contestó despacio Anders—, con un ojo tuerto. No recuerdo nada

más. Señor… el hijo del Hombre del Látigo era difícil de ver. Los Lobos parecían temerle más que a su padre, aunque el hijo no llevaba látigo. Decían que era *oscuro.*

—Oscuro —repitió Jack.

—Sí. Es su palabra para designar a uno difícil de ver, por muy fijamente que se mire. La invisibilidad es imposible —dicen los Lobos—, pero uno puede volverse *oscuro* si conoce el truco. La mayoría de Lobos lo conocen y este pequeño hijo de puta también. Así que sólo recuerdo de él que tenía un ojo ciego y que era feo y negro como un pecado sifilítico.

Anders hizo una pausa.

—Le gustaba atormentar a los seres pequeños. Solía llevarlos bajo el porche y yo oía los chillidos más horribles… —Anders se estremeció—. Éste fue uno de los motivos por los que no salía de casa; no me gusta oír chillar a los animales torturados. Me produce una sensación terrible, de verdad.

Todo cuanto decía Anders planteaba cien nuevas preguntas a la mente de Anders. Le habría gustado escuchar en especial todo lo que Anders sabía sobre los Lobos; sólo oírlos mencionar despertaba en él de modo simultáneo placer y una profunda y dolorosa nostalgia de *su* Lobo.

Pero el tiempo apremiaba; este hombre tenía orden de salir por la mañana hacia el oeste, a las Tierras Arrasadas; en cualquier momento poaia irrumpir desde lo que el lacayo llamaba el Otro Lugar una horda de estudiantes dementes conducidos por el propio Morgan y Richard podía despertarse y preguntar quién era este Morgan del cual hablaban y quién era este chico *oscuro,* el chico oscuro que recordaba sospechosamente al muchacho que ocupaba la habitación contigua en Nelson House.

—Vino esta chusma —murmuró Jack— y Osmond era su capataz… por lo menos hasta que le llamaron o cuando tenía que ir a dirigir las devociones vespertinas en Indiana…

—¿Mi señor? —El rostro de Anders volvía a expresar perplejidad.

—Vinieron y… ¿qué construyeron? —Estaba seguro de conocer la respuesta, pero quería oírla de labios de Anders.

—Los raíles, naturalmente —respondió Anders—, los raíles que van al oeste, a las Tierras Arrasadas. Los raíles por los que he de viajar mañana.

Se estremeció.

—No —dijo Jack. Una excitación cálida y terrible estalló en su pecho como un sol. Se levantó. De nuevo oyó aquel clic en su cabeza, aquella sensación sobrecogedora y categórica de que una gran pieza acababa de encajar en su sitio.

Anders cayó de hinojos cuando una luz terrible y hermosa iluminó el semblante de Jack. Richard se movió al oír el ruido y se incorporó, soñoliento.

—Tú, no —dijo Jack—. Yo. Y él —añadió, señalando a Richard.

—Jack… —Richard le miró con ojos miopes y medio dormidos, lleno de confusión—. ¿De qué estás hablando? ¿Y por qué este hombre está olfateando el suelo?

—Mi señor… irás, claro… pero no comprendo…

—Tú, no —repitió Jack—. Nosotros. Tomaremos el tren en tu lugar.

—Pero, ¿por qué, mi señor? —inquirió Anders, sin atreverse

aún a levantar la vista.

Jack Sawyer miró hacia la oscuridad.

—Porque creo que hay algo al final de los raíles —dijo—, al final de los raíles o muy cerca del final, que debo recoger.

Interludio

SLOAT EN ESTE MUNDO (IV)

El diez de diciembre, un Morgan Sloat muy abrigado se hallaba sentado en una pequeña e incómoda silla de madera junto a la cabecera de la cama de Lily Sawyer; tenía frío, de modo que conservaba bien cruzado el voluminoso abrigo de *cashmere* y las manos metidas en los bolsillos, pero se divertía mucho más de lo que daba a entender su aspecto. Lily se moría. Se iba muy lejos, a aquel lugar del que no se vuelve jamás, ni siquiera aunque se sea una Reina y se muera en una cama grande como un campo de fútbol.

La cama de Lily no era tan regia y ella no se parecía en nada a una Reina. La enfermedad le había robado la belleza, adelgazado su rostro y añadido de golpe veinte años a su edad. Sloat posó atentamente los ojos en los pómulos prominentes, en la frente que parecía un caparazón hueco. El cuerpo enflaquecido apenas abultaba bajo las sábanas y mantas. Sloat sabía que el Alhambra había sido bien pagado para que dejaran en paz a Lily Cavanaugh Sawyer, porque era él quien lo había pagado. Ya no se molestaban en calentarle la habitación. Era el único huésped del hotel. Además del recepcionista y el cocinero, los únicos empleados que seguían en el Alhambra eran tres camareras portuguesas que pasaban el tiempo limpiando el vestíbulo y debían ser ellas quienes habían tapado a Lily con todas aquellas mantas. El propio Sloat se había adueñado de la *suite* de enfrente y ordenado al recepcionista y las camareras que vigilasen bien a Lily.

Para ver si abría los ojos, dijo:

—Tienes mejor aspecto, Lily. Creo ver realmente señales de mejoría.

Moviendo sólo los labios, Lily contestó:

—No sé por qué finges ser humano, Sloat.

—Soy el mejor amigo que tienes —respondió · Sloat. Ahora ella abrió los ojos y Sloat los encontró demasiado brillantes para su gusto.

—Sal de aquí —murmuró—. Eres obsceno.

—Intento ayudarte y me gustaría que lo recordaras. Tengo todos los documentos, Lily. Tú sólo has de firmarlos. Cuando lo hayas hecho, tú y tu hijo recibiréis una cantidad vitalicia. —Miró a Lily con una especie de sombría satisfacción—. Por cierto, no he tenido mucha suerte en localizar a Jack. ¿Has hablado con él últimamente?

—Sabes que no —contestó ella, sin llorar, como él había esperado.

—Creo firmemente que el chico deberia estar aquí.

—Vete al infierno —dijo Lily.

—Voy a usar tu cuarto de baño, si no te importa —observó él, levantándose. Lily cerró los ojos, haciendo caso omiso de sus palabras—. Espero que no esté en ningún apuro, por lo menos —añadió Sloat, rodeando la cama con lentitud—. En la carretera pasan cosas horribles a los chicos. —Lily no reaccionó—. Cosas que prefiero no pensar. —Llegó a los pies de cama y continuó hacia la puerta del cuarto de baño. Lily yacía bajo las sábanas y mantas como un trozo arrugado de papel de seda. Sloat entró en el cuarto de baño.

Se frotó las manos, cerró la puerta y abrió los dos grifos del lavabo. Extrajo del bolsillo de la chaqueta un pequeño frasco marrón de dos gramos y del bolsillo interior una cajita que contenía un espejo, una navaja y una corta paja de metal. Esparció con esmero en el espejo un octavo de gramo de la más pura cocaína peruana que había podido encontrar y a continuación la aplastó ritualmente con la hoja, formando dos moníoncitos alargados. Succionó el polvo con la paja de metal, resolló, inhaló con fuerza y contuvo el aliento uno o dos segundos. «Aah.» Sus tabiques nasales se abrieron como túneles y en el fondo, la droga empezó a caer. Sloat puso las manos bajo el chorro de agua y, por el bien de su nariz, llevó un poco de humedad a las ventanas con el pulgar y el índice. Luego se secó las manos y la cara.

Ese bonito tren —se permitió pensar—, *ese tren tan, tan bonito. Creo que*

estoy más orgulloso de él que de mi propio hijo.

Morgan Sloat disfrutó con la visión del precioso tren, que era el mismo en ambos mundos y la primera manifestación concreta de su plan largamente acariciado de importar tecnología moderna en los Territorios. El tren llegaría a Point Venuti con su útil cargamento. ¡Point Venuti! Sloat sonrió mientras la cocaína estallaba en su cerebro, llevando su habitual mensaje de que todo iría bien, todo iría bien. El pequeño Jack Sawyer sería un muchacho muy afortunado si salía *alguna* vez de la extraña localidad de Point Venuti. De hecho, sería muy afortunado si conseguía llegar, teniendo en cuenta que debería cruzar antes las Tierras Arrasadas. Sin embargo, la droga recordó a Sloat que en muchos aspectos sería mejor que Jack consiguiera llegar al peligroso y tortuoso Point Venuti, incluso que sobreviviera a su visita al hotel negro, que no era solamente tablones y clavos, ladrillos y piedra, sino también algo vivo… porque era posible que saliera con el Talismán en sus manos de ladrón. Y si ocurría esto…

Sí, si aquel hecho maravilloso se produjera, todo iría realmente muy bien.

Y tanto Jack Sawyer como el Talismán quedarían partidos en dos,

Y él, Morgan Sloat, poseería por fin el cuadro que su talento merecía. Durante un segundo se imaginó a sí mismo extendiendo los brazos sobre vastas extensiones cuajadas de estrellas, sobre mundos superpuestos como amantes en un lecho, sobre todo lo que protegía el Talismán y todo lo que había ambicionado cuando compró el Agincourt años atrás. Jack podía conseguir todo aquello para él. Dulzura. Gloria.

Para celebrar este pensamiento, Sloat volvió a extraer del bolsillo el frasco de cocaína y no se molestó en seguir el ritual de la navaja y el espejo, sino que usó simplemente la cucharilla adjunta para llevarse el polvo blanco y medicinal primero a una ventana de la nariz y luego a la otra. Dulzura, sí.

Volvió al dormitorio, aspirando por la nariz. Lily parecía un poco más animada, pero el estado de ánimo de Sloat era tan bueno, que incluso esta prueba de mejoría no le puso de mal humor. Los ojos de Lily, brillantes y hundidos en los círculos de hueso, le seguían.

—Tío Sloat tiene una nueva y repugnante costumbre —dijo ella.

—Y tú estás moribunda —replicó él—. ¿Qué preferirías?

—Toma más de esa porquería y tú también estarás moribundo.

Impertérrito ante esta hostilidad, Sloat volvió a la desvencijada silla de madera.

—Por el amor de Dios, Lily, sé adulta. Todo el mundo toma cocaína en la actualidad. Estás desconectada… lo has estado durante años. ¿Quieres probar un poco? —Se sacó el frasco del bolsillo y lo hizo oscilar, moviendo la cadena sujeta a la cucharilla.

—Sal de aquí.

Sloat acercó más el frasco a su rostro.

Lily se incorporó en la cama con la celeridad de una serpiente que ataca y le escupió a la cara.

—¡Perra! —Sloat retrocedió, buscando su pañuelo para secar la saliva que le resbalaba por la mejilla.

—Si esa porquería es tan maravillosa, ¿por qué has de esconderte en el cuarto de baño para aspirarla? No me contestes, sólo déjame en paz. No quiero verte más, Sloat. Lleva tu gordo culo a otra parte.

—Te morirás sola, Lily —dijo él, expresando un gozo frío y perverso—. Te morirás sola y este cómico pueblo te hará un entierro de mendiga y tu hijo se matará, porque es imposible que sobreviva a lo que le espera y nadie volverá a oír hablar más de vosotros. —Sonrió; sus manos regordetas estaban cerradas, formando puños blancos y peludos—. ¿Te acuerdas de Asher Dondorf, Lily? ¿Nuestro cliente? ¿El compinche en aquella serie de *Flanagan y Flanagan?* Hace unas semanas leí su nombre en un ejemplar del *Hollywood Repórter.* Se disparó un tiro en su sala de estar, pero no tuvo buena puntería y en vez de matarse, se deshizo el paladar y ahora está en coma. Tengo entendido que podría durar años así, pudriéndose poco a poco. —Se inclinó sobre ella, arrugando el entrecejo—. Sospecho que tú y el bueno de Asher tenéis mucho en común.

Ella mantuvo fríamente su mirada, con unos ojos que parecían aún más hundidos que antes, recordando por un momento a una recia mujer de un asentamiento fronterizo, con un rifle en una mano y }a Biblia en la otra.

—Mi hijo me salvará la vida —dijo—. Jack me salvará la vida y tú no podrás impedírselo.

—Bueno, ya veremos, ¿no te parece? —replicó Sloat—. Ya lo veremos.

Capítulo 35

LAS TIERRAS ARRASADAS

1

—Pero… ¿estarás a salvo, mi señor? —preguntó Anders, postrándose ante Jack, con el tonelete blanco y rojo formando vuelo a su alrededor como una falda.

—¿Jack? —preguntó Richard; su voz sonó como un leve quejido.

—¿Estarías tú a salvo? —preguntó a su vez Jack. Anders ladeó su gran cabeza blanca y miró a Jack guiñando los ojos, como si tuviera que resolver un acertijo. Parecía un perro enorme y desorientado.

—Quiero decir que estaré tan a salvo como lo estarías tú, esto es todo.

—Pero, mi señor…

—¿Jack? —repitió Richard en tono quejumbroso.— Me he quedado dormido y ahora tendría que estar despierto, pero aún estamos en este lugar horrible, así que aún debo soñar… Pero yo quiero despertarme, Jack, no quiero seguir soñando esto. No, no quiero.

Y por eso rompiste tus malditas gafas, pensó Jack y dijo en voz alta:

—Esto no es un sueño, Richie, muchacho. Estamos a punto de emprender un viaje, un viaje en tren.

—¿Qué? —preguntó Richard, frotándose la cara e incorporándose. Si Anders parecía un perro blanco y enorme con faldas, Richard semejaba un bebé recién

despierto.

—Mi señor Jason —dijo Anders. Ahora daba la impresión de que iba a llorar… de alivio, pensó Jack—. ¿Es ésta tu voluntad? ¿Es tu voluntad conducir esa máquina demoníaca a través de las Tierras Arrasadas?

—Lo es, en efecto —dijo Jack.

—¿Dónde estamos? —inquirió Richard—. ¿Estás seguro de que no nos siguen?

Jack se volvió hacia él. Richard, sentado en el suelo ondulado de color amarillo, parpadeaba como aturdido, dominado por el terror.

—Está bien —dijo Jack—, contestaré a tu pregunta. Nos hallamos en una parte de los Territorios llamada Ellis-Breaks…

—Me duele la cabeza —interrumpió Richard, que había cerrado los o Jos.

—Y vamos a coger el tren de este hombre —prosiguió Jack— y cruzar en él las Tierras Arrasadas hasta el hotel negro o sus alrededores. Ya lo sabes, Richard, tanto si lo crees como si no. Y cuanto antes nos vayamos, antes nos alejaremos de quienes puedan seguir nuestra pista.

—Etheridge —murmuró Richard—, el señor Dufrey. —Miró en su torno, al viejo interior de la Estación, como si temiera ver a todos sus perseguidores irrumpir de improviso a través de las paredes—. Es un tumor cerebral, ¿sabes? —dijo a Jack en un tono de perfecta normalidad—. Por eso tengo dolor de cabeza.

—Mi señor Jason —decía el viejo Anders, inclinándose tanto que los cabellos se desparramaron por el suelo de madera—. Qué bueno eres, oh. Majestad, qué bueno eres con tu más humilde servidor, qué bueno con aquellos que no merecen tu bendita presencia… —Avanzó a rastras y Jack vio con horror que iba a besarle de nuevo los pies.

—Y muy avanzado, diría yo —añadió Richard.

—Levántate, Anders, te lo ruego —dijo Jack, retrocediendo—. Levántate, vamos, ya es suficiente. —El anciano continuó avanzando a rastras, balbuceando palabras de alivio por no tener que soportar las Tierras Arrasadas—. ¡LEVÁNTATE! —vociferó Jack.

Anders alzó la mirada, con el ceño fruncido.

—Sí, mi señor —dijo, poniéndose lentamente en pie.

—Acércale con tu tumor cerebral, Richard —interpeló Jack—. Vamos a ver

si averiguamos el sistema de conducir este maldito tren.

2

Anders había pasado al otro lado del largo mostrador y rebuscaba en un cajón.

—Creo que los diablos lo hacen, funcionar, mi señor —dijo—, unos diablos extraños que se lanzan al unísono. No parece tener vida, pero la tienen, ya lo creo que sí.

Sacó del cajón la vela más larga y gruesa que Jack viera en su vida. De una caja que había encima del mostrador eligió una astilla estrecha, de unos treinta centímetros, y acercó un extremo a la lámpara encendida. La astilla se inflamó y Anders la usó para encender su voluminosa vela. Entonces agitó la «cerilla» hasta que la llama se disolvió en una columna de humo.

—¿Diablos? —preguntó Jack.

—Unas cosas cuadradas muy extrañas… Creo que los diablos están en el interior, i Hay que ver cómo vomitan chispas! Te lo enseñaré, señor Jason.

Sin otra palabra, fue hacia la puerta y el cálido resplandor de la vela borró momentáneamente las arrugas de su rostro. Jack le siguió y salió con él afuera, a la dulzura y amplitud del corazón de los Territorios. Recordó una fotografía colgada en la pared de la oficina de Speedy Parker, una fotografía que incluso entonces poseía un poder inexplicable, y se dio cuenta de que ahora se encontraba cerca del lugar que había sido fotografiado. A lo lejos *se* erguía una montaña que le resultaba familiar. A los pies de la pequeña loma, los campos de cereales se extendían en todas direcciones, ondulándose en rizos amplios y suaves. Richard Sloat se acercó a Jack con pasos vacilantes, frotándose la frente. Los carriles de metal plateado, discordantes con el resto del paisaje, se extendían inexorablemente hacia eJ oeste.

—El cobertizo está detrás, mi señor —dijo Anders en voz baja y se encaminó casi con timidez hacia un lado de la Estación. Jack echó otra ojeada a la remota montaña. Ahora se parecía menos a la montaña de la fotografía de Speedy —como si fuera más nueva—, pero era una montaña del oeste, no del este.

—¿Qué significa esta tontería de señor Jason? —susurró Richard a su oído —. Se imagina que te conoce.

—Es difícil de explicar —dijo Jack. Richard tiró de su pañuelo y cogió a Jack por los bíceps del brazo: el antiguo agarrón patentado.

—¿Qué le ha ocurrido a la escuela, Jack? ¿Y a los perros? ¿Dónde estamos?

—Limítate a seguirme —contestó Jack—. Es probable que aún estés soñando.

—Sí —convino Richard en un tono del más puro alivio—. Sí, esto es, ¿verdad? Todavía estoy dormido. Me contaste todos aquellos disparates sobre los Territorios y ahora estoy soñando con ellos.

—Claro —dijo Jack, siguiendo a Anders. Este sostenía la enorme vela como una antorcha y bajaba por la vertiente trasera de la colina hacia otro edificio octagonal de madera, de dimensiones un poco mayores. Los dos muchachos caminaban tras él por la alta hierba amarillenta. Otro de los globos transparentes derramaba su luz, revelando que este segundo edificio estaba abierto en los extremos opuestos, como si dos caras iguales del octágono hubieran sido cortadas en vertical. Anders llegó al gran cobertizo y se volvió para esperar a los dos muchachos. Con la vela encendida y llameante, sostenida en lo alto, su larga barba y su extraña ropa, Anders parecía un ser de leyenda o cuento de hadas, un brujo o un hechicero.

—Está aquí desde que llegó y ojalá los demonios se lo lleven —rezongó Anders de mal humor, frunciendo más el ceño y profundizando todas sus arrugas —. Es una invención del infierno. Algo maldito. —Miraba por encima del hombro cuando los chicos le alcanzaron. Jack vio que a Anders ni siquiera le gustaba estar en el cobertizo del tren—. Lleva a bordo la mitad de la carga, que apesta a demonios.

Jack entró en el cobertizo por la abertura del extremo, obligando a Anders a seguirle. Richard les imitó a trompicones, frotándose los ojos. El pequeño tren estaba colocado sobre las vías de cara al oeste: una locomotora de aspecto muy singular, un furgón y un vagón descubierto tapado con una lona encerada; el hedor mencionado por Anders procedía de este último. Era muy extraño, impropio de los Territorios, metálico y grasiento a la vez.

Richard se dirigió inmediatamente a uno de los ángulos interiores del cobertizo, se sentó en el suelo, de espaldas a la pared, y cerró los ojos.

—¿Sabes cómo funciona, mi señor? —inquirió Anders en voz baja.

Jack negó con la cabeza y caminó a lo largo de las vías hasta la cabeza del tren. Sí, allí estaban los «demonios» de Anders. Eran baterías, como había supuesto Jack. Dieciséis baterías en dos hileras, colocadas dentro de un recipiente de metal sostenido por las cuatro primeras ruedas de la cabina. Toda la parte frontal del tren se parecía a una versión sofisticada de una bicicleta de reparto… pero en el lugar de la bicicleta había una pequeña cabina que recordó otra cosa a Jack… algo que no pudo identificar inmediatamente.

—Los demonios hablan a ese palo vertical —dijo Anders a su espalda. Jack se izó hasta la pequeña cabina. El «palo» mencionado por Anders era un cambio de marchas situado en una ranura provista de tres muescas. Entonces Jack recordó a qué se parecía la pequeña cabina. Todo el tren se basaba en el mismo principio que un carrito de golf. Accionado por baterías, sólo tenía tres marchas: una para avanzar, el punto muerto, y la tercera para hacer marcha atrás. Era la única clase de tren que podía funcionar en los Territorios y Morgan Sloat debía haberlo hecho construir especialmente para él.

—Los demonios de las cajas escupen chispas y hablan al palo y el palo mueve el tren, mi señor —explicó Anders, muy nervioso junto a la locomotora, con una asombrosa colección de arrugas en la cara contraída.

—¿Pensabas irte por la mañana? —preguntó Jack al anciano.

—Sí.

—¿Pero el tren ya está preparado ahora?

—Sí, mi señor.

Jack asintió y saltó de la cabina.

—¿Qué cargamento lleva?

—Cosas demoníacas —dijo Anders con acento sombrío—. Para los Lobos malos. Con destino al hotel negro.

Le llevaría la delantera a Morgan Sloat si me marchase ahora, pensó Jack, mirando con inquietud a Richard, que había logrado conciliar de nuevo el sueño. De no ser por el terco e hipocondríaco Richard el Racional, jamás hubiera dado con el tren de Sloat y éste habría podido emplear las «cosas demoníacas» —armas de alguna clase, seguramente— con él en cuanto se hubiera acercado al hotel negro. Porque el hotel era el final de su búsqueda, ahora estaba seguro de ello. Todo, pues, parecía indicar que Richard, por muy fastidioso e inútil que

resultase ahora, sería más importante para su misión de lo que Jack habría imaginado jamás. El hijo de Sawyer y el hijo de Sloat; el hijo del príncipe Philip Sawtelle y el hijo de Morgan de Orris. Por un instante, el mundo giró sobre la cabeza de Jack, que tuvo la fugaz intuición de que Richard podía ser esencial para lo que él tuviera que hacer en el hotel negro. Entonces Richard resolló y abrió la boca y la momentánea intuición abandonó a Jack.

—Echaremos una ojeada a esas cosas demoníacas —dijo. Dio media vuelta y caminó a lo largo del tren, fijándose por primera vez en que el sudo del cobertizo octagonal estaba dividido en dos partes; la mayor de ellas era una masa circular, como un plato enorme. Entonces había una hendidura en la madera y lo que se hallaba fuera del perímetro del círculo se extendía hasta las paredes. Jack no había oído hablar nunca de un depósito de locomotoras, pero comprendía el concepto: la parte circular del suelo podía describir un giro de ciento ochenta grados. Normalmente, los trenes o diligencias llegaban del. este y volvían en la misma dirección.

La lona encerada había sido estirada sobre la carga mediante una cuerda marrón tan gruesa y peluda que parecía estopa de acero. Jack procuró levantar el borde, miró hacia dentro y sólo vio oscuridad.

—Ayúdame —dijo a Anders.

El anciano se aproximó, frunciendo el ceño y con un movimiento fuerte y diestro desató un nudo. La lona se aflojó y ahora, cuando Jack levantó el borde, pudo ver que la mitad del vagón contenía una hilera de cajas de madera con las palabras impresas PIEZAS DE MAQUINARIA. *Rifles* —pensó—. *Morgan está armando a sus Lobos rebeldes.* La otra mitad del espacio bajo la lona estaba ocupada por voluminosos paquetes rectangulares de una sustancia esponjosa envuelta en capas de plástico transparente. Jack no tenía idea de qué podía ser esta sustancia, pero estaba bastante seguro de que no era Pan Milagroso. Soltó la lona y retrocedió y Anders tiró de la gruesa cuerda y volvió a hacer el nudo.

—Nos vamos esta noche —dijo Jack, decidiéndolo de repente.

—Pero, mi señor Jason… las Tierras Arrasadas… de noche… no sabes…

—Lo sé muy bien —interrumpió Jack—. Sé que necesito sorprenderles lo más posible. Morgan y ese hombre a quien los Lobos llaman El de los Látigos me estarán buscando y si aparezco doce horas antes de la llegada prevista de este tren, Richard y yo podríamos salir vivos de esta aventura.

Anders asintió con expresión sombría y de nuevo ofreció el aspecto de un perro enorme aceptando una noticia desgraciada.

Jack volvió a mirar a Richard: seguía dormido, con la boca abierta. Como si supiera lo que pensaba Jack, Anders también miró al durmiente Richard.

—¿Tuvo un hijo Morgan de Orris? —preguntó Jack.

—Sí, mi señor. El breve matrimonio de Morgan tuvo descendencia, un niño llamado Rushton.

—¿Y qué fue de él? Aunque ya lo adivino.

—Murió —se limitó a decir Anders—. Morgan de Orris no estaba destinado a tener un hijo.

Jack se estremeció, recordando cómo su enemigo había irrumpido por el aire y casi matado a todo el rebaño de Lobo.

—Nos vamos —dijo—. ¿Me harás el favor de ayudarme a subir a Richard a la cabina, Anders?

—Mi señor… —Anders bajó la cabeza y en seguida la levantó y dirigió a Jack una mirada de ansiedad casi paternal—. El viaje requerirá por lo menos dos días, tal vez tres, si quieres llegar a la costa occidental. ¿Tienes comida? ¿Compartirías mi cena?

Jack meneó la cabeza, impaciente por iniciar este último trecho de su viaje hacia el Talismán, pero de repente le rumoreó el estómago, recordándole el tiempo transcurrido desde que comiera patatas y galletas en el cuarto de Albert el Glóbulo.

—Bueno —asintió—, supongo que media hora más no importará. Gracias, Anders. Ayúdame a levantar a Richard, ¿quieres? —Y por otra parte, pensó, quizá no estaba tan ansioso de cruzar las Tierras Arrasadas.

Entre los dos pusieron en pie a Richard quien, como el lirón, abrió los ojos, sonrió y volvió a dormirse.

—Comida —dijo Jack—, comida de verdad. Por esto sí que te levantarás, ¿no, compañero?

—Jamás como en sueños —contestó Richard con racionalidad surrealista. Bostezó y se frotó los ojos. Poco a poco se fue apoyando en los pies y ya no necesitó a Jack y Anders para sostenerse—, aunque estoy bastante hambriento, si he de ser sincero. Este sueño mío es muy largo, ¿verdad, Jack? —Casi parecía orgulloso de ello.

—Ya lo creo —asintió Jack.

—Oye, ¿es éste el tren que vamos a tomar? Parece de juguete.

—Sí.

—¿Sabes conducirlo, Jack? Es un sueño, ya lo sé, pero…

—Es tan difícil de conducir como mi propio tren eléctrico —explicó Jack—. Sé conducirlo y tú también.

—No quiero hacerlo —dijo Richard, otra vez en aquel tono infantil y quejumbroso—. No quiero subir al tren. Quiero volver a mi cuarto.

—Primero vamos a comer algo —decidió Jack, guiando a Richard hacia el exterior del cobertizo— y después saldremos hacia California.

De este modo los Territorios mostraron a los muchachos una de sus mejores facetas antes de que entraran en las Tierras Arrasadas. Anders les dio gruesas rebanadas de pan hecho con el cereal que crecía en torno a la Estación, brochetas de carne tierna y jugosas hortalizas desconocidas con una salsa rosada y picante que por alguna razón Jack pensó que podía ser de papaya, aunque sabía que no lo era. Richard masticaba sumido en un feliz trance; la salsa le resbalaba por la barbilla hasta que Jack se la limpió. «California —dijo de repente—. Tendría que haberlo adivinado.» Suponiendo que aludía a la fama de excentricidad de aquel estado, Jack no respondió; le preocupaba más lo mermadas que quedarían las seguramente exiguas existencias de comida de Anders por culpa de ellos dos, pero el anciano seguía atareado detrás del mostrador, donde él o su padre habían instalado una cocina económica, y volvía una y otra vez con más comida. Bollos de maíz, jalea de pies de ternero, algo que parecía muslos de pollo pero sabía a… ¿qué? ¿Incienso y mirra? ¿Flores? El sabor le picaba la lengua y pensó que también él empezaría a babear saliva.

Los tres estaban sentados en tomo a una mesa pequeña en la habitación cálida y acogedora. Al final del ágape Anders sacó casi tímidamente una pesada jarra medio llena de vino tinto. Con la sensación de que obedecía a los imperativos de un guión ajeno, Jack bebió un vaso pequeño.

3

Dos horas después, cuando empezaba a sentirse soñoliento, Jack se preguntó si aquella opípara comida no habría sido un gran error. Primero habían salido de Ellis-Breaks y la Estación, lo cual no había sido fácil; después, Richard pareció volverse loco y, lo más importante, habían entrado en las Tierras Arrasadas, que eran mucho más dementes de lo que Richard sería jamás y que exigían una atención absolutamente concentrada.

Después de comer, los tres habían regresado al cobertizo y los apuros comenzaron. Jack sabía que tenía miedo de lo que les esperaba —y ahora sabía que su temor estaba muy justificado— y quizá su nerviosismo le hizo cometer equivocaciones. La primera dificultad surgió cuando intentó pagar al viejo Anders con la moneda que le diera el capitán Parren. Anders reaccionó como si su amado Jason le hubiera asestado una puñalada en la espalda. ¡Sacrilegio! ¡Ofensa! Al ofrecerle la moneda, Jack hizo algo peor que insultar al viejo lacayo; hablando metafóricamente, ofendió a su religión. Por lo visto, los seres divinos no podían ofrecer monedas a sus seguidores. Anders se sintió lo bastante humillado para descargar la mano sobre la «caja demoníaca», como llamaba al recipiente de metal que contenía las hileras de baterías, y Jack adivinó que había sentido la tentación de golpear a otro blanco además del tren. Se esforzó por deshacer el entuerto, pero Anders rechazó sus disculpas con la misma furia con que había rechazado su dinero. Por fin, el anciano se calmó cuando vio la magnitud del disgusto del muchacho, pero no volvió a su conducta normal hasta que Jack especuló en voz alta sobre si la moneda del capitán Farren podía tener otras funciones, otras utilidades para él.

—No eres del todo Jason —rezongó el anciano—; sin embargo, la moneda de la Reina puede ayudarte a alcanzar tu destipo. —Meneó la cabeza y al despedirse agitó la mano con evidente frialdad.

Sin embargo, una buena parte fue culpa de Richard. Lo que había empezado como una especie de pánico infantil alcanzó rápidamente el carácter de un terror desmesurado. Richard se negó a subir a la cabina. Hasta aquel momento vagó sin rumbo por el cobertizo, sin mirar el tren, al parecer aturdido e indiferente. Pero de pronto comprendió que Jack tenía la firme intención de viajar en aquel armatoste y entonces se negó en redondo… y, cosa extraña, lo que más le acobardó fue la idea de acabar en California.

—¡NO! ¡NO! ¡NO PUEDO! —chilló cuando Jack le apremió para que

subiera al tren—. ¡QUIERO VOLVER A MI CUARTO!

—Puede que nos estén siguiendo, Richard —dijo Jack, con cansancio—. Hemos de irnos *ya.* —Alargó la mano y cogió a Richard por el brazo—. Todo esto es un sueño, ¿recuerdas?

—Oh, mi señor, oh mi señor —murmuró Anders, caminando de un extremo a otro del gran cobertizo y Jack comprendió que por primera vez, el lacayo no se dirigía a él.

—¡TENGO QUE VOLVER A MI CUARTO! —chilló Richard. Había cerrado los ojos con tanta fuerza, que presentaba una única y dolorosa arruga entre las sienes.

De nuevo ecos de Lobo. Jack intentó llevar a Richard a rastras hasta el tren, pero su amigo permanecía inmóvil como una muía.

—¡NO PUEDO IR ALLÍ! —vociferó.

—Pues aquí no puedes quedarte —dijo Jack, haciendo otro esfuerzo vano para mover a Richard y esta vez consiguió que avanzara medio metro—. Richard, esto es ridículo. ¿Quieres quedarte aquí solo? ¿Quieres permanecer solo en los Territorios? —Richard negó con la cabeza—. Entonces, ven conmigo. No tenemos mucho tiempo. Dentro de dos días estaremos en California.

—Mal asunto —rezongó Anders, mirando a los muchachos. Richard continuaba meneando la cabeza, terco en su negativa.

—No puedo ir allí —repitió—. No puedo subir a este tren y no puedo ir allí.

—¿A California?

Richard apretó los labios y volvió a cerrar los ojos.

—Oh, demonio —exclamó Jack—. ¿Puedes ayudarme, Anders? El corpulento anciano le dirigió una mirada de consternación, casi de antipatía, y luego cruzó el cobertizo y cogió a Richard en brazos, como si el muchacho tuviera el tamaño de un cachorro. Richard profirió un chillido que se pareció mucho a un ladrido de cachorro cuando Anders le depositó sobre el banco acolchado de la cabina.

—¡Jack! —llamó Richard, temeroso de acabar encontrándose solo en las Tierras Arrasadas.

—Estoy aquí —contestó Jack, subiendo a la cabina por el otro lado—. Gracias, Anders —dijo al viejo lacayo, quien asintió con mirada sombría y retrocedió hasta un rincón del cobertizo—. Cuídate. —Richard empezó a llorar y

Anders le miró sin ninguna compasión.

Jack oprimió el botón del encendido y dos enormes chispas azules salieron de la «caja demoníaca» justo cuando el motor se puso en marcha con un zumbido.

—Adelante —dijo, poniendo la primera marcha. El tren empezó a deslizarse hacia la salida del cobertizo. Richard lloriqueó, levantó las rodillas y, murmurando algo parecido a «Tonterías» o «Imposible» —Jack sólo oyó el sonido de las letras sibilantes—, hundió la cara entre las piernas, dando la impresión de querer convertirse en un círculo. Jack saludó a Anders con la mano y éste hizo lo propio y al momento salieron del cobertizo iluminado y se encontraron bajo el cielo oscuro y vasto. La silueta de Anders apareció en la abertura por la que habían salido, como si hubiera decidido correr tras ellos. El tren no podía funcionar a más de cuarenta y ocho kilómetros por hora, pensó Jack, y de momento sólo iba a doce o catorce, lo cual representaba una lentitud exasperante. «Hacia el oeste —dijo Jack para sus adentros—, al oeste, al oeste, al oeste». Anders volvió a meterse en el cobertizo, con la barba sobre el fornido pecho como una capa de escarcha. El tren avanzaba a trompicones —brotó otra chispa azul— y Jack se volvió sobre el asiento acolchado para mirar hacia delante.

—¡NO! —gritó Richard, casi haciendo caer a Jack de la cabina—. ¡NO PUEDO! ¡NO PUEDO IR ALLÍ! —Había levantado la cabeza de las rodillas, pero no veía nada; aún tenía los ojos cerrados y todo su rostro parecía un nudillo apretado.

—No hables —dijo Jack. Delante de ellos, las vías cruzaban los interminables campos de ondulantes cereales; difusas montañas, como dientes viejos, flotaban entre las nubes de occidente. Jack miró por última vez por encima del hombro y vio el pequeño oasis de calor y luz que era la Estación y el cobertizo octagonal reducirse de tamaño a sus espaldas. Anders era un sombra alta en un umbral iluminado. Jack agitó la mano por última vez y la sombra alta le imitó. El muchacho volvió a mirar hacia delante, hacia la inmensidad de los campos de cereal, hacia toda aquella lírica distancia. Si las Tierras Arrasadas eran así, los dos próximos días serían un positivo descanso.

Pero no eran así, claro que no. Incluso en la oscuridad iluminada por la luna podía ver que el cereal se espaciaba más y más; el cambio empezó a producirse a

media hora de distancia de la Estación. Ahora, incluso el color parecía extraño, casi artificial; ya no era el bonito amarillo orgánico que había visto antes, sino el amarillo de algo que se ha dejado demasiado cerca de una potente fuente de calor; el amarillo de algo cuya vida se ha marchitado. Ahora Richard había adquirido unas características similares. Primero se había hiperventilado, luego llorado tan silenciosa y descaradamente como una chica plantada por el novio y por fin caído en un sueño intranquilo. «No puedo volver», murmuró en sueños, o al menos éstas eran las palabras que Jack creyó oír. Dormido, parecía hacerse encogido de tamaño.

Todo el aspecto del paisaje comenzó a alterarse. Después de las inmensas llanuras de Ellis-Breaks, la tierra se llenó de pequeñas hondonadas y valles oscuros y angostos cuajados de árboles negros. Por doquier se veían grandes peñascos, cráneos, huevos, colmillos gigantes. El terreno mismo cambió, tomándose mucho más arenoso. En dos ocasiones las paredes de los valles se irguieron junto a las vías y lo único que podía ver Jack en ambos lados eran despeñaderos rojizos cubiertos por bajas plantas trepadoras. De vez en cuando le parecía ver a un animal corriendo para ponerse a cubierto, pero la luz era demasiado débil y el animal demasiado veloz para que pudiera identificarlo. Sin embargo, Jack tenía la pavorosa sensación de que aunque el animal hubiese quedado petrificado en medio de Rodeo Drive en pleno día, tampoco habría sido capaz de identificarlo… porque intuía que la cabeza tenía un tamaño doble del normal y era preferible que semejante engendro se ocultara a la vista humana.

Noventa minutos después, Richard seguía gimoteando en sueños y el paisaje era de una extrañeza total. La segunda vez que emergieron de los claustrofóbicos valles, Jack fue sorprendido por una súbita sensación de espacios abiertos; al principio fue como estar de nuevo en los Territorios, en el país de las Fantasías. Pero entonces advirtió, incluso en la oscuridad, que los árboles estaban retorcidos y atrofiados; y luego percibió el hedor. Probablemente éste había ido incrementándose en su conciencia, pero hasta después de ver los árboles diseminados por la negra llanura y enroscados como bestias torturadas no percibió al fin en el aire el hedor débil pero inconfundible de la putrefacción. Podredumbre y fuego del infierno. Aquí los Territorios apestaban, o casi.

El tufo de flores muertas invadía hacía tiempo la tierra; y por debajo, como en Osmond, se captaba otro olor más tosco y potente. Si Morgan, en cualquiera

de sus papeles, era la causa de esto, había traído en cierto sentido la muerte a los Territorios, o así lo creía Jack.

Ahora ya no había más valles y hondonadas sinuosas; ahora la tierra semejaba un vasto desierto rojo. Los árboles atrofiados salpicaban las laderas inclinadas de este gran desierto. Ante Jack se extendían por el vacío oscuro y rojizo los dobles raíles plateados; y a los lados un desierto yermo se desparramaba en las tinieblas.

Por lo menos, la tierra roja parecía desierta. Durante varias horas, Jack no vio nada de mayor tamaño que los animalitos deformes que se ocultaban en el terraplén de las vías; pero hubo veces en que creyó ver un movimiento repentino por el rabillo del ojo, que desaparecía cuando se volvía a mirarlo. Al principio pensó que le seguían y luego, durante un rato trepidante, no más de veinte o treinta minutos, se imaginó perseguido por los perros de la Escuela Thayer. Dondequiera que mirase, algo dejaba de moverse y se ocultaba detrás de uno de los árboles retorcidos o debajo de la arena. Durante este rato, el ancho desierto de las Tierras Arrasadas no pareció vacío o muerto, sino lleno de vida escondida y escurridiza. Jack empujaba hacia delante la palanca de marchas del tren (como si sirviera de algo) y apremiaba al pequeño convoy a ir más de prisa, más de prisa. Richard estaba acurrucado en su asiento, lloriqueando. Jack se imaginó a todos aquellos seres, aquellas cosas que no eran caninas ni humanas, corriendo tras ellos y rezó para que los ojos de Richard permaneciesen cerrados.

—¡NO! —gritó Richard, todavía dormido.

Jack estuvo a punto de caerse de la cabina. Podía ver a Etheridge y al señor Dufrey corriendo tras ellos. Ganaban terreno, y avanzaban con la lengua colgando y los hombros moviéndose hacia delante y hacia atrás. Un segundo más tarde comprendió que sólo había visto sombras corriendo junto al tren. Los estudiantes y su director se habían apagado como velas de un pastel de cumpleaños.

—¡ALLÍ NO! —vociferó Richard con cuidado. Él, ellos, estaban a salvo. Los peligros de las Tierras Arrasadas habían sido exagerados, eran en gran parte literarios. Dentro de no muchas horas el sol volvería a salir. Jack levantó el reloj hasta el nivel de los ojos y vio que hacía casi dos horas que viajaban en el tren. Abrió la boca en un gran bostezo y se arrepintió de haber comido tanto en la Estación.

Un trozo de pastel —pensó—, esto va a ser un…

Y justo cuando iba a completar la paráfrasis de los versos de Burns que el viejo Anders había citado de modo tan sorprendente, vio la primera bola de fuego, que destruyó definitivamente su complacencia.

4

Una bola luminosa de por lo menos diez metros de diámetro empezó a rodar desde el borde del horizonte, chisporroteando, y al principio bajó directamente hacia el tren. «Mierda», dijo Jack para sus adentros, recordando las palabras de Anders sobre bolas de fuego. *Si un hombre se acerca demasiado a una de esas bolas de fuego, se pone muy enfermo… pierde el cabello y le salen llagas por todo el cuerpo… Después empieza a vomitar hasta que el estómago y la garganta se le revientan.*… Tragó con fuerza… y fue como tragar medio kilo de clavos. «Por favor. Dios mío», dijo en voz alta. La gigantesca bola de luz bajaba a toda velocidad hacia él, como si tuviera cerebro y hubiera decidido borrar a Jack Sawyer y Richard Sloat de la faz de la tierra. Envenenamiento por radiación. A Jack se le contrajo el estómago y los testículos se le congelaron entre las piernas. *Envenenamiento por radiación. Vomita y vomita hasta que se le revienta el estómago.*…

La excelente cena ofrecida por Anders casi le saltó del estómago. La bola de fuego continuaba rodando en dirección al tren, despidiendo chispas y chisporroteando con violenta energía. Tras ella dejaba una senda dorada y ardiente que parecía producir por arte de magia otros regueros incandescentes en la tierra rojiza. Justo cuando la bola de fuego rebotó contra la tierra y bajó dando tumbos como una gigantesca pelota de tenis, desviándose, inofensiva, hacia la izquierda, Jack vio con claridad por primera vez a las criaturas que desde el principio había pensado que les perseguían. La luz entre dorada y rojiza de la bola luminosa y el resplandor de los raíles iluminaron a un grupo de bestias deformes que por lo visto habían seguido al tren. Eran perros, o antes habían sido perros o lo habían sido sus antepasados, y Jack lanzó una inquieta ojeada a Richard para cerciorarse de que aún dormía.

Las bestias que caían detrás del tren quedaban aplastadas contra la tierra como serpientes. Jack vio que las cabezas eran de perro pero los cuerpos sólo poseían unas patas traseras atronadas y, por lo que podía vislumbrar, no tenían pelo ni cola. Parecían mojadas: la piel lisa y rosada relucía como la de los ratones recién nacidos. Gruñían, furiosas por haber sido vistas. Eran estos horribles perros mulantes lo que Jack había atisbado en el terraplén de las vías. Iluminadas y aplastadas como reptiles, silbaban y gruñían mientras se alejaban arrastrándose por la tierra, también ellas temerosas de las bolas de fuego y de sus ardientes huellas. Entonces Jack percibió el olor de la bola de fuego, que ahora se movía rápidamente y con furia en dirección al horizonte, incendiando toda una hilera de los árboles enanos. Fuego infernal, putrefacción.

Otra bola de fuego saltó por el borde del horizonte y pasó rodando por la izquierda del tren. El hedor de las conexiones frustradas, de las esperanzas burladas y de los deseos malignos, todo esto creyó percibir Jack, con el corazón encogido, en el olor hediondo despedido por la bola de fuego. Maullando, la manada de perros mulantes se dispersó con los colmillos lanzando destellos, entre un susurro de movimientos furtivos de los pesados cuerpos sin patas arrastrándose por el polvo rojo. ¿Cuántos serían? Desde la base de un árbol ardiente que intentaba ocultar la copa en el tronco, dos perros deformes enseñaron los dientes a Jack.

Entonces otra bola de fuego apareció en el amplio horizonte y abrió una senda ancha y llameante a poca distancia del tren y Jack atisbo momentáneamente algo parecido a un pequeño cobertizo destartalado justo bajo la curva de la pared del desierto. Ante la estructura se erguía una gran silueta humanoide de sexo masculino que miraba hacia Jack. Una impresión de tamaño, pilosidad, fuerza, malicia…

Jack era cruelmente consciente de la lentitud del pequeño tren de Anders, de su indefensión y la de Richard frente a cualquier cosa que quisiera investigarlos un poco más de cerca. La primera bola de fuego había ahuyentado a los espantosos perros mulantes, pero los residentes humanos de las Tierras Arrasadas podían resultar más difíciles de vencer. Antes *de* que disminuyera la luz de la senda incandescente, Jack vio que la figura erguida ante el cobertizo seguía la marcha del tren, volviendo hacia él su gran cabeza desmelenada. Si lo que había visto eran perros, ¿cómo serían las personas? A la luz moribunda de

las huellas luminosas, la silueta humanoide se escabulló corriendo por el lado de su vivienda. Una gruesa cola de reptil colgaba de sus cuartos traseros; luego el ser desapareció tras la pared lateral del cobertizo, la oscuridad volvió a reinar y todo se tornó invisible: perros, hombre-bestia y casa. Jack no tenía siquiera la seguridad de haberlos visto.

Richard se estremeció en su sueño y Jack apretó hacia delante la palanca del cambio de marchas, tratando en vano de aumentar la velocidad. Los ruidos de los perros se fueron apagando a sus espaldas. Sudando, Jack levantó de nuevo el puño izquierdo al nivel de los ojos y vio que sólo habían pasado cinco minutos desde la última vez que había consultado el reloj. Se sorprendió bostezando de nuevo y volvió a arrepentirse de haber comido tanto en la Estación.

—¡NO! —gritó Richard—. ¡NO! ¡NO PUEDO IR ALLÍ! ¿Allí?, se extrañó Jack. ¿Dónde era «allí»? ¿California? ¿O tal vez cualquier lugar que amenazara con destruir el precario control de Richard, tan inseguro como un caballo salvaje?

5

Jack se mantuvo toda la noche ante la caja de cambios mientras Richard dormía, vigilando el curso de las bolas de fuego sobre la superficie rojiza de la tierra. Su hedor a flores muertas y putrefacción llenaba el aire. De vez en cuando oía la chachara de los perros mulantes o de otras pobres criaturas ocultas entre las raíces de los árboles enanos e involucionados que aún salpicaban el paisaje. Las dos hileras de baterías despedían a menudo rápidas chispas azules. Richard se hallaba en un estado que trascendía al mero sueño, sumido en una inconsciencia que necesitaba y que él mismo provocaba. Ya no profería gritos de angustia; de hecho, no hacía. nada aparte de permanecer acurrucado en su rincón de la cabina, respirando superficialmente, como si incluso la respiración requiriese más energía de la que tenía a su disposición. Jack esperaba y temía al mismo tiempo la llegada de la luz. Cuando amaneciera, podría ver a los animales; pero, ¿qué más podría ver?

De vez en cuando miraba a Richard por encima del hombro. La tez de su

amigo presentaba una palidez extraña, un tono gris casi fantasmal.

6

La mañana llegó con una disminución de las tinieblas. Una franja rosada apareció a lo largo del borde arqueado del horizonte oriental y pronto surgió otra franja de un tono rosado más intenso debajo de la primera, empujando más hacia arriba el optimista matiz rosa. Jack sentía que tenía los ojos enrojecidos como aquella franja y las piernas le dolían. Richard yacía sobre el pequeño asiento de la cabina, respirando aún de aquel modo restringido, casi reacio. Era cierto que su cara parecía grisácea. Los párpados le temblaron en el sueño y Jack deseó que su amigo no estuviese a punto de proferir otro de sus gritos. Richard abrió la boca pero de la punta de su lengua no brotó ninguna exclamación; se limitó a pasarla por el labio superior, resopló y volvió a sumirse en su profundo coma.

Aunque Jack ansiaba sentarse y cerrar los propios ojos, no molestó a Richard porque, a medida que la nueva luz perfilaba los detalles de las Tierras Arrasadas, deseaba más y más que la inconsciencia de Richard se prolongara hasta que él ya no pudiera soportar la tensión de dirigir el pequeño y desvencijado tren de Anders. No tenía el menor deseo de presenciar la reacción de Richard a las idiosincrasias de las Tierras Arrasadas. Un pequeño dolor, algo de agotamiento eran un precio mínimo por el disfrute de una paz que a la fuerza tendría que ser temporal.

Lo que vislumbraba entre parpadeos era un paisaje en el que nada parecía haber escapado a la más total desolación. A la luz de la luna se le había antojado un vasto desierto, aunque tuviera algunos árboles. Ahora Jack se dio cuenta de que no era en absoluto un desierto. La tierra que había tomado por una variedad de arena rojiza era una especie de polvo en el que un hombre podía hundirse hasta los tobillos, si no hasta las rodillas. En este terreno baldío crecían los árboles deformes, que tenían casi el mismo aspecto de día que de noche; tan enanos que daban la impresión de esforzarse por desaparecer bajo las propias raíces retorcidas. Esto ya era bastante horrible, por lo menos para Richard el Racional. Sin embargo, cuando se miraba de soslayo, por el rabillo del ojo, a uno

de aquellos árboles, se veía a un ser vivo sometido a tortura; las ramas extendidas parecían brazos estirados sobre un rostro atormentado sorprendido en el acto de proferir un grito. Mientras Jack no miraba directamente a los árboles, veía sus rostros torturados con todo detalle, la O abierta de la boca, los ojos fijos, la nariz curvada, y las largas y atormentadas arrugas de las mejillas. Le maldecían, le suplicaban, le aullaban… sus voces mudas pendían en el aire como humo. Jack gimió. Como todas las Tierras Arrasadas, estos árboles eran víctimas del veneno.

La tierra rojiza se extendía kilómetros y kilómetros en todas direcciones, salpicada aquí y allá por trozos de hierba áspera y amarilla brillante como la orina o la pintura recién aplicada. De no haber sido por la fea coloración de la larga hierba, estas zonas habrían parecido oasis, porque cada una de ellas estaba rodeada por un pequeño charco de agua. El agua era negra y en la superficie flotaban manchas aceitosas. En cierto modo, era más espesa que el agua, casi como aceite, y venenosa además. El segundo de los falsos oasis que vio Jack empezó a rizarse lentamente cuando pasó el tren y al principio Jack pensó, horrorizado, que el agua negra estaba viva y era un ser tan atormentado como los árboles que deseaba no volver a ver. Entonces vio algo que emergía sobre la superficie del espeso líquido, una ancha espalda o un ancho costado negro que dio media vuelta y dejó al descubierto una boca grande y ávida que mordía el aire. Se entrevieron unas escamas que habrían sido iridiscentes si el ser no estuviera descolorido por el agua. *Dios santo* —pensó Jack—, *¿sería eso un pez?* Le había parecido de casi seis metros de longitud, demasiado grande para habitar la pequeña charca. Una larga cola onduló el agua antes de que la enorme criatura se sumergiera de nuevo al fondo del hoyo, cuya profundidad debía ser considerable.

Jack miró bruscamente hacia el horizonte, imaginando haber atisbado la forma redonda de una cabeza sobre el borde curvado. Y entonces sufrió otro de aquellos shocks de desorientación repentina similar al que había sentido al esperar la aparición del monstruo del Loch Ness. ¿Cómo podía una cabeza asomarse al *horizonte*, por el amor de Dios?

Entonces comprendió en seguida que el horizonte no era el verdadero; durante toda la noche y el tiempo que tardó en ver realmente lo que había al final de su visión, había subestimado drásticamente la dimensión de las Tierras

Arrasadas. Jack comprendió por fin, cuando el sol empezó a iluminar de nuevo el mundo, que se encontraba en un ancho valle y que el borde que veía a ambos lados no era el borde del mundo sino el escarpado perfil de una cordillera. Cualquier persona o cosa podía seguirle, oculta tras la silueta de las colinas circundantes. Recordó al humanoide con cola de cocodrilo que se había escabullido por el lado del cobertizo. ¿Habría estado siguiendo a Jack durante toda]a noche, esperando que se quedara dormido?

El tren traqueteaba a través del espeluznante valle, moviéndose con una exasperante falta de velocidad.

Escudriñó el entero perfil de las colinas, sin ver otra cosa que la pared vertical de rocas iluminadas por la dorada luz del sol. Jack dio una vuelta completa en la cabina; el miedo y la tensión podían más, por el momento, que su gran cansancio. Richard se cubrió los ojos con el brazo y continuó durmiendo. Cualquier ser viviente o cosa podía perseguirles, al acecho del momento propicio.

Un movimiento lento a su izquierda le hizo contener el aliento. Un movimiento enorme y culebreante… Jack tuvo una visión de media docena de hombres cocodrilos arrastrándose hacia él desde la cima de las colinas y, protegiéndose los ojos con las manos, miró con fijeza hacia el lugar donde creía haberlos visto. Las rocas tenían el mismo color rojo que el polvo de la tierra y entre ellas se abría paso una senda profunda y sinuosa que descendía de la cumbre y bajaba por una hendidura del despeñadero. Lo que se movía por ella era una forma que no podía considerarse humana. Era una serpiente o, por lo menos, así lo creyó Jack… Se había introducido en una parte oculta de la senda y Jack vio sólo un enorme y reluciente cuerpo de reptil desapareciendo detrás de las rocas. La piel de aquel ser parecía tener extraños surcos y estar quemada, además; Jack creyó ver, antes de que desapareciera, unos agujeros negros en el costado… Estiró el cuello para ver dónde reaparecía y a los pocos segundos presenció el horrible espectáculo de la cabeza de un gusano gigantesco, una cuarta parte del cual estaba enterrada en el polvo rojizo, retorciéndose mientras se dirigía hacia él. Tenia ojos turbios y huidizos, pero era la cabeza de un gusano.

Otro animal saltó desde debajo de una roca, cabezudo y de cuerpo serpentino y, cuando la gran cabeza del gusano se volvió hacia él, Jack vio que el animal

que huía era uno de los perros mulantes. El gusano abrió una boca grande como un buzón y se tragó de un bocado al frenético perro. Jack oyó con claridad un crujido de huesos. El aullido del perro cesó. El gigantesco gusano engulló al perro como si fuese una pildora. Delante mismo de la monstruosa forma del gusano había ahora una de las sendas negras practicadas por las bolas de fuego y Jack vio a la alargada criatura excavar en el polvo como un submarino sumergiéndose bajo la superficie del océano. Al parecer comprendía que las huellas de las bolas de fuego podían hacerle daño y, como correspondía a su condición de gusano, cavaba un camino por debajo del peligro. Jack esperó a ver cómo el gusano desaparecía por completo bajo el polvo rojo y entonces echó una inquieta ojeada hacia toda la larga pendiente roja salpicada de púbicas matas de hierba amarilla y brillante, preguntándose dónde volvería a emerger.

Cuando estuvo por lo menos razonablemente seguro de que el gusano no intentaría ingerir al tren, Jack volvió a inspeccionar la cordillera de colinas que le rodeaba.

7

Antes de que Richard se despertara a última hora de la tarde, Jack vio: por lo menos una cabeza indiscutible asomada al borde de las colinas; dos letales bolas de fuego rodando directamente hacia él; el esqueleto sin cabeza de lo que al principio tomó por un gran conejo y después comprendió con horror que era un bebé humano, descamado por completo, yaciente junto a las vías, e inmediatamente después: el cráneo infantil, redondo y reluciente del mismo bebé, medio hundido en el polvo fino. Y vio además: una manada de los perros cabezudos, en peor estado que los anteriores, arrastrándose patéticamente en pos del tren, medio muertos de inanición; tres casuchas de madera, viviendas humanas, levantadas sobre estacas en el denso polvo, indicación segura de que en alguna parte de la llanura envenenada y apestosa que constituía las Tierras Arrasadas había gente buscando y maquinando para encontrar comida; un ave pequeña y correosa, sin plumas, con —y esto era un auténtico detalle de los Territorios— una cara simiesca, barbuda y unos dedos bien formados en las

puntas de las alas; y lo peor de todo (aparte de lo que *creía* ver): dos animales completamente irreconocibles bebiendo en una de las charcas negras, animales de dientes largos, ojos humanos y patas delanteras como las de los cerdos y las traseras como las de los grandes felinos. Las caras estaban cubiertas de pelo. Cuando el tren pasó por delante de estos animales, Jack vio que los testículos del macho se habían hinchado hasta adquirir el tamaño de dos cojines y se arrastraban por el suelo. ¿Qué había causado tales monstruosidades? La energía nuclear, supuso Jack, ya que apenas existía otra cosa con tal poder para deformar a la naturaleza. Los dos animales, envenenados desde el nacimiento, sorbían el agua igualmente envenenada y gruñeron al paso del tren.

Algún día nuestro mundo podría tener este aspecto, pensó Jack. Vaya perspectiva tan halagüeña.

8

Además había las cosas que *creía* ver. Su piel empezó a calentarse y escocerle; ya había dejado caer al suelo de la cabina la prenda parecida a un sarape que había reemplazado al abrigo de Miles P. Kiger. Antes de mediodía se quitó también la camisa de algodón. Sentía un sabor horrible en la boca, una acida combinación de metal oxidado y fruta podrida. El sudor le bajaba de la raíz del pelo hasta los ojos. Estaba tan exhausto, que empezó a soñar de pie, con los ojos abiertos y bañado en sudor. Vio grandes manadas de los perros obscenos escurrirse por las colinas;

vio las nubes rojizas del cielo abrirse y bajar para agarrar a Richard y a él mismo con largos brazos ardientes, brazos demoníacos. Cuando por fin sus ojos se cerraron, vio a Morgan de Orris, de tres metros de estatura, vestido de negro, lanzando rayos alrededor de sí y resquebrajando la tierra, que escupía surtidores de polvo y se partía formando cráteres. Richard gimió y murmuró:

—No, no, no.

Morgan de Orris se desvaneció como un jirón de niebla y los ojos doloridos de Jack volvieron a abrirse.

—¿Jack? —dijo Richard.

La tierra roja que se extendía ante el tren estaba vacía, exceptuando las sendas negras de las bolas de fuego. Jack se frotó los ojos y miró a Richard, que se desperezaba débilmente.

—Hola. ¿Cómo estás?

Richard, acostado sobre el rígido asiento, volvió hacia él su rostro demacrado y grisáceo.

—Siento habértelo preguntado —dijo Jack.

—No —contestó Richard—, en realidad estoy mejor —y Jack sintió que le abandonaba por lo menos una parte de la tensión—. Aún me duele la cabeza, pero estoy mejor.

—Hacías mucho ruido durante tu… hum… —observó Jack, sin saber qué dosis de realidad podría aguantar Richard.

—Durante mi sueño. Sí, supongo que debía hacerlo. —La cara de Richard se contrajo, pero por una vez Jack no se preparó para oír un grito—. Sé que ahora no estoy soñando, Jack. Y sé que no tengo un tumor cerebral.

—¿Sabes dónde estás?

—En aquel tren. El tren de aquel anciano. En lo que él llamó las Tierras Arrasadas.

—Vaya, me dejas patitieso —dijo Jack, sonriente. Richard se ruborizó bajó la palidez cenicienta.

—¿Qué ha causado este cambio? —inquirió Jack, inseguro todavía de poder confiar en la transformación de Richard.

—Bueno, yo sabía que no estaba soñando —contestó éste, enrojeciendo aún más—. Supongo que… supongo que ya era hora de dejar de luchar contra ello. Si estamos en los Territorios, pues, qué caramba, estamos en los Territorios, por muy imposible que sea. —Su mirada se cruzó con la de Jack y éste captó un destello de humor que le llenó de sorpresa—. ¿Recuerdas aquel gigantesco reloj de arena de la Estación? —Cuando Jack asintió, Richard continuó su explicación —. Bueno, pues fue eso, en realidad… cuando lo vi, supe que no me lo estaba inventando todo. Porque sabía que *no podía* haber inventado aquello. Imposible, no podía. Si hubiera tenido que inventar un reloj primitivo, le habría puesto muchas ruedas y grandes poleas… no habría sido tan sencillo. Así que no me lo inventé yo y, por consiguiente, era real y todo lo demás también.

—Y, ¿cómo te encuentras ahora? —preguntó Jack—. Has dormido muchas

horas.

—Estoy todavía tan cansado, que apenas puedo mantener erguida la cabeza. Me temo que en general no me encuentro muy bien.

—Richard, tengo que preguntarte una cosa. ¿Existe alguna razón por la que tengas miedo de ir a California? Richard bajó la vista y meneó la cabeza.

—¿Has oído hablar alguna vez de un lugar llamado el hotel negro?

Richard continuó meneando la cabeza. No decía la verdad, pero Jack reconoció que estaba afrontando todo lo que podía. Cualquier otra cosa —porque Jack tuvo de repente la seguridad de que había más, mucho más— tendría que esperar. Hasta que llegaran al hotel negro, tal vez. El Gemelo de Rushton y el Gemelo de Jason; sí, juntos llegarían al hogar y la prisión del Talismán.

—Está bien —dijo—. ¿Puedes andar?

—Supongo que sí.

—Estupendo, porque quiero hacer algo ahora mismo, en vista de que no te estás muriendo de un tumor cerebral. Y necesito tu ayuda.

—¿De qué se trata? —preguntó Richard, secándose la cara con una mano temblorosa.

—Quiero abrir una o dos cajas del vagón de carga y ver si podemos apoderarnos de algún arma.

—Odio y detesto las armas —dijo Richard— y tú también deberías odiarlas. Si nadie tuviera armas, tu padre…

—Claro, y si los cerdos tuvieran alas, volarían —replicó Jack—. Estoy bastante seguro de que alguien nos sigue.

—Es posible que sea papá —observó Richard con voz esperanzada.

Jack gruñó y sacó la marcha de la primera muesca. El tren empezó a perder velocidad. Cuando se hubo detenido, Jack puso la marcha en punto muerto.

—¿Crees que puedes apearte?

_Claro —dijo Richard, levantándose demasiado de prisa. Las rodillas se le doblaron y cayó sentado en el banco. Su rostro parecía aún más gris que antes y tenía gotas de sudor en el labio superior y en la frente—. Bueno, quizá no —añadió en un murmullo.

—Tómatelo con calma —aconsejó Jack, sentándose a su lado y cogiéndole por el codo con una mano, mientras colocaba la otra sobre la frente cálida y húmeda de Richard—. Relájate. —Richard cerró un momento los ojos y luego

miró a Jack con una expresión de total confianza.

—Lo he intentado con demasiada rapidez —dijo—. Tengo agujetas por permanecer tanto rato en la misma posición.

—Pues muévete despacio —repitió Jack, ayudándole a ponerse en pie.

—Duele.

—Durará poco. Necesito tu ayuda, Richard.

Richard probó de dar un paso y jadeó. «Uf.» Adelantó la otra pierna y entonces se agachó un poco para darse unas palmadas en los muslos y pantorrillas. Jack vio que su rostro cambiaba, pero esta vez no por dolor, sino por un enorme asombro que se reflejó en sus facciones.

Jack siguió la dirección de los ojos de su amigo y vio a una de las aves sin plumas y con cara de mono pasar por delante del tren.

—Sí, hay un montón de cosas extrañas por aquí —dijo—. Me sentiré mucho mejor si encontramos armas debajo de esa lona.

—¿Qué crees que debe haber al otro lado de estas colinas? —inquirió Richard—. ¿Más cosas extrañas?

—No, creo que allí debe haber más hombres, si es que se pueden llamar así. He visto a alguien observándonos en dos ocasiones.

Al sorprender una expresión de pánico en la cara de Richard, Jack añadió:

—Me parece que no era nadie de tu escuela. Pero podría ser algo aún peor. No trato de asustarte, compañero; es que he visto bastante más que tú de las Tierras Arrasadas.

—Las Tierras Arrasadas —repitió Richard, receloso. Miró de reojo el polvoriento valle, con sus trozos de hierba color de orina—. Oh, aquel árbol… oh….

—Sí, ya sé —dijo Jack—. No hay más remedio que aprender a no fijarse demasiado.

—¿Quién diablos desearía crear semejante desolación? —preguntó Richard —. Esto no es natural, ¿sabes?

—Quizá lo averiguaremos algún día. —Jack ayudó a Richard a salir de la cabina, colocándose ambos en el angosto estribo que cubría la parte superior de las ruedas—. No pongas los pies sobre ese polvo —advirtió a su amigo—; no sabemos lo profundo que es y no quiero tener que tirar de ti para que no te hundas.

Richard se estremeció, pero pudo ser porque acababa de ver por el rabillo del ojo otro de los árboles angustiados y vociferantes.

Juntos, los dos muchachos avanzaron por el estribo del tren parado hasta que pudieron saltar al enganche del furgón vacío, del cual partían unos peldaños de metal que conducían al techo del vagón. En el extremo de éste, otros peldaños les permitieron bajar al vagón de carga.

Jack tiró de la gruesa y peluda cuerda, intentando recordar cómo la había aflojado Anders con tanta facilidad.

—Creo que está aquí —dijo Richard, levantando un trozo de cuerda retorcida como un nudo de horca—. ¿Qué te parece?

—Inténtalo.

Richard tuvo la fuerza suficiente para deshacer el nudo y cuando Jack le ayudó a tirar de la cuerda, ésta se desenroscó y la lona se aflojó sobre las cajas. Jack levantó el borde y vio PIEZAS DE MAQUINARIA y un montón de cajas más pequeñas que no había visto antes, marcadas LENTES.

—Aquí están —dijo—. Lástima que no tengamos una palanca. —Miró hacia el borde del valle y un árbol torturado abrió la boca y gritó en silencio. ¿Era aquello que se asomaba otra cabeza? Podía ser uno de los enormes gusanos, que se deslizara en su dirección—. Vamos, tratemos de levantar la tapa de una de estas cajas —propuso y Richard se acercó a él, obediente.

Después de seis fuertes tirones, Jack notó que la tapa se movía y oyó crujir los clavos. Richard continuó tirando del otro lado.

—Ya basta —le dijo. Richard parecía más ceniciento y más enfermo que antes del esfuerzo—. Se abrirá con otro tirón.

Richard se apartó y casi cayó sobre una de las cajas. Se enderezó y siguió palpando bajo la lona.

Jack se colocó frente a la caja alta, apretó las mandíbulas, puso las manos en las esquinas de la tapa y tiró hacia arriba hasta que los músculos empezaron a vibrarle. Justo antes de que se viera obligado a descansar, los clavos crujieron y se salieron un poco de la madera. Jack gritó: ¡YAAA! y levantó la tapa.

Dentro, amontonados y relucientes de grasa, había media docena de rifles de una clase que Jack no había visto nunca; una especie de engrasadores de pistón metamorfoseados en mariposas, medio mecánicas, medio insectiles. Sacó uno y lo miró más de cerca para tratar de ver cómo funcionaba. Era un arma

automática, así que necesitaría un cargador. Se inclinó y usó el cañón del arma para levantar la tapa de la caja de LENTES. Tal como había esperado, en la segunda caja, de menor tamaño, había un pequeño montón de cargadores muy engrasados alojados en fundas de plástico.

—Es una Uzi —dijo Richard a sus espaldas—, una metralleta israelí. Tengo entendido que están muy de moda y son el juguete preferido de los terroristas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jack, alargando la mano para coger otra arma.

—Veo la televisión. ¿Qué te crees?

Jack hizo experimentos con el cargador, intentando al principio encajarlo boca abajo en la cavidad y encontrando por fin la posición correcta. Después encontró el seguro, lo puso y lo quitó.

—Estas condenadas armas son muy feas —observó Richard.

—Has de coger una, así que no la critiques. —Jack sacó otro cargador para Richard y, tras un momento de reflexión, cogió todos los cargadores de la caja, se guardó dos en los bolsillos, lanzó otros dos a Richard, que logró cazarlos al vuelo, y deslizó los restantes en su morral.

—Uf —rezongó Richard.

—Considéralo una garantía —dijo Jack.

9

Richard se dejó caer sobre el asiento en cuanto hubieron vuelto a la cabina; subir y bajar por las dos escalerillas y andar por el estrecho estribo de metal sobre las ruedas había consumido casi toda su energía. Sin embargo, hizo sitio a Jack para que se sentara y estuvo atento a las maniobras de su amigo para poner de nuevo el tren en marcha. Jack recogió el sarape y frotó la metralleta con él.

—¿Qué haces?

—Quito la grasa y será mejor que tú también lo hagas cuando yo termine.

Durante el resto del día los dos muchachos continuaron sentados en la cabina abierta del tren, sudando e intentando hacer caso omiso del gimoteo de los árboles, del hedor del paisaje y del hambre que sentían. Jack observó que

Richard tenía en torno a los labios un grupo de pequeñas llagas. Al final cogió la Uzi de las manos de Richard, la limpió de grasa y la cargó. El sudor le escocía y sabía a salado en las grietas de sus propios labios.

Cerró los ojos. Quizá no había visto aquellas cabezas asomadas al borde del valle; quizá nadie les perseguía, después de todo. Oyó silbar las baterías y vio una gran chispa y se dio cuenta de que Richard saltaba para ver qué ocurría. Un instante después se quedó dormido y soñó con comida.

10

Cuando Richard sacudió el hombro de Jack, alejándole de un mundo en que acababa de comerse una pizza grande como un neumático de camión, las sombras empezaban a extenderse por el valle, suavizando la agonía de los árboles torturados. Incluso ellos, encorvados y con las manos delante de la cara, parecían hermosos a la luz del crepúsculo. El denso polvo rojo rielaba y resplandecía. Las sombras se proyectaban sobre él, alargándose casi de modo perceptible. La terrible hierba amarilla se fundía en un anaranjado casi suave. La luz del sol poniente caía de soslayo sobre las rocas del borde del valle.

—He pensado que quizá querrías ver esto —dijo Richard, cuyas llagas en torno a los labios parecían haberse incrementado. Sonrió débilmente—. Me ha parecido algo especial… el espectro, quiero decir.

Jack temió que Richard deseara enzarzarse en una explicación científica del cambio de color en el crepúsculo, pero su amigo estaba demasiado cansado o enfermo para la física. Los dos muchachos contemplaron en silencio cómo la puesta de sol intensificaba todos los colores de su entorno, convirtiendo el cielo del oeste en un esplendor de tonos morados.

—¿Sabes qué más llevas en este cacharro? —preguntó Richard.

—¿Qué más? —inquirió a su vez Jack. A decir verdad, casi no le importaba. No podía ser nada bueno y esperaba vivir para ver otra puesta de sol polícroma y llena de sentimiento como ésta.

—Explosivos de plástico, envueltos en paquetes de dos libras, más o menos. Hay los suficientes para volar toda una ciudad. Si una de estas armas se dispara

accidentalmente o si alguien acierta esos paquetes con una bala, este tren se convertirá en un agujero en el suelo.

—Yo no dispararé si tú no disparas —contestó Jack y volvió a dejarse absorber por el crepúsculo, que se le antojaba extrañamente premonitorio, un sueño de objetivos alcanzados, y le condujo a recuerdos de todo lo que había vivido desde que abandonara el hotel Jardines de la Alhambra. Vio a su madre tomando el té en el pequeño salón, una mujer de improviso cansada y vieja; a Speedy Parker sentado al pie de un árbol; a Lobo guardando su rebaño; a Smokey y Lori del horrible bar de Oatley; a todas las aborrecidas caras del Hogar del Sol, Heck Bast, Sonny Singer y los otros. Recordó a Lobo con una nostalgia muy intensa y especial, porque el crepúsculo le hizo evocar toda su figura, aunque Jack no habría sabido explicar por qué. Deseó poder coger la mano de Richard y entonces pensó: *Bueno, y ¿por qué no?*, y alargó la mano hasta que encontró la de su amigo, regordeta y húmeda, y cerró los dedos en torno a ella.

—Me siento enfermo —dijo Richard—. No es como… antes. Tengo el estómago revuelto y toda la cara me pica.

—Creo que no te encontrarás bien hasta que hayamos salido de este lugar —contestó Jack. *Pero, ¿qué pruebas tienes de ello, doctor?* —se preguntó—. *¿Qué pruebas tienes de que no le estás envenenando?* No tenía ninguna. Se consoló con la idea recién inventada (¿recién descubierta?) de que Richard era una parte esencial de lo que sucedería en el hotel negro. Necesitaría a Richard Sloat, y no sólo porque Richard Sloat sabía distinguir entre explosivos de plástico y bolsas de fertilizante.

¿Habría estado Richard antes en el hotel negro? ¿Habría estado realmente cerca del Talismán? Se volvió a mirar a su amigo, que respiraba de prisa y laboriosamente y cuya mano yacía en la suya como una escultura de cera fría.

—No quiero el arma —dijo Richard, apartándola de sus piernas—. Su olor me marea.

—Está bien —respondió Jack, poniéndola sobre sus propias piernas con la mano libre.

Uno de los árboles se deslizó ante su vista y aulló de dolor sin hacer ruido. Los perros mulantes no tardarían en merodear de nuevo. Jack lanzó una ojeada a las colinas de la izquierda —el lado de Richard— y vio una silueta humanoide

deslizarse entre las rocas.

11

—Eh —exclamó, casi incrédulo. Indiferente a su sobresalto, el crepúsculo multicolor continuó embelleciendo lo que no podía embellecerse—, eh, Richard.

—¿Qué? ¿Tú también te encuentras mal?

—Creo que he visto a alguien allí. En tu lado. —Volvió a mirar hacia el despeñadero, pero no vio ningún movimiento.

—No me importa —dijo Richard.

—Será mejor que te importe. ¿Te das cuenta de cómo eligen el momento? Quieren atacamos justo cuando esté demasiado oscuro para que les veamos.

Richard abrió el ojo izquierdo e hizo una somera inspección.

—No veo a nadie.

—Yo tampoco, ahora, pero me alegro de haber cogido estas armas. Incorpórate, Richard, y vigila con mucha atención si quieres salir de aquí vivo.

—Eres un aguafiestas, jolín. —Sin embargo, Richard se incorporó y abrió los dos ojos—. No veo nada allí arriba, Jack. Ya es demasiado oscuro. Seguramente lo has imaginado…

—Calla —interrumpió Jack, que creyó ver otro cuerpo introducirse entre las rocas que dominaban el valle—. Hay dos. ¿Y si viene otro?

—Quizá no haya nadie —dijo Richard—. De todos modos, ¿por qué ha de desear alguien hacernos daño? Quiero decir que no…

Jack volvió la cabeza y miró el trecho de vías que tenía delante. Algo se movió detrás del tronco de un árbol torturado, algo de mayor tamaño que un perro.

—Vaya —dijo—, creo que ahí hay otro sujeto esperándonos. Durante un momento, el miedo le petrificó; era incapaz de pensar qué podía hacer para protegerse de los tres asaltantes. Se le hizo un nudo en el estómago. Cogió la Uzi que tenía en el regazo y la miró con expresión desorientada, como si no supiera usarla. ¿Tendrían también armas los salteadores de Las Tierras Arrasadas?

—Richard, lo siento —dijo—, pero esta vez la cosa va en serio y necesitaré

tu ayuda.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Richard con voz chillona.

—Toma tu arma —contestó Jack, alargándosela—. Y creo que deberíamos arrodillarnos para no ofrecer un blanco tan grande.

Se puso de rodillas y Richard le imitó con movimientos lentos, como subacuáticos. A sus espaldas sonó un largo grito y otro encima de sus cabezas.

—Saben que los hemos visto —dijo Richard—, pero, ¿dónde están?

La pregunta fue contestada casi inmediatamente. Todavía visible en la penumbra de color púrpura, un hombre —o algo parecido a un hombre— salió corriendo de su escondite y empezó a bajar la pendiente en dirección al tren. Unos harapos ondeaban tras él. Gritaba como un indio y levantaba algo que tenía en las manos, algo parecido a un palo flexible, y Jack todavía intentaba adivinar su función cuando oyó —más que vio— una forma estrecha hendir el aire junto a su cabeza.

—¡Diantre! —exclamó—. ¡Tienen arcos y flechas!

Richard gimió y Jack temió que vomitara encima de ambos.

—Tengo que disparar contra él —dijo. Richard tragó saliva y emitió un ruido que no era una palabra.

—Oh, diablos —murmuró Jack, quitando el seguro de su Uzi. Levantó la cabeza y vio al harapiento ser que le perseguía disparar otra flecha. Si su puntería hubiese sido certera, Jack no habría vuelto a ver nada, pero la flecha pasó rozando el costado de la cabina. Jack levantó la Uzi y apretó el gatillo.

No esperaba nada de lo que sucedió. Había pensado que el arma permanecería quieta en sus manos y dispararía, obediente, unas cuantas balas, pero en lugar de esto, la Uzi saltó en sus manos como un animal, produciendo una serie de ruidos lo bastante altos para perforarle los tímpanos. El tufo de la pólvora le quemó la nariz. El hombre harapiento que seguía al tren alzó los brazos, pero por el asombro, no porque estuviera herido. Por fin Jack se acordó .de apartar el dedo del gatillo. No tenía idea de cuántos disparos había malgastado ni de cuántas balas quedaban en el cargador.

—¿Le has dado, le has dado? —preguntó Richard. El hombre corría ahora por la orilla del valle, con enormes pies planos que parecían ondear en el aire. Entonces Jack vio que no eran pies, sino grandes artefactos parecidos a placas, el equivalente de las raquetas para nieve en las Tierras Arrasadas. Su intención era

cubrirse tras uno de los árboles.

Jack levantó la Uzi con ambas manos y apuntó. Entonces apretó suavemente el gatillo. El arma retrocedió entre sus manos, pero menos que la vez anterior. Las balas salieron, describiendo un amplio arco, y por lo menos una de ellas dio en el blanco, porque el hombre se tambaleó hacia un lado, como si un camión le hubiese embestido, y los pies se desprendieron de las raquetas.

—Dame tu arma —dijo Jack y cogió la Uzi de Richard. Todavía arrodillado, disparó medio cargador hacia la oscuridad de delante del tren, esperando matar al ser que acechaba allí.

Otra flecha se estrelló contra el tren y otra se quedó clavada en el lado del furgón.

Richard temblaba y lloraba en el suelo de la cabina.

—Carga la mía —le dijo Jack, sacándose un cargador del bolsillo y poniéndolo bajo la nariz de Richard. Escudriñó el borde del valle para distinguir al segundo atacante. En menos de un minuto la oscuridad sería demasiado densa para ver cualquier cosa que estuviera en la cuenca del valle.

—Ya le veo —gritó Richard—. Le he visto… ¡allí! Señaló hacia una sombra que se movía con rapidez y en silencio entre las rocas y Jack gastó el resto del segundo cargador disparando contra ella. Cuando terminó la munición, Richard cogió su metralleta y le puso la otra en las manos.

—Buenos sicos, simpáticos sicos —dijo una voz a la derecha, aunque era imposible calcular a qué distancia estaba—. Ahora basta, parad ahora, ¿vale? Se acabó la lusha, sed buenos sicos y vender el arma. Matar muy bien con eya, veo.

—*Jack* —murmuró Richard en tono frenético, para avisarle.

—Tira el arco y las flechas —gritó Jack, todavía en cuclillas

junto a Richard.

—¡Jack, no lo hagas! —susurró Richard.

—Ya los tiro —contestó la voz, que aún estaba delante de ellos. Algo ligero cayó sobre el polvo—. Vosotros parad, sicos, y venderme arma, ¿vale?

—Está bien —dijo Jack—. Acércate para que podamos verte.

—Vale —contestó la voz.

Jack puso la marcha en punto muerto y el tren se fue deteniendo.

—Cuando grite —murmuró a Richard—, pon la primera lo más de prisa que puedas, ¿entendido?

—Oh, Dios mío —suspiró Richard.

Jack se cercioró de que el arma que Richard acababa de darle no tenía puesto el seguro. Un reguero de sudor le caía de la frente directamente en el ojo derecho.

—Todo bien ahora —dijo la voz—. Sicos poder levantarse. Levantarse, sicos.

Despierrta, despierrta, porfavor, porfavor. El tren se acercaba a la voz.

—Pon la mano sobre el cambio de marchas —susurró Jack—. Pronto gritaré.

La mano trémula de Richard, que parecía demasiado pequeña e infantil para ejecutar algo, por poco importante que fuera, tocó la palanca de la caja de cambios.

Jack evocó de repente, con gran claridad, al viejo Anders postrado ante él sobre el ondulado suelo de madera, preguntando:

¿Estarás a salvo, mi señor? Él había contestado en tono petulante, sin tomarse muy en serio la pregunta. ¿Qué eran las Tierras Arrasadas para un muchacho que había acarreado cuñetes para Smokey Updike?

Ahora le daba mucho más miedo ensuciarse los pantalones que la posibilidad de que Richard vomitara el almuerzo por encima de la versión de los Territorios del abrigo de loden de Myles P. Kiger.

Una carcajada resonó en la oscuridad junto a la cabina y Jack se enderezó, levantando el arma, y gritó justo cuando un cuerpo muy pesado chocó contra el lado de la cabina y se agarró a ella. Richard puso la primera marcha y el tren arrancó con una sacudida.

Un brazo desnudo, cubierto de pelos, seguía aferrado a la cabina. *Se acabó el salvaje oeste,* pensó Jack y entonces todo el tronco del hombre se irguió ante ellos. Richard profirió un chillido y Jack estuvo a punto de evacuar el contenido de sus intestinos en su ropa interior.

La cara consistía casi toda en dientes; era una cara tan instintivamente mala como la de una serpiente de cascabel con las fauces abiertas, y una gota de lo que Jack supuso instintivamente que sería veneno cayó de uno de los largos y curvados dientes. Con excepción de la nariz diminuta, el ser erguido ante los muchachos se parecía mucho a un hombre con cabeza de serpiente. En una mano de membranas sostenía un cuchillo. Jack disparó sin apuntar, impulsado por el pánico.

Entonces el ser se alteró y echó hacia atrás un momento y Jack tardó una fracción de segundo en ver que la mano de membranas y el cuchillo habían desaparecido. El ser adelantó un muñón sanguinolento, dejando una mancha de sangre en la camisa de Jack. Por suerte, al muchacho se le embotó el cerebro y sus dedos supieron apuntar la Uzi directamente al pecho de aquel ser y apretar el gatillo.

Un gran agujero rojo se abrió en el centro del pecho moteado y los dientes chorreantes chocaron entre sí. Jack mantuvo apretado el gatillo y la Uzi levantó por sí sola el cañón y destruyó la cabeza del ser en uno o dos segundos de total carnicería. Entonces desapareció. Sólo una mancha de sangre en el lado de la cabina y otra en la camisa de Jack demostraban que los dos muchachos no habían soñado todo aquel combate.

—¡Cuidado! —gritó Richard.

—Ya no está —suspiró Jack.

—¿Adonde ha ido?

—Se ha caído —respondió Jack—. Ha muerto.

—Le has arrancado la mano de un disparo —murmuró Richard—. ¿Cómo lo has hecho?

Jack levantó las manos y las miró temblar. Apestaban a pólvora.

—Sólo he imitado a alguien con buena puntería. —Bajó las manos y se lamió los labios.

Doce horas más tarde, cuando el sol volvía a salir sobre las Tierras Arrasadas, ninguno de los dos muchachos había dormido, sino que habían pasado toda la noche rígidos como soldados, con las metralletas en el regazo y atentos al menor ruido. Recordando la cantidad de munición que llevaba el tren, Jack disparaba de vez en cuando algunos cartuchos contra el borde del valle. Y durante todo aquel segundo día, si es que había hombres o monstruos en esta remota parte de las Tierras Arrasadas, nadie molestó a los muchachos. Lo cual podía significar, pensó, exhausto, Jack, que conocían la existencia de las armas. O que aquí, tan cerca de la costa occidental, nadie quería meterse con el tren de Morgan. No mencionó nada de esto a Richard, cuyos ojos eran vagos y velados y que pareció febril la mayor parte del tiempo.

12

Al atardecer de aquel día, Jack empezó a oler a agua salada en el aire áspero.

Capítulo 36

JACK Y RICHARD VAN A LA GUERRA

1

Aquella tarde la puesta de sol fue más amplia —la tierra había empezado a dilatarse de nuevo al acercarse al océano—, pero no tan espectacular. Jack detuvo el tren en la cumbre de una colina erosionada y volvió a subir al vagón de carga. Rebuscó en él durante casi una hora —hasta que los colores sombríos se desvanecieron del cielo y se alzó en el este un cuarto de luna— y regresó con seis cajas, todas marcadas LENTES.

—Ábrelas —dijo a Richard— y haz la cuenta. Te nombro Guardián de los Cargadores.

—Maravilloso —replicó Richard con voz débil—. Sabía que recibía toda esa educación para algún fin.

Jack volvió una vez más al vagón y abrió la tapa de una de las cajas marcadas PIEZAS DE MAQUINARIA. Mientras lo hacía, oyó un grito ronco en la oscuridad, seguido de un estridente chillido de dolor.

—¡Jack! Jack, ¿estás ahí atrás?

—¡Sí, estoy aquí! —contestó Jack, pensando que era muy imprudente por parte de ambos gritar como un par de comadres desde un patio a otro, pero la voz de Richard sugería que su temor rayaba en el pánico.

—¿Volverás pronto?

—¡En seguida voy! —gritó Jack, haciendo más fuerza con el cañón de la Uzi. Estaban dejando atrás las Tierras Arrasadas, pero Jack aún no quería detenerse demasiado rato. Habría sido más sencillo llevarse la caja de metralletas a la cabina, pero pesaba demasiado.

No pesan, son mis Uzis, pensó Jack y rió entre dientes en la oscuridad.

—¡*Jack!* —La voz de Richard era estridente, frenética.

—Espera un momento, compinche —contestó.

—No me llames compinche —protestó Richard. Los clavos de la tapa se desprendieron con un crujido y Jack pudo levantarla. Agarró dos metralletas y ya iba a dar media vuelta cuando vio otra caja, más o menos del tamaño de un televisor portátil, que antes estaba oculta bajo un pliegue de la lona encerada.

Corrió tambaleándose por el techo del vagón bajo la débil luz de la luna, sintiendo la brisa en el rostro. Era limpia, sin rastro del hediondo perfume, sin vestigio de putrefacción; sólo una humedad limpia y el inconfundible aroma de la sal.

—¿Qué hacías? —le regañó Richard—. ¡Jack, ya tenemos armas! ¡Y también municiones! ¿Por qué has ido a buscar más? ¡Algo podría haber trepado hasta aquí mientras tú jugabas con esto!

—Más armas porque las metralletas tienen tendencia a recalentarse —explicó Jack—. Más balas porque es posible que debamos disparar muchas veces. *Yo* también veo la televisión, ¿sabes? —Se dispuso a volver de nuevo al vagón de carga porque quería averiguar qué contema aquella caja cuadrada.

Richard le sujetó; el pánico convirtió su mano en una garra de ave de rapiña.

—Richard, no pasará nada…

—¡Algo te podría llevar consigo!

—Creo que estamos casi fuera de las Tie…

—¡Algo podría llevarme a *mí* consigo! ¡Jack, no me dejes solo! Richard se echó a llorar. No dio la espalda a Jack ni se tapó la cara con las manos; permaneció como estaba, con la cara contraída y los ojos anegados en lágrimas. En aquel momento se antojó cruelmente indefenso a Jack, quien le abrazó y retuvo contra sí.

—Si alguien te ataca y te mata, ¿qué será de mí? —sollozó Richard—. ¿Cómo podría salir de aquí alguna vez? *No lo sé* —pensó Jack—. *Realmente, no*

lo sé.

2

Así pues, Richard acompañó a Jack en su último viaje al vagón de carga y esto significó empujarle y sostenerle al subir la escalerilla, prestarle apoyo al caminar por el techo del furgón y ayudarle con mucho cuidado a bajar los escalones, como se ayuda a una anciana inválida a cruzar la calle. Richard el Racional comenzaba a mejorar mentalmente, pero físicamente estaba cada vez peor.

Aunque los listones rezumaban grasa lubricante, la caja cuadrada llevaba la marca: FRUTA, lo cual, como Jack descubrió en cuanto pudieron abrirla, no era del todo inexacto, ya que estaba llena de pinas. De las que explotan.

—¡Caracoles! —murmuró Richard.

—Vaya, vaya —dijo Jack—. Ayúdame. Creo que podemos llevar cada uno cuatro o cinco dentro de la camisa.

—¿Para qué quieres tanto armamento? —preguntó Richard—. ¿Acaso esperas enfrentarte a un ejército?

—Algo parecido.

3

Richard miró hacia el cielo mientras volvían por el techo del furgón y sintió un mareo. Se tambaleó y Jack tuvo que cogerlo para que no se cayera del tren. Se había dado cuenta de que no podía reconocer las constelaciones del hemisferio norte ni las del sur. Estas estrellas eran diferentes… pero formaban diseños y en alguna parte de este mundo desconocido e increíble quizá alguien navegaba guiándose por ellas. Fue este pensamiento lo que hizo comprender a Richard la realidad de su entorno… y esta comprensión representó para él un impacto definitivo e innegable.

Entonces la voz de Jack le llamó como desde lejos:

—¡En, Richie! ¡Jason! ¡Por poco te caes del tren!

Por fin llegaron de nuevo a la cabina.

Jack puso la primera marcha, presionó hacia abajo la palanca de aceleración y el artefacto de Morgan de Orris arrancó una vez más. Jack echó una ojeada al suelo de la cabina: cuatro metralletas Uzi, casi veinte montones de cargadores, a diez por montón, y diez granadas de mano cuyos pasadores de seguridad parecían abridores de latas de cerveza.

—Si esto no nos basta —dijo Jack—, más vale que lo olvidemos.

—¿Qué estás esperando, Jack? —Jack se limitó a menear la cabeza.

—Supongo que me debes considerar un pelmazo —observó Richard.

—Claro, como siempre, compinche —sonrió Jack.

—¡No me llames compinche!

—¡Compinche-compinche-compinche!

Esta vez la vieja broma suscitó una sonrisa. No muy grande, no hizo más que subrayar las grietas de los labios de Richard… pero mejor *que* nada.

—¿Estarás bien si duermo un poco más? —preguntó Richard, apartando a un lado los cargadores de las metralletas y acomodándose en un rincón de la cabina, tapado con el sarape de Jack—. Después de tanto trepar y acarrear pesos… Creo que debo estar enfermo porque me siento realmente exhausto.

—Estaré bien —respondió Jack, y de hecho se encontraba más animado, lo cual no le vendría mal dentro de poco, si sus temores eran fundados.

—Ya puedo oler el océano —dijo Richard y Jack captó en su voz una asombrosa mezcla de amor, aversión, nostalgia y miedo. Los ojos de Richard se cerraron.

Jack bajó todo lo que pudo la palanca de aceleración. El presentimiento de que el fin —alguna clase de fin— estaba cerca no había sido nunca tan fuerte.

4

Los últimos vestigios pobres y sombríos de las Tierras Arrasadas habían desaparecido ya cuando salió la luna. Reaparecieron los campos de cereal, que

aquí era más tosco que en Ellis-Breaks, pero que aún irradiaba un sensación de pureza y salud. Jack oyó la débil llamada de unos pájaros que gritaban como gaviotas. Era un sonido indeciblemente solitario en estas grandes llanuras abiertas que olían un poco a fruta y bastante más a sal marina.

Después de medianoche el tren empezó a zumbar a través de grupos de árboles, la mayoría de hoja perenne, y su olor de resina, mezclado con el de la sal, parecía establecer una conexión firme entre este lugar al que se aproximaba y el lugar de donde procedía. Él y su madre no habían permanecido nunca mucho tiempo en el norte de California —quizá porque Sloat solía pasar sus vacaciones allí—, pero recordaba haber oído contar a Lily que el paisaje en torno a Mendocino y Sausalito se parecía mucho al dé Nueva Inglaterra, incluyendo las casas de dos pisos delante y uno atrás, con tejado de caballete, y las de madera de un solo piso, con el mismo tejado, típicas de Cape Cod. Las compañías cinematográficas que necesitaban escenarios de Nueva Inglaterra recurrían al norte de su propio estado en lugar de trasladarse a la otra costa del país, y los espectadores no solían notar la diferencia.

Así es como debe ser. De un modo muy extraño, vuelvo al lugar que dejé atrás.

Richard: *¿Acaso esperas enfrentarte a un ejército?*

Se alegraba de que Richard estuviera dormido, porque así no tenía que contestar a esta pregunta… por lo menos, todavía no.

Anders: *Cosas demoníacas. Para los Lobos malos. Para llevar al hotel negro.*

Las cosas demoníacas eran las ametralladoras Uzi, el explosivo de plástico, las granadas. Las cosas demoníacas estaban aquí. Los Lobos malos, no. El furgón, sin embargo, estaba vacío, y Jack encontraba este hecho muy revelador.

Aquí hay una historia para ti, Richíe, muchacho, y me alegra que estés dormido porque así no tengo que contártela. Margan sabe que llego y ha preparado una tiesta sorpresa, sólo que serán hombres lobos y no chicas desnudas los que saltarán del pastel, armados con metralletas Uzi y granadas, como manda la ocasión. Menos mal que hemos secuestrado este tren, por así decirlo, y que llegamos con diez o doce horas de antelación, porque si nos dirigimos a un campamento lleno de Lobos dispuestos a asaltar el pequeño tren de los Territorios —y creo que esto es exactamente lo que hacemos—,

necesitaremos todo el elemento sorpresa de que podamos disponer.

Sería más fácil detener el tren lejos de donde estuviera apostada la fuerza de ataque de Morgan y describir un gran círculo en tomo al campamento. Más fácil y también más seguro.

Pero esto dejaría indemnes a los Lobos malos, ¿lo comprendes, Richie?

Miró el arsenal esparcido sobre el suelo de la cabina y se preguntó si estaba planeando de verdad lanzar a un comando contra la Brigada de Lobos de Morgan. Vaya comando. El bueno y viejo de Jack Sawyer, Rey de los Lavaplatos Vagabundos, y su Comatoso Compinche, Richard. Jack se preguntó si se habría vuelto loco. Supuso que sí, porque aquello era exactamente lo que estaba planeando; sería lo último que esperaría cualquiera de ellos… y ya había soportado bastante, maldita sea. Le habían azotado con un látigo; habían matado a Lobo. Habían destruido la escuela de Richard y casi acabado con su cordura y, para colmo, quizá Morgan Sloat había vuelto a New Hampshire a atormentar a su madre.

Loco o no, había llegado el momento de la revancha.

Jack se agachó, cogió una metralleta cargada y la sostuvo sobre su brazo mientras las vías se abrían ante él y el o)or de la sal se incrementaba por momentos.

5

Antes de amanecer, Jack durmió unas horas, apoyado en la palanca de aceleración. No le habría consolado mucho saber que semejante posición se llamaba embrague de cadáver. Cuando salió el sol, Richard le despertó.

—Hay algo delante de nosotros.

Jack miró primero con atención a Richard. Había esperado verle con mejor aspecto a la luz del día, pero ni siquiera el cosmético del amanecer podía disimular el hecho de que Richard estaba enfermo. El color del nuevo día había cambiado el tono dominante de su tez, convirtiendo el gris en amarillento… esto era todo.

—*¡Ehl ¡Tren! ¡Hola grande y maldito tren!* —Este grito gutural fue poco

más que el gruñido de una bestia. Jack miró hacia delante.

Se acercaban a una especie de pequeño blocao.

El centinela era un Lobo… pero cualquier parecido con el Lobo de Jack terminaba en los llameantes ojos anaranjados. La cabeza de este Lobo era horriblemente aplanada, como si una mano enorme hubiera rebanado la curva superior del cráneo. La cara parecía sobresalir de la mandíbula retraída como un peñasco en precario equilibrio sobre un abismo. Ni siquiera la gozosa sorpresa reflejada en aquella cara podía ocultar su profunda y brutal estupidez. Unas trenzas de pelo le colgaban de las mejillas y una cicatriz en forma de X le cruzaba la frente.

El Lobo llevaba algo parecido al uniforme de un mercenario, o lo que Jack creía que era dicho uniforme. Los anchos pantalones verdes estaban embutidos en las botas negras, pero Jack vio que las botas habían sido agujereadas para permitir la salida de los dedos peludos, de uñas largas, del Lobo.

—*¡Tren!* —ladró y gruñó a la vez mientras la locomotora cubría los últimos cincuenta metros. Empezó a saltar, con una sonrisa salvaje, e hizo chasquear los dedos al estilo de Cab Calloway. De sus mandíbulas brotaban repugnantes coágulos de espuma—. *¡Tren! ¡Tren! ¡Maldito tren AQUÍ Y AHORA MISMO!* —Abrió la boca de un modo alarmante, mostrando dos hileras de lanzas rotas y amarillas—. *¡Venís pronto, malditos sicos, qué bien, qué bien!*

—Jack, ¿qué es esto? —preguntó Richard, agarrando el hombro de Jack con una fuerza que traicionaba su pánico pero hablando en voz bastante baja, lo cual tenía mucho mérito.

—Es un Lobo, un Lobo de Morgan.

¡Ya está, Jack! ¡Idiota! ¡Has pronunciado su nombre!

Pero no había tiempo para preocuparse por esto ahora. Casi habían llegado al puesto de guardia y el Lobo tenía la evidente intención de saltar a bordo. Mientras Jack le miraba, dio un torpe brinco sobre el polvo, haciendo entrechocar las botas claveteadas. Tenía *un* cuchillo en el cinturón que llevaba en bandolera sobre el pecho desnudo, pero no tenía arma de. fuego.

Jack ajustó el control de la Uzi para un solo disparo.

—¿Morgan? ¿Quién es Morgan? *¿Qué* Morgan?

—Ahora no —dijo Jack.

Se concentró en un buen blanco: el Lobo, y simuló una gran sonrisa

plastificada mientras mantenía la Uzi baja y fuera de la vista.

—*¡Tren de Anders! ¡Maldita sea! ¡Aquí y ahora!* Un mango parecido a una gran asa sobresalía del lado derecho de la locomotora, sobre un ancho peldaño a modo de estribo. Con su salvaje sonrisa, derramando espuma por el mentón y claramente enajenado, el Lobo asió el mango y saltó con agilidad al estribo.

—¡Eh! ¿Dónde está el viejo? ¿Dónde…? Jack levantó la Uzi y envió una bala al ojo izquierdo del Lobo. La llameante luz anaranjada se apagó como la llama de una vela bajo una ráfaga de viento. El lobo cayó hacia atrás desde el estribo como un hombre realizando una torpe zambullida, y dio contra el suelo con un ruido sordo.

—¡Jack! —Richard le agarró y le hizo girar en redondo. Su rostro parecía tan salvaje como el del Lobo, sólo que era terror lo que lo contraía, no regocijo—. *¿Te has referido a mi padre? ¿Está mi padre implicado en esto?*

—Richard, ¿confías en mí?

—Sí, pero…

—Entonces, olvídalo. *Olvídalo,* Éste no es el momento.

—Pero…

—Coge un arma.

—Jack…

—Richard, ¡coge un *arma*\ Richard se agachó y cogió una Uzí.

—Odio las armas —repitió.

—Sí, ya lo sé. A mí tampoco me entusiasman, Richie, muchacho, pero ha llegado la hora de la revancha.

6

Ahora las vías se acercaban a una alta empalizada detrás de la cual sonaban gritos y gruñidos, vítores, palmadas rítmicas y el sonido de un taconeo acompasado sobre la tierra. Había además otros sonidos menos identificables, pero todos significaron lo mismo para Jack: *entrenamiento militar*. La zona que mediaba entre el puesto de guardia y la empalizada tenía casi un kilómetro y, en medio de semejante algarabía, Jack dudaba de que alguien hubiese oído su único

disparo. El tren, al ser eléctrico, era casi silencioso. Aún tenían a su favor la ventaja de la sorpresa.

Las vías desaparecían bajo una puerta doble en un lado de la empalizada. Jack vio rendijas de luz entre los troncos toscamente descortezados.

—Jack, será mejor que disminuyas la marcha. Se hallaban a unos dentó cincuenta metros de la puerta. Al otro lado las voces desaforadas gritaban: *«¡MARRRRchen! ¡Un-dos! ¡Tres-cuatro! ¡MARRRchen!»* Jack pensó otra vez en los hombres bestias de H. G. Wells y se estremeció.

—La suerte está echada, compinche. Vamos a entrar. Tienes el tiempo justo de entonar el canto del cisne.

—Jack, ¡estás loco!

—Ya lo sé.

Cien metros. Las baterías zumbaban. Saltó un chispa azul, chisporroteando. A ambos lados del tren se extendía la tierra yerma. *No hay cereales aquí* —pensó Jack—. Si *Noël Coward hubiera escrito una obra sobre Morgan Sloat, creo que la habría titulado «Un espíritu tristón»*.[6]

—Jack, ¿y si este lastimoso tren descarrila?

—Bueno, supongo que puede pasar —contestó Jack.

—¿Y si derriba la puerta y las vías se *acaban?*

—*Eso* nos fastidiaría, ¿verdad? Cincuenta metros.

—Jack, te has vuelto realmente loco, ¿verdad?

—Supongo que sí. Quita el seguro de tu arma, Richard.

Richard obedeció.

Saltos… gruñidos… pasos de marcha… el crujido del cuero… alaridos… una carcajada inhumana que hizo dar un respingo a Richard. No obstante, Jack vio en el rostro de su amigo una clara determinación que le llenó de orgullo. *Tiene intención de permanecer a mi lado… Racional o no, tiene intención de no abandonarme.*

Veinticinco metros.

Gritos… chillidos… órdenes estridentes… y un alarido espeso, de reptil —¡Gruuuuu-UUUU!—, que erizó los pelos del cogote de Jack.

—Si salimos de ésta —dijo Jack—, te invitaré a un perro caliente con chile en la Reina de las Granjas.

—¡Sácame de aquí! —gritó Richard e, increíblemente, se echó a reír. En

aquel instante, el malsano tono amarillento pareció difuminarse un poco en su cara.

Cinco metros… y los toscos troncos que formaban la puerta parecían macizos, sí, muy macizos, y Jack tuvo el tiempo justo de preguntarse si no había cometido un gravísimo error.

—¡Agáchate, compinche!

—¡No me llames com…!

El tren chocó contra la puerta de la empalizada, lanzándoles a ambos hacia delante.

7

La puerta era, en efecto, muy sólida y además estaba atrancada por dentro con dos grandes troncos. El tren de Morgan no era muy grande y las baterías estaban casi gastadas después del largo recorrido por Tierras Arrasadas. El impacto lo habría hecho descarrilar, sin duda alguna, y ambos muchachos podrían haber muerto en el choque, si la puerta no hubiese tenido un talón de Aquiles. Se habían encargado goznes nuevos, forjados según los modernos procedimientos americanos, pero aún no habían llegado y los viejos goznes de hierro saltaron cuando la locomotora embistió la puerta.

El tren entró en el fuerte a cuarenta kilómetros por hora, llevándose por delante la puerta destrozada. Habían construido una pista de obstáculos en tomo al perímetro de la empalizada y la puerta, actuando como una máquina quitanieves, empezó a quitar de en medio los obstáculos, arrollándolos, dándoles la vuelta y convirtiéndolos en astillas.

También arrolló a un Lobo que realizaba ejercicios de castigo. Sus pies desaparecieron bajo la puerta y fueron amputados, con botas y todo. Gruñendo y profiriendo alaridos, en pleno Cambio, el Lobo empezó a trepar por la puerta con unas uñas que crecían rápidamente y se afilaban como clavos. La puerta estaba ahora a doce metros dentro del fuerte. De manera asombrosa, el Lobo llegó casi hasta arriba antes de que Jack pusiera la marcha en punto muerto. El tren se detuvo y la puerta se desplomó, aplastando entre ella y el polvo al infortunado

Lobo. Bajo el último vagón del tren, en los pies amputados del Lobo continuó creciendo pelo y siguió creciendo durante varios minutos.

La situación dentro del fuerte era mejor de la que Jack se había atrevido a esperar. Por lo visto, allí todos madrugaban, como suele ocurrir en las instalaciones militares, y la mayor parte de las tropas parecían estar fuera, realizando un estrafalario programa de prácticas y ejercicios.

—*¡A la derecha!* —gritó Jack a Richard.

—¿Qué hago? —preguntó Richard, también a gritos. Jack abrió la boca y profirió un alarido: por su tío Tommy Woodbine, atropellado en la calle; por un carretero anónimo, muerto a latigazos en un patio fangoso; por Ferd Janklow; por Lobo, muerto en el sucio despacho de Sol Gardener; por su madre, pero sobre todo, según descubrió, por la Reina Laura DeLoessian, que era también su madre, y por el crimen que se estaba cometiendo con la región de los Territorios. Vociferó como Jason y su voz fue atronadora.

—¡HAZLOS PEDAZOS! —gritó Jack Sawyer/Jason DeLoessian y abrió fuego por la izquierda.

8

Había un tosco patio de revista en el lado de Jack y un largo edificio de troncos en el de Richard. Este edificio parecía el bunker de una película de Roy Rogers, pero Richard adivinó que era un cuartel. De hecho, todo el lugar se antojaba más familiar a Richard que cualquier otra cosa vista hasta ahora en este mundo fantasmal al que le había llevado Jack. Había visto lugares como éste en los noticiarios de la televisión. Los rebeldes apoyados por la CÍA que se entrenaban para usurpar el poder en países de Centroamérica y Sudamérica se concentraban en sitios parecidos a éste. Sólo que los campos de entrenamiento solían estar en Florida y los soldados que salían en masa de este cuartel no eran cubanos… Richard no sabía qué eran.

Algunos se parecían un poco a las pinturas medievales de demonios y sátiros. Algunos tenían aspecto de seres humanos degenerados, como hombres de las cavernas. Y una de las cosas que saltaban bajo la luz de la incipiente

mañana tenía escamas en el cuerpo y párpados de membrana… y Richard Sloat lo tomó por una especie de lagarto que caminara erguido. Mientras lo miraba, el monstruo levantó el hocico y profirió el grito que Jack y él habían oído antes: *¡GruuuuUUU!* Tuvo tiempo de ver, un momento antes de que la Uzi de Jack hiciera retemblar el mundo con su trueno, que la mayoría de estos seres infernales parecían totalmente aturdidos.

En el lado de Jack, unas dos docenas de Lobos estaban haciendo ejercicios en el patio de revista. Como el centinela del puesto de guardia, llevaban en su mayoría uniformes verdes de faena, botas con agujeros para los pies y cananas en bandolera. Como el centinela, tenían la cabeza plana y parecían cretinos y esencialmente malévolos.

Se detuvieron en mitad de unos saltos frenéticos al ver irrumpir el tren, caer la puerta y morir aplastado por ésta el infeliz que cumplía su castigo en el lugar y momento inoportunos. Al oír el grito de Jack, empezaron a moverse, pero entonces ya era demasiado tarde.

La mayor parte de la Brigada de Lobos cuidadosamente seleccionados por Morgan durante un período de cinco años por su fuerza y brutalidad, fueron barridos por una ráfaga de la metralleta de Jack. Se tambalearon hacia atrás, con los pechos abiertos y las cabezas sanguinolentas. Se oyeron aullidos de ira y aullidos de dolor… pero no muchos. La mayoría murieron en silencio.

Jack tiró el cargador, cogió otro y lo encajó en su lugar. En el lado izquierdo del patio de revista, cuatro de los Lobos se habían salvado. En el centro aparecieron dos más bajo la línea de fuego; estaban heridos, pero aun así se dirigían hacia él, cavando hoyos en la tierra batida con los dedos de largas uñas; en sus caras, el pelo no dejaba de crecer y sus ojos centelleaban. Mientras corrían hacia la locomotora, Jack vio que les salían colmillos de la boca y pelos del mentón, duros como el alambre.

Apretó el gatillo de la Uzi, sujetando con gran esfuerzo el caliente cañón, que tenía tendencia a elevarse en cada fuerte retroceso. Los dos lobos atacantes fueron lanzados al aire con tanta violencia, que describieron un arco cabeza abajo, como si fueran acróbatas. Los otros cuatro no se detuvieron en su loca carrera hacia el lugar donde estaba la puerta dos minutos antes.

El surtido de seres que salieron en tropel del cuartel estilo bunker parecieron comprender por fin que, aunque los recién llegados conducían el tren de Morgan,

estaban lejos de ser amistosos. No se unieron en un ataque organizado, pero avanzaron en masa, murmurando. Richard apoyó el cañón de la Uzi en el lado de la cabina, que le llegaba hasta el pecho, y abrió fuego. Los proyectiles los despedazaron, lanzándolos hacia atrás. Dos de las cosas que parecían cabras cayeron de cuatro patas y se arrastraron hacia el interior del edificio. Richard vio a otros tres retorcerse y caer bajo el impacto de las balas y se sintió invadido por una alegría tan salvaje, que casi le hizo desfallecer.

Las balas destrozaron también el vientre verde y blanquecino del lagarto, del que empezó a salir un chorro de líquido negruzco, icor, no sangre. Cayó de espaldas, pero la cola pareció amortiguar la caída. Se levantó de un salto y corrió hacia el lado del tren donde estaba Richard. Profirió de nuevo su grito tosco y potente… y esta vez Richard creyó detectar en él algo horriblemente femenino. Apretó el gatillo de la Uzi. No ocurrió nada. El cargador estaba vacío.

El hombre lagarto corría con una determinación ciega y torpe. Sus ojos centelleaban de furia asesina… y de inteligencia. Vestigios de unos pechos oscilaban sobre las escamas delanteras.

Richard se agachó, buscó a tientas con las manos, sin perder de vista al hombre lagarto, y encontró una de las granadas.

Seabrook ¡stand —pensó Richard como en un sueño—. *Jack llama a este lugar los Territorios, pero en realidad es Seabrook Island y no hay motivo para tener miedo, ningún miedo; todo esto es un sueño y si las garras escamosas de ese monstruo me rodean el cuello, es seguro que me despertaré, e incluso aunque no todo sea un sueño, Jack me salvará de algún modo, sé que lo hará… Lo sé porque aquí Jack es una especie de dios.*

Estiró la espoleta de la granada, reprimió el fuerte impulso de lanzarla de cualquier modo, cediendo al pánico, y, sin levantar la mano más arriba del hombro, hizo un lanzamiento alto y tendido.

—*¡Jack, agáchate!*

Jack se agachó al instante, sin mirar, hasta que estuvo más bajo que los lados de la cabina. Richard le imitó, pero no antes de ver una cosa increíble y horriblemente cómica: el hombre lagarto había cogido la granada… e intentaba comérsela.

La explosión no fue el fragor sordo que Richard había esperado, sino un estruendo ensordecedor que penetró en sus oídos, causándole un gran dolor en

los tímpanos. Oyó un chapoteo, como si alguien hubiera tirado un cubo de agua contra el costado del tren.

Levantó la vista y vio que la locomotora, el furgón y el vagón de carga estaban cubiertos de cálidos intestinos, sangre negra y trozos de carne de lagarto. Toda la fachada del cuartel había volado y gran parte de los escombros estaban ensangrentados. En el centro vio un pie peludo dentro de una bota con agujeros para los dedos.

Mientras miraba, los escombros se removieron y dos de los hombres cabras empezaron a salir de entre las astillas. Richard se agachó, encontró otro cargador y lo colocó en su metralleta. Ya estaba caliente, como Jack había pronosticado.

¡Hurra!, pensó vagamente mientras volvía a abrir fuego.

9

Cuando Jack se incorporó tras la explosión de la granada, vio que los cuatro Lobos que habían escapado a las dos primeras ráfagas de metralleta corrían por el agujero donde había estado la puerta. Aullaban de terror. Como corrían juntos, eran un buen blanco para Jack, que levantó la Uzi… y la bajó de nuevo, sabiendo que los vería más tarde, probablemente en el hotel negro, sabiendo que era un idiota… Pero, idiota o no, se sentía incapaz de dispararles a sangre fría, por la espalda.

Ahora sonó un grito estridente y femenino detrás del cuartel. *¡Salid de ahí! ¡Salid de ahí, digo! ¡Moveos! ¡Moveos!* Se oyó el restallido de un látigo.

Jack conocía aquel sonido y conocía aquella voz. Se hallaba inmovilizado por una camisa de fuerza la última vez que la había oído. Era una voz que habría reconocido entre un millón.

…Si *aparece su amigo retrasado mental, dispara contra él.*

Bueno, entonces te saliste con la tuya, pero ahora viene la revancha … y por el sonido de tu voz, diría que ya lo sabes. Cogedles, ¿qué os pasa, cobardes? Cegedles, ¿es que siempre he de deciros cómo hacer las cosas? ¡Seguidnos, seguidnos!

Tres seres salieron de las ruinas del cuartel y sólo uno de ellos era claramente

humano: Osmond. Llevaba su látigo en una mano y una pistola automática en la otra. Calzaba botas negras y vestía una capa roja y pantalones de seda blanca muy anchos y ondulantes, salpicados de sangre fresca. A su izquierda había un peludo hombre cabra en vaqueros y botas del Oeste, que cruzó una mirada con Jack, compartiendo con él un instante de total reconocimiento: era el horrible vaquero del Bar Oatley. Era Randolph Scott. Era Elroy. Sonrió a Jack, sacando la larga lengua y lamiéndose el labio superior.

—*¡Cógelo!* —gritó Osmond a Elroy.

Jack intentó levantar la Uzi, pero de pronto la encontró demasiado pesada para sus brazos. Osmond ya era malo de por sí, la reaparición de Eiroy, aún peor, pero lo que había entre los dos era una pesadilla: la versión de los Territorios de Reuel Gardener, claro; el hijo de Osmond, el hijo de Sol. Y de hecho se parecía un poco a un niño, un niño dibujado por un alumno listo de jardín de infancia que tuviera tendencias crueles.

Era flaco y blanco como la leche; uno de sus brazos terminaba en un delgado tentáculo que recordó a Jack el látigo de Osmond. Los ojos, uno de ellos bizco, estaban a diferentes niveles. Gruesas llagas rojas cubrían sus mejillas.

Algunas se deben a la enfermedad de la radiación… Jason, creo que el chico de Osmond se acercó demasiado a una de esas bolas de fuego… pero el resto… Jason… Jesús… ¿Qué tuvo por madre? En nombre de todos los mundos, ¿QUÉ TUVO POR MADRE?

—*¡Coge al Pretendiente!* —gritaba Osmond—. *Salva al hijo de Margan ¡pero coge al Pretendiente! ¡Coge al falso Jason! ¡Atacad, cobardes! ¡Se les han terminado las balas!*

Alaridos, gritos. Jack sabía que dentro de un momento aparecería un nuevo contingente de Lobos, reforzados por diversos monstruos, desde la parte trasera del largo cuartel, donde se habrían protegido de la explosión, donde debían haberse agazapado con las cabezas gachas y donde habrían permanecido… de no ser por Osmond.

—Tendrías que haber evitado la carretera, polluelo —gruñó Eiroy, echando a correr hacia el tren.

La cola le ondeaba por el aire. Reuel Gardener —o como se llamara en este mundo— profirió una especie de gemido e intentó seguirle, pero Osmond alargó la mano y le retuvo; Jack vio que sus dedos parecían hundirse en el cuello

cuadrado y repulsivo del monstruoso muchacho.

Entonces levantó la Uzi y descargó una ráfaga a quemarropa contra la cara de Eiroy. Decapitó al hombre cabra y a pesar de ello Eiroy, sin cabeza, continuó trepando un momento y una de sus manos, cuyos dedos estaban unidos en dos grupos en una parodia de pata hendida, buscó a tientas la cabeza de Jack antes de desplomarse hacia atrás.

Jack se quedó mirándolo fijamente, aturdido; había soñado una y otra vez en el bar Oatley con aquella espantosa confrontación final, intentando alejarse del monstruo por una jungla oscura de muelles y vidrios rotos. Y ahora aquel ser estaba aquí y él lo había matado. Era difícil comprender este hecho; como si hubiera matado a un fantasma de la infancia.

Richard gritaba… y su metralleta disparaba con estruendo, casi ensordeciendo a Jack.

—¡Es Reuel! ¡Oh Jack oh Dios mío oh Jason es Reuel, es Reuel…!

La Uzi que sostenía Richard disparó otra ráfaga antes de enmudecer, con el cargador vacío. Reuel se desasió de su padre y corrió a trompicones hacia el tren, gimoteando. El labio superior se le dobló hacia arriba, dejando al descubierto unos dientes largos que parecían falsos y endebles, como las dentaduras de cera que se ponen los niños en la Víspera de Todos los Santos.

La andanada final de Richard le acertó en el pecho y la garganta, agujereando su jubón tonelete de color marrón y abriendo largas brechas irregulares en la carne. De estas heridas fluyeron lentos regueros de sangre oscura, pero nada más. Reuel podía haber sido humano al principio; Jack lo consideraba posible. Sin embargo, ahora ya no lo era; las balas ni siquiera retrasaron su paso. El monstruo que sorteó torpemente el cuerpo de Eiroy era un demonio y olía a hongo venenoso mojado.

Algo calentaba la pierna de Jack; al principio fue sólo tibio… pero en seguida irradió mucho calor. ¿Qué era? Daba la impresión de que llevaba una tetera en el bolsillo. Pero no tenía tiempo de pensar. Ocurrían cosas ante su vista. En tecnicolor.

Richard dejó caer la Uzi y retrocedió tambaleándose y tapándose la cara con las manos. A través de los dedos miraba con ojos horrorizados al monstruo que había sido Reuel.

¡No dejes que me coja, Jack! ¡No dejes que…!

Reuel balbucía y gimoteaba. Golpeó con las manos el costado de la locomotora y el sonido fue como el de unas grandes aletas golpeando un espeso lodo.

Jack vio que tenía realmente unas gruesas membranas amarillentas entre los dedos.

—*¡Vuelve!* —gritaba Osmond a su hijo y en su voz temblaba un miedo indiscutible—. *¡Vuelve, es malo, te hará daño, todos los chicos son malos, es un axioma, vuelve, vuelve!*

Reuel farfullaba y gruñía con entusiasmo. Se enderezó y Richard gritó como un loco, retrocediendo hacia el rincón más alejado de la cabina.

—*¡NO DEJES QUE ME COJA…!*

Más Lobos, más monstruos extraños salieron de la esquina. Uno de ellos, un ser con retorcidos cuernos de carnero a ambos lados de la cabeza, que sólo llevaba calzones anchos, cayó y fue pisoteado por los otros.

Un círculo de calor en torno a la pierna de Jack.

Reuel echaba ahora una pierna larga y delgada sobre el borde de la cabina. Babeaba, mirando a Jack, y la pierna se retorcía, no era en absoluto una pierna, sino un tentáculo. Jack levantó la Uzi y disparó.

Media cara de Reuel se convirtió en un flan. Una multitud de gusanos empezó a caer de la masa sanguinolenta.

Reuel continuaba acercándose.

Alargando hacia él aquellos dedos provistos de membranas.

Los gritos de Richard y los gritos de Osmond se mezclaron, fundiéndose en uno solo.

De improviso, Jack identificó el calor que le abrasaba la pierna como un hierro de marcar ganado, y lo hizo en el mismo instante en que las manos de Reuel le cayeron sobre los hombros… era la moneda que el capitán Farren le había dado, la moneda que Anders se había negado a aceptar.

Se metió la mano en el bolsillo; la moneda parecía, al tacto, un trozo de mineral. La apretó en su puño y sintió su cuerpo invadido por una potencia de muchos voltios. Reuel la sintió a su vez y sus murmullos, gruñidos y gimoteos se convirtieron en gemidos de terror. Intentó retroceder, mientras el único ojo giraba frenéticamente.

Jack extrajo la moneda, que emitía un resplandor rojo en su mano. Sintió el

calor… pero no se quemó.

El perfil de la Reina resplandecía como el sol.

—*¡En su nombre, aborto asqueroso!* —gritó Jack—. *¡Desaparece de la faz de la tierra!* —Abrió el puño y estampó la moneda en la frente de Reuel.

Reuel y su padre gritaron al unísono… Osmond, con una voz de soprano rayando en la de tenor y Reuel, con un zumbido bajo e insectil. La moneda penetró en la frente de Reuel como la punta de un atizador en un pedazo de mantequilla. Un horrible líquido oscuro, como un té concentrado en exceso, brotó de la cabeza de Reuel y cayó en la muñeca de Jack. Estaba caliente y en él pululaban gusanos minúsculos que se retorcieron sobre la piel de Jack. Notó que le mordían, pero aun así continuó apretando con los dos primeros dedos de la mano derecha, hundiendo más y más la moneda en la cabeza del monstruo.

—*¡Desaparece de la faz de este mundo, ser abyecto! ¡En nombre de la Reina y en el de su hijo, desaparece de la faz de este mundo!*

El monstruo gritó y gimió y Osmond gritó y gimió con él. Los refuerzos se habían detenido y se apiñaban alrededor de Osmond con los rostros llenos de terror supersticioso. Para ellos, Jack parecía haber crecido y emitir una luz esplendorosa.

Reuel sufrió una sacudida. Farfulló otro gemido ininteligible. La sustancia negra que brotaba de su cabeza se tornó amarilla. Un último gusano, largo, obeso y blanco, salió culebreando del orificio practicado por la moneda y cayó al suelo de la cabina. Jack lo pisó; su tacón lo partió en dos con un chapoteo. Reuel cayó como un muñeco mojado.

Ahora estalló en el polvoriento patio del fuerte un gemido tan penetrante de dolor y rabia, que Jack tuvo miedo de que el eco le partiera el cráneo. Richard se había enroscado como un feto, con los brazos en torno a la cabeza.

Osmond gemía. Había tirado el látigo y la metralleta.

—*¡Oh, asqueroso!* —gritó, agitando los puños en dirección a Jack—. *¡Mira lo que has hecho! ¡Eres un chico malo y repugnante! ¡Te odio y te odiaré por toda la eternidad! ¡Oh, asqueroso Pretendiente! ¡Te mataré! ¡Morgan te matará! ¡Oh, mi querido hijo único! ¡ASQUEROSO! MORCAN TE MATARA POR LO QUE HAS HECHO! MORCAN…*

Los otros repitieron sus gritos en voz baja, recordando a Jack a los muchachos del Hogar del Sol: *entonemos el aleluya.* Después enmudecieron,

porque se produjo el otro sonido.

Jack evocó al instante la agradable tarde que había pasado con Lobo, sentados ambos junto al arroyo, viendo pacer y beber al rebaño mientras Lobo hablaba de su familia. Había sido muy agradable… es decir, muy agradable hasta que apareció Morgan.

Y ahora Morgan se presentaba de nuevo… no saltando simplemente, sino irrumpiendo con fuerza, asaltando.

—¡Morgan! Es…

—… Morgan, señor…

—Señor de Orris…

—Morgan… Morgan… Morgan…

El sonido de desgarro se incrementó más y más. Los Lobos se postraban sobre el polvo. Osmond ejecutó un paso de baile, aplastando con sus botas negras las colas rematadas de acero de su látigo.

—¡Chico malo! ¡Chico asqueroso! ¡Ahora me las pagarás! ¡Viene Morgan! ¡Viene Morgan!

A unos seis metros a la derecha de Osmond, el aire empezó a rizarse y difuminarse, como el aire que rodea a un incinerador encendido.

Jack dio media vuelta y vio a Richard acurrucado entre las metralletas, la munición y las granadas como un niño muy pequeño que se ha quedado dormido mientras jugaba a la guerra. Sabía que Richard no dormía y esto no era un juego y temía que si Richard veía irrumpir a su padre por un agujero entre dos mundos, se volvería loco.

Se sentó junto a su amigo y le abrazó con fuerza. El ruido de desgarro se intensificó y de repente oyó la voz de Morgan vociferando con terrible furia:

—*¿Qué hace el tren aquí AHORA, estúpidos?* Oyó gemir a Osmond:

—*¡El odioso Pretendiente ha matado a mi hijo!*

—Vamonos, Richie —murmuró Jack, apretando aún más entre sus brazos el torso enflaquecido de Richard—. Es hora de hacer transbordo.

Cerró los ojos, se concentró… y hubo aquel breve momento de vértigo mientras ambos saltaban.

Capítulo 37

RICHARD RECUERDA

1

Tuvieron la sensación de resbalar hacia un lado y hacia abajo, como si hubiera una corta rampa entre los dos mundos. De un modo cada vez más confuso, hasta que la voz se desvaneció por completo, Jack oyó gritar a Osmond: *«¡Malos! ¡Todos los chicos! ¡Axiomático!, ¡Todos los chicos! ¡Asquerosos! ¡Asquerosos!»*

Durante unos segundos, flotaron en el aire. Richard lanzó una exclamación y entonces Jack se dio contra el suelo con un hombro. La cabeza de Richard saltó sobre su pecho. Jack no abrió los ojos y se limitó a permanecer acostado en el suelo, abrazado a Richard, escuchando y oliendo.

Un silencio no total y completo, sino extenso… con dos o tres pájaros cantores como contrapunto de su dimensión.

El olor era fresco y salado. Un buen aroma… pero no tan bueno como podía oler el mundo en los Territorios. Incluso aquí —adondequiera que fuese *aquí*— Jack podía percibir un olor sutil y subrepticio, como el de la gasolina que impregna los suelos de cemento de las gasolineras. Era el olor de un exceso de personas al volante de demasiados coches, que había contaminado toda la atmósfera. Su nariz estaba sensibilizada y él podía olerlo incluso aquí, en un lugar donde no se oía ningún coche.

—¡Jack! ¿Estás bien?

—Claro —contestó Jack, abriendo los ojos para ver si decía la verdad.

Su primera mirada le inspiró una idea aterradora: en su frenética necesidad de salir de allí, de escapar antes de que Morgan llegara, tal vez no había saltado a los Territorios Americanos, sino avanzado de algún modo en el tiempo. Este lugar parecía ser el mismo, sólo que más viejo y abandonado, como si hubiese transcurrido uno o dos siglos, pero todo lo demás había cambiado. Los raíles que cruzaban el sucio patio de revista donde ellos estaban y que se dirigían a Dios sabía dónde, eran viejos y oxidados. Las traviesas parecían esponjosas y podridas y las malas hierbas crecían profusamente entre ellas.

Apretó los brazos en tomo a Richard, que se removió débilmente y abrió los ojos.

—¿Dónde estamos? —preguntó a Jack, mirando a su alrededor. En el lugar ocupado antes por el cuartel se levantaba ahora una larga cabana prefabricada, de chapa ondulada, cubierta de manchas de óxido y con tejado de zinc. Este tejado era lo más visible;

el resto se ocultaba tras una maraña de hiedra y malas hierbas. Ante ella se erguían dos estacas que tal vez antes sostenían un letrero, aunque no quedaba ©1 menor rastro de él.

—Lo ignoro —respondió Jack y entonces, al mirar hacia donde había estado la pista de obstáculos, que ahora era un trozo de tierra llena de hoyos, medio cubierta por los restos de matas de flor silvestre y varas de San José, expresó su peor presentimiento—: Quizá hemos avanzado un poco en el tiempo.

Ante su asombro, Richard se echó a reír.

—En tal caso, es agradable saber que nada va a cambiar mucho en el futuro —dijo, señalando un pedazo de papel clavado a uno de los postes que se erguían ante el cuartel de chapa ondulada. Estaba un poco deteriorado por los elementos, pero aún era perfectamente legible:

¡PROHIBIDO EL PASO!

Por orden del Departamento del Sheriff del Condado de Mendocino

Por orden de la Policía Estatal de California

¡LOS INFRACTORES SERÁN PERSEGUIDOS POR LA LEY!

2

—Bueno, si sabías dónde estamos —dijo Jack, sintiéndose a la vez ridículo y muy aliviado—, ¿por qué lo preguntas?

—Acabo de verlo —contestó Richard y Jack perdió el deseo de insistir sobre el asunto.

Richard tenía muy mal aspecto, parecía haber contraído una extraña tuberculosis que le afectara el cerebro en lugar de los pulmones. No se debía solamente a haber hecho el terrible viaje de ida y vuelta a los Territorios; en realidad, daba la impresión de haberse adaptado a aquello. Lo peor era que ahora sabía algo más. No se trataba de una realidad radicalmente distinta de todas sus ideas cuidadosamente elaboradas, a *esto* también podría haberse adaptado, si hubiese dispuesto del mundo y el tiempo suficiente. Pero descubrir que el propio padre es uno de los malos de la película no puede ser un momento agradable en la vida de nadie, reflexionó Jack.

—Está bien —dijo, intentando parecer alegre; de hecho, estaba un poco alegre. Huir de un monstruo como Reuel alegraría incluso a un muchacho que sufriera un cáncer irreversible, pensó—. Levántate y anda, Richie, muchacho. Tenemos que cumplir ciertas promesas y recorrer kilómetros antes de dormir y tú aún estás hecho un verdadero flan.

Richard dio un respingo.

—Quienquiera que te haya dicho que tienes sentido del humor, merece ser fusilado, compinche.

—*Tomez mon brazo, mon ami.*

—¿Adonde vamos?

—No lo sé —respondió Jack—, pero creo que cerca de aquí. Lo presiento. Es como un anzuelo en mi cabeza.

—¿Point Venuti?

Jack volvió la cabeza y miró largamente a Richard. *Los ojos* cansados de éste eran insondables.

—¿Por qué has preguntado eso, compinche?

—¿Es allí adonde vamos?

Jack se encogió de hombros. *Quizá si. Quizá no.* Empezaron a andar

despacio por el patio de revista lleno de malas hierbas y Richard cambió de tema.

—¿Ha sido real todo aquello? —Se acercaban a la oxidada doble puerta. Un retazo de cielo azul descolorido aparecía sobre el verde—. ¿Ha habido *algo* real?

—Hemos pasado dos días en un tren eléctrico que iba a unos cuarenta kilómetros por hora, o cincuenta como máximo —contestó Jack—, y de alguna manera hemos viajado desde Springfield, Illinois, hasta el norte de California, cerca de la costa. Ahora dime *tú* si ha sido real.

—Sí… sí, pero…

Jack alargó los brazos. Tenía las muñecas cubiertas de ronchas coloradas que le picaban y escocían.

—Mordeduras —dijo Jack—. De los gusanos, los gusanos que salían de la cabeza de Reuel Gardener.

Richard volvió la cabeza y vomitó con violencia. Jack lo sostuvo. De otro modo, pensó, Richard se habría caído.

Le horrorizó ver su delgadez y notar el calor de su carne a través de la camisa de estudiante.

—Siento haber dicho eso —se disculpó, cuando Richard pareció mejorar—. Ha sido demasiado crudo.

—Sí, en efecto, pero supongo que es lo único que podía… ya sabes…

—¿Convencerte?

—Sí, tal vez. —Richard le miró con sus ojos francos y tristes. Tenía granos por toda la frente y los labios rodeados de llagas—. Jack, tengo que preguntarte algo y quiero que me contestes… ya sabes, con sinceridad. Quiero preguntarte…

Oh, ya sé qué quieres preguntarme, Richie, muchacho.

—Dentro de unos minutos —le interrumpió Jack—. Me harás todas las preguntas y te daré todas las respuestas que conozco dentro de unos minutos. Antes tenemos que ocuparnos de otro asunto.

—¿Qué asunto?

En vez de responder, Jack fue hacia el pequeño tren. Permaneció allí un momento, contemplando la chata locomotora, el furgón vacío, el vagón de carga. ¿Habría conseguido de algún modo hacer saltar todo esto al norte de California? No lo creía. Saltar con Lobo había sido arduo, arrastrar a Richard hasta los Territorios desde el campus de Thayer casi le había arrancado el brazo y realizar

ambas cosas había supuesto un esfuerzo consciente por su parte. Por lo que podía recordar, no había pensado para nada en el tren mientras saltaba, sólo en sacar a Richard del campo de entrenamiento paramilitar de los Lobos antes de que viera a su padre. Todo lo demás adoptaba una forma ligeramente distinta cuando se trasladaba de un mundo a otro: el acto de Emigrar parecía requerir un acto de traslación. Las camisas se convertían en coletos, los vaqueros, en pantalones de lana, el dinero, en palos nudosos. En cambio, este tren ofrecía el mismo aspecto aquí que allí. Morgan había conseguido crear algo que no perdía nada en la Emigración.

Allí también llevaban vaqueros azules, Jack-O.Es cierto. Y aunque Osmond empuñaba su querido látigo, también tenia una pistola automática.La pistola automática de Morgan.El tren de Morgan.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Oyó murmurar a Anders:

Mal asunto.

Ya lo creo que lo era. Un asunto muy malo. Anders tenía razón:

era una obra de todos los demonios juntos. Jack metió la mano en la cabina, cogió una de las Uzis, le puso un cargador lleno y volvió junto a Richard, que observaba el entorno con un vago interés contemplativo.

—Esto parece un viejo campamento de supervivencia —comentó.

—¿Te refieres a la clase de lugar donde tipos mercenarios se preparan para la tercera guerra mundial?

—Sí, algo así. Hay bastantes lugares como éste en el norte de California… Surgen y prosperan durante un tiempo y luego la gente pierde interés al ver que la tercera guerra mundial no comienza en seguida, o son expulsados por tenencia ilícita de armas o droga, u otra cosa por el estilo. Mi… mi padre me lo contó.

Jack no dijo nada.

—¿Qué vas a hacer con la metralleta, Jack?

—Intentaré volar ese tren. ¿Alguna objeción?

Richard se estremeció e hizo una mueca de repugnancia.

—Ninguna en absoluto.

—¿Lo conseguiré con la Uzi? ¿Qué te parece? ¿Disparando a ese explosivo de plástico?

—Una bala no bastaría. Todo un cargador quizá sí.

—Ahora lo veremos. —Jack. quitó el seguro del arma. Richard le agarró del

brazo.

—Sería conveniente que nos alejáramos hasta la valla antes de hacer el experimento —sugirió.

—Está bien.

Junto a la valla cubierta de hiedra, Jack se entrenó disparando contra los paquetes blandos y aplanados del plástico. Apretó el gatillo y la Uzi rompió el silencio en mil pedazos. Durante un momento, de la boca del cañón pendió un fuego misterioso. El disparo sonó con alarmante estruendo en el silencio catedralicio del campamento vacío. Gritaron unas aves, que volaron hacia partes más tranquilas del bosque, sorprendidas y temerosas. Richard dio un respingo y se tapó las orejas con las manos. La lona se hinchó y bailó. Entonces, aunque Jack seguía apretando el gatillo, la metralleta dejó de disparar. El cargador se había gastado y el tren continuaba entero sobre las vías.

—Bueno —dijo Jack—, ha sido magnífico. ¿Se te ocurre otra i…?

El vagón de carga estalló en una llamarada azul y un inmenso fragor.

Jack vio elevarse literalmente el vagón por encima de las vías, como si despegara. Agarró a Richard por el cuello y le obligó a agacharse.

Las explosiones continuaron durante largo rato. Trozos de metal silbaban y volaban por los aires, cayendo como una lluvia metálica sobre el tejado de la cabana prefabricada. De vez en cuando un trozo de mayor tamaño sonaba como un gong chino o producía un gran crujido si era lo bastante grande como para perforar la chapa ondulada. Entonces algo atravesó la valla justo por encima de la cabeza de Jack, dejando un agujero más grande que sus dos puños juntos, y Jack decidió que había llegado el momento de echar a correr. Agarró a Richard y empezó a tirar de él hacia la puerta.

—*¡No!*—gritó Richard—. *¡Las vías!*

—*¿Qué? —Las vi…*

Algo silbó por el aire y ambos muchachos se agacharon. Al hacerlo, sus cabezas chocaron una contra otra.

—*¡Las vías!* —gritó Richard, frotándose la coronilla con una mano pálida—. *¡La carretera no! ¡Dirígete a las vías!*

—*¡Está bien!* —Jack ignoraba el motivo, pero no discutió. Tenían que ir a *alguna parte.*

Los dos muchachos empezaron a caminar agachados a lo largo de la

alambrada oxidada que servía de barrera, como soldados cruzando la tierra de nadie. Richard iba ligeramente adelantado en dirección al agujero en la alambrada por donde las vías salían del recinto.

Jack miró hacia atrás sin dejar de caminar y vio todo lo que necesitaba o quería ver a través de la puerta parcialmente abierta. La mayor parte del tren parecía haberse vaporizado. Retorcidos trozos de metal, algunos reconocibles, la mayoría no, estaban esparcidos en un gran círculo alrededor del lugar donde el tren había llegado a Estados Unidos, donde había sido construido, comprado y sufragado. El hecho de que no les hubiera matado un pedazo de metralla era asombroso, pero que ni siquiera hubiesen sufrido el menor arañazo rayaba en lo imposible.

Ya había pasado lo peor. Estaban frente a la puerta, erguidos (aunque listos para agacharse si se producía una explosión secundaria).

—A mi padre no le gustará que hayas volado su tren, Jack —observó Richard.

Su voz era totalmente tranquila, pero cuando Jack le miró, vio que Richard estaba llorando.

—Richard…

—No, no le gustará nada —añadió, como contestándose a sí mismo.

3

Una espesa y tupida franja de malas hierbas, alta hasta la rodilla, crecía en el centro de los raíles que salían del campamento para tomar una dirección que Jack estimaba era la del sur. Los raíles estaban oxidados y no se habían usado en mucho tiempo;

en algunos puntos se veían retorcidos y ondulados de manera extraña.

Esto lo hicieron los terremotos, pensó con inquietud. A sus espaldas, el plástico continuaba explotando. Cuando Jack pensaba que había oído la última explosión, se producía otro fragor largo y sordo, como el carraspeo de un gigante. O el ruido de una irrupción en el aire. Miró atrás una vez y vio flotando en el cielo una nube de humo negro. Se preparó para oír el denso crepitar del

fuego —como cualquiera que haya vivido una temporada en la costa de California, temía al fuego—, pero no oyó nada. Incluso los bosques de aquí se parecían a los de Nueva Inglaterra, espesos y empapados de rocío. Ciertamente, era la antítesis de la tierra parda que rodea la Baja California, con su aire claro y seco. El bosque pululaba de vida plácida; el propio tren era un sendero entre los frondosos árboles, arbustos y abundante hiedra (zumaque *venenoso,* seguro, pensó Jack, rascándose distraídamente las mordeduras de las manos), mientras el cielo, de un azul desteñido, formaba un sendero casi igual entre las copas verdes. Incluso la carbonilla de las vías estaba medio cubierta de musgo. El lugar parecía secreto, un lugar para secretos.

Aceleró el paso, y no sólo para alejarse de la vía férrea antes de que aparecieran los policías o los bomberos. El paso rápido aseguraba además el silencio de Richard, que se veía demasiado dispuesto a entablar conversación… o a formular preguntas.

Habrían caminado ya unos tres kilómetros y medio y Jack aún se felicitaba del éxito de su treta para estrangular toda conversación, cuando Richard le llamó con una voz débil, como un silbido:

—Oye, Jack…

Jack se volvió justo a tiempo de ver a Richard, que se había rezagado un poco, desplomarse hacia delante. Las manchas destacaban como marcas de nacimiento en su tez blanca como el papel.

Jack le sostuvo… en el último instante. Richard no parecía pesar más que una bolsa de papel fino.

—¡Oh, Dios mío, Richard!

—Me encontraba bien hace unos segundos —dijo Richard, con aquella voz débil como un silbido. Su respiración era muy rápida, muy seca y tenía los ojos medio cerrados. Jack sólo podía ver el blanco y los minúsculos arcos de unos iris azules—. Me he… mareado un poco. Lo siento.

Detrás de ellos sonó otra fuerte explosión, seguida del estruendo producido por los fragmentos de tren que cayeron sobre el tejado de zinc de la cabana prefabricada. Jack miró hacia allí y también hacia las vías con ojos ansiosos.

—¿Puedes agarrarte a mí? Te llevare un trozo a cuestas. —*Sombras de Lobo,* pensó.

—Sí, puedo agarrarme.

—Si no puedes, dilo.

—Jack —replicó Richard con un alentador indicio de su irritación característica—, si no me viera capaz, te lo diría.

Jack le soltó y Richard se quedó quieto, tambaleándose un poco, como a punto de caerse hacia atrás si alguien le soplaba en la cara y Jack se puso en cuclillas, con las suelas de las zapatillas sobre una de las podridas traviesas. Formó estribos con las manos y Richard se agarró a su cuello. Entonces Jack se incorporó y cruzó las vías a un paso que era casi un trote ligero. Llevar a Richard a cuestas no representaba ningún problema, y no sólo porque había adelgazado, sino porque Jack había acarreado cuñetes de cerveza y cajas grandes y recogido manzanas, además de amontonar piedras en el Campo Lejano; entonemos el aleluya. Todo aquello le había endurecido, pero el endurecimiento afectaba más a su ser esencial de lo que hubiera podido afectarlo algo tan simple y rutinario como el ejercicio físico. Tampoco era una cuestión de saltar de uno a otro de los dos mundos como un acróbata o de que aquel otro mundo —por maravilloso que pudiera ser— se quitase con el roce como la pintura fresca. Jack reconocía de un modo vago que había intentado hacer algo más que salvar la vida de su madre; desde el principio había intentado hacer algo todavía más grande que aquello: una buena obra, v ahora se daba cuenta de que tan disparatadas empresas siempre endurecían a una persona.

Empezó a trotar de verdad.

—Si me mareas —dijo Richard, con una voz que temblaba al ritmo de los pasos de Jack—, vomitaré encima de tu cabeza.

—Sabía que podía contar contigo, Richie, muchacho —jadeó Jack, sonriendo.

—Me siento… ridículo en extremo aquí arriba. Como un palo saltarín.

—Y es probable que eso es lo que parezcas, compinche.

—No… me llames compinche —murmuró Richard. La sonrisa de Jack se amplió mientras pensaba: *Oh, Richard, sinvergüenza, espero que vivas eternamente.*

4

—Reconocí a aquel hombre —murmuró Richard desde la espalda de Jack.

Jack se sobresaltó, como si hubiera estado dormitando. Había cargado con Richard hacía diez minutos, habían recorrido casi dos kilómetros y aún no se veía ningún signo de civilización. Sólo las vías y el aroma de la sal en el aire.

La vía férrea… —pensó Jack—. *¿Irá hacia donde yo me imagino?*

—¿Qué hombre?

—El del látigo y la pistola automática. Le reconocí. Solía verle a menudo.

—¿Cuándo? —jadeó Jack.

—Hace mucho tiempo, cuando era pequeño. —Y Richard añadió con desgana—: Más o menos cuando tuve… aquella extraña pesadilla en el armario. —Hizo una pausa—. Sólo que me temo que no fue una pesadilla, ¿verdad?

—No, me parece que no.

—Ya. ¿Era el hombre del látigo el padre de Reuel?

—¿Tú qué crees?

—Que sí —contestó Richard—. Estoy seguro. Jack se detuvo.

—Richard, ¿adonde va esta vía férrea?

—Lo sabes muy bien —respondió Richard con una serenidad extraña y hueca.

—Sí… creo que si, pero quiero oírtelo decir. —Jack se interrumpió—. Supongo que *necesito* oírtelo decir. ¿Adonde va?

—Va a una ciudad llamada Point Venuti —contestó Richard, con aspecto otra vez lloroso—. Hay un gran hotel allí. Ignoro si es o no el lugar que buscas, pero es probable que lo sea.

—Sí, es probable —dijo Jack, reemprendiendo la marcha, con la piernas de Richard sobre sus brazos y la espalda cada vez más dolorida, por la vía férrea que le llevaría, que les llevaría a ambos, a un lugar donde quizá encontraría la salvación de su madre.

5

Mientras avanzaban, Richard no paraba de hablar. No se refirió en seguida a la implicación de su padre en este disparatado asunto, sino que empezó

mencionándolo de una manera indirecta.

—Conocí a este hombre en otras ocasiones —repitió—, estoy bastante seguro. Venía a nuestra casa, siempre por la puerta trasera. No tocaba el timbre ni llamaba con los nudillos. Rascaba… la puerta y a mí se me erizaban los cabellos. Era alto, ya sé que los mayores siempre parecen altos a los niños pequeños, pero él era realmente muy alto, y tenía el pelo encanecido. Casi siempre llevaba gafas oscuras o gafas de sol. Cuando vi el artículo sobre él en el *Sunday Report,* supe que le había visto antes *en alguna parte*. La noche que emitieron aquel espectáculo, mi padre estaba arriba, escribiendo. Yo me hallaba sentado delante de la tele y cuando mi padre entró y vio la pantalla, casi dejó caer el vaso que sostenía. Luego cambió la cadena por otra que reponía *Star Trek.*

—Sólo que el tipo no usaba el nombre de Sol Gardener cuando venía a ver a mi padre. No puedo recordar bien su nombre… Era algo parecido a Banlon… u Ordon…

—¿Osmond? Richard se animó.

—*Eso es.* Nunca oí su nombre de pila, aunque solía venir una vez al mes o cada dos meses. Durante una semana vino cada dos días y luego tardó casi medio año en volver. Yo me encerraba en mi cuarto cuando aparecía. No me gustaba su olor. Usaba una especie de perfume… colonia, supongo, aunque el olor era de algo más fuerte. Más bien como de perfume barato de unos almacenes. Pero por debajo…

—Por debajo del perfume olía como si no se hubiera bañado en diez años.

Richard le miró con los ojos muy abiertos.

—Yo también le conocí como Osmond —explicó Jack. Ya lo había explicado antes, por lo menos en parte, pero entonces Richard no le escuchaba. En cambio, ahora era todo oídos—. En la versión de New Hampshire de los Territorios, antes de conocerle como Sol Gardener en Indiana.

—En tal caso debiste ver… ver *aquello.*

—¿A Reuel? —Jack meneó la cabeza—. Por aquel entonces debía estar en las Tierras Arrasadas, sometiéndose a tratamientos de cobalto más radicales. —Jack pensó en las llagas del rostro de aquel ser, pensó en los gusanos. Se miró las muñecas hinchadas por la mordedura de los gusanos y se estremeció—. No había visto nunca a Reuel hasta el final y tampoco a su Gemelo americano. ¿Qué

edad tenías cuando Osmond comenzó a aparecer?

—Unos cuatro años. El asunto de… ya sabes, del armario… aún no había ocurrido. Recuerdo que después de aquello me infundía más miedo.

—Después de que el monstruo te tocara en el armario.

—Sí.

—Y eso ocurrió cuando tenías cinco años.

—Sí.

—Cuando tanto tú como yo teníamos cinco años.

—Sí. Ya puedes bajarme. Andaré un rato.

Jack obedeció. Caminaron en silencio, con las cabezas bajas, sin mirarse. Cuando tenía cinco años, algo había surgido en la oscuridad y tocado a Richard. Cuando los dos tenían seis años

(seis, Jacky tenía seis años)

Jack había oído hablar a su padre y a Morgan Sloat de un lugar adonde viajaban, un lugar que Jacky llamó el País de las Fantasías. Y más tarde, aquel mismo año, algo había surgido en la oscuridad y tocado a él y a su madre. Había sido nada más y nada menos que la voz de Morgan Sloat. Morgan Sloat llamando desde Green River, Utah. Sollozando. Él, Phil Sawyer y Tommy Woodbine se habían marchado tres días antes para su anual cacería de noviembre; un compañero de colegio de ambos, Randy Glover, poseía un lujoso pabellón de caza en Blessington, Utah. Glover solía cazar con ellos, pero aquel año estaba de crucero por el Caribe. Morgan llamaba para decirles que Phil había sido herido de bala, al parecer por otro cazador. Él y Thomas Woodbine le habían sacado del bosque en una camilla improvisada. Phil recobró el conocimiento en el asiento trasero del jeep Cherokee de Glover, explicó Morgan, y le pidió que transmitiera su cariño a Lily y a Jack. Murió quince minutos después, mientras Morgan conducía como un loco hacia Green River y el hospital más cercano.

Morgan no había matado a Phil; Tommy podía testificar que los tres estaban juntos cuando sonó el disparo y así lo habría hecho si se hubiera abierto una investigación (lo cual, naturalmente, no ocurrió).

Sin embargo, esto no quería decir que no hubiese contratado a alguien para ello —pensó Jack— y tampoco quería decir que tío Tommy no hubiese abrigado muchas dudas respecto a lo ocurrido. De ser así, quizá tío Tommy no había sido

asesinado sólo con el fin de que Jack y su madre moribunda estuvieran totalmente desprotegidos ante los actos depredadores de Morgan. Quizá le habían matado porque Morgan se cansó de temer que el viejo maricón terminara insinuando al hijo superviviente que la muerte de Phil Sawyer podía haber sido algo más que un accidente fortuito. Jack sintió que se le ponía la piel de gallina por el horror y la aversión.

—¿Os visitaba aquel hombre antes de que tu padre y el mío fueran de cacería por última vez? —preguntó con brusquedad.

—Jack, yo tenía cuatro años…

—No, no es cierto. Tenías *seis.* Tenías cuatro cuando empezó a venir y seis cuando mi padre fue muerto en Utah. Y tú no eres olvidadizo, Richard. ¿Os visitaba cuando mi padre murió?

—Fue por esa época cuando vino casi a diario durante una semana —contestó Richard con voz casi inaudible—. Justo antes de la última cacería.

Aunque nada de esto era culpa de Richard, Jack fue incapaz de contener su amargura.

—Mi padre muerto en un accidente de caza en Utah. Tío Tommy atropellado en Los Angeles. La tasa de mortalidad entre los amigos de tu padre parece condenadamente elevada, Richard.

—Jack… —empezó Richard con voz débil y trémula.

—Quiero decir que todo esto es agua pasada o como quieras llamarlo —dijo Jack—, pero cuando aparecí en tu escuela, Richard, me llamaste loco.

—Jack, no compren…

—No, supongo que no. Estaba cansado y me diste un lugar donde dormir. Estupendo. Tenía hambre y me procuraste comida. Magnífico. Pero lo que más necesitaba era que me creyeras. Sabía que era pretender demasiado, pero, ¡jolín! *[Conocías* al tipo de quien yo hablaba! ¡*Sabías* que había surgido antes en la vida de tu padre! Y dijiste algo parecido a: «El bueno de Jack ha sufrido una insolación en Seabrook Island y bla, bla, bla!» Dios mío, Richard, creía que éramos mejores amigos que eso.

—Continúas sin comprender.

—¿Qué? ¿Que Seabrook Island te infundía demasiado temor para creer un poco en mí? —La voz de Jack temblaba de indignación.

—No. Tenía otro temor.

—¿Ah, sí? —Jack se detuvo y miró con ira el rostro triste y pálido de Richard—. ¿Qué más podía temer Richard el Racional?

—Temía —contestó Richard con una voz totalmente tranquila—, temía que si me enteraba de más secretos… sobre ese Osmond, o lo que estuviera en el armario aquella vez, ya no podría seguir queriendo a mi padre. Y tenía razón.

Richard se cubrió la cara con los dedos delgados y sucios y prorrumpió en llanto.

6

Jack se quedó mirando llorar a Richard y se maldijo a sí mismo por idiota. Fuera lo que fuese Morgan, seguía siendo el padre de Richard Sloat; el fantasma de Morgan acechaba en la forma de las manos y en los huesos del rostro de Richard. ¿Había olvidado estas cosas? No… pero durante un momento el amargo desengaño que le había causado Richard se las había hecho olvidar. Y su nerviosismo creciente también había influido. El Talismán estaba muy, muy cerca ahora y lo sentía en las puntas de los nervios como un caballo huele el agua en el desierto o un remoto incendio en las praderas. Aquel nerviosismo se manifestaba en una especie de sensibilidad exacerbada.

Veamos, veamos, se supone que este sujeto es tu mejor amigo, Jack-O… Enfádate un poco si no puedes evitarlo, pero no pisotees a Richard. El muchacho está enfermo, por si no lo habías notado.

Alargó la mano a Richard y éste intentó esquivarla, pero Jack no se lo permitió. Abrazó a su amigo y ambos permanecieron así en medio de la desierta vía férrea, con la cabeza de Richard sobre el hombro de Jack.

—Escucha —dijo Jack, turbado—, intenta no preocuparte demasiado… ya sabes… por todo este asunto, en estos momentos, Richard. Intenta dejarte llevar por la corriente, ¿de acuerdo? Caramba, esto suena bastante estúpido, como aconsejar a alguien aquejado de cáncer que no se preocupe porque pronto vamos a poner un vídeo de *Guerra de las galaxias* que le distraerá.

—Sí —contestó Richard, apartándose de Jack. Las lágrimas habían dejado huellas en su cara sucia. Se las secó con el brazo y trató de sonreír—. Todo está

bien cuando acaba bien.

—Y todas las cosas acabarán bien —coreó Jack y ambos rieron juntos, lo cual fue sin duda algo muy bueno.

—Vamos —dijo Richard—, en marcha.

—¿Adonde?

—A buscar tu Talismán —contestó Richard—. A juzgar por tus palabras, debe estar en Point Venuti. Es la siguiente estación del ferrocarril. Vamos, Jack, reemprendamos la marcha. Pero anda despacio… aún no he terminado de hablar.

Jack le miró con curiosidad y ambos empezaron a andar de nuevo… pero despacio.

7

Ahora que se había desahogado y decidido a recordar cosas, Richard se convirtió en una inesperada fuente de información. Jack empezó a sentir que había trabajado en un rompecabezas sin disponer de las piezas más importantes y era Richard quien había tenido todo el tiempo dichas piezas en su poder. Richard ya había estado en el campamento de supervivencia; ésta era su primera pieza. Su padre había sido el propietario.

—¿Estás seguro de que era el mismo lugar, Richard? —preguntó con suspicacia Jack.

—Estoy seguro —contestó Richard—. Incluso me pareció algo familiar allí, en el otro lado… Y cuando saltamos a… este lado… tuve la plena seguridad.

Jack asintió, indeciso.

—Solíamos pasar días en Point Venuti y siempre nos alojábamos allí cuando veníamos. El tren era una gran aventura, porque, ¿cuántos padres tienen su propio tren?

—No muchos —respondió Jack—. Supongo que Diamond Jim Brady y otros tipos como él tenían trenes privados, pero no sé si eran padres o no.

—Oh, papá no pertenecía a su pandilla —dijo Richard, riendo un poco, y Jack pensó: *Richard, podrías llevarte una sorpresa.*

—íbamos a Point Venuti desde Los Angeles en un coche de alquiler y nos

alojábamos en un motel. Nosotros dos solos. —Richard calló. El cariño y la nostalgia le humedecieron los ojos—. Después, al cabo de unos días, tomábamos el tren de papá hasta Camp Readiness. Era un tren pequeño. —Miró a Jack, sobresaltado—. Como el que hemos tomado al venir, supongo.

—¿Camp Readiness?

Pero Richard pareció no oírle; estaba mirando las vías oxidadas. Aquí se conservaban enteras, pero Jack pensó que Richard se acordaba tal vez de los raíles retorcidos que habían visto hacía poco. En algunos puntos los extremos se curvaban hacia arriba como cuerdas rotas de guitarra. Jack adivinó que en los Territorios aquellos raíles se hallarían en buen estado y serían mantenidos con esmero y cariño.

—Mira, aquí solía haber una linea de tranvías —dijo Richard—, fundada en los años treinta, según dijo mi padre. La Mendocino County Red Line. Sólo que no era propiedad del condado, sino de una compañía privada que se arruinó, porque en California, ya sabes…

Jack asintió. En California todo el mundo usaba coche.

—Richard, ¿por qué no me hablaste nunca de este lugar?

—Era lo único de lo que mi padre me prohibió hablarte. Tú y tus padres sabíais que a veces pasábamos las vacaciones en el norte de California y esto no le importaba, pero me encargó que no te hablara nunca del tren ni de Camp Readiness. Me dijo que si te lo decía, Phil se enfadaría mucho porque era un secreto.

Richard hizo una pausa.

—Me dijo que si te lo decía, nunca más volvería a llevarme. Yo supuse que se debía a que eran socios, pero ahora comprendo que había otra razón. La línea del tranvía se arruinó a causa de los coches y las autopistas. —Se interrumpió, pensativo—. Había algo extraño en el lugar adonde me has llevado, Jack. Por inquietante que fuese, no apestaba a hidrocarburos. Esto me ha gustado.

Jack volvió a asentir en silencio.

—Al final la compañía de tranvías vendió toda la línea, con todas las cláusulas, a una compañía inmobiliaria cuyos miembros también pensaron que la gente empezaría a mudarse tierra adentro. Pero no fue así.

—Y entonces tu padre la compró.

—Sí, supongo que si. No lo sé muy bien. Nunca habló mucho sobre la

compra de la compañía… ni de la sustitución de las vías del tranvía por una vía férrea.

Esto habría requerido mucho trabajo, pensó Jack, y entonces pensó en las minas de mineral y en el suministro de esclavos al parecer ilimitado de Morgan de Orris.

—Sé que las sustituyó, pero sólo porque encontré un libro sobre ferrocarriles y averigüé que existe una diferencia de tamaño. Los tranvías circulan por unos rieles mucho más estrechos.

Jack se arrodilló y, en efecto, pudo ver una débil marca dentro de los rieles existentes… el antiguo ancho de vía del tranvía desaparecido.

—Tenía un pequeño tren rojo —continuó Richard con expresión soñadora—; sólo una locomotora y dos coches. Funcionaba con diesel. Solía reír a este respecto y decir que lo único que separaba a los hombres de los niños era el precio de sus juguetes. Había una vieja estación de tranvías en la colina que domina Point Venuti y muchas veces subíamos en el coche de alquiler y entrábamos en ella. Recuerdo su olor… un olor a viejo, pero agradable… como si le hubiera dado mucho el sol. Y el tren se encontraba allí. Y mi padre decía: «¡Todos a bordo con destino a Camp Readiness, Richard! ¿Tienes el billete?» Y había limonada… o té helado… y nos sentábamos en la cabina… A veces llevaba carga… suministros… pero nos sentábamos en la locomotora y… y…

Richard tragó con fuerza y se pasó la mano por los ojos.

—Y nos divertíamos —concluyó—. Sólo él y yo. Era muy agradable.

Miró a su alrededor, con los ojos húmedos de lágrimas no derramadas.

—En Camp Readiness había una plataforma para hacer girar el tren —añadió —. En aquellos días. En los viejos tiempos. Richard prorrumpió en un terrible sollozo ahogado.

—Richard…

Jack intentó tocarle.

Richard se apartó, secándose las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano.

—No era tan adulto entonces —dijo, sonriendo. Intentando sonreír—. *Nada* era tan adulto entonces, ¿verdad, Jack?

—No —dijo Jack, llorando a su vez.

Oh. Richard. Oh, mi querido amigo.

—No —repitió Richard, sonriendo, mirando hacia el bosque que los rodeaba y secándose las lágrimas con los sucios dorsos de las manos—, nada era tan adulto entonces, en los viejos tiempos cuando éramos niños, cuando todos vivíamos en California y nadie vivía en ningún otro lugar.

Miró a Jack intentando sonreír.

—Jack, ayúdame —suplicó—. Me siento como si tuviera la pierna cogida en una trampa y yo… yo…

Entonces Richard cayó de rodillas, con el cabello sobre la cara cansada, y Jack se arrodilló a su lado; y no me veo con ánimos de contar nada más, sólo que se consolaron mutuamente lo mejor que pudieron y, como sabe probablemente el lector por propia y amarga experiencia, esto nunca es bastante.

8

—La valla era nueva entonces —dijo Richard cuando pudo continuar hablando. Habían caminado un poco. Un chotacabras cantaba desde un alto y frondoso roble. El olor de sal en el aire se había intensificado—. Lo recuerdo bien, y también el letrero:

CAMP READINESS, decía. Había una pista de obstáculos y cuerdas para trepar y otras para darse impulso y saltar por encima de grandes charcos de agua. Parecía algo así como un campo de entrenamiento de la Marina en una película sobre la segunda guerra mundial. Aunque los tipos que usaban el equipo no tenían aspecto de pertenecer a la Marina. Eran gordos y todos vestían igual: trajes grises de faena con las palabras CAMP READINESS estampadas en letras pequeñas sobre el pecho y un cordoncillo rojo en los lados de los pantalones. Todos parecían estar a punto de sufrir un ataque cardíaco o una embolia o ambas cosas a la vez. A veces pernoctábamos allí y en un par de ocasiones nos quedamos todo el fin de semana, pero no en la cabana prefabricada, que era como un cuartel para los tipos que pagaban para estar en forma.

—Si era esto lo que hacían.

—Exacto, si era esto lo que hacían. En cualquier caso, nosotros nos alojábamos en una gran tienda y dormíamos en catres. Era muy divertido. —

Richard volvió a sonreír, lleno de nostalgia—. Pero tienes razón, Jack, no todos los tipos que hacían los ejercicios parecían hombres de negocios intentando ponerse en forma. Los otros…

—¿Qué hacían los otros? —preguntó Jack con voz tranquila.

—Algunos, bastantes, se parecían mucho a esos grandes seres peludos del otro mundo —murmuró Richard en voz tan baja, que Jack tuvo que aguzar el oído para entenderle—, los Lobos. Quiero decir que tenían aspecto de personas normales, pero hasta cierto punto. Eran… toscos. ¿Comprendes?

Jack asintió. Lo sabía.

—Recuerdo que a mí me daba un poco de miedo mirarles a los ojos. De vez en cuando centelleaba en ellos aquella extraña luz… como si les ardiera el cerebro. Algunos de los otros… —En los ojos de Richard apareció un destello de comprensión—. Algunos de los otros se parecían a aquel falso entrenador de baloncesto del que te hablé, el que llevaba la chaqueta de cuero y fumaba.

—¿Falta mucho para Point Venuti, Richard?

—No lo sé con exactitud. Pero solíamos llegar en un par de horas y el tren nunca iba muy de prisa. A la velocidad de un hombre corriendo, tal vez, pero no mucha más. Debe estar a unos treinta y dos kilómetros de Camp Readiness, o quizá un poco menos.

—Entonces estamos a unos veinticuatro del…

(del Talismán)

—Sí, eso es.

Jack miró el cielo cuando el día se oscureció. Como para demostrar que el patético fallo no era tan patético, el sol salió de detrás de unas nubes. La temperatura pareció bajar varios grados y el día se volvió triste… El chotacabras enmudeció.

9

Richard fue el primero en ver el rótulo, un simple cuadrilátero de madera pintado con letras negras. Estaba en el lado izquierdo de la vía y la hiedra se enroscaba por el palo, como si estuviera aquí desde hacía mucho tiempo. El

mensaje, sin embargo, era muy actual. Decía: LAS AVES BUENAS PUEDEN VOLAR. LOS CHICOS MALOS DEBEN MORIR. ÉSTA ES TU ULTIMA OPORTUNIDAD. VETE A CASA.

—Puedes irte, Richie —dijo Jack en voz baja—. No te lo reprocharé. Te dejarán marchar sin causarte ningún problema. Nada de esto te concierne.

—Pues yo creo que sí —contestó Richard.

—He sido yo quien te ha metido en esto. —No —dijo Richard—, mi padre me metió. O el destino. O Dios. O Jason. Quienquiera que fuese, seguiré adelante.

—Está bien —respondió Jack—. Pues vamonos. Mientras pasaban por delante del letrero, Jack levantó un pie en un pasable golpe de kung-fu y lo derribó.

—Así se hace, compinche —dijo Richard, esbozando una sonrisa.

—Gracias. Pero no me llames compinche.

10

Aunque parecía cálido y cansado, Richard habló durante toda la hora siguiente, mientras caminaban por la vía y se acercaban al olor cada vez más potente del océano Pacífico. Soltó una gran cantidad de recuerdos que llevaba almacenados en su interior desde hacía años. Aunque su semblante no lo revelaba, Jack estaba aturdido por el asombro… y por una piedad profunda y desbordante hacia el niño solitario, ávido del menor rastro de afecto paterno, que Richard le estaba descubriendo, consciente o inconscientemente.

Observó la palidez de Richard, las llagas de sus mejillas, frente y labios; escuchó la voz trémula, casi tímida, que sin embargo no vacilaba ni desfallecía ahora que tenía por fin ocasión de contar todas estas cosas; y se alegró una vez más de que Morgan Sloat no hubiera sido nunca *su* padre.

Richard dijo a Jack que recordaba haber visto mojones en toda esta parte de la vía férrea. Divisaron por encima de los árboles el tejado de un granero, con un cartel descolorido que anunciaba Chesterfield Kings.

—Veinte grandes tabacos para veinte maravillosos cigarrillos —dijo Richard,

sonriendo—. Pero en aquellos tiempos se podía ver todo el granero.

Señaló un gran pino con una doble copa y quince minutos después confió a Jack:

—Al otro lado de esta colina solía haber una roca que parecía una rana. A ver si todavía está.

Seguía allí y Jack pensó que en efecto se parecía un poco a una rana. Sólo un poco, forzando la imaginación. *Quizá ayuda tener tres años. O cuatro. O siete. O la edad que él tuviera entonces.*

Richard amaba el ferrocarril y encontraba muy bonito Camp Readiness, con su pista de carreras y sus obstáculos y sus cuerdas. Pero en cambio no le gustaba Point Venuti. Después de cierta reflexión, Richard recordó incluso el nombre del motel donde él y su padre se alojaban durante su estancia en la pequeña localidad costera. El motel Kingsland… y Jack comprobó que el nombre no le sorprendía en absoluto.

Richard dijo que el motel Kingsland se encontraba en la misma calle que el viejo hotel por el que su padre siempre parecía tan interesado. Richard podía verlo desde su ventana y no le gustaba. Era un edificio enorme y destartalado, con torrecillas, gabletes, techos a la holandesa, cúpulas y torreones; en estos últimos giraban veletas de extrañas formas. Giraban incluso cuando no hacía viento, dijo Richard; recordaba con claridad haberlas observado desde la ventana de su habitación; eran extrañas creaciones de latón en forma de medias lunas, escarabajos e ideogramas chinos, que centelleaban al sol mientras abajo el océano bramaba y lanzaba al aire montañas de espuma.

Ah, sí, doc, ahora lo recuerdo todo, pensó Jack.

—¿Estaba vacío? —preguntó.

—Sí. En venta.

—¿Cómo se llamaba?

—El Agincourt. —Richard hizo una pausa y luego añadió otra nota infantil, la que suelen recordar más los niños—: Era negro. Estaba hecho de madera, pero la madera parecía piedra. Piedra negra y vieja. Y por esto mi padre y sus amigos lo llamaban el Hotel Negro.

En parte —aunque no del todo— para distraer a Richard, Jack preguntó:

—¿Compró tu padre el hotel, igual que compró Camp Readiness?

Richard lo pensó un momento y luego asintió.

—Sí —respondió—, creo que sí. Al cabo de un tiempo. Cuando empezó a llevarme allí, de la puerta colgaba un gran rótulo que decía; EN VENTA, pero un buen día llegamos y el rótulo ya no estaba.

—Pero, ¿nunca os alojasteis en él?

—¡Dios mío, no! —Richard se estremeció un poco—. De la única manera que habría podido meterme allí hubiera sido atándome a una cadena… y ni siquiera así lo habría conseguido.

—¿Ni siquiera entraste?

—No. No entré nunca y nunca entraré. *¡Ah, Richie, muchacho! ¿Nadie te ha enseñado que nunca debe decirse nunca?*

—¿Y tu padre? ¿Tampoco entró nunca?

—No, que yo sepa —contestó Richard en su tono más serio. Se llevó el índice al caballete de la nariz, como para empujar hacia arriba unas gafas inexistentes—. Me arriesgaría a jurar que nunca entró. Le daba tanto miedo como a mí. Pero en mi caso, sólo existía el miedo… En cambio, mi padre sentía algo más. Estaba…

—Estaba, ¿qué?

De mala gana, Richard añadió:

—Creo que estaba obsesionado con el lugar. Calló, con la mirada ausente, recordando.

—Iba todos los días a mirarlo desde fuera un buen rato, siempre que estábamos en Point Venuti. Y no me refiero a unos minutos, o algo así… sino a tres horas y a veces hasta más. Casi siempre iba solo, pero a veces le acompañaban… amigos extraños.

—¿Lobos?

—Supongo que sí —dijo Richard, casi enfadado—. Sí, me imagino que algunos podían ser Lobos, o como les llames. Parecían incómodos dentro de sus trajes; solían rascarse, en general donde la gente educada sabe que no debe hacerlo. Otros se parecían al falso entrenador. Duros y mezquinos. Solía ver a los mismos tipos en Camp Readiness. Te diré una cosa, Jack: esos individuos tenían tanto miedo al lugar como mi padre; se encogían cuando estaban cerca.

—¿Y Sol Gardener? ¿Estuvo alguna vez allí?

—Sí —contestó Richard—, pero en Point Venuti tenía más el aspecto del hombre que vimos al otro lado…

—Osmond.

—Eso. Sin embargo, estos hombres no iban con frecuencia; casi siempre iba mi padre a solas. A veces pedía en el restaurante de nuestro motel que le preparasen unos bocadillos y se sentaba a comerlos en el banco de la acera mientras contemplaba el hotel. Yo le veía desde la ventana del vestíbulo del Kingsland. Nunca me gustaba su cara en aquellos momentos. Parecía asustado, pero también… lleno de una satisfacción maligna.

—Maligna —repitió Jack.

—A veces me preguntaba si quería ir con él y yo siempre decía que no. Él asentía y recuerdo que una vez dijo: «Habrá otras ocasiones. Con el tiempo… lo comprenderás todo, Rich.» Recuerdo haber pensado que si se refería al hotel negro, no quería comprender nada.

—Una vez —prosiguió Richard—, dijo mientras estaba borracho que había algo dentro de aquel lugar, algo que había estado allí durante mucho tiempo. Recuerdo que estábamos en la cama y que soplaba un fuerte viento; yo oía las olas embistiendo la playa y el chirrido de las veletas girando en las torres del Agincourt. Era un sonido espeluznante. Pensé en aquel lugar, en todas aquellas habitaciones, todas vacías…

—Exceptuando a los fantasmas —murmuró Jack. Creyó oír pasos y miró rápidamente hacia atrás. Nada; no había nadie. La vía férrea estaba desierta hasta donde alcanzaba la vista.

—Eso es, exceptuando a los fantasmas —convino Richard—. Así que le pregunté: «¿Es muy valioso, papá?»

—Es lo más valioso que existe —respondió.

—Entonces, algún drogadicto entrará para robarlo —dije—. No era, ¿cómo expresarlo?, *un* tema que me entusiasmara, pero tampoco quería que mi padre se quedara dormido, no mientras soplase aquel viento y las veletas chirriasen en la noche.

Se rió y oí el tintineo del vaso cuando se sirvió un poco más de bourbon de la botella que tenía en el suelo.

—Nadie va a robarlo, Richard —contestó—. Y cualquier drogadicto que

entrase en el Agincourt vería cosas que *jamás* había visto. —Bebió un sorbo y adiviné que estaba soñoliento—. Sólo una persona en todo el mundo podría tocar ese objeto y nunca se acercará a él, Rich, te lo garantizo. Un detalle que me interesa es que permanece igual aquí que en el otro lado. No cambia; al menos, que yo sepa. Me gustaría poseerlo, pero no voy a intentarlo siquiera, por lo menos ahora y tal vez nunca. Podría hacer cosas con él, ¡ya lo creo que sí!, pero en realidad pienso que su sitio, es donde está ahora.

A mí también empezaba a rondarme el sueño, pero aun así le pregunté *qué* era aquel objeto del que tanto hablaba.

—¿Qué contestó? —preguntó Jack con la boca seca.

—Lo llamó… —Richard titubeó, frunciendo el ceño mientras reflexionaba —, lo llamó «el eje de todos los mundos posibles». Entonces rió y lo llamó de otra manera. Un nombre que no te gustaría.

—¿Qué nombre?

—Te enfadarás.

—Vamos. Richard, suéltalo de una vez.

—Lo llamó… bueno… lo llamó la «locura de Phil Sawyer». Jack no sintió ira, sino una oleada de excitación cálida y turbadora. Era aquello, no cabía duda; era el Talismán. El eje de todos los mundos posibles. ¿Cuántos mundos? Sólo Dios lo sabía. Los Territorios americanos; los propios Territorios; los hipotéticos Territorios de los Territorios; y así hasta el infinito, como las espirales rojas y blancas de una percha de barbero. Un universo de mundos, un macrocosmos dimensional de mundos, y en todos ellos algo que era siempre lo mismo: una fuerza unificadora indiscutiblemente buena, aunque, como ahora, estuviese prisionera en un lugar maléfico; el Talismán, eje de todos los mundos posibles. ¿Y era también la locura de Phil Sawyer? Probablemente sí. La locura de Phil… La locura de Jack… la de Morgan… la de Gardener… y, por supuesto, la esperanza de dos Reinas.

—Hay más que Gemelos —dijo en voz baja.

Richard caminaba pesadamente a su lado, mirando desaparecer bajo sus pies las traviesas podridas, y ahora miró a Jack con nerviosismo.

—Hay más que Gemelos porque hay más de dos mundos. Hay trillizos… cuatrillizos… ¿quién sabe? Morgan Sloat aquí, Morgan de Orris allí y tal vez Morgan, duque de Azreel, en otro lugar. *¡Pero nunca ha entrado en el hotel!*

—*No sé de qué hablas* —dijo Richard con voz resignada. *Sin embargo, estoy seguro de que continuarás, a pesar de todo,* decía aquel tono resignado, *y pasarás de las tonterías al más puro disparate. ¡Todos a bordo rumbo a Seabrook Island!*

—No *puede* entrar. Es decir, Morgan de California no puede entrar… ¿y sabes por qué? Porque Morgan de *Orris* no puede. Y Morgan de Orris no puede porque Morgan de *California* no puede. Si uno de ellos no puede entrar en *su* versión del hotel negro, *ninguno* de ellos puede hacerlo. ¿Lo entiendes?

—No.

Jack, febril por su descubrimiento, no oyó siquiera a Richard.

—Dos Morgans, o docenas de ellos. No importa. Dos Lilys, o docenas… docenas de Reinas en docenas de mundos, ¡imagínatelo, Richard! ¿Qué te parece este enredo? Docenas de hoteles negros… que en algunos mundos pueden ser un parque de atracciones negro… o un cuadrángulo negro… o cualquier cosa. Pero, Richard…

Se detuvo, cogió a Richard por los hombros y le miró fijamente con ojos brillantes. Richard trató de apartarse, pero en seguida se inmovilizó, hechizado por la ardiente belleza del rostro de Jack. De repente, por unos breves momentos, Richard creyó que todo era posible. De repente, por unos breves momentos, se sintió *curado.*

—¿Qué? —murmuró.

—*Algunas* cosas no son excluidas. Algunas *personas* no Son excluidas. Son… bueno… de *naturaleza única.* Son como *él.*… como el Talismán. De naturaleza única. Yo. Yo soy de naturaleza única. Tuve un Gemelo… pero murió. No sólo en el mundo de los Territorios, sino en *todos* los mundos excepto en éste. Lo sé… lo presiento. Mi padre también lo sabía. Creo que era por esto que me llamaba Viajero Jack. Cuando estoy aquí, no estoy allí. Y, Richard, *¡tú tampoco!*

Richard le miró, estupefacto.

No te acuerdas porque estuviste casi todo el rato en brazos de Morfeo mientras yo hablaba con Anders, pero éste dijo que Morgan de Orris tenía un hijo varón, Rushton. ¿Sabes quién era?

—Sí —murmuró Richard, todavía incapaz de apartar la vista de Jack—, mi Gemelo.

—Eso es. Anders dijo que el niño murió. El Talismán es de naturaleza única. Nosotros también. Pero tu padre no. He visto a Morgan de Orris en ese otro mundo y se *parece* a tu padre, pero *no* lo es. No podía entrar en el hotel negro, Richard, y ahora tampoco puede. Pero él sabía que tú eras de naturaleza única, y sabe que yo también lo soy. Le gustaría verme muerto y a ti te necesita a su lado.

—Porque entonces, si decidiera apoderarse del Talismán, siempre te podría enviar a ti a buscarlo, ¿no crees?

Richard empezó a temblar.

—No te preocupes —añadió Jack con expresión sombría—, no tendrá que hacerlo. Lo iremos a buscar nosotros, pero *él* no lo conseguirá.

—Jack, creo que no quiero entrar en ese lugar —dijo Richard, pero en un murmullo débil y sin convicción, y Jack, que ya había empezado a andar, no le oyó.

Richard corrió para alcanzarle.

12

La conversación se interrumpió. Llegó y pasó el mediodía. El bosque se había vuelto muy silencioso y Jack vio en dos ocasiones unos árboles de troncos nudosos y extraños y raíces muy retorcidas a poca distancia de los raíles. No le gustaba mucho el aspecto de estos árboles. Le recordaban algo.

Richard, mirando cómo desaparecían las traviesas bajo sus pies, terminó tropezando, cayó y se golpeó la cabeza. Entonces Jack volvió a llevarle a cuestas.

—¡Allí, Jack! —gritó Richard, al cabo de un rato que pareció eterno.

Delante de ellos, la vía férrea desaparecía en el interior de una vieja cochera. Las puertas, abiertas, daban acceso a una oscuridad llena de sombras que se antojaba desierta y carcomida por las polillas. Más allá de la cochera (que en un tiempo podía haber sido tan agradable como había dicho Richard, pero que ahora pareció fantasmal a Jack), discurría una autopista… la 101, adivinó Jack.

Y aún más allá, el océano… ya oía el fragor del oleaje.

—Creo que ya hemos llegado —dijo con voz ronca.

—Casi —asintió Richard—. Point Venuti está a un kilómetro y pico. Dios mío, ojalá no tuviéramos que ir, Jack… ¿Jack? ¿Adonde vas?

Pero Jack no se volvió. Abandonó la vía férrea, rodeó uno de aquellos extraños árboles (cuya altura no llegaba siquiera a la de un arbusto) y se encaminó hacia la autopista. Las malas hierbas rozaban sus viejos vaqueros. Dentro de la cochera —la antigua estación privada de Morgan Sloat—, algo se movió con un desa gradable culebreo, pero Jack ni siquiera miró en su dirección. Llegó a la autopista, la cruzó y se detuvo en el arcén.

13

A mediados de diciembre del año 1981, un muchacho llamado Jack Sawyer se hallaba donde convergen el agua y la tierra, con las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros, contemplando el sereno Pacífico. Tenía doce años y era extraordinariamente guapo para su edad. Sus cabellos castaños eran largos —probablemente demasiado largos—, pero la brisa marina los apartaba de la ·frente ancha y noble. Permanecía allí, pensando en su madre, que se moría, en sus amigos, tanto presentes como ausentes, y en mundos dentro de otros mundos, girando en sus órbitas.

He recorrido la distancia —pensó, estremeciéndose—. De *costa a costa con el Viajero Jack Sawyer.* De pronto los ojos se le llenaron de lágrimas. Inspiró profundamente la sal. Aquí estaba… y el Talismán se encontraba muy cerca.

—¡Jack!

Jack no le miró en seguida; sus ojos estaban cautivados por el Pacífico, por el centelleo dorado del sol sobre las olas. Estaba aquí; lo había conseguido.

—¡*Jack!* —Richard le tocó el hombro, sacándole de su ensoñación.

—¿Qué?

—¡Mira! —Richard señalaba con la boca abierta un punto de la autopista, en la dirección donde debía encontrarse Point Venuti—. ¡Mira eso!

Jack miró y comprendió la sorpresa de Richard, pero él no sintió ninguna, o no una mayor de la que sintiera cuando Richard le dijo el nombre del motel donde él y su padre se alojaban en Point Venuti. No, no una gran sorpresa,

pero…

Era fantástico ver de nuevo a su madre.

Su cara medía seis metros y era más joven de lo que Jack podía recordar. Era Lily en la cúspide de su carrera, con los cabellos de un maravilloso rubio platino recogidos en una cola de caballo a lo Tuesday Weld. Su alegre y despreocupada sonrisa, sin embargo, era sólo suya. Nadie más había sonreído así en el cine… Ella lo había inventado y todavía conservaba la patente. Miraba por encima de un hombro desnudo. A Jack… a Richard… al Pacífico azul.

Era su madre… pero cuando parpadeó, la cara cambió ligeramente. La línea de mentón y mandíbula se redondeó, los pómulos se suavizaron, el pelo se oscureció, los ojos adoptaron un azul más profundo. Ahora era la cara de Laura DeLoessian, la madre de Jason. Jack parpadeó de nuevo y la cara volvió a ser la de su madre, su madre a los veintiocho años, lanzando al mundo el desafío de su sonrisa alegre y despreocupada.

Era una valla anunciadora. En el borde superior se leía:

TERCER FESTIVAL ANUAL DE PELÍCULAS B
POINT VENUTI, CALIFORNIA
CINE BITKER
10 DICIEMBRE. 20 DICIEMBRE
ESTE AÑO CICLO DE LILY CAVANAUGH
«REINA DE LAS B»

—Jack, es tu *madre* —dijo Richard, con la voz ronca por el asombro—. ¿Será sólo una coincidencia? No *puede* serlo, ¿verdad? Jack meneó la cabeza. No, no era una coincidencia. La palabra en que tenía los ojos fijos era, naturalmente, REINA. —Vamos —dijo Richard—, creo que ya casi hemos llegado. Los dos echaron a andar juntos por la autopista en dirección a Point Venuti.

Capítulo 38

EL FINAL DEL CAMINO

1

Jack examinó con atención mientras caminaba la postura encorvada y el rostro sudoroso de Richard, que ahora daba la impresión de arrastrarse con un gran esfuerzo de su voluntad. Le habían salido más granos húmedos en la cara.

—¿Te encuentras bien, Richie?

—No, no me encuentro demasiado bien. Pero aún puedo andar, Jack; no tienes que llevarme.

Inclinó la cabeza y continuó andando con expresión obstinada. Jack vio que su amigo, que tenía tantos recuerdos de este pequeño y peculiar tren y de la pequeña y peculiar estación, sufría mucho más que él a causa de la realidad actual: traviesas oxidadas y rotas, malas hierbas, zumaque venenoso… y al final un edificio destartalado cuya pintura brillante de otros tiempos se había descolorido y en cuya penumbra se deslizaba algo inquietante.

Me siento como si tuviera la pierna atrapada en una estúpida trampa, había dicho Richard, y Jack pensaba que podía comprenderlo muy bien… pero no con la *profundidad* de Richard. Estaba seguro de no poder soportar esa clase de comprensión. Una parte de la infancia de Richard había sido quemada y destruida. La vía férrea y la estación muerta con sus ventanas ciegas debían

haber sido horribles parodias de sí mismas para Richard… Dos retazos más del pasado destruido como secuela de lo que estaba averiguando o admitiendo sobre su padre. La vida entera de Richard, al igual que la de Jack, había empezado a reflejar la pauta de los Territorios y Richard estaba mucho menos preparado para esta transformación.

2

En cuanto a lo que había contado a Richard sobre el Talismán, Jack habría jurado que era la verdad: el Talismán sabía que ellos llegaban. Había empezado a sentirlo justo cuando vio la brillante fotografía de su madre en la valla anunciadora; y ahora el presentimiento era urgente y poderoso, como si un gran animal se hubiera despertado a varios kilómetros de distancia y su ronroneo hubiese hecho resonar la tierra… o como si todas las bombillas de un edificio de cien pisos levantado en el horizonte se hubieran encendido, proyectando una luz lo bastante fuerte para ocultar las estrellas… o como si alguien hubiese alzado el mayor imán del mundo y éste tirase de la hebilla del cinturón de Jack, de las monedas de sus bolsillos y de los empastes de sus dientes y no se diera por satisfecho hasta haberle arrancado el corazón. Aquel gran ronroneo animal, aquella iluminación repentina y drástica, aquella nostalgia magnética… todo despertaba un eco en el pecho de Jack. Algo que había allí, en la dirección de Point Venuti, necesitaba a Jack Sawyer, y lo principal que éste sabía del objeto que le reclamaba tan visceralmente era que tenía un gran tamaño. Muy grande. Una cosa pequeña no podía poseer tanta fuerza. Tenía el tamaño de un elefante, de una ciudad.

Y Jack se preguntaba sobre su capacidad de manejar un objeto tan monumental. El Talismán estaba prisionero en un viejo hotel, mágico y siniestro; era de suponer que lo habían colocado allí para protegerlo de manos malignas, pero también, por lo menos en parte, porque su manejo era difícil para cualquiera, fuesen cuales fuesen sus intenciones. Jack pensó que tal vez Jason había sido el único capaz de manejarlo, capaz de transportarlo sin hacerse daño a sí mismo ni causarlo al propio Talismán. Al sentir la fuerza y urgencia de su

llamada, Jack sólo podía esperar que no desfallecería ante el Talismán.

—«Ya lo comprenderás, Rich» —remedó Richard, sorprendiéndole. Su voz era baja y átona—. Mi padre me decía esto, que ya lo comprendería. *«Ya lo comprenderás, Rich.»*

—*Sí* —dijo Jack, mirando a su amigo con precaución—. ¿Cómo te encuentras, Richard?

Además de las llagas en torno a los labios, Richard tenía ahora una colección de puntos rojos o chichones, muy inflamados en la frente y en las sienes salpicadas de granos. Era como si un enjambre de insectos hubiera logrado introducirse bajo la superficie de su delicada piel. Jack recordó durante un segundo la imagen de Richard Sloat la mañana en que él había aparecido en su ventana de Nelson House, en la escuela Thayer; Richard Sloat con las gafas bien asentadas sobre la nariz y el suéter bien metido dentro de los pantalones. ¿Volvería alguna vez aquel muchacho insoportablemente correcto e inflexible?

—Aún puedo andar —repitió Richard. Pero… ¿aludía a esto? ¿Es *ésta* la comprensión que debía alcanzar, conseguir, o qué demonios,…?

—Hay algo nuevo en tu cara —interrumpió Jack—. ¿Quieres descansar un rato?

—Nooo —contestó Richard, hablando todavía como desde el fondo de un barril lleno de lodo—. Y noto el sarpullido. Me pica. Creo que también lo tengo en la espalda.

—Déjame ver —dijo Jack. Richard se detuvo en medio de la carretera, obediente como un perro. Cerró los ojos y respiró por la boca. Las manchas rojas ardían en su frente y sus sienes. Jack

se colocó detrás de él y le levantó la chaqueta y la camisa azul manchada y sucia. Aquí los chichones eran más pequeños y

estaban tan inflamados; se extendían desde los delgados omóplatos de Richard hasta la región lumbar, pequeños como garrapatas. Richard exhaló un suspiro inconsciente de desanimo. —También tienes aquí, pero no son tan virulentos —dijo Jack.

—Gracias. —Richard inspiró y levantó la cabeza. El cielo gris parecía estar a punto de desplomarse sobre la tierra. El océano embestía las rocas del acantilado —. En realidad, sólo son unos tres kilómetros —dijo—. Podré recorrerlos.

—Te llevaré a cuestas cuando lo necesites —sugirió Jack, expresando así su

secreta convicción de que Richard no tardaría en necesitar su ayuda.

Richard meneó la cabeza y trató en vano de meterse la camisa por dentro de los pantalones.

—A veces creo… a veces creo que no puedo…

—Entraremos en ese hotel, Richard —dijo Jack, cogiendo del brazo a su amigo y obligándole a medias a dar unos pasos—. Tú y yo. Juntos. No tengo la menor idea de lo que ocurre cuando se está dentro, pero tú y yo entraremos, sea quien sea el que intente impedirlo. Recuérdalo.

Richard le dirigió una mirada medio temerosa, medio agradecida. Ahora Jack podía ver el contorno irregular de chichones futuros bajo la superficie de las mejillas de Richard y de nuevo fue consciente de que una fuerza poderosa tiraba de él, obligándole a avanzar como él acababa de obligar a Richard.

—Te refieres a mi padre —dijo Richard, parpadeando, y Jack vio que trataba de no llorar; el agotamiento intensificaba las emociones de su amigo.

—Me refiero a todo —rectificó, no muy veraz—. Adelante, camarada.

—Pero… ¿qué debo comprender? No sé… —Richard miró a su alrededor, guiñando los ojos desprotegidos. Jack recordó que la mayor parte del mundo era una mancha borrosa para Richard.

—Ya comprendes mucho más que antes, Richie —apuntó. Y entonces una fugaz sonrisa de amargura torció los labios de Richard. Le habían obligado a comprender mucho más de lo que hubiera deseado y su amigo Jack pensó por un momento que hubiera sido mejor alejarse de la Thayer School en plena noche y solo. Pero la ocasión de preservar la inocencia de Richard estaba ya muy lejos, si es que había existido realmente. Richard era una Parte necesaria de la misión de Jack. Sintió unas manos fuertes rodearle el corazón: las manos de Jason, las manos del Talismán.

—Estamos en el buen camino —dijo y Richard se adaptó al ritmo de su paso.

—En Point Venuti veremos a mi padre, ¿verdad? —preguntó.

—Cuidaré de ti, Richard —contestó Jack—. Ahora eres el re baño.

—¿Qué?

—Nadie te lastimará, sólo tú, si te rascas hasta morir. Richard farfulló algo mientras seguían andando. Se llevó las manos a las sienes inflamadas y se las frotó una y otra vez. De cuando en cuando se rascaba la cabeza como un perro y gruñía con un alivio que era sólo parcial.

3

Poco después de que Richard se levantara la camisa para enseñar a Jack los puntos rojos de su espalda, vieron el primer árbol de los Territorios, que crecía en el lado de la autopista más alejado del mar y tenía una maraña de ramas oscuras y una columna de gruesa e irregular corteza asomando entre un laberinto rojo de zumaque venenoso. Los agujeros de nudo de la corteza miraban a los muchachos como si fueran bocas u ojos. Entre la tupida alfombra de zumaque, un estremecimiento de inquietas raíces agitaba las hojas céreas, como si una brisa jugara con ellas. Jack dijo:

—Atravesemos la carretera —esperando que Richard no hubiera visto el árbol. Aún podía oír a sus espaldas el susurro de las raíces gordas y correosas entre los tallos del zumaque.

¿Es eso un MUCHACHO? ¿Puede ser un MUCHACHO? ¿Un chico ESPECIAL, tal vez?

Las manos de Richard revoloteaban de sus costados a los hombros, a las sienes y al cuero cabelludo. En las mejillas, una segunda erupción de manchas inflamadas parecían el maquillaje de una película de terror; podría haber sido un monstruo juvenil de una de las primeras películas de Lily Cavanaugh. Jack vio que los chichones rojos del dorso de sus manos se habían juntado, formando grandes llagas granates.

—¿De verdad puedes seguir caminando, Richard? —preguntó. Richard asintió con la cabeza.

—Claro. Un poco más. —Miró hacia atrás, parpadeando—. Eso no era un árbol corriente, ¿verdad? Nunca había visto un árbol semejante, ni siquiera en un libro. Era un árbol de los Territorios, ¿verdad?

—Me temo que sí —respondió Jack.

—Esto significa que los Territorios están muy cerca, ¿no?

—Supongo que sí.

—Así que más arriba encontraremos más árboles como ése, ¿verdad?

—Si sabes las respuestas, ¿por qué haces las preguntas? —inquirió Jack—. Oh, Jason, qué tontería he dicho. Lo siento, Richie, supongo que esperaba que no lo vieras. Sí, me imagino que más arriba encontraremos más como ése.

Procuraremos no acercarnos demasiado a ellos.

En cualquier caso, pensó Jack, «más arriba» no era un modo exacto de describir el lugar adonde se dirigían; la autopista bajaba en una marcada pendiente y cada treinta metros parecía alejarse más de la luz. Todo parecía invadido por los Territorios.

—¿Podrías mirarme la espalda? —preguntó Richard. —Claro. —Jack levantó de nuevo la camisa de Richard. Se esforzó por no decir nada, aunque su instinto fue proferir un gemido. Ahora la espalda de Richard estaba cubierta de manchas rojas e hinchadas que daban la impresión de irradiar calor—. Ha empeorado un poco —dijo.

—Lo suponía. Sólo un poco, ¿eh?

—Sí, sólo un poco.

Dentro de poco rato, pensó Jack, Richard se parecería mucho a una maleta de piel de cocodrilo… al Muchacho Cocodrilo, hijo del Hombre Elefante.

Algo más adelante, dos de los árboles crecían juntos, con los nudosos troncos enroscados entre sí de un modo que sugería violencia más que amor. Jack los miró fijamente al pasar de largo v creyó ver que los agujeros negros de la corteza les hablaban en silencio, enviándoles maldiciones o besos; y oyó sin lugar a dudas a las raíces rechinar unas contra otras al pie de los árboles abrazados. *(¡UN MUCHACHO! ¡Ahí está UN MUCHACHO! ¡NUESTRO muchacho está ahí!)*

Aunque era sólo media tarde, estaba oscuro y el aire parecía granuloso, como la fotografía de un periódico viejo. Donde antes crecía la hierba en el lado de la autopista más alejado del mar, donde un encaje estilo Reina Ana florecía con blancura y delicadeza, malas hierbas bajas e irreconocibles tapizaban ahora el terreno. Sin flores y pocas hojas, parecían serpientes enroscadas y olían ligeramente a aceite pesado. De vez en cuando el sol perforaba la penumbra granulosa como un difuso fuego anaranjado. A Jack le recordó una fotografía que había visto una vez de Gary, Indiana, por la noche: llamas infernales alimentadas por veneno en un cielo negro y contaminado. El Talismán le llamaba desde ahí abajo con tanta fuerza como si un gigante le agarrase la ropa y tirase de ella. El nexo de todos los mundos posibles. Llevaría consigo a Richard hacia aquel infierno —y lucharía por su vida con todas sus fuerzas— aunque tuviera que arrastrarle por los tobillos. Y Richard debía ver esta determinación en Jack,

porque, rascándose los costados y hombros, caminaba a trompicones a su lado.

Voy a hacerlo —se dijo Jack, intentado olvidar que sólo quería darse ánimos *— aunque tenga que atravesar una docena de mundos diferentes. Sí, lo haré a pesar de todo.*

4

Unos noventa metros más abajo, un grupo de los feos árboles de los Territorios se apiñaban como cocodrilos al borde de la autopista. Al pasar delante de ellos por el otro lado, Jack echó una Ojeada a las enroscadas raíces y vio, medio incrustado en la tierra de donde salían, el pequeño esqueleto blanquecino de un muchacho de ocho o nueve años que aún llevaba un podrido sayo verde y negro. Jack tragó saliva y aceleró el paso, arrastrando a Richard como a un animal doméstico sujeto a una correa.

5

Unos minutos más tarde, Jack Sawyer contempló Point Venuti por primera vez.

Capítulo 39

POINT VENUTI

1

Point Venuti estaba en punto bajo del paisaje, encaramado a las laderas del acantilado que se erguía sobre el océano. Detrás, otra cadena de montañas se elevaba, masiva pero recortada, en el aire tenebroso. Parecían elefantes muy viejos, surcados de enormes arrugas. La carretera bajaba entre altas paredes de madera hasta que doblaba una esquina ocupada por un edificio de metal, largo y marrón, que era una fábrica o un almacén, donde desaparecía en una serie de terrazas descendentes, monótonos tejados de otros almacenes. Desde la perspectiva de Jack, la carretera no volvía a aparecer hasta que empezaba a subir por la ladera opuesta, para alcanzar la cumbre y bajar en dirección a San Francisco. Sólo veía los escalones formados por los tejados de los almacenes, los aparcamientos vallados y, a la derecha, un poco lejos, el gris invernal de) agua. Nadie se movía en ninguna parte de la carretera visible para él; nadie se asomaba a la hilera de pequeñas ventanas de la fábrica más próxima. El polvo formaba remolinos en los aparcamientos vacíos. Point Venuti parecía desierto, pero Jack sabía que no lo estaba. Morgan Sloat y sus cohortes —por lo menos los supervivientes de la llegada por sorpresa del tren de los Territorios— esperaban la llegada de Jack el Viajero y de Richard e] Racional. El Talismán reclamaba a

Jack, conminándole a seguir adelante, y él dijo: «Bueno, ya estás aquí, muchacho», y siguió adelante.

Inmediatamente aparecieron a la vista dos nuevas facetas de Point Venuti. La primera fueron unos treinta centímetros de la parte trasera de una limusina Cadillac: Jack vio la reluciente pintura negra, el brillante parachoques, parte de la luz de cola derecha. Deseó con fervor que el Lobo renegado que iba al volante hubiera sido una de las víctimas de Camp Readiness. Entonces volvió a mirar hacia el océano. El agua gris embestía la playa convertida en espuma. Un movimiento lento sobre los tejados de fábrica y almacén llamó su atención cuando daba el paso siguiente. VEN AQUÍ, llamó el Talismán de aquel modo urgente y magnético. Point Venuti parecía una mano contrayéndose de alguna manera en un puño. Sobre los tejados se hizo visible de repente una veleta oscura e incolora que tenía la forma de una cabeza de lobo y giraba de un lado a otro, sin obedecer a ningún viento.

Cuando Jack vio la veleta rebelde girar de izquierda a derecha luego de derecha a izquierda y continuar describiendo un circulo completo supo que acababa de vislumbrar por primera vez el hotel negro, o al menos una parte de él. Desde los tejados de los almacenes, desde la carretera, desde todos los puntos de la ciudad aún no vista, surgía un sentimiento inconfundible de hostilidad, palpable como una bofetada en pleno rostro. Jack se dio cuenta de que los Territorios se estaban desangrando en Point Venuti; aquí, la realidad pasaba por un tamiz fino. La cabeza de lobo giraba insensatamente en el aire y el Talismán continuaba tirando de Jack. VEN AQUÍ VEN AQUÍ VEN AHORA VEN AHORA AHORA… Jack comprendió que mientras tiraba de él con fuerza increíble y creciente, el Talismán le cantaba. Sin palabras, sin melodía, pero cantaba en un tono agudo y grave de delfín que era inaudible para cualquier otro.

El Talismán sabía que acababa de ver la veleta del hotel. Point Venuti podía ser el lugar más depravado y peligroso de toda América del Norte y del Sur, pensó Jack, más audaz de repente, pero no le impediría entrar en el hotel Agincourt. Se volvió hacia Richard, sintiéndose como si no hubiera hecho nada más durante un mes que descansar y hacer ejercicios físicos y trató de no reflejar en su cara la impresión que le causó el estado de su amigo. Richard tampoco podría detenerle; si era necesario, le arrastraría a través de las paredes de aquel hotel maldito. Vio al atormentado Richard rascarse la cabeza y el sarpullido de

las mejillas y las sienes.

—Lo conseguiremos, Richard —dijo—, sé que lo conseguiremos. No importa la cantidad de maldiciones absurdas que puedan echarnos. Vamos a conseguirlo.

—Nuestras dificultades tendrán dificultades con nosotros —dijo Richard, citando, de manera inconsciente, sin duda, al doctor Seuss. Hizo una pausa—. No sé si tendré ánimos; ésta es la verdad. Estoy muerto de cansancio. —Dirigió a Jack una mirada de auténtica angustia—. ¿Qué me *ocurre*, Jack?

—No lo sé, pero sé cómo detenerlo. —Y esperó que fuese verdad.

—¿Es mi padre quien me hace esto? —preguntó Richard con tristeza y se palpó la cara con las manos. Luego se sacó la camisa de los pantalones y examinó el rojo sarpullido de su estómago. Las ronchas, de una forma vagamente parecida a la del estado de Oklahoma, empezaban en la cintura, se extendían a ambos lados y subían hasta la garganta—. Parece un virus o algo así. ¿Me lo ha causado mi padre?

—No creo que lo haya hecho a propósito, Richie —respondió Jack—. Si esto significa algo.

—No significa nada —dijo Richard.

—Todo va a cambiar. El expreso de Seabrook Island está llegando al final de la línea.

Con Richard a su lado, Jack siguió andando… y vio centellear las luces de cola del Cadillac, que se encendieron y apagaron antes de que el coche desapareciera de su vista.

Esta vez no habría un ataque por sorpresa ni una fantástica irrupción a través de una valla de un tren lleno de armas y municiones, pero aunque todo el mundo en Point Venuti sabía que llegaban, Jack siguió adelante. Tuvo de repente la sensación de que llevaba una armadura, de que empuñaba una espada mágica. Nadie en Point Venuti tenía poder para hacerle daño, por lo menos hasta que llegara al hotel Agincourt. Seguiría adelante, con Richard el Racional a su lado, y todo saldría bien. Y antes de que diera tres pasos más, con los músculos cantando al son del Talismán, vio una imagen de sí mismo mejor y más exacta que la de un caballero dirigiéndose al campo de batalla. La imagen surgió directamente de una de las películas de su madre, remitida por telegrama celestial. Iba montado a caballo, con un sombrero de ala ancha en la cabeza y un

rifle sujeto a la cadera, dispuesto a limpiar el Barranco de Deadwood.

Recordó el título: *El último tren a Hangtown:* Lily Cavanaugh, Clint Walker y Will Hutchins, 1960. Así sea.

2

Cuatro o cinco de los árboles de los Territorios pugnaban por crecer en la dura tierra marrón junto al primero de los edificios abandonados. Quizá habían estado siempre allí, arqueando las ramas hacia la carretera casi hasta la raya blanca, o quizá no;

Jack no recordaba haberlos visto cuando echó la primera ojeada a la ciudad todavía oculta. Pensó, sin embargo, que era tan inconcebible olvidarse de aquellos árboles como de una manada de perros salvajes. Podía oír sus raíces susurrar sobre la superficie de la tierra mientras él y Richard se acercaban al almacén.

(¿NUESTRO muchacho? ¿NUESTRO muchacho?)

—Crucemos al otro lado —dijo a Richard, cogiendo su mano hinchada para guiarle.En cuanto llegaron al lado opuesto de la carretera, uno de los árboles de los Territorios avanzó visiblemente hacia ellos, con raíces y ramas. Si los árboles tuvieran estómago, habrían oído rumorear su estómago. La rama nudosa y la raíz lisa como una serpiente saltaron por encima de la raya amarilla y llegaron casi hasta los muchachos. Jack dio un codazo a Richard, que jadeaba, le agarró del brazo y tiró de él.

(¡MI MI MI MI MUCHACHO! ¡SSSÍ!)

Un fuerte sonido de desgarro retumbó súbitamente en el aire y por un momento Jack pensó que Morgan de Orris volvía a abrirse una trocha entre los mundos, convirtiéndose en Morgan Sloat… Morgan Sloat con una oferta definitiva e inapelable que incluía una metralleta, un soplete, un par de pinzas candentes… Pero en lugar del furioso padre de Richard, la copa del árbol de los Territorios cayó en medio de la carretera, rebotó entre un crujido de ramas y quedó ladeada como un animal muerto.

—Oh, Dios mío —exclamó Richard—. Se ha desprendido de la tierra para

perseguirnos.

Lo cual era precisamente lo mismo que pensaba Jack.

—Un árbol kamikaze —dijo—. Creo que las cosas van a ser un poco salvajes aquí en Point Venuti. —¿A causa del hotel negro?

—Claro… pero también a causa del Talismán. —Miró hacia delante y vio otro grupo de árboles carnívoros a unos diez metros colina abajo—. Las vibraciones o la atmósfera o como quieras llamarlo está hecho un lío… porque todo es malo y bueno, blanco y negro; todo está mezclado.

Jack no perdía de vista el grupo de árboles al que se iban aproximando despacio mientras hablaban y vio que el árbol más cercano torcía la copa hacia ellos, como si hubiese oído su voz.

Quizá toda esta ciudad es un Oatley grande, pensaba Jack, y quizá saldría de ella sano y salvo, pero si había un túnel en alguna oarte lo último que haría Jack Sawyer seria entrar en él. No tenía el menor deseo de toparse con la versión de Point Venuti de Elroy.

—Tengo miedo —murmuró a sus espaldas la voz de Richard—. Jack ¿y si hay más árboles capaces de saltar de ese modo?

—Mira —contestó Jack—, me he fijado en que, a pesar de su movilidad, no pueden llegar muy lejos. Incluso un pavo como tú sería capaz de ganarle la carrera a un árbol.

Estaban doblando la última curva de la carretera, bajando la colina frente a los últimos almacenes. El Talismán no dejaba de llamarle, tan clamoroso como el arpa cantarína del gigante en *Jack y el tallo de frijol.* Por fin Jack dobló el recodo de la curva y el resto de Point Venuti se ofreció a su vista.

Su faceta de Jason le animaba a seguir. Point Venuti podía haber sido en un tiempo una agradable ciudad turística, pero aquellos días quedaban muy lejanos. Ahora el propio Point Venuti era el túnel de Oatley y no tendría más remedio que recorrerlo todo. La superficie resquebrajada de la carretera descendía hacia una zona de casas incendiadas totalmente rodeadas por árboles de los Territorios; los obreros de los vacíos almacenes y fábricas debieron vivir en estas pequeñas casas de madera. Quedaba lo suficiente de una o dos de ellas para saber cómo habían sido. Las carrocerías retorcidas de coches quemados yacían aquí y allá en torno a las casas, medio cubiertas de malas hierbas. En los cimientos acechaban las raíces de los árboles de los Territorios. Ladrillos y tablones ennegrecidos,

bañeras rotas e invertidas, cañerías retorcidas cubrían los solares quemados. Un destello blanco atrajo la mirada de Jack, pero desvió la vista en cuanto vio que era el hueso blanco de un esqueleto destrozado que yacía bajo una maraña de raíces. En un tiempo, niños habían ido en bicicleta por estas calles, amas de casa se habían reunido en las cocinas para quejarse de los sueldos y el desempleo, hombres habían limpiado sus coches en las avenidas… Nada de esto subsistía ahora. Un balancín roto, lleno de polvo, sobresalían apenas entre los escombros y las malas hierbas.

Pequeños destellos rojizos parpadeaban en el cielo turbio. Mas abajo de las dos manzanas de casas quemadas y árboles carnívoros, un semáforo apagado pendía sobre un cruce vacío. Al otro lado del cruce, en la pared de un edificio medio derruido aún se leían unas letras: ¡OH! ¡AHÍ LLAMA A MAMÁ, en la fotografía rota y deteriorada del capó de un coche embutido en la luna de un escaparate. El fuego no había ido más lejos, pero Jack deseó que lo hubiera hecho. Point Venuti era una ciudad desolada; y el fuego era mejor que la putrefacción. El edificio que ostentaba el anuncio semidestruido de las pinturas Maaco era el primero de una hilera de tiendas. Librería del Planeta Peligroso, Té & Simpatía, Productos Integrales de Régimen Ferdy, Aldea del Neón. Jack sólo pudo leer algunos nombres de las tiendas porque la mayoría de éstas tenían la pintura desprendida o quemada. Parecían cerradas, abandonadas como los almacenes y fábricas de la colina. Incluso desde su posición, Jack podía ver los escaparates rotos desde hacía tanto tiempo que eran como monturas de gafas vacías u órbitas sin ojos. Manchas de pintura decoraban las fachadas de las tiendas, roja, negra y amarilla, con un brillo extraño que les daba aspecto de cicatrices en el aire opaco y gris. Una mujer desnuda, tan desnutrida que Jack habría podido contar sus costillas, se retorcía lenta y ceremoniosamente como una veleta en la sucia calle entre las tiendas. Sobre su cuerpo pálido, de pechos caídos y abundante vello púbico, la cara había sido pintada de un vivo color naranja. Sus cabellos también eran anaranjados. Jack se detuvo y contempló a la absurda mujer de cara pintada y pelo teñido levantar los brazos, retorcer el torso con la lentitud de un movimiento de Tai Chi, dar una patada con el pie izquierdo a un perro muerto cubierto de moscas e inmovilizarse como una estatua. Como un emblema de todo Point Venuti, la absurda mujer mantuvo esta posición y luego bajó el pie y el cuerpo esquelético dio media vuelta.

Después de la mujer y de la hilera de tiendas vacías, la calle Mayor se volvió residencial; por lo menos, Jack supuso que en un tiempo había sido residencial. Aquí las manchas de pintura también afeaban los edificios, minúsculas casas de dos pisos que antes eran blancas y brillantes y ahora estaban sucias y llenas de inscripciones. Un eslogan llamó su atención: AHORA ESTÁS MUERTO, garabateado en la pared lateral de un edificio aislado que había sido con seguridad una pensión. Hacía mucho tiempo que estaban aquí estas palabras.

¡JASON, TE NECESITO!, llamaba el Talismán en una lengua inaudible.

—No puedo —murmuró Richard a su lado—, Jack, sé que no puedo.

Después de la hilera de casas ruinosas, la calle volvía a bajar y Jack sólo pudo ver la parte posterior de un par de limusinas Cadillac negras, una a cada lado de la calle Mayor, aparcadas con el capó hacia abajo y con los motores en marcha. Como en una fotografía trucada, con un aspecto increíblemente grande y siniestro, el techo —¿la mitad? ¿la tercera parte?— del hotel negro se erguía por encima de los Cadillacs y de las casitas desoladas. Parecía flotar, cortado por la curva de la última colina.

—No puedo entrar allí —repitió Richard.

—Ni siquiera estoy seguro de que podamos pasar por delante de esos árboles —dijo Jack—. Animo, Richie.

Richard profirió un extraño resoplido y Jack tardó un segundo en comprender que lloraba. Rodeó con un brazo los hombros de Richard. El hotel dominaba el paisaje; esto era evidente. El hotel negro poseía Point Venuti, el aire que lo cubría y la tierra en que se asentaba. Jack vio que sus veletas giraban en direcciones opuestas y que las torrecillas y tejados a la holandesa se levantaban como verrugas en el aire plomizo. El Agincourt daba la impresión de haber sido construido con piedra, una piedra de mil años de antigüedad, negra como el alquitrán. En una de las ventanas superiores centelleó de repente una luz; para Jack fue como si el hotel le hubiese guiñado un ojo, secretamente divertido por verle al fin tan cerca. Una silueta difusa pareció alejarse de la ventana y un segundo después el reflejo de una nube se deslizó por el cristal.

Desde alguna parte del interior, el Talismán emitía la canción que sólo Jack podía oír.

3

—Creo que ha crecido —susurró Richard, que había olvidado rascarse desde que viera el hotel flotando tras la última colina. Las lágrimas bajaban por las llagas inflamadas de sus mejillas y Jack vio que ahora tenía los ojos totalmente rodeados por el salpullido;

Richard ya no tenía que bizquear, porque su bizqueo era constante—. Es imposible, pero el hotel era más pequeño, Jack. Estoy seguro.

—Ahora mismo, nada es imposible —contestó Jack, casi innecesariamente; hacia mucho tiempo que habían pasado al reino de lo imposible. Y el Agincourt era tan grande, tan dominante, que no guardaba ninguna relación con el resto del pueblo.

La extravagancia arquitectónica del hotel negro, todas sus torrecillas y veletas de latón en los torreones acanalados, las cúpulas y los tejados holandeses, que deberían haberlo convertido en una fantasía juguetona, le prestaban, por el contrario, una apariencia amenazadora, de pesadilla. Daba la impresión de pertenecer a una especie de antiDisneylandia donde el Pato Donald hubiera estrangulado a Huey, Dewey y Louise, y Mickey matado a Minnie con una sobredosis de heroína.

—Tengo miedo —dijo Richard; y el Talismán cantó: JASON, VEN EN SEGUIDA.

—No te apartes de mí, compañero, y entraremos en ese lugar con la suavidad de la grasa por el cuello de un pato.

¡JASON, VEN EN SEGUIDA!

El grupo de árboles de los Territorios que tenían delante susurró cuando Jack empezó a andar de nuevo.

Richard, asustado, se quedó atrás y Jack comprendió que tal vez se debía a que Richard, sin las gafas, estaba casi ciego y continuamente cerraba los ojos. Extendió la mano hacia atrás y tiró de él, notando al hacerlo que la mano y la muñeca de Richard se habían adelgazado mucho.

Richard le siguió a trompicones. Su muñeca delgada ardía en la mano de Jack.

—Por lo que más quieras, no te retrases —encareció Jack—. Lo único que

hemos de hacer es pasar por delante de ellos.

—No puedo —sollozó Richard.

—¿Quieres que te lleve a cuestas? Lo digo en serio, Richard, esto podría ser mucho peor. Apuesto algo a que si no hubiéramos matado a tantas de sus tropas, aquí habría puesto centinelas cada quince metros.

—Si me llevaras, no podrías moverte con la rapidez necesaria; te obligaría a ir más despacio.

¿Qué demomos piensas que haces ahora?, dijo Jack para sus adentros y añadió en voz alta:

—Quédate a mi lado y anda muy de prisa cuando diga tres. ¿Lo entiendes, Richie? Uno… dos… ¡tres!

Tiró del brazo de Richard y empezó a correr cuando llegó a los árboles; Richard tropezó, jadeó y luego consiguió enderezarse y seguir a su amigo sin caerse. Geiseres de polvo aparecieron al pie de los árboles, una conmoción de tierra desmenuzada y cosas que parecían enormes escarabajos, brillantes como el betún. Un pequeño pájaro marrón alzó el vuelo desde las malas hierbas que rodeaban a los árboles conspiradores y una raíz suelta, parecida a una trompa de elefante, salió disparada del polvo y lo agarró en el aire.

Otra raíz culebreó hacia el tobillo izquierdo de Jack, pero no lo alcanzó. Las bocas de las toscas cortezas gritaban y lanzaban alaridos.

(¿AMAAANTE? ¿MUCHAAACHO AMAAANTE?)

Jack apretó los dientes y trató de hacer volar a Richard Sloat. Las cabezas de los complicados árboles habían empezado a oscilar y a inclinarse. Nidos y familias enteras de raíces se deslizaban hacia la raya blanca, moviéndose como si tuvieran voluntades independientes. Richard dio un traspié y retrasó el paso mientras volvía la cabeza para mirar los árboles atacantes por encima de la cabeza de Jack.

—¡Muévete! —chilló Jack, estirando el brazo de Richard. Los bultos rojos parecían piedras candentes introducidas bajo su piel. Tiró con fuerza de Richard al ver demasiadas raíces sinuosas cruzando alegremente la raya blanca en su dirección.

Rodeó con un brazo la cintura de Richard en el mismo instante en que una larga raíz silbaba en el aire y se enroscaba en torno al brazo de Richard.

—¡Dios mío! —gritó éste—. ¡Jason! ¡Me ha cogido! ¡Me ha cogido!

Horrorizado, Jack vio el extremo de la raíz erguirse como una cabeza de lución y mirarle fijamente. Luego se retorció en el aire casi con indolencia y volvió a enroscarse en torno al brazo ardiente de Richard. Otras raíces se arrastraban hacia ellos por la carretera.

Jack tiró de Richard con todas sus fuerzas, ganando otros quince centímetros. La raíz que atenazaba el brazo de Richard estaba tensa. Jack se abrazó a la cintura de su amigo y le estiró hacia sí sin contemplaciones. Richard profirió un grito prolongado y espeluznante. Durante un segundo, Jack tuvo miedo de haberle descoyuntado el brazo, pero una potente voz gritaba en su interior: ¡ESTIRA! y, clavando los tacones en el suelo, estiró con más fuerza.

Entonces estuvieron a punto de caer los dos en un nido de culebreantes raíces, porque el único zarcillo que aún sujetaba el brazo de Richard se partió de repente. Jack logró mantenerse en pie pedaleando frenéticamente hacia atrás e inclinando el torso para impedir que Richard cayera en medio de la carretera. De este modo pasaron de largo los dos últimos árboles, al tiempo que oían los extraños chasquidos que ya habían percibido una vez. Ahora Jack no tuvo que decir a Richard que echara a correr.

El siguiente árbol se enderezó con un estruendo y cayó ruidosamente a sólo diez centímetros de los pies de Richard. Los otros se desplomaron detrás de él sobre la carretera, agitando las raíces como pelos enmarañados.

—Me has salvado la vida —dijo Richard, que lloraba otra vez, más por debilidad, agotamiento y susto que por simple temor.

—De ahora en adelante, compañero, voy a llevarte a cuestas —anunció Jack, jadeando, y se agachó para ayudar a Richard a montar sobre su espalda.

4

—Debí decírtelo —murmuró Richard, hablando al oído de Jack;

su cara le quemaba el cuello—. No quiero que me odies, pero no te culparía si lo hicieras, de verdad que no. Sé que debí decírtelo.

—Era ingrávido como una cascara, y daba, en efecto, la impresión de estar vacío por dentro.

—¿A qué te refieres? —Jack colocó a Richard en el centro de su espalda y de nuevo tuvo la inquietante sensación de cargar solamente con un saco de carne sin huesos.

—Al hombre que venía a visitar a mi padre… y a Camp Readiness… y al armario. —El cuerpo, al parecer hueco, de Richard tembló contra la espalda de su amigo—. Debí hablarte de ello, pero ni siquiera podía decírmelo a *mí mismo.* —Su aliento, cálido como su piel, soplaba con agitación en la oreja de Jack.

Jack pensó: *El Talismán le produce este efecto.* Un instante después se corrigió: *No. El hotel negro le produce este efecto.*

Las dos limusinas aparcadas de cara a la cresta de la colina siguiente habían desaparecido de algún modo durante la lucha con los árboles de los Territorios, pero el hotel seguía en su lugar, aumentando de tamaño a medida que Jack se acercaba. La flaca mujer desnuda, otra de las víctimas del hotel, seguía ejecutando su insensato baile ante la hilera de tiendas abandonadas. Los pequeños destellos bailaban, se apagaban y volvían a bailar en el aire turbio. No era ninguna hora, ni mañana, ni tarde, ni noche; era la hora de las Tierras Arrasadas. El hotel Agincourt parecía hecho de piedra, aunque Jack sabía que no era así; la madera Parecía haberse calcificado y dilatado, a la vez que ennegrecido desde dentro hacia fuera. Las veletas de latón, lobo, cuervo, serpiente y crípticos diseños circulares que Jack no reconocía, giraban al capricho de vientos contradictorios. Algunas ventanas enviaron una advertencia a Jack, pero podía tratarse del reflejo de uno de los destellos rojos. Todavía no podía ver el pie de la colina y la Planta baja del Agincourt y no podría verlos hasta que hubiera pasado de largo la librería, el salón de té y otras tiendas que habían escapado del incendio. ¿Dónde estaba Morgan Sloat?

¿Y dónde estaba todo el maldito comité de recepción? Jack apretó con más fuerza las piernas flacas de Richard al oír al Talismán llamarle otra vez, y sintió erguirse en su interior un ser más fuerte y resistente.

—No me odies porque no pude… —la voz de Richard se desvaneció.

¡JASON, VEN EN SEGUIDA, VEN AHORA!

Jack agarró las delgadas piernas de Richard y pasó de largo la zona quemada donde antes se habían levantado tantas casas. Los árboles de los Territorios, que usaban estas manzanas vacías como su comedor privado, susurraron y se estremecieron, pero se encontraban demasiado lejos para inquietar a Jack.

La mujer que giraba en medio de la calle cubierta de basura dio lentamente media vuelta cuando se fijó en los chicos que caminaban colina abajo. Estaba ejecutando un complejo ejercicio, pero abandonó toda pretensión de Tai Chi Chuan cuando dejó caer los brazos y una pierna estirada y se quedó inmóvil junto a un perro muerto, observando a Jack bajar la colina hacia ella, cargado con su amigo. Por un momento la mujer pareció un espejismo, demasiado alucinante para ser real: una mujer demacrada de cabellos tiesos y cara de color naranja como su cabellera. Entonces, de improviso, cruzó torpemente la calle como una exhalación y entró en una de las tiendas sin nombre. Jack sonrió, sin saber que iba a conseguirlo; la sensación de triunfo y de algo que sólo podía describir como virtud acrisolada le cogió totalmente de sorpresa.

—¿Podrás de verdad entrar allí? —suspiró Richard. Jack respondió:

—En estos momentos puedo hacer cualquier cosa. Podría haber llevado a cuestas a Richard hasta Illinois, si el gran objeto cantarín prisionero en el hotel se lo hubiese ordenado. Nuevamente sintió aquella impresión de desenlace inminente y pensó: *Aquí hay tanta oscuridad porque están apiñados todos esos mundos, superpuestos como una exposición triple en un trozo de película.*

5

Presintió a los habitantes de Point Venuti antes de verlos. No le atacarían; Jack sabía esto con total certidumbre desde que la mujer había huido al interior de una de las tiendas. Le estaban observando. Desde los porches, desde detrás de celosías, desde el fondo de habitaciones desiertas, no sabía si con miedo, rabia o frustración.

Richard se había dormido o desmayado contra su espalda y respiraba con pequeñas bocanadas calientes y roncas.

Jack sorteó el cadáver del perro y miró de soslayo el agujero donde había estado el escaparate de la Librería del Planeta Peligroso. Al principio sólo vio el revoltijo de agujas hipodérmicas usadas que cubrían el suelo y los libros esparcidos aquí y allá.

En las paredes, las altas estanterías estaban vacías como bostezos. De pronto,

un movimiento convulsivo al fondo de la tienda llamó su atención y dos figuras pálidas surgieron de la penumbra. Ambas tenían barbas y largos cuerpos desnudos cuyos tendones sobresalían como cuerdas. Los blancos de cuatro ojos dementes se fijaron en él. Uno de los hombres desnudos sólo tenía una mano y sonreía. Su miembro erecto se erguía delante de él como una porra gruesa y pálida. No podía haber visto aquello, se dijo para sus adentros. ¿Dónde estaba la otra mano del hombre? Miró hacia atrás. Ahora vio un embrollo de extremidades blancas y flacas.

No miró hacia los escaparates de las otras tiendas, pero muchos ojos le siguieron con la mirada.

Pronto pasó de largo las diminutas casas de dos pisos. AHORA ESTAS MUERTO, decía la inscripción de la pared lateral. No podía mirar hacia las ventanas; se prometió a sí mismo que no podía.

Caras anaranjadas en un marco de pelo anaranjado se asomaron a una ventana de la planta baja.

—Niño —susurró una mujer desde la casa siguiente—. Dulce niño Jason.

Esta vez miró. *Ahora estás muerto.* La mujer se hallaba al otro lado de una pequeña ventana, haciendo girar con los pulgares unas cadenas insertadas en sus pezones, y le sonreía con labios torcidos. Jack miró con fijeza sus ojos vacíos y ella dejó caer los brazos y se apartó de la ventana con paso vacilante. Las cadenas pendían entre sus pechos.

Muchos ojos observaban a Jack desde el fondo de habitaciones oscuras, detrás de las celosías, desde los rincones de los porches.

El hotel se alzaba, amenazador, delante de él, pero ya no en línea recta. La calle debía haber descrito una ligera curva, porque ahora el Agincourt estaba decididamente a su izquierda. Y, ¿era realmente tan amenazador como antes? Su naturaleza de Jason, o el propio Jason, ardió dentro de Jack, quien vio que el hotel negro, aunque todavía de grandes dimensiones, no era ni mucho menos enorme como una montaña.

VEN, TE NECESITO AHORA —cantó el Talismán—. TIENES RAZÓN, NO ES TAN INMENSO COMO QUIERE HACERTE CREER.

Se detuvo en la cumbre de la última colina y miró hacia abajo. En efecto, allí estaban todos. Y allí estaba el hotel negro, en toda su magnitud. La calle Mayor descendía hacia la playa, que era de arena blanca, interrumpida por grandes

rocas parecidas a dientes descoloridos. El Agincourt se erguía a poca distancia a su izquierda, flanqueado en el lado del océano por un macizo rompeolas de piedra que se introducía mar adentro. Ante el hotel esperaba en hilera, con los motores en marcha, una docena de limusinas largas y negras, algunas polvorientas y otras relucientes como espejos. Muchas de ellas despedían estelas de gases blancos, como nubes bajas más blancas que el aire. Hombres vestidos de negro como agentes del FBI patrullaban la barrera con las manos delante de los ojos. Cuando Jack vio dos destellos de luz ante la cara de uno de los hombres, se ocultó tras la pared de una casa, aun antes de ser consciente de que los hombres llevaban prismáticos.

Durante uno o dos segundos debió parecer un faro, erguido en la cumbre de una colina. Sabiendo que un descuido momentáneo casi había conducido a su captura, Jack respiró profundamente y apoyó el hombro contra las ripias grises de la casa para colocar a Richard en una posición más cómoda sobre su espalda.

De todos modos, ahora sabía que debía aproximarse al hotel negro por el lado del mar, lo cual requería cruzar la playa sin ser visto.

Cuando volvió a enderezarse, se asomó a la esquina de la casa y miró colina abajo. El mermado ejército de Morgan Sloat esperaba en el interior de las limusinas o diseminado como un ejército de hormigas ante la alta barrera negra. Durante un momento frenético, Jack recordó con total precisión su primera visión del palacio de verano de la Reina. Entonces también estaba en un lugar elevado, ante un escenario lleno de personas que se movían de un lado a otro sin rumbo aparente. ¿Qué aspecto debía ofrecer ahora aquel lugar? Aquel día —que parecía remontarse a la prehistoria, según su impresión actual—, la gente que esperaba ante el pabellón, la escena entera, respiraba a pesar de todo un innegable ambiente de paz, de orden. Jack sabía que ahora debía ser distinto. Ahora Osmond dominaría la escena ante la gran estructura parecida a una tienda y las personas que fueran lo bastante valientes para entrar en el pabellón, lo harían a hurtadillas, con las caras vueltas. ¿Y la Reina?, se preguntó Jack. Y recordó aquel rostro, extrañamente familiar, entre la blancura de las sábanas.

Entonces el corazón de Jack casi se detuvo y la visión del pabellón y de la Reina enferma encajaron en un lugar de su memoria. Sol Gardener apareció ante la vista de Jack con un megáfono en la mano. El viento procedente del mar despeinó un grueso mechón de cabellos blancos, que le cayeron sobre las gafas

de sol. Por un segundo Jack estuvo seguro de oler su colonia dulzona y las plantas podridas. Olvidó respirar durante unos cinco segundos, inmóvil junto a la resquebrajada pared de ripias, mirando con fijeza a un loco que gritaba órdenes a hombres vestidos de negro, hacía unas piruetas y señalaba algo oculto a la vista de Jack, haciendo una expresiva mueca de desaprobación.

Se acordó de respirar.

—Bien, tenemos una interesante situación aquí, Richard —dijo—. Un hotel que, según me temo, puede doblar su tamaño cuando le apetece, y, allí abajo, el hombre más loco del mundo.

Richard, a quien Jack suponía dormido, le sorprendió murmurando algo que sonó como *aaque.*

—¿Qué?

—Al ataque —murmuró Richard con voz débil—. Muévete, compinche.

Jack se echó a reír. Un segundo después empezó a bajar con cautela por detrás de las casas, pisando una alta corregüela, en dirección a la playa.

Capítulo 40

SPEEDY EN LA PLAYA

1

Cuando llegó al pie de la colina, Jack se echó sobre la hierba y avanzó a rastras, llevando a Richard como antes había llevado el morral. En el borde de las altas hierbas amarillas que crecían junto a la carretera, se arrastró unos centímetros y se asomó. Enfrente de él, al otro lado de la carretera, empezaba la playa. Altas rocas pulidas por los elementos sobresalían de la arena grisácea; un agua también grisácea formaba espuma en la orilla. Jack miró hacia la izquierda. A corta distancia, pasado el hotel, en el lado interior de la carretera de la costa, se levantaba una estructura larga y destartalada que parecía un trozo de pastel nupcial. Sobre ella, un rótulo de madera agujereada anunciaba: KINGSLAND MOTEL.

El Motel Kingsland, recordó Jack, donde Morgan Sloat se instalaba con su hijo durante sus obsesivas inspecciones del hotel negro. Un destello blanco que era Sol Gardener se paseaba más arriba de la calle, reprendiendo claramente a varios de los hombres vestidos de negro y agitando la mano en dirección a la colina. *No sabe que ya estoy aquí abajo,* pensó Jack, mientras uno de los hombres empezaba a cruzar la carretera, mirando a uno y otro lado. Gardener hizo otro brusco ademán y la limusina aparcada al final de la calle Mayor se

apartó del hotel y empezó a avanzar junto al hombre vestido de negro, que se desabrochó la chaqueta en cuanto llegó a la acera de la calle Mayor y se sacó una pistola de una funda colgada del hombro.

Los conductores de las limusinas volvieron la cabeza y clavaron la mirada en la colina. Jack bendijo su buena suerte: cinco minutos más y un Lobo renegado provisto de una enorme pistola habría puesto fin a su búsqueda de aquel gran objeto que cantaba en el hotel.

Sólo podía ver los dos últimos pisos del hotel y los artilugios giratorios añadidos a las extravagancias arquitectónicas del tejado. Como su ángulo de visión era el de un gusano, el rompeolas que dividía la playa a la derecha del hotel parecía tener seis metros de altura o más hasta que se adentraba en el agua.

VEN AHORA VEN AHORA, llamaba el Talismán con palabras que no eran palabras, sino expresiones casi físicas de la máxima urgencia.

El hombre de la pistola estaba oculto a su vista, pero los conductores seguían con los ojos fijos en él mientras subía la colina hacia los locos de Point Venuti. Sol Gardener levantó el megáfono y chilló:

—¡Elimínale! ¡Quiero que le elimines! —Tocó con el megáfono a otro hombre vestido de negro, levantando los prismáticos para observar la calle por donde esperaba ver bajar a Jack—. ¡Tú! ¡Cretino! Ve al otro lado de la calle… y *elimina a ese chico malo,* oh, sí, a este chico malísimo, malísimo, el *peor* de todos… —Su voz se extinguió mientras el segundo hombre corría hacia el lado opuesto de la calle, empuñando ya su pistola.

Jack se dio cuenta de que era la mejor ocasión que se le presentaría… No había nadie en la carretera de la playa.

—Agárrate fuerte —murmuró a Richard, que no se movía—. Es hora de intentarlo.

Se puso en cuclillas, sabiendo que la espalda de Richard podía ser visible por encima de la hierba alta y amarilla. Agachado, salió corriendo de la franja de hierba y cruzó la carretera de la playa.

En pocos segundos, Jack Sawyer volvió a echarse de bruces sobre la arena y se dio impulso hacia delante con los pies. Una de las manos de Richard le apretó el hombro. Jack culebreó por la arena hasta que llegó al primer grupo de rocas; entonces dejó de moverse y permaneció de bruces con la cabeza en las manos y Richard ligero como una pluma sobre su espalda, respirando con fuerza. El agua,

a unos seis metros de distancia, embestía la orilla. Jack aún podía oír a Sol Gardener gritando algo sobre imbéciles e incompetentes con una voz aguda que bajaba resonando por la calle Mayor. El Talismán le acuciaba, le urgía a seguir adelante, adelante…

Richard resbaló de la espalda de Jack.

—¿Estás bien?

Richard levantó una mano delgada y se tocó la frente con los dedos y el pómulo con el pulgar.

—Supongo que sí. ¿Has visto a mi padre? Jack meneó la cabeza.

—Todavía no.

—Pero está aquí.

—Creo que sí. Tiene que estar.

En el Kingsland, recordó Jack, viendo en su imaginación la sórdida fachada y el agujereado letrero de madera. Morgan Sloat se habría escondido en el motel que había usado tan a menudo seis o siete años atrás. Jack sintió inmediatamente cerca de él la furiosa presencia de Morgan Sloat, como si conocer su paradero hubiese provocado su aparición.

—Bueno, no te preocupes por él. —La voz de Richard era muy débil—. Quiero decir que no te preocupes porque yo esté preocupado. Creo que ha muerto, Jack.

Jack miró a su amigo con una ansiedad nueva: ¿estaría Richard enloqueciendo de verdad? Desde luego, tenía fiebre. Arriba, en la colina, Sol Gardener gritó por el megáfono: ¡DESPLEGAOS!

—¿Crees que…?

Y entonces Jack oyó otra voz, una voz que susurró al unísono con la colérica orden de Gardener. Era una voz medio familiar y Jack reconoció su timbre y cadencia antes de identificarla con certeza. Y, extrañamente, reconoció que el sonido de esta voz en particular le hacía sentir relajado —casi como si ahora ya pudiera dejar de inquietarse y hacer planes porque todo se solucionaría— antes de pronunciar el nombre de su dueño.

—Jack Sawyer —repitió la voz—. Estoy aquí, hijo. Era la voz de Speedy Parker.

—Sí, lo creo —dijo Richard, cerrando de nuevo los ojos hinchados y ofreciendo el aspecto de un cadáver arrojado a la playa por la marea.

Sí, *creo que mi padre está muerto,* quería decir Richard, pero Jack tenía la cabeza muy lejos de los desvarios de su amigo.

—Estoy aquí, Jacky —llamó otra vez Speedy y el muchacho comprendió que el sonido procedía del grupo más grande de rocas, tres montones verticales a pocos metros de la orilla. Una línea oscura, la marca de la pleamar, era bien visible al nivel de una cuarta parte de su altura.

—Speedy —susurró Jack.

—El mismo —fue la respuesta—. Asércate sin que te vean esos sonibis, ¿puede haserlo? Y trae también a tu amigo.

Richard seguía tendido boca arriba sobre la arena, con la mano sobre la cara.

—Ven, Richie —le murmuró al oído Jack—. Tenemos que andar un poco por la playa. Speedy está aquí.

—¿Speedy? —susurró Richard, con una voz tan baja que Jack apenas pudo oír la palabra.

—Un amigo. ¿Ves esas rocas? —Levantó la cabeza de Richard;

su cuello parecía un junco—. Está ahí detrás. Nos ayudará, Richie, y ahora nos vendría bien una pequeña ayuda.

—En realidad, no veo nada —se lamentó Richard—. Y estoy tan *cansado.*…

—Vuelve a subirte a mi espalda. —Dio media vuelta y se tendió boca abajo sobre la arena. Los brazos de Richard le asieron los hombros y el débil cuerpo se acomodó sobre su espalda.

Jack se asomó al borde de la roca. En la carretera de la playa, Sol Gardener se pasaba la mano por los cabellos mientras se dirigía hacia la puerta principal del hotel Kingsland. El hotel negro erguía su imponente mole. El Talismán abrió la garganta y llamó a Jack Sawyer. Gardener vaciló ante la puerta del motel, se alisó los cabellos con ambas manos, meneó la cabeza, dio la vuelta con agilidad y volvió rápidamente sobre sus pasos, en dirección a la larga hilera de limusinas. Levantó el megáfono.

—¡INFORMES CADA QUINCE MINUTOS! —chilló—. ¡LOS HOMBRES DESTACADOS QUE AVISEN SI VEN MOVERSE UN GUSANO! ¡HABLO EN SERIO, YA LO CREO QUE SI!

Gardener se alejaba y todos tenían los ojos fijos en él. Era el momento. Jack se apartó de la roca y, agachado y sujetando los huesudos brazos de Richard, corrió por la playa. Sus pies levantaron conchas de arena húmeda. Los tres

pilares de roca, que le parecían tan cercanos mientras hablaba con Speedy, ahora daban la impresión de estar a un kilómetro de distancia… El espacio abierto entre él y su meta no se acababa nunca. Era como si las rocas retrocedieran mientras corría. Jack esperaba oír el ruido de un disparo. ¿Sentiría primero la bala u oiría el silbido antes de que el proyectil le derribase? Por fin las tres rocas fueron aumentando de tamaño hasta que las alcanzó y entonces se desplomó sobre el pecho y se deslizó tras su sólida protección.

—¡Speedy! —exclamó, casi riendo, a pesar de todo. Sin embargo, ver a Speedy, que estaba sentado junto a una pequeña manta multicolor, apoyado en el pilar mediano de la roca, ahogó la risa en su garganta… y la mitad de su esperanza al mismo tiempo.

2

Porque Speedy tenía peor aspecto que Richard, mucho peor. Su rostro lleno de surcos dedicó a Jack un saludo fatigado y el muchacho pensó que Speedy confirmaba todo su desaliento. Sólo llevaba un par de viejos pantalones cortos de color marrón y toda su piel parecía horriblemente enferma, como si tuviera lepra.

—Siéntate, Viajero Jack —murmuró Speedy con voz ronca y cascada—. Debe oír musha cosa, así que agusa bien el oído.

.—¿Cómo estás? —preguntó Jack—. Quiero decir… Dios mío, Speedy… ¿puedo hacer algo por ti?

Jack acostó suavemente a Richard sobre la arena.

—Agusa el oído, como te disho y no te preocupe de Speedy. No etoy muy cómodo de momento, pero puedo volvé a etarlo si tú hase lo que debe. El papá de tu amiguito me ha causao esta enfermedá… y veo que ha hesho lo mimo con su propio shico. El viejo Bloat no quiere que su hijo entre en ese hotel, no, señó. Pero tú ha de yevarlo ayí, hijo. No hay otro remedio. Debe haserlo.

Speedy parecía desfallecer mientras hablaba a Jack, el cual nunca había sentido tantos deseos de gritar o gemir desde la muerte de Lobo. Le picaban los ojos y sabía que necesitaba llorar.

—Ya lo sé, Speedy —contestó—. Ya me lo imaginaba.

—Ere un buen shico —respondió el viejo, que ladeó la cabeza y miró con atención a Jack—. Ere el elegido, no cabe duda. La carretera te ha marcao. Ere el elegido y va a haserlo.

—¿Cómo está mamá, Speedy? —preguntó Jack—. Dímelo, te lo ruego. Aún vive, ¿verdad?

—Puede yamarla en cuanto tenga tiempo y sabrá que etá bien

—contestó Speedy—, pero ante tiene que conseguir eso, Jack, porque si no lo consigue, eya morirá. Y la Reina Laura también.

—Speedy se incorporó con una mueca de dolor, para enderezar la espalda—. Te diré una cosa: en la corte todo han perdió la esperansa y ya la dan por muerta. —Su cara expresó un profundo desagrado—. Todo temen a Morgan porque saben que Morgan lo despeyejará vivo si no le juran fidelidá, mientras Laura alienta todavía. Pero en la parte remota de los Territorio, Omond y su pandiya van disiendo que ya ha muerto. Y si muere, Viajero Jack, si muere… —levantó la cabeza para ponerla al nivel de la de Jack—… el horró se estenderá por ambo mundo. Un horró negro. Y puede yamá a tu mamá, pero ante debe conseguí eso. Es presiso. Ya no hay otra solución.

Jack no tuvo que preguntarle qué quería decir.

—Me alegro que lo comprenda, hijo. Speedy cerró los ojos y volvió a apoyar la cabeza contra la piedra.

Un segundo después abrió de nuevo los ojos.

—Destino. Sólo se trata de eso. Ma destino, ma vida de la que tú imaginas. ¿Ha oído pronuncia el nombre de Rushton? Supongo que sí, después de tanto tiempo.

Jack asintió.

—Todo eso destino son la rasón de que tu mamá te yevase al hotel Alhambra, Viajero Jack. Yo te esperaba, sabiendo que aparesería. El Talismán te atraía hasia aquí, mushasho. Jason. Supongo que también ha oído este nombre.

—Soy yo —dijo Jack.

—Entonse, consigue el Talismán. He traído esto, que te ayudará un poco. —Con gesto cansado, levantó la manta que, como Jack pudo ver, era de goma y por lo tanto no se trataba de una manta. Jack tomó el montón de goma de la mano al parecer quemada de Speedy.

—Pero, ¿cómo entraré en el hotel? —inquirió—. No puedo saltar la valla y no puedo llegar nadando, con Richard a cuestas.

—Hinsha esto. —Speedy volvió a cerrar los ojos. Jack desdobló el objeto. Era una balsa hinchable en forma de un caballo sin patas.

—¿La reconose? —La voz de Speedy, aunque cascada, poseía una entonación nostálgica—. Tú y yo la arréglame, hase algún tiempo. Te hablé de su nombre.

Jack recordó de improviso haber ido en busca de Speedy, aquel día en que parecía lleno de rayas en blanco y negro, y haberle encontrado en el interior de un edificio redondo, reparando los caballos del tiovivo. *Te tomará libertado con la Dama, pero supongo que no le importará si me ayuda a yevarla a su sitio.* Ahora, también aquello tenía un significado más amplio. Otra pieza del mundo encajaba en su lugar para Jack.

—Dama de Plata —dijo.

Speedy le guiñó un ojo y de nuevo Jack tuvo la inquietante sensación de que todo en su vida había conspirado para conducirle precisamente a este punto.

—¿Cómo está tu amigo? —Era, casi, una desviación.

—Creo que bien. —Jack miró con ansiedad a Richard, que yacía de lado con los ojos cerrados, respirando superficialmente.

—En ese caso, hinsha la. Dama de Plata. Debe yevá contigo a ese mushasho, pase lo que pase. También él forma parte de esto.

La piel de Speedy parecía empeorar a ojos vistas; tenía un enfermizo tono grisáceo. Antes de aplicarse a los labios la boquilla del hinchador, Jack preguntó:

—¿No puedo hacer nada por ti, Speedy?

—Claro. Ve a la farmasia de Point Venuti y cómprame una boteya de ungüento de Lydia Pinkham. —Speedy meneó la cabeza—. Tú sabe cómo ayuda a Speedy Parker, mushasho. Consigue el Talismán. Es toda la ayuda que nesesito.

Jack sopló aire en la boquilla.

3

Muy poco rato después ajustaba el tapón localizado en la popa de la balsa, que tenía la forma de un caballo de goma de un metro v pico de largo y un lomo anormalmente ancho.

—No sé si podré meter a Richard aquí dentro —dijo, no quejándose, sino sólo hablando en voz alta.

—Sabrá obedesé ordene. Viajero Jack. Siéntate detrá de él y ayudale a agarrarse. Es todo lo que necesita.

Y de hecho Richard ya se había refugiado acercándose a las rocas y respiraba levemente y con regularidad por la boca abierta. Jack no podía decir si estaba despierto o dormido.

—Muy bien —dijo—. ¿Hay un desembarcadero o algo así detrás de ese lugar?

—Algo mejor que un desembarcadero, Jacky. Una ves te hayes detrá del rompeola, verá uno pilare; construyeron parte del hotel ensima del agua. En lo pilare verá una escaleriya. Súbela con Richard y yegará a la gran terrasa de atrá. Hay uno grande ventanale… lo ventanale que sirven de puerta, ¿comprende? Abre uno de eso ventanale y estará en el comedor. —Logró sonreír—. Una ves en el comedor, supongo que podrá oler el Talismán. Y no tenga miedo de él, hijito. Te está esperando… se asercará a tu mano como un buen sabueso.

—¿Qué impedirá que esos tipos me persigan hasta allí?

—Tonto, *eyos no* pueden entra en el hotel negro. —El desagrado por la estupidez de Jack se pintó en cada surco del rostro de Speedy.

—Ya lo sé. Quiero decir en el agua. ¿Es que no pueden perseguirme con un bote o algo parecido?

Ahora Speedy esbozó una sonrisa doliente, pero genuina.

—Creo que va a vé por qué. Viajero Jack. El viejo Bloat y sus mushashos deben permanesé lejo del agua, ja, ja. No te preocupe por eso ahora… recuerda sólo lo que te he disho y empiesa ya, ¿entendido?

—Ya me voy —dijo Jack y se asomó entre las rocas para escudriñar la carretera de la playa y el hotel. Había logrado cruzar la carretera y llegar hasta Speedy sin ser visto: seguramente podría arrastrar a Richard los pocos metros que les separaban del agua y subirlo a la balsa. Con un poco de suerte, podría llegar a los pilares sin que le vieran; Gardener y sus hombres con los prismáticos se concentraban en el pueblo y en la ladera de la colina.

Jack sacó un poco la cabeza por el lado de las altas columnas. Las limusinas seguían delante del hotel. Sacó la cabeza unos centímetros más para mirar hacia la calle. Un hombre vestido de negro salía en aquel momento por la puerta del ruinoso motel Kingsland y Jack vio que intentaba no mirar en dirección al hotel negro.

Sonó un silbido, insistente y agudo como un grito de mujer.

—¡Muévete! —susurró Speedy con voz ronca.

Jack levantó la cabeza y vio en la cima de la pendiente, detrás de las casas destrozadas, a un hombre vestido de negro que hacía sonar un silbato y señalaba hacia el pie de la colina, a él. Los cabellos oscuros del hombre ondeaban en torno a sus hombros… Tanto los cabellos como el traje negro y las gafas de sol le daban el aspecto del Ángel de la Muerte.

—¡LE HE ENCONTRADO! ¡LE HE ENCONTRADO! —vociferó Gardener—. ¡MATADLE! ¡MIL DÓLARES AL HERMANO QUE ME TRAIGA SUS COJONES!

Jack retrocedió hacia el amparo de las rocas. Medio segundo después una bala rebotó contra la columna de en medio justo antes de que les llegara el sonido del disparo. *Ahora ya lo sé* —pensó Jack mientras agarraba el brazo de Richard y le estiraba hacia la balsa—. *Primero caes y luego oyes el disparo.*

—Tiene que irte ahora —dijo Speedy sin aliento, farfullando las palabras—. Dentro de treinta segundo, habrá mucho má tiroteo. Quédate detrá del rompeola todo lo que pueda y luego corre. Ve a buscarlo, Jack.

Jack dirigió a Speedy una mirada frenética cuando la segunda bala se hundió en la arena, frente a su pequeño reducto. Entonces tiró de Richard hasta la proa de la balsa y vio con satisfacción que Richard tenía la suficiente presencia de ánimo para aferrarse y no soltar los mechones de goma de las crines. Speedy alzó la mano derecha en un ademán de despedida y bendición. De rodillas, Jack empujó la balsa hasta casi la orilla del agua. Oyó otro estridente silbato y se levantó. Todavía estaba corriendo cuando la balsa tocó el agua y se mojó hasta la cintura cuando se encaramó a ella.

Remó sin pausa hasta el rompeolas y, cuando llegó al final, empezó a remar por el mar abierto, sin protección.

4

Se concentró en el acto de remar, desechando firmemente toda consideración sobre lo que haría si los hombres de Morgan mataban a Speedy. Tenía que alcanzar los pilares y nada más. Una bala cayó en el agua, causando una diminuta erupción de gotas a unos dos metros a su izquierda. Oyó otra rebotando con un *ping* contra el rompeolas y continuó remando con todas sus fuerzas.

Pasó un rato, no sabía si mucho o poco, y al final se dejó caer por el lado de la balsa y nadó hasta la popa para empujar e imprimir más velocidad a la embarcación. Una corriente casi imperceptible le ayudó a acercarse a su destino. Por fin empezaron los pilares, altas columnas de madera, gruesas como palos de teléfono. Jack sacó la barbilla fuera del agua y vio la inmensidad del hotel alzarse sobre la terraza ancha y negra que se extendía sobre su cabeza. Miró hacia atrás y a la derecha, pero Speedy no se había movido. ¿Oh sí? Sus brazos parecían diferentes. Tal vez…

Se produjo un brusco movimiento en la larga ladera, detrás de las casas ruinosas. Jack miró hacia arriba y vio a cuatro de los hombres vestidos de negro correr en dirección a la playa. Una ola balanceó la balsa, casi obligándole a soltarla. Richard gimió. Dos de los hombres señalaron hacia donde él estaba. Sus labios se movieron.

Otra ola hizo oscilar la balsa y amenazó con empujarla junto con Jack Sawyer de nuevo hacia la playa.

Una ola —pensó Jack—; ¿qué ola?

Miró hacia la proa de la balsa cuando cabeceó entre dos olas. El lomo ancho y gris de algo demasiado grande para ser un simple Pez se hundía bajo la superficie. ¿Un tiburón? Jack pensó con inquietud en sus dos piernas tijereteando detrás de él en el agua.

Sumergió la cabeza, temiendo ver cerca de él un largo estómago en forma de cigarro y unos dientes.

No vio esta forma, exactamente, pero sí algo que le asombró.

El agua, que ahora parecía ser muy profunda, estaba tan llena orno un acuario, aunque no contenía peces de tamaño o descripción normal. En este acuario sólo nadaban monstruos. Bajo las piernas de Jack se movía un zoológico

de animales enormes, de una fealdad espeluznante. Debían haber nadado debajo de él y de la balsa desde que el agua había adquirido la profundidad suficiente para darles cabida; su número era asombroso. El monstruo que había asustado a los Lobos renegados se deslizaba a tres metros más abajo, largo como un tren de carga. Mientras Jack lo observaba, nadó hacia arriba; la película que le cubría los ojos lanzaba destellos. Largas patillas salían de su boca; una boca grande como una puerta de ascensor, pensó Jack. El monstruo pasó por su lado, empujando a Jack hacia el hotel por el peso del agua que desplazaba y sacando el chorreante hocico por encima de la superficie. Su perfil peludo recordaba al del Hombre de Neandertal.

El viejo Bloat y sus mushashos deben permanesé tejo del agua, le había dicho Speedy, riendo.

Fuera cual fuese la fuerza que había encerrado al Talismán en el hotel negro, había puesto también a estas criaturas en las aguas de Point Venuti para asegurarse de que las personas inoportunas no pudieran acercarse al hotel; y Speedy lo sabía. Los grandes cuerpos acuáticos empujaban con delicadeza la balsa en dirección a los pilares, pero las olas que provocaban sólo permitían a Jack una visión muy fragmentaria de lo que ocurría en la costa. A caballo sobre la cresta de una ola, pudo ver a Sol Gardener, con la melena ondeando tras él, situado junto a la valla negra y apuntándole a la cabeza con un largo y pesado rifle de caza. La balsa se hundió entre dos olas y el proyectil pasó muy alto con el ruido de un colibrí; después se oyó el disparo. Cuando Gardener disparó por segunda vez, algo parecido a un pez, de tres metros de longitud, provisto de una gran aleta dorsal, emergió del agua y detuvo la bala. Con el mismo movimiento, su cuerpo descendió y desapareció bajo el agua. Jack pudo ver un gran agujero en su costado. La próxima vez que Jack fue levantado por una ola, Gardener corría por la playa en dirección al motel Kingsland. El pez gigante continuó empujándole en diagonal hacia los pilares.

5

Una escalerilla, había dicho Speedy, y en cuanto Jack estuvo bajo la amplia

terraza, atisbo en la oscuridad para localizarla. Los gruesos pilares, recubiertos de algas, percebes y moluscos, formaban cuatro hileras. Si la escalerilla había sido instalada en la época de su construcción, era probable que ahora no pudiera usarse; o por lo menos, una escalerilla de madera, tapizada de algas, costaría de encontrar. Los pilares eran ahora mucho más gruesos de lo que habían sido originalmente. Jack puso los antebrazos sobre la popa de la balsa y empleó la cola de goma para izarse de nuevo a bordo. Temblando, se desabrochó la camisa empapada —la misma camisa blanca, al menos una talla demasiado pequeña, que Richard le diera al otro lado de las Tierras Arrasadas— y la dejó caer al fondo encharcado de la balsa. Los zapatos se le habían perdido en el agua y ahora se quitó los calcetines y los tiró encima ¿e la camisa. Richard estaba sentado en la proa, doblado sobre las rodillas, con los ojos y la boca cerrados.

—Hemos de buscar una escalerilla —le dijo Jack. Richard le contestó con un movimiento de cabeza apenas perceptible.

—¿Crees que podrías subir por una escalerilla, Richie?

—Quizá sí —murmuró Richard.

—Bueno, pues tiene que estar por aquí. Adosada a una de estos pilares.

Jack remó con ambas manos hacia los dos pilares de la primera fila. La llamada del Talismán era continua ahora y se antojaba casi lo bastante fuerte para sacarle de la balsa y depositarlo en la terraza. Se deslizaban entre la primera y segunda fila de pilares, bajo la maciza raya oscura de la terraza; aquí, igual que fuera, pequeños destellos se encendían en el aire, se retorcían y apagaban. Jack contó: cuatro hileras de pilares y cinco pilares en cada una. Veinte posibles lugares para la escalerilla. Con la penumbra causada por la terraza y los interminables corredores sugeridos por los pilares, estar aquí era como hacer un recorrido de las catacumbas.

—No nos han matado —murmuró Richard, en el mismo tono de voz con que hubiera dicho: «En la tienda se han quedado sin pan.»

—Hemos recibido una pequeña ayuda. —Miró a Richard, inclinado sobre las rodillas. Seria incapaz de subir por una escalerilla, a menos que algo le hiciera reaccionar.

—Nos acercamos a un pilar —observó Jack—. Levántate y apóyate en el para desviar la balsa.

—¿Qué?

—Procura que no choquemos contra el pilar —repitió Jack—. Animo, Richard. Necesito tu ayuda.

—Dio resultado. Richard abrió el ojo izquierdo y puso la mano derecha en el borde de la balsa. Cuando se hubieron acercado más al pilar, sacó la mano izquierda para tocarlo y evitar el choque. Entonces algo adosado al pilar produjo un ruido de succión, como si se despegaran dos labios.

Richard gruñó y apartó la mano.

—¿Qué ha sido? —preguntó Jack y Richard no tuvo que responder… ahora los dos muchachos vieron las babosas adheridas a los pilares, que también tenían las bocas y los ojos cerrados y que ahora, en su agitación, empezaron a cambiar de posición en los pilares, haciendo rechinar los dientes. Jack metió las manos en el agua y dirigió la balsa en torno al pilar.

—Oh, Dios mío —exclamó Richard. Aquellas minúsculas bocas sin labios tenían una gran cantidad de dientes—. Dios mío, no Puedo…

—Tendrás que hacerlo, Richard —replicó Jack—. ¿No has oído a Speedy en la playa? Es posible que haya muerto, Richard, y de ser así, ha muerto para asegurarse de que yo entraría en el hotel contigo.

Richard había vuelto a cerrar los ojos… —Y no me importa cuántas babosas tendremos que matar para subir por la escalerilla y tú subirás conmigo, Richard. Esto es todo. Ya lo sabes.

—Maldito seas —dijo Richard—. No tienes que hablarme de este modo. Estoy harto de tu sabiduría e insolencia. Ya sé que he de subir por la escalerilla o lo que sea. Quizá tengo treinta y nueve grados de fiebre, pero sé que subiré por la escalerilla. Lo único que no sé es si podré soportarlo, así que vete al infierno. —Richard pronunció todo el discurso con los ojos cerrados y ahora hizo un esfuerzo para abrirlos de nuevo—. Estás loco.

—Te necesito.

—Tonterías. Treparé por esa escalerilla, estúpido.

—En ese caso, será mejor que la encuentre —dijo Jack, empujando la balsa hacia la segunda hilera de pilares, y entonces la vio.

La escalerilla pendía entre las dos hileras interiores de pilares y terminaba a un metro aproximadamente de la superficie del agua. Un confuso rectángulo al final de la escalerilla indicaba la existencia de una trampa que se abría a la terraza. En la oscuridad era el fantasma de una escalerilla, sólo visible a medias.

—Aquí la tenemos, Richie —anunció Jack. Guió con cuidado la balsa por delante del próximo pilar, procurando no rozarlo. Los centenares de babosas adheridas al pilar enseñaron los dientes. En cuestión de segundos la cabeza del caballo, que era la proa de la balsa, se deslizó bajo la escalerilla y Jack pudo alcanzar el primer peldaño con la mano—. Ya está —dijo. Primero ató una manga de su empapada camisa en torno al peldaño y la otra a la cola de goma de la balsa. Por lo menos ésta permanecería a su disposición… si lograban salir del hotel. A Jack se le secó la boca de repente. El Talismán cantó, llamándole. Se puso en pie con cuidado y se agarró a la escalerilla—. Tú primero —dijo—. No será fácil, pero te ayudaré.

—No necesito tu ayuda —replicó Richard quien, al levantarse, estuvo a punto de caer hacia delante y acabar en el agua junto con su amigo.

—Cuidado.

—No me digas cuidado. —Richard extendió ambos brazos y recobró el equilibrio. Tenía los labios muy apretados y parecía respirar con miedo. Dio un paso hacia delante.

—Muy bien.

—Estúpido. —Movió el pie izquierdo, levantó el brazo derecho y adelantó el otro pie. Ahora pudo encontrar el primer peldaño con las manos, guiñando nerviosamente el ojo derecho—. ¿Lo ves?

—Muy bien —aprobó Jack, alargando hacia él las palmas de las manos, con los dedos abiertos, como para indicar que no insultaría a Richard ofreciéndole ayuda física.

Richard se colgó del peldaño con ambas manos y los pies se le fueron irresistiblemente hacia delante, empujando la balsa con ellos. En un segundo quedó medio suspendido sobre el agua; sólo la camisa de Jack evitó que la balsa se escapara.

—¡Ayúdame!

—Echa los pies hacia atrás.

Richard obedeció y volvió a pisar la balsa, respirando con

fuerza.

—Dame la mano, ¿quieres?

—Está bien.

Jack se arrastró por la balsa hasta que estuvo debajo de Richard. Se puso en pie con mucha cautela y Richard se agarró al último peldaño con ambas manos, temblando. Jack le sujetó por las huesudas caderas.

—Voy a darte impulso. Intenta no patear en el aire, sólo date impulso hacia arriba hasta que puedas poner la rodilla en el peldaño. Antes, agárrate bien al siguiente. —Richard abrió un ojo y obedeció.

—¿Listo?

—Adelante.

La balsa se deslizó, pero Jack ayudó a Richard a izarse tan alto, que consiguió con facilidad poner la rodilla derecha en el primer peldaño. Entonces Jack se aferró a los lados de la escalerilla y usó la fuerza de brazos y piernas para estabilizar la balsa. Richard gruñía mientras intentaba colocar la otra rodilla en el peldaño, lo cual no tardó en conseguir. Dos segundos más y estuvo derecho en la escalerilla.

—No puedo subir más —dijo—. Creo que voy a caerme. Estoy muy mareado, Jack.

—Sube sólo uno más, por favor. Hazlo, te lo ruego. Entonces podré ayudarte.

Richard alcanzó despacio el peldaño siguiente con las manos. Mirando hacia la terraza, Jack vio que la escalerilla debía tener unos seis metros.

—Ahora mueve los pies. Te lo ruego, Richard.

Richard puso lentamente un pie y luego el otro en el segundo peldaño.

Jack colocó las manos a los lados de los pies de Richard y se dio impulso hacia arriba. La balsa describió un semicírculo, pero él subió las rodillas y en seguida aseguró los pies en el primer peldaño. Amarrada por la camisa de Jack, la balsa dio vueltas como un perro sujeto a una correa.

Cuando hubo subido un tercio de escalerilla, Jack tuvo que rodear con un brazo la cintura de Richard para evitar que cayera a las aguas negras.

Por fin el rectángulo de la trampa flotó entre la madera negra, directamente sobre la cabeza de Jack. Abrazó contra su pecho a Richard —cuya cabeza desmayada quedó entre sus brazos—, sujetándole al mismo tiempo que a la escalerilla con la mano izquierda, mientras intentaba abrir la trampa con la

derecha. ¿Y si estaba clavada por fuera? Pero no, se abrió inmediatamente y cayó con ruido contra el Suelo de la terraza. Jack pasó con firmeza el brazo bajo las axilas de Richard y le sacó de la oscuridad a través del agujero de la trampa.

Interludio

SLOAT EN ESTE MUNDO (V)

Hacía casi seis años que el motel Kingsland estaba vacío y despedía aquel olor mohoso, de periódico amarillento, común a los edificios deshabitados durante mucho tiempo. Este olor molestó a Sloat al principio. Su abuela materna había muerto en su casa cuando Sloat era un muchacho —tardó cuatro años en morir, pero al fin se decidió— y el olor de su muerte había sido muy semejante a éste. Le desagradaba aquel olor —y aquellos recuerdos— en un momento que debía ser el de su mayor triunfo.

Ahora, sin embargo, no importaba. Ni siquiera importaban las desastrosas pérdidas que había causado la llegada prematura de Jack a Camp Readiness. Sus anteriores sentimientos de furia y desilusión se habían convertido en un frenesí de excitación nerviosa. Con la cabeza baja, los labios fruncidos y los ojos brillantes, se paseaba arriba y abajo de la habitación donde él y Richard se habían alojado en tiempos pasados. A veces cruzaba las manos a la espalda, otras se golpeaba la palma con el puño, otras se acariciaba la calva, pero casi todo el tiempo se paseaba como lo hacia en el colegio, con las manos cerradas en un puño apretado, anal, por así decirlo, con las uñas rabiosamente clavadas en las palmas. En el estómago sentía ya acidez, ya un ligero mareo.

Las cosas tocaban a su fin.

No, no. La idea era buena, pero la frase estaba equivocada.

Las cosas *encajaban* en su sitio.

Richard ya debe haber muerto. Mi hijo ha muerto. Es seguro. Ha sobrevivido —de milagro— a las Tierras Arrasadas, pero jamás saldrá vivo del Agincourt. Está muerto. No te hagas ilusiones sobre esta cuestión. Jack Sawyer le ha matado y le arrancaré losojos por ello.

—Pero yo también le he matado —murmuró Morgan, deteniéndose un momento.

Y de repente pensó en su padre.

Gordon Sloat había sido un austero pastor luterano en Ohio y Morgan había pasado toda su adolescencia intentado huir de aquel hombre duro y temible. Finalmente se escapó a Yale y se entregó a Yaie en cuerpo y alma durante su segundo año de estudios superiores por una razón más importante que todas las demás, secreta para su mente consciente, pero sólida y profunda: era un lugar adonde su padre, rudo y campesino, jamás se atrevería a ir. Si un día osaba poner los pies en el campus de Yaie, le sucedería *algo.* El estudiante Sloat ignoraba en qué podía consistir ese *algo…* pero presentía que sería semejante a lo que había ocurrido a la Bruja Malvada cuando Dorothy le echó el cubo de agua por encima. Y esta seguridad resultó cierta: su padre no puso jamás los pies en el campus de Yaie. Desde el primer día que Morgan pasó allí, el poder de Gordon Sloat sobre su hijo empezó a debilitarse… y sólo esto hacía que todos sus esfuerzos hubiesen merecido la pena.

Sin embargo, ahora, mientras apretaba los puños y se clavaba las uñas en las delicadas palmas, su padre habló: *¿De qué sirve a un hombre ganar todo un mundo, si pierde a su propio hijo?*

Durante un momento, el olor a moho —el olor de motel vacío, el olor de la abuela, el olor de la muerte— le llenó la nariz, amenazando con ahogarle, y Morgan Sloat / Morgan de Orris tuvo miedo.

¿De que sirve a un hombre…?

Porque el «Libro del buen agricultor» dice que el hombre no llevará a su progenie a ningún lugar de sacrificio…

¿De qué sirve…

Este hombre será maldito, maldito, maldito…

…a un hombre ganar todo el mundo, si pierde a su hijo?

A yeso apestoso. El olor seco de excrementos de ratón pulverizándose en los huecos oscuros de detrás de las paredes. Locos. Había locos por las calles.

¿De qué sirve a un hombre?

Muerto. Un hijo muerto en aquel mundo, un hijo muerto en éste.

¿De qué sirve a un hombre?

Tu hijo está muerto, Morgan. Tiene que estarlo. Muerto en el agua o muerto bajo los pilares y flotando entre ellos, o muerto —¡seguro!— en tierra. No ha podido resistirlo. No ha podido…

¿De qué sirve…?

Y de pronto se le ocurrió la respuesta.

¡Le sirve el mundo! —gritó Morgan en la desolada habitación y empezó a reír y pasear de nuevo—. ¡Le sirve el *mundo* y, por Jason, el mundo es suficiente!

Riendo, se puso a andar cada vez más de prisa, y al poco rato sus puños cerrados empezaron a gotear sangre.

Unos diez minutos después, un coche frenó ante la entrada. Morgan se acercó a la ventana y vio a Sol Gardener apearse como un loco del Cadillac.

A los pocos segundos llamó a la puerta con los dos puños, como un niño de tres años golpeando el suelo en una rabieta. Morgan vio que el hombre se había vuelto completamente loco y se preguntó si esto sena bueno o malo.

—¡Morgan! —vociferó Gardener—. ¡Ábreme, mi señor! ¡Noticias! ¡Tengo noticias!

Creo que he visto todas tus noticias con los prismáticos. Llama a esa puerta un rato más, Gardener, mientras decido sobre este asunto. ¿Es bueno o malo que te hayas vuelto loco?

Bueno, decidió Morgan. En Indiana, Gardener se había vuelto cobarde en el momento crucial y huido sin acabar con Jack de una vez por todas. Ahora, sin embargo, su gran dolor le había hecho recuperar la confianza. Si Morgan necesitaba un piloto kamikaze, Sol Gardener sería el primero en correr hacia los aviones.

—¡Ábreme, mi señor! ¡Noticias! ¡Noticias! ¡N…! Morgan abrió la puerta. Aunque estaba muy excitado también él, Presentó a Gardener un rostro de una serenidad casi sobrecogedora.

—Tranquilo —dijo—, tranquilo, Gard. Te reventarás una arteria.

—Han ido al hotel… por la playa… les he disparado mientras cruzaban la playa… esos cretinos no han dado en el blanco… Después he pensado que en el

agua… que los acertaríamos en el agua… pero entonces han emergido esos monstruos de las profundidades… Le tenía en mi punto de mira… tenía a ese chico malo, malo en MI PUNTO DE MIRA… y entonces… los monstruos… han… han…

—Cálmate —le tranquilizó Morgan. Cerró la puerta y extrajo una petaca de su bolsillo interior, que alargó a Gardener. Éste desenroscó el tapón y bebió dos grandes sorbos. Morgan esperó. Su semblante era benigno, sereno, pero una vena latía en medio de su frente y sus manos se abrían y cerraban, se abrían y cerraban.

Habían ido al hotel, sí. Morgan había visto la ridicula balsa con su proa en forma de caballo y su cola de goma moviéndose sobre el agua.

—¿Y mi hijo? —preguntó a Gardener—. ¿Han dicho tus hombres si estaba vivo o muerto cuando Jack le subió a la balsa? Gardener meneó la cabeza… pero sus ojos dijeron lo que él creía.

—Nadie lo sabe con certeza, mi señor. Algunos dicen que le han visto moverse. Otros dicen que no.

No importa. Si no estaba muerto entonces, lo estará ahora. Una inspiración en aquel lugar y sus pulmones reventarán.

Las mejillas de Gardener eran del color del whisky y tenía los ojos llorosos. No devolvió la petaca, sino que permaneció con ella en la mano. Esto le parecía muy bien a Sloat. Él no quería whisky ni cocaína. Tenía lo que aquellos idiotas de los años sesenta llamaban una intoxicación natural.

—Empieza otra vez —dijo Morgan— y procura ser coherente. Lo único que Morgan no había deducido del entrecortado discurso de Gardener era la presencia del viejo negro en la playa, pero casi lo había adivinado. No obstante, dejó hablar a Gardener, porque su voz le tranquilizaba y su furia le fortalecía.

Mientras Gardener hablaba, Morgan sopesó sus alternativas por última vez, desechando a su hijo de la ecuación con una breve punzada de pesar.

¿De qué sirve a un hombre? Le sirve el mundo y el mundo es suficiente… o, en este caso, mundos. Dos para empezar, y más cuando se acaben, si se acaban. Puedo gobernarlos todos si me apetece… puedo ser algo parecido al Dios del Universo.El Talismán. El Talismán es…¿La llave?

No, oh, no.

No una llave, sino una puerta; una puerta cerrada que le separaba de su

destino. No quería abrir aquella puerta, sino destruirla, destruirla total y completamente, para toda la eternidad. de modo que jamás pudiera volver a cerrarse y, menos aún, con llave.

Cuando el Talismán estuviera destrozado, todos aquellos mundos serían *suyos.*

—¡Gard! —exclamó, volviendo a pasear nerviosamente. Gardener dirigió a Morgan una mirada inquisitiva.

—¿De qué sirve a un hombre? —canturreó Morgan con voz aguda.

—¿Mi señor? No compren…

Morgan se detuvo delante de Gardener, con los ojos brillantes y febriles. Su rostro se arrugó, convirtiéndose en el de Morgan de Orris, pero en seguida volvió a ser el de Morgan Sloat.

—Le sirve el *mundo* —dijo, poniendo las manos sobre los hombros de Osmond. Cuando las apartó un segundo después, Osmond volvía a ser Gardener —. Le sirve el *mundo* y el mundo es suficiente.

—Mi señor, no lo comprendes —contestó Gardener, mirando a Morgan como si estuviera loco—. Creo que han *entrado.* Entrado donde está ESO. Intentamos matarlos, pero esos monstruos… emergieron para protegerles, tal como dice *El libro del buen agricultor…* y si están *dentro…* —La voz de Gardener subía de tono. Los ojos de Osmond miraban con odio y consternación.

—Lo comprendo —dijo Morgan para calmarle. Su voz y su rostro volvían a ser tranquilos, pero sus puños no paraban de abrirse y cerrarse y la sangre goteaba sobre la mohosa alfombra—. Sí, hombre, sí, claro que sí, cálmate, cálmate. Han entrado y mi hijo no saldrá jamás. Tú perdiste al tuyo, Gard, y ahora yo he perdido al mío.

—*¡Sawyer!* —ladró Gardener—. ¡Jack Sawyer! *¡Jason!* Ese… Gardener empezó a proferir unas horribles maldiciones que se prolongaron durante casi cinco minutos. Maldijo a Jack en dos lenguas; su voz se disparaba y jadeaba de pesar y de odio. Morgan permaneció inmóvil, dejando que se desahogara.

Cuando Gardener se interrumpió, sin aliento, y tomó otro sorbo de la petaca, Morgan exclamó:

—¡Muy bien! ¡Liquidados los dos! Ahora, escucha, Gard… ¿Me escuchas?

—Sí, mi señor.

Los ojos de Gardener / Osmond brillaron con amarga atención.

—Mi hijo no saldrá nunca del hotel negro y no creo que Sawyer pueda salir. Existe una buena posibilidad de que no sea todavía lo bastante *Jason* para conseguir lo que hay ahí dentro. Es probable que ESO lo mate, o le haga enloquecer, o le envíe a cien mundos de distancia. Pero *puede* salir, Gard. Sí, es *posible* que salga.

—Es el bastardo más malo, más malo que ha alentado jamás —murmuró Gardener, apretando la petaca… apretándola… apretándola… hasta que sus dedos empezaron a abollar el acero.

—¿Dices que el viejo negro está abajo en la playa?

—Sí.

—Parker —dijo Morgan, y en el mismo momento Osmond dijo:

—Parkus.

—¿Muerto? —preguntó Morgan sin mucho interés.

—No lo sé. Creo que sí. ¿Envío a unos hombres a recogerlo?

—¡No! —exclamó con brusquedad Morgan—. No… pero nosotros nos acercaremos al lugar donde yace, ¿verdad, Gard?

—¿Ah, sí?

Morgan empezó a sonreír.

—Sí. Tú… yo… todos nosotros. Porque si Jack sale del hotel, irá allí directamente. No dejará a su viejo compañero de juergas en la playa, ¿verdad?

Ahora Gardener también esbozó una sonrisa.

—No —dijo—, no.

Morgan sintió por primera vez un dolor sordo y palpitante en las manos. Las abrió y miró con expresión pensativa la sangre que fluía de las profundas heridas semicirculares de sus palmas. Su sonrisa no se desvaneció, sino que, por el contrario, se tornó más amplia.

Gardener le miraba con fijeza y solemnidad. Una gran sensación de poder invadió a Morgan. Se llevó al cuello una mano ensangrentada y la cerró en torno a la llave que generaba rayos.

—Al hombre le sirve el *mundo* —susurró—. Entonemos el aleluya.

Sus labios se abrieron todavía más. Era la sonrisa cobarde y maligna de un lobo pervertido… un lobo viejo que aún es astuto, tenaz y poderoso.

—Andando, Gard —dijo—. Vamonos a la playa.

Capítulo 41

EL HOTEL NEGRO

1

Richard Sloat no había muerto, pero cuando Jack cogió en brazos a su viejo amigo, estaba inconsciente.

¿Quién es el rebaño ahora?, preguntó Lobo en la mente de Jack. *¡Ten cuidado, Jacky! Ten…*

¡VEN HACIA MI! ¡VEN AHORA! —cantó el Talismán con su voz potente e inaudible— VEN HACIA MI, TRAE AL REBAÑO Y TODO IRA BIEN Y TODO IRA BIEN Y…

—…y todas las cosas irán bien —coreó Jack.

Movió los pies y estuvo a punto de caer por el agujero de la trampa, como un niño que participara en una extraña ejecución doble en la horca. *Balancéate con un amigo,* pensó absurdamente. El corazón le palpitaba en los oídos y por un momento temió vomitar directamente en el agua gris que embestía los pilares. Entonces se sobrepuso y cerró la trampa con el pie. Ahora sólo se oían las veletas… cabalísticos diseños de latón que giraban sin descanso en el cielo.

Jack se volvió hacia el Agincourt.

Se encontraba en una ancha cubierta, parecida a una galería elevada. En un tiempo, durante las elegantes décadas de los años veinte y treinta, la gente se

sentaba aquí a la hora del aperitivo, bajo las sombrillas, bebiendo cócteles, leyendo quizá la última novela de Edgar Wallace o Ellery Queen o mirando hacia la isla de Las Cavernas, que parecía el lomo azulgris de una ballena soñando en el horizonte. Los hombres de blanco y las mujeres en tonos pastel.

En un tiempo, tal vez.

Ahora los tablones estaban combados, astillados y torcidos. Jack ignoraba el color con que había sido pintada la terraza, pero ahora era negra como el resto del hotel; el color de este lugar era el que se imaginaba que debían presentar los tumores malignos de los pulmones de su madre.

A seis metros de distancia estaban los «ventanales puertas» de Speedy por los cuales los huéspedes debieron entrar y salir en los viejos tiempos. Ahora aparecían cruzados por anchas franjas blancas de jabón, que les daban aspecto de ojos ciegos.

En uno habían escrito:

TU ULTIMA OPORTUNIDAD DE IRTE A CASA.

El sonido del oleaje. El sonido de la quincallería giratoria en los tejados inclinados. El olor de la sal marina y de bebidas derramadas… derramadas hacía tiempo por gentes elegantes que ahora estaban arrugadas o muertas. El hedor del hotel en sí. Miró otra vez el ventanal enjabonado y vio sin gran sorpresa que el mensaje ya era otro:

ESTÁ MUERTA, JACK, ¿POR QUÉ PREOCUPARTE?

(¿quién es el rebaño ahora?)

—Tú, Richie —dijo Jack—, pero no eres el único. Richard emitió un ronquido de protesta en sus brazos.

—Adelante —añadió Jack, empezando a andar—. Un kilómetro y medio más. Lo tomas o lo dejas.

2

Los ventanales enjabonados parecían *ensancharse* a medida que Jack se acercaba al Agincourt, como si el hotel negro le estuviese mirando con sorpresa

ciega pero desdeñosa.

¿Crees realmente, muchachito, que puedes entrar aquí con la esperanza de volver a salir alguna vez? *¿Crees de verdad que hay en ti la parte suficiente de Jason?*

Chispas rojas como las que había visto en el aire centellearon y se retorcieron en el cristal enjabonado. Durante un momento, adoptaron formas. Jack, estupefacto, las vio convertirse en minúsculos duendecillos de fuego, que resbalaron hasta las manecillas de latón y convergieron allí. Las manecillas despidieron un resplandor mate, como el hierro de un herrero en la fragua.

Adelante, muchachito. Toca una. Inténtalo.

Una vez, cuando tenía seis años, Jack había puesto el dedo sobre la espiral fría de un hornillo eléctrico y enchufado éste. Sentía curiosidad por saber cuánto tardaría en calentarse. Al cabo de un segundo retiró el dedo con un grito de dolor; ya se le formaba una ampolla. Phil Sawyer acudió corriendo, echó una mirada y preguntó a Jack desde cuándo sentía el extraño impulso de quemarse vivo.

Jack, con Richard en sus brazos, se quedó mirando las manecillas ardientes.

Adelante, muchachito. ¿Recuerdas cómo te quemó el hornillo? Creías que tendrías mucho tiempo para retirar el dedo… «Qué demonios —pensaste—, esto no se pone rojo hasta dentro de casi un minuto», pero quemó en seguida, ¿verdad? Pues bien, ¿cómo crees que vas a resistir esto, Jack?

Más chispas rojas resbalaron por el cristal, como si fueran liquidas, hasta las manecillas de las puertas vidrieras, que empezaron a tomar el aspecto del metal enrojecido y ribeteado de blanco al que sólo faltan seis grados para fundirse y empezar a gotear. Si tocaba una de aquellas manecillas, se quedaría grabada en su carne, chamuscando los tejidos y haciendo hervir la sangre. El dolor sería más terrible que todos los que había sentido en su vida.

Esperó un momento, con Richard en los brazos, esperando que el Talismán volviera a llamarle o que saliera a la superficie su «lado Jason». Sin embargo, fue la voz de su madre la que jadeó en su cabeza.

¿Es que siempre tiene que empujarte algo o alguien, Jack-O? Vamos, valiente; tú has iniciado esto sin ayuda y puedes continuarlo, si te empeñas. ¿Acaso ese otro tipo tiene que hacerlotodo por ti?

—Está bien, mamá —dijo Jack, sonriendo un poco, aunque su voz temblaba

de terror—. Tienes toda la razón. Sólo espero que alguien se acordara de poner en la mochila crema contra las quemaduras.

Alargó la mano y agarró una de las manecillas al rojo vivo. Pero no estaba al rojo vivo; todo había sido una ilusión. La manecilla sólo estaba un poco caliente. Cuando Jack la hizo girar, el resplandor rojo de todas las manecillas se extinguió. Y cuando empujó la puerta de cristal hacia dentro, el Talismán cantó de nuevo, poniéndole la piel de gallina;

¡BIEN HECHO! ¡JASON! ¡VEN AQUÍ! ¡VEN A BUSCARME!

Con Richard en sus brazos, Jack entró en el comedor del hotel negro.

3

Cuando cruzó el umbral, sintió que una fuerza inanimada —algo parecido a una mano muerta— intentaba empujarle hacia fuera. Jack se resistió y uno o dos segundos después cesó la sensación de ser repelido.

La habitación no era muy oscura, pero las ventanas enjabonadas le daban una blancura uniforme que desagradó a Jack. Se sentía inmerso en una niebla densa, como ciego. Flotaban amarillentos olores de putrefacción entre las paredes, cuyo yeso se convertía lentamente en un caldo nauseabundo: los olores de una vejez hueca y una oscuridad acre. Pero aquí había algo más y Jack lo conocía y temía.

Porque este lugar no estaba vacío.

Ignoraba qué clase de cosas podían ocultarse aquí, pero sabía que Sloat nunca se había atrevido a entrar y adivinaba que nadie se atrevería a hacerlo. El aire que respiraba era denso y desagradable, como impregnado de un veneno lento. Tuvo la sensación de que los desconocidos niveles, pasillos laberínticos, habitaciones secretas y pasajes sin salida le oprimían como las paredes de una cripta grande y compleja. Aquí reinaba la locura, campeaba la muerte y disparataba la irracionalidad. Tal vez Jack no hubiera tenido palabras para expresar estas cosas, pero las sentía… y las conocía por lo que eran. Y sabía igualmente que todos los Talismanes del cosmos no podían protegerle de ellas. Había entrado en un extraño ritual danzante cuya conclusión —lo presentía— no estaba en absoluto predeterminada.

Sólo podía contar con sus propias fuerzas.

Algo le hizo cosquillas en el cogote. Se lo tocó y dio un salto hacia un lado. Richard gimió en voz alta en sus brazos.

Era una araña grande y negra que colgaba de un hilo. Jack miró hacia arriba y vio la telaraña en uno de los ventiladores parados del techo, enredada y sucia entre las aspas de madera dura. El cuerpo de la araña estaba hinchado. Jack podía verle los ojos; no recordaba haber visto jamás los ojos de una araña. Empezó a alejarse de ella, avanzando hacia las mesas, y la araña giró en el extremo del hilo, siguiéndole.

—¡Maldito *ladrón*\ —le chilló de repente.

Jack gritó y apretó a Richard contra su pecho con una fuerza llena de pánico. Su grito resonó en el alto techo del comedor. En algún rincón de las sombras sonó un ruido hueco y metálico y algo rió.

—¡Maldito *ladrón, maldito LADRON!* —repitió la araña y se escabulló de improviso hacia su tela, bajo el techo de chapa ondulada.

Con el corazón palpitante, Jack cruzó el comedor y dejó a Richard sobre una de las mesas. El muchacho volvió a gemir, muy débilmente. Jack podía notar las protuberancias bajo la ropa de Richard.

—Tengo que dejarte un momento, compañero —le dijo.

Desde las sombras del techo: *«…cuidaré… muy bien… muy bien de él, maldito… maldito ladrón…»* Se oyó una risita burlona, como un zumbido.

Bajo la mesa donde Jack habla tendido a Richard había un montón de manteles. Los dos de encima estaban enmohecidos, pero Jack encontró uno en la mitad del montón que podía serle útil. Lo desdobló y tapó con él a Richard hasta el cuello. Cuando ya se disponía a salir, la voz de la araña murmuró desde el borde de las aspas del ventilador, entre una penumbra que apestaba a moscas putrefactas y avispas atrapadas en la seda: «Cuidaré de él… maldito ladrón…»

Jack miró hacia hacia arriba con un escalofrío, pero no pudo ver a la araña. Se imaginó aquellos ojos pequeños y glaciales, pero todo era imaginación. Se le ocurrió una imagen horrísona que le atormentó: la araña paseándose por la cara de Richard, abriéndose paso entre sus labios y metiéndose en su boca mientras murmuraba sin pausa: *maldito ladrón, maldito ladrón, maldito ladrón…*

Pensó en tapar también la boca de Richard con el mantel, pero decidió que no podía convertir a Richard en algo tan parecido a un cadáver… Era casi como

una invitación.

Volvió junto a Richard y permaneció a su lado, indeciso, sabiendo que su indecisión debía hacer muy felices a las fuerzas que acechaban aquí… cualquier cosa que le mantuviera apartado del Talismán.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó la gran canica verde oscuro, el espejo mágico en el otro mundo. Jack no tenía ningún motivo para creer que contenía algún poder especial contra las fuerzas malignas, pero procedía de los Territorios… y, exceptuando las Tierras Arrasadas, los Territorios poseían una bondad innata y Jack pensó que ésta debía tener su propio poder sobre el mal.

Puso la canica en la mano de Richard. Éste la cerró, pero la abrió de nuevo en cuanto Jack retiró su propia mano.

Desde arriba, la araña prorrumpió en una risa repugnante.

Jack se inclinó sobre Richard, intentando no hacer caso del hedor de la enfermedad —tan parecido al hedor de este hotel—, y murmuró:

—No la sueltes, Richie. Cierra bien la mano, compinche.

—No… compinche —susurró Richard, cerrando, sin embargo, la mano en torno a la canica.

—Gracias, Richie, muchacho —dijo Jack. Besó con suavidad la mejilla de Richard y cruzó el comedor en dirección a las puertas dobles cerradas del otro extremo. *Es como el Alhambra* —pensó—. *Allí el comedor da a los jardines, y aquí a una terraza sobre el agua. Pero en ambos lugares hay puertas dobles que dan al resto del hotel.*

Mientras cruzaba la habitación, volvió a sentir la mano muerta empujándole… era el hotel que le repelía, que intentaba echarle fuera.

Olvídalo, pensó Jack, y siguió andando. La fuerza pareció ceder casi inmediatamente. *Tenemos otros métodos,* murmuraron las puertas dobles mientras se acercaba. Jack oyó de nuevo el sonido hueco del metal. *Estás preocupado por Sloat* —susurraron las puertas dobles, sólo que esta vez no eran sólo *ellas*; ahora la voz que oía Jack era la voz de todo el hotel—. *Estás preocupado por Sloat y por Lobos malos, por cosas que parecen cabras y entrenadores de baloncesto que no son tales en realidad; estás preocupado por pistolas y explosivos y llaves mágicas. Nosotros, los que estamos aquí dentro, no nos preocupamos por estas cosas, pequeño. No son nada para nosotros. Morgan Sloat no es más que una hormiga que huye. Sólo le quedan veinte años de vida y*

esto es menos que el espacio entre dos alientos para nosotros. Los que estamos en el hotel Negro sólo nos preocupamos por el Talismán, el nexo de todos los mundos posibles. Has entrado como un ladrón a robarnos lo que es nuestro y te decimos una vez. más: tenemos otros métodos para tratar con malditos ladrones como tú. Y si te obstinas, sabrás en qué consisten… lo sabrás por ti mismo.

4

Jack empujó y abrió primero una de las puertas vidrieras y luego la otra. Las ruedecillas chirriaron de modo desagradable al correr por las guías inutilizadas durante años. Las puertas daban a un pasillo oscuro. *Desembocará en el vestíbulo* —pensó Jack— *y entonces, si este lugar es igual que el Alhambra, tendré que subir un tramo de la escalera principal.*

En el primer piso encontraría el salón de baile. Y en el gran salón de baile encontraría el objeto que había venido a buscar.

Miró hacia atrás, vio que Richard no se había movido y salió al pasillo, cerrando las puertas tras de sí.

Enfiló despacio el pasillo; sus zapatillas sucias y deshilachadas producían un rumor sobre la alfombra medio podrida.

Un poco más lejos, Jack vio otro par de puertas dobles, éstas decoradas con pájaros.

Más cerca, había una serie de salas de reuniones. La primera era el Salón de Gala Dorado y enfrente se hallaba la Habitación Cuarenta y Nueve. Cinco pasos más allá, hacia las puertas dobles con los pájaros pintados, estaba la Habitación Mendocino (recortado en el panel inferior de la puerta de caoba: ¡TU MADRE MURIO GRITANDO!). En el fondo del pasillo —¡imposiblemente lejos!— se veía una luz acuosa. El vestíbulo.

Clank.

Jack se volvió en redondo y vislumbró un fugaz movimiento justo después de una de las puertas puntiagudas, en la garganta de piedra del pasillo…

(¿piedras? ¿puertas puntiagudas?)

Jack parpadeó, inquieto. El pasillo estaba revestido de caoba oscura que ya

había empezado a pudrirse por la húmeda proximidad del océano. No había nada de piedra y las puertas que daban al Salón de Gala Dorado y la Habitación Cuarenta y Nueve y la Habitación Mendocino eran sólo puertas, rectangulares como la mayoría y no puntiagudas. Sin embargo, hubo un momento en que le pareció ver aberturas como arcos catedralicios reformados en cuyos huecos había rejas de hierro levadizas, de la clase que podía subirse o bajarse haciendo girar un torno. Rejas con clavos puntiagudos en la parte inferior. Cuando se bajaba la reja para bloquear la entrada, los clavos se hundían en unos agujeros practicados en el suelo.

Nada de arcos de piedra, Jack-O. Ya lo ves. Sólo puertas. Viste rejas levadizas en la Torre de Londres, cuando la visitaste con mamá y tío Tommy hace tres años. Estás imaginando cosas, esto es todo…

Pero la sensación en la boca del estómago era inconfundible.

Estaban ahí, seguro. He saltado… he estado un segundo en los Territorios.Clank.

Jack se volvió en redondo hacia el otro lado, con la frente y las mejillas perladas de sudor y erizados los pelos de la nuca.

Lo vio otra vez: el destello de algo metálico en las sombras de una de aquellas habitaciones. Vio enormes piedras negras como el pecado, con toscas superficies salpicadas de musgo verde. Blandos y nauseabundos gusanos albinos entraban y salían de los grandes poros abiertos en la argamasa entre las piedras. Cada seis metros había un nicho vacío. Las antorchas que en un tiempo ardieran en aquellos nichos habían desaparecido años atrás

Clank.

Esta vez ni siquiera parpadeó. El mundo se inclinó ante sus ojos, confuso como un objeto visto a través de agua corriente y clara. Las paredes eran de caoba oscura y no de bloques de piedra. Las puertas eran *puertas y* no rejas levadizas de hierro. Los dos mundos, separados antes por una membrana tan fina como una media de mujer, ahora empezaban a superponerse.

Jack comprendió vagamente que su faceta de Jason había empezado a mezclarse con su faceta de Jack y ahora emergía un tercer ser que era una amalgama de ambos.

No sé con exactitud el carácter de esta combinación, pero espero que sea fuerte, porque hay cosas detrás de esas puertas…detrás de todas ellas.

Jack empezó a moverse furtivamente por el pasillo en dirección al vestíbulo.

Clank.

Esta vez los mundos no cambiaron; las puertas macizas siguieron siendo puertas macizas y no vio ningún movimiento.

No obstante, alli detrás… detrás mismo…

Ahora oyó algo detrás de las puertas dobles pintadas… escrito en el cielo sobre la escena del pantano se leían las palabras BAR GARZA. Era el sonido de una gran máquina herrumbrosa que acababa de ser puesta en marcha. Jack se lanzó hacia

(Jason se lanzó hacia)

hacia la puerta que se abría

(la reja levadiza que se levantaba)

con la mano en

(la bolsa)

el bolsillo

(que llevaba en el cinturón de su coleto)

de los pantalones vaqueros para tocar la púa de guitarra que Speedy le había dado hacía tanto tiempo.

(para tocar el diente de tiburón)

Esperó a ver quién salía del bar Garza y las paredes del hotel murmuraron débilmente: *Tenemos métodos para tratar con malditos ladrones como tú. Debías haberte ido cuando aún habia tiempo… porque ahora, muchachito, el tiempo se te ha acabado.*

5

Clank… ¡PUM!

Clank… ¡PUM!

Clank… ¡PUM!

El ruido era fuerte, torpe y metálico. Tenía algo de despiadado e inhumano que asustó más a Jack que cualquier otro ruido meramente humano. El objeto se movía y avanzaba despacio con su propio ritmo lento e idiota.

Clank… ¡PUM!

Clank… ¡PUM!

Se produjo una larga pausa. Jack esperó, apretado contra la pared del fondo, a pocos metros a la derecha de las puertas pintadas, con los nervios tan tensos, que parecían emitir un zumbido.

Nada sucedió durante mucho rato y Jack empezó a esperar que el fantasma metálico se hubiera caído por alguna trampa interdimensional en el mundo del que procedía. Se dio cuenta de que la espalda le dolía a causa de su postura artificialmente erguida y tensa, así que aflojó los músculos.

Entonces oyó un estruendo ensordecedor y un enorme puño envuelto en cota de malla y provisto de púas de cinco centímetros en los nudillos atravesó el resquebrajado cielo azul de la puerta. Jack volvió a retroceder hasta la pared, con la boca muy abierta.

Y, sin saber qué hacer, saltó a los Territorios.

6

Al otro lado de la reja levadiza se erguía una figura con una armadura negruzca y oxidada. El yelmo cilindrico tenía sólo una negra ranura horizontal para los ojos que no rebasaba los dos centímetros y medio de anchura. El yelmo estaba coronado por una despeinada pluma roja y de ella salían y entraban gusanos blancos. Jason vio que eran de la misma clase que había visto salir de las paredes, primero en el cuarto de Albert el Coágulo y después en toda la escuela Thayer. El yelmo terminaba en una cota de malla que cubría los hombros del herrumbroso caballero como una estola femenina. Cubrían los brazos unos pesados guardabrazos de acero, unidos en los codos a una pieza movible tan vieja y recubierta de suciedad que, cuando el caballero se movía, chirriaba con voz aguda y exigente, como la de un niño mal educado.

Los puños de acero rebosaban de púas.

Jason, apoyado contra la pared de piedra y mirándolo, era incapaz de desviar la vista; tenía la boca seca y los ojos parecían hinchársele en las órbitas al ritmo de su corazón.

El caballero sostenía en la mano derecha *le martel de fer,* un martillo de guerra, de hierro forjado, que pesaba catorce kilos, silencioso como la muerte.

La reja levadiza; recuerda que la reja levadiza está entre tú y él…

Pero entonces, aunque no había cerca ninguna mano humana, el torno empezó a dar vueltas y la cadena de hierro, cuyos eslabones eran largos como el antebrazo de Jack, empezó a enroscarse alrededor del tambor y la verja empezó a subir.

7

El puño envuelto en cota de malla se retiró de la puerta, dejando un agujero astillado que transformó la romántica escena pastoral en una escena de bar siniestra y surrealista: ahora daba la impresión de que un cazador apocalíptico, decepcionado por su jornada en las marismas, había disparado contra el cielo todos sus Perdigones en un arrebato de cólera. Entonces el martillo de guerra atravesó la puerta con gran estruendo, destrozando una de las dos garzas preparadas para alzar el vuelo. Jack se protegió la cara con la mano para esquivar las astillas. El *martel de fer* desapareció y se produjo otra breve pausa, casi suficiente para que Jack pensara en echar a correr de nuevo, pero entonces el puño de púas asomó otra vez por la puerta, se retorció hacia uno y otro lado, ensanchando el agujero, y volvió a retirarse. Un segundo después el martillo irrumpió entre un grupo de juncos y gran parte del batiente derecho de la puerta cayó sobre la alfombra.

Jack pudo ver ahora la voluminosa figura del caballero en las sombras del bar Garza. La armadura no era la misma que llevaba la figura que se enfrentara con Jason en el castillo negro; aquélla tenía un yelmo casi cilindrico, con una pluma roja, y en cambio el yelmo de ésta parecía la cabeza bruñida de un pájaro de acero. Unos cuernos salían de ambos lados, más o menos al nivel de las orejas. Jack vio un peto y un faldón de cota de malla con un remate de forma de cadena. El martillo era igual en ambos mundos y en ambos los Caballeros Gemelos lo soltaron en el mismo instante, como con desprecio; ¿quién necesitaba un martillo de guerra para despachar a un adversario insignificante

como éste?

¡Huye, Jack, huye! ¡Eso es —susurró el hotel—, *huye! ¡Es lo que deben hacer los malditos ladrones! ¡Huye! ¡HUYE!*

Pero no quería huir. Tal vez moriría, pero no quería huir… porque aquella voz baja y taimada tenía razón. Huir era exactamente lo que hacían los malditos ladrones.

Y yo no soy un ladrón —pensó Jack, con expresión sombría—.

Esa cosa puede matarme, pero no huiré, porque no soy un ladrón. —¡No huiré! —gritó a la cara bruñida del pájaro de acero—. *¡No soy un ladrón! ¿Me oyes? ¡He venido a buscar lo que es mío y NO SOY UN LADRÓN!*

Un grito quejumbroso salió de los orificios del yelmo del pájaro. El caballero alzó los puños de púas y asestó con ellos un golpe al batiente derecho de la puerta y otro golpe al izquierdo, destruyendo el idílico mundo pintado de las marismas. Los goznes se desprendieron… y cuando las puertas cayeron hacia él, Jack vio la única garza intacta volar como un pájaro en una película de Walt Disney, con los ojos brillantes y aterrorizados.

La armadura avanzó hacia él como un robot asesino, levantando y bajando los pies con gran estrépito. Medía más de dos metros y, al cruzar el umbral, dos astillas rotas del dintel se clavaron en los cuernos del yelmo, permaneciendo allí como comillas.

¡Huye!, gritó en su mente una voz plañidera.

Huye, ladrón, susurró el hotel.

No, contestó Jack. Miró fijamente al caballero que avanzaba hacia él, y asió con fuerza la púa de guitarra que llevaba en el bolsillo. El guantelete de púas se alzó hasta la visera del yelmo y la levantó. Jack se quedó con la boca abierta.

El interior del yelmo estaba vacío.

Entonces aquellas manos de púas se extendieron para coger a Jack.

8

Las manos llenas de púas se. alzaron y asieron los dos lados del yelmo cilindrico. Lo levantaron despacio, dejando al descubierto

el rostro lívido y demacrado de un hombre que parecía tener por lo menos trescientos años. Un lado de su cabeza estaba destrozado por una maza. Perforaban la piel, como una cascara de huevo rota, muchas astillas de hueso y cubría la herida una sustancia negra y pegajosa que Jason tomó por sesos podridos. La cosa no respiraba, pero los ojos ribeteados de rojo que miraban a Jason tenían un brillo de avidez demoníaca. Sonrió y Jason vio los dientes afiladísimos con que este horroroso monstruo iba a despedazarle.

Avanzó con ruido hueco y metálico… pero este sonido no era el único.

Jason miró a la izquierda, hacia el zaguán principal

(vestíbulo)

del castillo

(hotel)

y vio a un segundo caballero, éste luciendo el casco bajo y abombado conocido como el Gran Yelmo. Detrás de él había un tercero… y un cuarto. Enfilaban lentamente el pasillo, empujando armaduras que ahora alojaban a una especie de vampiros.

Entonces las manos le cogieron por los hombros. Las púas romas de los guantes se clavaron en sus hombros y brazos. Fluyó la sangre caliente y el rostro arrugado y lívido se contrajo en una ávida y espantosa sonrisa. Los codales crujieron y chirriaron cuando el caballero muerto atrajo al muchacho hacia sí.

9

Jack profirió un alarido de dolor; las púas cortas, de punta roma, que sobresalían de aquellas manos estaban clavadas en *él*, en *él* y comprendió de una vez por todas que esto era real y que dentro de un momento este monstruo iba a matarle.

Le estiraba hacia la negrura abierta y vacía de aquel casco…

Pero… ¿estaba realmente vacío?

Jack atisbo un vago y diruso resplandor rojo en la oscuridad… algo parecido a unos ojos. Y mientras las manos de acero le levantaban más y más, sintió un frío glacial, como si todos los inviernos que en el mundo habían sido se hubieran

convertido de algún modo en un solo… y aquel rio de aire gélido brotase ahora de aquel yelmo vacío.

Va a matarme de veras y mi madre morirá, Richard morirá, Sloat se saldrá con la suya, va a matarme, va a

(despedazarme rasgarme con sus dientes)

salificarme con su frío…

¡JACK!, gritó la voz de Speedy.

(¡JASON!, gritó la voz de Parkus.)

¡La púa, muchacho! ¡Usa la púa! ¡Antes de que sea demasiado tarde! ¡POR EL AMOR DE JASON USA LA PUA ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE!

Jack cerró la mano en tomo a la púa. Estaba tan caliente como lo había estado la moneda y el frío entumecedor fue sustituido Por la repentina sensación de un triunfo que le aturdió el cerebro. Sacó la púa del bolsillo, gritando de dolor cuando las púas se clavaron más en sus músculos flexionados, pero sin perder aquella sensación de triunfo, aquella maravillosa sensación de *calor* de los Territorios, aquella clara impresión de *arco iris.*

La púa, porque volvía a ser una púa, estaba entre sus dedos, un fuerte y pesado triángulo de marfil, con una filigrana de extraño diseño, y en aquel momento Jack

(y Jason)

vio en aquellos diseños una cara… la cara de Laura DeLoessian.

(la cara de Lily Cavanaugh Sawyer.)

10

¡En su nombre, aborto repugnante! —gritaron juntos… pero fue un solo grito, el grito de aquella naturaleza única, Jack/Jason—. *¡Desaparece de la faz de este mundo! ¡En nombre de la Reina y en nombre de su hijo, desaparece de la faz. de este mundo!*

Jason descargó la púa de guitarra contra la cara blanca y huesuda de aquella especie de vampiro alojado en la armadura y en el mismo instante se rundió sin

pestañear con Jack y vio la púa descender con un silbido por un vacío negro y gélido. Aún era Jason cuando vio los ojos rojos del vampiro abrirse con incredulidad al notar la punta de la púa clavada en el centro de su frente arrugada. Un momento después, aquellos mismos ojos, ya velados, explotaron y un icor negro y humeante fluyó sobre su mano y su muñeca. Pululaba de minúsculos gusanos voraces.

11

Jack fue lanzado contra la pared. Se golpeó la cabeza, pero a pesar de ello y del profundo y palpitante dolor en los hombros y brazos, continuó aferrado a la púa.

La armadura traqueteaba como un espantapájaros hecho de latas. Jack tuvo tiempo de ver que se *hinchaba* y se llevó la mano a los ojos para protegerlos.

La armadura se autodestruyó. No proyectó metralla en todas direcciones, sino que, simplemente, se desmontó; Jack pensó que si lo hubiera visto en una película y no como lo veía ahora, acurrucado en un pasillo de este hediondo hotel, goteando sangre por las axilas, se habría reído. El yelmo de brillante acero, tan parecido a la cara de un pájaro, cayó al suelo con un golpe sordo. La gola curvada, cuyo fin era evitar que el enemigo del caballero le clavara una espada o la punta de una lanza en la garganta, cayó dentro de la armadura con un tintineo del metal contra un revoltijo de cota de malla. Los petos cayeron como sujetalibros de acero curvado. Las grebas se desplomaron. Hubo una lluvia de metal sobre la mohosa alfombra que duró dos segundos y al final quedó sólo un montón de chatarra.

Jack se levantó, apoyándose en la pared y mirando con ojos muy abiertos, como si temiese que la armadura volviera a montarse de repente. De hecho, temía algo parecido, pero cuando vio que no ocurría nada, fue hacia la izquierda, en dirección al vestíbulo… y vio tres armaduras más avanzando hacia él. Una sostenía un estandarte viejo, cubierto de moho, que ostentaba un símbolo conocido por Jack, ya que lo había visto ondear en guiones llevados por los soldados de Morgan de Orris cuando escoltaban la diligencia negra de Morgan

por el Camino de las Avanzadas en dirección al pabellón de la Reina Laura. Era el estandarte de Morgan, pero estos seres no eran sus soldados, pensó vagamente; llevaban su emblema como una especie de burla morbosa de este intruso asustado que pretendía robar su única razón de ser.

—Ya basta —susurró Jack con voz ronca. La púa tembló entre sus dedos. Algo le había sucedido; se había deteriorado al usarla para destruir la armadura que había salido del bar Garza. El marfil, que antes era de color crema, había adquirido un perceptible tono amarillento y estaba cruzada por finas grietas.

Las armaduras avanzaban con estruendo hacia él. Una desenvainó lentamente una larga espada que terminaba en una doble punta de aspecto cruel.

—Ya basta —gimió Jack—. Oh, Dios mío, te lo ruego, ya basta. Estoy cansado, no puedo más, ya basta, te lo ruego… *Viajero Jack, querido Viajero Jack…*

—*Speedy, ¡no puedo!* —gritó.

Las lágrimas dejaban una huella en la suciedad de su rostro. Las armaduras se aproximaban con la implacabilidad de piezas de automóvil en una cadena de ensamblaje. Oyó silbar un viento ártico dentro de sus espacios negros y vacíos.

… está en California, para que lo lleve contigo.

—¡Por favor, Speedy, ya basta!

Acercándose a él… caras de robot de metal negro, grebas oxidadas, cota de malla manchada de musgo y moho.

Tendrá que haser lo que pueda. Viajero Jack, murmuró Speedy, exhausto, y entonces desapareció, dejando a Jack a merced de sus propias fuerzas.

Capítulo 42

JACK Y EL TALISMÁN

1

Cometiste un error —murmuró una voz fantasmagórica en la mente de Jack Sawyer cuando se encontraba frente al bar Garza, viendo a estas otras armaduras avanzar hacia él. En su mente se abrió un ojo que vio a un hombre colérico (un hombre que en realidad era poco más que un muchacho muy desarrollado) andar a grandes zancadas hacia la cámara por una calle del Oeste mientras se ceñía dos pistoleras al cinto, de modo que se entrecruzaban sobre su vientre—. *Cometiste un error: ¡tenias que haber matado a los dos hermanos Ellis!*

2

De todas las películas de su madre, la que más había gustado siempre a Jack era *El último tren a Hangtown*, hecha en 1960 y comercializada en 1961. Había sido una película de la Warner Brothers y los papeles principales —como en muchas de las películas con bajo presupuesto realizadas por la Wamer durante aquel período— se asignaron a actores de la media docena de series para

televisión que la Warner Brothers producía continuamente. Jack Kelly, de la serie *Maverick*, protagonizó *El último tren (el jugador caballeroso)* junto a Andrew Duggan, de *Bourbon Street Beat* (el malvado barón del ganado). Clint Waiker, que encarnaba a un personaje llamado Cheyenne Bodie en televisión, interpretaba a Rafe Ellis (el sheriff retirado que debe ceñirse la pistolera por última vez). Inger Stevens fue elegida en un principio para hacer el papel de la bailarina de cabaret, con brazos amorosos y un corazón de oro, pero cayó enferma con una bronquitis grave y Lily Cavanaugh fue designada para sustituirla. Era un papel que hubiese bordado aun estando en coma. Una vez en que sus padres pensaban que dormía y hablaban abajo en la sala de estar, Jack oyó a su madre decir algo chocante cuando él se dirigía descalzo al cuarto de baño a buscar un vaso de agua… lo bastante chocante, por lo menos, para que Jack no lo olvidase nunca.

—Todas las mujeres que he interpretado sabían joder, pero ninguna de ellas sabía cagar —dijo a Phil.

Will Hutchins, protagonista de *otro* programa de la Warner Brothers (éste se titulaba *Sugarfoot),* también figuraba en la película. *El último tren a Hangtown era* la preferida de Jack principalmente por el papel interpretado por Hutchins y fue este personaje —que se llamaba Andy Ellis— el que evocó su mente cansada y vacilante mientras esperaba a las armaduras que se acercaban a él por el oscuro pasillo.

Andy Ellis era el cobarde hermano menor que reacciona en la última bobina. Tras esconderse y agazaparse durante toda la película, sale a enfrentarse con los malvados compinches de Duggan después de que el principal secuaz (interpretado por el siniestro y barbudo Jack Elam, que hacía de malvado en todas las epopeyas de la Warner, tanto teatrales como televisivas) hubiese matado por la espalda a su hermano Rafe.

Hutchins iba por la polvorienta calle en cinemascope, sujetándose a la cintura (con dedos torpes las pistoleras de su hermano y gritando: *«¡Vamos! ¡Vamos! ¡Estoy dispuesto! ¡Cometisteis un error! ¡Debisteis matar a los dos hermanos Ellis!»*

Will Hutchins no había sido uno de los mejores actores de todos los tiempos, pero en aquel momento consiguió —al menos a los ojos de Jack— un momento de gran autenticidad y verdadera brillantez. Comunicaba la sensación de que el

muchacho se dirigía hacia su muerte y él lo sabía, pero *iba, de todos modos.* Y aunque estaba asustado, no caminaba a grandes zancadas por aquella calle hacia la confrontación definitiva con cierta vacilación, sino decidido, seguro de lo que quería hacer, aunque tuviera que forcejear torpemente una. y otra vez con las hebillas de las pistoleras.

Las armaduras se aproximaban, reduciendo la distancia, balanceándose de un lado a otro como robots de juguete. *Deberían tener llaves en la espalda*, pensó Jack.

Se volvió para hacerles frente, con la púa amarillenta entre el pulgar y el índice de la mano derecha, como para rasguear un acorde.

Parecieron titubear, como intuyendo su temeridad. El propio hotel pareció titubear de improviso o abrir los ojos a un peligro más grande de lo que había calculado al principio; los listones del suelo gimieron, en alguna parte se cerraron unas puertas, una detrás de otra, y los ornamentos de latón de los tejados interrumpieron sus giros durante un momento.

Entonces las armaduras volvieron a andar con estrépito. Ahora formaban un muro viviente de plancha y cota de malla, de grebas, yelmos y golas relucientes. Una llevaba una bola de hierro cubierta de púas sujeta a una vara de madera; otra, un *martel de fer;* la del centro, una espada de dos puntas.

De repente Jack empezó a andar hacia ellas. Sus ojos se encendieron; avanzaba con la púa de guitarra por delante. En su rostro resplandecía el radiante fuego de Jason; resbaló hacia un lado, saltó momentáneamente a los Territorios y *se convirtió* en Jason; aquí, el diente de tiburón que antes era una púa parecía estar envuelto en llamas. Mientras se acercaba a los tres caballeros, uno se quitó el yelmo, descubriendo otra de aquellas caras viejas y pálidas… Ésta tenía gruesos carrillos y en el cuello grandes papadas céreas que parecían de cera casi derretida. Lanzó el yelmo en dirección a Jason, pero éste lo esquivó con facilidad y volvió a su identidad de Jack al tiempo que un yelmo se estrellaba contra la pared a sus espaldas. Delante de él se erguía una armadura sin cabeza.

¿Crees que esto me asusta? —pensó con desdén—. *Ya conocía este truco. No me asusta, tú no me asustas, y voy a apoderarme de él, ya lo sabes.*

Esta vez no sólo sintió que el hotel *escuchaba;* esta vez le pareció que a su alrededor todo retrocedía ante él, como retrocedería el tejido de un órgano digestivo ante un pedazo de carne envenenada. Arriba, en las cinco habitaciones

donde habían muerto los cinco Caballeros Guardianes, cinco ventanas explotaron como disparos de fusil. Jack atacó a las armaduras.

El Talismán cantó desde arriba con su voz clara y dulcemente triunfante:

¡JASON! ¡VEN A MÍ! —*¡Vamos!* —gritó Jack a las armaduras y empezó a reír. No pudo evitarlo; la risa nunca le había parecido tan fuerte, tan potente, tan buena como ésta; era como agua de un manantial o de un río muy profundo—. *¡Vamos! ¡Estoy dispuesto! ¡Ignoro de qué maldita Tabla Redonda procedéis, pero debisteis permanecer allí! ¡Cometisteis un error!*

Riendo con más fuerza que nunca pero con una decisión interior tan firme como Wotan en la roca de las Valquirias, Jack saltó al encuentro de la vacilante armadura sin cabeza.

—*¡Debisteis matar a los dos hermanos Ellis!* —gritó, y cuando la púa de guitarra de Speedy entró en la zona de aire gélido,donde debía haber estado la cabeza del caballero, la armadura se desmontó.

3

En su dormitorio del Alhambra, Lily Cavanaugh Sawyer levantó de repente la vista del libro que estaba leyendo. Creía haber oído a alguien… no sólo a alguien, ¡sino a *Jack*! A Jack llamándola desde el extremo del pasillo desierto, quizá incluso desde el vestíbulo. Escuchó con los ojos muy abiertos, los labios fruncidos y el corazón esperanzado… pero no oyó nada. Jack-O todavía estaba de viaje, el cáncer seguía devorándola a mordiscos y aún faltaba una hora y media para que pudiera tomar otra de las grandes cápsulas marrones que le aliviaban un poco el dolor.

Había empezado a pensar cada día con mayor frecuencia en tomar todas las cápsulas marrones de una vez. Esto haría algo más que mitigar el dolor; lo eliminaría para siempre. *Dicen que no podemos curar el cáncer, pero no se crea tamaña estupidez., señor C… Intente tomar dos docenas de esas cápsulas. ¿Qué me dice? ¿Quiere probarlo?*

Lo que le impedía hacerlo era Jack… Deseaba tanto volver a verle que ahora creía oír su voz… no diciendo algo tan sencillo pero banal como su nombre, sino

citando el diálogo de una de sus viejas películas.

—Eres una vieja loca, Lily —murmuró con voz ronca mientras encendía un Herbert Tarrytoon con sus dedos delgados y temblorosos. Dio dos chupadas y lo apagó. Últimamente dos chupadas ya le provocaban tos y toser la desgarraba por dentro—. Una zorra vieja y loca.

Volvió a coger el libro, pero no pudo leer porque las lágrimas le resbalaban por las mejillas y las entrañas le dolían, le dolían mucho, oh, cuánto le dolían, y quería tomar todas las cápsulas marrones pero antes quería ver a Jack, a su amado hijo de frente ancha y noble y ojos brillantes.

Ven a casa, Jack-O —pensó—, *ven pronto a casa, te lo ruego, o la próxima vez que te hable será por la tabla Ouija. Por favor, Jack, vuelve a casa.*

Cerró los ojos e intentó dormir.

4

El caballero que sostenía la bola de púas se tambaleó un momento más, exhibiendo su centro vacio, y entonces explotó a su vez. El que quedaba levantó el martillo de guerra… y se desmontó, cayendo al suelo hecho un montón de chatarra. Jack permaneció un momento entre los trozos de metal, todavía riendo, y entonces quedó inmóvil al ver la púa de Speedy. Ahora era de un acusado color amarillo viejo; la pulida superficie estaba llena de fisuras.

No importa, Viajero Jack. Sigue adelante. Creo que debe haber en algún rincón una o dos más de esas latas andantes. De ser asi, te enfrentarás con ellas, ¿verdad?—Si es necesario, lo haré —murmuró Jack en voz alta.

Apartó con un puntapié una greba, un yelmo, un peto. Fue hasta el centro del vestíbulo; la alfombra hacía un ruido de succión bajo sus zapatillas. En el vestíbulo miró brevemente a su alrededor.

¡JACK! ¡VEN A POR MÍ! ¡JASON! ¡VEN A POR MÍ!, cantó el Talismán.

Empezó a subir la escalera. Miró hacia arriba y vio en el descansillo al último caballero, que le miraba a su vez. Era una figura gigantesca, de más de tres metros de estatura; la armadura y el penacho eran negros y por la celada del yelmo salía un maléfico resplandor rojo.

Un puño embutido en cota de malla blandía una maza enorme.

Jack quedó un momento petrificado en la escalera y en seguida empezó a subir de nuevo.

5

Han reservado el peor para el final, pensó mientras avanzaba sin detenerse hacia el caballero negro y se deslizó de nuevo al otro lado para convertirse en Jason. El caballero seguía llevando la armadura negra, pero de diferente clase; la visera estaba alzada y dejaba al descubierto un rostro que casi había sido destruido por viejas llagas ya secas. Jason las reconoció; este individuo se había acercado demasiado a una de aquellas bolas de fuego de las Tierras Arrasadas,

Otras figuras pasaban por su lado en las escaleras, figuras que no podía ver muy bien mientras rozaba con los dedos un ancho pasamanos que no era caoba de las Antillas, sino palo de hierro de los Territorios. Figuras con jubones, figuras con blusas de arpillera de seda, mujeres con vestidos voluminosos y brillantes cofias blancas sobre los cabellos magníficamente peinados; eran gentes hermosas pero condenadas… y tal vez sea ésta la impresión que dan siempre a los vivos. ¿Por qué, sino, inspiraría tanto terror la mera idea de los fantasmas?

¡JASON! ¡VEN A POR Mí!, cantó el Talismán y por un momento todas las facetas de la realidad parecieron disolverse; no saltó, sino que pareció *caer* a través de los mundos como un hombre que se desploma desde una vieja torre de madera a través de una serie de suelos podridos. No sintió miedo. La idea de que tal vez no pudiera volver jamás —de que continuara cayendo para siempre a través de una cadena de realidades, o se perdiera en un gran bosque— se le ocurrió, pero la desechó al instante. Todo esto le estaba sucediendo a Jasón

(y a Jack)

en un abrir y cerrar de ojos; en menos tiempo del que tardaría en poner el pie en el escalón siguiente. Regresaría; era de naturaleza única y no creía que como tal pudiera perderse, porque tenía un lugar en todos estos mundos. *Pero no existo simultáneamente en todos ellos* —Jason

(Jack)

pensó—. *Esto es lo importante, aquí estriba la diferencia; estoy fluctuando a través de cada uno de ellos, probablemente demasiado de prisa para ser visto, dejando tras de mí un sonido como una palmada o un trueno sónico por efecto del aire que llena el hueco donde he estado durante una milésima de segundo.*

En muchos de estos mundos, el hotel negro era una ruina negra; eran mundos —pensó vagamente— donde el gran mal que ahora se cernía sobre la cuerda floja tendida entre California y los Territorios ya se había hecho realidad. En uno de ellos, el mar que embestía y bramaba contra la costa era de un color verde muerto y enfermizo y el cielo tenía un aspecto gangrenoso similar. En otro, vio un monstruo volador grande como un vagón dé tren plegar sus alas y bajar en picado hacia la tierra como un halcón. Se apoderó de una especie de oveja y alzó de nuevo el vuelo sosteniendo con el pico los sanguinolentos cuartos traseros del animal.

Uno… dos… tres. Ante sus ojos pasaban mundos como barajados por un jugador de barco fluvial.

Aquí estaba otra vez el hotel y había media docena de versiones diferentes del caballero negro del descansillo, pero la intención era la misma en todos ellos y las diferencias, tan poco importantes como en los diseños de automóviles rivales. Aquí se levantaba una tienda negra impregnada del denso y seco tufo a lona podrida… rota en muchos lugares, de modo que el sol entraba a rayos polvorientos y entrecruzados. En este mundo Jack/Jason se hallaba en una especie de aparejo y el caballero negro tenía los pies en una cesta de madera parecida al nido de un cuervo y a medida que Jack subía, saltaba de un mundo a otro… a otro… y a otro.

Aquí el océano entero estaba incendiado; aquí el hotel era casi idéntico al de Point Venuti, pero estaba medio sumergido en el océano. Por un momento Jack pareció hallarse en un ascensor y el caballero encima de él, mirándole a través de la trampa. Luego se encontró en una rampa cuya parte superior estaba guardada por una serpiente enorme, de cuerpo largo y musculoso acorazado con relucientes escamas negras.

¿Y cuándo llegaré al final de todo esto? ¿Cuándo dejaré de atravesar suelos e irrumpiré en la negrura?

¡JACK! ¡JASON! —llamó el Talismán, y llamó en todos los mundos—. ¡A

Mí!

Y Jack fue hacia él y tuvo la sensación de volver al hogar.

6

Vio que estaba en lo cierto; sólo había subido un escalón. Sin embargo, la realidad había vuelto a solidificarse. El caballero negro —*su* caballero negro, el caballero negro de Jack Sawyer— se erguía allí, bloqueando el descansillo, con la maza en alto.

Jack tenía miedo, pero continuó subiendo, con la púa de Speedy levantada delante de él.

—No voy a luchar contigo —dijo—. Será mejor que te apartes de mi…

La figura negra blandió la maza, lanzándola con una fuerza increíble. Jack la esquivó y la temible arma descargó sobre el escalón y lo convirtió en astillas, que se hundieron por el agujero negro.

La figura recuperó la maza. Jack subió dos escalones más, sosteniendo la púa de Speedy entre el índice y el pulgar… y de repente la vio desintegrarse y caer como una lluvia de amarillentos trocitos de marfil, la mayoría de los cuales salpicaron las zapatillas de Jack, que se quedó mirándolos, aturdido.

El sonido de una risa muerta.

La maza, que aún llevaba adheridos pequeños fragmentos de alfombra mohosa y trozos de astilla, se alzó entre las dos manoplas del caballero. La ardiente mirada del espectro se filtraba por la celada de su casco y parecía trazar en el rostro levantado de Jack una sangrienta línea horizontal por encima de la nariz.

De nuevo aquella risa tosca… que no oía con los oídos, porque sabía que esta armadura estaba tan vacía como las otras y no era más que una chaqueta de acero para un espíritu aún viviente, sino dentro de su cabeza. *Estás perdido, muchacho… ¿de verdad creías que ese objeto diminuto te franquearía el paso?*

La maza volvió a oscilar con un silbido, esta vez describiendo una trayectoria en diagonal, y Jack desvió los ojos de aquella mirada roja justo a tiempo de agacharse… y sintió que la parte superior de la maza le rozaba los

largos cabellos un segundo antes de que arrancara casi dos metros de barandilla y la hiciera volar por los aires.

Un estridente ruido de metal cuando el caballero se inclinó hacia él con el casco torcido, en un gesto que parecía una horrible y sarcástica parodia de solicitud… y entonces la maza retrocedió y se alzó en otro de aquellos prodigiosos lanzamientos.

Jack, no nesesitaste sumo mágico para saltar ¡y ahora tampoco nesesitas una púa mágica para abrir esta lata de café!

La maza silbó de nuevo en el aire… *¡juiiiiiish!* Jack se abalanzó, hundiendo el estómago; los músculos de sus hombros gritaron al estirar las heridas que le habían dejado los guanteletes de púas.

La maza pasó a menos de dos centímetros de su pecho antes de seguir su camino y llevarse por delante un trozo de maciza balaustrada de caoba, como si fuese una hilera de palillos. Jack se tambaleó sobre el vacío, sintiéndose como un absurdo Buster Keaton. Quiso agarrarse a las ruinas del pasamanos de su izquierda y se clavó astillas bajo dos uñas. El dolor fue tan agudo que temió durante un momento que los ojos se le reventaran en las órbitas. Entonces encontró algo sólido a lo que asirse, recobró el equilibrio y se apartó del vacío.

¡Toda la magia está en Tí, Jack! ¿Todavía no lo sabes? Se quedó un momento inmóvil, jadeando, y luego volvió a subir, mirando con fijeza la cara de hierro que tenía delante.

—*Será mejor que desaparezcas, sir Gawain.*

El caballero ladeó de nuevo el gran casco con aquel gesto extrañamente delicado… *Perdón, muchacho… ¿acaso me estás hablando a mí?* Y entonces hizo oscilar de nuevo la maza.

Quizá cegado por el miedo, Jack no había reparado hasta ahora en la lentitud con que preparaba los lanzamientos, en la claridad con que telegrafiaba la trayectoria de cada portentoso golpe. Tal vez tiene las articulaciones oxidadas, pensó. En cualquier caso, era bastante fácil para él situarse dentro del círculo de la oscilación ahora que volvía a tener la cabeza despejada.

Se puso de puntillas, levantó los brazos y agarró el yelmo negro con ambas manos. El metal repugnaba por su calor… como una piel dura que tuviese fiebre.

—Desaparece de la faz de este mundo —ordenó con voz suave y tranquila, casi en el tono de una conversación—. Te lo mando en nombre de *ella.*

La luz roja del yelmo se apagó como una vela dentro de una calabaza esculpida y de pronto todo el peso del casco —siete kilos como mínimo— recayó en las manos de Jack, porque no había nada más que lo sostuviera; la armadura se había desmontado.

—Tendrías que haber matado a los *dos* hermanos Ellis —dijo Jack, tirando el yelmo vacío al rellano. Fue a caer al suelo de la planta baja, donde rodó como un juguete. El hotel pareció encogerse.

Jack se volvió hacia el ancho pasillo, del primer piso y aquí, por fin, había luz, una luz clara y limpia, como la del día en que viera a los hombres voladores eri el cielo. El pasillo terminaba en otra puerta de doble batiente, que estaba cerrada, pero de las rendijas superior e inferior, así como de la hendidura vertical del centro, salía la luz suficiente para indicarle que la luz de dentro debía ser muy potente.

Ardía en deseos de ver aquella luz y el objeto que la irradiaba; había venido de muy lejos para verlo y atravesado una larga y amarga oscuridad.

La puerta era pesada y la ornamentaban muchas molduras de volutas sobre las cuales, en letras de oro un poco desprendido en algunos lugares, pero aún perfectamente legibles, se leían las palabras: SALÓN DE BAILE DE LOS TERRITORIOS.

—Hola, mamá —dijo Sawyer con voz suave y admirada al entrar en aquel resplandor. La felicidad iluminaba su corazón… aquel sentimiento era un arco iris, un arco iris, un arco iris—. Hola, mamá, creo que he llegado, creo realmente que he llegado.

Entonces, suavemente, con respeto y admiración, Jack cogió una manecilla con cada mano y las empujó hacia abajo. Abrió los dos batientes y al hacerlo, una franja cada vez más ancha de luz blanca y limpia cayó sobre su rostro alzado y atónito.

7

Sol Gardener estaba mirando hacia la playa en el momento exacto en que Jack despachaba al último de los cinco Caballeros de la Guardia. Oyó un fragor sordo, como si hubiera explotado una carga de dinamita dentro del hotel. En el

mismo momento centelleó una luz brillante en todas las ventanas del primer piso del Agincourt y todos los símbolos de latón cincelado —lunas, estrellas, satélites y extrañas flechas torcidas— se detuvieron simultáneamente.

Gardener iba disfrazado como un seudopolicía de Los Ángeles, miembro de la patrulla SWAT. Se había puesto sobre la camisa blanca un voluminoso chaleco negro a prueba de balas y llevaba un radioemisor colgado del hombro; las antenas cortas y gruesas oscilaban hacia delante y hacia atrás cuando se movía. Del otro hombro le colgaba un Weatherbee del 360, un rifle de caza casi tan grande como un cañón antiaéreo que habría puesto verde de envidia al mismísimo Robert Ruark. Gardener lo había comprado hacía seis años, después de que las circunstancias le aconsejaran sustituir a su viejo rifle de caza. La funda de auténtica piel de cebra del Weatherbee estaba en el maletero de un Cadillac negro, junto con el cuerpo de su hijo.

—¡Morgan!

Morgan no se volvió. Estaba detrás y un poco a la izquierda de un inclinado grupo de rocas que sobresalían de la arena como colmillos negros. A siete metros más allá de estas rocas y a sólo uno y medio de la línea de pleamar yacía Speedy Parker, o Parkus. Como Parkus, una vez había dado la orden de marcar a Morgan de Orris, en el interior de cuyos muslos grandes y blancos había lívidas cicatrices, las marcas por las que se conoce a un traidor en los Territorios. Por intercesión de la propia Reina Laura, aquellas cicatrices no aparecían en sus mejillas, sino en la cara interior de los muslos, donde quedaban ocultas bajo la ropa. Morgan —tanto éste como aquél— no había amado más a la Reina a causa de esta intercesión… pero sí odiado más a Parkus, descubridor de aquel primer complot.

Ahora Parkus/Parker yacía de bruces en la playa, con el cuero cabelludo cubierto de llagas infectadas. La sangre le resbalaba lentamente de las orejas.

Morgan quería creer que Parker continuaba vivo y sufriendo, pero el último movimiento discernible de su respiración se había producido justo después de que él y Gardener llegaran a estas rocas, unos cinco minutos antes.

Cuando Gardener le llamó, Morgan no se volvió porque estaba atento al estudio de su antiguo enemigo, ahora yacente. Quienquiera que hubiese dicho que la venganza no era dulce, se había equivocado de pleno.

—¡Morgan! —silbó de nuevo Gardener.

Esta vez Morgan se volvió, frunciendo el ceño.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡Mira! ¡El tejado del hotel!

Morgan vio que todas las veletas y todos los ornamentos del tejado —formas de latón batido que giraban a la misma velocidad tanto si no había viento como si soplaba un huracán— habían dejado de moverse. En el mismo instante, la tierra se onduló brevemente bajo sus pies y en seguida volvió a la inmovilidad. Fue como si una bestia subterránea de enorme tamaño se hubiera despertado de su sueño invernal. Morgan casi lo habría atribuido a su imaginación de no ser porque Gardener abrió mucho los ojos inyectados en sangre. *Apuesto algo a que deseas no haber abandonado nunca Indiana, Gara* —pensó Morgan—. *En Indiana no hay terremotos, ¿verdad?*

Una luz silenciosa centelleó de nuevo en todas las ventanas del Agincourt.

—¿Qué significa esto, Morgan? —preguntó Gardener con voz ronca. Su violenta furia por la pérdida de su hijo se trocó ahora por primera vez en temor por la propia seguridad. Morgan lo vio y pensó que era un inconveniente, pero ya podría provocar en él la cólera anterior cuando fuera necesario. Morgan detestaba tener que gastar energía en cualquier cosa que no tuviera relación directa con el problema de eliminar del mundo —*de todos los mundos*— a Jack Sawyer, que había empezado por ser un estorbo y luego se había convertido en el problema más monstruoso de la vida de Sloat.

La radio de Gardener graznó de repente.

—¡Comando Cuatro de la Patrulla Roja al Hombre del Sol! ¡Conteste, Hombre del Sol!

—Aquí Hombre del Sol, Comando Cuatro de la Patrulla Roja —contestó Gardener—. ¿Qué ocurre?

Gardener recibió en rápida sucesión cuatro excitados informes exactamente iguales. No le comunicaron nada que ellos dos no hubieran visto y comprendido por sí mismos —destellos de luz, veletas inmóviles, algo que podía ser un temblor de tierra o quizá un aviso de terremoto—, pero de todos modos Gardener reaccionó con rápido entusiasmo a cada informe, haciendo preguntas bruscas, exclamando *¡Cambio!* al final de cada transmisión e interrumpiendo a veces para decir «Repita eso» o «Roger». Sloat pensó que actuaba como el protagonista de una película bélica.

Pero si esto le relajaba, Sloat no tenía nada que oponer. Le dispensó de tener que contestar a la pregunta de Gardener… y ahora que lo pensaba, se dijo que era posible que Gardener *no* deseara recibir una respuesta y por esto hacía toda esta comedia con la radio.

Los Guardianes estaban muertos o fuera de combate. Por esto se habían detenido las veletas y éste era el significado de los destellos luminosos. Jack no tenía el Talismán… por lo menos, aún no. Si lo conseguía, todo Point Venuti temblaría y retumbaría de verdad. Y Sloat creía ahora que Jack lograría hacerse con él… siempre había sido ésta su intención. Sin embargo, no se asustó.

Levantó la mano y tocó la llave que le colgaba del cuello.

Gardener había agotado los *cambios*, *rogers* y *diez cuatros.* Volvió a colgarse la radio del hombro y miró a Morgan con ojos abiertos y asustados. Morgan puso con suavidad las manos sobre sus hombros. Si podía sentir afecto por alguien que no fuera su propio hijo muerto, lo sentía —de una clase muy retorcida, desde luego— por este hombre. Se conocían desde hacía mucho tiempo, tanto como Morgan de Orris y Osmond como Morgan Sloat y Robert «Sol» Gardener.

Gardener había matado a Phil Sawyer en Utah con un rifle muy parecido al que ahora pendía de su hombro.

—Escucha, Gard —dijo con calma Morgan—: vamos a ganar.

—¿Estás seguro? —susurró Gardener—. Creo que ha matado a los Guardianes, Morgan. Se que es una locura, pero creo de verdad… —Se interrumpió, con los labios temblorosos cubiertos por una membrana de saliva.

—Vamos a ganar —repitió Morgan con la misma voz tranquila, y lo decía convencido. Sentía en si mismo un claro presentimiento. Había esperado esto durante muchos años; su determinación había sido firme y seguía siéndolo ahora. Jack saldría con el Talismán en los brazos. Era una cosa de un poder inmenso… pero frágil.

Miró el Weatherbee de gran alcance, que podía dejar seco a un rinoceronte enfurecido, y tocó la llave que producía rayos.

—Todavía estamos equipados para encargarnos de él cuando salga —dijo Morgan, y añadió—: En cualquiera de los dos mundos. Siempre que conserves el valor, Gard. Siempre que me prestes tu ayuda.

Los labios temblorosos se calmaron un poco.

—Morgan, claro que sí, yo…

—Recuerda quién ha matado a tu hijo —sugirió Morgan en voz baja.

En el mismo instante en que Jack Sawyer hundía la moneda ardiente en la frente de aquel monstruo de los Territorios, Reuel Gardener, aquejado desde la edad de seis años (la misma edad en que el hijo de Osmond había empezado a tener síntomas de lo que se llamaba la Enfermedad de las Tierras Arrasadas) de ataques epilépticos al parecer inofensivos, sufrió por lo visto un ataque grave de epilepsia en el asiento posterior de un Cadillac conducido por un Lobo, que viajaba de Illinois a California por la I-70.

Había muerto, asfixiado, con la cara azul, en brazos de Sol Gardener.

Los ojos de éste empezaron ahora a desorbitarse.

—Recuérdalo —repitió en voz baja Morgan.

—Malos —murmuró Gardener—, todos los chicos. Es axiomático. Sobre todo ese chico en particular.

—¡Exacto! —convino Morgan—. Graba esta idea en tu mente. Podemos detenerle, pero quiero tener la maldita seguridad de que sólo podrá salir del hotel por tierra firme.

Condujo a Gardener hasta la roca desde donde había vigilado a Parker. Las moscas —hinchadas moscas albinas— habían empezado a posarse sobre e! negro muerto, según observó Morgan. Ei efecto era tan bueno como una mano de pintura sobre su cuerpo. De haber existido una revista para moscas. Morgan habría anunciado de buena gana en ella la situación de Parker. Si acudía una, acudirían todas. Pondrían huevos en los pliegues de la carne putrefacta y el hombre que había dejado cicatrices en los muslos de su Gemelo se llenaría de larvas. Era algo estupendo.

Señaló hacia el embarcadero.

—La balsa está allí debajo —explicó—. Tiene aspecto de caballo, Dios sabrá por qué. Sé que se oculta en las sombras, pero tú fuiste siempre un excelente tirador. Si eres capaz de verla, Gard, hazle un par de agujeros y hunde la maldita embarcación.

Gardener se descolgó el rifle del hombro y escudriñó por el punto de mira. Durante largo rato, el cañón de la potente arma se movió de un lado a otro.

—Ya la he visto —murmuró Gardener con voz satisfecha y disparó. El eco resonó por el agua en un gran círculo hasta que se extinguió. El cañón del arma se alzó y volvió a bajar. Gardener disparó otra vez. Y otra.

—Ya le he dado —dijo, bajando el rifle. Había recuperado el valor; volvía a tener su antiguo ánimo y sonreía del mismo modo que cuando había vuelto de aquel encargo en Utah—. Ya no es más que una bolsa vacía sobre el agua. ¿Quieres mirar? —preguntó, ofreciendo el rifle a Morgan.

—No —dijo Sloat—. Si dices que le has dado, debe ser así. Ahora tendrá que volver por tierra y ya sabemos qué dirección tomará. Creo que llevará lo que nos ha estorbado durante muchos años.

Gardener le miró con ojos brillantes.

—Sugiero que subamos hasta allí. —Señalaba el viejo paseo de tablas, que estaba justo en el interior de la valla donde había pasado tantas horas contemplando el hotel y pensando en lo que habría dentro del salón de baile.

—Muy bi…

Entonces *fue* cuando la tierra empezó a crujir y levantarse bajo sus pies; aquella criatura subterránea se había despertado y se desperezaba con gran estruendo.

En el mismo instante, una luz blanca, deslumbradora, llenó todas las ventanas del Agincourt… La luz de mil soles. Todas las ventanas estallaron a la vez y el cristal cayó en una lluvia de diamantes.

—¡RECUERDA A TU HIJO Y SIGUEME! —vociferó Sloat. El sentido de predestinación era ahora muy claro en él, claro e irrefutable. *Ganaría, después de todo.*

Los dos echaron a correr por la playa en dirección al paseo entablado.

8

Jack se movía despacio, lleno de admiración, por el suelo de madera dura del salón de baile. Tenía la vista levantada y sus ojos lanzaban destellos. Bañaba su rostro un resplandor blanco que contema todos los colores: los colores del amanecer, los del crepúsculo, los del *arco iris.* El Talismán pendía en el aire sobre su cabeza y giraba lentamente.

Era un globo de cristal de tal vez un metro de circunferencia… La corona de su resplandor era tan brillante que resultaba imposible determinar con exactitud

su tamaño. Unas airosas líneas curvadas parecían surcar su superficie, como lineas de longitud y latitud… *y, ¿por qué no?* —pensó Jack, todavía inmerso en un profundo asombro y admiración—. *Es el mundo, TODOS los mundos, en microcosmo. Más: es el eje de todos los mundos posibles.*

Cantaba, giraba; *ardía.*

Jack permaneció debajo de él, inundado por su calor y una clara sensación de fuerza bienhechora; permaneció como en un sueño, sintiendo fluir hacia él aquella fuerza como la clara lluvia de primavera que despierta el poder oculto en un billón de semillas minúsculas. Jack Sawyer sintió una portentosa alegría cruzar su mente consciente como un cohete y levantó ambas manos sobre su cara alzada, riendo, tanto en respuesta a aquella alegría como en una imitación de su estallido.

—*¡Ven a mi, entonces!* —gritó y se fundió

(¿atravesando? ¿cruzando?)

con Jason.

—*¡Ven a mí, entonces!* —volvió a gritar, en la lengua dulcemente líquida y como deslizante de los Territorios; lo gritó riendo, pero con lágrimas rodando por sus mejillas. Y comprendió que la búsqueda había comenzado con el otro muchacho y con él debía terminar, así que se soltó y volvió a fundirse con Jack Sawyer.

Encima de él, el Talismán oscilaba en el aire, girando con lentitud y emitiendo luz y calor y una sensación de auténtica bondad, de *blancura.*

—*¡Ven a mí!*

El Talismán empezó a descender por el aire.

9

Así, después de muchas semanas, penosas aventuras, oscuridad y desesperación; después de encontrar amigos y de perderlos; después de días de arduo trabajo y noches pasadas durmiendo en húmedos almiares; después de enfrentarse a los demomos de lugares tenebrosos (algunos de los cuales vivían en la fisura de su propia alma); después de todas esas cosas, así fue como llegó

el Talismán a manos de Jack Sawyer.

Lo contempló bajar y aunque no sentía el menor deseo de huir, tuvo una sobrecogedora impresión de mundos en peligro, mundos en la balanza. ¿Era real su faceta de Jason?. El hijo de la Reina Laura había sido asesinado; era un fantasma cuyo nombre se había convertido en una fórmula de juramento entre el pueblo de los Territorios. Sin embargo, Jack decidió que era real. Su búsqueda del Talismán, una búsqueda destinada en un principio a Jason, había prestado realidad a éste durante un tiempo… Jack había tenido realmente un Gemelo, o por lo menos, algo parecido. Si Jason era un fantasma, un fantasma como los caballeros, podía muy bien desaparecer cuando aquel globo radiante y giratorio tocara sus dedos extendidos. Jack lo estaría matando otra vez.

No te preocupes, Jack, susurró una voz, una voz cálida y clara. Continuaba bajando, un globo, un mundo, *todos* los mundos… era la gloria y el calor, era la bondad, era la resurrección de lo blanco. Y, como siempre ha ocurrido y siempre ocurrirá con lo blanco, era tremendamente frágil.

Mientras descendía, los mundos giraban en torno a la cabeza de Jack. No parecía irrumpir ahora a través de capas de realidad, sino ver todo un cosmos de realidades, todas superpuestas, unidas como una camisa de

(realidad)

cota de mallas.

Alargas los brazos hacia un universo de mundos, un cosmos de bondad, Jack —esta voz era de su padre—. *No lo dejes caer, hijo. Por el amor de Jasan, no lo dejes caer.*

Mundos sobre mundos sobre mundos, algunos magníficos, otros infernales, todos iluminados por un momento por la luz blanca y cálida de esta estrella que era un globo de cristal surcado por finas líneas grabadas. Descendía lentamente por el aire hacia los dedos extendidos y temblorosos de Jack Sawyer.

—*¡Ven a mí!* —le gritó, tal como le había cantado el globo—.

¡Ven a mi ahora!

Estaba a un metro sobre sus manos, marcándolas con su calor suave y curativo; ahora a medio metro; ahora a treinta centímetros. Vaciló un momento, con un leve movimiento de rotación y el eje un poco ladeado, y Jack pudo ver

los brillantes y móviles contornos de continentes, océanos y casquetes polares en su superficie. Vaciló… y después se deslizó lentamente hacia las manos levantadas del muchacho.

Capítulo 43

NOTICIAS DE TODAS PARTES

1

Lily Cavanaugh, que se había sumido en un sueño intranquilo después de imaginar que oía la voz de Jack en el piso de abajo, se incorporó en la cama con un sobresalto. Por primera vez en muchas semanas, un brillante rubor coloreó sus mejillas pálidas como la cera y en sus ojos centelleó una loca esperanza.

—¿Jason? —jadeó y en seguida frunció el ceño; éste no era el nombre de su hijo, pero en el sueño del que acababa de despertar tenía un hijo con este nombre y ella también era otra persona. El efecto de los medicamentos, claro. Las drogas le inspiraban pesadillas.

—¿Jack? —rectificó—. Jack, ¿dónde estás?

No hubo respuesta, pero le había *presentido,* adquirido el convencimiento de que estaba vivo. Por primera vez en mucho tiempo —seis meses, tal vez— se sintió realmente bien.

—Jack-O —dijo, cogiendo los cigarrillos. Los miró un momento y de pronto los lanzó hacia el otro extremo de la habitación, donde cayeron en la chimenea, encima del resto de basura que pensaba quemar aquel mismo día—. Creo que he dejado de fumar por segunda y última vez en mi vida, Jack-O —dijo—. No te vayas, hijito. Tu mamá te quiere.

Y se sorprendió esbozando sin ninguna razón una grande y estúpida sonrisa.

2

Donny Keegan, que tenía servicio de cocina en el Hogar del Sol cuando Lobo escapó de la caja, sobrevivió a aquella terrible noche; George Irwinson, el muchacho que estaba de servicio con él, no fue tan afortunado. Ahora Donny se hallaba en un orfanato más convencional de Muncie, Indiana. A diferencia de otros chicos del Hogar del Sol, Donny era un auténtico huérfano; Gardener se veía obligado a aceptar a unos cuantos para satisfacer al estado.

Ahora, mientras fregaba un pasillo oscuro, sumido en una especie de letargo, Donny levantó de repente la vista y abrió mucho los ojos velados. Fuera, las nubes que habían estado salpicando de nieve ligera los campos agotados de diciembre se abrieron de improviso en el oeste, dando paso a un único y ancho rayo de sol que era terrible y magnífico en su aislada belleza.

—*Tienes razón. ¡Le AMO!* —gritó Donny, triunfante, dirigiéndose a Ferd Janklow, aunque Donny, que tenía demasiados juguetes en su desván para que le cupieran muchos cerebros, ya había olvidado su nombre—. *Es hermoso y le AMO.*

Donny prorrumpió en su risa idiota, sólo que ahora incluso su *risa* era casi hermosa. Algunos chicos se asomaron a sus puertas y le miraron con extrañeza. Su rostro estaba bañado por la luz de aquel único rayo, claro y efímero, y uno de los chicos murmuró después a un amigo íntimo que aquella noche, por un momento, Donny Keegan se había parecido a Jesús.

El momento pasó; las nubes volvieron a cubrir aquel .extraño espacio en el cielo y al atardecer la tímida nevada se convirtió en la primera tormenta de nieve del invierno. Donny había sabido —durante un momento breve lo había sabido — qué significaba aquel sentimiento de amor y triunfo. Lo olvidó de prisa, como se olvidan los sueños al despertar… pero jamás olvidó la impresión en sí, aquel estado casi embriagador de gracia por fin alcanzada y concedida, en vez de prometida y después denegada; aquella sensación de claridad y de amor dulce y maravilloso; aquella impresión de éxtasis ante una nueva aparición de lo blanco.

3

El juez Fairchild, que había enviado a Jack y Lobo al Hogar del Sol, ya no ejercía como juez y en cuanto se hubieran agotado todos los recursos legales, sería encarcelado. Ya no parecía caber la menor duda de que acabaría en la cárcel y de que cumpliría una condena larga. Tal vez cadena perpetua. Era viejo y no gozaba de muy buena salud. Si no hubieran encontrado los malditos *cuerpos…*

Se había mantenido lo más alegre posible en sus circunstancias, pero ahora, mientras se limpiaba las uñas con la larga hoja de su navaja en el estudio de su casa, le dominó una gran oleada de negra depresión. De pronto apartó la navaja de sus gruesas uñas, la miró con expresión pensativa unos momentos y se perforó con la punta la ventana derecha de la nariz. La dejó allí un instante y luego murmuró: «Oh, mierda. ¿Por qué no?» Levantó el puño con una sacudida, enviando la hoja de ocho centímetros a un viaje corto y letal, ensartando primero los senos y después el cerebro.

4

Smokey Updike estaba sentado en un sofá del bar Oatley, repasando facturas y marcando números en su calculadora de Texas Instruments, exactamente igual que el día en que Jack le conoció. Sólo que ahora era por la tarde y Lori servía a los primeros clientes. El tocadiscos automático tocaba *Prefiero una botella delante de mí (que una lobotomía frontal).*

Hubo un momento en que todo fue normal. Al siguiente, Smokey se irguió en su asiento y el sómbrente de papel se le cayó de la cabeza. Se agarró el lado izquierdo de la camiseta blanca, bajo la cual sintió una punzada de terrible dolor, como si le hubiesen clavado en el pecho una púa de plata. *Dios da en sus clavos,* habría dicho Lobo.

En el mismo instante la parrilla explotó y voló súbitamente por los aires con gran estruendo. Acertó un anuncio de Busch y lo arrancó del techo, lanzándolo

contra el suelo. Un fuerte olor a gasolina invadió inmediatamente la parte trasera del bar. Lori gritó.

El tocadiscos automático incrementó su velocidad, 45 revoluciones por segundo, ¡78, 150, 400! El tragicómico lamento femenino se transformó en el veloz parloteo de un grupo de ardillas excitadas en la rampa de lanzamiento de un cohete. Un momento después saltó por los aires la tapa del tocadiscos. Vidrios de colores volaron por todas partes. .

Smokey bajó la vista hacia su calculadora y vio parpadear una sola palabra en la ventanilla roja:

TALISMÁN-TALISMÁN-TALISMÁN-TALISMÁN

Entonces sus ojos explotaron.

—*¡Lori, cierra la llave del gas!* —gritó un cliente, que bajó del taburete y se volvió hacia Smokey—. Smokey, dile que… —El hombre chilló de terror cuando vio brotar sangre de los agujeros donde habían estado los ojos de Smokey Updike.

Un momento después todo el bar Oatley explotó en mil pedazos y cuando llegaron los bomberos de Dogtown y Elmira, la mayor parte del sector comercial de la ciudad era pasto de las llamas.

No fue una gran pérdida, niños, podéis decir amén.

5

En la escuela Thayer, donde ahora reinaba la tranquilidad de siempre (con un breve intervalo que los del campus recordaban sólo como una serie de vagos sueños en cadena), las últimas clases del día acababan de empezar. Lo que en Indiana era una nieve ligera se reducía a una fría llovizna en Illinois. Los estudiantes se mostraban soñadores y pensativos en sus aulas.

De improviso, las campanas de la capilla se pusieron a repicar. Los sueños desvanecidos parecieron renovarse de pronto por todo el campus de la escuela Thayer.

6

Etheridge se hallaba en la clase de matemáticas avanzadas, con la mano apretando y soltando rítmicamente su pene rígido mientras contemplaba con ojos ausentes los logaritmos que el viejo señor Hunkins amontonaba en la pizarra. Estaba pensando en la bonita camarera del pueblo con la que jodería poco después. Llevaba portaligas en vez de medias enteras y accedía encantada a joder con las medias puestas. Ahora Etheridge miró hacia las ventanas, olvidando su erección, olvidando a la camarera de piernas largas y suaves medias de nailon… de repente, sin ninguna razón, se acordó de Sloat, del remilgado Richard Sloat, a quien podría calificar fácilmente de mariquita, pero que no lo era. Se acordó de Sloat y se preguntó si estaría bien. Se le ocurrió pensar que tal vez no estaba muy bien, pues había abandonado la escuela sin ningún pretexto hacía cuatro días y nadie había sabido nada de él desde entonces.

En el despacho del director, el señor Dufrey discutía la expulsión de un muchacho llamado George Hatfield por estafar a su furioso —y rico— padre, cuando las campanas empezaron a tañer a un ritmo distinto del habitual. Cuando enmudecieron, el señor Dufrey se encontró de cuatro patas, con el pelo gris cayéndole sobre los ojos y la lengua colgando entre los labios. El viejo Hatfield estaba en la puerta —de hecho, encogido junto a ella—, con los ojos muy abiertos y la boca de par en par, olvidada su furia en un acceso de temor y extrañeza. El señor Dufrey se había arrastrado en torno a la alfombra, ladrando como un perro.

Albert el Coágulo estaba a punto de prepararse un tentempié cuando las campanas se pusieron a repicar. Miró un momento hacia la ventana, frunciendo el ceño como lo frunce una persona que intenta recordar algo que tiene en la punta de la lengua. Se encogió de hombros y terminó de abrir una bolsa de patatas fritas; su madre acababa de mandarle toda una caja. Abrió mucho los ojos y pensó —sólo un instante, pero fue suficiente— en que la bolsa estaba llena de gusanos blancos, gordos e inquietos.

Se desmayó.

Cuando volvió en sí e hizo acopio de valor para mirar la bolsa, vio que sólo

había sido una alucinación. ¡Claro! ¿Qué, si no? De todos modos, fue una alucinación que ejerció un extraño poder sobre él en el futuro; siempre que abría una bolsa de patatas, o una barra de chocolate o una lata de cecina, veía en su mente aquellos gusanos. En primavera, Albert había perdido quince kilos, jugaba en el equipo de tenis de la Thayer y le habían iniciado en las relaciones sexuales. Albert estaba en éxtasis; por primera vez en su vida pensaba que podría sobrevivir al amor materno.

7

Todos miraron a su alrededor cuando las campanas empezaron a repicar. Algunos rieron, otros fruncieron el ceño, unos pocos prorrumpieron en llanto. Un par de perros aullaron en alguna parte, lo cual era muy extraño porque los perros no estaban permitidos en el campus.

La melodía de las campanas no figuraba entre las computadas, según verificó después el conservador de la capilla. Un bromista sugirió en el número semanal del periódico de la escuela que algún diligente castor había programado la melodía pensando en las vacaciones navideñas.

Era *Ya han vuelto los días felices*.

8

Aunque se consideraba demasiado vieja para quedar embarazada, la madre del Lobo de Jack Sawyer no sangró en la época del Cambio, doce meses atrás, y hacía tres meses que había parido trillizos: una carnada de dos hermanas y un hermano. El parto fue difícil y le causó mucha angustia el conocimiento de que uno de sus hijos mayores estaba a punto de morir. Sabía que aquel hijo se encontraba en el Otro Lugar para guardar el rebaño y que moriría en ese Otro Lugar y no volvería a verle. Esto era muy penoso y durante el parto lloró por algo más que el dolor físico.

Sin embargo, ahora, mientras dormía con sus nuevas crías a la luz de la luna llena, todos, a salvo del rebaño por el momento, se dio la vuelta con una sonrisa, atrajo hacia sí al hermano pequeño y empezó a lamerlo. Éste, pese a estar dormido, rodeó con los brazos el peludo cuello de su madre y apretó la mejilla contra su pecho suave y ambos sonrieron; en su sueño, la madre tuvo un pensamiento humano: *Dios da bien en sus clavos.* Y la luz de la luna de aquel hermoso mundo donde todos los olores eran buenos resplandecía sobre ambos mientras dormían abrazados, con las hermanas de carnada muy cerca de ellos.

9

En la ciudad de Goslin, Ohio (no lejos de Amanda y a unos cincuenta kilómetros al sur de Columbus), un hombre llamado Buddy Parkins limpiaba de excrementos un gallinero a la caída de la tarde. Llevaba una mascarilla de gasa para protegerse la boca y la nariz de la asfixiante nube blanca de guano en polvo que levantaba. El aire apestaba a amoníaco y el hedor le había provocado dolor de cabeza. También le dolía la espalda, porque era alto y el gallinero tenía el techo bajo. Hablando en plata, este trabajo era una mierda y cada uno de sus tres malditos hijos parecía esfumarse cuando se trataba de limpiar el gallinero. Su único consuelo era que ya casi había terminado y…

¡El muchacho! ¡Dios mío! ¡Aquel muchacho!

Recordó de repente, con toda claridad y una especie de vago cariño, al muchacho que había dicho llamarse Lewis Farren y dirigirse a casa de su tía, Helen Vaughan, que vivía en la ciudad de Buckeye Lake; el muchacho que había vuelto la cara hacia Buddy cuando éste le preguntó si había huido de su casa, mostrándole al hacerlo un rostro lleno de una franca bondad y de una belleza asombrosa e inesperada… una belleza que le había hecho pensar en el arco iris vislumbrado al final de las tormentas y en atardeceres al final de jornadas llenas de trabajo y sinsabores, pero completas y no desperdiciadas.

Se enderezó con un suspiro y se golpeó la cabeza contra las vigas con la fuerza suficiente para humedecerle los ojos… pero sonrió absurdamente a pesar de ello. *Oh, Dios mío, ese muchacho está ALLÍ, está ALLÍ,* pensó Buddy

Parkins, y aunque no tenía idea de dónde era «allí», se sintió invadido de repente por la impresión dulce y violenta de la aventura absoluta; nunca, desde que leyera *La isla del tesoro* a la edad de doce años y ahuecara la mano por primera vez sobre el pecho de una chica, no se había sentido tan emocionado, tan excitado, tan lleno de una cálida alegría. Empezó a reír. Dejó caer la pala y, mientras las gallinas le miraban con estúpido asombro, Buddy Parkins dio unos pasos de baile sobre el guano, riendo bajo la mascarilla y haciendo chasquear los dedos.

—¡Está allí! —gritó Buddy Parkins a las gallinas, riendo—. Por todos los diablos, ¡está allí, lo consiguió, después de todo, está allí y *lo tiene en su poder*

Más tarde, casi pensó —casi, pero no del todo— que el hedor de los excrementos de gallina debió emborracharle de alguna manera. Eso *no era* todo, maldición, *no* lo era. Había tenido una especie de revelación, pero ya no podía recordar qué había sido… Quizá algo parecido al caso de aquel poeta británico de quien les había hablado en la escuela un profesor inglés: un tipo que había tomado una gran dosis de opio y empezado a escribir un poema sobre un prostíbulo chino… y cuando se serenó otra vez no pudo terminarlo.

Algo así, pensó, pero sabía que no era lo mismo y aunque no podía recordar con exactitud la causa de la alegría, no olvidó Jamás, como Donny Keegan, el modo en que se presentó, deliciosamente imprevisto… jamás olvidó la impresión dulce y violenta de haber rozado una gran aventura, de haber contemplado por un momento una hermosa luz blanca que tenía, en realidad, todos los colores del arco iris.

10

Hay una vieja canción de Bobby Darin que dice así: *Y la tierra vomita unas raíces / que llevan botas y camisas de dril, ¡ retiradlas… retiradlas.* Es una canción que los niños del área de Cayuga, Indiana, podrían haber entonado con entusiasmo si no hubiera sido popular mucho antes de su tiempo. Hacía poco más de una semana que el Hogar del Sol estaba vacío y ya tenía fama de casa maldita entre los chicos de la localidad, lo cual no era sorprendente, teniendo en

cuenta los espeluznantes restos hallados por los equipos de limpieza cerca de las rocas, al fondo del Campo Lejano. El letrero de EN VENTA colocado por el corredor de fincas local parecía haber estado en la hierba durante un año en vez de sólo nueve días, y el corredor ya había rebajado el precio y consideraba la posibilidad de rebajarlo aún más.

Pero no tendría ocasión de hacerlo. Cuando empezaron a caer las primeras nieves desde el cielo plomizo que se cernía sobre Cayuga (y mientras Jack Sawyer tocaba el Talismán a unos tres mil kilómetros de distancia), los depósitos de gas que había detrás de la cocina explotaron. Un empleado de la Eastern Indiana Gas and Electric había ido la semana anterior y vaciado los depósitos y habría jurado que se podía entrar en dichos depósitos y encender un cigarrillo sin que pasara nada, pero aun así explotaron… en el momento exacto en que las ventanas del bar Oatley caían a la calle hechas añicos (junto con varios clientes que llevaban botas y camisas de dril… que fueron retirados por los equipos de socorro de Elmira).

El Hogar del Sol ardió hasta los cimientos en muy poco rato. ¿Queréis entonar el aleluya?

11

En todos los mundos, algo se movió y cambió de posición como un enorme animal… pero en Point Venuti el animal estaba bajo tierra; le despertaron y empezó a rugir. No volvió a dormirse en los próximos setenta y nueve segundos, de acuerdo con el Instituto de Sismología de CalTech. El terremoto había comenzado.

Capítulo 44

EL TERREMOTO

1

Pasó un rato antes de que Jack se diera cuenta de que el Agincourt se estremecía y se desplomaba a su alrededor y ello no era de extrañar porque estaba aturdido por el asombro. En cierto sentido no se encontraba en el Agincourt ni en Point Venuti ni en el condado de Mendocino ni en California ni en los Territorios americanos ni en los otros Territorios; y sin embargo, estaba en ellos y también en un número infinito de otros mundos y, además, en todos al mismo tiempo. Tampoco estaba en un solo lugar de todos estos mundos, sino por doquier, porque él *era* estos mundos. Por lo visto el Talismán era mucho más de lo que incluso su padre había creído; no sólo el eje de todos los mundos posibles, sino los mundos en sí… los mundos y los espacios que había entre ellos.

Aquí había el trascendentalismo suficiente para volver loco incluso a un santón tibetano que viviera en una cueva. Jack Sawyer estaba en todas partes; Jack Sawyer era todas las cosas a la vez. Una brizna de hierba en un mundo situado a cincuenta mil mundos de distancia de la tierra moría de sed en una pradera del centro de un continente que más o menos correspondía en situación a África; Jack moría con aquella brizna de hierba. En otro mundo, dos dragones copulaban en el centro de una nube suspendida sobre el planeta y el encendido

aliento de su éxtasis se mezclaba con el aire frío y provocaba lluvias e inundaciones en el suelo. Jack era el dragón macho; Jack era el dragón hembra; Jack era el esperma; Jack era el óvulo. Muy lejos en el éter, a un millón de universos de distancia, tres motas de polvo flotaban en grupo en el espacio interestelar. Jack era el polvo y Jack era el espacio que lo rodeaba. En torno a su cabeza se abrían las galaxias como largos rollos de papel y el destino las perforaba al azar, convirtiéndolas en rollos de pianola macrocósmicos que podían tocar cualquier cosa, desde el *ragtime* al canto fúnebre. Jack hundía los dientes ávidos en una naranja; la carne mordida de Jack gritaba bajo los dientes. Era un trillen de motas de polvo bajo un billón de camas. Era una cría de canguro que soñaba con su vida anterior en la bolsa de su madre mientras ésta brincaba por una llanura de color púrpura donde corrían y retozaban conejos grandes como ciervos. Era jamón de un jarrete en Perú y los huevos incubados por las gallinas del gallinero de Ohio que estaba limpiando Buddy Parkins. Era el guano que empolvaba la nariz de Buddy Parkins y los pelos temblorosos que pronto le harían estornudar; era el estornudo; era los gérmenes del estornudo; era los átomos de estos gérmenes; era las partículas elementales de los átomos que viajaban hacia atrás en el tiempo hasta el *big bang* al principio de la creación.

Su corazón daba un vuelco y mil soles explotaban y se convertían en novas. Vio una miríada de gorriones en una miríada de mundos y marcó la caída o el progreso de cada uno de ellos.

Murió en el infierno de las minas de los Territorios.

Vivió como un virus de la gripe en la corbata de Etheridge

Corrió con el viento a lugares remotos.

Era…

Oh, era…

Era Dios. Dios o algo tan parecido que no habla diferencia. ¡No! —gritó Jack, aterrorizado—. *¡No quiero ser Dios. ¡Por favor, por favor, no quiero ser Dios, SOLO QUIERO SALVAR LA VIDA DE MI MADRE!*

Y de repente el infinito se cerró como una baraja en manos de un fullero. Se estrechó hasta reducirse a un rayo de luz blanca y cegadora y Jack lo siguió hasta el salón de baile de los Territorios, donde sólo habían transcurrido unos segundos. Todavía llevaba el Talismán en las manos.

2

Fuera, la tierra había empezado a contonearse como una bailarina de feria. La incipiente pleamar cambió de idea y se retiró a toda prisa, dejando al descubierto la arena tostada por el sol como los muslos de una aspirante a estrella. Sobre la arena saltaban unos peces extraños que parecían gelatinosos coágulos de ojos.

Las montañas de detrás de la ciudad eran teóricamente de roca sedimentaria, pero cualquier geólogo que les hubiera echado un vistazo habría dicho en seguida que estas rocas estaban tan lejos de ser sedimentarias como los nuevos ricos de los Cuatrocientos. Las montañas de Point Venuti eran en realidad fango con una erección y ahora se resquebrajaron y dividieron en mil absurdas direcciones. Se mantuvieron erguidas un momento, mientras las grietas se abrían y cerraban como bocas, y de pronto empezaron a bajar en avalancha hacia el pueblo. Lluvias de suciedad bajaron por la pendiente y entre la suciedad había rocas tan grandes como las fábricas de neumáticos Toledo.

La Brigada de Lobos de Morgan había sido diezmada por el imprevisto ataque a Camp Readiness de Jack y Richard. Ahora su número se redujo aún más cuando muchos de ellos echaron a correr, gimiendo con temor supersticioso. Algunos se catapultaron a su propio mundo y una parte de ellos consiguió huir, pero la mayoría fueron succionados por los solevantamientos. Una cadena de cataclismos similares ocurrió en todos los mundos, como programados por un agrimensor. Un grupo de tres Lobos ataviados con chaquetas de motorista de los Fresno Demons llegaron hasta su coche —un viejo Lincoln Mark IV— y consiguieron recorrer una manzana y media, al son de la trompeta de Harry James retransmitida por una cassette, antes de que cayera del cielo un gran trozo de piedra que aplastó completamente el vehículo.

Otros se limitaron a correr, gritando, por las calles, víctimas del cambio. La mujer de las cadenas en los pezones paseaba serenamente delante de ellos, arrancándose mechones de pelo rubio. De pronto ofreció uno de estos mechones a un Lobo; las raíces ensangrentadas oscilaban como puntas de algas mientras ella trataba de mantenerse en equilibrio sobre el suelo movedizo.

—¡Toma! —gritó, sonriendo serenamente—. ¡Un ramillete para ti!

El Lobo, nada sereno, la decapitó de un mordisco y siguió corriendo calle abajo.

3

Jack estudió el objeto que sostenía, atónito como un niño que ve a un tímido animal del bosque acercarse a él y comer de su mano.

Resplandecía entre sus palmas, centelleante.

Sigue los latidos de mi corazón, pensó.

Parecía hecho de cristal, pero su tacto era un poco blando. Lo apretó y cedió ligeramente. El color se extendió a partir de los puntos de presión en deliciosas ondas: azul oscuro del lado de su mano izquierda y carmesí del de la derecha. Sonrió… pero la sonrisa se borró en seguida.

Puedes matar a un billón de personas haciendo esto… incendios, inundaciones. Dios sabe qué. Recuerda el edificio que se derrumbó en Angola, Nueva York, después de que… No, Jack —murmuró el Talismán, y Jack comprendió por qué había cedido bajo la suave presión de sus manos. Estaba vivo, claro que sí—. *No, Jack: todo irá bien… todo irá bien… todas las cosas irán bien. Sólo has de creer; ser fiel; resistir; no desfallecer ahora.*

Paz en su interior… oh, una paz tan profunda…

Arco iris, arco iris, arco iris, pensó Jack y se preguntó si podría alguna vez decidirse a soltar este maravilloso juguete.

4

En la playa, bajo el paseo entablado, Gardener se había echado de bruces, dominado por el terror. Sus dedos escarbaban en la arena suelta. Lloriqueaba.

Morgan se tambaleó hasta él como un borracho y arrancó el transmisor del hombro de Gardener.

—*¡Quedaos fuera!* —vociferó al micrófono y entonces se dio cuenta de que

había olvidado pulsar la tecla de EMISIÓN y lo hizo ahora—. ¡QUEDAOS FUERA! ¡SI INTENTÁIS SALIR DEL PUEBLO, LAS MALDITAS MONTAÑAS CAERÁN SOBRE VUESTRAS CABEZAS! ¡BAJAD HASTA AQUÍ! ¡VENID A MI LADO! ¡TODO ESTO NO ES MÁS QUE UN PUÑADO DE MALDITOS EFECTOS ESPECIALES! ¡BAJAD AQUÍ! ¡FORMAD UN CIRCULO EN TORNO A LA PLAYA! ¡LOS QUE VENGAN SERÁN RECOMPENSADOS! ¡LOS QUE NO VENGAN MORIRÁN EN LAS MINAS Y EN LAS TIERRAS ARRASADAS! ¡BAJAD AQUÍ! ¡EL CAMINO ESTÁ EXPEDITO! ¡AQUÍ NO PODRÁ CAER NADA SOBRE VOSOTROS! ¡BAJAD AQUÍ, MALDITA SEA!

Tiró el transmisor, que se partió en dos. Escarabajos de largas antenas empezaron a salir de él a docenas.

Se agachó y tiró de Gardener, que chillaba y tenía el rostro lívido.

—Arriba, hermosura —dijo.

5

Richard gritó, todavía inconsciente, cuando la mesa sobre la que yacía le tiró al suelo. Jack oyó el grito, que le distrajo de su fascinada contemplación del Talismán.

Se dio cuenta de que el Agincourt crujía como un buque en plena tempestad. A su alrededor se desprendían los listones de madera, dejando al descubierto polvorientas vigas que oscilaban de un lado a otro como lanzaderas en un telar. Gusanos albinos se retorcían y alejaban de la clara luz del Talismán.

—*¡Ya voy, Richard!* —gritó y empezó a cruzar la habitación, tambaleándose. Se cayó una vez, pero manteniendo en alto la resplandeciente esfera, pues sabía que era vulnerable… Si recibía un golpe lo bastante fuerte, se rompería y sólo Dios conocía las consecuencias. Cayó sobre una rodilla y luego sentado, pero logró ponerse de nuevo en pie.

Desde abajo, Richard volvió a gritar.

—*¡Richard! ¡Ya voy!*

Arriba sonaron una especie de cascabeles. Jack levantó la vista y vio que el

candelabro oscilaba como un péndulo; el sonido provenía de los colgantes de cristal. En aquel mismo instante la cadena se rompió y cayó sobre el pavimento inestable como una bomba de diamantes en lugar de explosivo. El cristal se diseminó por doquier.

Jack dio media vuelta y salió de la habitación a grandes zancadas; parecía un cómico de opereta interpretando a un marinero borracho.

Enfiló el pasillo. Primero fue lanzado contra una pared y luego contra la otra mientras el suelo se resquebrajaba y abría. Cada vez que chocaba contra la pared apartaba de sí el Talismán, con los brazos como tenazas que sostuvieran un carbón encendido.

Nunca lograrás bajar las escaleras.Debo hacerlo. Debo hacerlo.

Llegó al rellano donde se había enfrentado con el caballero negro. El mundo se movió en otra dirección; Jack se tambaleó y vio rodar el yelmo por el suelo y desaparecer.

Jack continuó mirando hacia abajo. Las escaleras se movían en oleadas grandes y retorcidas que le provocaban náuseas. Un listón de madera se desprendió, dejando un agujero negro y tembloroso.

—¡Jack!—¡Ya voy, Richard!No podrás bajar por esas escaleras. Es imposible, muchachito.He de hacerlo. He de hacerlo.

Sosteniendo en las manos el precioso y frágil Talismán, Jack empezó a bajar un tramo de escalera, que ahora parecía una alfombra voladora árabe en el centro de un ciclón.

Los escalones subían y bajaban y Jack fue .lanzado hacia el mismo agujero por el que había caído el yelmo del caballero negro. Gritó y trató de saltar hacia atrás, sosteniendo el Talismán contra su pecho con una mano y agitando la izquierda en el aire. Agitándola en vano ya que pisó el vacío y cayó hacia atrás.

6

Habían pasado cincuenta segundos desde que empezara el terremoto. Sólo cincuenta segundos… pero los supervivientes de un terremoto cuentan que el tiempo objetivo, el tiempo de reloj, pierde todo su sentido durante un temblor de

tierra. Tres días después del terremoto de 1964 en Los Angeles, un reportero de la televisión preguntó a un superviviente que había estado cerca del epicentro cuánto había durado el seísmo.

—Todavía dura —contestó con calma el superviviente.

Sesenta y dos segundos después de que empezara el terremoto, casi todas las montañas de Point Venuti decidieron obedecer al destino y convertirse en las llanuras de Point Venuti. Cayeron sobre la ciudad con un fragor sordo, dejando un único saliente de roca algo más dura que apuntaba al Agincourt como un dedo acusador. Desde una de las colinas desplomadas, una sucia chimenea sobresalía en el aire como un pene obsceno.

7

En la playa, Morgan Sloat y Sol Gardener se apoyaban el uno en el otro, dando la impresión de que bailaban el huía. Gardener se había descolgado del hombro el Weatherbee. Se les habían unido unos cuantos Lobos, con ojos desorbitados por el terror o brillantes de rabia demoníaca. Se acercaban otros. Todos habían cambiado o se hallaban en pleno cambio. La ropa les pendía en harapos. Morgan vio a uno de ellos tirarse al suelo y empezar a morderlo, como si la tierra temblorosa fuera un enemigo al que pudiera matar. Morgan contempló esta locura y desvió la mirada. Un camión con las palabras NIÑO SALVAJE escritas en los lados con letras psicodélicas cruzó a toda marcha la plaza de Point Venuti, donde en otro tiempo los niños pedían helados a sus padres y ondeaban banderines decorados con la fachada del Agincourt. El camión se dirigió al lado opuesto de la plaza, se subió a la acera y continuó su loca carrera hacia la playa, atravesando las vallas de solares en venta. La tierra se abrió en una última grieta y el NIÑO SALVAJE que había matado a Tommy Woodbine desapareció para siempre, con el capó hacia abajo. Brotó una llamarada cuando explotó el depósito de carburante. Al verlo, Sloat pensó vagamente en una disertación de su padre sobre el Fuego de Pentecostés. Entonces la tierra se cerró de repente.

—Sujétate bien —gritó a Gardener—. Creo que el edificio va a desplomarse encima de él y aplastarle, pero si logra salir, tú le disparas, tanto si el terremoto

sigue como si no.

—¿Sabremos si ESO se rompe? —chilló Gardener. Morgan Sloat sonrió como un jabalí en un cañaveral.

—Lo sabremos —contestó—. El sol se volverá negro. Setenta y cuatro segundos.

8

La mano izquierda de Jack intentó agarrarse a los ruinosos restos del pasamanos. El Talismán resplandecía contra su pecho y las líneas de latitud y longitud que lo circundaban despedían el mismo brillo que los filamentos de alambre de una bombilla encendida. Los tacones se le ladearon y las suelas empezaron a deslizarse.

¡Me caigo, Speedy! Voy a…

Setenta y nueve segundos.

Paró.

De repente, paró.

Sólo que para Jack, como para aquel superviviente del terremoto de 1964, aún continuaba, por lo menos en una parte de su cerebro. En una parte de su cerebro la tierra continuaría temblando para siempre como un pedazo de gelatina.

Evitó al agujero, echándose atrás, y fue tambaleándose hasta el centro de la retorcida escalera, jadeando, con la cara brillante de sudor, abrazando contra su pecho la resplandeciente estrella del Talismán. Se detuvo y escuchó el silencio.

En alguna parte, algo pesado —tal vez un escritorio o una cómoda— que se había bamboleado al borde del vacío, cayó con un ruido ensordecedor.

—*¡Jack! ¡Te lo ruego! ¡Creo que me estoy muriendo!* —La voz plañidera y débil de Richard sonaba como si el muchacho se hallara en efecto muy cerca de la muerte.

—*¡Ya voy, Richard!*

Empezó a bajar las escaleras, que ahora eran irregulares, inclinadas e inseguras. Faltaban muchos escalones y era preciso saltar hasta el siguiente. En

un lugar faltaban cuatro seguidos y tuvo que saltar con una mano apoyada en la vacilante barandilla y la otra apretando el Talismán contra su pecho.

Aún seguían cayendo cosas. Trozos de cristal se estrellaban y tintineaban entre sí. En alguna parte sonaba el agua de un retrete, chorreando con insistencia una y otra vez.

El mostrador de madera de secoya del vestíbulo estaba partido por el centro. La puerta, sin embargo, abierta de par en par, dejaba entrar una brillante franja de sol y la vieja y húmeda alfombra parecía chisporrotear y despedir vapor en protesta por aquella luz.

Ha aclarado —pensó Jack—. *Fuera luce el sol.* Y después: *Vamos a salir por esa puerta, Richie, muchacho. Tú y yo. Muy derechos y aún más orgullosos.*

El pasillo al que daba el bar Garza y que conducía al comedor le recordó los decorados de los viejos espectáculos del barrio antiguo, donde reinaba el desorden y la suciedad. Aquí el suelo se inclinaba hacia la izquierda o hacia la derecha o formaba dos montículos como las jorobas de un camello. El Talismán iluminaba la penumbra como la linterna más grande del mundo.

Empujó la puerta del comedor y vio a Richard tendido en el suelo y hecho un lío con el mantel. Le salía sangre de la nariz. Al acercarse, vio que una de las pústulas se había abierto y unos gusanos blancos salían de ella y se arrastraban por las mejillas de Richard. En aquel instante, uno salió de la larva sobre su nariz.

Richard gritó, con un sonido débil e incoherente como un estertor, y se lo arrancó. Fue el grito de alguien que agoniza de dolor.

Bajo su camisa pululaban aquellos bichos, hinchándola y arrugándola.

Jack corrió, tropezando, hacia él… y la araña, colgada en las tinieblas, escupía a ciegas su veneno.

—*¡Maldito ladrón!* —farfulló con su voz de insecto, lastimera y monótona —. *¡Oh, maldito ladrón, devuélvelo a su sitio, devuélvelo a su sitio!*

Sin pensarlo, Jack levantó el Talismán. Éste proyectó sus puros y blancos destellos —fuego de arco iris— y la araña se arrugó y ennegreció. En cuestión de un segundo se convirtió en un trozo minúsculo de carbón humeante que osciló y al final se detuvo en el aire.

No había tiempo de abstraerse ante este portento. Richard estaba moribundo.

Jack se acercó a él, se arrodilló a su lado y apartó el mantel como si fuera

una sábana.

—Por fin lo hemos conseguido, compinche —murmuró, intentando no ver los gusanos que salían a rastras de la carne de Richard. Levantó el Talismán, pensó un momento y entonces lo puso sobre la frente de Richard. Éste gritó con desesperación y se contorsionó para esquivarlo, pero Jack le sujetó poniéndole el brazo sobre el pecho y no fue difícil dominarle. Los gusanos que se quemaron bajo el Talismán despidieron un horrible tufo.

¿Y ahora qué? Puedo hacer algo más, pero, ¿qué?

Miró a su alrededor y posó la vista sobre la canica verde que dejara en poder de Richard, la canica que era un espejo mágico en el otro mundo. Ante sus ojos rodó por sí sola unos dos metros y luego se detuvo. Rodó, sí; rodó porque era una canica y las canicas ruedan. Son redondas, redondas como el Talismán.

En su mente aturdida se hizo la luz.

Sin soltar a Richard, Jack hizo rodar lentamente el Talismán a lo largo de su cuerpo. Cuando llegó al pecho, Richard dejó de luchar. Jack creyó que se había desmayado, pero una rápida ojeada le demostró que no era así. Richard le miraba con una incipiente comprensión…

¡… y los *granos de su cara habían desaparecido! ¡Los chichones duros y rojos estaban palideciendo!*

—¡Richard! —exclamó, riendo como un loco—. ¡Richard, mira esto! ¡Buana hacer magia!

Hizo rodar despacio el Talismán por el vientre de Richard, dirigiéndolo con la palma. El Talismán resplandecía y cantaba una clara y muda sinfonía de salud y curación. Lo bajó hasta la ingle; entonces juntó las piernas de Richard y lo pasó por el hueco que quedaba entre ellas hasta los tobillos. El Talismán resplandecía, primero con luz azulada… después roja… amarilla… y verde como la hierba de los prados en junio.

Y al final volvió a ser blanca.

—Jack —susurró Richard—. ¿Es esto lo que hemos venido a buscar?

—Sí.

—Es hermoso —dijo Richard, y añadió, vacilante—: ¿Puedo sostenerlo?

Jack experimentó un súbito sentimiento de mezquindad. Apretó contra sí el Talismán durante unos segundos. *¡No! ¡Podrías romperlo! Además, ¡es mío! ¡He atravesado todo el país por él! ¡He luchado contra los caballeros por él! ¡No*

puedes cogerlo! ¡Es mío! ¡Mío! ¡Mí…!

Sintió de repente que el Talismán irradiaba en sus manos un frío terrible y durante un momento —un momento más temible para Jack que todos los terremotos de todos los mundos pasados o futuros— se tino de un negro gótico. Su luz blanca se extinguió y en su rico y portentoso interior tanatrópico vio el hotel negro.

Los símbolos cabalísticos —lobo, cuervo y estrella genital retorcida— volvieron a ser torrecillas, almenas y aleros, hinchados como verrugas llenas de espesos y malignos jugos.

¿Querrías ser el nuevo Agincourt? —murmuró el Talismán—. *Incluso un muchacho puede convertirse en hotel… si tal es su deseo.*

Oyó con claridad la voz de su madre en la cabeza: Si *no quieres compartirlo, Jack-O, si no te atreves a confiarlo a tu amigo, será mejor que te quedes donde estás. Si no te atreves a compartir el premio —a arriesgarlo—, no te molestes siquiera en volver a casa. Los chicos oyen esta misma cantinela toda su vida, pero cuando llega la hora de estar a la altura o cerrar el pico, nunca es la misma, ¿verdad? Si no eres capaz de compartirlo, déjame morir, compañero, porque no quiero vivir a este precio.*

El peso del Talismán se le antojó de pronto inmenso, el peso de muchos cuerpos muertos. Sin embargo, Jack pudo levantarlo y ponerlo en las manos de Richard, que a pesar de ser blancas y esqueléticas, lo sostuvieron con facilidad y Jack comprendió que la sensación de peso había sido producto de su imaginación, de su mezquindad retorcida y enfermiza. Cuando el Talismán volvió a centellear con su gloriosa luz blanca, Jack sintió desvanecerse la oscuridad de su propio interior. Se le ocurrió vagamente que sólo se puede expresar la propiedad de una cosa renunciando libremente a ella… pero este pensamiento se esfumó en seguida.

Richard sonrió y la sonrisa embelleció su cara. Jack había visto sonreír a Richard muchas veces, pero en esta sonrisa había una paz que antes no estaba presente, una paz que escapaba a su comprensión. Vio a la luz blanca y bienhechora del Talismán que el rostro de Richard, aunque todavía enfermo y demacrado, se estaba curando. Richard abrazó al Talismán como si fuera un niño pequeño y sonrió a Jack con los ojos brillantes.

—Si *esto* es el Expreso de Seabrook Island —dijo—, quizá compre un billete

para toda la temporada. Si salimos alguna vez de aquí.

—¿Te encuentras mejor?

La sonrisa de Richard casi resplandeció como la luz del Talismán.

—*Mundos* mejor —contestó—. Ahora ayúdame a levantarme, Jack.

Jack se dispuso a cogerle por el hombro. Richard le alargó el Talismán.

—Será mejor que lo cojas antes. Aún estoy débil y él quiere volver contigo. Lo siento.

Jack lo cogió y ayudó a Richard a levantarse. Richard le pasó un brazo por el cuello.

—¿Listo… *compinche?*

—Sí —dijo Richard—. Listo. Pero tengo la impresión de que la ruta por mar está descartada, Jack. Creo que he oído derrumbarse la terraza durante el gran fragor.

—Saldremos por la puerta principal —anunció Jack—. Aunque Dios tendiera un puente sobre el océano, desde las ventanas hasta la playa, yo saldría por la puerta principal. No estamos huyendo de este lugar, Richie; salimos como huéspedes de pago. Tengo la sensación de haber pagado mucho. ¿Qué crees tú?

Richard extendió su mano delgada, con la palma para arriba. Aún quedaban algunas manchitas rojas.

—Creo que debemos intentarlo —respondió—. Chócala, Jacky. Jack descargó la palma sobre la de Richard y ambos se dirigieron hacia el pasillo; Richard seguía con el brazo en tomo al cuello de Jack.

A medio camino del vestíbulo, Richard se fijó en los escombros de metal.

—¿Qué diablos es esto?

—Latas de café —sonrió Jack—. De la mejor clase.

—Jack, ¿qué diablos significa est…?

—Olvídalo, Richard —contestó Jack. Sonreía y seguía sintiéndose feliz, pero aun así la tensión volvía a entumecer su cuerpo. El terremoto había pasado… pero no del todo. Ahora los esperaba Morgan. Y Gardener.

No importa. Que ocurra lo que tenga que ocurrir. Llegaron al vestíbulo y Richard miró con asombro las escaleras, el destrozado mostrador de recepción, los trofeos y los banderines caídos. La cabeza disecada de un oso negro tenía el hocico insertado en un casillero de cartas, como oliendo algo bueno… miel, quizá.

—Caramba —exclamó Richard—. Casi no ha quedado nada entero.

Jack condujo a Richard hacia la puerta de doble batiente y observó la mirada ávida que su amigo dirigió a la pequeña franja de luz solar.

—¿Estás realmente preparado para esto, Richard?

—Sí.

—Tu padre está ahí fuera.

—No, no está. Ha muerto. Lo único que queda de él es su… ¿cómo lo llamas? Su Gemelo.

—Oh.

Richard asintió con la cabeza. A pesar de la proximidad del Talismán, volvía a parecer exhausto.

—Si.

—Es probable que se organice una buena pelea.

—Bueno, haré lo que pueda.

—Te quiero, Richard. Richard sonrió débilmente.

—Yo también te quiero, Jack. Ahora salgamos antes de que pierda el valor.

9

Sloat creía realmente tenerlo todo bajo control: la situación, claro, pero aún más importante, a sí mismo, y continuó creyéndolo hasta que vio a su hijo, débil, enfermo, pero todavía vivo, salir del hotel negro con el brazo al cuello de Jack Sawyer y la cabeza apoyada en su hombro.

Sloat también creía tener por fin bajo control sus sentimientos hacia el chico de Phil Sawyer —su furia anterior había sido la causa de que Jack se le escapara de las manos, primero en el pabellón de la Reina y después en el medio oeste; por todos los diablos, había cruzado Ohio sin sufrir ningún daño— y Ohio estaba a un paso de Orris, la otra fortaleza de Morgan. Pero la furia le había inducido a actuar sin el menor control y el muchacho se le había escurrido. Después consiguió reprimirla, pero ahora volvía a surgir con ímpetu maligno y desenfrenado. Era como si alguien hubiese añadido queroseno a un incendio casi extinguido.

Su hijo, todavía vivo. Su amado hijo, a quien pensaba legar el gobierno de mundos y universos, apoyado en el hombro de Sawyer.

Y esto no era todo. En las manos de Sawyer brillaba y refulgía el Talismán, como una estrella caída sobre la tierra. Sloat podía sentirlo incluso desde aquí; era como si el campo de gravitación del planeta se hubiera acrecentado de repente, empujándole hacia abajo, haciendo palpitar con fuerza su corazón; como si el tiempo se hubiera acelerado, resecando su carne y velando sus ojos.

—*¡Duele!* —gimió a su lado Gardener.

La mayoría de Lobos que habían sobrevivido al terremoto y estaban agrupados en torno a Morgan, se apartaban ahora con las manos en la cara. Un par de ellos vomitaba con violencia.

Morgan sintió un pavor momentáneo… y entonces la furia, la excitación y la locura alimentadas por sus grandiosos sueños de poder absoluto derribaron la estructura de su autodominio.

Se llevó los pulgares a las orejas y los introdujo en ellas hasta hacerse daño. Entonces sacó la lengua y meneó los dedos en dirección a Jack el Sucio Hijo de Puta y Víctima Inminente Sawyer. Al cabo de un momento sus dientes superiores bajaron como un telón y cortaron la punta de su lengua, pero Sloat apenas lo notó, pues estaba agarrando a Gardener por el chaleco antibalas.

El rostro de Gardener expresaba un terror demente.

—Han salido, LO tiene, Morgan… mi señor… debemos huir… *debemos* huir…

—¡MÁTALE! —le gritó Morgan—. ¡MÁTALE DE UN TIRO, MALDITO MARICÓN ETÍOPE, ÉL MATÓ A TU HIJO! ¡MÁTALE Y DESTRUYE EL MALDITO TALISMÁN! ¡DISPÁRALE A LOS BRAZOS Y RÓMPELO!

Ahora Sloat empezó a bailar por delante de Gardener con una mueca horrible en la cara, los pulgares otra vez en las orejas, los dedos meneándose a ambos lados de la cabeza y la lengua amputada entrando y saliendo de su boca como uno de aquellos silbatos de cotillón que se desenrollan con un pitido. Parecía un niño con instintos asesinos… cómico y al mismo tiempo espantoso.

—¡MATÓ A TU HIJO! ¡VENGA A TU HIJO! ¡MÁTALE! ¡MATASTE A SU PADRE, MÁTALE A ÉL AHORA!

—Reuel —dijo Gardener con acento pensativo—. Sí, mató a Reuel. Es el bastardo más malvado que ha vivido jamás. *Todos* los chicos. Axiomático. Pero

él… *él.*…

Se volvió hacia el hotel negro y levantó el Weatherbee hasta su hombro. Jack y Richard habían llegado al final de la retorcida escalinata de entrada y se disponían a enfilar la ancha avenida,lisa hasta hacía unos minutos y ahora llena de agujeros. Vistos a través del punto de mira, los dos muchachos eran grandes como caravanas.

—¡MÁTALE! —vociferó Morgan, sacando otra vez la lengua ensangrentada y profiriendo un horrible y triunfante sonido de parvulario: *¡Yadda-yadda-yadda-yah!* Sus pies, calzados con sucias zapatillas de Gucci, saltaban arriba y abajo. Uno de ellos pisó la punta cortada de su lengua y la hundió más en la arena.

—¡MÁTALE! ¡MÁTALE! —aulló Morgan.

La boca del Weatherbee describió pequeños círculos, como cuando Gardener apuntaba al caballo de caucho. Por fin se detuvo. Jack llevaba el Talismán apretado contra su pecho; el hilo del retículo apuntaba a su luz circular y centelleante. El proyectil lo atravesaría por el centro, destrozándolo, y el sol se volvería negro… *pero antes* —pensó Gardener— *veré explotar el pecho del chico más malo de todos.*

—Es carne muerta —murmuró Gardener, apretando el gatillo del Weatherbee.

10

Richard levantó la cabeza con un gran esfuerzo y el reflejo del sol deslumhró sus ojos.

Dos hombres. Uno con la cabeza un poco ladeada, el otro ejecutando una especie de baile. De nuevo aquel rayo de sol y Richard comprendió. Comprendió… y vio que Jack miraba hacia el lugar equivocado, hacia las rocas donde yacía Speedy.

—*¡Jack, cuidado!* —gritó.

Jack miró a su alrededor, sorprendido.

—¿Qué…?

Sucedió con rapidez y Jack se lo perdió completamente. Richard lo vio y lo comprendió, pero nunca pudo explicarlo con exactitud a Jack. El rayo de sol volvió a esquivar el punto de mira *del* rifle; esta vez el reflejo cayó de pleno en el Talismán y el Talismán lo proyectó directamente hacia el tirador. Esto fue lo que Richard contó más tarde a Jack, pero fue como decir que el edificio del Empire State tiene varios pisos.

El Talismán no se limitó a reflejar el rayo de sol; lo *aumentó*, de algún modo y envió una gruesa franja de luz como un rayo mortal en una película sobre el espacio. Permaneció en el aire sólo un segundo pero quedó grabada en la retina de Richard durante casi una hora, primero blanca y después verde, azul y, finalmente, al desvanecerse, amarilla como la luz del sol.

11

—Es carne muerta —murmuró Gardener y, de repente, el punto de mira se convirtió en una llamarada. Las gruesas lentes se hicieron añicos. Trozos de cristal rundido y humeante se clavaron en el ojo derecho de Gardener. Los proyectiles del cargador del Weatherbee explotaron, partiendo el arma en dos. Uno de los fragmentos de metal amputaron la mayor parte de la mejilla derecha de Gardener. Otros pedazos de acero volaron en remolino alrededor de Sloat, dejándole increíblemente indemne. Sólo quedaban tres Lobos y ahora dos de ellos echaron a correr. El tercero yacía muerto boca arriba, con los ojos fijos en el cielo. El gatillo del Weatherbee estaba clavado entre sus ojos.

—¿Qué? —chilló Morgan, abriendo la boca sanguinolenta—. ¿Qué? ¿Qué?

Gardener tenía el aspecto grotesco de Wile E. Coyote en los dibujos animados de Roadrunner después de que fallara uno de sus artilugios de la Compañía Acmé.

Tiró el resto del arma y Sloat vio que a la mano izquierda de Gard le faltaban todos los dedos.

Gardener se sacó la camisa del pantalón con gestos delicados y femeninos de su mano derecha. En la cintura llevaba una funda de cuchillo, estrecha y tina, de piel de cabritilla; Gardener extrajo de ella un mango de marfil, ribeteado de

acero. Apretó un botón y salió disparada una hoja delgada de diecisiete centímetros de longitud.

—Malo —murmuró—, ¡malo! —Empezó a levantar la voz—. ¡Todos los chicos! *¡Malos! ¡Es axiomático!* ¡ES AXIOMÁTICO! —Echó a correr hacia la avenida del Agincourt, donde estaban Jack y Richard y su voz continuó alzándose hasta que fue un chillido estridente y febril.

—¡MALO! ¡MALVADO! ¡MALO! ¡MALVADO! ¡MAAALO! ¡MAA…! Morgan permaneció quieto un momento más y entonces agarró la llave que colgaba de su cuello. Dio la impresión de que al cogerla, agarraba también sus propios pensamientos fugaces, dominados por el pánico.

Irá adonde está el viejo negro. Y allí es donde lo cogeré.— ¡MAAAAAAAAAA…! —chillaba Gardener, empuñando el cuchillo asesino por delante de él mientras corría.

Morgan dio media vuelta y echó a correr hacia la playa. Era vagamente consciente de que todos los Lobos habían huido. No le importaba.

Se encargaría él solo de Jack Sawyer… y del Talismán.

Capítulo 45

EN EL QUE MUCHAS COSAS SE RESUELVEN EN LA PLAYA

1

Sol Gardener corría como un demente en dirección a Jack, con el rostro mutilado chorreando sangre. Era presa de una locura total. Bajo un sol brillante y abrasador por primera vez en varias décadas, Point Venuti era una ruina de edificios derrumbados, cañerías rotas y aceras levantadas como libros inclinados sobre un estante. Aquí y allá yacían diseminados libros reales, con las cubiertas rotas ondeando sobre la tierra removida. Detrás de Jack, el Hotel Agincourt profirió algo semejante a un espantoso gemido y en seguida Jack oyó el sonido de mil listones de madera cayendo uno sobre otro, de paredes desplomándose en medio de una lluvia de astillas y polvo de yeso. El muchacho era vagamente consciente de la figura de Morgan Sloat, corriendo como un abejorro hacia la playa, y comprendió con una punzada de inquietud que su adversario se dirigía hacia Speedy Parker… o su cadáver.

—Tiene un cuchillo, Jack —murmuró Richard. La mano destrozada de Gardener manchaba de sangre su camisa de seda, antes inmaculada.

¡MALVAAAAADO! —chilló, con voz debilitada por los constantes embates del agua contra la orilla y el ruido de la destrucción, que continuaba con

intermitencias—. ¡MAAAAAAAA…!

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Richard.

—¿Cómo puedo saberlo? —contestó Jack. Era la respuesta mejor y más veraz que podía ofrecer.

No tenía idea de cómo vencer a este loco. Pero le vencería, estaba seguro. «Tendrías que haber matado a los *dos* hermanos Ellis», se dijo para sus adentros.

Gardener corría por la arena, sin dejar de gritar. Se encontraba todavía a bastante distancia, a medio camino entre el final de la valla y la fachada del hotel. Una máscara roja cubría la mitad de su cara. De su mano izquierda, inútil, caía un continuo reguero de sangre sobre la arena. La distancia entre el loco y los muchachos parecía disminuir por segundos. ¿Estaría ya en la playa Morgan Sloat? Jack sentía una urgencia semejante a la del Talismán, que le empujaba hacia delante, siempre hacia delante.

—¡Malo! ¡Axiomático! ¡Malol —gritaba Gardener.

—¡Salta! —dijo Richard con voz fuerte … y Jack dio un paso lateral como había hecho en el hotel negro.

Y entonces se encontró delante de Osmond bajo la luz abrasadora de los Territorios. La mayor parte de su seguridad le abandonó de improviso. Todo era igual, pero todo era diferente. Sabía, sin mirar, que a sus espaldas había algo mucho peor que el Agincourt; nunca había visto el exterior del castillo en que se convertía el hotel en los Territorios, pero *supo* de repente que por las grandes puertas delanteras salía una lengua que se desenroscaba hacia él… y que Osmond les empujaría a ambos hacia aquella lengua.

Osmond llevaba un parche sobre el ojo derecho y un guante manchado en la mano izquierda. Las complicadas colas de su látigo saltaron desde su hombro.

—Ah, sí —silbó y susurró a medias—. *Este* chico. El chico del capitán Farren.

Jack apretó el Talismán contra su vientre en un gesto protector. Las colas del látigo se deslizaron por el suelo, tan sensibles a los más insignificantes giros de mano y muñeca de Osmond como un caballo de carreras a la mano del jockey. «¿De qué le sirve a un muchacho ganar una bola de cristal si pierde el mundo?» El látigo casi pareció levantarse del suelo. «¡DE NADA! ¡DE NADA!» El olor verdadero de Osmond, de podredumbre, suciedad y corrupción oculta, se propagó con fuerza y su rostro demacrado y demente dio la impresión de rizarse,

como si un rayo lo hubiese atravesado por dentro. Sonrió amplia y huecamente y levantó el látigo a la altura del hombro.

—Pene de cabra —dijo, casi con fruición. Las colas del látigo bajaron, silbando, hacia Jack, que retrocedió, aunque no lo bastante lejos, con repentino y profundo pánico.

La mano de Richard le agarró por el hombro cuando volvió a saltar y el horrible sonido, casi burlón, del látigo se esfumó instantáneamente en el aire.

¡El cuchillo!, oyó decir a Speedy.

Luchando contra sus instintos, Jack entró en el espacio donde había estado el látigo, en vez de dar un paso atrás, como le exigía casi todo su ser. La mano de Richard le soltó el hombro y la voz de Speedy se extinguió como un gemido. Jack apretó el resplandeciente Talismán contra su pecho con la mano izquierda y alargó la derecha. Sus dedos se cerraron mágicamente en torno a una muñeca huesuda.

Sol Gardener rió entre dientes.

—¡JACK! —gritó Richard a sus espaldas.

Volvía a estar en este mundo, bajo una luz intensa y purificadera, y la mano de Sol Gardener que sostenía el cuchillo se extendía hacia él. El rostro destrozado de Sol Gardener se hallaba a pocos centímetros del suyo. Envolvía a ambos un hedor de basura y de animales muertos hacía tiempo en la carretera.

—De nada —dijo Gardener—. ¿Quieres entonar el aleluya? —Acercó más el elegante y letal cuchillo y Jack consiguió mantenerlo a raya.

—¡JACK! —volvió a gritar Richard.

Sol Gardener le miraba fijamente, con los ojos brillantes de un pájaro, adelantando más el cuchillo.

¿No sabes lo que hizo Sol? —preguntó la voz de Speedy— *¿Todavía no lo sabes?*

Jack miró directamente al ojo desvariado de Gardener. Sí.

Richard se abalanzó sobre ellos, dio una patada a Gardener en el tobillo y le asestó un débil puñetazo en la sien.

—Mataste a mi padre —acusó Jack. El único ojo de Gardener centelleó.

—¡Y tú mataste a mi hijo, bastardo malvado!

—Morgan Sloat te mandó matar a mi padre y tú lo hiciste. Gardener adelantó el cuchillo unos cinco centímetros. Un gran coágulo de sustancia amarilla y una

burbuja de sangre brotaron del agujero que había sido su ojo derecho.

Jack gritó, de horror, rabia y todos los sentimientos largo tiempo reprimidos de abandono e indefensión, posteriores a la muerte de su padre. Vio que había dirigido hacia arriba la mano de Gardener que empuñaba el cuchillo y volvió a gritar. Gardener golpeó el brazo izquierdo de Jack con su mano izquierda desprovista de dedos. Jack casi había logrado retorcer la muñeca de Gardener cuando la sintió, chorreando de sangre, entre su propio pecho y brazo. Richard continuaba golpeando a Gardener, pero éste ya tenía la mano sin dedos muy cerca del Talismán. Levantó la cara al nivel de la de Jack.

—*Aleluya* —murmuró.

Jack se volvió en redondo, empleando más fuerza de la que se creía capaz, y se lanzó sobre la mano de Gardener. La otra, la que carecía de dedos, voló hacia un lado. Jack estrujó la muñeca de la mano que sostenía el cuchillo y sintió los tendones tirantes. Poco después cayó el cuchillo, ahora tan inofensivo como la palma sin dedos que golpeaba una y otra vez las costillas de Jack. El muchacho esquivó a Gardener, poniéndose fuera de su alcance, y Gardener se tambaleó.

Ahora alargó el Talismán hacia Gardener. Richard gimió:

¿Qué haces? Pero estaba bien hecho, bien hecho. Jack avanzó hacia Gardener, que seguía mirándole con ojos brillantes, aunque con menos seguridad, y extendió el Talismán hacia él. Gardener sonrió, mientras otra burbuja de sangre se asomaba a la cuenca de su ojo, y estiró de repente la mano hacia el Talismán, agachándose al mismo tiempo para recuperar el cuchillo. Jack se abalanzó y rozó la piel de Gardener con la piel cálida y estriada del Talismán. Como con Reuel. Entonces retrocedió de un salto.

Gardener aulló como un animal herido. El trozo de piel que había entrado en contacto con el Talismán se ennegreció y luego se convirtió en un líquido que empezó a brotar lentamente de su cráneo. Jack retrocedió otro paso. Gardener cayó de rodillas. Toda la piel de su cabeza se tornó cérea y al cabo de medio segundo sólo un cráneo reluciente sobresalía del cuello de la camisa rota.

Ya he terminado contigo —pensó Jack—. *¡Por fin!*

2

—Ya está —dijo Jack, sintiéndose lleno de una enorme confianza—. Vamos a por él, Richie. Vamos…

Miró a Richard y vio que su amigo estaba a punto de derrumbarse otra vez. Se tambaleaba sobre la arena, con los ojos entornados y ausentes.

—Bien pensado, quizá sea mejor que no intervengas en esto —sugirió Jack.

Richard meneó la cabeza.

—Iré contigo, Jack. Seabrook Island. Hasta el final… hasta el último momento.

—Quizá tenga que matarlo —advirtió Jack—. Es decir, si puedo. Richard meneó la cabeza con terca insistencia.

—A mi padre, no. Ya te lo he dicho. Mi padre ha muerto. Si me abandonas, te seguiré a rastras. A rastras por encima de la inmundicia dejada por *ese* individuo, si es necesario.

Jack miró hacia las rocas. No podía ver a Morgan, pero no dudaba de que se encontraba allí. Y si Speedy aún vivía, Morgan podía estar ahora mismo tomando medidas para remediar esta situación.

Intentó sonreír, pero no lo consiguió.

—Piensa en los gérmenes que podrías atrapar. —Vaciló un momento más y entonces alargó de mala gana el Talismán a Richard—. Te llevaré a cuestas, pero tú tendrás que sostener esto. No dejes caer la bola, Richard. Si se cae… ¿Qué era lo que había dicho Speedy?

—Si se cae, todo estará perdido.

—No la soltaré.

Jack puso el Talismán en las manos de Richard y de nuevo éste pareció mejorar con su contacto… aunque menos que antes. Su palidez era terrible. Bañada por el brillante resplandor del Talismán, su cara parecía la de un niño muerto iluminada por el *flash* de un fotógrafo de la policía.

Es el hotel. Le está envenenando.

Pero no era el hotel; no del todo. Era Morgan quien le estaba envenenando.

Jack dio media vuelta y descubrió que era reacio a perder de vista al Talismán, aunque sólo fuese por un momento. Inclinó la espalda y formó estribos con las manos.

Richard montó sobre su espalda, sosteniendo el Talismán con una mano y agarrado al cuello de Jack con la otra. Jack le abrazó los muslos.

Es ligero como una pluma. Tiene su propio cáncer; lo ha tenido toda su vida. La maldad de Morgan Sloat es radiactiva y Richard se muere a causa de sus efectos.

Empezó a correr hacia las rocas detrás de las cuales yacía Speedy, consciente de la luz y el calor del Talismán que llevaba sobre la espalda.

3

Rodeó corriendo el lado izquierdo de las rocas con Richard a cuestas, todavía lleno de aquella confianza insensata… y pronto comprendió esta insensatez, de un modo repentino y brusco. Una pierna rechoncha y cubierta por una tela de lana marrón (y justo debajo de la vuelta del pantalón Jack atisbo un calcetín a juego de nailon marrón) salió de improviso de la primera roca como una barrera de peaje.

¡Mierda! —gritó la mente de Jack—. *¡Te estaba esperando! ¡Eres un perfecto estúpido!*

Richard lanzó una exclamación. Jack intentó detenerse, pero no pudo.

Morgan le hizo la zancadilla con la facilidad con que un colegial pendenciero se la hace a un chico más pequeño en el patio de la escuela. Después de Smokey Updike, y Osmond, y Gardener, y Elroy, y algo parecido a un cruce entre un caimán y un tanque, sólo hacía falta un obeso e hipertenso Morgan Sloat agazapado detrás de una roca, esperando a un muchacho demasiado confiado llamado Jack Sawyer, para abalanzarse sobre él y derribarle.

—¡Yiyyyy! —gritó Richard cuando Jack tropezó y cayó hacia delante. Vio vagamente cómo sus dos sombras juntas caían hacia el lado izquierdo… parecían tener tantos brazos como un ídolo hindú. Sintió desplazarse el peso psíquico del Talismán, primero a un lado y después a otro.

—¡CUIDADO CON ÉL, RICHARD! —gritó Jack.

Richard cayó por encima de la cabeza de Jack, con los ojos enormes y horrorizados. Los músculos de su cuello sobresalían como cuerdas de piano. Sostuvo el Talismán en alto mientras caía, con las comisuras de los labios hacia abajo en una mueca desesperada. Dio de cara contra el suelo como el cono

delantero de un cohete defectuoso. La arena del lugar donde yacía Speedy no era en realidad tal, sino una mezcla de pequeñas piedras, guijarros y conchas y Richard cayó contra una piedra afilada por el terremoto. Se oyó un ruido sordo. Durante un momento, Richard pareció un avestruz con la cabeza enterrada en la arena. Su trasero, embutido en sucios pantalones de algodón, se movía de un lado a otro en el aire. En otras circunstancias —circunstancias no acompañadas por aquel terrible ruido sordo, por ejemplo—, habría sido una postura cómica, digna de una instantánea: «Richard el Racional Jugando en la Playa.» Pero no era nada gracioso. Las manos de Richard se abrieron lentamente… y el Talismán rodó un metro por la suave pendiente de la playa y se detuvo, reflejando nubes y cielo, no sobre su superficie, sino en su interior levemente iluminado.

—*¡Richard!* —gritó de nuevo Jack.

Morgan estaba detrás de él, pero Jack le olvidó momentáneamente. Toda su confianza se había desvanecido en el instante en que aquella pierna embutida en el pantalón de lana marrón se había extendido delante de él como una barrera de peaje. Engañado como un niño en el patio de un parvulario y Richard… Richard estaba…

—*Rich…*

Richard dio media vuelta y Jack vio que su pobre rostro cansado estaba cubierto de sangre. Un trozo de cuero cabelludo pendía casi hasta el ojo en forma triangular, como una vela deshilacliada. Jack vio los pelos de debajo, rozando la sien de Richard como hierba rubia… y en el lugar antes cubierto por aquella piel relucía el cráneo desnudo de Richard Sloat.

—¿Se ha roto? —preguntó Richard, con la voz aguda como un grito—. *Jack, ¿se ha roto al caer yo?*

—Está bien, Richie… está…

Los ojos ribeteados de rojo de Richard se abrieron mucho al ver algo detrás de Jack.

—*¡Jack! ¡Jack, cuidado…!*

Algo parecido a un ladrillo de cuero —una de las zapatillas de Gucci de Morgan Sloat— descargó entre las piernas de Jack y sobre sus testículos. Era un golpe certero y Jack se acurrucó, sintiendo de repente el mayor dolor de su vida, un tormento físico mayor del que jamás había imaginado. Ni siquiera podía gritar.

—Está bien —dijo Morgan Sloat—, pero en cambio tú no tienes tan buen aspecto, Jacky, muchacho.

En absoluto.

Y ahora el hombre que avanzaba lentamente hacia Jack —avanzaba lentamente porque estaba saboreando la situación— era un hombre al que Jack nunca había sido debidamente presentado. Fue una vez una cara blanca ante la ventanilla de una gran diligencia negra unos momentos, una cara de ojos oscuros que en cierto modo intuía su presencia; fue una forma vaga y cambiante irrumpiendo en la realidad del campo donde él y Lobo hablaban de maravillas tales como hermanos de carnada y la gran luna del celo; fue una sombra en los ojos de Anders.

Pero jamás había visto realmente a Morgan de Orris hasta ahora, pensó Jack. Y *él era* todavía Jack, Jack con un par de sucios pantalones de algodón de la ciase que uno espera ver en un culi asiático y sandalias de cuero, pero no Jason, sino Jack. Su escroto era un gran grito de dolor congelado.

El Talismán estaba a diez metros de distancia, proyectando su fúlgido resplandor sobre una playa de arena negra. Richard no estaba allí, pero este hecho no fue registrado hasta más tarde por la mente consciente de Jack.

Morgan llevaba una capa azul oscuro sujeta en el cuello por un broche de plata repujada. Sus pantalones eran de la misma lana fina que los de Sloat, sólo que aquí estaban metidos dentro de unas botas negras.

Este Morgan caminaba con un ligero cojeo y su pie deforme dejaba una línea de cortos guiones en la arena. El broche de plata de su capa oscilaba cuando se movía y Jack se dio cuenta de que el objeto no tenía nada que ver con la capa, la cual se cerraba con un cordón sencillo y oscuro, sin adornos. El broche era una especie de colgante. Se le ocurrió que podía ser un diminuto palo de golf, un adorno como los que suelen lucir las mujeres en una pulsera o colgado del cuello, sólo porque es divertido. Pero cuando Sloat se acercó más, vio que era demasiado alargado y no terminaba en una curva, sino en punta.

Parecía un lanzarrayos.

—No, no tienes muy buen aspecto, muchacho —dijo Morgan de Orris. Se aproximó adonde Jack yacía gimiendo y sujetándose el escroto con las piernas encogidas. Se inclinó, apoyó las manos en las rodillas y estudió a Jack como estudiaría un hombre a un animal que acabase de atrepellar con su coche. Un

animal poco interesante, como una marmota o una ardilla—. En absoluto.

Se inclinó un poco más.

—Has sido un gran problema para mí —añadió Morgan de Orris, acercándose aún más— y has causado mucho daño. Pero al final…

—Creo que me muero —murmuró Jack.

—Todavía no. Oh, ya sé que da esta impresión pero, créeme, aún no vas a morirte. Dentro de unos minutos sabrás qué se siente *de verdad* cuando uno se muere.

—No… es cierto… estoy destrozado… por dentro —gimió Jack—. Agáchate más… quiero decirte… quiero… suplicarte…

Los ojos oscuros de Morgan centellearon en su pálida cara. Tal vez fue la idea de Jack suplicándole. Inclinó la cabeza hasta casi tocar el rostro de Jack con el suyo. Jack había encogido las piernas por el dolor, pero ahora las estiró como una exhalación hacia arriba. Durante un momento le pareció que una hoja oxidada le rasgaba la carne desde los genitales hasta el estómago, pero el ruido de sus sandalias golpeando la cara de Morgan, partiéndole los labios y aplastándole la nariz, le compensó con creces del dolor.

Morgan de Orris retrocedió agitando los brazos y chillando de rabia y sorpresa; la capa ondeó como las alas de un gran murciélago.

Jack se puso en pie. Por un momento vio el castillo negro —era mucho mayor que el Agincourt; de hecho, parecía ocupar hectáreas enteras— y en seguida corrió hacia el inconsciente (¡o *muerto!)* Parkus. Se lanzó sobre el Talismán, que resplandecía tranquilamente sobre la arena y, mientras corría, saltó de nuevo a los Territorios americanos.

—*¡Oh, bastardo!* —rugió Morgan Sloat—. *¡Pequeño y maldito bastardo, la cara, la cara, me ha destrozado la cara!*

Se oyó un chisporroteo y un olor como de ozono. Un brillante rayo blanquiazul pasó por el lado derecho de Jack, fundiendo la arena como si fuese vidrio.

Entonces cogió el Talismán… *¡volvía a tenerlo!* El terrible y palpitante dolor en el escroto empezó a disminuir inmediatamente. Se volvió hacia Morgan con la bola de cristal levantada en sus manos.

A Morgan Sloat le sangraba el labio y se tocaba la mejilla;

Jack deseó haberle roto unos cuantos dientes como propina. En la otra mano

de Sloat, extendida en una curiosa imitación de la propia postura de Jack, estaba aquel objeto parecido a una llave que acababa de enviar un rayo sobre la arena, muy cerca del muchacho.

Jack se apartó a un lado, con los brazos estirados delante de él, mientras el Talismán cambiaba sus colores internos como una máquina de fabricar arco iris. Parecía comprender que Sloat se encontraba cerca, porque la gran bola de cristal estriado había empezado a entonar una especie de *zumbido* casi inaudible que Jack sentía —más que oía— como un hormigueo en las manos. Una franja de blancura brillante y clara se abrió en el Talismán como un rayo de luz por toda su parte central y Sloat saltó hacia un lado y apuntó con la llave a la cabeza de Jack mientras se secaba la sangre del labio inferior.

—Me has hecho daño, pequeño bastardo —dijo—. No creas que esa bola de cristal podrá ayudarte ahora. Su futuro es algo más corto que el tuyo propio.

—Entonces, ¿por qué te da miedo? —preguntó el muchacho, extendiéndolo de nuevo hacia delante.

Sloat se apartó más, como si el Talismán también pudiera lanzar rayos mortíferos. *Ignora qué es capaz de hacer* —comprendió Jack—; *en realidad no sabe nada de él, sólo sabe que lo quiere.*

—Déjalo caer ahora mismo —ordenó Sloat—: Suéltalo, pequeño embustero o te volaré la cabeza. Déjalo caer.

—Tienes miedo —dijo Jack—. Ahora que el Talismán está delante de ti, tienes miedo de acercarte para cogerlo.

—No necesito acercarme para cogerlo —replicó Sloat—, ¿lo sabes, maldito Pretendiente? Suéltalo. Prefiero ver cómo lo rompes tú, Jacky.

—Ven a buscarlo, BIoat —insistió Jack, sintiéndose dominado por una oleada de furor. *Jacky. Detestaba* oír en la húmeda boca de Sloat el diminutivo que usaba su madre—. Yo no soy el hotel negro, Bloat, sólo soy un muchacho. ¿No puedes cogerle a un muchacho una bola de cristal? —Era muy claro para él que estaban igualados mientras el Talismán se hallara en su poder. Una chispa azul oscuro, vibrante como uno de los «demonios» de Anders, se encendió y apagó en el centro del Talismán, siendo seguida inmediatamente por otra. Jack continuaba sintiendo aquel potente *zumbido* que emanaba del corazón de la bola de cristal estriado. Había sido su destino apoderarse del Talismán… *Era su misión hacerse con él.* El Talismán conocía su existencia desde que nació, pensó

ahora Jack, y desde entonces le había esperado para que lo pusiera en libertad. Tenía que ser Jack Sawyer y nadie más—. Ven a cogerlo —desafió a Sloat.

Sloat alargó la llave hacia él, gruñendo. La sangre le bajaba por el mentón. Pareció perplejo un instante, frustrado y furioso como un toro en el redil y Jack tuvo que sonreír. Entonces miró de soslayo a Richard, tendido sobre la arena, y la sonrisa desapareció de su rostro. La cara de Richard estaba literalmente cubierta de sangre, que también le había empapado los cabellos.

—Bastardo… —empezó, pero había sido un error desviar la mirada. Una luz candente, azul y amarilla, quemó la arena a pocos centímetros de donde se encontraba.

Se volvió hacia Sloat, que disparó otro rayo a sus pies. Jack retrocedió de un salto y el rayo destructor se rundió en un líquido amarillento que al enfriarse se convirtió en un largo carámbano de cristal.

—Tu hijo va a morir —dijo Jack.

—Tu madre va a morir —le replicó Sloat—. Suelta ese maldito objeto antes de que te corte la cabeza. Vamos, déjalo caer.

—¿Por qué no te vas a freír espárragos? —contestó Jack. Morgan Sloat abrió la boca y chilló, dejando al descubierto una hilera de dientes cuadrados manchados de sangre.

—¡Freiré tu *cadáver*!

La llave apuntó a la cabeza de Jack y luego vaciló. Los ojos de Sloat brillaron y su mano se alzó de modo que la llave quedó apuntando al cielo. Una larga madeja de luz pareció brotar del puño de Sloat, ensanchándose a medida que ganaba altura. El cielo se ennegreció. Tanto el Talismán como el rostro de Morgan Sloat resplandecieron en la repentina oscuridad, este último debido al reflejo de la luz del Talismán. Jack comprendió que su propio rostro también debía estar iluminado por el potente resplandor. Y en cuanto blandió el refulgente Talismán hacia Sloat, para intentar Dios sabía qué —obligarle a soltar la llave, enfurecerle, subrayar el hecho de que carecía de poder—, Jack se dio cuenta de que las habilidades de Morgan Sloat aún no habían tocado a su fin. Gruesos copos de nieve cayeron del cielo tenebroso y Sloat desapareció tras una tupida cortina de nieve. Jack oyó su risa húmeda.

4

Abandonó con un esfuerzo su lecho de inválida y fue hacia la ventana. Contempló la desierta playa de diciembre, sólo iluminada por un único farol en el paseo entablado. De improviso, una gaviota se posó en el alféizar de la ventana. De un lado del pico le colgaba un trozo de cartílago y en aquel momento Lily pensó en Sloat. La gaviota se parecía a Sloat.

La primera reacción de Lily fue retroceder, pero luego volvió, encolerizada por una idea tan ridícula. Una gaviota no podía parecerse a Sloat y tampoco podía invadir su territorio… no estaba *bien.* Golpeó el frío cristal con el dedo. El ave esponjó brevemente las alas, pero no levantó el vuelo. Y Lily interpretó un pensamiento de su mente fría, lo oyó con tanta claridad como si fuera una onda radioeléctrica:

Jack se muere, Lily… Jack se mueeeeeere…

El ave inclinó la cabeza y golpeó el cristal con el pico con tanta determinación como el cuervo de Poe.

híueeeeeeeere…—¡NO! —gritó Lily—. ¡LARGO DE AQUÍ, SLOAT! —Esta vez no se limitó a dar golpes en el cristal, sino que descargó el puño contra él, atravesándolo. La gaviota aleteó, graznando, casi cayéndose. Un aire gélido entró por el agujero de la ventana.

La mano de Lily goteaba sangre… no, no goteaba, chorreaba sangre. Se había hecho dos cortes profundos en dos lugares. Se extrajo fragmentos de vidrio de la parte más carnosa de la palma y después se secó la mano con el corpino del camisón.

—NO TE ESPERABAS ESTO, ¿VERDAD, BICHO? —gritó al pájaro, que volaba describiendo inquietos círculos sobre los jardines. Prorrumpió en llanto —. *¡Ahora déjale en paz! ¡Déjale en* paz/ *¡DEJA EN PAZ A MI HIJO!*

Estaba cubierta de sangre. Un aire glacial entraba por el cristal roto. Y vio fuera los primeros copos de nieve caer del cielo y revolotear hacia el blanco resplandor del farol.

5

—Cuidado, Jacky.

Muy quedo; A la izquierda.

Jack se volvió en redondo, sosteniendo el Talismán como si fuera una linterna. Su rayo de luz estaba lleno de copos de nieve.

Nada más. Oscuridad… nieve… el sonido del océano.

—El otro lado, Jacky.

Se volvió hacia el lado derecho, resbalando sobre la nieve helada. Más cerca. Ahora se hallaba más cerca. Jack levantó el Talismán.

—¡Ven a buscarlo, Bloat!

—No tienes la menor posibilidad, Jack. Te cogeré cuando se me antoje.

Detrás de él… y todavía más cerca. Pero cuando alzó el resplandeciente Talismán, Sloat no se veía por ninguna parte. La nieve le azotaba la cara. Se le metió en la nariz y le hizo toser.

Sloat rió entre dientes delante de él. Jack retrocedió y casi tropezó con Speedy.

—¡Estoy aquí, Jacky!

Una mano surgió de la oscuridad y tiró de la oreja de Jack. Este se volvió en aquella dirección, con el corazón desbocado y los ojos muy abiertos. Resbaló y cayó sobre una rodilla.

Richard profirió un gemido ronco desde un punto muy próximo.

Arriba, un cañonazo de trueno, provocado de alguna manera por Sloat, resonó en las tinieblas.

—¡Tíramelo! —desafió Sloat, bailando en la oscuridad de la tormenta múltiple. Hizo chasquear los dedos de la mano derecha y agitó la llave en dirección a Jack con la izquierda. Sus gestos eran excéntricos y sincopados. Jack pensó que Sloat se parecía en cierto modo a un director de orquesta latino de los viejos tiempos, a Xaxier Cugat, tal vez—. ¡Tíramelo! ¿Por qué no lo haces? ¡Una galería de tiro, Jack! ¡Un pichón de barro! ¡El viejo tío Morgan! ¿Qué dices a esto, Jack? ¿Quieres probarlo? ¡Tira la bola y gana una muñeca de trapo!

Y Jack descubrió que se había colocado el Talismán contra el hombro derecho, al parecer con intención de hacer precisamente aquello. *Te está asustando, intenta infundirte pánico, convencerte para que se lo tires, para que…*

Sloat se confundió con la oscuridad. La nieve volaba en remolinos.

Jack, nervioso, miró a su alrededor, pero no pudo ver a Sloat. *Quizá se ha largado. Quizá…*

—¿Qué pasa, Jacky?

No, aún seguía allí. En alguna parte. A la izquierda.

—Me reí cuando murió tu querido papaíto, Jacky. Me reí en su cara. Cuando su motor se paró al fin, sentí…

La voz trinaba. Se extinguió unos momentos y volvió. A la derecha. Jack giró en dicha dirección, sin comprender qué sucedía con los nervios cada vez más tensos.

—…que mi corazón volaba libre como un pájaro. Volaba *así*, Jacky, muchacho.

Una piedra surgió de la oscuridad… dirigida no contra Jack, sino contra la bola de cristal. La esquivó. Vislumbró vagamente a Sloat. Le perdió otra vez.

Una pausa… y Sloat volvió, tocando un nuevo disco.

—Jodí a tu madre, Jacky —canturreó la voz a sus espaldas. Una mano gorda y caliente le agarró el trasero.

Jack giró en redondo, esta vez casi tropezando con Richard. Unas lágrimas —cálidas, dolorosas, indignadas— empezaron a brotarle de los ojos. Las odiaba, pero no podía evitarlas y nada en el mundo podía negarlas. El viento rugía como un dragón en un túnel aerodinámico. *La magia está en ti,* había dicho Speedy, pero, ¿dónde estaba la magia ahora? ¿Dónde, oh, dónde, oh, dónde?

—*¡No menciones a mi madre!*

—La jodí muchas veces —añadió Sloat con lenta fruición. Otra vez a la derecha. Una figura gorda y danzante en la oscuridad.

—¡La follé por *invitación*, Jacky!

¡Detrás de él! *¡Muy cerca!*

Jack se volvió y alzó el Talismán, que proyectó una blanca franja de luz. Sloat bailó para esquivarla, pero no antes de que Jack entreviera una mueca de dolor y de ira. Aquella luz había tocado a Sloat y le había herido.

No hagas caso de lo que dice; todo son mentiras y tú lo sabes. Pero, ¿cómo puede hacer eso? Es como Edgar Bergen. No… es como los indios cuando se acercan a un tren en la penumbra. ¿Cómo puede hacerlo?—Me he chamuscado un poco las patillas, Jacky —dijo Sloat, profiriendo una risita ahogada. Parecía faltarle un poco el aliento, aunque no lo suficiente. No, no lo suficiente. Jack

jadeaba como un perro en un cálido día de verano, con los ojos desorbitados de tanto buscar a Sloat en la oscura tormenta—. Pero no te lo tendré en cuenta, Jacky. Veamos. ¿De qué hablábamos? Ah, sí. De tu madre…

Un pequeño trino… una pausa… y una piedra llegó silbando de la oscuridad y acertó a Jack en la sien. Se volvió, pero Sloat se había esfumado de nuevo, confundiéndose ágilmente con la nieve.

—¡Me apretaba con sus largas piernas hasta que yo *aullaba* para que tuviese piedad de mí! —declaró Sloat desde detrás de Jack y desde su derecha—. *¡UAAAAAUUUU!*

No le hagas ningún caso, no permitas que te manipule, no… Pero no podía evitarlo. Este hombre obsceno hablaba de su madre, de su madre.

—¡Basta! ¡Cállate!

Sloat estaba delante de él ahora… tan cerca que Jack podría haberle visto con claridad a pesar de la tormenta de nieve, pero sólo pudo atisbar una forma tenue, como una cara vista de noche bajo el agua. Otra piedra surgió de las tinieblas y dio a Jack en el cogote. Se tambaleó hacia delante y casi volvió a tropezar con Richard… un Richard que ya empezaba a desaparecer bajo un manto de nieve.

Vio estrellas… y comprendió lo que sucedía.

¡Sloat salta al otro lado… se mueve y salta de nuevo a este lado!

Jack daba vueltas, describiendo un inquieto círculo, como un hombre acosado por cien enemigos en vez de uno solo. Una lengua de fuego lamió la oscuridad con un estrecho rayo azul verdoso. Jack intentó tocarlo con el Talismán, esperando desviarlo hacia Sloat.

Demasiado tarde. Se apagó.

Entonces, ¿cómo es que no le veo allí? ¿En los Territorios?

La respuesta le llegó como un relámpago… y a guisa de confirmación, el Talismán emitió un magnífico abanico de luz blanca que cortó la blancura de la nieve como los faros de una locomotora.

¡No le veo ni reacciono a él allí porque NO estoy allí! Jason se ha ido… ¡y yo soy de naturaleza única! Sloat salta a una playa donde no hay nadie más que Morgan de Orris y un hombre muerto o moribundo llamado Parkus… Richard tampoco está allí porque el hijo de Margan de Orris, Rushton, murió hace mucho tiempo ¡y Richard también es de naturaleza única! Cuando he saltado

antes, el Talismán estaba allí… ¡pero Richard no! Morgan está saltando… moviéndose… saltando de nuevo… tratando de confundirme…—¡Hola! ¡Jacky, muchacho! A la izquierda.

—*¡Aquí!*

A la derecha.

Pero Jacky ya no buscaba el lugar. Miraba el Talismán, esperando la señal. La señal más importante de su vida.

Por detrás. Esta vez se acercaría por detrás.

El Talismán proyectaba su resplandor, era una potente linterna en medio de la nieve.

Jack giró sobre sus talones… y al hacerlo saltó a los Territorios, a un sol brillante. Y allí estaba Morgan de Orris, de tamaño natural y fealdad dos veces mayor. Durante un momento no se dio cuenta de que Jack había imitado su truco; cojeaba con rapidez hacia un lugar que estaría detrás de Jack cuando saltara a los Territorios americanos. En su rostro había una desagradable sonrisa infantil. La capa se hinchaba y ondeaba a sus espaldas. Arrastraba la bota izquierda y Jack vio la arena circundante cubierta de aquellas huellas profundas. Morgan había estado corriendo a su alrededor en un insistente círculo, provocando sin cesar a Jack con obscenas mentiras sobre su madre, lanzando piedras y saltando de un mundo a otro.

Jack gritó:

—¡TE VEO! —con toda la fuerza de sus pulmones. Morgan miró fijamente a uno y otro lado, atónito, con una mano curvada en torno al lanzarrayos de plata.

—¡TE VEO! —repitió Jack—. ¿Damos otra vuelta, Bloat?

Morgan de Orris le apuntó con el lanzarrayos mientras su rostro cambiaba la expresión de necia perplejidad por una más característica de astucia, la de un hombre listo que ve rápidamente todas las posibilidades de una situación. Entornó los ojos. Jack, en aquel segundo en que Morgan de Orris le apuntó con su lanzarrayos letal, entornando los ojos, estuvo a punto de saltar de nuevo a los Territorios americanos, y esto habría significado su muerte. Sin embargo, un instante antes de que la prudencia o el pánico le hicieran irrumpir delante de un camión en marcha, el mismo presentimiento que le había revelado que Morgan saltaba entre dos mundos, le salvó de nuevo; Jack había aprendido los trucos de su adversario. Permaneció quieto, esperando otra vez aquella señal casi mística.

Jack Sawyer contuvo el aliento durante una fracción de segundo. Si Morgan hubiera estado un poco menos orgulloso de su astucia, podría haber satisfecho su máximo deseo y asesinado a Jack Sawyer en aquel momento.

Pero en lugar de esto, tal como Jack había adivinado, la imagen de Morgan desapareció bruscamente de los Territorios. Jack inspiró. El cuerpo de Speedy (el cuerpo de *Parkus,* rectificó Jack) yacía inmóvil a poca distancia de él. La señal llegó; Jack expelió el aire y *saltó* al otro lado.

Un nuevo fragmento de cristal dividía la arena en la playa de Point Venuti, reflejado el súbito rayo de luz blanca que emanaba del Talismán.

—Te has perdido uno, ¿verdad? —murmuró Morgan Sloat desde las tinieblas. La nieve azotaba a Jack, el viento frío le congelaba los miembros, la garganta, la frente. La cara de Sloat pendía a unos dos metros de distancia, con la frente arrugada como siempre y la boca ensangrentada muy abierta. Alargaba la llave hacia Jack en medio de la tormenta y un fleco de nieve en polvo quedó adherido a la manga de su traje marrón. Jack vio salir un negro reguero de sangre de la ventana izquierda de la nariz, ridiculamente pequeña. Los ojos de Sloat, inyectados en sangre por el dolor, brillaban en el aire tenebroso.

6

Richard Sloat abrió los ojos, lleno de confusión. Sentía frío en todo el cuerpo. Al principio pensó, sin sentir ninguna clase de emoción, que estaba muerto. Se habría caído en algún sitio, quizá por aquellas escaleras tan difíciles y empinadas de la tribuna de la escuela Thayer. Ahora estaba frío y muerto y no podía ocurrirle nada más. Experimentó un segundo de alivio embriagador.

La cabeza le ocasionó una nueva punzada de dolor y sintió fluir por su mano fría un goteo de sangre caliente, dos sensaciones que constituían una prueba de que, contrariamente a sus deseos, Richard Lleweilyn Sloat aún no había muerto; era sólo una criatura herida y doliente. Parecía que le habían rebanado la coronilla. No tenía una idea clara de su paradero. Hacía frío. Enfocó los ojos el rato suficiente para comprender que estaba tendido sobre una capa de nieve. Había llegado el invierno. Más nieve llovía sobre él desde el cielo. Entonces oyó

la voz de su padre y lo recordó todo.

Mantuvo la mano sobre la coronilla, pero volvió muy lentamente el mentón para poder mirar hacia donde sonaba la voz de su padre.

Jack Sawyer sostenía el Talismán; esto fue lo siguiente que Richard comprendió. El Talismán no se había roto. Sintió volver una parte de aquel alivio que había experimentado al creer que estaba muerto. Incluso sin las gafas, Richard pudo ver que el aspecto de Jack no era el de un derrotado, sino el de un *vencedor y se* emocionó profundamente. Jack parecía… un héroe. Esto era todo. Parecía un héroe sucio, despeinado, increíblemente joven, impropio para el papel en todos los respectos, pero aun así un héroe, sin duda alguna.

Richard vio también que ahora Jack era solamente Jack. Había desaparecido aquella extraordinaria cualidad *extra*, como de una estrella de cine dignándose encarnar a un chico mal vestido de doce años. Y esto, para Richard, hacía aún más impresionante su heroísmo.

Su padre sonreía como un ave rapaz. Pero aquél no era su padre. Su padre había sido eliminado hacía mucho tiempo… eliminado por su envidia de Phil Sawyer, por la codicia de sus ambiciones.

—Podemos continuar así para siempre —dijo Jack—. Yo no te daré nunca el Talismán y tú nunca podrás destruirlo con ese artefacto tuyo. Date por vencido.

La punta de la llave que sostenía su padre se movió con lentitud, primero en sentido horizontal y luego vertical y, como el rostro ávido y codicioso de su dueño, le apuntaba directamente a él.

—Primero destrozaré a Richard —dijo su padre—. ¿De verdad quieres ver a tu amigo Richard convertido en picadillo? ¿Eh? Y, como es natural, no vacilaré en hacer lo mismo con esa basura que está a su lado.

Jack y Sloat intercambiaron breves miradas. Richard sabía que su padre no estaba bromeando. Le mataría si Jack no le entregaba el Talismán, y después mataría al viejo negro, a Speedy.

— No lo hagas —consiguió susurrar—, mándale al diablo, Jack. Dile que se fastidie.

Jack casi trastornó a Richard al guiñarle un ojo.

—Suelta el Talismán —oyó decir a su padre. Richard vio, horrorizado, cómo Jack separaba las palmas de las manos y dejaba caer el Talismán.

7

—¡Jack, no!

Jack no miró a Richard. *No posees una cosa si no puedes renunciar a ella* —le dictó su mente—. *No posees una cosa si no puedes renunciar a ella, de qué sirve a un hombre, no le sirve de nada, de nada en absoluto, y esto no se aprende en la escuela, se aprende en la carretera, se aprende de Ferd Janklow, de Lobo y de Richard, que se lanza de cabeza contra las rocas como un Titán II en una trayectoria equivocada.*

Se aprendían estas cosas o se moría en alguna parte del mundo donde no existía una luz diáfana.

—Basta de muertes —dijo en la oscuridad nevada de la tarde en una playa de California. Tendría que haberse sentido totalmente exhausto; al fin y al cabo habían sido cuatro días de horrores continuos y ahora, al final, había entregado la bola como un ignorante alumno de primer año y un defensa del equipo de fútbol con mucho que aprender. Lo había echado todo por la borda. Sin embargo, oyó la voz segura de Anders, Anders arrodillado ante Jack/Jason con el sayo extendido a su alrededor y la cabeza inclinada, Anders diciendo: «Todo irá bien, todo irá bien y todas las cosas acabarán bien.»

El Talismán resplandecía sobre la playa y la nieve se derretía en dulces gotas y en cada gota había un arco iris, y en aquel momento Jack conoció la sobrecogedora pureza de *renunciar a lo que ha sido solicitado.*

—Basta de matanzas. Vamos, rómpelo, si puedes —dijo—. Me das lástima.

Fue seguramente esto último lo que destruyó a Morgan Sloat. Si le hubiese quedado un resto de raciocinio, habría desenterrado una piedra de la nieve sobrenatural y destrozado el Talismán… como *podio,* ser destrozado en su sencilla e indefensa vulnerabilidad.

Pero en lugar de esto, lo apuntó con la llave.

Cuando lo hizo, en su mente bullían los amados y odiosos recuerdos de Jerry Bledsoe y de su esposa; Jerry Bledsoe, a quien había matado, y Nita Bledsoe, que debió haber sido Lily Cavanaugh… Lily, que le había abofeteado con tal fuerza, que su nariz sangró aquella vez que, borracho, intentó tocarla.

Surgió el fuego… Una llamarada verde-azul salida del barato cañón de la llave de estaño. Se dirigió hacia el Talismán, lo acertó, se extendió sobre él y lo convirtió en un sol ardiente. Todos los colores convergieron en él durante un momento… en aquel momento, todos los *mundos* convergieron en él. Y de pronto, se extinguió.

El Talismán se tragó el fuego de la llave de Morgan.

Se lo tragó entero.

Volvió la oscuridad. A Jack se le doblaron las piernas y cayó sentado sobre las pantorrillas abiertas de Speedy Parker, quien profirió un gruñido y se estremeció.

Hubo una pausa de dos segundos durante la cual todo permaneció estático… y de improviso el Talismán despidió chorros de fuego. Los ojos de Jack se abrieron de par en par, pese a su frenética y torturada idea

(¡te cegará, Jack! ¡Te…!)

y la alterada geografía de Point Venuti se iluminó como si el Dios de Todos los Universos se hubiera inclinado para tomar una fotografía. Jack vio el Agincourt, encorvado y semidestruido; vio las montañas desplomadas que ahora eran una llanura; vio a Richard sobre su espalda; vio a Speedy tendido de bruces con la cabeza vuelta hacia un lado. Speedy sonreía.

Entonces Morgan Sloat fue impelido hacia atrás y envuelto en un campo de fuego de su propia llave —un fuego que había sido absorbido por el Talismán como lo fueron en su día los destellos de la vista telescópica de Sol Gardener— que volvió a él incrementado mil veces.

Se abrió un agujero entre los mundos —un agujero del tamaño del túnel que conducía a Oatley— y Jack vio a Sloat, con el elegante traje marrón ardiendo y una mano cérea y esquelética agarrando todavía la llave, siendo tragado por el agujero. Sus ojos ardían en las cuencas, pero estaban bien abiertos… estaban bien abiertos… estaban *conscientes.*

Y mientras pasaba, Jack le vio cambiar… vio aparecer la capa como las alas de un murciélago que ha atravesado la llama de una antorcha, vio sus botas y sus cabellos encendidos. Y vio convertirse la llave en algo parecido a un lanzarrayos en miniatura.

Vio… *¡la luz del dia!*

8

Volvió con potencia cegadora y Jack huyó de ella rodando por la playa nevada, deslumhrado. En los oídos —unos oídos en el fondo de su cabeza— oyó el último estertor de Morgan Sloat mientras era arrastrado por todos los mundos existentes hacia la nada.

—¿Jack? —Richard *se* incorporaba, aturdido, sujetándose la cabeza—. Jack, ¿qué ha ocurrido? Creo que me caí al bajar los escalones del estadio.

Speedy se estremecía sobre la nieve y de pronto hizo una especie de plancha femenina y miró hacia Jack. Tenía los ojos exhaustos… pero en su cara ya no había llagas.

—Buen trabajo, Jack —dijo, sonriendo—. Buen… —Volvió a caer un poco hacia delante, jadeando.

Arco iris, pensó Jack, confuso. Se levantó y cayó de nuevo. La nieve gélida que le cubría la cara empezó de repente a derretirse en forma de lágrimas. Se puso de rodillas y luego de pie. Su campo visual se llenó de manchas… pero vio en la nieve la horrible huella quemada que había dejado Morgan. Era como una lágrima.

—*¡Arco iris!* —gritó Jack Sawyer y levantó los brazos hacia el cielo, riendo y llorando—. *¡Arco iris! ¡Arco iris!*

Fue hacia el Talismán y lo recogió, todavía llorando.

Lo llevó junto a Richard Sloat, que había sido Rushton, y junto a Speedy Parker, que era lo que era.

Los curó.

¡Arco iris, arco iris, arco iris!

Capítulo 46

OTRO VIAJE

1

Los curó, pero nunca pudo recordar con exactitud cómo sucedió ni ningún detalle específico; durante un rato el Talismán había resplandecido y cantado en sus manos y guardaba un recuerdo muy vago del momento en que su fuego había parecido *fluir hacia ellos* hasta que quedaron envueltos en un baño de luz. Esto era todo cuanto podía recordar.

Al final, la gloriosa luz del Talismán se debilitó… se hizo tenue… y se extinguió.

Jack, pensando en su madre, profirió un grito ronco y plañidero. Speedy se tambaleó hasta él por la nieve medio derretida y rodeó con un brazo los hombros de Jack.

—Volverá, Viajero Jack —le consoló, sonriendo, aunque parecía mucho más cansado que Jack. Speedy estaba curado… pero aún no restablecido del todo. *Este mundo le está matando* —pensó vagamente Jack—. *Por lo menos la parte de él que es Speedy Parker. El Talismán le ha curado… pero aún está moribundo.*

—Ha luchao por *él* —dijo Speedy— y ahora quiere creé que él te corresponderá. No te preocupe. Asércate, Jack. Asércate a tu amigo.

Jack obedeció. Richard dormía sobre la nieve medio rundida. Aquel horrible fragmento de piel levantada había desaparecido, pero ahora se veía entre sus cabellos una larga franja blanca de cuero cabelludo, una franja en la que nunca volvería a crecer pelo.

—Cógele la mano.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Vamo a salta.

Jack dirigió a Speedy una mirada inquisitiva, pero éste no ofreció ninguna explicación. Se limitó a asentir, como diciendo:

Sí, me has oído bien. Bueno —pensó Jack—, *he confiado en él hasta ahora…*

Se inclinó y cogió la mano de Richard, mientras Speedy le agarraba la mano a él.

Sin apenas un tirón, los tres saltaron.

2

Fue como Jack había intuido: la figura que tenía ante sí, en esta playa de arena negra puntuada por doquier por el pie deforme de Morgan de Orris, parecía sana, robusta y vigorosa.

Jack miró fijamente, con respeto —y cierta inquietud—, a este desconocido que parecía el hermano de Speedy Parker.

—Speedy… quiero decir, señor Parkus, ¿qué…?

—Muchachos, los dos necesitáis un descanso —interrumpió Parkus—. Tú, sin duda, y aún más este otro joven caballero. Ha estado más cerca de la muerte de lo que nadie, aparte de él, sospechará nunca… y no creo que sea la clase de persona que admita muchas cosas, ni siquiera ante sí mismo.

—Sí —dijo Jack—, esto es bien cierto.

—Descansará mejor allí —dispuso Parkus y echó a andar por la playa con Richard en los brazos y alejándose del castillo. Jack le siguió a trompicones y a los pocos momentos quedó rezagado. Le faltaba el aliento y las piernas le fallaban. Además, le dolía la cabeza como resultado de la batalla final; la resaca

del *shock*, pensó.

—¿Por qué…? ¿Dónde? —logró jadear. Llevaba el Talismán apretado contra su pecho. Ahora era opaco y el exterior sucio y nada interesante.

—Sólo un poco más arriba —respondió Parkus—. Ni tú ni. tu amigo querréis descansar donde estuvo *él*, ¿verdad?

Y, a pesar de su agotamiento, Jack negó con la cabeza. Parkus miró a Jack con tristeza por encima del hombro.

—Ahí abajo apesta a su maldad —dijo— y apesta a tu mundo, Jack.

«Creo que apestan de modo demasiado parecido para mi tranquilidad.»

Echó a andar de nuevo, con Richard en los brazos.

3

Se detuvo unos cuarenta metros más arriba de la playa. Aquí la arena negra había cambiado de color; no era blanca, pero sí gris tirando a claro. Parkus depositó a Richard en el suelo con suavidad y Jack se recostó junto a él. La arena estaba tibia; despedía un calor muy agradable. Aquí no había ni rastro de nieve. Parkus se sentó a su lado con las piernas cruzadas.

—Ahora vais a dormiros —dijo— y quizá no os despertéis hasta mañana. Nadie os molestará. Mira a tu alrededor.

Parkus señaló con la mano el lugar ocupado por Point Venuti en los Territorios americanos. Jack vio primero el castillo negro, un lado del cual estaba destrozado, como si se hubiera producido una tremenda explosión en su interior. Ahora el castillo parecía casi insignificante. Su amenaza había sido eliminada y su tesoro ilícito, transportado a otro lugar. Era sólo un montón de piedras ruinosas.

Al mirar un poco más lejos, Jack vio que el terremoto no había sido tan violento aquí… y había habido menos que destruir. Vio unas cabañas derrumbadas que parecían construidas con troncos arrojados a la orilla por el oleaje, y una serie de carruajes destrozados que podían o no haber sido Cadillacs en los Territorios americanos; aquí y allá yacían cuerpos de cara barbuda.

—Los que sobrevivieron se han marchado —explicó Parkus—. Saben lo que

ha ocurrido, saben que Orris está muerto y ya no te molestarán. El mal que habitaba aquí ha desaparecido. ¿Lo sabes? ¿Puedes *sentirlo?*

—*Sí* —murmuró Jack—. Pero… señor Parkus… usted no se… no…

—¿Si me voy? Sí. Muy pronto. Tú y tu amigo vais a dormir profundamente, pero antes tú y yo hemos de hablar. No requerirá mucho tiempo, pero quiero que intentes levantar la cabeza, por lo menos un rato.

Con cierto esfuerzo, Jack levantó la cabeza y abrió los ojos, aunque no del todo. Parkus asintió.

—Cuando os despertéis, dirigios hacia el este… ¡pero no saltéis! Permaneced aquí algún tiempo. Quedaos en los Territorios. Habrá demasiado jaleo en vuestro lado: brigadas de socorro, periodistas, Jason sabe qué más. Por lo menos la nieve se fundirá antes de que alguien la vea, exceptuando a algunos que serán tratados de visionarios…

—¿Por qué tiene que marcharse?

—He de disponer varias cosas, Jack. Hay mucho trabajo que hacer aquí. La noticia de la muerte de Morgan ya estará camino del este, y difundiéndose con gran rapidez además. En este momento estoy detrás de esta noticia y debo procurar adelantarme a ella. Quiero volver a las Avanzadas… y al este… antes de que personas muy malévolas empiecen a dirigirse a otros lugares. —Miró hacia el océano con ojos fríos y grises como el pedernal—. Cuando se presenta la factura, la gente debe pagar. Morgan se ha ido, pero la deuda subsiste.

—Aquí es usted algo equivalente a un policía, ¿verdad? Parkus asintió.

—Soy lo que vosotros llamaríais el fiscal general y el juez supremo fundidos en la misma persona. Aquí, claro. —Puso una mano fuerte y cálida sobre la cabeza de Jack—. Allí sólo soy el tipo que va de un lado a otro, realiza pequeños trabajos y entona algunas melodías. Y a veces, créeme, me gusta mucho más ser esto último.

Volvió a sonreír y esta vez *fue* Speedy.

—Y verás a ese tipo de vez en cuando, Jacky. Sí, de vez en cuando y en distintos lugares. En un centro comercial, tal vez, o en un parque.

Guiñó un ojo a Jack.

—Pero Speedy… no está bien —dijo Jack—. Cualquiera que sea su enfermedad, el Talismán no ha podido curarla.

—Speedy es *viejo* —contestó Parkus—. Tiene mi edad, pero vuestro mundo

le ha envejecido. De todos modos, aún le quedan varios años, quizá muchos. No te preocupes, Jack.

—¿Me lo promete? —preguntó Jack.

—Claro —sonrió Parkus.

Jack le correspondió con una sonrisa cansada.

—Tú y tu amigo os dirigiréis al este. Caminad hasta que calcules que habéis recorrido ocho kilómetros. Atravesáis aquellas colinas bajas y todo irá bien… será un paseo. Buscad un árbol grande, el árbol más grande que hayáis visto jamás. Os acercáis a él, Jack, tomas la mano de Richard y saltáis. Os encontraréis junto a un secuoya gigante con el tronco agujereado, formando un túnel para que pase la carretera. La carretera es la 17 y allí pasa por las afueras de una pequeña ciudad del norte de California llamada Storeyville. Entrad en ella. Frente al semáforo hay una gasolinera.

—¿Y entonces?

Parkus se encogió de hombros.

—No lo sé seguro, Jack. Quizá encuentres a alguien conocido.

—Pero, ¿cómo llegaremos a…?

—Shhhh —interrumpió Parkus, poniendo una mano en la frente de Jack, tal como había hecho su madre cuando era

(de excursión, papá se ha ido a cazar y toda esa historia, bla, bla, duérmete, Jacky, todo va bien, todo va bien y)

muy pequeño.

—Basta de preguntas. Creo que a partir de ahora todo os irá bien a Richard y a ti.

Jack se acostó, colocando la bola oscura en el hueco del brazo. Cada uno de sus párpados parecía tener un ladrillo encima.

—Has sido valiente y fiel, Jack —dijo Parkus con tranquila gravedad—. Ojalá fueras mi propio hijo… Te saludo por tu valor. Y tu fe. Hay personas en muchos mundos que te deben gratitud y creo que la mayoría lo intuyen, de un modo u otro.

Jack logró sonreír.

—Quédese un rato —murmuró.

—Está bien —dijo Parkus—. Hasta que te duermas. No te preocupes, Jack. Nada te hará daño aquí.

—Mi mamá siempre decía…

Pero antes de completar el pensamiento, se quedó dormido.

4

Y continuó dormido de una forma misteriosa al día siguiente, cuando estaba técnicamente despierto, o si no dormido, sumido en un letargo protector que hizo pasar como en un sueño las horas lentas de aquel día. Él y Richard, que también se movía lentamente y con vacilación, se encontraron bajo el árbol más alto del mundo. A su alrededor, lentejuelas de luz tapizaban el suelo del bosque. Diez hombres corpulentos cogidos de las manos no habrían podido rodear el árbol, que se erguía hacia el cielo, majestuoso y aislado: en un bosque de árboles altos era un Leviatán, un puro ejemplo de la exuberancia de los Territorios.

No te preocupes, había dicho Parkus cuando ya amenazaba con desvanecerse como el Gato de Cheshire. Jack levantó la cabeza para mirar la copa del árbol. No lo sabía con claridad, pero estaba emocionalmente agotado. La inmensidad del árbol sólo despertó en él un parpadeo de asombro. Apoyó la mano en la corteza, de una suavidad sorprendente. *He matado al hombre que mató a mi padre,* dijo para sus adentros. Apretó con la otra mano la bola oscura y al parecer muerta del Talismán. Richard miraba fijamente hacia la gigantesca copa del árbol, que se elevaba ante ellos como un rascacielos. Morgan estaba muerto, Gardener también y la nieve de la playa ya debía haberse fundido. No en su totalidad sin embargo; Jack tenía la impresión de alojar en su cabeza toda una playa cubierta de nieve. Había pensado en un principio —hacía mil años, le parecía ahora— que si alguna vez podía rodear con sus manos el Talismán, estaría tan inundado de triunfo, excitación y asombro que explotaría. No obstante, sólo sentía un pequeño indicio de todas estas cosas. Nevaba dentro de su cabeza y no podía ver más lejos de las instrucciones de Parkus. Comprendió que el enorme árbol le estaba sosteniendo.

—Dame la mano —dijo a Richard.

—Pero, ¿cómo llegaremos a casa? —preguntó Richard.

—No te preocupes —dijo Jack, apretando la mano de su amigo. Jack Sawyer

no necesitaba que un árbol le sostuviera. Jack Sawyer era *valiente y fiel.* Jack Sawyer era un exhausto muchacho de doce años con nieve en el cerebro. Saltó sin esfuerzo a su propio mundo y Richard atravesó todas las barreras que se levantaban a su lado.

5

El bosque se había contraído; ahora era un bosque americano. La bóveda de ramas en suave balanceo estaba mucho más abajo y los árboles tenían un tamaño mucho menor que en la parte del bosque de los Territorios adonde Parkus les había dirigido. Jack era vagamente consciente de este cambio de escala en todo cuanto había a su alrededor cuando vio ante él la carretera alquitranada de dos carriles; pero la realidad del siglo veinte le impresionó con toda su magnitud cuando oyó el ruido de un pequeño motor e instintivamente se echó atrás y al mismo tiempo echó atrás a Richard antes de que pasara como una exhalación un pequeño Renault Le Car. El coche se alejó por el túnel cortado en el tronco del secuoya (cuyo tamaño era la mitad del de su contrapartida de los Territorios). Sin embargo, por lo menos un adulto y dos niños del Renault no miraban a los secuoyas que habían venido a contemplar desde New Hampshire («¡Vive libre o muere!»). La mujer y los dos niños pequeños del asiento posterior se habían vuelto para mirar a Jack y Richard con las bocas abiertas como cavernas negras. Acababan de ver a dos muchachos aparecer como fantasmas junto a la carretera, surgir milagrosa e instantáneamente de la nada, como el capitán Kirk y *mister* Spock después de aterrizar en un rayo del *Enterprise*.

—¿Estás bien para andar un poco?

—Claro —contestó Richard.

Jack pisó la carretera 17 y pasó por el enorme agujero del árbol.

Quizá estaba soñando todo esto, pensó. Quizá aún se encontraba en la playa de los Territorios, con Richard desmayado a su lado y ambos bajo la mirada bondadosa de Parkus. *Mi mamá siempre decía… Mi mamá siempre decía…*

6

Caminando como a través de una espesa niebla (aunque aquel día fue de hecho soleado y seco en aquella parte de California septentrional), Jack Sawyer condujo a Richard Sloat por el bosque de secuoyas hasta una carretera inclinada entre secas praderas del mes de diciembre.

… que la persona más importante de cualquier película suele ser el cámara…

Su cuerpo necesitaba más sueño. Su mente necesitaba unas vacaciones.

… que el vermut es la ruina de un buen martini…

Richard le seguía en silencio, meditabundo. Se rezagaba tanto que Jack tenía que esperarle en la cuneta hasta que le alcanzaba. Una ciudad pequeña que debía ser Storeyville se vislumbraba a un kilómetro de distancia; una serie de edificios blancos se levantaba a ambos lados de la carretera. ANTIGÜEDADES, decía el rótulo que ostentaba uno de ellos. Después de los edificios pendía un semáforo sobre un cruce vacío. Jack distinguió el letrero de MOBIL frente a la gasolinera. Richard le seguía con esfuerzo y la cabeza tan baja que la barbilla casi le rozaba el pecho. Cuando se hubo acercado lo suficiente, Jack vio que su amigo estaba llorando y le puso un brazo sobre los hombros.

—Quiero que sepas una cosa —dijo.

—¿Qué? —La cara delgada de Richard estaba húmeda de lágrimas pero expresaba determinación.

—Te quiero —contestó Jack.

Los ojos de Richard volvieron a posarse en la carretera. Jack dejó el brazo sobre los hombros de su amigo. Al cabo de un momento, Richard levantó la vista, miró a los ojos de Jack y asintió con la cabeza. Y fue como algo que Lily Cavanaugh Sawyer había dicho realmente a su hijo una o dos veces: *Jack-O, hay ocasiones en que no es necesario hablar por los codos.*

—Ya estamos en camino, Richie —dijo y esperó a que Richard se secara los ojos—. Supongo que habrá alguien para recibimos en la gasolinera.

—¿Hitler, tal vez? —Richard se apretó los ojos con las palmas de las manos. En seguida estuvo listo y los dos muchachos entraron juntos en Storeyville.

7

Era un Cadillac, aparcado a la sombra de la gasolinera de Mobil, un El Dorado con una .antena de televisión en la parte trasera. Parecía grande como una caravana y oscuro como la muerte.

—Oh, Jack, *mala* suerte —gimió Richard, agarrando el hombro de su amigo. Tenía los ojos muy abiertos y los labios le temblaban.

Jack volvió a sentir una oleada de adrenalina, pero ésta ya no le reanimaba, sólo le hacía sentir cansancio. Había soportado demasiadas cosas, demasiadas.

Sosteniendo contra su pecho la barata y opaca bola de cristal en que se había convertido el Talismán, Jack bajó por la pendiente en dirección a la gasolinera.

—*¡Jack!* —gritó débilmente Richard a sus espaldas—. *¿Qué diablos haces? ¡Es uno de ELLOS! ¡Es igual que los coches de Thayer! ¡Igual que los coches de Point Venuti!*

—Parkus nos dijo que viniéramos —contestó Jack.

—Estás loco, compinche —murmuró Richard.

—Lo sé. Pero no pasará nada, ya verás. Y no me llames compinche.

La puerta del Cadillac se abrió y una pierna muy musculosa, embutida en un pantalón de dril azul, se posó en el suelo. La inquietud cedió el paso a un positivo terror cuando Jack vio que la bota negra del conductor había sido agujereada para dejar salir los dedos peludos. Richard profirió un chillido de ratón.

Era un Lobo, desde luego; Jack lo adivinó aun antes de que el tipo sé volviera. Medía más de dos metros y llevaba el pelo largo, despeinado y no muy limpio. Le colgaba a mechones sobre el cuello de la camisa y había lampazos enredados entre ellos. Entonces la alta figura dio media vuelta, Jack vio un destello en los ojos anaranjados… y de improviso el terror se convirtió en alegría.

Corrió hacia la figura, sin hacer caso del empleado de la gasolinera que había salido a observarle ni de los curiosos que miraban desde la tienda. Los cabellos le ondeaban detrás de la cabeza, las viejas zapatillas se abrían y hacían un ruido hueco, una sonrisa beatífica iluminaba su rostro y los ojos le brillaban como el propio Talismán.

Un mono de pechera: Oshkosh, para más señas. Gafas redondas, sin montura. Y una gran sonrisa de bienvenida.

—*¡Lobo!* —gritó Jack Sawyer—. *¡Lobo, estás vivo! ¡Lobo, estás vivo!*

Se hallaba todavía a más de un metro de Lobo cuando dio un salto y Lobo le cogió con gracia y agilidad, sonriendo de gozo.

—¡Jack Sawyer! ¡Lobo! ¡Vaya, vaya! ¡Tal como dijo Parkus! ¡Estoy en este maldito lugar, que huele como la mierda en un pantano, y tú llegas! ¡Jack y su amigo! ¡Lobo! ¡Bien! ¡Estupendo! ¡Lobo!

Fue el *olor* del Lobo lo que dijo a Jack que éste no era *su* Lobo, aunque sí algún pariente suyo… seguramente muy cercano.

—Conocí a tu hermano de carnada —dijo, todavía en los brazos fuertes y peludos del Lobo. Ahora, mirándole la cara, pudo ver que era más vieja y más sabia. Pero igualmente bondadosa.

—Mi hermano Lobo —dijo Lobo, bajando a Jack. Alargó la mano y tocó el Talismán con la yema de un dedo. Su rostro expresaba asombro y reverencia. Al tocarlo, apareció un brillante destello que se introdujo en el interior opaco del globo como un cometa fulgurante.

Lobo inspiró, miró a Jack y esbozó una sonrisa. Jack sonrió a su vez.

Ahora Richard se les acercó, mirando a ambos con sorpresa y recelo.

—En los Territorios hay Lobos buenos, además de malos… —empezó Jack.

—*Muchos* Lobos buenos —interrumpió Lobo.

Alargó la mano a Richard y éste retrocedió un paso y después la estrechó. Su mueca durante el apretón de manos hizo suponer a Jack que Richard había esperado la clase de tratamiento con que Lobo había obsequiado a Heck Bast mucho tiempo atrás.

—Es el hermano de carnada de *mi* Lobo —explicó con orgullo. Carraspeó, sin saber con exactitud cómo expresar sus sentimientos hacia el hermano de este ser. ¿Comprendían la condolencia los Lobos? ¿Formaba parte de su ritual?—. Quise mucho a tu hermano —dijo—. Me salvó la vida. Exceptuando a Richard, supongo que fue el mejor amigo que he tenido en mi vida. Siento que muriera.

—Ahora está en la luna —contestó el hermano de Lobo—. Regresará. Todo se va, Jack Sawyer, como la luna, y todo vuelve, como la luna. Vamos. Quiero salir de este lugar apestoso.

Richard pareció perplejo, pero Jack comprendió a Lobo y estuvo de acuerdo

con él: la gasolinera parecía rodeada del tufo caliente y aceitoso de hidrocarburos fritos. Era como una sábana marrón algo transparente.

El Lobo fue hacia el Cadillac y abrió la puerta trasera como un chófer, lo cual debía ser exactamente lo que era, pensó Jack.

—¿Jack? —Richard parecía asustado.

—Todo va bien —le tranquilizó su amigo.

—Pero, ¿adonde…?

—Al lado de mi madre, creo —respondió Jack—. A Playa de Arcadia, New Hampshire, al otro extremo del país. Y en primera clase. Vamos, Richie.

Caminaron hasta el coche. En Un rincón del amplio asiento trasero había una vieja funda de guitarra. Jack sintió palpitar de nuevo su corazón.

—¡Speedy! —Se volvió hacia el hermano de carnada de Lobo—. ¿Viene Speedy con nosotros?

—No conozco a nadie de ese nombre —contestó el Lobo—. Tuve un tío que era bastante veloz[7], pero acabó cojo, ¡Lobo!, y ni siquiera podía alcanzar al rebaño.

Jack señaló la funda de guitarra.

—¿De dónde ha salido esto?

Lobo sonrió, enseñando muchos dientes grandes.

—Parkus también dejó esto para ti —Contestó—. Por poco se me olvida.

Extrajo una postal muy vieja del bolsillo trasero. El grabado representaba un carrusel lleno de muchos grandes caballos conocidos —Ella Veloz y Dama de Plata entre ellos—, pero las damas que estaban en primer plano llevaban miriñaques, los chicos, pantalones bombachos y muchos de los hombres, sombreros hongos y bigotes con las puntas hacia arriba. La postal había sido muy manoseada.

Le dio la vuelta y leyó primero las palabras impresas en el centro: CARRUSEL DE PLAYA ARCADIA, 4 DE JULIO DE 1894.

Era Speedy —no Parkus— quien había garabateado dos frases en el espacio para el mensaje. Tenía una letra grande, tosca y había escrito con un lápiz blando y romo:

Has hecho grandes maravillas, Jack. Usa lo que necesites del contenido de la funda… y quédate el resto o tíralo.

Jack se guardó la postal en el bolsillo trasero y se aposentó en el cómodo

asiento posterior del Cadillac. Uno de los cierres de la vieja funda de guitarra estaba roto. Abrió los otros tres.

Richard subió al coche después de Jack.

—¡Caracoles! —exclamó.

La funda de guitarra estaba repleta de billetes de veinte dólares.

8

Lobo les llevó a casa, y aunque Jack olvidó al poco tiempo muchos detalles de los sucesos de aquel otoño, cada momento de aquel viaje quedó grabado en su mente para el resto de su vida. Sentados en la parte posterior del El Dorado, él y Richard dejaron que Lobo les llevara al este, siempre hacia el este. Lobo conocía las carreteras y Lobo les llevaba. A veces ponía música, canciones del Creedence Clearwater Revival —*Corre a través de la jungla* parecía ser su favorita— a un volumen ensordecedor. Después pasaba largos períodos escuchando las tonalidades del viento, tras pulsar el botón que controlaba la ventanilla giratoria de su lado. Esto parecía fascinarle completamente.

Hacia el este, siempre hacia el este… hacia el amanecer todas las mañanas y hacia el misterioso crepúsculo azul todas las tardes, escuchando primero a John Fogerty y después al viento, a John Fogerty y de nuevo al viento.

Comían en los restaurantes del borde de la carretera, hamburguesas y pollo frito. A Jack y Richard les servían en bandejas;

a Lobo le daban un cubo familiar y devoraba las veintiuna raciones. Por el ruido que hacía, debía comerse también los huesos y esto recordó a Jack lo de Lobo y las palomitas de maíz. ¿Dónde había sido? En Muncie. En las afueras de Muncie, justo antes de ser atrapados y encerrados en el Hogar del Sol. Sonrió… y luego le pareció que una flecha le atravesaba el corazón. Miró por la ventana para que Richard no viera brillar sus ojos.

La segunda noche pararon en Julesburg, Colorado, y Lobo les guisó una enorme cena en una barbacoa portátil que sacó del maletero. Cenaron en un campo nevado a la luz de las estrellas, abrigados con pesadas parkas que compraron con el dinero de la funda de guitarra. En el cielo centelleaba una

lluvia de meteoritos y Lobo bailó como un niño sobre la nieve.

—Adoro a este tipo —murmuró Richard con expresión pensativa.

—Yo también. Tendrías que haber conocido a su hermano.

—Me habría gustado mucho. —Richard empezó a recoger los trastos. Su frase siguiente dejó estupefacto a Jack—: Estoy olvidando muchas cosas, Jack.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo esto. A cada kilómetro recuerdo un poco menos lo sucedido. Todo está muy confuso. Y creo… creo que debe ser así. Escucha, ¿estás realmente seguro de que tu madre se encuentra bien?

Jack había intentado tres veces comunicar con su madre, sin obtener respuesta. Pero no estaba demasiado preocupado por ello, todo iba bien, o así lo esperaba. Cuando llegase, la encontraría allí. Enferma… pero todavía viva. Así lo esperaba.

—Sí.

—Entonces, ¿cómo es que no contesta al teléfono?

—Sloat manipuló los teléfonos —dijo Jack— y creo que también manipuló a los empleados del Alhambra. Está bien. Enferma… pero bien. Aún sigue allí. Siento su presencia.

—Y si este objeto curativo funciona… —Richard hizo una mueca y al final se decidió—: ¿Aún crees… quiero decir, aún piensas que ella me permitirá… ya sabes, vivir con vosotros?

—No —respondió Jack, ayudando a Richard a recoger los restos de la cena —. Es probable que quiera verte en un orfanato. O quizá en la cárcel. No seas idiota, Richard, claro que puedes vivir con nosotros.

—Bueno… después de lo que hizo mi padre…

—Fue tu padre, Richie —se limitó a decir Jack—, no tú.

—¿Y no me lo estaréis recordando siempre? Ya sabes, ¿aludiendo a los recuerdos?

—No, si tú quieres olvidar.

—Quiero olvidar, Jack. De verdad que sí. Lobo volvía a su lado.

—¿Estáis listos? ¡Lobo!

—Listos —contestó Jack—. Escucha, Lobo, ¿qué te parecería aquella *cassette* de Scott Hamilton que compré en Cheyenne?

—Claro, Jack. Y después, ¿qué te parecería alguna de Creedence?

—*Corre a través de la jungla*, ¿no?

—¡Buena melodía, Jack! ¡Densa! ¡*Lobo!* ¡Una melodía densa!

—Ya lo creo, Lobo. —Miró de reojo a Richard, quien sonrió y puso los ojos en blanco.

Al día siguiente atravesaron Nebraska y lowa y al otro pasaron por delante de las ruinas quemadas del Hogar del Sol. Jack pensó que tal vez Lobo pasaba por allí a propósito, quizá porque quería ver el lugar donde había muerto su hermano. Puso la *cassette* de Creedence al mayor volumen posible, pero Jack creyó oír a pesar de ello los sollozos de Lobo.

Tiempo… Retazos suspendidos de tiempo. A Jack casi le parecía estar flotando y experimentaba una sensación de interludio, triunfo, despedida y de un trabajo honradamente cumplido.

Hacia el atardecer del quinto día cruzaron los límites de Nueva Inglaterra.

Capítulo 47

FIN DEL VIAJE

1

Cuando llegaron a su destino, el largo viaje desde California a Nueva Inglaterra pareció haberse desarrollado en una sola y dilatada tarde. Una tarde que duró días enteros, un atardecer que tal vez duró toda una vida, rebosante de crepúsculos, emociones y música. *Grandes y rodantes bolas de fuego…* —pensó Jack—;

las he dejado realmente atrás. Miró por segunda vez en media hora, según calculó, el pequeño y discreto reloj del salpicadero… y descubrió que habían transcurrido tres horas. ¿Sería siquiera el mismo día? *Corre a través de la jungla* resonaba en el aire; Lobo movía la cabeza al ritmo de la canción, sonriendo sin cesar, encontrando de modo infalible las mejores carreteras; por la ventanilla posterior se veía todo el cielo dividido en grandes franjas del color del crepúsculo, púrpura, azul y el rojo especial, profundo e intenso del sol poniente. Jack podía recordar todos los pormenores de este larguísimo viaje, cada palabra, cada comida, cada tono de la música de Zoot Sims o John Fogerty, o sencillamente a Lobo deleitándose con los ruidos del aire, pero el verdadero lapso de tiempo se reducía en su mente a una concentración parecida a la de un diamante. Dormía en el blando asiento trasero y abría los ojos a la luz o la

oscuridad, al sol o a las estrellas. Entre las cosas que recordaba con nitidez especial cuando hubieron entrado en New Hampshire y el Talismán volvió a resplandecer, señalando el regreso del tiempo normal —o quizá el regreso del tiempo en sí para Jack Sawyer— figuraban los rostros de la gente que miraba hacia el asiento posterior del El Dorado (en aparcamientos, un marinero y una chica de cara redonda sentados en un descapotable ante un semáforo en una soleada localidad de lowa, un flaco muchacho de Ohio vestido de ciclista) para ver si a lo mejor Mick Jagger o Frank Sinatra había decidido visitarles. Pues, no, sólo somos nosotros, amigos. El sueño le vencía una y otra vez. En una ocasión le despertó (¿en Colorado? ¿Illinois?) el sonido de música rock y vio a Lobo haciendo chasquear los dedos mientras conducía con pericia bajo un cielo anaranjado, púrpura y azul, y a Richard leyendo a la luz atenuada del El Dorado un libro sacado de Dios sabía dónde y que era *El cerebro de Broca.* Richard siempre sabía qué hora era. Jack levantó la vista y se dejó invadir por la música y los colores del ocaso. Lo *habían conseguido,* lo habían conseguido *todo.*… todo menos lo que deberían hacer en un pequeño pueblo turístico de New Hampshire.

¿Cinco días o una larga tarde de ensueño? *Corre a través de la jungla.* El saxófono tenor de Zoot Sim diciendo: *Escucha una historia para ti. ¿Te gusta, esta historia?* Richard era su hermano, era su hermano.

El tiempo volvió para él cuando el Talismán revivió durante el mágico atardecer del quinto día *Oatley* —pensó Jack el sexto día—, *podría haber enseñado a Richard el túnel de Oatley y lo que ha quedado del Bar.* Podría haber indicado el camino a Lobo… pero no quería volver a ver Oatley, no había satisfacción ni placer en ello. Y ahora era consciente de lo cerca que estaban y de lo mucho que habían viajado mientras él se deslizaba a través del tiempo como una pluma. Lobo les había conducido a la ancha arteria de la I-95, que cruzaba Connecticut, y Playa de Arcadia se hallaba a pocos estados de distancia, en la dentellada costa de Nueva Inglaterra. A partir de ahora Jack contaría los kilómetros y también los minutos.

2

A las cinco y cuarto de la tarde del 21 de diciembre, unos tres meses después de que Jack Sawyer encaminara sus pasos —y sus esperanzas— hacia el oeste, un Cadillac negro, modelo El Dorado, entró en la avenida de grava del hotel Jardines de la Alhambra en el pueblo llamado Playa de Arcadia, New Hampshire. En el oeste, la puesta de sol era una suave despedida de rojos y naranjas que se tornaban amarillos… azules… y púrpuras intensos. En los jardines, las ramas desnudas entrechocaban bajo un fuerte viento invernal. Entre ellas, aún no hacía una semana, se había erguido un árbol que atrapaba y comía animales pequeños: ardillas listadas, pájaros, el gato hambriento del conserje del hotel. Este pequeño árbol había muerto de repente. Las otras cosas que crecían en el jardín, aunque parecían esqueletos, aún conservaban una vida aletargada.

Los neumáticos del El Dorado hacían crujir la grava. Del interior del coche se filtraba, atenuado por los cristales tintados, el sonido del Creedence Clearwater Revival. «*La gente que conoce mi magia* —cantaba John Fogerty— *ha llenado el país de humo.*»

El Cadillac se detuvo ante la ancha puerta de doble batiente. Al otro lado del umbral sólo había oscuridad. Los faros dobles se apagaron y el largo vehículo se quedó en la sombra; sólo las luces de posición anaranjadas proyectaban un débil resplandor y por el tubo de escape salía un gas blanquecino.

Aquí, al final del día; aquí al atardecer, bajo un cielo resplandeciente de colores en el oeste. *Aquí:*

Aquí y ahora mismo.

3

La parte posterior del Cadillac estaba iluminada por una luz dirusa. El Talismán parpadeaba… pero su resplandor era débil, poco más que el resplandor de una luciérnaga moribunda.

Richard se volvió lentamente hacia Jack. Tenía la cara pálida y asustada. Agarraba el libro de Cari Sagan con ambas manos, estrujando las tapas blandas como una lavandera escurre la ropa.

El Talismán de Richard, pensó Jack, sonriendo.

—Jack, ¿quieres…?

—No —dijo Jack—. Espera hasta que te llame. Abrió la puerta trasera y, cuando ya se apeaba, se volvió a mirar a Richard. Éste permanecía acurrucado en el asiento, estrujando el libro de bolsillo. Parecía deprimido.

Sin pensarlo, Jack volvió a subir al coche y besó a Richard en la mejilla. Richard le echó un momento los brazos al cuello y le abrazó con fuerza. Luego le soltó. Ninguno de los dos dijo nada.

4

Jack se detuvo ante las escaleras que conducían al vestíbulo… y de pronto se volvió hacia la derecha y se acercó un momento al borde de la avenida, donde había una barandilla de hierro. Al otro lado, una pared de rocas agrietadas y escarpadas descendía hasta la playa. Más lejos se perfilaba contra el cielo oscuro la montaña rusa del Divertimundo de Arcadia.

Jack miró hacia el este. El viento que soplaba en los jardines le apartó los cabellos de la frente, echándolos hacia atrás.

Levantó el globo que sostenía, como en una ofrenda al océano.

5

El 21 de diciembre de 1981, un muchacho llamado Jack Sawyer se hallaba donde convergen el agua y la tierra, sosteniendo en las manos un objeto de cierto valor y contemplando el sereno Atlántico nocturno. Aquel día cumplía trece años y, aunque él lo ignoraba, era extraordinariamente guapo. Llevaba los cabellos castaños bastante largos —demasiado largos, quizá—, pero la brisa marina los apartaba de su frente noble y despejada. Permaneció allí pensando en su madre y en las habitaciones de este lugar que habían compartido. ¿Encendería ella una luz allí arriba? Estaba casi seguro de ello.

Jack se volvió; los ojos le centelleaban a la luz del Talismán.

6

Lily deslizó la mano temblorosa y esquelética a lo largo de la pared, buscando el interruptor. Lo encontró y encendió la luz. Cualquiera que la hubiese visto en aquel momento, no la habría reconocido. En la última semana el cáncer había empezado a ganar terreno en. su interior, como intuyendo que se aproximaba algo que podía robarle su diversión. Lily Cavanaugh pesaba ahora treinta y cinco kilos. Su piel opaca se había apergaminado. Las oscuras ojeras eran ya de color negro y los ojos miraban desde el fondo de las órbitas con una inteligencia exhausta y febril. Se había quedado sin pechos y sin carne en los brazos. Sus nalgas y la parte posterior de sus muslos habían empezado a llagarse.

Y esto no era todo. En el curso de la última semana había contraído una grave pulmonía.

En su estado de debilidad era, por supuesto, muy propensa a aquella o a cualquier otra enfermedad respiratoria. Podría haberla contraído incluso en las mejores circunstancias… las cuales no concurrían ahora precisamente. Hacía algún tiempo que los radiadores del Alhambra no emitían sus ruidos nocturnos. No estaba segura de cuánto tiempo, porque éste se había convertido para ella en un concepto tan confuso e indefinible como para Jack en el El Dorado. Sólo sabía que el calor había cesado la misma noche que había roto de un puñetazo el cristal de la ventana, ahuyentando a la gaviota que se parecía a Sloat.

Desde aquella noche, el Alhambra se había convertido en una nevera. Una cripta en la que no tardaría en morir.

Si Sloat era responsable de lo ocurrido en el Alhambra, había hecho un buen trabajo. Todos se habían ido. *Todos.* Ninguna camarera empujaba los desvencijados carritos por los pasillos. Ningún empleado de la limpieza silbaba por las habitaciones. El conserje de voz obsequiosa tampoco estaba; Sloat se los había metido en el bolsillo y llevado con él.

Cuatro días antes —cuando no pudo encontrar en su habitación lo suficiente para satisfacer su exiguo apetito— había bajado de la cama y caminado a duras

penas por el pasillo hasta el ascensor. Se llevó una silla en esta expedición para sentarse en ella de vez en cuando, exhausta, con la cabeza colgando sobre el pecho, o para usarla como punto de apoyo. Tardó cuarenta minutos en recorrer doce metros de pasillo hasta el ascensor,

Pulsó repetidamente el botón de llamada, pero el ascensor no acudió. La luz del botón no se encendió siquiera.

—Maldita sea —murmuró Lily con voz ronca, antes de recorrer otros siete metros hasta las escaleras—. ¡Eh! —gritó y entonces tuvo un ataque de tos y se agachó sobre el respaldo de la silla.

Quizá no han oído el grito, pero los malditos tienen que haberme oído toser hasta vomitar lo que me queda de mis pulmones, pensó.

Pero nadie acudió.

Gritó dos veces más, sufrió otro ataque de tos y volvió a enfilar el pasillo, que parecía largo como una autopista de Nebraska en un día despejado. No se atrevía a bajar aquellas escaleras;

jamás sería capaz de volver a subirlas. Y no había nadie allí abajo, ni en el vestíbulo, ni en el comedor, ni en la cafetería; no había nadie en *ninguna parte.* Y los teléfonos no funcionaban. Por lo menos, el teléfono de su habitación no funcionaba y no había oído el timbre de ningún otro en todo aquel gran mausoleo. No merecía la pena arriesgarse. No quería morir congelada en el vestíbulo. —Jack-O —murmuró—, ¿dónde diablos estás…?

Entonces empezó a toser otra vez y con tanta violencia, que se desplomó de lado, desmayada, arrastrando consigo la fea silla de salón, y yació en el frío suelo durante casi una hora y fue seguramente durante aquella hora cuando el cuerpo debilitado de Lily Cavanaugh contrajo la pulmonía. *¡Eh, tú, gran C! ¡Soy el nuevo chico de la manzana! ¡Puedes llamarme gran P! ¡Te desafío hasta la meta!*

Consiguió llegar de algún modo a su habitación y desde entonces existió en una espiral de fiebre ascendente, escuchando el sonido cada vez más fuerte de la propia respiración hasta que su mente febril empezó a imaginar sus pulmones como dos acuarios orgánicos en los que traqueteaba una serie de cadenas sumergidas. Y a pesar de todo resistía… resistía porque parte de su cerebro insistía con absurda convicción en que Jack ya había emprendido el camino de regreso a casa.

7

El principio del último coma fue como un hoyo en la arena, un hoyo que empieza a girar como un remolino. El sonido de cadenas sumergidas dentro de su pecho se convirtió en una larga y seca exhalación: *jahhhhhhh…*

Entonces algo la sacó de aquella espiral ascendente y la impulsó a palpar la pared en la fría oscuridad para buscar el interruptor de la luz. Bajó de la cama. No le quedaban las fuerzas suficientes para hacerlo; un médico se habría reído de semejante idea. Y no obstante, lo hizo. Cayó dos veces sobre la cama, pero al final se puso en pie, con una mueca provocada por el esfuerzo. Buscó a tientas una silla, la encontró y empezó a cruzar con ella la habitación hacia la ventana.

Lily Cavanaugh, Reina de las B, había desaparecido. Ésta era un cadáver viviente, devorado por el cáncer, abrasado por la creciente fiebre.

Llegó a la ventana y se asomó.

Vio allí abajo una figura humana… y un globo resplandeciente.

—*¡Jack!* —intentó gritar, pero sólo consiguió proferir un ronco murmullo. Levantó la mano e intentó agitarla. La debilidad

(jaaaaahhhhhh…)

se apoderó de ella y tuvo que agarrarse al antepecho de la ventana.

—*¡Jack!*

De repente, la bola iluminada que sostenía la figura proyectó un brillante destello, iluminando su rostro, y era el rostro de Jack, *era* Jack, oh, gracias, Dios mío, era Jack. Jack había vuelto a casa.

La figura echó a correr. *¡Jack!*

Los ojos hundidos y moribundos brillaron todavía más y unas lágrimas rodaron por las mejillas tirantes y amarillentas.

8

—*¡Mamá!*

Jack cruzó corriendo el vestíbulo y, al ver la anticuada centralita de teléfonos

quemada y negra como por un cortocircuito, la desechó al instante. Había visto a su madre y su aspecto era *terrible,* como un espantapájaros asomado a la ventana.

—*¡Mamá!*

Subió a saltos las escaleras, primero de dos en dos escalones y luego de tres en tres, mientras el Talismán despedía un rayo de luz rosada y se apagaba en sus manos.

—*¡Mamá!*

Corrió por el pasillo hacia sus habitaciones, con los pies volando, y entonces, por fin, oyó su voz, que ahora no era un grito arrogante ni una risa gutural, sino el ronco estertor de un ser que ya está al borde de la muerte.

—¿Jacky?

—*¡Mamá!*

Jack irrumpió en la habitación.

9

Abajo, en el coche, Richard Sloat miraba muy nervioso por la ventanilla tintada. ¿Qué hacía él aquí, qué hacía *Jack* aquí? Los ojos le dolían. Forzó la vista para ver las ventanas superiores en el oscuro atardecer. Al inclinarse para mirar hacia arriba, un cegador destello blanco salió de varias ventanas del piso superior, desparramando por toda la fachada del hotel una sábana de luz deslumbrante, momentánea y casi palpable. Richard escondió la cabeza entre las rodillas y gimió.

10

Yacía en el suelo, bajo la ventana… Por fin la vio allí. La cama deshecha, de aspecto polvoriento, estaba vacía, todo el dormitorio, desordenado como el de un niño, parecía vacío… A Jack se le encogió el estómago y se le atascaron las

palabras en la garganta. Entonces el Talismán lanzó uno de sus grandes destellos luminosos, convirtiendo toda la habitación durante un segundo en un espacio blanco, puro e incoloro. Ella suspiró: «¿Jacky?» una vez más y él gritó: «¡MAMA!», al verla arrugada bajo la ventana como una envoltura de caramelo. Finos y lacios sus cabellos se desparramaban sobre la sucia alfombra del dormitorio. Sus manos parecían diminutas garras de animal, pálidas y temblorosas.

—¡Oh, Dios mío, mamá, oh, cielos, oh, no! —farfulló Jack, cruzando la habitación sin dar ningún paso, *flotando, nadando* a través del revuelto y helado dormitorio en un instante que se le antojó nítido como la imagen de una placa fotográfica. Los cabellos de su madre se extendían sobre la mugrienta alfombra, así como sus pequeñas manos nudosas.

Respiró el denso olor de la enfermedad, de la muerte cercana. Jack no era médico y desconocía casi todas las dolencias que aquejaban al cuerpo de Lily, pero sabía una cosa: su madre estaba moribunda, la vida se le escapaba por rendijas invisibles y le quedaba muy poco tiempo. Había murmurado dos veces su nombre y esto era todo lo que le permitiría la vida que aún conservaba. Empezando a llorar, Jack puso la mano sobre su cabeza desmayada y colocó el Talismán en el suelo, junto a ella.

Sus cabellos estaban llenos de arena y su cabeza ardía.

—Oh, mamá, mamá —dijo Jack, pasando las manos por debajo de su cuerpo. Aún no podía verle la cara. A través del fino camisón, la cadera quemaba al tacto como la puerta de una estufa y, bajo la otra mano de Jack, el hombro izquierdo latía con el mismo calor. Ya no tenía cómodas almohadillas de carne sobre los huesos… y por un loco instante de tiempo en suspenso la vio como una niña pequeña y sucia, abandonada inexplicablemente en su enfermedad. Lágrimas repentinas brotaron de los ojos de Jack. La levantó y fue como recoger un montón de ropa. Jack gimió. Los brazos de Lily cayeron exánimes, sin gracia.

(Richard)

Richard no le había parecido… tan enfermo, ni siquiera cuando lo llevaba a cuestas como una cascara vacía al bajar por la última colina hacia el envenenado Point Venuti. En aquellos momentos estaba lleno de granos y ronchas y también él ardía de fiebre. Sin embargo, Jack comprendió con una especie de terror irracional que en Richard había habido más vida, más *sustancia* de la que poseía

ahora su madre. Aun así, le había llamado por su nombre.

(y Richard había estado a punto de morir)

Le había llamado por su nombre; Jack se aferraba a esto. Había *conseguido llegar a la ventana y* llamarle dos veces. Era imposible, inconcebible, inmoral imaginar que podía morirse. Uno de sus brazos colgaba como un alga a punto de ser segada por una hoz… el anillo de boda se le había caído del dedo. Jack lloraba de un modo continuo, irrefrenable, inconsciente.

—Todo irá bien, mamá —dijo—, todo irá bien ahora, todo irá bien.

Del cuerpo exánime que llevaba en brazos emanó una vibración que podía ser de asentimiento.

La colocó suavemente sobre la cama y ella rodó hacia un lado, ingrávida. Jack apoyó una rodilla en el lecho y se inclinó sobre ella. Los cabellos lacios se habían apartado de la cara.

11

En una ocasión, al principio de su viaje, había visto durante un vergonzoso momento a su madre como una mujer vieja, una anciana decrépita y exhausta en un salón de té. En cuanto la hubo reconocido, la ilusión se desvaneció y Lily Cavanaugh Sawyer recobró su identidad intemporal. Porque la Lily Cavanaugh verdadera y real no podía envejecer nunca… sería eternamente una rubia con una sonrisa irónica y una expresión temeraria en el rostro. Ésta era la Lily Cavanaugh cuya imagen en la valla publicitaria había fortalecido el corazón de su hijo.

La mujer que yacía en el lecho no se parecía apenas a la del anuncio. Las lágrimas cegaron momentáneamente a Jack.

—Oh, no, no, no —murmuró, poniendo la palma sobre la mejilla amarillenta de su madre.

No daba la impresión de tener la fuerza suficiente para levantar la mano y Jack le cogió la pobre mano parecida a una garra diminuta, tirante, seca y descolorida.

—Por favor, por favor, no, no… —Ni siquiera podía permitirse decirlo.

Y entonces comprendió el gran esfuerzo que había realizado esta mujer agotada. Comprendió con una sobrecogedora oleada de intuición que le había buscado. Su madre había presentido su llegada, confiado en su regreso y, de un modo que debía estar relacionado con el propio Talismán, conocido el momento de este regreso.

—Estoy aquí, mamá —susurró. Un coágulo húmedo taponó la nariz de Jack, que se la limpió sin ceremonia con la manga de la chaqueta.

Comprendió por primera vez que todo su cuerpo temblaba.

—Lo he traído —dijo. Experimentó un segundo de orgullo absoluto y radiante, de puro triunfo—. He traído el Talismán —añadió.

Dejó con suavidad su mano minúscula sobre la colcha.

En el suelo, junto a la silla, donde lo había posado (con la máxima dulzura), el Talismán continuaba emitiendo su resplandor, pero éste era débil, vacilante, turbio. Había curado a Richard haciendo rodar simplemente el globo a lo largo del cuerpo de su amigo y hecho lo mismo con Speedy. Pero esta vez sería distinto, lo sabía, aunque ignoraba *cómo* iba a ser… a menos que lo supiera y no quisiera creerlo.

No podía en modo alguno romper el Talismán, ni siquiera para salvar la vida de su madre… esto *sí* que lo sabía.

Ahora el interior del Talismán se fue llenando lentamente de una blancura lechosa. Los reflejos se fundieron en uno y se convirtieron en una sola luz continua. Jack puso las manos sobre él y el Talismán despidió un muro de luz cegadora, ¡un *arco* iris! que casi pareció hablar. ¡POR FIN!

Jack cruzó de nuevo la habitación hasta la cama, mientras el Talismán proyectaba una luz danzante que enfocaba el suelo, la pared y el techo e iluminaba la cama a intervalos deslumbradores.

En cuanto Jack se detuvo junto al lecho de su madre, la textura del Talismán pareció cambiar sutilmente bajo sus dedos: Su dureza cristalina *cambió* de algún modo, volviéndose menos resbaladiza, más porosa. Las yemas de sus dedos casi parecían hundirse en el Talismán. Su turbio interior burbujeó y se oscureció.

Y en este momento Jack experimentó un sentimiento fuerte —apasionado, en realidad— que hubiese considerado imposible el día en que realizó su primera excursión a los Territorios. Supo que de una forma imprevista el Talismán, el objeto de tanta sangre y aventura, iba a sufrir una alteración. Iba a cambiar para

siempre y él iba a perderlo. El Talismán ya no *sería suyo.* Su piel clara se enturbiaba también y toda su bella superficie estriada y grávida se estaba ablandando. Al tacto ya no era cristal, sino plástico caliente.

Jack se apresuró a poner el cambiante Talismán en manos de su madre. El Talismán conocía su misión; había sido hecho para este momento; había sido creado en una fabulosa herrería para satisfacer los requisitos de este momento determinado y de ninguno más.

No sabía qué esperar. ¿Qué ocurriría? ¿Una explosión de luz? ¿Un olor de medicina? ¿El estallido de la creación?

No sucedió nada; su madre continuó nutriéndose, visiblemente, aunque inmóvil.

—Oh, te lo ruego —farfulló Jack—, te lo ruego… mamá… te lo ruego…

El aliento de Jack se solidificó en mitad de su pecho. Una costura, antes una de las estrías verticales del Talismán, se había abierto sin ruido, y por ella salió lentamente una luz que se desparramó por las manos de su madre. Desde el turbio interior de la bola rajada se fue derramando luz a través de la costura abierta.

Fuera sonó la alta y repentina música de los pájaros celebrando su existencia.

12

Sin embargo, Jack tuvo apenas conciencia de ello. Se inclinó, conteniendo el aliento, y observó cómo el Talismán se vaciaba sobre el lecho de su madre. Un resplandor difuso brotaba de su interior. Grietas y chispas de luz le prestaban vida. Los ojos de su madre se movieron.

—Oh, mamá —murmuró Jack—, oh…

Una luz dorada y gris salía a raudales por la abertura del Talismán y se extendía por los brazos de su madre. El rostro amarillento y marchito frunció ligeramente el ceño.

Jack inspiró sin darse cuenta.

(¿Qué?)(¿Música?)

La nube dorada y gris que brotaba del corazón del Talismán se esparcía por

el cuerpo de su madre, cubriéndolo con una membrana traslúcida, un poco opaca, que se movía delicadamente. Jack vio deslizarse esta trama líquida por el hundido pecho de Lily y por sus piernas huesudas. Por la costura abierta del Talismán salía un maravilloso aroma junto con la nube dorada y gris, un aroma dulce y no dulce de flores y tierra, espléndido, exuberante; un olor de nacimiento, pensó Jack, aunque nunca había asistido a ninguno. Jack lo inspiró para llenarse de él los pulmones y en medio de este milagro fue visitado por la idea de que él mismo, Jack-O Sawyer, nacía en este minuto… y luego imaginó con un sobresalto apenas perceptible que la abertura del Talismán era como una vagina. (Él, por supuesto, no había visto nunca una vagina y sólo tenía una idea muy rudimentaria de su estructura.) Miró directamente la abertura del distendido y deshinchado Talismán.

Ahora adquirió conciencia por primera vez de la increíble algarabía, mezclada en cierto modo con una música tenue, de los pájaros que estaban al otro lado de las ventanas.

(¿Música? ¿Qué…?)

Una pequeña bola coloreada, llena de luz, pasó como una exhalación ante sus ojos, centelleando un momento en la costura abierta y continuando bajo la superficie turbia del Talismán, en el interior gaseoso, inquieto y cambiante donde se sumergió. Jack parpadeó; le había parecido… Le siguió otra y esta vez tuvo tiempo de ver en el globo diminuto las demarcaciones de azul, marrón y verde, las lineas de las costas y minúsculas cordilleras de montañas. Se le ocurrió pensar que en aquel mundo diminuto se hallaba un paralizado Jack Sawyer contemplando una mota coloreada aún más diminuta en la cual un Jack-O de la altura de una mota de polvo miraba fijamente un pequeño mundo del tamaño de un átomo. Otro mundo siguió a los dos primeros, girando hacia dentro, hacia fuera, hacia dentro y hacia fuera de la nube creciente del interior en el Talismán.

Su madre movió la mano derecha y gimió.

Jack empezó a llorar a lágrima viva. Viviría; ahora ya lo sabía seguro. Todo había salido como Speedy le dijera y el Talismán volvía a infundir vida al cuerpo exhausto y devorado por la enfermedad de su madre, matando el mal que lo consumía. Se inclinó, casi ofreciendo por un instante la imagen de sí mismo besando al Talismán que llenaba su mente. Los aromas de jazmín, hibisco v tierra removida invadieron su nariz. Una lágrima cayó de la punta de su nariz y

refulgió como una joya en los rayos de luz del Talismán. Vio un cinturón de estrellas deslizarse frente a la costura abierta, un sol resplandeciente flotando en un vasto espacio negro. Una música parecía llenar el Talismán, la habitación y todo el mundo exterior. El rostro de una mujer, una desconocida, pasó por delante de la costura abierta. También rostros de niños y luego los rostros de otras mujeres… Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, porque había visto nadar en el Talismán el rostro de su propia madre, las facciones tiernas, confiadas e irónicas de la Reina de medio centenar de películas frivolas. Cuando vio su propia cara flotando entre todos los mundos y vidas que acudían a su nacimiento dentro del Talismán, pensó que estallaría por un exceso de emociones. Se *expandió.* Respiró luz. Y al final fue consciente de los asombrados ruidos que se producían a su alrededor cuando vio mantenerse abiertos los ojos de su madre durante por lo menos dos benditos segundos…

(porque, vivos como pájaros, vivos como los mundos contenidos en el Talismán, llegaron hasta él los sonidos de trombones y trompetas, los gritos de saxófonos, las voces a coro de ranas, tortugas y tórtolas cantando *«La gente que conoce mi magia ha llenado la tierra de humo»*; y las voces de Lobos cantando música de Lobo a la luna. El agua azotaba la proa de un buque y un pez azotaba la superficie de un lago con un costado de su cuerpo y un arco iris azotaba el suelo y un muchacho viajero azotaba una gota de saliva para que le indicara la dirección y un niño pequeño azotado fruncía la cara y abría la garganta; y la inmensa voz de una orquesta cantaba con todo su gran corazón macizo; y la habitación se llenó del jirón de humo de una voz única levantándose, levantándose y levantándose por encima de todas estas incursiones sonoras. Los camiones hacían chirriar los frenos y los silbatos de las fábricas resonaban y en alguna parte explotó un neumático y en otra parte se disparó un cohete y un amante susurró: *otra vez, y* un niño chilló y la voz continuó levantándose y levantándose y durante un rato Jack no se dio cuenta de que no podía ver; pero en seguida recuperó la vista).

Los ojos de Lily se abrieron de par en par. Los fijó en el rostro de Jack con la atónita expresión de quien pregunta: ¿Dónde estoy? Era la expresión de un recién nacido que acaba de entrar en el mundo tras un azote. Entonces se movió con una sacudida y una respiración asombrada…

… y un río de mundos y galaxias y universos inclinados brotó del Talismán

en un torrente de colores del arco iris que se metieron en la boca y la nariz de Lily… y permanecieron sobre su piel amarillenta como pequeñas gotas de rocío hasta que la penetraron, fundidos. Por un momento, su madre quedó revestida de una luz radiante…

… por un momento, su madre fue el Talismán.

Toda la enfermedad desapareció de su rostro. No ocurrió como ocurre en una secuencia cinematográfica, sino *de repente.* Ocurrió *en un instante.* Estaba enferma… y de pronto *sanó.* Un saludable tono sonrosado coloreó sus mejillas. El pelo ralo y enredado se convirtió de improviso en una cabellera espesa, suave y exuberante, del color de la miel oscura.

Jack la miró fijamente, mientras ella le contemplaba a su vez.

—¡Oh… oh… DIOS mío…! —murmuró Lily. La luz radiante de arco iris ya se estaba desvaneciendo… pero la salud persistía.

—¿Mamá? —Jack se inclinó y algo parecido al celofán se arrugó entre sus dedos. Era la cascara quebradiza del Talismán. La puso encima de Ía mesilla de noche, para lo cual tuvo que apartar a un lado varios frascos de medicina. Algunos se cayeron al suelo y se hicieron añicos, pero no importaba. Ya no necesitaría más medicinas. Posó la cascara con gentil reverencia, sospechando —no, *sabiendo*— que incluso ella desaparecería muy pronto.

Su madre sonrió. Era una bella sonrisa, satisfecha, algo asombrada… *Hola, mundo, ¡aquí estoy otra vez.! ¿Qué sabes tú de esto?*

—Jack, has vuelto a casa —dijo por fin y se frotó los ojos como para cerciorarse de que no era un espejismo.

—Claro —contestó él. Intentó sonreír y lo logró bastante bien, a pesar de las lágrimas que le bañaban la cara—. Claro que sí.

—Me encuentro… mucho mejor, Jack-O.

—¿De veras? —Jack sonrió, frotándose los ojos húmedos con el lado de la mano—. Me alegro, mamá. Los ojos de ella eran radiantes.

—Abrázame, Jacky.

En una habitación del cuarto piso de un hotel desierto, en la minúscula costa de New Hampshire, un muchacho de trece años llamado Jack Sawyer se inclinó, cerró los ojos y abrazó fuertemente a su madre, sonriendo. Comprendió que le había sido devuelta la vida ordinaria de escuela, amigos, juegos y música, una vida en la que existían escuelas adonde asistir y sábanas limpias entre las cuales

poder dormir por las noches, la vida normal de un muchacho de trece años (si la vida de semejante criatura, con su color y plenitud, puede alguna vez considerarse ordinaria). El Talismán había conseguido también esto para él. Cuando se acordó de volverse para mirarlo, el Talismán había desaparecido.

Epílogo

En un dormitorio blanco, lleno de los ecos de mujeres ansiosas, Laura DeLoessian, Reina de los Territorios, abrió los ojos.

Conclusión

Así acaba esta crónica. Como es estrictamente la historia de un *muchacho,* debe acabar aquí; la historia no podría continuar sin convertirse en la de un *hombre.* Cuando uno escribe una novela sobre adultos, sabe con exactitud dónde debe parar, es decir, con una boda; pero cuando escribe sobre jóvenes, ha de parar donde mejor pueda.

La mayoría de personajes de este libro viven todavía y son prósperos y felices. Algún día quizá merezca la pena reanudar la historia y ver en qué personas… se convirtieron; por lo tanto, lo mejor será no revelar nada de esa parte de sus vidas por ahora.

Mark Twain, *Tom Sawyer*



STEPHEN EDWIN KING, (nacido en Portland, Maine, Estados Unidos, 21 de septiembre de 1947) es un escritor estadounidense conocido por sus novelas de terror. Los libros de King han estado muy a menudo en las listas de superventas. En 2003 recibió el National Book Award por su trayectoria y contribución a las letras estadounidenses, el cual fue otorgado por la National Book Foundation.



PETER FRANCIS STRAUB, (n. el 2 de marzo de 1943, en Milwaukee, Wisconsin) es un novelista, cuentista y poeta estadounidense especializado en el género de terror. Sus historias macabras han recibido varios importantes premios en el ámbito anglosajón: el premio Bram Stoker, el World Fantasy Award y el International Horror Guild Award, lo que lo coloca entre los autores más galardonados del género en la historia reciente.

Straub estudió en las universidades de Wisconsin-Madison y Columbia. Practicó brevemente la docencia en el University School of Milwaukee. Luego se mudó a Dublín, Irlanda, donde empezó a escribir profesionalmente.

Tras varias intentonas, atrajo la atención de crítica y público con su quinta novela: Fantasmas (1979); la novela fue llevada al cine, protagonizada por el actor Fred Astaire. Otras novelas de éxito: El talismán (1983) y Casa Negra (2001), en las cuales colaboró con un antiguo amigo suyo: el escritor Stephen King.

Otras obras: Koko (1988), Misterio (1990), La garganta (1993) y Perdidos (2004). Straub editó también un volumen de cuentos de H. P. Lovecraft. Su novela Míster X homenajea igualmente a Lovecraft.

Como poeta, ha publicado los libros: My Life in Pictures (1971), Open air

(1972), Ishmael (1972) y Leeson Park and Belsize Square: Poems 1970 - 1975 (1983).

Existen rumores de que King y Straub podrían colaborar próximamente en una nueva obra.

Notas

[1] Digger: Cavador o enterrador. *(N. del T.)* <<

[2] En japonés, brindis *patriótico o* grito de guerra. *(N. del T.)* <<

[3] Juego de palabras. En ingles, *speedy* significa *rápido. (N. del T.)* <<

[4] Corriente alterna. *(N. del T.)* <<

[5] Corriente continua. *(N. del T.)* <<

[6] Alude a la famosa obra de Coward, *un espíritu burlón. (N. del T.)* <<

[7] Juego de palabras. *Speedy* significa veloz. *(N. del T.)* <<